TIETA DE AGRESTE

Jorge Amado

Lectulandia

En Agreste todos han encontrado una fórmula para vivir en paz: hay quien dedica sus tardes a las partidas de billar y al burdel, otros que mezclan sus penas de amor con intrigas políticas y otras que rezan para olvidar la viudedad o fisgan la correspondencia ajena para distraer las ansias de unos abrazos de hombre que nunca llegan.

Tieta nació en Agreste, pero creció y prosperó en Sao Paulo, una ciudad donde una mujer de carne dulce y mente alerta puede aprovechar sus dotes como mejor le convenga. Cansada de tanto trajín, Tieta decide volver al pueblo con una supuesta hijastra para descansar un tiempo junto a su familia, pero los días de reposo pronto se convierten en meses de auténtica revolución que avanza a golpes de deseo, orgullo y codicia.

Lectulandia

Jorge Amado

Tieta de Agreste

ePub r1.0
German25 10.05.16

Título original: *Tieta do Agreste*
Jorge Amado, 1977
Traducción: Montserrat Mira
Diseño de cubierta: Samuel Gómez

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Zélia rodeada de nietos.
Para Gloria y Alfredo Machado, Haydee y Paulo Tavares,
Helen y Alfred Knopf; Lucia y Paulo Peltier de Queiroz,
Lygia y Juarez da Gama Batista, Lygia y Zitelmann Oliva,
Toninha y Camafeu de Oxossi y para Carlos Bastos.

«Buen lugar ideal para esperar la muerte».
(Frase de un vendedor ambulante sobre Sant'Ana do Agreste).

«… esos que transforman el mar en un tacho de basura…».
(Juez Viglietta, en su sentencia condenando a prisión a los directores de la Montedison, en Italia).

«¡Qué bello coño!».
(Exclamación de Bafo de Bode al ver a Tieta).

NOTA DE LA TRADUCTORA

El universo y el lenguaje de Amado es muy ajeno al del mundo español, al cual está destinado este libro. Hemos tratado de seguir una línea de difícil equilibrio entre la adaptación a ese mundo y el respeto por el original, manteniendo —debemos confesarlo— un cierto favoritismo por este último.

Aun así preciso es reconocer que el texto pierde vivacidad, gracia, frescura, en la traducción. Amado no sólo usa el vocabulario específicamente nordestino —en muchos términos, casi dialectal—, sino que su estilo literario propio incluye puntuación sui generis y la omisión de artículos y conjunciones habitualmente usados en la prosa portuguesa y brasileña exactamente tanto e igual que en la castellana. Si nuestro favoritismo al conservar la traducción lo más cercana posible al estilo del autor representa un pequeño sobreesfuerzo en la lectura, pedimos perdón anticipado por ello. Pero traducir de otra manera nos hubiera parecido una traición hacia un escritor a quien admiramos.

MONTSERRAT MIRA

INTRODUCCIÓN

Silencio y soledad, el río penetra mar adentro en el océano sin límites bajo el cielo despejado, principio y fin. Dunas inmensas, límpidas montañas de arena, la niña corre igual que una cabrita hacia lo alto, en el rostro la claridad del sol y el zumbido del viento, los pies leves y descalzos ponen distancia entre ella y el hombre que la persigue, sujeto fuerte, en el esplendor de los cuarenta años.

El hombre sube, exhausto, sombrero en mano para que no se vuele y se pierda. Los zapatos se le entierran en la arena; el reflejo del sol le ciega los ojos; el viento, agudo filo de navaja, le corta la piel; deseo y rabia —cuando te agarre, te arrincono y te mato, ¡peste!

La niña se vuelve y mira, mide la distancia que la separa del mercachifle, miedo y deseo; —si me agarra, me la da; se estremece asustada—; pero, si yo no lo espero, él desiste, ¡ah! eso no, no lo puedo permitir aunque quiera, pues ha llegado la hora.

El hombre también para y habla, grita palabras que no alcanzan a la niña, perdidas en la arena, llevadas por el viento. Ella no oye, pero adivina y responde:

—¡Bééé! —Así es como cantan las cabras que ella pastorea. El desafío le da en la cara, penetra en las bolas del mercachifle, le yergue las fuerzas, avanza. Atenta, la niña espera.

Atrás, el río, adelante el océano, los ojos adolescentes recorren y dominan el enorme paisaje. En aquel momento de espera, de ansia y de angustia, la niña fija en su memoria la deslumbrante inmensidad de la cama de novia que le toca. Del otro lado de la barra, la belleza de la playa de Saco, ancha y lisa, en un mar de aguas mansas, en el Estado de Sergipe, el amplio arraial[1] *de pescadores, con almacén, capilla y escuela, toda una villa. Enfrente, las monumentales dunas, que invaden las aguas, el espacio del mar, contenidas por las enormes olas en furia de guerra. Aquí es donde el viento deposita su diaria colecta de arena, la más pura, la más fina, elegida a propósito para formar la singular playa de Mangue Seco*[2]*, sin comparación con ninguna otra, aquí es donde Bahía nace en la agitada conjunción del río Real con el océano. Quince, veinte chozas provisorias se mudan a merced del viento y de la arena que las invaden y las entierran, viviendas de los pocos pescadores que habitan de ese lado de la barra. Durante el día, las mujeres pescan en el cangrejal, los hombres lanzan las redes al mar. A veces parten en busca de pesca milagrosa, audaces, cruzan las olas altas como dunas en los únicos barcos capaces de enfrentarlas y seguir mar adentro, hacia la cita con navíos y veleros, en noches cerradas, para el desembarco de contrabando.*

El falso mercader viene en la lancha de motor a recoger los cajones de bebidas, de perfumes, los fardos de seda italiana, de casimir y lino ingleses, de especias, y a pagar una módica suma —dinero para harina, café, azúcar, cachaça[3]*, tabaco. De*

vez en cuando trae a alguna putita en la lancha y, para aprovechar el tiempo, mientras cajones y fardos son transportados desde los ranchos, va a despacharla a las dunas, sobre las hojas de las palmeras. Un putañero, este mercachifle. Los pescadores lo aprecian.

¿Acaso más de una vez él no los acompañó en los barcos, indiferente a las olas, hasta alta mar, enfrentando navíos y tiburones?

La niña deja que el hombre se acerque —sólo entonces le arroja arena y, desde lo alto, canta nuevamente el exigente y asustado llamado de las cabras. No conoce otra expresión, otra palabra, otro sonido de amor. Aquel mismo día había oído a la cabrita en su primer celo, cuando el chivo Inácio, padre del rebaño, se encaminó hacia ella, balanceando barba y atributos. Después apareció el mercachifle y la niña aceptó la invitación para el paseo en lancha, veinte minutos de río, cinco de mar agitado y el esplendor de Mangue Seco. ¿Cómo resistir, decir: gracias, pero no voy? Mentira: no la había seducido el paseo por el río, la travesía por ese trecho de mar, ni siquiera las dunas tan amadas desde la infancia. La niña no intenta hacerse la inocente. Había rechazado invitaciones anteriores, el mercader la tenía entre ceja y ceja desde hacía tiempo. Esta vez, ella dijo vamos, sabiendo a qué iba.

Sin embargo, cuando siente la mano pesada que le agarra el brazo, el miedo la invade de la cabeza a los pies. Pero se contiene, no trata de huir.

El hombre la tira sobre las hojas de las palmeras, le levanta la pollera, le arranca la bombacha que parece un trapo sucio.

De rodillas sobre ella, entierra el sombrero en la arena para que no se vuele y se pierda, abre su bragueta. La niña lo deja hacer y quiere que siga. Llegó su momento, tal como llega para las cabritas la hora temida y deseada, la hora implacable del chivo Inácio, que tiene las bolas casi al ras del suelo de tan grandes. Era su hora. ¿Acaso no le corría sangre entre las piernas todos los meses?

En las dunas de Mangue Seco, Tieta, pastora de cabras, conoció el gusto a macho, mezcla de mar y sudor, de arena y viento. Cuando el mercachifle la penetró, tal como la cabrita horas atrás, ella gritó. De dolor y de alegría.

PRIMER EPISODIO

MUERTE Y RESURRECCIÓN DE TIETA, O LA HIJA PRÓDIGA

CONTENIENDO INTRODUCCIÓN E INTUICIONES DEL AUTOR, INOLVIDABLES DIÁLOGOS, FINOS DETALLES PSICOLÓGICOS, PINCELADAS DE PAISAJES, SECRETOS, ADIVINANZAS, ADEMÁS DE LA PRESENTACIÓN DE ALGUNAS FIGURAS QUE DESEMPEÑARÁN UN DESTACADO PAPEL EN LOS ACONTECIMIENTOS PASADOS Y FUTUROS NARRADOS EN ESTE APASIONANTE FOLLETÍN; EN CADA PÁGINA LA DUDA, EL MISTERIO, LA VIL TRAICIÓN, LA SUBLIME DEVOCIÓN, EL ODIO Y EL AMOR.

EXORDIO O INTRODUCCIÓN DONDE EL AUTOR, ASTUTO, INTENTA EXIMIRSE DE TODA Y CUALQUIER RESPONSABILIDAD Y TERMINA POR LANZAR UN IMPRUDENTE DESAFÍO A LA SUTILEZA DEL LECTOR CON UNA PREGUNTA SIBILINA.

Comienzo por avisar: no asumo ninguna responsabilidad por la exactitud de los hechos, no pongo las manos en el fuego, sólo un loco lo haría. No sólo porque han transcurrido más de diez años, sino sobre todo porque cada cual posee su verdad, su razón también, y en el caso a comentar, no vislumbro perspectiva de medios términos, de acuerdo entre las partes.

Enredo incoherente, confuso episodio, lleno de contradicciones y de absurdos, consiguió atravesar la distancia que media entre el olvidado pueblito fronterizo y la capital —los doscientos setenta kilómetros de pozos en el asfalto de segunda y los cuarenta y ocho de barro de primera o de polvareda de primerísima, polvo colorado que se incrusta en la piel y resiste a todos los jabones de calidad— e impactó a la prensa metropolitana.

Noticiario al comienzo, entre burlón y sensacionalista, en seguida patriótico y discreto, ya que estaba bien pagado, se disolvió rápidamente en anuncios, algunos a plena página.

Cierto semanario de dudosa tradición —adjetivo mal empleado: ¿por qué dudosa? — se las dio de valiente en un artículo de primera página, con agresivo y violento titular, y amenazó con enviar reportero y fotógrafo a aquellos confines para aclarar la gravísima denuncia, la monstruosa conspiración, el peligro aterrorizante, etc., etc. La arrogancia y la indignación duraron un número, el honrado director se metió la valentía en el culo y se olvidó del candente tema. Todavía joven pero ya veterano en las lides de la prensa, ostentando por lo bajo ideología radical y principios explosivos, sin embargo con tendencia a fines benéficos, Leonel Vieira ahogó protestas y amenazas en whisky escocés, en la grata compañía del doctor Mirko Stefano y de algunas apetitosas muchachas, todas ellas de óptimas relaciones públicas y poca vestimenta. Poca, es un modo de decir: dos de las más favorecidas exhibían largas túnicas transparentes y debajo, nada o casi nada, túnicas ésas, en la opinión de entendidos, más excitantes que los cortos *shorts* o los breves bikinis. Éste era el amable tema de debate entre el doctor y el periodista, única divergencia que los separaba en el bar, al borde de la piscina. En lo demás, acuerdo total. En cuanto a mí, si me permiten opinar, prefiero los largos transparentes lamidos por un haz de luz, que revelan volúmenes y sombras ¡ay! Pero ¿qué importa mi opinión?

La mía, la vuestra, cualquier otra, ante los potentes argumentos del doctor Stefano, argumentos en divisas, afirman, si bien no se tiene certeza sobre la moneda original, dólares o marcos occidentales, tal vez los dos. Tan irresistible dialéctica del simpático testaferro, llevó al astuto cronista social Dorian Grey Junior a proclamarlo Mirkus, el Magnífico Doctor, en desborde de adulación. Simple testaferro de ignotos patrones, tal como lo insinuó el semanario en aquel exclusivo y atrevido artículo —atrevido, exclusivo y muy bien capitalizado; además, era toda una garantía para la

izquierda, pues ¿qué otro órgano de la prensa oral o escrita osó interpelar y amenazar? Posición clara y definida, prueba para ser exhibida en caso de ser necesario, nadie sabe lo que puede suceder el día de mañana, ahí nomás está el ejemplo de Portugal, ¿quién podía preverlo? Además, no ha de ser un simple cheque, por más poderoso que sea, ni botellas de escocés, ni el vientre en flor de las permisivas relaciones públicas los que avalarán las convicciones ideológicas, los sólidos principios del íntegro y dúctil periodista; Leonel Vieira posee fibra y carácter capaces de digerir cheques, licores y beldades, conservando inmutables los principios y la ideología. Embolsa el cheque, falsifica whisky, se babosea en pescuezos y trastes, se las da de cumplidor en el diario y al mismo tiempo proclama —por lo bajo— los principios. Radicalísimo. Una joya.

En cuanto a los grandes patrones, ésos no se dejan ver en bares, no brindan con oportunistas y prefieren las bellezas totalmente desnudas, en el confort y el recato, lejos de cualquier exhibición pública. Ay, si yo tuviera la honra, la gloria suprema de que por lo menos uno de ellos apareciera en las mal hilvanadas páginas de este relato; sería el súmmum para este modesto escriba poder contar con tamaño personaje. Realista, con los pies en la tierra, no espero que suceda semejante milagro: ¿dónde encontrar fuerzas capaces de arrastrar a un lord importado a aquel «culo del mundo», a través del barro y la suciedad? En caso de que todo salga bien, aprobado el proyecto, instalado el complejo industrial, cuando el progreso llegue con asfalto sólido, autopistas de mano única, moteles, muchachas de túnicas transparentes, agentes de seguridad, ahí sí, tal vez lleguemos a tener el privilegio de ver Con nuestros ojos, que la tierra se ha de comer, a uno de esos grandes del mundo, envuelto en oro.

De cualquier modo, sigo adelante, aun sabiendo que algunos detalles difícilmente merecerán crédito por parte de las personas sensatas, encajarlos exige martillo ruso Y tarugo, para usar la expresión de la vieja Milu, repetida cada vez que el bardo Barbozinha termina de narrar algo sobre el más allá y el pasado o, indómito, penetra futuro adentro, con voz elocuente e impostada —impostada por una embolia que lo aquejara años atrás y que por poco lo desencarna. Sin embargo no fue para tanto, sólo lo suficiente como para jubilarlo del plantel de empleados de la intendencia de la capital, donde ejerció con relativa capacidad y, cierta negligencia, funciones de escribiente, y traerlo de vuelta a las pocas y sosegadas calles de Sant’Ana do Agreste, cuyos límites culturales, con tal retorno, se ampliaron en seguida, pues Barbozinha —Gregorio Eustaquio de Matas Barbosa— es autor de tres libros, publicados en Bahía, dos de poesía y uno de máximas filosóficas.

De todo eso, se irá dando información en el desarrollo del relato. Aquí sólo he venido a salvar el pellejo, a declinar cualquier responsabilidad. Relato los hechos de acuerdo a como me fueron narrados, por unos y otros. Si de cuando en cuando meto cuchara y planteo opiniones y dudas, es porque tampoco soy de hierro, ni me siento indiferente a las «agitaciones sociales, vendavales del siglo que convulsionan el

mundo». (De Matas Barbosa, en *Máximas y Mínimas de la Filosofía*, Dmeval Chaves Editor, Bahia, 1950). Sólo soy prudente, lo que en estos tiempos no es virtud ni mérito y sí necesidad vital.

De una cosa desearía tener seguridad en el momento en que coloque punto final a las páginas de este folletín, y para eso cuento con la ayuda de ustedes, les lanzo un desafío: respondan quiénes son los héroes de la historia, quiénes lucharon por el bien de la tierra y del pueblo. Todos hablan en nombre de la tierra y del pueblo, cada cual más ardiente y gratuito defensor. Pero si se descubre dinero de por medio, en el bolsillo de quienes ya se sabe, pueblo y tierra que se fastidien.

En esta embrollo, cuyos nudos comienzo a desatar, ¿quién merece dar su nombre a una calle, avenida o plaza, recibir artículos laudatorios, homenajes, condecoraciones, ciudadanía y ser proclamado héroe? —respondan ustedes. ¿Aquellos que defienden el progreso a toda costa —páguese su precio sin reclamar, sea cual fuere— a ejemplo de Ascanio Trindade? Si hubiese pagado con la vida, habría pagado menos caro. Si no fueran ellos, ¿qué otros? No ha de ser a Barbozinha o a Doña Carmosina o a Darío, comandante sin tropa para comandar, a quienes confieran tales honras, mucho menos a Tieta, mejor dicho a *Madame*. Las palabras también cuestan dinero, héroe es un vocablo noble, de mucha consideración.

Agradeceré a quien me dilucide la moraleja de la historia, cuando lleguemos juntos al final. Si es que existe moraleja, ya que tengo mis serias dudas.

CEREMONIOSO CAPÍTULO EN EL QUE SE ENTABLA CONOCIMIENTO CON LAS TRES HERMANAS: LA POBRE, LA ACOMODADA Y LA RICA; ESTANDO LA ÚLTIMA AUSENTE, QUIEN SABE SI PARA SIEMPRE; DONDE SE CONOCE SOBRE LA CARTA MENSUAL Y EL CHEQUE ÍDEM, ANSIOSAMENTE AGUARDADOS SOBRE TODO EL CHEQUE, COMO ES NATURAL, Y TAMBIÉN SOBRE PEQUEÑAS MISERIAS Y MÍNIMA ESPERANZA, EN LA HORA DEL BOCHORNO. DONDE, EN RESUMEN, SE PLANTEA UNA INQUIETANTE PREGUNTA: ¿TIETA ESTÁ VIVA O MUERTA? ¿CRUZA LOS MARES EN VIAJE DE TURISMO O YACE EN UN CEMENTERIO PAULISTA?

Erecta en su silla, con las manos cruzadas sobre el pecho magro, toda de negro, de los zapatos al chal, con ese luto cerrado desde la muerte del marido, Perpetua baja la voz y lanza su tan fúnebre hipótesis:

—¿Y si le pasó algo? —vuelve la cabeza hacia su hermana, susurra: —¿Y si estiró la pata? —y esa voz chillona y áspera aunque pausada, es desagradable—: ¿Y si murió?

Elisa se estremece, suelta el repasador, sintiéndose derrotada por el mal presagio. Hace dos días y dos largas noches que intenta sacarse de la cabeza ese maldito presentimiento que la persigue, que le quita el sueño y que la deja con los nervios de punta.

—¡Ay! ¡Dios mío!

Perpetua separa las manos, estira la pollera de gorgorán bien planchada, ratifica

con un movimiento de cabeza; no había hecho una pregunta y sí una afirmación. Fácil, por otra parte, de comprobar:

—Hoy es veintiocho, prácticamente fin de mes. La carta siempre llega alrededor del cinco, nunca pasa del diez. Para mí que estiró la pata.

La cara de Elisa es linda, aunque esté algo desaliñada durante la mañana debido a sus ocupaciones domésticas: morena de tez pálida, ojos melancólicos, labios carnosos. Bajo la negligencia del vestido viejo y descuidado, se yergue, sobre las chinelas gastadas, un cuerpo esbelto, de caderas anchas y pechos rígidos. Un destello de curiosidad brota de sus ojos asustados. Elisa busca en la cara de su hermana, además de la preocupación por el dinero, algún otro sentimiento. No lo encuentra: la proclamada muerte de Tieta no aflige a Perpetua, sólo tiene miedo por la suerte del cheque. El cese de la remesa mensual asusta igualmente a Elisa: además de perder esa ayuda indispensable, tendrían que sustentar al padre y a la madre, ¿dónde obtener lo necesario? ¡Qué horror! ¡Dios no lo permita!

Algo terrible, sin duda, pero había más y y peor. Al escalofrío de miedo le sigue la tristeza, una opresión en el corazón. Si ella murió, entonces todo se acabó para siempre, no sólo el cheque, también la tenue esperanza; quedará nada más que el vacío. Esa hermana Antonieta —entre paréntesis, medio hermana, ya que Elisa había nacido del segundo e inesperado casamiento del *Viejo* Zé[4] Esteves— de quien no conserva ningún recuerdo, de quien sabe tan poco, es la razón de ser de Elisa.

En los últimos años, sobre todo después del casamiento, había comenzado a idealizar la figura de la ausente, especie de genio bueno, heroína de cuentos de hadas, imagen huidiza, casi irreal, que se concreta en el auxilio mensual y en los esporádicos regalos. Reuniendo frases oídas, algunas antiguas anécdotas, comentadas por el padre y la madre; la letra ancha y redonda de las pequeñas cartas —parcas en palabras y noticias, reducidas a las mismas preguntas que no eran ni secas ni frías: la salud de los ancianos, de las hermanas, de los sobrinos, y que contenían, además del cheque, abrazos y besos— donde el perfume todavía no se había evaporado del sobre, después de tantos días de correo; los paquetes de ropa usada, poco usada, casi nueva; el título de comendador ostentado por el marido; la fotografía en la revista. Elisa había construido, poco a poco, un imaginario retrato de su hermana, hada alegre, linda y bondadosa, que habitaba un mundo rico y feliz. Piensa y se apoya en esa visión mientras sueña con otra vida, más allá de la apatía y el cansancio. Muerta Antonieta, ¿qué le quedará a Elisa? Las revistas de fotonovelas, nada más. ¡Ni eso, mi Dios! ¿Dónde encontrar las moneditas que sobran de los gastos para comprarlas?

Siente tristeza por todo lo que perderá, el dinero mensual, los regalos, el devaneo, el sueño, pera también tristeza simplemente por la muerte de la hermana; ¿volverá alguien a gustarle tanto como esa media hermana que no conoce? Reacciona, ante la necesidad de conservar por lo menos la esperanza: Perpetua imagina siempre lo peor, pájaro de mal agüero.

—Si hubiera muerto, ya lo sabríamos, alguien nos habría dado la noticia. En su

casa tienen nuestra dirección. Todos los meses nos escribe, ¿no? Habrían avisado… —hace dos días que repite esos argumentos para sí misma: mientras trabaja en la casa, o permanece insomne en la cama.

—¿Pero quién nos avisaría? Sólo si su marido y la familia de ella fuesen locos.

—¿Locos? No veo por qué.

Perpetua estudia a la hermana en silencio, preguntándose si debe contar o no; al fin, se decide, de cualquier forma tendrá que saberlo:

—Porque con su muerte, tenemos derecho a una parte de la herencia. Nosotros tres: el *Viejo*, tú y yo.

Elisa vuelve a secar los platos, ¿de dónde habrá sacado Perpetua aquella idea de herencia? ¡Se oye cada tontería!

—El que va a heredar es su marido, el comendador. ¿Por qué iríamos a heredar nosotros? Puede ser que ella deje algo para papá, ha sido buena hija, demasiado buena. Pero, a nosotras dos, ¿por qué? Cuando ella se fue de casa, yo tenía menos de un año. Y…, ¿no fue por tu culpa que ella se fue?

—Ella se fue porque quiso. No tengo ninguna culpa.

—¿No fuiste tú quien fue con chismorreos a papá? Abriste el pico; él casi la mata a palos y la dejó en la calle, ¿no fue así? Mamá me contó cómo fue y papá lo confirmó, dijo que tú fuiste culpable.

—Ahora dicen eso para justificarse. Después que empezó a mandar plata, se convirtió en santa. ¿Por qué tu madre no se condolió en su momento? ¿Quién le dio la zurra, quién la largó fuera de casa? ¿El *Viejo* o yo?

Elisa extiende sobre la mesa el mantel viejo manchado de aceite, de *feijão*[5], de café —la mano de Asterio es torpe, no sabe servirse caldo o salsa sin derramar, el infeliz. Se encoge de hombros, no responde a la pregunta de Perpetua, que el padre y la hermana decidan entre ellos de quién es la culpa; de ella, Elisa, no fue, no había cumplido todavía un año cuando se hizo la denuncia, y ocurrieron la expulsión y la fuga.

Perpetua entrecierra los ojos de garza, ¿por qué Elisa se empeñaba en recordar el pasado? ¿Acaso la propia Antonieta no había olvidado, hace mucho, agravios e injusticias? ¿No envía dinero, regalos? ¿No ayuda a los gastos? Además, no hay mal que por bien no venga, ¿no es así? Si ella no hubiese sido echada de casa, en vez de partir hacia el sur y triunfar en São Paulo, bien casada, llena de plata, feliz de la vida, habría permanecido allí, en aquel agujero, vegetando en la pobreza, sin derecho a tener novio y casarse, ya que la historia del viajante se había convertido en seguida de dominio público; sin derecho a nada, mera criada del padre y de la madrastra.

—Si ella no se acuerda de esas cosas, ¿por qué las recuerdas tú?

—No lo hice con mala intención, sino sólo para demostrarte que ella no tiene ningún motivo para querer dejarnos su herencia.

—No depende de que ella quiera o no… —Perpetua entrecierra los ojos, arregla su pollera y saca una basurita invisible de la blusa—: Cuando ella se muera, la mitad

de su fortuna queda para el marido y, como no tienen hijos, la otra mitad se divide entre los parientes cercanos, o sea, el *Viejo*, y nosotras, el padre y las hermanas.

—¿Y tú como lo sabes?

—Me lo dijo el Doctor Almiro…

—¿El fiscal? ¿Y cómo se te ocurrió hablar de eso con él?

—Lo que se dice hablar, no hablé. Él estaba conversando con el padre Mariano, y yo estaba oyendo junto con otras celadoras. Estaban hablando de la herencia de don Lito, que dejó todo su dinero para que el padre diera una misa por la salvación de su alma en la Iglesia de Nossa Senhora de Sant'Ana. Pero ya pasaron más de seis meses desde que murió y hasta ahora, el padre no vio ni un cobre. El caso fue confiado al juez, en Esplanada, porque los parientes hicieron lío, con abogado y todo. El doctor Almiro dijo que por ley, la mitad es de ellos. Y ahí yo empecé a preguntar, como quien no quiere la cosa…

—¿O sea que cuando muere una persona, la mitad de lo que tiene queda para los parientes?

—Es así nomás… —Perpetua busca en el bolsillo de su pollera un pañuelo para secar las gotas de sudor que le corren por la frente; junto con el pañuelo aparece un rosario de cuentas negras.

—Quieres decir que, si tú te mueres, mitad de lo que es tuyo queda para mí y para papá…

—No prestaste atención a lo que te dije: sólo es así cuando quien muere no tiene hijos; es el caso de ella, pero no el mío. Cuando yo me muera, lo que deje va a ser repartido entre Ricardo y Peto, mis hijos, mis únicos herederos. Y así fue cuando el Mayor murió —hace la señal de la cruz, eleva los ojos murmurando Dios lo tenga en su gloria—: la herencia fue repartida, mitad para mí, mitad para los chicos. El doctor Almiro…

—¿También eso le preguntaste?

—Siempre vale la pena saber.

—¿Y tú crees que ella murió y que el marido no nos avisa para quedarse con todo?

—¿Y por qué no? ¿Por qué ella nunca nos dio su dirección? Nos mandó escribir a Apartado de Correos, ¿dónde se ha visto? Debe de ser una prohibición del marido, para que no nos enteremos. ¿Sabes el apellido de él? Yo tampoco. Es comendador de acá, comendador de allá, y se acabó, nada de apellido. ¿Por qué? Tú no te das cuenta de esas cosas, pero yo he pensado mucho en eso y saqué mis conclusiones.

También Elisa había considerado aquellas rarezas. Sin embargo, según su opinión, el significado de la falta de dirección, de apellido, la ausencia de mayores detalles sobre la vida Y la familia, era otro: Antonieta había perdonado todos los agravios, no había guardado rencor, pero no había olvidado el pasado, no quería ni el menor contacto con los parientes, gente mezquina del interior, no los quería metidos en su mundo maravilloso. Ayudaba al padre y a las hermanas como cabe a las hijas

cuando están en buena situación. Obligación cumplida, conciencia en paz, punto final: reserva y distancia. ¡Si les interesa, pienso que ella hace muy bien! Era eso y nada más, el resto no pasaba de una invención de Perpetua, la malpensada que siempre encontraba maldiciones y desgracias en todo. Si Antonieta hubiera decidido dejar algo para el padre y las hermanas, después de su muerte, habría tomado las medidas necesarias con anticipación, estaría todo dispuesto y establecido.

—Yo creo que no. Si ella hubiera muerto, ya lo sabríamos.

Termina de poner la mesa, se queda quieta, con la mirada perdida:

—Debe de estar viajando, disfrutando de la vida. Cada vez que se va a pasear, sus cartas se atrasan. Se atrasan pero llegan. ¿Te acuerdas cuando fue a Buenos Aires y nos mandó aquella postal tan linda? Eso es vida: viajes, paseos, fiestas. ¡Qué buena es Tieta, recordándonos en medio de tanta animación! Si yo hubiera tenido su suerte, nunca más, realmente nunca, más hubiera dado noticias de mi persona.

Vuelve la vista hacia Perpetua que ahora pasa las cuentas del rosario:

—Te voy a decir una cosa. Si quieres creerme, créeme, si no… Yo no deseo la muerte de Tieta, ni siquiera para heredar todo su dinero, sin tenerlo que dividir con nadie.

—¿Y quién la desea? —Perpetua suspende la oración, y después, con una cuenta negra entre los dedos, agrega—: Pero si no llegan más cartas, es señal de que Antonieta murió. Entonces sí que voy a remover cielo y tierra hasta descubrir al marido y recibir mi parte.

—Vas a acabar idiota, pensando tantas locuras. Ella debe de estar paseando, divirtiéndose. ¿Por qué desearle mal a una persona tan buena? Vas a ver que la carta no pasa de mañana.

—Ojalá. Fui a la casa del *Viejo* y está que vuela. ¿Sabes lo que me preguntó? Si Asterio no habría robado el dinero para pagar alguna deuda, como hizo aquella vez que usó el cheque para rescatar la letra vencida. El *Viejo* piensa que vivimos robándole. —Vuelve a manipulear el rosario, los labios sin pintura se mueven en silencio.

Con Perpetua, la cosa es así, palmo a palmo; Elisa había hecho referencia a las habladurías que se tejieron después de la partida de Antonieta, Perpetua, palabra va, palabra viene, se la devolvió, sacó a relucir el desgraciado asunto del pagaré, de cinco años atrás. Con voz cansada, Elisa replica sin vehemencia:

—Tú sabes que si él no hubiese pagado la letra, el negocio quedaba en bancarrota. Tú lo sabes, papá lo sabe…

El tono de voz, monótono, no crece:

—Pero que vivimos robando, eso es seguro; no se gana nada con que te quedes ahí sentada con el rosario en la mano, rumiando padrenuestros con ese aire de santa.

—Nunca toqué ni un centavo del *Viejo*…

—Ni él te iba a dejar. Robamos el de ella. ¿Para qué manda el cheque todos los meses?

—Para los gastos del *Viejo*.

—¿Y para qué más?

—Para ayudar en la educación de los sobrinos.

—Eso mismo. Para ayudar en la educación de nuestros hijos. El mío no llegó a cumplir dos años y nunca más pude tener chicos. Nunca más, Dios no quiso…

Los ojos van desde el comedor hasta el dormitorio, por la puerta abierta ve la cama de matrimonio que todavía está por hacer. ¿Dios no quiso? Ni para eso sirve Asterio… Con voz neutra prosigue:

—¿Y tú? ¿Acaso le mandaste decir a Tieta que Peto está en el Grupo Escolar, donde no paga ni un céntimo? ¿Que el padre Mariano arregló con el Obispo que Cardo entrara gratis en el seminario? Yo sé lo que le dijiste: que el precio de la escuela de doña Carlota, que la mensualidad del seminario… Eso sí, pero del resto, boca cerrada. ¿Por qué traes de nuevo la historia esa de la letra que Asterio rescató, como si cada uno de nosotros no tuviera sus cosas sucias?

—Fue lo que dijo el *Viejo*; yo no hice más que repetirlo.

—Un día de éstos, me animo y le escribo contándole la verdad: que ya no tengo ningún hijo, que una enfermedad me lo llevó, pero que necesitamos tanto el dinero que ella manda, pero tanto, tanto, que me han faltado fuerzas para comunicar la muerte de Toninho. Ella hubiera sido capaz de condolerse tanto que hasta hubiese mandado más de lo que manda. Pero yo no me animo… ¿Por qué somos así, Perpetua? ¿Por qué no servimos para nada? Por eso ella no quiere ningún contacto, no manda la dirección, ayuda de lejos.

Y continúa con voz pesada, áspera, casi tan desagradable como la de Perpetua:

—Y ella hace muy bien porque, si yo tuviese la dirección…

Los ojos miran al vacío:

—¡Ah!, ¡si yo supiera su dirección ya hubiera ido a buscarla a su casa!

Perpetua llega al final del rosario, besa la pequeña cruz:

—Hace horas que dejaste de parecer una mujer hecha y derecha; hablas lo que no debes. Tendrías que ir a ayudar a la iglesia en vez de quedarte en casa leyendo revistas y escuchando radio, perdiendo el tiempo en esas porquerías.

Elisa deja caer los brazos, la voz nuevamente neutra:

—Mañana, ni bien llegue la «marineti», voy a pasar por el correo. Ven mañana, vas a ver.

—Dios te oiga. Con la excusa de la enfermedad, hace tres meses que Lula Pedreiro no paga el alquiler. Ahora mandó la llave, se fue a vivir con el hijo, dejó la casa inmunda, un chiquero. Para poder alquilar voy a tener que darle por lo menos una mano de cal.

—Te quejas sin motivo. Vives en casa propia y todavía tienes dos más para alquilar, además de la pensión del finado. Nosotros, si no fuera por el dinero que ella manda para el angelito, no podríamos ir ni a una sesión de cine.

—Mañana, avísame en seguida si llegó o no. Si no llega, voy a tomar medidas.

—¿Por qué no te quedas a almorzar? Donde comen dos, comen tres.

—¿Yo? ¿Comer carne un viernes? Bien sabes que es pecado. Por eso ustedes no progresan. No cumplen con la ley de Dios.

Se yergue en la silla, guarda el rosario en el bolsillo de la pollera. Toda de negro, la blusa de mangas largas, sin escote, cerrada en el cuello, el rodete alto, cubierto por una mantilla, el rostro severo, virtuosa y devota viuda. Se persigna al oír la campana de la Matriz en su repicar del medio día, y se encamina hacia la puerta. En la calle desierta, resuenan los pasos de Asterio. Un aire sofocante sube de la tierra, baja del cielo. Elisa suspira, se dirige a la cocina.

DE ELISA, LINDA HASTA MORIR EN EL ESPEJO, Y DE SU MARIDO ASTERIO, EXIMIO BILLARISTA. CAPÍTULO DONDE NO PASA NADA.

Al día siguiente, cuando la «marineti» de Jairo tocó bocina en la curva próxima a la entrada de la ciudad, Elisa, sentada a la mesa antigua, quien sabe de valor, que le sirve de *toilette*, había terminado de pintarse los labios y sonrió a la imagen reflejada en el espejo barato colgado en la pared. Se encontró linda. La cabellera negra, bravía, ahora cuidada y suelta sobre los hombros, le enmarca el rostro pálido, la languidez de los ojos, la boca de labios glotones, acentuados por el rouge. Linda como ninguna, como dice, al referirse a las estrellas de radio, TV y cine, el admirado locutor Mozart Cooper —se pronuncia «Cuúperr»—, «voz de terciopelo en las ondas hertzianas que estimula los corazones solitarios». Corazón solitario, linda como ninguna.

Durante algunos minutos se olvidó de todo cuanto le afligía y ensayó poses y mohines, imitados de las escenas de fotonovelas: una muequita con los labios, ojos apasionados, sonrisa tentadora, desmayo de pasión, la boca al abrirse para un beso, la punta de la lengua que surge entre los labios, colorada y húmeda. ¿Besar a quién? Con un gesto cansado se encogió de hombros, los ojos se cubrieron de sombras. Vuelve a pensar en la carta, trata de tranquilizarse: está por llegar la bolsa del correo, traída por la «marineti», de hoy no pasa. ¿Y si no llegara? Durante la víspera, a la hora del almuerzo, Asterio, comilón y apurado, con la boca llena, masticando *feijão* y palabras, había repetido la pregunta y el lamento:

—¿Por qué tanta demora? Justo ahora, en noviembre, mes de pocas ventas o casi ninguna. ¿Qué diablos le habrá sucedido?

Elisa había cerrado los labios, si hubiera lanzado la sospecha que le quemaba el pecho, el marido habría entrado en pánico. Desanimado por naturaleza, incapaz de esfuerzo y lucha, se pasa el día entero recostado en el mostrador de la tienda esperando a la poca clientela; se anima sólo cuando uno de los compañeros de billar —Seixas, Osnar, Aminthas, o Fidelio— aparece para comentar apuestas y jugadas; si Ascanio Trindade se entrenase, Asterio tendría un adversario. Osnar, desocupado, usa la tienda para sus citas, con el cigarro de paja colgando de la boca. Es infalible cada sábado, cuando el movimiento crece por la feria. Después de vender harina, carne-

seca, *feijão*, frutas, el cultivo de las plantaciones y el barro cocido en pequeños hornos rudimentarios —potes y macetas, caballos y bueyes, *jagunços*[6] y soldados, el sacerdote y los novios de la mano, floreros y cacharros—, la gente del lugar y los paisanos de los alrededores llenan el negocio, compran géneros, zapatos, pantalones y camisas, baratijas, de vez en cuando una radio a pilas. Medio escondido, haciendo equilibrio en una silla vieja, Osnar espía a las *caboclas* jóvenes, tratando de conversarlas cuando le parece que vale la pena. Los sábados, el chico Sabino se gana sus cinco cruzeiros ayudando, atendiendo a la mayoría de los rudos clientes —cinco cruzeiros y lo que roba en el cambio.

Si Elisa contara su conversación con Perpetua, Asterio sería capaz de tener uno de aquellos ataques repetidos que le dan cada vez que falta dinero, que surge un problema con los proveedores; sudores fríos, las piernas flojas, dolor, vómitos. Se mete en cama, castañeteando, tiritando y le entrega el negocio a Sabino. Sólo Osnar consigue levantarlo, lo arrastra al billar, en el Bar dos Açores, de don Manuel Portugués.

En el billar se transforma, se convierte en otro hombre. Ríe y se hace el gracioso, se las tira de valiente, apuesta sin miedo, desafía a Ascanio, seguro de la victoria. Bueno con el taco. Con el taco de billar, solamente con él. Taco de oro. Elisa se sorprende rezongando. Censurables rezongos, malos pensamientos, surgían así, de repente, los malditos la perseguían. ¡Virgen Santa!

El rostro pensativo en el espejo. Linda como ninguna, allí perdida, envejeciendo en aquellas calles muertas, esperando la carta y el cheque. Si no fuese por la radio a pilas y las revistas, ¿qué sería de Elisa?

Si le revelase a Asterio el tema discutido con Perpetua, la probabilidad —la seguridad, para la hermana— de la muerte de Tieta, él vomitaría los *feijão*, el arroz, la carne, los pedazos de mango, sobre la mesa del almuerzo. Fuera del billar, es un indolente sin carácter, sin ambición, sin tema, sin alegría. Las esporádicas conversaciones que mantienen, las pocas risas son causadas por las picantes historias de sus compañeros, de Seixas y Aminthas, a veces de Fidelio, reservado por naturaleza y por cálculo, casi siempre de Osnar, potentado, obsceno y mujeriego. Las historias de Osnar, entre las cuales figura el notable caso de la polaca, son para morirse de risa, en general tienen que ver con el desmesurado tamaño de sus órganos sexuales. Pistola de burro, afirma Asterio, distanciando las manos para indicar la asombrosa medida: de aquí hasta aquí.

El motor de la electricidad, cansado, deja de trabajar a las nueve de la noche, señala la hora de dormir, confirmada por las campanadas de la Matriz. Termina la partida, apoya el taco, cobra o paga las apuestas, toma el camino de su casa. De vez en cuando, si Elisa todavía no se durmió, Asterio, al desvestirse, repite la misma frase, que es el prólogo de la historia que va a contar: «¡Pasa cada cosa!».

Fuese de Osnar o Aminthas, Seixas o Fidelio, cualquiera de ellos, u otra figura de la ciudad, el chisme es casi siempre escabroso, incluye mujer y cama, cama y yuyos,

a orillas del río. Elisa oye en silencio, tensa, atreviéndose de vez en cuando a pedir detalles, tan necesarios para la construcción del mundo imaginario en que se encierra para subsistir, donde cada elemento tiene su importancia; la grandeza de Antonieta, la postal de Buenos Aires, el perfume del sobre, las tramas de Seixas, los secretos de Fidelio, las insolencias de Aminthas, la anatomía de Osnar. Durante el día, con la radio encendida sin parar, Elisa plancha y remienda ropa, lava platos, cocina, lee y relee revistas, visita a doña Carmosina en el Correo, soporta, después de comer, el parloteo de la vecina, doña Lupicínia, cuyo marido se voló hace más de un lustro para el sur de Bahía sin regreso previsto: vas a ver que no vuelve nunca.

Linda como ninguna, sólo para morirse. ¿Y si no para qué? La boca ante el espejo se abre ávida como para un beso. ¿Qué beso? Elisa se levanta, ¡ay! ¡Quién pudiera tener un espejo para verse de cuerpo entero! Linda como ninguna, al último grito de la moda.

Al final, se pregunta, encogiéndose de hombros nuevamente, por qué gasta tanto tiempo en pintarse, en arreglarse, en peinar su negra cabellera, en dárselas de elegante con ese vestido arreglado, regalo de Tieta, como todos los que tiene, cada cual de mejor género y de hechura más moderna, poco usados, casi nuevos. ¿Para qué tanto apuro, tanto cuidado con el maquillaje? ¿Para qué ese escote mostrando los hombros, el nacimiento de los pechos?

Para andar por las calles desiertas, donde raramente pasa alguien, para notar el peso de la mirada del árabe Chalita, con sus bigotes de sultán, la barba sin afeitar, un eterno palillo entre los dientes, dueño del Cine Tupy y de la heladería, viejo y descuidado; o sentir sin ver los ojos ariscos del chico Sabino fijos en los meneos de las ancas inaccesibles de la mujer del patrón, oír el silbido del pestilente *Bafo de Bode*, mendigo y borracho. Es tan asqueroso y miserable que se puede permitir todos los atrevimientos sin temer represalias. Esos tres infelices y se acabó. Además de eso un ¡buenas tardes, señora!; el mudo saludo de un sombrero que se levanta; la bendición del cura y la incontenida envidia de las mujeres: «ni que fueras a un baile, querida».

Discreta y comedida, esposa honesta y virtuosa, Elisa recoge al pasar la ávida mirada del levantino en su escote: ciertamente que al verla recuerda tiempos de antaño y cuerpos de mujeres, La codicia del muchacho le acentúa el bamboleo de su traste, así, de noche, Sabino soñará con ella. Ni siquiera desprecia el silbido fétido del mendigo, En cuanto a la envidia de las mujeres, también vale la pena y tiene sabor. Modesta, Elisa responde: «El vestido me lo mandó mi hermana Tieta, de ella es el gusto y la elegancia, no lo voy a tirar». Alaban entonces a Antonieta, hermana generosa, hija ejemplar, la infalible ayuda mensual, los regios regalos, regios, sí señora, ¡cada uno de esos vestidos cuesta un dineral!

Elisa deja a la pequeña Arací a cargo de la casa, cierra la puerta de calle, se dirige al correo. Atravesará la feria, pasará cerca del árabe, del muchacho, del loco, de las comadres en el atrio de la iglesia. Seria, como corresponde a una señora casada, bien

casada. Con un nudo en la garganta, y en el fondo de su corazón, la certeza de que la carta no llegó.

BREVE EXPLICACIÓN DEL AUTOR PARA AQUELLOS QUE BUSCAN PULGAS EN LOS ELEFANTES.

Recién empiezo el relato y ya recibo críticas. Un amigo íntimo, compañero de trabajo y de letras, y que las cultiva como yo, en amargo anonimato, Fulvio D'Alambert (José Simplicio da Silva, en su vida civil) tiene la primacía de la lectura de mis originales que, en general, me devuelve entre elogios agradables de oír, y una u otra corrección ortográfica o gramatical: puntos y comas, tiempos de verbos. Sin embargo, esta vez, se atrevió a ir mucho más lejos, ante lo cual decidí retrucarle de inmediato, mientras Elisa marcha en dirección al correo.

Fulvio considera un absurdo el uso de la palabra «marineti», por pasada de moda, para designar a un vehículo automotor destinado al transporte de pasajeros. Ómnibus, autobús, pullman serían términos modernos, correctos, propios de esta época de progreso en que nos cabe el privilegio de vivir. Me acusa de subdesarrollado y lo prueba. Mientras construimos nuevas autopistas comparables a las mejores del exterior; mientras se instalan industrias a granel; mientras, atendiendo a las clarinadas del progreso, despierta un nuevo Nordeste redimido de las sequías, de las epidemias, de aquella hambre centenaria y —no olvidemos— del analfabetismo rápidamente erradicado; mientras la prensa, la radio, la televisión uniformizan costumbres, moral; modas y lenguaje, barriendo como basura los hábitos regionales, las expresiones, los juegos, mientras los monumentales rascacielos unifican el paisaje ciudadano, irguiéndose sobre los escombros de la historia y los caserones de pretendido valor artístico; mientras, nuestra música popular por fin se basa en melodías y temas universales, sobre todo yanquis, abandonando ritmos de un despreciable folklore nacional; mientras el misticismo hindú (y adyacentes) ilumina el alma de los jóvenes en el mundo de la marihuana de Alagoas; mientras avanzados ideólogos se esfuerzan en liquidar los principios del mestizaje e implantar el racismo entre nosotros, el blanco, el negro y el amarillo, para que, no debamos nada a las naciones civilizadas y la violencia marque nuestra faz, despojándola de la antigua cordialidad brasileña, considerada como señal de atraso; mientras el arte, consciente de su papel, desconoce a la tierra y al hombre y se hace concreto, abstracto, objeto, igualito al europeo, al norteamericano, al japonés; sin sacar ni poner nada, mientras creamos un lenguaje nuevo para la escritura de los literatos, esotérico pero sumamente revolucionario en su forma y contenido, tanto más convincente cuanto más ininteligible; mientras, a base de censura y palizas, creamos la democracia, la verdadera, no aquella antigua que conducía al país al abismo; mientras entramos milagrosamente en la época de la prosperidad al mismo ritmo de las naciones ricas, productoras de petróleo, de trigo, de la bomba atómica y de los satélites, del whisky y de las historietas cómicas, ápice

de la literatura; mientras pasamos a ocupar nuestro puesto ante las grandes potencias y, en fábricas instaladas aquí, producimos vehículos nacionales —Mercedes Benz, Ford, Alfa-Romeo, Dodge, Chevrolet, Toyota, etc, etc. ¿cómo se atreve un autor a denominar «marineti» al bus que conduce pasajeros de Sant'Ana do Agreste a Esplanada y viceversa? Este autor es un cuadrado perdido en el tiempo, en las calendas griegas.

Que me perdone D'Alambert, que me perdonen también los eméritos críticos universitarios, con licenciatura y doctorado, pero, en este caso, se trata, sí, de «marineti». La última tal vez que acompaña a las sequías, a las epidemias, al hambre obstinada que, tierra adentro, resisten, rebeldes, a la patriótica ofensiva de los artículos y los discursos.

La última, sin duda, que, impávida, anda entre el tranco de alguna ruta brasileña. Jamás sobrepasa la velocidad de treinta kilómetros por hora —promedio obtenido en el trecho de los cuidados seis kilómetros que pasan por la hacienda del coronel Vasconcelos, a la salida de Esplanada. En los otros cuarenta y dos, se arrastra a los tumbos entre barrancos, pues la ruta es apenas transitable y en ella no se aventuran vehículos modernos, carecen de la audacia y competencia necesarias. El prodigio cotidiano sólo es posible gracias al gran hábito puesto en práctica —de lunes a sábado, con asueto los domingos— practicado por la «marineti» de Jairo, familiar a los cráteres, lodazales, pasaganados podridos, rampas y curvas imposibles. La «marineti» de Jairo data de la Segunda Gran Guerra Mundial, fue un transporte moderno, cómodo, con asientos confortables y hasta tenía vidrios en las ventanas. En aquel entonces, por más increíble que parezca, cumplía el trayecto de ida y vuelta, Agreste-Esplanada-Agreste, en un día solamente, regresando al atardecer.

Tanto tiempo después, aún vale la pena verla, pieza digna de museo, todo en ella ha sido reemplazado y remendado. En el motor y en la carrocería coexisten piezas de marcas y procedencias de lo más extrañas, inclusive una radio rusa. Ingeniosas adaptaciones, innovaciones mecánicas, alambres, pedazos de soga. Cuando el polvo se hace insoportable, los diarios viejos son útiles para tapar las ventanas. Los pasajeros asiduos, con experiencia, llevan almohadas para los asientos, además de meriendas reforzadas y botellas de gaseosas.

Vieja y golpeada, imbatible, última y eterna, parte los lunes, miércoles y viernes de Agreste hacia Esplanada, los martes jueves y sábados regresa de Esplanada para casa. Bufando, tosiendo, rateando, parando, parando mucho, amenazando paro definitivo, que jamás lo es, prosiguiendo en atención a la capacidad de Jairo, a los pedidos, juramentos y adulaciones. Jairo trata al desmantelado vehículo con ternura de amante, la «marineti» es su fuente de ingresos, su único bien y única comunicación entre Sant'Ana do Agreste y el mundo.

Si todo marcha bien, el viaje dura tres horas, con la excelente marca de dieciséis kilómetros por hora. En invierno, con las lluvias, la travesía es más prolongada, de horario imprevisible. Es puntual al partir; Jairo no admite atrasos; la llegada, para

cuando Dios quiera. La «marineti» de Jairo ya tuvo que dormir en el camino, enterrada en el barro, esperando la llegada de alguna yunta de bueyes. En tales ocasiones Jairo cuenta con un razonable repertorio de anécdotas familiares y con la colaboración de la radio rusa. Gangoso, cascarrabias, indolente, de humor inestable, con silbidos y descargas, el insólito aparato ayuda a matar el tiempo con fragmentos de canciones y noticias. Pero se puede contar con los dedos de la mano las veces que hubo que pasar la noche en la ruta; es una rareza. Habitualmente en invierno, el trayecto demora de cinco a seis horas.

Buen viaje, confortable y rápido, por lo menos según opina el coronel Artur de Tapitanga, octogenario que cultiva mandioca y cría cabras, jefe político, hace más de treinta años que no pone los pies fuera de sus plantaciones, corrales y calles de Agreste. Después de casi siete horas de andar —la «marineti» había reventado tres veces—, el estanciero, poniéndose de pie, declaró:

—¡Qué bicho tan ligero, esta «marineti» de Jairo! ¡Fue un viajón!

—Ligero, ¿coronel?

—En mis tiempos se tardaba dos días a caballo y mire usted…

Sequía, viruela, malaria, lepra y hambre, niños que mueren, todo eso es lo que sobra, tierra adentro. Ahora, «marineti», pienso que no existe otra además de ésta de Jairo. Ella llama condesa, mi negra, mi lucero, mimosa, Mae West, belleza de Agreste, mi amor. Cuando se enoja, pierde la cabeza y la insulta de puta en adelante.

DONDE SE ENTABLA CONOCIMIENTO CON DOÑA CARMOSINA, CIUDADANA IMPORTANTE, AGENTE DE CORREOS, Y SE TIENE NOTICIAS DE LOS HIJOS DE DON EDMUNDO RIBEIRO, RECAUDADOR, COMPENSANDO LA FALTA DE CARTA Y CHEQUE DE TIETA, SOBRE CUYO ESTADO DE SALUD AUMENTE EL PESIMISMO.

Desde lejos, antes de trasponer la puerta del correo, Elisa comprueba, en la actitud de doña Carmosina lo que ya sabía con seguridad: la carta no había llegado. De brazos caídos, ojos pequeños, semicerrados, aire grave, la activa funcionaria vive, también ella, el drama del inexplicable atraso. Elisa empalidece aún más, siente los pies de plomo, y con voz inarticulada, casi en un gemido, dice:

—¿Nada?

Cincuentona, albina, corpulenta, cara ancha, voz ronca, doña Carmosina señala la correspondencia del día, escasa, diseminada en el mostrador:

—¡Nada! Hoy no vino ninguna carta certificada. Por las dudas, revisé las bolsas dos veces, carta por carta. Lo que llegó ahí está. Todavía no entregué nada, eres la primera en aparecer. Llegaron diarios y revistas, eso sí, hoy es sábado. —Repara en la palidez de su amiga—: ¿Quieres un poco de agua?

—No, gracias. —Las palabras salen entrecortadas.

—Qué demora, ¿no? En todos estos años, nunca demoró tanto…

—Más de diez años… —gimió Elisa.

—Once años y siete meses —corrigió doña Carmosina, escrupulosa en los detalles—: Todavía me acuerdo de la primera carta, como si fuese hoy. Cuando abrí la bolsa, en seguida sentí que el aroma, en aquel tiempo ella usaba un perfume más fuerte que el de ahora, invadía la sala. ¿Qué será esta carta? me pregunté a mí misma y leí corriendo el sobre y el nombre del remitente. Estaba dirigida a tu padre o a cualquier miembro de la familia Esteves y quien la había mandado era Antonieta Esteves, Apartado de Correos 6211, São Paulo, Capital. Voy a buscar agua para ti, con este calor y sin carta, pobrecita…

Mientras doña Carmosina le da la espalda para llenar el vaso, Elisa se curva sobre la correspondencia, pero no por tener esperanzas, sino para cumplir con la conciencia.

—Le puse dos gotas de agua de azahar. Hace bien para los nervios…

Elisa bebe a pequeños sorbos, doña Carmosina retorna la conversación:

—El sobre era rosa, lindo, me parece que lo estoy viendo. Le mandé el mensaje a tu marido que estaba en el negocio con el finado don Lima, ustedes estaban bien casaditos. Él vino con Osnar, se la entregué y la leyó aquí mismo. ¡Qué carta tan bonita! Pedía noticias del padre, de las hermanas, quería saber cómo andaban de salud y de plata, si precisaban ayuda. Hasta colaboré en la respuesta, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo…, el Mayor todavía vivía, fue él quien escribió…

—Era burro como una puerta pero tenía una letra tan bonita… La letra era de él, pero la redacción, mía. Desde aquella época hasta ahora nunca falló. Todos los meses la carta con el cheque, la platita dulce…

Entusiasmada, doña Carmosina ni siente el aire sofocante que entra por las dos puertas, asfixiante. Pensativa, mira a Elisa:

—Nunca demoró de esta manera… es tan raro…

Elisa nota en la voz de la amiga, una inquietante señal de alarma. Trata de calmada y calmarse:

—Una vez, cuando ella estaba paseando por Buenos Aires…

—Llegó el diecisiete… diecisiete de febrero, exactamente.

Hoy estamos a veintiocho de noviembre. ¿A qué lo podrías atribuir? ¿Enfermedad?

Los pequeños ojos de doña Carmosina observan a Elisa que sostiene el vaso vacío sin encontrar respuesta, el llanto le oprime la garganta.

Felizmente, aparece don Edmundo, Edmundo Ribeiro, el recaudador, endomingado: de traje, corbata y sombrero, les desea buenas tardes:

—¿Hay algo para mí, doña Carmosina?

—Dos cartas, una de su hijo, la otra de su yerno… —ríe con los labios despintados, divertida—: Apuesto a que los dos están pidiendo plata…

El recolector recoge las cartas, mira a contraluz a través de los sobres, quién puede impedir que doña Carmosina sepa y comente la vida ajena, ¿acaso no pasan por sus manos (y ojos) telegramas y cartas? Carmosina, casi albina, más que ladina, voz masculina, lengua viperina, dulce asesina —declamaba Aminthas, su primo

segundo y asiduo comensal. A doña Carmosina se le da por los buenos condimentos, famosa por el *pirão*[7] de leche y por el salsa tártara. ¿Y el pastel de maíz?

—Como si yo tuviese una bolsa sin fondo, o estuviese podrido en plata… —don Edmundo suspira, no tiene apuro en abrir los sobres a pesar del deseo de saber de sus hijos. Se dirige a Elisa—: Feliz es Zé Esteves, su padre, doña Elisa. Tiene una hija rica que le manda en vez de pedir. Conmigo es al revés…

Doña Carmosina espía a Elisa e informa:

—Todavía no llegó la carta de Tieta de este mes. ¿No le parece tarde don Edmundo? Semejante atraso…

El recolector no esconde la sorpresa. Ya tiene uno de sus sobres abiertos:

—¿Todavía no? ¿Y qué pasó doña Elisa?

—¿Quién sabe?, don Edmundo… Para mí, que está viajando, debe de ser uno de esos paseos que hace todos los años, en barco…

—Cruceros marítimos… —aclara doña Carmosina, mientras sus ojos expresan duda debajo de las cejas pardas. Don Edmundo balancea la cabeza, no se le ocurre ningún comentario y retoma la carta de su yerno.

Elisa se despide, siente las piernas tan flojas como las de Asterio:

—Gracias, Carmosina.

—Puedes volver el martes, querida. Y para levantarle el ánimo, para no dejarla partir así, agrega—: ¿Sabes que hoy pareces una muñequita? No te conocía ese vestido…

—Me lo mandó Tieta…

Don Edmundo suspende la lectura de la carta, se le escapa un comentario sobre el disgusto que le causa la noticia:

—Susana está esperando familia de nuevo…

Elisa reúne fuerzas:

—Felicitaciones, don Edmundo. Cuando le escriba, mándele mis saludos…

—Es el cuarto, ¿no? Mire usted, tan joven todavía y lleno de nietos. ¡Qué lindo que es eso! —¿Será sincera o sobradora la ronca voz de doña Carmosina?

—¿Lindo? Yo sé bien cuánto me cuesta… es una falta de juicio.

—Es caro, pero… ahora se puede evitar fácilmente con la píldora. En Bahía, la venden en cualquier farmacia, sin receta… y hasta la Iglesia aprueba su uso —acentúa doña Carmosina, dulce asesina…

Elisa dice hasta pronto, atraviesa la barullenta feria, en dirección a la casa de Perpetua. No siente el peso de la mirada del árabe, no siente el traste acariciado por los ojos de ningún muchacho ni el oído lastimado por el silbido del linyera. Enfermedad, había insinuado Carmosina, para no decir lo peor. Muerta, es eso. Elisa ya no duda. Perpetua sabe lo que dice.

Hace veinte años que doña Carmosina, en la agencia del correo, emite juicios definitivos sobre hechos y personas:

—Muchacha seria y buena esta Elisa, don Edmundo. La conozco desde chiquita,

siempre correcta, cumplidora. Hace todo con esmero. Trabajadora, su casa es una joya y le gusta vestirse bien, arreglarse, no es como otras que andan por ahí, que viven al descuido. Sólo que ahora, pobrecita…

Don Edmundo, para oír mejor, interrumpe la lectura de la carta de su hijo estudiante:

—¿A qué se puede atribuir la demora?

—Si Tieta no murió, debe de estar muy enferma. El marido podría mandar alguna noticia, pero él nunca quiso saber nada de los parientes de aquí. Le voy a decir a Elisa o a Perpetua que telegrafíen.

Volviendo a su carta, el recolector explica:

—¡Idiota! Sólo para eso sirve…

—¿Qué es lo que hizo Leléu, esta vez, don Edmundo?

—Se agarró una gonorrea; disculpe, Carmosina, quiero decir blenorragia, y pide dinero urgente para el médico y los remedios…

—Con dos dosis de penicilina se cura. No falla jamás. Tratamiento barato, ni siquiera necesita médico.

Doña Carmosina lee los diarios, antes de entregarlos, para saber qué pasa en el mundo, por eso entiende de cine, de política, de ciencia. Además de su cargo en el Correo, es representante de *La tarde*, de Bahía y de revistas de Río y de São Paulo.

—Pobre Elisa, se quedó tan trastornada, ni se llevó las revistas. Después se las dejo en su casa.

Separa la carta dirigida a Ascanio Trindade pues lo ve venir, es de Máximo Lima, un amigo de la capital, sin interés. Antes era más romántico: Astrud le escribía cartas de amor y Ascanio, en respuesta, llenaba hojas con promesas y palabras de amor. Un poeta, Ascanio, lástima que no escriba versos, serían lindos.

Doña Carmosina retorna al silencio de Tieta:

—¿Sabe qué es lo que pienso, don Edmundo?, que Antonieta ya no pertenece a este mundo. Debe de estar bien muertita.

DONDE RICARDO, SOBRINO Y SEMINARISTA, ENCIENDE VELAS CONTRADICTORIAS A LOS PIES DE LOS SANTOS; CAPÍTULO BAÑADO EN LÁGRIMAS, ALGUNAS DE COCODRILO.

—¿Entonces? ¿Dónde está? —interroga Perpetua y ella misma responde victoriosa y afligida—: Carta y cheque: ¡adiós!, ¡mi miss Bahía! —y derrama sobre su hermana toda la hiel que le amarga la boca—: Si yo fuese Asterio, no te dejaba salir a la calle con esos vestidos indecentes, con los pechos afuera. Pero ahora todo se acaba, toda esa exhibición de vestidos. Se acabó todo. Llegó la hora de ser pobres.

Elisa se deja caer en la silla, se cubre el rostro con las manos, no retruca: podría recordarle que cuando llega el momento del reparto de regalos, Perpetua no critica los vestidos, trata de quedarse con los más finos y osados para venderlos a buen precio

en Aracajú, a las señoras ricas. Sin embargo se calla; lo que sí le gustaría sería taparse los oídos para no oírla; la voz avinagrada de la hermana hace que las palabras sean más crueles.

Momentos antes, Elisa había pasado por la tienda, llena de gente y Osnar estaba como atado a la silla. Unas miradas bastaron para que Asterio largara el centímetro y la pieza de madrás. Osnar se había puesto de pie:

—Buen día, doña Elisa.

Buen día, patrona. —Sabino flechó rápidamente el escote y las ancas, bueno bueno, quién inventó esos vestidos ajustados, pegados al cuerpo, marcando hasta las curvas del traste, ¡qué moda tan simpática! Qué tipo feliz este patrón.

—Tres metros… —reclamó la compradora reparando también en la elegancia de Elisa, eso sí que era un género.

Asterio volvió a medir, casi no podía sostener el centímetro ni la tijera.

—Voy hasta lo de Perpetua y en seguida mando a Araci con la vianda. —Avisó, y se despidió—: Hasta luego, don Osnar, que lo pase bien.

Durante el recorrido, no pudo impedir las lágrimas. Cada palabra, en la tienda, le había costado esfuerzo y concentración. Ahora, estaba dura en la silla, la voz de Perpetua le critica el escote, como si no fuera suficiente tener las manos sin carta y sin cheque.

—Estiró la pata, yo te lo dije. ¿Todavía tienes alguna duda? —además de herirla con la voz chillona, la señala con el dedo.

Elisa se destapa la cara, mueve la cabeza, vencida, y las lágrimas resbalan. Lágrimas ¿de qué sirven? No resuelven ningún problema, no reemplazan el cheque, no resucitan a la muerta, no determinan las medidas que hay que tomar. Sin embargo, Perpetua conoce y respeta las conveniencias, es exigente con las formalidades. Saca un pañuelo del bolsillo de la pollera negra y se lo acerca a los ojos —no por invisibles dejan de ser lágrimas de luto.

Da un acento doloroso a la rispidez de su voz, gritando a su hijo mayor:

—¡Cardo!, ven acá, ¡rápido! Ay, ¡Dios mío!

Se lleva el pañuelo nuevamente a los ojos, Elisa debe ver, debe ser testigo del sentimiento que la aflige cuando la hipótesis que confirma la muerte de Antonieta ya no admite controversias. Dios la tenga en su gloria y perdone sus pecados; la asistencia que prestó al padre y las hermanas va a sumar puntos a su favor a la hora del juicio final.

Un chiquilín sudado, con los pies descalzos aparece corriendo. Fuerte, alto, atractivo, diecisiete años y acné. Sobre su labio risueño, ya hay sombra de bigote. Tiene puesto sólo el pantalón, pues estaba jugando a la pelota en el fondo.

—¿Me estás llamando, mamá? —al ver que está Elisa, agrega: —La bendición, tía.

Respira salud y satisfacción, no nota de inmediato la atmósfera fúnebre de la sala. Por tercera vez, ante la presencia del hijo, Perpetua se seca las escasas lágrimas,

finalmente visibles. El adolescente se da cuenta, se pone serio:

—¿Pasó alguna cosa con el abuelo? Esta mañana tempranito, cuando fui a ayudar en la misa, lo vi haciendo compras en la feria…

Perpetua ordena:

—Ve a buscar una vela bendecida, enciéndela en el oratorio.

Tu tía Antonieta, pobrecita…

—¿Tía Tieta murió?

Vencida, pero no convencida, Elisa levanta la cabeza, rebelándose:

—Todavía no lo sabemos seguro…

Perpetua no responde, reafirma la orden:

—Haz lo que te estoy mandando, sé lo que digo: una vela a los pies de Nuestro Señor Jesucristo por el alma de Antonieta. En seguida, te das un baño, te pones la sotana, por hoy, el recreo terminó. ¿Dónde está Peto?

—Fue al río a pescar…

—Dile que venga a casa. Después de almorzar vamos a hablar con el padre Mariano. —Un suspiro, la mano sobre el pecho seguramente para contener al corazón.

Atónito, sin palabras, sorprendido por la noticia, Ricardo se dirige a Elisa. Los hombros curvados acentúan el escote moreno. A pesar de las constantes críticas de la madre, el chico jamás había reparado en la elegancia de la tía. Por primera vez se da cuenta de lo bien que se viste y se arregla; parece una santa, tan desamparada en su silla, sufrida, negándose a aceptar la muerte de la hermana, luchando contra la evidencia reflejada en la fisonomía y los gestos de su madre. En la voz de la tía, ahogada en llanto, hay un pedido, una súplica:

—¿Por qué no esperamos hasta saberlo seguro para hablar con el Reverendo?… ¿por qué tanto apuro?

Ricardo no entiende los motivos de la discrepancia y antes de condolerse por la muerta, siente pena por tía Elisa, tan desolada como la imagen de María Magdalena que está en un nicho del seminario.

Perpetua no se inmuta:

—Nunca es demasiado tarde para pedir un buen consejo. ¿Qué estás esperando, Cardo? ¿No oíste lo que te mandé hacer?

—Ya voy, mamá.

Habría deseado agregar alguna palabra propicia para la ocasión, pero su pensamiento está volcado ahora en esa tía desconocida, de muerte anunciada y discutida, nombre obligatorio de sus oraciones: ¿acaso no enviaba ella dinero todos los meses? Cuando ingresó al seminario, muy chico todavía, había recibido, desde São Paulo, un breviario lujoso, de lomo dorado, papel fino, letras de color, en un estuche de terciopelo rojo, regalo de la tía Antonieta para el futuro padre, quien casi ni vio ni tocó semejante preciosidad, que Perpetua ofreció, más tarde, al obispo don José por intermedio del padre Mariano. La pelota de fútbol número cinco también se

la había mandado ella; a escondidas de su madre, Cardo había escrito una cartita a la tía pidiéndole pelota y secreto, «si mamá lo sabe me mata a palos». Recibió pelota, pantalón y camiseta del «Palmeiras». Tenían un secreto en común, la tía Tieta y él. Levanta la cabeza y enfrenta a Perpetua:

—Ojalá no sea verdad.

Sale en busca de las velas. Ya no está alegre y, si bien no lagrimea, siente ardor en los ojos, y una espina en el corazón. Encenderá una vela por su cuenta a los pies de la Virgen y le prometerá un rosario de cinco vueltas, rezado de rodillas sobre granos de maíz, para que la mala noticia no se confirme.

Cae el silencio sobre las dos hermanas. Sobre ellas dos y la otra, la presencia de la ausente es palpable. Muchacha bella y atrevida, enfrentó la ira del padre y la denuncia de la hermana: lo que tienes es envidia porque ningún hombre se fija en ti; atrevida desde pequeña, pastora de cabras en los riscos de los campos estériles de Zé Esteves; adolescente, saltaba las ventanas nocturnas para encontrarse con hombres, el viajante no había sido el primero, Perpetua lo sabe con seguridad; audaz, ignoraba de propósito los preceptos de Dios, sólo usaba la iglesia para flirtear; tan cínica y bella, se reía en el acoplado del camión, rumbo a Bahía, al irse para siempre; hermana rica, esposa de un comendador paulista, mandaba mensualidad para el padre y los sobrinos, merecía la mayor consideración, había que olvidar el sucio pasado, enterrar su loca adolescencia, era la tía presente en la oración de los niños, elogiada por el padre Mariano; hada generosa de los sueños de Elisa; la feliz y atenta benefactora, áncora de esperanza; en la ciudad, ejemplo de buena hija y buena hermana, leyenda y tema inagotable.

Perpetua guarda el pañuelo, cumpliendo un ritual y pregunta:

—¿Y Asterio?

—Pasé por la tienda… ya sabe que la carta no llegó pero hoy es sábado y no puede salir ni para almorzar. Hablando de eso, voy a llevarle la vianda.

—Esta noche paso por tu casa, para contarles qué aconsejó el padre. Vamos a decidir qué hacer.

Elisa, de pie, es sacudida por un sollozo:

—¿Por qué no esperamos hasta fin de mes?

—Ya esperamos mucho. Vamos a discutir en seguida lo que hay que hacer. Yo no me voy a quedar de brazos cruzados, ya te lo dije. Quiero mi parte. —Ahora, sin lágrimas, ni suspiros, ni lamentos, Perpetua cambia pañuelo por rosario. Más vale rezar.

Elisa esgrime un último argumento:

—Quién sabe si la carta no se perdió en el camino…

—Las certificadas no se pierden. ¿O se perdió alguna en tantos años? Tonterías. Dile a Asterio que me espere, nada de billar hoy. Con la cuñada muerta…

—¿Y papá?

Perpetua empieza a pasar las cuentas del rosario:

—Mañana le avisamos.

—Capaz que le da un ataque…

—¿A quién? ¿Al *Viejo*? Se va a poner hecho una fiera, nos va a querer quitar todo el dinero que pueda. Prepárate. Se acabó la época de las vacas gordas.

Al pasar por el corredor, Elisa ve, al fondo, la llama de las velas iluminando a los santos, en el oratorio. Una, por la salvación del alma de la muerta, a los pies de Cristo crucificado; la otra por la vida de la tía, a los pies de la Virgen. Oye la voz del muchachito rezando Salve María, madre de la Misericordia.

—Misericordia, ¡Dios mío!

DE LAS ORACIONES POR LA SALUD DE LA ANCIANA TÍA DESCONOCIDA. CAPÍTULO CASTO Y DEVOTO.

… vida, dulzura, esperanza nuestra, Virgen María, ¡salve! Las palabras de la oración nacen sinceras y siente un indefinido pesar. Sin embargo, maquinalmente, el pensamiento de Ricardo se libera en busca de la tía que está al pie de la muerte o ya en el cajón —poco sabe de ella, prácticamente nada.

Vida, dulzura, esperanza, la tía de São Paulo, que no esté muerta como asegura mamá —mamá ve todo negro—, que se confirme la idea de tía Elisa y que el peligro desaparezca, te lo suplicamos los indignos hijos de Eva. Suspirando te ofrecemos por la salud de tía Antonieta un rosario rezado de rodillas sobre granos de maíz. Promesa pobre, mísera oferta en pago de portentoso milagro. Se da cuenta y, exagerado, la amplía a una semana entera de rosarios completos y rodillas lastimadas, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas salva de la muerte a la tía Antonieta.

¿La enfermedad la había matado o la estaba matando? No había tenido ninguna referencia, la madre y la tía Elisa deben de saber, pero se guardan el secreto, seguro que se trata de alguna enfermedad de las malas, cuyo nombre no se dice, debe de estar tísica o con cáncer. ¿Quién había comunicado la noticia, cómo había llegado, por carta, por telegrama? Cuando falleció el padre de Austragésilo hubo un primer telegrama anunciando su estado de salud: grave con hemoptisis. Dos horas después el rector del seminario en persona había ido con un segundo telegrama, el fatal, y palabras de consuelo. Había estrechado a Austragésilo contra e pecho, había hablado del reino de los cielos. De la misma manera, ahora, el primer telegrama ya había llegado comunicando enfermedad y diagnóstico pesimista. La madre, que tiene experiencia de la vida, se había dado cuenta de la tramoya, su intención era prepararlos para lo peor; tía Elisa sólo perdería la esperanza cuando el segundo confirmase la verdad cruda. En este valle de lágrimas oye, Virgen Santa, Madre de Nuestro Señor, para ti lo imposible no existe: puedes interrumpir el curso de los telegramas, anular sentencias de muerte, tu hijo atiende todos tus pedidos. Contrito. Cardo aumenta la promesa a siete veces más.

¿Nada sobre la enfermedad y sobre tía Antonieta? Cero, cien veces cero,

imprecisas, fugaces noticias, tía desconocida, casi una abstracción. Sin embargo nadie tan concreto, presente, indispensable en la vida de cada uno de ellos, de toda la familia. La tía de São Paulo, la ricachona.

Para Ricardo es sólo un nombre, un sobrenombre de infancia, Tieta, vagas y entusiastas referencias del marido millonario y comendador, mensualmente carta y cheque, regalos, la pelota de fútbol número cinco, dando solidez y contorno a una imagen, ¿qué imagen?

Ojos misericordiosos volved a nosotros, en este valle de lágrimas, de pobreza y de limitaciones, la imagen de la santa patrona, la protectora, que posibilita pequeñas ventajas y dinero que la madre deposita en la Caja de Ahorro para la primera misa, tan lejana todavía, y para los estudios de Peto si es que un día Peto se decide a estudiar. Al pensar en la tía jamás vista, no la compara con la Virgen a quien ruega por ella y, sí, con la Señora Sant'Ana, patrona de la ciudad, protectora de la familia, de la Sagrada Familia y de todas las demás. A la llama de las velas distingue la imagen de la vieja señora, manos generosas, llena de ternura.

¿Será así, tan anciana y débil o todavía se mantiene rígida y dispuesta, igual que mamá? ¿Cuál de las dos es la primogénita? Sobre la edad de la tía, Ricardo nunca oyó ninguna referencia, la madre disminuye la suya cuando se la preguntan. La ausente debe de ser bastante más vieja, ella es la rica, la poderosa, la protectora, el verdadero jefe de la familia, a quien el mismo abuelo reverencia. Acostumbrado a insultar y maldecir, a quejarse y amenazar, el abuelo se deshace en alabanzas al pronunciar el nombre de Tieta. Dios le de salud y aumente su fortuna, ella lo merece, es una buena hija. Anciana de paso cansado, cabellos blancos —¿o todavía se los tiñe como antes? A la llama de las velas el pelo de la tía Antonieta es blanco.

Conoce su letra, grande, de escolar, incierta, que llena con pocas palabras la linda hoja de papel, a veces azul, a veces naranja, a veces verde, pero siempre distinguida. La letra y el perfume, rara fragancia para las narices habituadas al hedor de las velas consumidas, a la catinga de los enmohecidos adornos, de las flores marchitas, al paupérrimo olor de las sacristías, a las sudorosas aulas de clase, al humo del incienso. Al enviar la pelota de fútbol, la tía garabateó una página dirigida a Cardo: «Para mi querido sobrino, un pálido recuerdo de la tía Tieta». Feliz, había colocado el papel lila doblado en cuatro entre las hojas del libro de misa y, a escondidas, aspiraba su perfume. En un arranque de orgullo, exhibió la dedicatoria a Cosme, su mejor amigo, compañero de devociones y retiros espirituales, vecino de banco. Cosme, un asceta, se negó a oler. En todo veía pecado, tentación del demonio. ¿Perfume? Pecado mortal; para los siervos de Dios basta el incienso. El padre confesor tranquilizó a Ricardo; ese casto perfume de la vieja tía, no contenía pecado, ni mortal, ni venial.

Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos. ¿Cómo serían los ojos, la cara de la tía Antonieta? ¿Austera como la de mami, rígida, devota? ¿Inquieta, melancólica, igual a la de tía Elisa? ¿O semejante a la del abuelo, duras facciones de *caboclo*[8]? Una vez, hace varios años, le mostraron de pasada una foto de la tía en una revista de

Río, revista de la cual Elisa se apoderó y que nunca más nadie vio. Ricardo guardó en la memoria solamente los cabellos rubios, los encaracolados rizos de oro, ¿cómo explicarse esto si todos en la familia eran morenos? Supo entonces que las mujeres se oxigenaban y hasta se teñían el pelo: ya había oído discutir sobre el asunto a la madre y a la tía Elisa. Según Perpetua era una moda abominable: es Dios quien designa el color del pelo de cada uno, nadie tiene derecho a cambiarlo. Elisa había retrucado, tachó a su hermana de atrasada, de rata de iglesia. De los ojos, de la boca, Ricardo no se acuerda: recuerda sólo los rizos de oro puro. Ahora, a la luz de las velas los vislumbra blancos como de algodón, pasaron muchos años, él era un chico y ahora ya es un muchacho.

Después de este destierro, muéstranos a Jesús, bendito fruto de Tu vientre, ¿hace cuántos años que dura el destierro de la tía? Cuando Ricardo nació Tieta se había ido hacía mucho y él jamás había oído ni de su madre, ni de su tía Elisa, ni del abuelo, ni de su segunda mujer, la abuela Tonha, la menor referencia a aquella pariente; jamás escuchó nombre o sobrenombre que la recordara. Sólo supo de ella después de la primera carta de la tía de São Paulo y hasta hoy es muy poco lo que sabe, además de la riqueza, la bondad y la vejez.

Si la Virgen la salva, puede ser que un día ella aparezca de visita, en piel y hueso, anciana afectuosa, casi una abuela, de tan vieja. Ricardo no conoció a su verdadera abuela, la materna murió antes del casamiento tardío de Perpetua con el mayor, cuyos padres ya reposaban en el Cementério das Quintas, en Bahía, cuando el militar retirado apareció en Agreste, por casualidad, y de repente se curó de su asma, recuperó las fuerzas, en ese clima de sanatorio.

Tía Antonieta llena el vacío de las abuelas, Señora Sant'Ana, patriarca, protectora de la familia. Si ella se cura, si la Virgen le restituye la salud, Ricardo después de cumplir con su promesa, podrá escribirle otra carta, pidiendo una caña de pescar con reel, hilo de nylon y carnada artificial, semejante a la del aviso de la revista *Caza y pesca*, que había hojeado en el Correo, con permiso de doña Carmosina. Imploró secreto a la tía —si la, madre lo supiese el mundo se vendría abajo—. No era pedir mucho a cambio de las rodillas estropeadas y la semana entera de oraciones; caña de pescar, reel, hilo y señuelo y un secreto más entre los dos. Y lo maravilloso que es tener un secreto. Ricardo tiene secretos en común con algunos santos, con la Virgen y sobre todo con Santa Rita de Casia, de quien es devoto.

¡Oh! clemente, ¡oh! piadosa ¡oh! siempre dulce Virgen María ruega por ella y por nosotros para que seamos dignos de las promesas de Cristo. Haz que la tía se levante de la cama o del cajón, ¡oh! clemente, ¡oh! piadosa ¡oh! siempre dulce Virgen María.

El fuego de la muerte vacila y se apaga solo, en la vela encendida por encargo de la madre para el alma de la hermana. Los ojos de Ricardo se le salen de las órbitas por el asombro del milagro. Sólo la llama de la vida persiste en la otra vela, poderosa y santa Madre de Dios, amén.

DONDE DOÑA CARMOSINA LEE UN ARTÍCULO, RESUELVE PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS Y PROBLEMAS REFERENTES A LA SITUACIÓN DE TIETA, DIGNOS DE LOS MÁS SAGACES DETECTIVES DE LAS NOVELAS POLICÍACAS Y DONDE SE ENTABLA CONOCIMIENTO CON EL COMANDANTE DARÍO DE QUELUZ, SURGIENDO AL FINAL DEL CAPÍTULO EL VATE BARBOZINHA (GREGORIO EUSTAQUIO DE MATOS BARBOZA) CON EL CORAZÓN PARTIDO.

—¡Muy bien hecho! ¡A la cárcel! —exclama doña Carmosina en voz alta, en el auge de su entusiasmo. Finalmente había aparecido un juez como la gente, digno, capaz de dictar una justa sentencia y mandar presos a los indignos canallas—: ¡Pandilla de asesinos!

Entusiasmo e indignación sin espectadores, está sola en la repartición, en ese comienzo de tarde. Pero el comandante Darío, cuando se entere, va a nadar en alegría, justamente él que se entusiasma tanto al hablar de contaminación. «Esos tipos deberían estar todos presos, mi buena señora, son asesinos de la humanidad». El comandante es un tanto retórico y adora las frases que causan efecto. Barroco, según la clasificación poética de Barbozinha.

Recorta la página, la va a guardar para el comandante. No importa que el diario esté a nombre del coronel Artur de Figueiredo —el viejo coronel Artur da Tapitanga, suscriptor de *O Estado de São Paulo*, desde épocas remotas. Doña Carmosina sacó conclusiones: desde 1924. Durante decenios *O Estado* mantuvo al tanto de las novedades mundiales al estanciero. Actualmente, sólo de vez en cuando manda buscar la pila de diarios que entorpecen la sala. Ya no los lee —quien los lee con gusto y provecho es doña Carmosina— pero renueva la suscripción cuando corresponde, su condición de destinatario del diario paulista es atributo de su linaje y doña Carmosina, más interesada, le recuerda a tiempo su obligación, elogiando tanto la gaceta como las cabras del coronel.

Página más, página menos, suplemento más suplemento menos, es lo mismo para el octogenario —ochenta y seis ya cumplidos, como puede informar doña Carmosina —. Poco le importa lo que ocurre por este loco mundo, lleno de guerras y convulsiones, de violencia y de odio, de mentiras sensacionalistas: esa historia del hombre que va a la luna montado en un cohete es como el cuento del tío, para engañar bobos. ¿Así que está en el diario, en la primera página del *O Estado*? Ni así lo creo. Carmosina, estoy viejo pero no chocho. Aunque la tranquera de la Hacienda Tapitanga quede a menos de un kilómetro del edificio, es muy raro que el coronel comparezca a alguna sesión de la Cámara Municipal de Sant'Ana do Agreste, que es presidida por él, consejero municipal, edil, concejal electo y reelecto un sinnúmero de veces, exintendente y exalcalde. Cuando va, la visita a la agente del Correo, no falla:

—Carmosina, cuéntame qué leíste en el diario. Pero no me vengas con mentiras… —la amenaza con su bastón, todavía sabe reírse.

Ordena a su *capanga*[9] que ponga los diarios en su carretilla para utilizarlos en diversos menesteres: para hacer paquetes, encender el fuego, limpiar la letrina. Las

cabras estuvieron comiendo ediciones enteras y, por lo menos, si no engordaron, no les hicieron mal.

Cuidadosamente, doña Carmosina dobla la hoja de manera que el artículo quede a la vista, es un asunto importante, a principio de página con el título en letras grandes: «ITALIA CONDENA A PRISIÓN A QUIENES CONTAMINAN EL MAR». El comandante la va a gozar. También Barbozinha se interesa por el problema; se refiere a «los inevitables males inherentes al progreso», mientras que el comandante Darío es radical en su juicio y condena esa «locura con título de progreso que envenena a toda la humanidad y amenaza la vida sobre la Tierra, mi buena Carmosina». Continúa dramático, con los brazos abiertos:

—Si no se detiene, pronto los bebés nacerán con cáncer. Miren lo que pasa en Japón…

Para huir de causas y efectos, para gozar de los verdaderos placeres de la existencia mientras todavía hay tiempo y lugar, había abandonado una promisoria carrera en la Marina de Guerra, colgó el sable en el ropero, cambió los trajes por *shorts* y remeras de marinero, adoptó el lujo vespertino del pijama, en la playa, y el pantalón y camisa sport en la ciudad. Eso sí que era vivir. En el bendito clima de Agreste, con la belleza sin par de Mangue Seco. Tal como el paraíso.

—¡Buena lección!, repite doña Carmosina antes de entregarse a las palabras cruzadas y a los logogrifos.

Es enorme la sed de sabiduría de doña Carmosina, son múltiples y eclécticos los temas que le interesan, de política a ciencia, de los problemas gravísimos de nuestro tiempo al chusmerío en tomo de la vida sexual de los ídolos de las multitudes, de la ONU a la OEA, de la CIA al KGB, de la NASA a los OVNI, de la MPB al FEBEAPA, ¡ay! ¡Cuánto sabe de siglas!

En la corte de amigos y admiradores que frecuentan la Agencia de Correos y Telégrafos, llenando con charlas y discusiones las horas muertas (¡y que son tantas…!) doña Carmosina encuentra compinches para cada campo de conocimiento: con Aminthas y Fidelio —debilucho Fidelio— discute sobre música, compositores e intérpretes; con Ascanio, turismo en el mundo y en Bahía; con Elisa chusmea sobre astros y estrellas de nuestro centelleante cielo artístico; con Barbozinha, el campo de diálogo y polémica es más vasto: de la delicada o agreste flor de la poesía a los arcanos de la filosofía espiritualista, ya que el profeta es espiritista teórico y vidente, y ella, incrédula, niega encarnación y reencarnación, es una impía de las que se ríen del cielo y del infierno, vanagloriándose de su condición de atea. Atea no, *à toa*[10], Carmosina es una mujer *à toa*: glosa Aminthas, que se las da de humorista.

No menos son los temas a tratar con el comandante Darío: los problemas actuales del hombre y del mundo, absolutamente todos, las explosiones atómicas, la explosión demográfica; también van desde la contaminación que se extiende sobre Los Ángeles y São Paulo, Tokio y Río de Janeiro, hasta la guerra colonial portuguesa; las posibilidades de una tercer gran guerra y las intenciones secretas de los dirigentes de

las potencias y superpotencias —no se olvide de China, mi amiga—; Oriente Medio, el destino de Israel, el petróleo árabe, los palestinos, y el análisis de las novelas leídas, policiales y de ciencia-ficción; el comandante prefiere estas últimas, que lo llevan a través del universo a lejanos planetas. Ella, en cambio, se queda con las de detectives, sobre todo los clásicos, como Agatha Christie, que desafía la argucia del lector en el descubrimiento del criminal. Doña Carmosina se jacta porque siempre acierta, hasta descubre al asesino antes que Hercules Poirot.

De los centros culturales de Agreste, la Agencia de Correos es, por lejos, el más importante. En su siempre recordada visita a la ciudad, invitado por el profeta Barbozinha, excompañero de andanzas por las calles, bares y amueblados de la ciudad, el conocido cronista de *La Tarde*, Giovanni Guimaraes, infalible todas las tardes en la oficina de la agencia para una buena charla, la había bautizado Areópago y el nombre se difundió. A veces sucede que los tres se encuentran allí a la misma hora, doña Carmosina, el poeta y el comandante Darío: el Areópago está que arde, centellas de talento arrastran gente del bar y de los negocios, sólo para oír. El árabe Chalita es habitué, no se pierde ni una palabra: entender, no entiende nada, pero ¡cómo los admira! Diversión elevada y gratuita. Estupendo.

Sólo con Osnar doña Carmosina no mantiene grandes conversaciones; desde adolescente Osnar no se interesa por otra cosa de este mundo que no sea cerveza, billar o mujeres. Es vastísimo el círculo de damas que despiertan el deseo de Osnar, además él no es ni exigente ni dogmático. Desgraciadamente, en esa numerosa asamblea de «deseables» (hasta hay de las que facturan) no se encuentra doña Carmosina. Admirador de su intelecto, Osnar siente desprecio por su físico, «por ésa, ni se me para el pito». Y para decir toda la verdad, doña Carmosina todavía no consiguió despertar la concupiscencia de ningún hombre.

Sinónimo de concupiscencia de siete letras —doña Carmosina muerde el lápiz, rebusca en la memoria, ya sabe: lascivia. No, lascivia tiene ocho letras; de siete, vamos a ver, ¿qué será? Lujuria, salta a la vista. Los pequeñas ojos de doña Carmosina, rodeadas de pestañas opacas, se pierden en la calle donde prosigue el movimiento del sábado de feria, todo el mundo busca en algunos pocos comercios las cosas indispensables, gastando monedas parcas. Lujuria, palabra fuerte.

Cuando Perpetua se casó, doña Carmosina tuvo un rayito de esperanza. Pero ésa es otra historia, aprovechemos y hagamos una pausa, dividiendo el capítulo, para dar un respiro al lector.

MIENTRAS EL LECTOR RESPIRA, EL AUTOR APROVECHA Y ABUSA.

Buena idea, Y meritoria. Los capítulos largos cansan, hacen que el relato se torne pesado, y fastidioso, conducen al desinterés y al sueño. Una pausa abre, inclusive, tiempo y espacio para dar las explicaciones necesarias sobre detalles que los

personajes disfrazan, modifican a simplemente suprimen, merced a variados intereses, inconfesables u oscuros, pero cuyo cabal conocimiento es derecho sagrado del lector —¡ya que es él quien paga los increíbles precios actuales!

Carmosina es especialista en guardar secretos, en entrever indicios, en impedir que una noticia circule total o parcialmente, lo que causa graves daños a las meteretas de la iglesia y en general, a la población de Agreste, ¿pues quién no se mete en la vida ajena, no pregunta, no cuenta, no comenta? Si existe excepción, no la conozco. Hablar de la vida ajena es la principal diversión del lugar, grosería y mal carácter de algunas, arte y sutileza de otros.

Intolerable es la grosería de *Bafo de Bode*, resaca de la sociedad, podrida por dentro y por fuera. Cuando le toca el turno de la curda semanal, aquella que empieza el sábado a la noche, después de haber mendigado por toda la feria, y prosigue el domingo, ese detrito maloliente baja por las calles a los trancos, embarra la honra de distinguidas familias, proclama maldiciones, injurias e infamias, casi siempre y por desgracia, comprobables:

—¡Ten cuidado con los cuernos, Chico Sobrinho!, están demasiados crecidos. Tu mujer, Ritinha, vive haciendo de las suyas a orillas del río… no te voy a decir con quién, no soy alcahuete.

—Ni él, ni yo, y ¿con eso qué? Hay un arte sutil en la voz ambigua de doña Milu, madre de Carmosina, ¿quién duda de que no sea una santa?

—Están diciendo que Ritinha anda con don Lindolfo, pero debe de ser mentira, a la gente le gusta hablar. Ritinha paga por ser muy dada, a veces por demás… el genio de ella es así, no tiene la culpa.

El pueblo está harto de saber que Ritinha y Lindolfo, tesorero de la Municipalidad, se encuentran en los recovecos del río. Lo mejor es hacer como Chico Sobrinho, a palabras necias, oídos sordos, ¿a quién se le ocurre llevar el apunte a *Bafo de Bode*?

Volvamos, entonces, a Carmosina y al comandante Darío ya que de ellos se trata, entre los dos existe una tramoya. No, no, nada de lo que están pensando… Coma dice Osnar, al referirse, por ejemplo, al comandante, no hay criatura perfecta. Por las hendijas de las ventanas semicerradas, miradas lánguidas o ardientes, depende de la edad y el fuego, acompañan su paso bamboleante cuando desfila por Agreste, vistoso, lleno de músculos, cuerpo joven, rostro maduro y vivido, cabellera rebelde y grisácea; puede darse el lujo de elegir, o de ignorarlas a todas, sin abrir ninguna excepción, ni siquiera para Carol, la amante de Modesto Pires, obra maestra de Dios y de la fusión de las razas. Monógamo declarado, este comandante; amante de su esposa, doña Laura, Carmosina es su fiel amiga. Sí, su fiel amiga, ahí está el quid de la cuestión. Para beneficio de los lectores, utilizo la pausa e intento descifrar el enigma.

Voy derecho al asunto; ¿cuál es la patente de nuestro personaje, cuántas condecoraciones ostenta en su uniforme olvidado en el fondo del ropero? Nadie lo

sabe, para todos es suficiente el título de comandante y eso fue exactamente lo que doña Carmosina le dijo; cuando él, honrado y modesto, quiso proclamar la verdad. Ella, la responsable. Tanto habla como esconde, todo depende.

Que Darío de Queluz, valeroso hijo de Agreste, perteneció a la Marina de Guerra, dando realce y lustre al torreón natal, nadie lo duda, sobran pruebas; reluce una de ellas encima de su escritorio, al lado de los trabajos en coco hechos por el comandante, medalla de oro, recuerdo de un acto de bravura, reluce bajo el vidrio de la vitrina. Que empezó modestamente como marinero, siendo un chiquilín emigrado en busca de trabajo, todos lo saben. Que subió, escalón por escalón, con esfuerzo y con estudio, durante los veinte años de vida militar, también es objeto de conocimiento público. ¿Pero subió hasta dónde? Ahí está el misterio: cuando se sacó el uniforme y retornó a las áreas patrias y puras, alguien lo proclamó almirante. Él rechazó el título y la adulación:

—No llegué hasta ahí, ¿quién soy yo? Además, almirante es un título que sólo se da en tiempos de guerra.

Entonces le dijeron comandante y si hubo curiosidad en saber hasta dónde llegó, no se manifestó, él imponía respeto y era un atleta. Comandante, título perfecto en cualquier caso, en cualquier puesto.

Arte sutil el de la vida ajena. Un día, los dos estaban a solas conversando en la repartición, Carmosina preguntó, como sin querer:

—Comandante, acláreme una cosa. En la Marina de Guerra, cualquiera puede llegar al puesto de capitán de fragata en el cuadro de Oficial Auxiliar de la Armada, ¿no es cierto?

Darío se dio cuenta de la sutileza; la curiosidad que corroía el corazón de la amiga. Sonrió, tenía una sonrisa sin malicia, de hombre bueno y derecho, y respondió:

—No ascendí tanto, mi buena Carmosina. Llegué sólo a…

Ella le tapó la boca con la mano:

—Despacito, para que nadie oiga…

—¿Y por qué?

—Los otros piensan que sí, que llegó y pasó, están orgullosos por eso. ¿Para qué desilusionarlos? Comandante, basta y sobra.

Aguzó su oído para oír y se acabó. El comandante ahora puede comandar mar y viento en los cerros de Mangue Seco, no es necesario dar más detalles, ni charreteras ni órdenes de ser vicio. Carmosina lo sabe, eso basta, la confidencia no pasó de allí, ni siquiera a la vieja Milu se lo contó. ¿Contarle a su madre? ¿Están locos? Al día siguiente todo Agreste lo sabría.

Eso es, tal cual, lo que quise aclarar, aprovechando la interrupción del capítulo. Terminé por escribir uno más, perdonen. ¿Qué cuál fue, de hecho, el grado alcanzado por el comandante? ¡Ah! Eso no lo sé decir. Sólo Carmosina lo sabe y, egoísta como es, se hace la tonta y se guarda la información. Si alguien de ustedes por casualidad la

obtuviere, haga el favor de hacérmelo saber.

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO INTERRUMPIDO.

Cuando Perpetua se casó, doña Carmosina tuvo un soplo de esperanza. Si Perpetua, más vieja, más fea —sí, más fea ya que la simpatía también suma puntos en el concurso de *Miss*— con aquella cara de estremecimiento crónico, sin gracia, resentida, había encontrado quien la quisiese, quien pidiese su mano en casamiento y la llevase al altar de tul y guirnalda, ¡qué ridícula figura!, también le cabía a Carmosina, más joven, inteligente, culta, ¡cultísima!, risueña y cordial, además cocinera de buena mano, el derecho a soñar, a no desesperarse.

¡Ah! Mayor Cupertino Batista existió uno solo, los milagros no se repiten. Reformado por motivos de salud, cincuentón asmático y cardíaco, de pocas luces, cabeza dura, obtuso, era un tonto alegre, pero ni por todo eso dejaba de ser un buen partido. Soltero, tenía algunos ahorros, reservas monetarias y físicas: al partir para el reino de los cielos le había dejado a Perpetua dos hijos y tres casas como herencia, además de la pensión y del dinero puesto a interés. La herencia, Carmosina creía que no era gran cosa, pero —suspira— durante seis años y un mes, setenta y un meses, dos mil doscientas veintiuna noches, contando la del año bisiesto, la reventada, la infeliz —la suertuda, ¡la felicísima!— había dormido en una cama de matrimonio con un hombre a su lado, bajo las mismas sábanas, marido útil hasta la última gota, ya que Perpetua había abortado poco antes de que el Mayor entrara en continencia y se acabara la fiesta.

Escribe lujuria, letra por letra en las casillas de las palabras cruzadas, su pensamiento vuela de Perpetua a Elisa (pobrecita, tan agonizante está, que se olvidó las revistas); de Elisa a Antonieta.

Antonieta, ésa sí que había merecido vida conyugal y fortuna: alegre, divertida, bondadosa, un encanto de criatura. Muy afecta a la casa de Carmosina, habían sido compañeras en la primaria; doña Milu le tenía un cariño muy especial y la defendía cuando las malas lenguas roían el pellejo de la muchacha, mejor dicho las carnes de la chica. Se hablaba mucho de ella, estaba en boca de todas las comadres:

—¡Ésa! Hace rato que tiró la chancleta…

—Y ya fue llamada al orden…

—¿Llamar muchacha a esa fulanita? Es una ramera, eso es lo que es… está siempre dispuesta, con Dios y con el resto del mundo…

Doña Milu ponía punto final a la charla, acababa la discusión:

—Lo que ella está haciendo es problema de ella, yo nunca supe que se acostara con ningún hombre por dinero, es el cuerpo que se lo pide. Y se lo pide a ella y a todas, ¿no es cierto, Roberta? Las otras no lo hacen, se trancan con siete llaves, pero ¡ojo! sólo el cofrecito sagrado. El resto no, no tiene importancia, ¿no es así, Gesilda?

Del sobaco, al traste, todo permitido.

Parecía cambiar de tema:

—¡Qué lindo sobrenombre le pusieron los muchachos a tus gemelas, Francisca! ¿No lo sabes? Pues te informo: *Manos de Oro y Plata*, me pareció tan bonito… —¡Doña Milu era única!

Cuando Antonieta, se fue en el camión, apaleada y expulsada, Carmosina fue a despedirla, fue la única. Fue a decide adiós a su amiga, por orden de la madre. Con las marcas de la víspera bien visibles, ya que el cinto le había alcanzado la cara, con moretones violetas en las piernas, Tieta no se quejó. Puede que sea para mi bien, dijo. Había acertado.

En los últimos once años y siete meses, era raro el día en que doña Carmosina no recordara a Antonieta. Desde la llegada de la primera misiva, había seguido carta por carta, el intercambio de correspondencia entre Sant'Ana do Agreste y el Apartado de Correos 6211 de la capital de São Paulo. Está en todo, sabe más que las propias hermanas de Tieta, mucho más. Por conocimiento directo, y por deducción.

Había visto cómo engordaba el cheque en el transcurso del tiempo, con la desvalorización del cruzeiro y los lamentos de las hermanas. Había corregido —en la práctica redactado— las cartas de Elisa, floja en gramática; había leído las de Perpetua, las de Perpetua y las demás. Las hermanas después de la muerte del Mayor, habían dividido el deber y el placer de las respuestas, como dividían el contenido de las encomiendas postales, vestidos, blusas y polleras, camisones. Perpetua, cuando le tocaba escribir, venía con el sobre cerrado, ¡qué tontería! Doña Carmosina no merecería el sueldo y el privilegio de ese puesto si no fuese perita en abrir sobres cerrados, leer las páginas en un abrir y cerrar de ojos, y poner todo en orden nuevamente. Lo único que le costaba era contenerse para no corregir las faltas de ortografía.

Además de la indefectible frase del viejo Zé Esteves, Dios te bendiga y te dé todo, hija mía, cada carta contenía quejas de la vida, honras a la querida hermana y la curiosidad de todos. Antonieta respondía en pocas líneas —letra grande, papel caro y lujoso, que tenía una A gótica en alto relieve— que Elisa y doña Carmosina devoraban juntas, ahí mismo, en la repartición.

Doña Carmosina había leído también la carta de Ricardo, la de Ricardo y otras. Por otra parte la ingenua epístola del niño, pidiendo a la tía, la pelota de fútbol y discreción, que… bueno, todo esto no interesa a nadie —doña Carmosina aleja el recuerdo, retorna a las palabras cruzadas: fruta brasileña de origen asiático, cinco letras. Superfácil.

Esa extensa correspondencia, cortada ahora, de repente, sin explicación válida, a no ser que fuera enfermedad grave o muerte de Tieta, se revestía de aspectos dignos de estudio, comenzando por la falta de dirección completa de la destinataria de São Paulo, calle, número de puerta y de departamento, en el caso de vivir en uno de ellos; sólo un Apartado de Correos, frío y anónimo. A pesar de que Agreste no pasa de ser

un pañuelo donde todos se conocen tanto Perpetua como Elisa se apuraron en enviar direcciones completas. Perpetua Esteves Batista, Praça Desembargador Oliva, número 19; Elisa Esteves Simas, Rua do Rosario, 28; inclusive la dirección del padre; José Esteves Filho, Beco da Matança, s. n.

¿Y el marido? Sin edad, sin rostro, impalpable. Título, condecoración, algunas industrias, el pelo blanco en la foto de la revista. Doña Carmosina dedicó gran parte de su tiempo al análisis y aclaración de tan apasionante adivinanza. Reunió datos, pistas e hizo conjeturas.

El Mayor, todavía con vida, se había encargado de la respuesta inicial, pero no llegó al final sin pedir auxilio a doña Carmosina. Ella puso en orden las noticias, dando énfasis a los hechos, cuando era necesario. Fue una carta larga, casi un informe que abarcaba casi quince años de acontecimientos.

Noticias de toda la familia, detalladas. Del padre. Zé Esteves, rondando los ochenta, pero firme todavía y de Tonha, la segunda mujer (más joven que Perpetua, de la edad de Tieta, pero ya acabada a causa de la pobreza y el descuido, no era más que un apéndice del *Viejo*). La pareja vivía de la caridad de hijas y yernos; sin poseer nada suyo, ni bienes ni rentas. Zé Esteves, torpe, pero creyéndose vivo, en el ansia de engañar a los otros, había vendido tierras, rebaños de cabras, plantaciones de mandioca, su propia casa, en fin, todo. Bendecía a la hija y la perdonaba, le pedía una limosna. Doña Carmosina corrigió la redacción, la forma y el contenido, en lugar de ser Zé Esteves quien perdonaba, pedía perdón a la hija, hablaba de la vejez y de la pobreza, insinuaba un pedido de ayuda; un padre puede pedir perdón, pero no puede pedir limosna a los hijos. Era un párrafo tan conmovedor, en la bellísima letra del Mayor, que iba a tocar el corazón de Tieta, a la misma Carmosina se le habían humedecido los ojos. Siempre había tenido habilidad para escribir, habilidad y ganas. Pero ¿de dónde sacar coraje?

Hizo un relato del casamiento de Perpetua, con nombre y título del marido, Mayor Cupertino Batista, oficial retirado de la Policía Militar del Estado, cuñado a sus órdenes; contó que Dios había bendecido el matrimonio, les había dado dos hijos, Ricardo, de cinco años, Cupertino, llamado Peto, de dos, y ahora nuevamente había fecundado el vientre de Perpetua, embarazada de aquel que hubiera sido el tercero en nacer. El Mayor, bueno con la espoleta, no se negaba a usarla, según había comprobado doña Carmosina, pero no tocó el tema, no quería problemas con Perpetua. Pero sí se encargó de describir el casamiento de Elisa, la novia más linda que se había visto en Agreste, con Asterio Simas, hijo y heredero de don Ananias, aquel de la tienda de la calle da Frente (calle Coronel Artur de Figueiredo), sólo que la tienda no parecía la misma. En la lejana y decadente ciudad de Sant'Ana do Agreste el comercio se había reducido a la mitad en aquellos quince años. También había disminuido la población, compuesta por una mayoría de viejos, ya que el clima continuaba espléndido, prolongando la vida de los que allí se quedaban, a pesar de la pobreza, la falta de recursos y de futuro. El pueblo no se moría de hambre sólo

porque el río y el estero proporcionaban una cantidad de peces, cangrejos, camarones incomparables y sobraban frutas durante todo el año: bananas, *mangas*, piñas, *mangabas, goiabas, araçás*[11], *sapotis*[12] y sandías y *coqueiral*[13], sin fin y sin dueño.

Además de las noticias, pregunta: ella, Antonieta, ¿qué hacía? ¿Cuál era su dirección completa? Que contara todo, punto por punto.

La respuesta no tardó ni un mes. Antonieta envió un cheque a nombre del Mayor, pidiéndole el favor de que lo cobrara y entregara el dinero a Zé Esteves, estaba destinado a ayudar al padre y a la madrastra. El padre podía contar con aquel auxilio mensualmente. El valor del cheque llamó la atención y la codicia: mucho dinero, más de lo que el matrimonio necesitaba para pagar el rancho donde vivía, aunque pusieran al día el alquiler atrasado, sobraría también para la comida y la cachaça, medida, pero indispensable para la dieta de Zé Esteves. Perpetua había insinuado hacer una división pero una mirada del *Viejo*, con el bastón erguido como arma de guerra, fue suficiente para terminar el asunto. Para evitar la ida del Mayor a Alagoinhas, donde está la agencia bancaria más próxima, don Modesto Pires, dueño de la curtiembre, les hizo el favor de pagar el cheque. El primero y todos los demás.

En cuanto a las preguntas, ni sombra de respuesta, Antonieta se limitaba a informar que, gracias a Dios, estaba en buen estado de salud, se había casado y era feliz a pesar de no tener hijos. Sobre el marido, nombre, profesión, edad, ninguna palabra. ¿Dirección? Nada mejor ni más seguro que el Apartado de Correos 6211, toda correspondencia dirigida allí, llegaría a sus manos.

En el transcurso de más de un decenio, las relaciones epistolares entre Tieta y la familia se mantuvieron absolutamente regulares: una carta por mes de cada lado, la de São Paulo, pocas líneas, papel y sobre de color, perfumados. Variando el color todos los años, el perfume sólo había cambiado una vez. El último era más suave y discreto, sin duda, importado.

El monto del cheque iba creciendo, no sólo por causa de la inflación. Cuando Elisa tuvo el bebé, y doña Carmosina acentuó las dificultades de Asterio, Tieta sumó a la ayuda al padre, cierta cantidad mensual para la leche del niño y su futura educación. Lo mismo hizo cuando Perpetua se puso dramática y sincera (por una vez en la vida) llorando la muerte del marido perfecto, que la dejó viuda y con dos hijos en los brazos, necesitada. Había cerrado el pico sobre las casas alquiladas y los ahorros que tenía en el banco, pero Tieta se había dado cuenta de la diferencia en la suerte de las hermanas, ya que mandaba la misma suma para una y otra: si Perpetua tenía dos hijos, mucho mayores eran las dificultades de Elisa. Comenzaron a llegar los paquetes de ropa usada, los regalos de Navidad y de cumpleaños. Pero de ella y del marido no supieron casi nada más.

Muy poco, casi nada, pero lo suficiente para que doña Carmosina uniera las piezas y desentrañara el misterio.

Hace unos nueve años —nueve años y nueve meses, exactamente— en un

número de carnaval de la revista *Manchete*, doña Carmosina reconoció a Antonieta a pesar de los cabellos oxigenados, en una fotografía de «máscaras en plena animación en el baile del Teatro Excelsior, en la capital paulista». Allí estaba, en el centro de la foto, feliz, acurrucada y cariñosa en los brazos de un señor de cierta edad, a juzgar por las canas. Desgraciadamente, apenas se veía la espalda del caballero, por que estaban bailando; ella, estaba de frente, con la boca abierta de tanto reír, el rostro franco y travieso, una gentil señora, ya no era más la joven atolondrada que había partido en el acoplado de un camión, partida ésta, testimoniada por Carmosina. Había crecido en belleza, estaba opulenta en formas. Jamás fue de las flacuchas, su belleza tenía de dónde agarrarse.

Doña Carmosina convocó a toda la familia, fue una sensación. Perpetua asintió con la cabeza. Era Antonieta, no había ninguna duda; había engordado y sus cabellos estaban oxigenados. También el *Viejo* Zé Esteves reconoció a su hija:

—Está hecha un pimpollo con el pelo teñido, bien a la moda. ¡Dios te conserve, hija mía! —miraba a las otras dos, con desafío. Quería ver quién se atrevería a criticar. Delante de él, nadie.

Elisa estaba medio enloquecida, no tenía la menor idea de cómo podía llegar a ser su hermana, pero de ahora en más podría imaginarla mejor, estaba tan linda con ese disfraz de odalisca… La noticia de lo que habían descubierto en la revista, transmitida en carta de Elisa, proporcionó la primera pista, ya que Tieta, en la respuesta, reveló el nombre del marido: el que bailaba con ella, al ritmo del samba carnavalesca, era Felipe, su bien amado esposo. ¿Felipe cuánto? No lo dijo.

Poco tiempo después, en una carta sellada en Curitiba, hizo referencia a los negocios de Felipe, industrial con intereses en Paraná. En otra oportunidad, disculpándose, atribuyó la demora del envío del cheque —una semana de atraso—, a una enfermedad del comendador, ya que había permanecido, tal como corresponde a una buena esposa, todo el tiempo junto a la cama del enfermo. Felipe, industrial y comendador.

Para Perpetua bastaba; por otra parte, el cheque le bastaba, siendo superfluo todo el resto. Elisa, por el contrario, deseaba saber más, mucho más. Durante horas enteras comentaba con Carmosina las reservas de su hermana: tiene vergüenza de nosotros, miedo de que abusemos de su bondad. Se está esquivando y, en el fondo, tiene razón. Tiene razón, doña Carmosina es la que más sabe. Tieta había sido echada —¡esta casa no es para putas!—, molida a golpes, por denuncia de su hermana mayor. Demasiado buena, eso es lo que pasa, ya que había olvidado la vergüenza, la delación, la paliza, el bastón, para acudir en socorro de la familia. Demasiado buena, un ángel, concordaba doña Carmosina. En cuanto al motivo de las reservas y de las reticencias, la agente de Correos y Telégrafos callaba: había trazado su propia teoría sobre el asunto.

Reunió datos, indicios, pistas: misterio digno de Hercule Poirot. Doña Carmosina, en definitiva lo resolvió cuando empezaron a llegar las encomiendas postales con los

elegantes vestidos, las polleras y blusas finas, de diferentes medidas. Antonieta, con una frase breve, había explicado la razón de los distintos talles: los vestidos que mando son casi nuevos, algunos míos, otros de mis hijastras. Hijastras, fíjense bien, hijas del comendador Felipe, pero no de ella, que no tenía hijos. Está claro como la luz del día, doña Carmosina Sherlock Holmes. En Agreste ¿quién la iguala o suplanta en inteligencia?

Disolución del vínculo matrimonial con separación de cuerpos y bienes, ¡ocho letras! Divorcio.

Divorcio o separación, en Brasil no hay divorcio, ¡caray! ¡qué país más atrasado!, ésta es la explicación más segura y correcta, no hay otra.

Y hagamos aquí una nueva pausa, un poco de suspenso, propio de los folletines. Volveremos después de los avisos, como dicen los locutores cuando, en el momento de más entusiasmo, cuando la intriga es mayor, interrumpen las novelas radiofónicas para anunciar jabón en polvo y marcas de cigarrillos, dejando temblorosa y vibrante a Elisa.

OTRA VEZ EL PESADO, EN EL MOMENTO DEL DESCANSO.

Un rápido paréntesis —no voy a demorar— para revelar hechos condenables, iluminar los detalles oscuros con la antorcha de la verdad, desenmascarando una vez más a la señorita Carmosina Sluizer da Consolação.

No crean que la persigo y que no le tengo estima. Al contrario, reconozco sus cualidades y elogio los motivos capaces de llevarla a violar la ley de los hombres y la ley de Dios, cuando son generosos y nobles. En cuanto a perseguirla, ¿quién, en Agreste, se atrevería? Ni el coronel Artur da Tapitanga, ni Ascanio Trindade, tan cumplidor de la ley. Con Ascanio el redacta cartas para los diarios de la capital, peticiones al Gobierno del Estado, pidiendo ayuda para Agreste. Cartas y peticiones inútiles.

Hace más de quince años —de los veintitrés de su designación en el Correo— que funciona un esquema ilegal establecido por ella y por Canuto Tavares, el otro empleado de la Agencia, propietario de un taller en Esplanada, donde gana sus buenos cobres, habilidoso como es. Si hubiera permanecido en Agreste no hubiese progresado, hubiera vegetado toda la vida, cobraría el bajísimo sueldo de telegrafista en una agencia de última categoría; pero decidió abandonar el empleo, mudarse y llevar herramientas y ambición. Al enterarse de la decisión de su colega, Carmosina le propuso una treta para beneficio de los dos: Canuto iría tranquilo a su taller de Esplanada y dejaría por cuenta exclusiva de ella el funcionamiento de la Agencia de Correos y Telégrafos de Sant'Ana do Agreste, al final de cuentas es un trabajo que no mata a nadie; a cambio de eso, él le daría la mitad de su sueldo. Para Canuto, que estaba dispuesto a dimitir, la propuesta le vino como anillo al dedo. Para Carmosina,

ni se hable: aumentaba la renta para el sustento de su casa —para lo cual doña Milu ya no podía ayudar debido a la edad: partera casi jubilada, de vez en cuando ligaba algún caso— y la dejaba única y absoluta dueña y señora de cartas, telegramas, encomiendas, diarios y revistas, de la vida de la ciudad y del mundo. El arreglo funciona desde hace más de quince años —ella sabría decir exactamente cuántos, años y meses— y en ningún momento pasó por la cabeza de nadie denunciar el escandaloso envío mensual del libro de control de la repartición a Esplanada para recoger la firma de Canuto, llevado en las propias manos de Jairo. ¿Quién se atrevería?

Lo que me disgusta en ella es la parcialidad. Quisiera ver cómo se las arreglaría Carmosina si uno de los hijos de Perpetua muriese y la madre quisiera esconder el hecho ante Antonieta para conservar la ayuda puntual e íntegra. Si tendría idéntico comportamiento al que tuvo cuando Elisa entró en la agencia, llena de desesperación por la muerte de Toninho. Doña Carmosina la había consolado, el inocente había dejado de sufrir, flojito de salud desde su nacimiento. Doña Milu, al sacarlo del vientre de Elisa, se había asustado, parecía un feto en formación, verdadero milagro fue que viviera tanto tiempo. No se ganó nada con médico y remedios, pagados con los envíos de Tieta, ni con la ida a Esplanada para consultar al doctor Joelson, especialista en niños. El pediatra dijo, sacudiendo la cabeza: ni vale la pena medicar. El pobrecito descansa y ustedes también, ¿cuántas noches se pasaron sin dormir? Pero ni así Elisa se calma.

Además de perder a Toninho —por más enfermo y raquítico que fuera, era su hijo y su consuelo—, perdía la ayuda de la hermana, el dinero mensual destinado a leche, remedios, médicos, a la futura educación del sobrino, y no a cosméticos, revistas, sesiones semanales de cine, pilas para la radio. Con Toninho partían para la eternidad esos regalos comprados con las sobras de la caridad de Tieta. ¿Qué hago, dime Carmosina?

Los ojos pequeños, entrecerrados, escrutaron a Elisa, Carmosina le había visto nacer. Doña Milu, emérita comadrona, llamada a los apurones en medio de la noche para atender a Tonha en los dolores de parto y a vaciar botellas por orden de Zé Esteves, había llevado a su hija como ayudante. Carmosina y Tieta hirvieron agua, auxiliaron y asistieron la expulsión. Perpetua, púdica, se había encerrado a rezar. Cada cual ayuda a su manera.

Ya grandecita, camino de la escuela, Elisa iba a saludar a quien la había ayudado a nacer; se deleitaba con almíbares hechos con guayaba y coco, una delicia. Carmosina fue quien primero recordó a Elisa la existencia de Tieta, cuyo nombre la familia jamás pronunciaba. El tema era escandaloso pero Carmosina encontraba la manera de hacérselo recordar a su amiga. Cuando le contaba alguna cosa, hacía referencia al sobrenombre y a la belleza: Tieta, tu hermana, estaba conmigo, más linda que nunca. También Elisa había crecido así de linda, casándose y pariendo. Carmosina la había visto nacer. Ahora, tan elegante con el vestido enviado por

Antonieta, estaba desesperada, sin tener siquiera un hijo enfermo para cuidar. ¿Qué podía hacer? Infeliz, era ése el adjetivo que más le cuadraba. Carmosina se acerca y murmura:

—No le cuentes nada…

—¿Cómo?

—Haz de cuenta que Toninho no murió.

—¿Y si Perpetua alcahuetea? Con lo moralista que es… no tolera mentiras, por lo menos eso es lo que vive diciendo.

—Y si ella te amenaza, la amenazas tú también: ¿cuál de las dos tiene más mierda para esconder? ¿O tú crees que ella le cuenta a Tieta de sus casas, sus alquileres y de la herencia del Mayor? ¿Y que le cuenta que deposita en la Caja de Ahorros el dinero que le sobra porque no le hace falta? No dirá nada.

Compruébese la falta de moral de Carmosina, ya que, estando su amiga en un callejón sin salida, le aconseja mentiras y chantaje. También falta de honradez: porque el estar enterada del contenido de las cartas de Perpetua por abuso de poder, no le da derecho a usar tal conocimiento. Pero Carmosina no da importancia a los conceptos morales ni a las reglas de honradez. Y no sólo aconseja, sino que también asume la dirección de la intriga:

—Deja a Perpetua por mi cuenta. Yo misma hablo con ella.

Perpetua levantó los ojos al cielo y pidió perdón al Señor por el pecado, entreabrió los labios:

—Por mí, no se va a enterar. Al final de cuentas, si Antonieta deja de mandarle dinero, soy yo quien va a tener que aguantarla, a ella y al marido.

Motivo justo, correcto, Perpetua es hueso duro de roer, no se deja chantajear, Carmosina sonríe, una sonrisa angelical, inocente:

—Por eso, o por todo lo demás, lo mejor es cerrar el pico.

Un detalle más y me voy. ¿Se acuerdan de la carta de Ricardo, en la que pedía una pelota de fútbol recomendando a la tía que guardara el secreto? Al recordar el hecho, a Carmosina casi se le escapa una revelación: ella también le había escrito a Antonieta, para rememorar los lejanos días de adolescentes y la antigua amistad, y para mandar saludos de doña Milu que no la olvida. Además de pedirle si podía comprar en São Paulo y mandarle, diciendo cuánto había costado, un buen, el mejor, diccionario de rimas en venta, en las librerías. No lo mandaba comprar a Aracajú o a Bahía, para evitar chismes. No tardó en recibir el libro, con dedicatoria: «Para mi querida amiga Carmo, un pálido recuerdo de su amiga Tieta».

Entrada la madrugada, a la luz de una lámpara, en el silencio de la noche, Carmosina escribe versos, cuenta sílabas, rima resonar con Osnar, pudor con amor.

Ahora que ustedes están enterados de todo esto, los dejo nuevamente en la Agencia de Correos y Telégrafos, mejor dicho en el Areópago, hasta pronto.

FIN DEL CAPÍTULO DOS VECES INTERRUMPIDO, ¡UF!

A pesar de que el enigma era tan simple, había llevado mucho tiempo para ser resuelto, por falta de datos y por la demora en reunir ese mínimo de informaciones.

Divorcio, una de las mayores pruebas de atraso del país, del subdesarrollo; indignada, doña Carmosina ha puesto todo su empeño en discusiones homéricas con el padre Mariano, con la profesora Carlota Alves, con el doctor Caio Vilasboas —fíjense ustedes; médico recibido, con diploma de la Facultad y tan retrógrado. ¡Una persona atada a otra, para toda la vida, aun después de la separación legal —de cuerpos y bienes—, sin poder casarse de nuevo! Doña Carmosina había leído en una estadística la cantidad de concubinatos —¡espantosa palabra!— que había en Brasil. Millones. Viviendo como casados, aceptados, recibidos por la sociedad; el señor y la señora fulana de tal, pero sin los derechos de la ley. Esposa no, concubina. Doña Carmosina encuentra una solución muy simple. Con esos mínimos datos y su poder de deducción, llega a la respuesta del enigma. Antonieta vive con el ricachón como si estuviese casada pero sin estarlo realmente. Había sido admitida por la familia, inclusive por las hijas de él —más de una vez se refirió a las hijastras y a las sobrinas del comendador—, pero no pudo legitimar la unión ya que él era separado. Conocedora de los prejuicios en boga en Agreste, ante la posibilidad de que el padre la esperara en la oscuridad, al lado de la ventana abierta, empuñando el bastón, a punto de darle una zurra que despertaría a todo el vecindario, Tieta se hace la burra, envuelve marido y casamiento en misterio y silencio. Hace muy bien.

Una vez, apareció en Agreste un inspector de Hacienda, acompañado de su mujer, señora distinguida, agradable, supereducada madre de mellizos. Al principio fueron muy bien recibidos, hasta que la señora contó ingenuamente que ella y el marido eran separados, y que vivían juntos y felices desde hacía más de diez años. Les cerraron las puertas y también les pusieron mala cara. Se tuvieron que ir; en Agreste el casamiento sólo vale con cura y juez, si no, no sirve. Antonieta hace muy bien en ser reservada, en mantener su vida conyugal alejada de los charlatanes de la ciudad, comenzando por Perpetua. A doña Carmosina le gustaría ver el escándalo que armaría Perpetua si algún día llegase a saber la verdad. Se iba a tener que tragar la lengua.

Según doña Carmosina, cuando la pareja se lleva bien, eso es lo que importa, padre y juez, velo y guirnalda pasan a segundo lugar. Hace ya mucho tiempo que ella dejó de lado cualquier exigencia: marido o como se lo quiera llamar, soltero, viudo, divorciado, casado con mujer e hijos, de cualquier forma le viene bien a doña Carmosina; claro, siempre que sea macho y le lleve el apunte. En colchón de plumas o a orillas del río, en los yuyos. Si ella pudiese elegir, Osnar sería el bienaventurado. Si no, cualquiera sirve. Desgraciadamente, ni Osnar, ni nadie. Sin embargo, al ver al comandante, que llega de la feria, olvida las decepciones de amor y los problemas relacionados con la demora de la carta de Antonieta. Se para, va hasta la puerta, hace señas con el diario que tiene en la mano. Cuando él se aproxima, ella vibra:

—Lo guardé para que lo lea. Le va a interesar.

El comandante Darío toma la página, doña Carmosina le señala el artículo. Comienza a leer para sí, pero, sin duda alguna, el asunto lo entusiasma, eleva la voz «… las transformaciones políticas que últimamente marcaron a Europa, han hecho pasar casi inadvertido un hecho importante para los defensores del medio ambiente en todo el mundo: la sentencia de prisión para el presidente y cuatro directores de la mayor industria química italiana, la Sociedad Montedison, acusada de contaminar las aguas del mar Mediterráneo…».

Se dibuja una ancha sonrisa en el rostro del comandante:

—¡Ese juez es de los míos! ¡Italiano corajudo! —prosigue con la lectura: «… el objeto de debate: la fábrica de dióxido de titanio de Scarlino, inaugurada con entusiasmo por los pobres habitantes de esta provincia toscana, marcada constantemente por huelgas e interrupciones de trabajo de sus 500 empleados…».

Durante la lectura, llega Barbozinha el profeta, y se queda oyendo. El comandante insiste en empezar de nuevo para que el amigo no pierda ningún pormenor: ¡por fin había aparecido en Italia un juez macho!

—Presta atención, oye este pedazo: «Uno de los defensores de los acusados, el abogado Garaventa, utilizó este argumento: la dirección de la fábrica siempre actuó con autorización administrativa. En el caso de una condena, ¿cuál será la opinión de los ciudadanos sobre la administración pública que concedió tales permisos?».

—¡Buen argumento! —dice Barbozinha—. Los hombres estaban dentro de la ley, actuando de acuerdo con las autoridades…

—¿Dentro de la ley? ¡Ni soñando! Las autoridades son unos sinvergüenzas, de común acuerdo con los monstruos ávidos de dinero. Oye el resto: «Sin embargo, el argumento no intimidó al juez Viglietta, quien pertenece a una nueva generación de jóvenes magistrados que no se detienen ante los poderosos». ¡Jueces valientes!

—Pero si los tipos estaban actuando de acuerdo con la ley…

—¿Qué ley? Ley es la que aplicó el juez, escucha esto y no interrumpas, si te parece, después discutimos: «Él tomó como base una ley italiana del 14 de julio de 1965…» —el propio comandante interrumpió para comentar—: Muy reciente, ¿no? Por fin empiezan a aprobar las leyes que son necesarias… —vuelve a la lectura—: «… pocas veces invocada, que prevé penalidades para todos los que lanzan al mar substancias extrañas a aquellas que forman parte de la composición normal de las aguas naturales, que constituyan peligro para los peces y que provoquen alteraciones químicas o físicas en el medio acuático».

Prosiguió leyendo hasta el final, mientras doña Carmosina oía con renovado entusiasmo y Barbozinha se distraía: «Con su veredicto, el juez Viglietta trató de advertir a todos aquellos que hacen del mar un tacho de basura y amenazan de muerte al Mediterráneo».

—¡Un juez estupendo! ¡De esos que se precisan en todo el mundo, empezando por São Paulo! Don Barbozinha, nosotros no nos damos cuenta del privilegio que significa vivir en este pedazo de paraíso, creado por Dios y, en buena hora, olvidado

por los hombres, —se vuelve hacia doña Carmosina—: ¿Me lo puedo guardar, Carmosina?

—Saqué la página para dársela…

Mientras el comandante dobla la hoja de diario, Barbozinha interroga a doña Carmosina:

—¿Qué pasó con Tieta? Oí decir que murió…

A propósito de la pregunta, se acuerda de las revistas que Elisa dejó olvidadas, doña Carmosina va a buscarlas, las coloca al lado de la bolsa:

—Ojalá que no, pero todo indica que sí.

—¿Quién? —quiere saber el comandante.

—Antonieta, Tieta, sabe quién es, ¿no?…

—Claro que sí… ¿le pasó algo?

—Parecería ser que murió. Todavía no hay informaciones.

—Seguro que de cáncer, con la contaminación que hay en São Paulo… Basta ver los millares de autos vomitando gases…

Se despide, doña Laura lo espera:

—Muchas gracias por el artículo, Carmosina. Ese juez alegró mi alma.

Carmosina se prepara para cerrar la Agencia. Antes de comer, tiene que pasar por lo de Elisa, la pobre está agonizante. Barbozinha, cabizbajo, distante, concentrado, mira un punto en el horizonte, invisible para doña Carmosina. Barbozinha es vidente.

Nadie lo sabe —es otro de los secretos jamás revelados que ni siquiera se lo confió a la agente de Correos— pero fue Tieta la musa inspiradora de sus mejores versos, los publicados en los dos libros y también los inéditos, cinco volúmenes inéditos, del poeta Matos Barbosa. Antonieta Esteves, pasión devoradora, fatal. Desencarnada, en un círculo astral con una estrella candente. Escribirá un último poema, la muerte no existe, ¡oh! mi bienamada, el cuerpo es un simple envoltorio, te encontraré de nuevo y finalmente serás mía, pues hace cinco mil años que te deseo, desde que reconocí en ti a la princesa maya y el amor me costó la vida; te quise liberar cuando estabas en un monasterio, en la Edad Media y fui encerrado en un calabozo, amarrado con cadenas, junto a las rocas; seguí tus rastros a través de los ríos de Indostán y mi cuerpo flotó sobre las aguas; un día te reencontré, pastora de cabras, saltando sobre las piedras.

DE LAS REVISTAS DE FOTONOVELAS Y DE LAS PRUEBAS DE AMISTAD: CAPÍTULO RECONFORTANTE, PREPARATORIO DE LA GRAN DISCUSIÓN FAMILIAR.

—Te olvidaste las revistas —doña Carmosina las deposita sobre la mesa, y se sienta.

La brisa del atardecer y los colores del crepúsculo envuelven a Sant’Ana do Agreste. Barbozinha tiene por costumbre hacer una parodia con los versos del poeta portugués: ¿Qué pasa con los pintores de éste mi país divino que no vienen a pintar?

Él, De Matos Barbosa, cumple con su deber; dedicó más de cincuenta poemas y sonetos a los paisajes de Agreste, al río Real que baja hacia el mar, a las dunas de la playa de Mangue Seco, donde, en lejanas vacaciones burocráticas, declamó para Tieta ardientes versos llevados por el viento. Barbozinha dejó a doña Carmosina en la puerta de la casa, no quiso entrar. Lleno de dolor masticando un poema, se dirigió al bar dos Açores.

Elisa no siente el fresco del atardecer, no ve los matices de amarillo y violeta, de colorado y azul quemando el firmamento, cuando el sol, llevado por las aguas del río, se pierde en el mar, en la línea lejana de los tiburones y la luna nace detrás de las dunas. Luna llena. Elisa, deshecha, está con los ojos hinchados de tanto llorar, doña Carmosina se impresiona. Es un golpe terrible, sin ninguna duda, ¿cómo se las van a arreglar, Asterio y ella, para equilibrar el presupuesto, sin ayuda de la hermana? Van a terminar siendo una carga para mí, había adivinado Perpetua, en vista de tanta desesperación.

Está como perdida, ni siquiera hojea revistas, ella que siempre está tan ávida de noticias, de amores nuevos y viejos, de casamientos y divorcios, peleas, fiestas, de la vida brillante de los artistas de cine, radio, teatro, televisión. Perpetua no pagará ni una sola revista. ¡Porquerías! Individuos sin temor a Dios, mujeres mostrando vergüenzas, esas revistas son una indecencia. En mi casa, no entran. Si yo fuese Asterio… Felizmente no lo era, así Elisa puede estar a la par de todos los chismes y llegar a delirar con las fotonovelas.

El conocimiento de Elisa se reduce a artistas brasileños; se puede decir que es especialista. Pero no posee la visión universal de doña Carmosina, cuya erudición, en esos asuntos apasionantes, no se limita a las fronteras patrias. Ella no desconoce ni un detalle sobre los Beatles, antes, durante y después de la formación y disolución del conjunto. Erudición, conocimiento, curiosidad, por el mero placer intelectual de saber y dar cátedra a Aminthas, tarado por los Beatles y por todos los conjuntos de rock, enloquecido por la música moderna. Aminthas tiene tocadiscos y grabador, gasta en discos y cassettes lo que gana, y lo que no gana.

Doña Carmosina, con su corazón romántico en materia de música, prefiere *Casa de Caboclo* y *Luar do Sertão*; eso sí que es música con melodía y sentimiento y no ese bochinche de los melenudos, sin pies ni cabeza. Provoca la indignación de Aminthas, basureando a sus ídolos: esa fulana, Yoko, es horrible, y además se fotografía desnuda. Fíjate: la cara y el culo son iguales.

—Voy a buscar dinero para pagar… —la voz de Elisa era neutra y tenía los ojos húmedos.

Doña Carmosina comprueba que había pasado la tarde llorando:

—Déjalo para después.

—Para eso, todavía tengo…

Sus ojos buscan a la amiga de la infancia, compañera de largas charlas sobre galanes y estrellas de radio y televisión. Elisa sólo pudo ver televisión cuando pasó

tres días en Bahía porque Asterio fue a consultar a un médico y a sacarse radiografías; por suerte, nada grave, sólo el susto al desprenderse de semejante dineral. El aparato de televisión en el hall era el lujo concedido a los huéspedes de aquel modesto hotel cercano a la terminal de ómnibus. Elisa no se separó del video, maravilla de maravillas. Y ahora ni siquiera las revistas. Saltan lágrimas de sus ojos y las palabras son sollozos:

—Si fuese verdad, ya no puedo comprar ninguna. Saca mi nombre de la lista.

—¿De las cinco? —Doña Carmosina conoce la respuesta, pero pregunta para tener algo que decir. ¿Cómo se las arreglará Elisa para vivir sin las fotonovelas?

—De todas…

Doña Carmosina se alza en su magnificencia, la amistad se prueba en esos momentos:

—¡De las cinco, no! Te garantizo dos, pagándolas con mi comisión. No te vas a quedar sin ninguna.

El gesto conmueve a Elisa, pero la realidad se impone:

—Gracias, Carmosina, eres demasiado buena. Pero ni yo acepto, ni tú eres tan rica como para andar gastando tu dinero…

—Son todas conjeturas. Capaz que Tieta está más viva que nosotras dos… —doña Carmosina, aliviada, substituye su precipitada promesa de revistas semanales, por aliento y esperanza.

—Es lo que comento con todo el mundo, ella está paseando a bordo de un navío, como ya sucedió…

—Cruceros marítimos… —vuelve a aclarar doña Carmosina.

—… pero lo digo sin convicción, ya me convencí de que ella ha muerto.

—Lo peor es que la noticia llega a todos lados, sólo se habla de eso. El pobre Barbozinha está desolado. Tuvo un asunto con Tieta, antes de que ella se fuera. Él cree que yo no lo sé…

—¿Don Barbozinha? Acabado como está…

—Hace casi treinta años… era un muchachón, bastante mayor que ella, es verdad, y flacucho. Flacucho, siempre fue… a Tieta no le gustaban los muchachitos jóvenes… —suspira—. ¡Cómo pasa el tiempo! Tú no debes perder la esperanza. ¿Dónde está la prueba de que ella murió? Muéstramela, si puedes. Ahora, me voy. —Titubea un poco, pero la pregunta le hace cosquillas en la boca—: ¿Vas a ir al cine? Si quieres, te paso a buscar.

—Hoy no. Va a venir Perpetua para discutir algo con Asterio y conmigo, ella inventó unas historias de herencia… pero no es por eso que no voy… No voy porque hoy no tengo ganas, ¿sabes? No podría concentrarme en la película.

—Entiendo… herencia, ¿qué historia es ésa?

Elisa le toma la mano y suplica:

—¡Si tú dejases el cine para mañana y volvieses, me harías un gran favor! Creo que a todos nosotros, hasta a Perpetua. Tú entiendes de esas cosas…

—Entonces vuelvo, quédate tranquila. Engullo la comida, arreglo unas cosas en casa, y en seguida estoy de vuelta.

¡Cómo no iba a volver! No iba a perderse aquel plato por ninguna película, ¿qué invento era ese de la herencia? Perpetua no es tonta. Además, su deber como amiga la obligaba a estar al lado de Elisa en esa hora difícil. Las dos cosas: el deber y el placer; hasta para una agente de correos hay tan poca diversión en Agreste.

Lástima que fuese un sábado, justo el día de cine. La película venía de Esplanada, traída por la «marineti», y se exhibía dos veces el sábado a la noche y dos el domingo, la primera a las tres de la tarde, en matiné. La sesión del sábado reúne mejor gente, los poderosos de la ciudad, algunos de ellos con lugares fijados por el hábito, en aquellas butacas donde nadie se sienta: las de Modesto Pires y su esposa, doña Aída, y dos filas atrás, la de Carol. La matiné, repleta de chicos que gritan, es insoportable: a cada tiro o puñetazo del *cowboy*, una algazara; a cada beso del galán, el mundo se viene abajo. En la soirée del domingo se repite el bochinche. De acuerdo con el interés de la película, el árabe Chalita hace su negocio en la boletería, en la última exhibición. En las de poco éxito, vende a cualquier precio. En las de mucho, ni de pie es más barato. La amistad exige sacrificios: mañana, en compañía de doña Milu, doña Carmosina enfrentará la sesión nocturna de los domingos, con gritos y humareda.

Asterio llega directamente de la tienda cabizbajo y con aire tristón, generalmente después del baño y de la comida va al billar. Hoy estará Perpetua en lugar de Aminthas, Seixas y Fidelio, en lugar de Osnar; pierde en el cambio. Doña Carmosina le tiene lástima: está hecho un guiñapo.

—Buenas noches, Asterio. Me voy a casa, pero vuelvo para la charla.

—¿La charla?…

—Sobre Tieta…

—¡Ah! Sí. Es una cosa sin explicación. No entiendo…

La luz de los postes, encendida al toque del Ave-María, apenas alcanza las calles, pero la luna llena derrama oro y miel sobre Agreste, iluminando los caminos y el río, la ruta y los atajos, los últimos trabajadores en camino a sus casas.

DEL SENSACIONAL ENCUENTRO ENTRE PERPETUA Y CARMOSINA, CON CIERTA VENTAJA PARA LA PRIMERA EN EL ASALTO INICIAL.

—¿Fue el doctor Almiro quien lo dijo? El sí que sabe. Yo no hubiera pensado nunca en eso… —Asterio se anima, pasan sus dolores, disminuye su malestar y comienza a prestar atención a la charla.

Si no fuese por la presencia de la cuñada y de doña Carmosina, estaría en la cama, envuelto en sábanas. Estaba estirado en la hamaca de red; empezó a pensar mal cuando en la tienda Elisa le hizo señas dándole a entender que no había ni carta ni cheque. Enfermo, casi sin poder probar el cuscuz, la banana frita, contentándose con

una taza de café con leche, pan y queso fresco. Contracciones en el estómago. Insoportables.

Perpetua llegó poco antes de las siete. Había dejado a Ricardo haciendo los deberes, ya que el lunes tenía que volver al seminario para los exámenes escritos y orales. Como habían terminado las clases y el padre Mariano andaba de paso por ahí, decidió traer a su ahijado para pasar el fin de semana con la madre, bajo promesa de que se sentara a estudiar para los exámenes. Antes de salir, Perpetua le advierte que un solo reprobado bastaría para que el curso dejara de resultarle gratuito. Peto, endemoniado como era, había huido al cine. Aprovechaba para ir cada vez que podía y siempre gratis; lo ayudaba al árabe Chalita en la boletería. En Agreste, no existe censura, todas las películas son aptas para cualquier edad, las madres amamantan a sus hijos en plena sala, donde Peto, a los trece años, aprende más que Ricardo ya casi con diecisiete, en el seminario. En el cine, a orillas del río, donde pasa gran parte del día pescando y observando; en el Bar dos Açores, todas las tardes haciendo fuerza por el tío Asterio. Cuando gana, Osnar lo convida con *guaraná*, helados, Coca-Cola. Peto ya sabe manejar el taco. Osnar le toma el pelo:

—Y el taco de ahí abajo, sargento Peto, ¿hace de las suyas? Ya estás en edad de perder la inocencia…

En el momento en que Perpetua se sentó en la silla de paja, la mejor de la casa, resonaron en la puerta los golpes de manos y el sonoro «con permiso» de doña Carmosina. Perpetua frunció el ceño: ¿qué cosa tan importante había perdido allí la agente de Correos para abandonar la sesión de cine del sábado, compromiso de honor? Venía a meter el pico donde no la habían llamado, a dar opiniones, otorgar razón, exhibir inteligencia y astucia, la muy sabihonda. Elisa se precipita a recibir a la amiga:

—Casi llegas con Perpetua.

Sin esperar turno, doña Carmosina sacó el tema, tomando la delantera de la conversación:

—No se habla de otra cosa en la calle. Ni bien llegué a casa, mamá me preguntó: ¿qué pasó con Antonieta?, oí decir que murió. Le contesté que nadie sabe nada; sólo que la carta con el dinero que enviaba todos los meses, todavía no llegó. A mamá se le salían los ojos del asombro: ¿No llegó? Entonces murió, sólo muerta sería capaz de dejar de cumplir con su obligación. Conocí muy bien a esa chica, cuando tomaba una decisión, no existía consejo, amenaza o castigo que la hiciera cambiar de opinión. Ponle la firma: si dejó de mandar el dinero, murió. Ve a su casa, m'hijita, a dar el pésame. —Una pausa y doña Carmosina agrega—: Los comentarios en la calle aumentan cada vez más.

La entrometida había venido a propósito, prefería la charla antes que el cine; capaz que Elisa le pidió que viniera, Perpetua acarició la cruz del rosario que tenía en el bolsillo de la pollera negra y se contuvo. Dejemos las cosas así, tal vez hasta nos ayude; la muy antipática se pasa el día sin hacer nada, leyendo revistas y diarios,

enormes artículos, domina una cantidad de temas, se las da de profesora.

Perpetua no tenía ninguna duda:

—¡Estiró la pata! Desde ayer que se lo estoy diciendo a Elisa, pero ella se engaña y quiere engañar a los demás…

—Esconder la evidencia… —ilustró doña Carmosina.

Perpetua no tolera esas demostraciones de sapiencia. Se dominó debido al grito de Asterio, tirado en el fondo de la hamaca:

—Eh… ¿Estáis diciendo que murió? ¿Que Antonieta murió? ¿Es así?

Elisa tuvo lástima de su marido, el pobrecito había recibido un choque; hasta ese momento no se le había ocurrido la posibilidad de pensar que la cuñada estaba muerta. Había pensado en carta extraviada, en dificultades momentáneas de dinero —también los ricos tienen esos aprietos— en viajes, plausible explicación de Elisa. Pero en enfermedad y muerte, jamás. La afirmación le cayó como una tonelada de plomo.

—¡Ay! —gimió con una mueca de dolor en la cara, apretándose el estómago.

—Eres el único en Agreste que no sabe que ella murió y tu mujer la única que lo duda… —la voz chillona de Perpetua ponía el dedo en la llaga.

Doña Carmosina volvió a la carga:

—Para decir las cosas como son, pruebas no existen, son sólo suposiciones.

Dura adversaria, Perpetua le echó en cara la afirmación de doña Milu:

—¿Qué otra prueba quieres además de la falta de cartas? ¿No oíste lo que dijo tu madre? Siempre fue así: cuando Antonieta decidía hacer una cosa, iba hasta el final, yo lo sé bien.

—Sin duda… —concordó doña Carmosina—: Son suposiciones apoyadas en hechos concretos, pero suposiciones al fin…

—¡Estamos arruinados! —gimió Asterio, al darse cuenta del desastre—: ¿Cómo vamos a vivir, si ella murió?

Conteniendo el llanto, Elisa le alcanzó un comprimido y un vaso con agua:

—Toma el remedio para el estómago, Asterio…

—¿Qué va a ser de nosotros? —el comprimido cayó de la mano de Asterio, Elisa y Carmosina lo buscaron en el piso de baldosas y lo encontraron. Elisa lo mete en la boca del marido, le da el agua.

—Ni para remedios vamos a tener —concluye Asterio mientras traga.

Doña Carmosina balanceó la cabeza, en señal de asentimiento: no será fácil. No tanto para Perpetua que tiene casas alquiladas y dinero guardado, pero sí para Elisa y Asterio que viven de la tienda mal surtida, de las ventas de los sábados, ganan poca cosa. Doña Carmosina trató de dejar de lado esos detalles insignificantes ante el hecho más importante: la muerte de Tieta, amiga de la infancia y adolescencia, cuyas confidencias había oído durante tantos años. ¿Insignificantes? No tanto, con el precio actual del rouge y el polvo, el *rimmel* y el esmalte, de las revistas, cinco por semana —y Elisa se había olvidado de pagar las de hoy. Había dicho que ya sacaba la plata,

pero no la sacó. Si se confirma la muerte, doña Carmosina no podrá cobrar, se tendrá que aguantar el perjuicio. Así se demuestra la amistad.

Pero en ese momento Perpetua se endereza, el moño parece crecer sobre su cabeza y la voz gangosa toma fuerza:

—Ella murió y nosotros somos sus herederos…

Doña Carmosina conecta todas sus antenas, llegó el tema de la herencia. Asterio, en las últimas, no entiende nada:

—¿Qué dijiste? ¿Herederos? ¿Cómo?

Justo el tiempo para que doña Carmosina saque a relucir sus conocimientos jurídicos dándose las de abogada:

—¡Hum! Tal vez tú tengas razón. Casada y sin hijos… los parientes heredan… Déjame pensar, ya leí algo sobre el tema…

Con aire de superioridad, Perpetua aclara todo:

—El otro día hablé con el doctor Almiro, cuando él pasó por aquí, sobre el asunto de la herencia de don Lito. Mitad para el marido, mitad para los parientes cercanos. Padre, madre, hermanos. Aunque el muerto no quiera.

A esa altura de la conversación se aplacaron los dolores de Asterio, disminuyó el malestar de su estómago, rogó informaciones:

—¿Fue el doctor Almiro quien lo dijo? Él sabe mucho de esto…

DEL SEGUNDO ASALTO, COMPLETAMENTE FAVORABLE A DOÑA CARMOSINA, LA CAMPEONA DE CORREOS Y TELÉGRAFOS.

Ni siquiera doña Carmosina, tomada de sorpresa, intenta negar que Perpetua había ganado puntos. Confirma la tesis jurídica, pero exhibiendo aquella sonrisa inocente, sospechosa, de quien se queda con una carta en la manga:

—Es así nomás. Ahora sois ricos. Mitad para don Zé Esteves, la otra mitad para vosotras dos. El asunto es encontrar al marido, ¿no?

—Exactamente. —Perpetua domina la conversación y hasta la agente de correos presta atención—: Nunca supimos el nombre completo del marido. Felipe, como si no tuviese padre. Se sabe que es rico y además comendador. ¿Pero Felipe qué? ¿Qué tipo de industria tiene? ¿Comendador del Papa o del Gobierno? Siempre pensé que ahí había algo raro, pero hace tiempo que encontré la explicación.

Al revés de lo que pensaba doña Carmosina, Perpetua no se conformaba con el cheque, el dinero mensual. También ella se había puesto a pensar y a deducir. Igual que doña Carmosina, quien continúa mostrando aquella sonrisa inocente de angelito.

—¿Y cuál es la explicación que encontraste?

Todos están ansiosos por saber y Perpetua esconde la vanidad en su voz áspera, desagradable, a pesar de la súbita suerte:

—Su marido le prohibió que nos hablara de él para que no llegara el día en que tuviera que rendir cuentas… exactamente para eso.

—¿Será así? —doña Carmosina demuestra su escepticismo.

—Ella sentía vergüenza de nosotros, tenía miedo de que si supiésemos más sobre el marido y sobre ella, empezáramos a querer sacar partido. —Para Elisa, las trastadas, las malas intenciones son de ella, de Asterio, de Perpetua, del padre. Tieta y los suyos son ricos y buenos, son inatacables.

—Tal vez —doña Carmosina parece pesar, medir y comparar los argumentos.

—Así tenga que revolver cielo y tierra, él me va a entregar mi parte, sea como fuere. —Irguiéndose en su silla, Perpetua ni se toma el trabajo de contestar a Elisa—: Voy a averiguar su dirección y cuando él menos lo espere caigo en su casa. Nadie me va a robar lo que es mío y de mis hijos.

—Tú hablaste hoy con el padre Mariano. ¿Qué es lo que dijo?

—Dijo que no nos apuráramos, que todavía no hay pruebas de la muerte de Antonieta, que esperáramos un poco. Quien quiera esperar, que lo haga, ¡yo no! El lunes me las tomo a Esplanada, voy a hablar con el doctor Rubim…

—¿Con el Juez? —doña Carmosina sacude la cabeza y parece estar de acuerdo. Sus ojos pequeños y semicerrados miden a Asterio y a Elisa, se posan en la imponencia de Perpetua que está llena de regocijo en su silla de paja, parece un pavo real—. Perdóname, Elisa, que te robe tu herencia; Asterio y tú merecen mejor suerte, pero yo no puedo tolerar la arrogancia de esta beatona. Es cierto, yo siempre pensé que había algo raro en esa historia del apellido del marido de Tieta. Pero llegué a otra conclusión, muy diferente de la de vosotras dos.

Perpetua no teme al desafío:

—¿Cuál es?

—Tú no tuviste en cuenta ciertos datos, yo diría indicios, Perpetua. Ella dijo algo de sus hijastras, ¿no?

—Sí, la mitad es para la familia de él.

—No estoy hablando de la herencia, esa herencia no existe…

—¿Cómo?

—No digas eso… —Pide Asterio, a quien le vuelven los dolores.

—Me da lástima desilusionarlos. Asterio, pero si ustedes se pusieran a pensar un minuto, si pusieran en acción su materia gris, comprenderían que Tieta vivía, o vive, con este señor comendador como esposa, pero sin casamiento legal, salta a la vista que él es separado. Una pareja como millares de otras en Brasil. Es la única explicación que existe y, en ese caso, sólo la familia de él puede heredar.

—¡Ay! —Asterio sufre mientras ve disolverse la fortuna e irse la riqueza por el agua, breve ilusión, nuevamente se ve pobre como Job.

DONDE LA CAMPEONA DE LA SACRISTÍA REACCIONA Y GANA EL ASALTO, SALVÁNDOSE SU ADVERSARIA POR INESPERADA INTERRUPCIÓN DE LA LUCHA.

Perpetua es la única que no se altera, a no ser que se pueda llamar sonrisa a esa

leve contracción de sus labios:

—Como teoría, es ingeniosa. Pero fuera de eso, no vale nada.

—¿Tienes otra mejor?

—La mía es mejor y tengo pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Está casada, bien casada, por iglesia y por civil. Lo puedo garantizar y lo voy a probar.

—Es lo que yo quisiera ver.

—Hay una leve vacilación en la voz de doña Carmosina.

Elisa estalla en lágrimas. Asterio, rico y pobre, pobre y rico, no llega a saber si el dolor continúa o no. Del fondo de su bolsillo Perpetua saca un sobre y del sobre un recorte de diario:

—Tú, Carmosina, que lees tantos diarios a costillas de los otros, no has leído éste. —Se vanagloria de la ayuda divina—: Quien es devoto de Sant'Ana, quien ocupa su tiempo en la iglesia, cuenta con la protección de Dios.

—¡Habla de una vez! —hasta Asterio se irrita, él que en general es tan tímido delante de la cuñada—. ¡Desembucha!

Perpetua no tiene apuro, con el recorte en la mano, declara:

—Todavía no hace dos meses que fui a Aracajú a saludar a don José, para saber cómo anda Ricardo en sus estudios. Aproveché y fui al banco a visitar a doña Nicia, la esposa del doctor Simões…

—Fuiste a vender los vestidos que mandó Tieta…

—Los que quedaron para mí. Mejor venderlos antes que ser vista con ellos. En las capitales pueden usarse, pero aquí… doña Nícia me mostró en un diario de São Paulo, *Folha da Manhã*, la página social donde se publican noticias de gente importante, en la que hablaban de que una amiga suya fue a visitar a sus parientes. —Señaló una noticia diciendo—: «Pienso que es sobre tu hermana». Después recortó el pedazo y me lo dio.

Lentamente se pone los anteojos, aproxima el recorte a la luz. Asterio se levanta de su silla, Elisa se cambia de lugar para estar más cerca, nadie quiere perder ni una palabra.

En ese preciso momento se oyen voces en la puerta de calle:

—¡Cálmate, hombre!

—¡Qué calma ni que ocho cuartos, hatajo de ladrones!

El viejo Zé Esteves entra en la sala, acompañado de Tonha. Bien plantado sobre sus piernas, ciego de ira, levanta su bastón y grita:

—Quiero mi plata, ¡ladrones! ¿Dónde la metieron, qué hicieron con ella? ¡La plata que Tieta me manda y ustedes me roban! ¿Qué invento es ése de que ella murió y que por eso no llegó la plata? ¡Manga de ladrones! ¡Quiero mi plata y ahora!

DONDE PERPETUA ASUME LA JEFATURA DE LA FAMILIA, DESPUÉS DE DERROTAR A DOÑA CARMOSINA POR FUERA DE COMBATE.

—La bendición, padre —dice Perpetua, tranquilamente en su silla—: Ruego a usted y a Tonha que se sienten también. Es para oír noticias de Antonieta y su marido.

—¿Ella vive o no? ¿Qué es ese invento de que ella murió? Es lo único que se oye decir. Más de diez personas ya fueron a casa con el cuento.

—Lo más seguro es que haya muerto. Si murió, como parece…

—… nosotros seremos ricos, don Zé. Millonarios… —interrumpe Asterio, sin dolor, curado.

Doña Carmosina se recupera:

—Don Zé, Perpetua va a leer una noticia que salió en un diario de São Paulo, que dice algo sobre Tieta.

Tonha se sienta, el *Viejo* permanece parado:

—Pues que la lea.

Perpetua carraspea para limpiar su voz, acerca el recorte nuevamente a la luz e informa antes de comenzar la lectura:

—Anoté la fecha del diario, 11 de septiembre, todavía no tiene tres meses…

—Dos meses y dieciséis días… —nadie hace caso de los cálculos de doña Carmosina.

—«El Comendador Felipe de Almeida Couto —Perpetua, lee pausadamente— y su esposa, Antonieta, invitan a sus numerosos amigos y admiradores a la misa en acción de gracias, conmemorativa de sus quince años de casamiento, que celebrará el padre Eugenio Melo, quien consagró el matrimonio, en la Iglesia da Sé. A la noche, Antonieta y Felipe recibirán en su mansión, con la distinción y aristocracia que los caracteriza. El Ministro Lima Filho, quien siendo juez en la capital, presidió el acto civil, vendrá especialmente de Brasilia para participar de los festejos. Los brindis se prolongarán hasta altas horas de la noche, habrá baile y a media noche ofrecerán una comida».

El recorte pasa de mano en mano, cada uno lo lee, el alivio es general.

Perpetua observa a doña Carmosina y la desafía:

—Y… ¿Qué me dices ahora?

Elisa, con voz vibrante, es quien responde:

—¿O sea que tú sabías el nombre del marido y no nos dijiste nada? —Elisa piensa en la misa, en la mansión, en la fiesta, en el champagne.

—Hace más de dos meses que lo sé. ¿Para qué contártelo? ¿Para qué, dime?

Asterio se exalta y propone:

—Voy contigo a Esplanada, a hablar con el juez…

—¿A hablar con el juez? ¿Por qué?, —pregunta Zé Esteves.

—Por la herencia, la mitad es para nosotros.

Perpetua explica:

—Es así, padre. Una mitad es de la familia de él, la otra es nuestra, de la familia de Antonieta.

—Yo también voy. Quiero saber bien cómo es eso.

—No es necesario que nadie vaya. Yo voy sola, es mejor. Hablo con el juez en nombre de todos, sin armar lío. Después decidimos qué es lo que tenemos que hacer. —Expulsa a la vencida doña Carmosina—: Nosotros, los de la familia, sin extraños.

Erguida en su silla, el busto levantado, el rodete en lo alto de la cabeza, Perpetua es el jefe de la familia, asumió su lugar.

DE LA MUERTE Y EL ENTIERRO DE TIETA, CON SERMÓN E INESPERADAS REVELACIONES DEL PADRE MARIANO CON EL INCENSARIO, EL SOBRINO RICARDO, MONAGUILLO.

Tieta murió aquel fin de semana en Sant'Ana do Agreste y fue enterrada en medio de la consternación general. No se falta a la verdad al decir que todos los habitantes de la pequeña ciudad estuvieron presentes en el prematuro velatorio. La noticia traspasó los portones de la «Fazenda Tapitanga», sacó de su sosiego dominical al coronel Artur, y lo trajo, afligido, a las calles de Agreste. El rebaño de Zé Esteves había prosperado únicamente mientras Tieta, siendo niña todavía, se ocupó de él. Cabras gordas y paridoras.

Lágrimas y oraciones, tristeza y amenazas, compasión y elogios, proyectos y comentarios, gente que da pésames. Algunos, rencorosos, casi no pueden esconder la satisfacción de ver llegar a su fin la inmerecida buena vida de Zé Esteves, de cuyo pasado de embaucador y sinvergüenza todavía guardaban memoria y cicatrices.

—Si va a depender de Perpetua, se las va a ver mal…

—Eso es lo que crees… es ahora cuando el hijo de puta se va a llenar de guita, no hay justicia en la Tierra…

—No entiendo, explícame bien.

—La familia va a heredar un dineral y la mitad es de él.

Viejas comadres, entrometidas, de edad indefinida, olvidadas por la muerte, que sólo de tanto en tanto se molesta en pasar por aquellos lugares, desenterraron del profundo olvido donde yacían sepultados desplantes y pecados de Tieta, la muchacha de la virginidad perdida.

—Todavía me acuerdo de la paliza. En aquel tiempo el *Viejo* vivía frente a la plaza. Fue casi de mañana. Le dio al rebenque sin asco.

—Pero, aquí, entre nosotros, ella se lo merecía. Desvergonzada, escandalosa. Hasta andaba con hombres casados.

—Mira la cara de disgusto de don Barbozinha.

—Dicen que no se casó, por pensar en ella.

—¿Ah, sí? Es capaz. ¿Qué es lo que saben de esa historia de la herencia?

—¡Shh! Ahí viene Perpetua.

Caras de entierro, ojos compasivos siguen a Perpetua camino al altar. El busto erguido, una peineta de española metida en lo alto del rodete —era un regalo del Mayor y no lo usaba desde su muerte—, el mismo vestido que usó para el entierro del marido, y sin embargo parece más joven que aquella muchacha de veinte, y pocos años, ya vieja y de mantilla negra, solterona y amargada a pesar de su poca edad, la beata más beata, la entrometida más entrometida, que va a alcahuetear al padre intimidades de la hermana: todas las noches se escapa por la ventana, va a encontrarse con el viajante a orillas del río. Todo el mundo lo sabe, nos llena de vergüenza.

Siguen a Perpetua, la rodean, en un coro de alabanzas a la fallecida, hija y hermana admirable, que ayudó a su familia y ahora la enriquece. ¿Cuántas, misas serán necesarias para su alma? Sus antiguos pecados, deben de haber sido perdonados por Dios. Fueron redimidos con una vida de decencia y caridad.

Hasta las más obstinadas en recordar lo peor, reconocen los atributos de corazón, bondad y gentileza, la sonrisa alegre, el placer de ayudar, y ni qué decir de la gracia y belleza, del rostro angelical, y del cuerpo, ¡ay! ondulante y sinuoso. Doña Milu resume todo en una frase:

—Nunca hizo nada por mal y el bien que practicó no tiene límites.

La hija pródiga, aquella que, sin guardar rencor, había sido el amparo de padres y hermanas, y considerando que la madre era sólo madrastra y la hermana menor medio-hermana, tenía mucho más mérito su proceder y más valor cada centavo que mandaba, Todo eso venía de São Paulo, de la gran metrópoli, donde Antonieta había triunfado, con su marido rico e ilustre, industrial, comendador, paulista *cuatrocentista*[14] y con dinero para tirar al techo. El nombre de Sant'Ana do Agreste había cobrado importancia.

Un hijo de esas tierras había llegado a tener una panadería en Cascadura y, recordando a su ciudad natal y a la santa patrona, bautizó al comercio con el nombre de Panificación Sant'Ana do Agreste; hasta les mandó fotos de la inauguración a los parientes. Muchas fotos; pero dinero, que es lo que hace falta, ni un cobre —al parecer su esposa, codo de oro—, no le daba permiso. Algunos se habían destacado en la capital del Estado, entre ellos y a la cabeza, el poeta De Matos Barbosa, cuyo nombre completo, Gregório Eustáquio de Matos Barbosa se había reducido a Barbozinha en la intimidad de sus conciudadanos, en general orgullosos de los versos y de la filosfía del exfuncionario de la Municipalidad Municipal de Salvador, del bohemio, recordado en las mesas de los cafés que, por otra parte, ya no existían. Con una crónica más extensa todavía, el comandante Darío de Queluz, cuyo amor al clima de Agreste y a los paisajes de Mangue Seco le hicieron abandonar la Marina de Guerra para volver a instalarse para siempre en la tierra donde había nacido, trayendo con él a su esposa, doña Laura, robusta *gaucha*[15] que se adaptó enseguida a las costumbres locales. El matrimonio vive más en la Toca da Sogra, casita plantada

entre palmeras al lado de las dunas de Mangue Seco, que en el pequeño bungalow de la ciudad, donde han acumulado adornos: barcos, santos, máscaras, animales, piezas esculpidas con cortaplumas en cáscaras de coco seco o en trozos de madera. Como si no le alcanzara el título, la envidiable condición de militar, sus muchos viajes, —hasta estuvo en Japón—, acumula éxitos como artesano, con admiración general. Es un artista en todo sentido. Barbozinha y él. Los dos primeros. Hablando de cultura, tal vez deberíamos agregar el nombre de doña Carmosina Sluizer da Consolação, ella sí que sabe mucho; sin embargo nunca salió de Agreste, a no ser esos viajes relámpago a Esplanada. Le falta el barniz de las grandes ciudades, de la vida metropolitana. Entre los ilustres que triunfaron afuera, no debe ser olvidado el doctor João Augusto de Faria, farmacéutico de Aracajú. Y se terminó la lista, pues Ascanio Trindade, no llegó a recibirse, dejó la facultad de derecho en segundo año.

Nadie, ninguno de ellos, poeta, militar, farmacéutico, dueño de panadería en Río de Janeiro, voló tan alto, obtuvo semejante éxito, elevando a los páramos de la gloria el nombre del oscuro y decadente pueblecito de Sant'Ana do Agreste, como lo hiciera Antonieta Esteves al brillar en la alta sociedad paulista, única entre todos capaz de ostentar fortuna, gastar dinero a montones y figurar en los diarios del sur.

Aminthas, Osnar, Seixas y Fidelio dejaron los tacos:

—¿Cuál es el apellido del marido? ¿Matarazzo?

—De ninguna manera, es un apellido tradicional, viene de unos cuatrocientos años atrás. Perpetua sabe cuál es.

—Tal vez sea Prado.

—No, creo que son dos apellidos, de los importantes.

—Asterio se va a poner las botas… plata segura.

Debe de ser un paulista sin prejuicios; se casó con una muchacha ya estrenada. Las costumbres cambian de lugar en lugar; en Agreste y sus alrededores, todavía hoy una joven debe ser virgen para casarse —y así mismo son pocas las que lo hacen porque los hombres emigran en busca de trabajo—; de esta manera sólo resta para las mujeres la iglesia, las colchas de retazos, el crochet, los largos días y las perturbadas noches.

Sin embargo en Río y en São Paulo, el casamiento ya no exige virginidad, obsoleto prejuicio. Por otra parte, la moda pasa a ser nacional, se extiende por todo el país; la píldora guarda las apariencias. Pero, no llegó todavía a las márgenes del río Real, si Tieta se hubiese quedado en Agreste, nunca habría encontrado marido. Pero en São Paulo, ¿quién lleva el apunte a la argolla de las muchachas? Allá cuenta la categoría, la clase, la belleza, la inteligencia. A Tieta no le fue negada ninguna de esas cualidades, durante ese fin de semana, cuando la ciudad se conmovió con el anuncio de su muerte. La enterraron llena de virtudes; ejemplar.

El domingo al atardecer, después de misa, nadie apoyaba la frágil tesis de Elisa: Tieta está viajando, disfrutando de la vida, en Nueva York o en París, en Saint Tropez o en Bariloche. Ni siquiera ella misma, deshecha, amparada por su marido y por doña

Carmosina. Sin embargo, al bendecir a su pueblo, el padre Mariano, sin querer asumir la responsabilidad de la noticia todavía no confirmada, se refirió, con visible pesar, a la triste versión que circulaba por la calle, alabó el corazón tan puro de aquella que, habiendo merecido los bienes materiales, no olvidó a su familia lejana y la tierra donde había nacido.

Emocionado, reveló a los fieles que la enorme, la magnífica imagen de yeso de la Senhora Sant'Ana, entronizada hacía tres años, con festejos y júbilo, en reemplazo de la anterior, viejísima, semidestruida por el tiempo, de madera carcomida, sin valor ni arte, había sido una donación de Antonieta y no de un anónimo feligrés como se dijo en aquella ocasión.

Como puede verse, también el padre Mariano tenía un secreto en común con Tieta, sólo conocido como es obvio por doña Carmosina. También él, además de la agente de correos y de Ricardo, se había dirigido a ella, a escondidas, en petitorio. Doña Carmosina sonríe aliado de Elisa. Si fuera por ella estaría en el fondo del atrio con los muchachos comentando. Pero… nobleza obliga. El sobrino, todo emperifollado, con la falda blanca y la túnica colorada, llora al sacudir el incensario, desparramando bastante olor a incienso entre los siervos de Dios; nunca más habría sobres perfumados.

—¡Qué lindo monaguillo! —murmura Cinira, golosa, junto a la balaustrada del altar, con una picazón en las partes.

—¡Divino! —en la otra punta de la iglesia estalla la lengua de doña Edna, arrodillada al lado de Terto, su marido, aunque no lo parezca.

Ricardo, envuelto en humo, presta atención a las alabanzas que el padre prodiga a la vieja tía. Piensa en los cabellos blancos, en las arrugas, en las manos temblorosas; más abuela que tía. Modesta, la generosa donante había exigido que no fuera revelado su nombre. Sólo en ese momento el padre Mariano pone los puntos sobre las íes, pasa por alto lo prometido al oír las fúnebres noticias, para que todos los devotos de la Senhora Sant'Ana recen con él por la salud de esa tan caritativa hija de Agreste, rogando a Dios que la trágica noticia no pase de una falsa alarma y que doña Antonieta se encuentre en perfecto estado de salud.

Algunos rezaron. Por el alma de la difunta; nadie creyó en lo del perfecto estado de salud.

POST-SCRIPTUM SOBRE LA ANTIGUA IMAGEN.

En ningún momento el padre Mariano se refirió al destino de la vieja imagen. Menos mal, ya que el nuevo cardenal anda con la manía de investigar lo sucedido con las antiguas y valiosas esculturas de santos, robadas en las iglesias o vendidas a anticuarios y coleccionistas.

De buena fe ¿quién puede culpar al padre? No había tirado la imagen a la basura,

porque había sido consagrada hacía varios siglos, pero era un pedazo de madera corroído por el tiempo, en pésimo estado, inútil. Pero el padre Mariano no vaciló cuando apareció aquel famoso artista atraído por la belleza de la playa de Mangue Seco y, al descubrir la destronada imagen de la patrona, relegada en un rincón de la sacristía, ofreció por ella el dinero necesario para la compra del turíbulo. El nuevo incensario, que tan lindo era en manos de Ricardo, quien envolvía en ese humo perfumado la imagen de la Senhora Sant'Ana —la nueva, la refulgente, de yeso, pintada con colores tan bonitos, toda una obra de arte—, fue adquirido con el dinero que se obtuvo de la madera podrida. El artista había afirmado que se trataba de un problema de devoción: la Senhora Sant'Ana era su preferida en el reino de los cielos, y todo lo que a ella se refiriera, aunque no tuviese valor material —era el caso de la imagen vieja— le tocaba el alma, por eso la llevaba dejando esa cantidad tan razonable como donación. Sólo quien lo conoce sabe hasta dónde puede llegar la astucia del pintor Carybé. Si me sobrara tiempo, podría contar unas cuantas de él, a cual peor.

Hoy, restaurada, la vieja imagen es parte de la famosa colección de otro celebrado artista, Mirabeau Sampaio. Ni me atrevo a pensar cómo fue a parar allí. Los tejes y manejes entre esos caballeros son más sucios e inmorales que los de doña Carmosina y Canuto Tavares, ya desenmascarados por mí.

DE LA RESURRECCIÓN Y DEL LUTO.

El martes se atrasó la «marineti»: se pincharon dos gomas y el motor fallaba cada cinco kilómetros, como de costumbre. Por este motivo, doña Carmosina sólo pudo abrir la bolsa del correo al atardecer.

En ese mismo viaje. Perpetua regresó de Esplanada, adonde había ido en la víspera, en compañía de Ricardo, quien aprovechó para tomar allí el ómnibus a Aracajú. El juez la recibió después de comer y al terminar la conversación la felicitó por el empeño puesto en defender los intereses de sus hijos, del padre y de la hermana. Para mí no quiero nada, Su Excelencia, pero por el derecho de mis hijos, de mi hermana y de mi anciano padre peleo a muerte. Pobre, sola y desprendida. El juez se impresionó y doña Guta, entusiasmada, sirvió torta de *aipim*[16] y licor de *pitanga*[17] a esa viuda de tanto coraje.

De vuelta, Perpetua trajo un voluminoso bagaje de conocimientos y consejos. Le había informado el juez que en São Paulo podría encontrar un abogado dispuesto a ocuparse de la causa, con financiación de gastos en base a una participación en las ganancias obtenidas, siempre y cuando el caso, como parecía, ofreciera reales posibilidades de victoria. Cobran un alto porcentaje, naturalmente. ¿Cuánto por ciento? No lo podría decir con exactitud: tal vez un cuarenta o un cincuenta por ciento. ¿Tanto? ¡Es un abuso, doctor! Mi querida señora, tienen que arriesgarse a

quemar el dinero, es lógico que pidan mucho. Los diarios del sur publican avisos de estudios jurídicos que trabajan con esas bases. Inclusive existen especialistas en casos perdidos, pero ahí el porcentaje sube a un setenta u ochenta por ciento.

El doctor Rubim releyó la noticia en el recorte de la *Folha da Manhã*. Los Almeida Couto son gente bien, de la crema, mi señora, mucho dinero y muchos blasones. Si los datos son correctos, tal como usted lo afirma, se trata de un caso ganado. Lo más probable es que ni haya juicio, se llegará a un acuerdo. La gente de ese porte no quiere verse inmiscuida en nada que tenga que ver con la justicia. Dios le pagará, Su Excelencia el tiempo que ha perdido con esta pobre viuda, segura servidora a sus órdenes. A la vuelta arreglará con el *Viejo* y con Asterio la división de los gastos del viaje: dejará a Peto con Elisa, llevará a Ricardo que empezará sus vacaciones dentro de una semana. Había averiguado en Esplanada los precios de los pasajes en ómnibus a São Paulo, lo tomaría en Feira de Sant'Ana. Ni el precio, ni los gastos, ni la distancia, ni los peligros de la gran ciudad la acobardan. No había ido a Salvador con el Mayor tal como habían programado; Perpetua siente un nudo en la garganta al recordar el proyecto. ¿Pero acaso no viajó sola a Aracajú, para hablar con el Obispo, para agradecer la matrícula de Ricardo? Había ido varias veces, ¿dónde estaba el peligro? São Paulo es más grande, es una capital más desarrollada, pero no puede ser tanto más grande ni mucho más peligrosa. Aracajú es un coloso.

Perpetua todavía se estaba bañando, intentando limpiarse el polvo, cuando doña Carmosina abrió la bolsa de las cartas certificadas. Sólo encontró una, la de Antonieta. En un grito de alegría, abandonando el resto de la correspondencia, doña Carmosina salió despavorida, hecha una loca, para la casa de Elisa, con la carta en la mano como si fuera una bandera flameando en el viento:

—¡Llegó, Elisa, llegó! —¡Alabado sea Dios!

Abrieron el sobre, dentro estaban el cheque y las novedades sensacionales: había habido muerte, claro, no existe humo sin fuego. Pero quien había muerto había sido el comendador, que no era ningún Almeida Couto de cuatrocientos años y muchos blasones. No por eso menos rico, industrial paulista, comendador Felipe Cantarelli, mi amado esposo, casi un padre, cuya muerte me deja viuda e inconsolable. Además Antonieta anuncia su próxima llegada; para consolarse, para volver a ver a su familia y, quién sabe, para adquirir una casa en el pueblo, en algún terreno cercano a la playa, de preferencia en las inmediaciones de Mangue Seco —soñaba con un futuro donde pudiese pasar su vejez en paz, esperando la muerte en el dulce clima de Agreste—. Avisaré con tiempo y llevaré conmigo a mi hijastra Leonora, hija del primer matrimonio de Felipe.

—¡Va a venir, Carmosina! ¡Va a venir, qué suerte! —Elisa también resucita.

Ni bien fueron convocados, todos acudieron: el padre y Tonha, Asterio que llegó acompañado por la barra solidaria del bar, Perpetua trayendo a Peto de las orejas.

Doña Carmosina, de pie, solemne, como si fuese el jefe de la familia, leyó la carta y Asterio se apoderó del cheque para ir a cobrarlo.

Mientras oía, Perpetua tuvo que tragarse las informaciones y los consejos del juez, el viaje a São Paulo y la herencia: viviendo Antonieta, viuda millonaria, las cosas cambiaban, había que adaptarse a la nueva situación. Perpetua se alzó de las cenizas y mirando a la familia reunida, declamó:

—Fuese quien fuese, el finado era pariente nuestro, yerno, cuñado y tío. Tenemos que ofrecer una misa por su alma y usar luto. Cuando llegue nuestra querida hermana, nos deberá encontrar vestidos de negro, sufriendo con ella. Yo sé lo que debe estar pasando, conozco el dolor de quedarse viuda.

Doña Carmosina no lo conoce, pero lo puede imaginar. Estirar una pierna en la cama de matrimonio, a la noche, y no encontrar el apoyo del cuerpo del marido, del hombre con el cual compartía el lecho, ¡qué horrible soledad! ¡ay! Pero peor que ésa, es la soledad de la solterona, dolor sin medida que ni siquiera tiene el recuerdo del placer.

SEGUNDO EPISODIO

DE LAS FELICES PAULISTAS, EN SANT'ANA DO AGRESTE O LA VIUDA ALEGRE

CON RIGUROSO LUTO, MISA PARA EL DIFUNTO, LOS CHICOS DEL CATECISMO, MINIFALDAS Y CAFTANES TRANSPARENTES, BAÑOS EN EL RÍO, ARENAS y DUNAS DE MANGUE SECO, DIVERSAS INTRIGAS, SUEÑOS PEQUEÑO-BURGUESES Y AMBICIONES MATERNAS, TRASEROS, PECHOS Y OMBLIGOS, PASEOS Y COMIDAS, RECETAS DE COCINA, EL DISCUTIDO PROBLEMA DE LA LUZ ELÉCTRICA, ORACIONES Y TENTACIONES, EL TEMOR A DIOS, EL ARTE DEL DEMONIO, UN IDILIO CASTO, OTRO NO TANTO: DONDE SE TRABA CONOCIMIENTO CON EL BEATO POSIDONIO, ANTIGUO PROFETA, DIÁLOGOS ROMÁNTICOS Y ESCENAS FUERTES (PARA COMPENSAR).

PRIMER FRAGMENTO DE LA NARRACIÓN, EN LA CUAL —DURANTE EL LARGO VIAJE EN ÓMNIBUS CON CAMAROTE DE LA CAPITAL DE SÃO PAULO A LA DE BAHÍA —, TIETA RECUERDA Y CUENTA A LA BELLA LEONORA CANTARELLI EPISODIOS DE SU VIDA. AQUÍ VA UNA MUESTRA, DESPUÉS VENDRÁN OTRAS ANÉCDOTAS MÁS JUGOSAS.

—Creo que las cabras no sentían el sol, pero no era este sol tibio de acá, era el de allá, el sofocante, el que deja hasta las piedras en brasa. Ni las cabras ni yo.

Las cabras estaban sobre las piedras, inmóviles bajo el sol; como piedras, estatuas. De golpe saltan, disparan corriendo; primero una, en seguida otra, todas. Van descubriendo olor a pasto en los montes más altos.

—Yo iba detrás, pastoreando. Las cabras me conocían, les ponía nombres y sobrenombre a cada una. Cuando las llamaba, ellas entendían. Cuando una de ellas se hería con alguna espina la cuidaba, le curaba las heridas.

—¿Cuántos años tenías, madrecita?

—Creo que diez, cuando empecé. Diez u once; ya había terminado el primario.

—Yo prefería el sol cocinando piedras, la tierra árida, los cactus, las serpientes, los lagartos, el croar de los sapos en el agua del riacho, las cumbres de las colinas, los matorrales, las cabras, mientras la primogénita hacía las cosas de la casa.

—Perpetua ya nació vieja, no sé cómo hizo para casarse. Desde chica se metía en la sacristía de la iglesia con las chupacirios, era la más beata de todas. Para ella, yo era el *can*[18] en persona… —se ríe—: Tenía razón, yo no era gente, no era como el resto de las personas. Desde pequeña, espiaba al chivo *Inácio* cuando montaba cabras.

Único, sereno y majestuoso el chivo *Inácio* era el padre del rebaño, andaba con el paso medido, chiva larga, catinga fuerte. Con unas bolas enormes, casi tocando el piso, señor entre los chivos, patriarca de los caprinos.

Lento e inexorable, se acerca a la cabrita, inquieta en su primer celo y que agita las ancas ante la aproximación de *Inácio*, con las patas traseras coreando en el aire, ya en edad de ser servida y preñada. *Inácio* anda, balanceando sus atributos, por el rastro que deja la hembra. Emite un grito, vibrante y límpido; anuncio, amenaza, declaración de amor.

—Al principio, yo veía todo, pero no prestaba atención, era demasiado niña. Pero después, cuando empezaron mis reglas, el grito de *Inácio* penetraba a través de mí. Empecé a espiar y me tiraba al suelo para ver mejor.

La cabrita dispara, *Inácio* no se toma el trabajo de correr, para y espera; la niña aprende. Dos o tres escapadas más y, cuando él lo decide, la arisca es montada por el dueño y señor del rebaño.

Echada en el piso, la mocosa observa el cuadro sin perder un detalle. Siente un calor que sube por sus piernas hasta la garganta, excitación, sosiego, mientras está de bruces sobre la tierra salvaje. *Inácio* era todo un chivo, un señor chivo y la chiva se debatió cuando él la hizo cabra y la preñó. Con un grito final de dolor y de

recogimiento, que hizo eco en el vientre de la niña. Cabra y chivo conjugados, unidos en la altura o sobre piedras, petrificados, única roca, peñasco, capricornio.

—Así aprendí, y en mis comienzos, vi más que eso, mucho más.

No sólo ve al chivo *Inácio* cuando actúa. También tiene oportunidad de ver, escondida entre los cerros, a los chiquilines que se la metían a las cabras. Y Osnar y su pandilla de perdidos. También hombres hechos. Su propio padre, creyéndola ausente.

En casa, un ¡ay! Dios mío, austero, moralista. Nos mandaba a la cama ni bien nos levantábamos de la mesa. Y estaba prohibido hablar de novios.

Si alguna de mis hijas tuviese novio, la zurraría con la vara de castigar burros; bastón de madera de membrillo es el nombre completo, gritaba Zé Esteves.

Se la daba a las cabras cuando creía que no había nadie cerca, o que el campo estaba libre. Existían cabras enviciadas.

—Yo era una cabrita igual a ellas. La primera vez, no hubo diferencia.

—¿A qué edad fue, la primera vez?

—¡Qué sé yo! Trece, catorce años. Largué sangre muy temprano.

—¿Y después?

—Fui una cabra[19] enviciada, no existía hombre que me saciara.

DONDE EL AUTOR REDACTA UNA NOTA SOBRE EL PASADO PRÓSPERO Y LEJANO DEL MUNICIPIO DE SANT'ANA DO AGRESTE Y SU ACTUAL DECADENCIA

Mientras las beatas de la iglesia, los vagos del bar y todo el pueblo comenta la excitante novedad del regreso de la hija pródiga, con chismes a la orden del día, y la agencia de Correos está engalanada como en día de fiesta, aprovecho para comprobar desde ya, la influencia benéfica de Tieta. Todavía está en viaje y ya influye en su pueblo natal, retirándolo del marasmo en el cual había caído tantos años atrás.

La noticia no sólo alcanza y conmueve a la población urbana; se extiende por todo el municipio, despertando curiosidad e interés «desde las mansas márgenes del río hasta las encrespadas olas del Océano Atlántico», según revela Barbozinha, en estado de beatitud poética. Elabora un poema en versos libres y ático sabor, donde Venus surge de entre las olas, desnuda, cubierto de espuma y conchas, resucitada. Actualísimo y un tanto erótico.

En todo el pueblo, que cuenta con algunos millares de personas, nadie permaneció indiferente —ni la misma doña Carmosina puede darnos el número exacto de habitantes de Agreste—; en el censo de 1960 sumaban nueve mil setecientos cuarenta y dos ciudadanos servibles e inservibles, ya que varios pasaban los noventa y muchos los ochenta; en el lustro siguiente al censo, la población había disminuido, y no por causa de muertes que eran más raras que los nacimientos sino por la sistemática partida de los jóvenes en busca de oportunidad en otras tierras.

Hoy en día el visitante que llega a esas calles muertas, exhausto luego de la

travesía en la «marineti» de Jairo, tapado de mugre, huésped de la pensión de doña Amorzinho, no puede creer que antes de la construcción de las vías de ferrocarril entre Bahía y Sergipe, Agreste fuera zona de mucho progreso y mucho movimiento comercial, posta obligatoria e importante para el interior de los dos estados. En aquella época, la prosperidad regía los destinos de este actual «culo del mundo». La privilegiada situación del municipio, en las márgenes del río, extendiéndose hasta el mar, había convertido a Sant'Ana do Agreste en el centro de abastecimiento de una enorme región. Barcos y veleros llegaban hasta la altura de la barra de Mangue Seco, paraban a lo largo, piraguas recogían la carga. Desde Agreste, la mercadería partía en lomo de burro, rumbo al sertón.

Hoy sólo existe la pensión de doña Amorzinho, pero a principios de siglo existían más de diez, siempre repletas de viajantes; los negocios y almacenes no daban abasto con tanta clientela. Ni qué hablar de los prostíbulos, eran todo animación y la plata corría. Las mejores residencias de la ciudad datan de esa época, y también el adoquinamiento de la Plaza de la Matriz y las calles del centro. Los ricos hacían traer pianos y gramófonos, encargaban cuadros a firmas del Sur, para colgar en las paredes de las salas. Habían construido el edificio de la Municipalidad, irguieron la nueva Matriz de Sant'Ana y dejaron la capilla vieja para honrar a San Juan Bautista, cuya festividad, en junio, precedida por la de San Antonio y seguida por la de San Pedro, traía a Agreste forasteros hasta de Sergipe, además de los numerosos estudiantes que estaban de vacaciones, liberados por quince días de los internados de la capital. Agreste, en junio, era todo alegría, había bailes y fuegos artificiales todas las noches, después de las trecenas y novenas.

Fue una de las primeras ciudades donde se instaló la electricidad y de las últimas en conservar la vacilante luz débil y amarilla del cansado motor, que todavía no fue reemplazado por la ofuscante luz de la Usina de Paulo Monso. El Intendente coronel Francisco Trindade, abuelo de Ascanio, fue quien adquirió el motor e iluminó el entonces floreciente pueblo. Actualmente, se debe a su nieto la obstinada lucha para instalar los cables de alto voltaje de la Hidroeléctrica de San Francisco que, como las vías del ferrocarril y la ruta pavimentada, habían pasado lejos de los límites del municipio.

En los últimos decenios, el progreso sólo había dado golpes a Agreste. El primero y más terrible: la construcción de las vías del tren que unían la capital bahiana a Sergipe, llegando a las márgenes del río San Francisco, en Propriá, había dejado de lado nuestro pueblecito, huérfano de tren y de estación, donde las muchachas hubieran podido flirtear. Agreste trató de mantenerse con el negocio de los veletas y barcos, pero el transporte de mercaderías resultó más fácil y barato en los vagones del tren. Se dispersaron las tropas de burros, las embarcaciones se pudrieron junto a los mangues, de tanto en tanto, veleros o barcos descargan contrabando y así mismo, sin ninguna ganancia para Agreste, ni siquiera el pago que reciben los pescadores de Mangue Seco, ya que los productos no son destinados al municipio. Las lanchas no

hacen escala en Agreste, van directamente al puerto de Castro, en Sergipe. Solamente Eliezer, que vive en el pueblo, anda por ahí, cuando vuelve a dormir a su casa después del trabajo. No se puede llamar comercio digno de tal nombre a las botellas de whisky escocés, gin inglés o cognac español que Eliezer birla para vender a Aminthas, a Seixas o a Fidelio; ni el frasco de perfume con destino seguro: Carol, la muchacha aislada de Modesto Pires. Por otra parte, creo que esa muchacha debe aparecer más seguido en las páginas de este folletín, para deleite y regocijo de todos nosotros.

Durante mucho tiempo, las esperanzas de un retorno a la prosperidad se concentraron en la construcción de la ruta pavimentada, anunciada con ruidoso aspaviento, ya que venía cruzando todo el país desde el Sur, por la costa. Mientras eso sucedía, saltaba a la vista que Agreste se estaba viniendo a menos, los viajantes habían desertado de las calles: quedaban pocas tiendas y almacenes, las ventas no compensaban el costo del viaje. Se cerraron las pensiones, ya nadie venía para las fiestas de junio, a pesar de que el agua continuaba haciendo milagros, el clima seguía siendo digno de un sanatorio, la insólita belleza de la ribera y la audacia de la playa de Mangue Seco, permanecían incomparables.

La carretera, como ya se sabe, pasó a cuarenta y ocho kilómetros de tierra y barro. Fue un nuevo y definitivo golpe del progreso.

Agreste tuvo que entregarse sin lucha, reducida a mandioca y a cabras. Ni trenes ni camiones, ni sombra de estación ferroviaria o de ómnibus, para regocijo de las muchachas.

En el embarcadero, media docena de canoas, el barco de Pirica, la lancha de Eliezer y los cangrejos, gordos, gordísimos. Y hablando de comida, nada se puede comparar con un cangrejo hervido, hecho con *pirão* de harina de mandioca, verde oscuro, *pirão de lodo*, como aquí se lo llama. ¿Nunca lo han comido? Es una lástima, no saben lo que es bueno. Es un manjar que exige tiempo y paciencia para catar la carne de los cangrejos, pata por pata, ni siquiera es común que lo hagan en Agreste, donde sobra tiempo y ganas. Pero vale la pena, lo aseguro. Es para chuparse los dedos; se come con la mano, se moja el *pirão* en la salsa verde, en el incomparable lodo de los cangrejos.

El pueblo ya perdió las últimas esperanzas, los jóvenes parten en la «marineti» de Jairo, varones y mujeres, ya que en los últimos años también ellas comenzaron a buscar mejor vida en tierras más ricas. Van a trabajar de mucamas o cocineras, costureras o bordadoras y muchas de ellas terminan siendo putas, en Aracajú o en Feira de Santana. Y, según parece, muy apreciadas.

DE ASCANIO TRINDADE, TEMERARIO PATRIOTA Y LUCHADOR, CON LAS DURAS PENAS QUE LE TOCARON EN SUERTE.

Sólo Ascanio Trindade no pierde ni su entusiasmo de luchador, ni la esperanza de

pensar que un milagro puede salvar a Agreste —ama la tierra donde nació y adonde tuvo que regresar por la enfermedad de su padre, abandonando la facultad de derecho. Ya no tiene ninguna obligación que cumplir en Agreste, pues finalmente había muerto don Leovigildo, después de cinco interminables años, sin poder moverse de la cama, con un solo ojo abierto mirando al vacío. Ascanio había sido enfermero y niñera, padre y madre, había bañado aquel cuerpo inerte, limpiándolo, dándole de comer en la boca, duras tareas. Rafa, el ama de leche morena, por más que quisiese, apenas lo podía ayudar, vieja, reumática, sin fuerzas. Ascanio tomaba en sus brazos el cuerpo de su padre, lo ponía al sol, bajo la *goiabeira*[20], haciéndole muda compañía durante horas y horas, en el fondo de la casa. Siempre tranquilo, sin una queja, ni por los estudios interrumpidos, ni por el largo y penoso trance. Le bastaba con la mirada de su padre, de un solo ojo, acompañándolo agradecido. Y según las beatas, ya se había ganado el reino de los cielos.

Después del entierro de don Leovigildo, ocurrido hacía dos años, si Ascanio hubiera querido, podría haber dimitido del cargo de Secretario de la Municipalidad, donde lo había acomodado su padrino, el coronel Artur da Tapitanga, cuando lo vio solo, con el padre paralítico y sin un cobre. Dimitir, ¿para qué? ¿Para volver a la ciudad de Bahía, a recomenzar la facultad? Más que falta de recursos, era falta de voluntad. En la capital, Astrud, casada, se reía con esa carcajada inolvidable y cristalina —aquí, en mi destierro, cargando la cruz de mi Calvario, oigo tu risa de cristal y recobro fuerzas; en los días más tristes el recuerdo de tus ojos verdes me levanta el ánimo. Doña Carmosina había derramado lágrimas leyendo las cartas violadas, ¡cuánto amor!

Durante el primer año, Ascanio sólo pensó en el día de su regreso. Pero, cuando sin haber roto el noviazgo, Astrud le avisó abruptamente que se iba a casar, él juró no poner jamás los pies en la ciudad donde habitaba la traición. Sobre todo después de que Máximo Lira, su compañero de facultad, le contó que la inocente, la inmaculada Astrud se había casado barriguda y que si el vestido de novia no hubiese sido suelto, se habría visto el volumen de su panza, de casi cuatro meses. Estaba esperando un hijo cuando le escribía cartas de amor a Ascanio, continuando con el casto idilio, cándida muchacha, ¡puta sin rival! Eso era lo que le dolía más que todo: había creído en la pureza, en el sentimiento sólido, se había dejado embaucar como un niño tonto, ingenuo grandulón.

Además se había habituado a la vida de Agreste, a sus mejores cosas: el agua, el aire, los paisajes, la convivencia con los amigos. Sólo que no aceptaba la pasividad del atraso, de la pobreza, el marasmo. Tenía la cabeza llena de planes, no se dejaría abatir.

Una tierra tan miserable y abandonada, ni siquiera es interesante para los políticos, que son, por otra parte, una raza en extinción. El Ayuntamiento fue entregada al doctor Mauritonio Dantas, dentista cirujano que tenía sus fuerzas reducidas debido a los disgustos y a la arterioesclerosis, y como está encerrado en su

casa para bien de la moral pública, quien realmente manda y desmanda es Ascanio. Hay un consenso general: cuando el doctor estire la pata, Ascanio ocupará el puesto vacante, y de ser posible, sería alcalde para toda la vida.

Hay que reconocer que sin ninguna renta, salvo la cuota federal del impuesto a los réditos, escasa ayuda estatal, Ascanio mantiene la ciudad limpia. Con piedras del río calzó calles y callejuelas, inauguró dos escuelas municipales, una en Rocinha, otra en Coqueiro, e intenta obtener, por medio de oficios, peticiones a las autoridades, cartas a los diarios y a las estaciones de radio, que los cables de la Hidroeléctrica se extiendan hasta Agreste. Hasta el momento, desgraciadamente, no tuvo éxito. Postes y cables lucen en los municipios vecinos. Agreste es uno de los pocos dejados de lado en un reciente plan de expansión de los servicios de la Hidroeléctrica. Sin embargo, Ascanio no se desanima. Prosigue en la lucha. Cree que un día, fatalmente, la fama del clima, la calidad del agua, la belleza del paisaje traerán a las calles y a las playas de Agreste cantidades de turistas ávidos de paz y naturaleza.

Hay quien sonríe cuando lo oye hablar con tan ardiente entusiasmo, Agreste es un caso perdido: pero hay quien todavía se anime y por un momento sueñe y vea realidad en esa fantasía; como siempre, las opiniones están divididas. Se suman unánimes, sin divergencias, al juzgar al propio Ascanio. No existe en todo el municipio otro ciudadano más estimado y visto con mejores ojos. Las muchachas casaderas no le sacan la vista de encima. Ascanio cumplió veintiocho años, ¿qué está esperando para buscar novia? Cuando sea alcalde, no va a poder seguir siendo cliente de la casa de Zuleika.

Una vez más doña Carmosina le planteó el problema, estando en la agencia de Correos. Hay tantas chicas lindas y llenas de cualidades en Agreste… y todas le andan atrás. El se sonríe, una sonrisa triste. Doña Carmosina no insiste: ya leyó toda la correspondencia, línea por línea, repite de memoria algunos trechos de la última misiva, la respuesta a la comunicación del próximo casamiento —quien te escribe, Dalila, es un muerto, un corazón frígido que, de la sepultura donde lo enterraste apuñalado, te desea felicidad; que el remordimiento no perturbe tu vida y que Dios me conceda la gracia de olvidarte y de arrancar de mi pecho esa imagen… —Un poeta, Ascanio Trindade, si se dedicara a escribir versos, no tendría nada que envidiarle a Barbozinha. Por lo visto no la olvidó, ni piensa en tener novia.

Sólo muestra una triste sonrisa. ¿Otra? Jamás. Ni aunque un día baje de la «marineti» de Jairo la más bella de las mujeres, la más pura y seductora. Mi corazón está muerto para el amor, doña Carmosina.

DEL REGRESO DE LA HIJA PRÓDIGA A AGRESTE, DONDE EN LA TERMINAL DE LA «MARINETI», LA ESPERAN: LA FAMILIA, DE LUTO POR LA MUERTE DEL COMENDADOR, LOS CHICOS DEL CATECISMO, EL PADRE MARIANO, ASCANIO TRINDADE, EL COMANDANTE DARÍO, EL POETA DE MATOS BARBOSA, EL ÁRABE CHALITA, Y DEMÁS FIGURAS IMPORTANTES, SIN OLVIDAR A LA BARRA DEL BILLAR, MUCHO MENOS A DOÑA CARMOSINA, QUE TIENE EN LA MANO UN *BOUQUET* DE FLORES RECOGIDAS POR DOÑA MILU EN EL JARDÍN DE SU CASA, AL CLERO, A LA BURGUESÍA Y AL PUEBLO, ESTE ÚLTIMO REPRESENTADO POR EL CHICO SABINO Y BAFO DE BODE.

Agrupados en cuatro o cinco lugares, en los alrededores del cine, en la terminal de la «marineti» de Jairo, están esperando oír la bocina roncadora en la curva de la entrada de la ciudad. En la iglesia, bajo la dirección del padre Mariano están los chicos del catecismo, con sus ropas domingueras y Perpetua con su hija seminarista, risueño muchachón en vacaciones, con su sotana y el libro de misa. Las beatas, cual víboras listas para atacar, se pasean por el atrio; están preparadas para el magno acontecimiento, el desembarco de la rica viuda: quieren verla de luto llorando en los brazos de su familia, y de yapa, la hijastra, la forastera. Día especial.

Con excepción del propietario, que está en mangas de camisa, todos están de corbata en el Bar dos Açores: Osnar, Seixas, Fidelio, Aminthas, guardia de honor del cuñado Asterio, sofocado en el traje negro que le prestó Seixas, demasiado flaco. Perpetua había permitido que durante la semana Asterio se limitara a una cinta negra en la manga, otra en el sombrero y otra en la solapa. Pero para la ceremonia de bienvenida, exige luto completo, traje, corbata y compunción.

—Haces tanta cuestión porque no tienes que comprarlo, tú vives de luto. ¿De dónde voy a sacar plata para hacerme un traje?

—Tuve que comprar uno para Peto.

—¡Bah! Un par de pantalones cortos.

—¿Por qué no pides uno prestado? Seixas se quitó el luto.

Estaría bien si no hubiese tanta diferencia de peso entre ellos. A duras penas y con ayuda de Elisa, pudo meterse el pantalón. El saco no cierra y se rasgó en los dos sobacos, pero eso sólo se ve cuando Asterio levanta los brazos.

Peto se dirige al bar para huir de la iglesia y de la madre. Por extraño que parezca tiene la cara limpia y está bien peinado; su camisa es blanca, de mangas largas y moño, reliquia del finado Mayor. Lo peor son los zapatos. Sus pies acostumbrados a andar libres a orillas del río y en la corriente, no se adaptan. Osnar se burla de la figura y las muecas del chico:

—Sargento Peto, estás hecho un pimpollo. Si a mí se me diera por los niños, hoy sería tu día. Tienes suerte de que no sea mi debilidad.

—No fastidies.

A pesar de los zapatos, Peto no esconde su satisfacción: durante la permanencia de su tía, dormirá en la casa de Asterio, en el cuarto del fondo, lejos de la vista y de los horarios estrictos de la madre, podrá acompañar a Osnar y a Aminthas, a Seixas y

a Fidelio en sus correrías nocturnas, en las cacerías que provocan tantas risas y comentarios.

—Fuera de aquí, mocoso, esta charla es de hombres… Sólo Osnar le ofrece perspectivas.

—Sargento, un día de éstos te llevo de caza. Ya estás en edad. Anda preparando la espoleta.

Perpetua había decidido que la hijastra de Antonieta se quedaría en el cuarto de Peto. Tal como el resto de la casa, había sido lavado con creolina, refregado, barrido hasta la última partícula de polvo y perfumado con hojas de *pitanga*. La pequeña Araci, que fuera prestada por Elisa durante el tiempo que durara la estadía de las paulistas, hace una semana que se entrega a una limpieza en regla.

Era una residencia confortable, en la esquina de la Praça da Matriz y Tres Marías, y si Perpetua hubiese aceptado la opinión de Asterio, Peto no necesitaría mudarse: las dos huéspedes en el cuarto de Ricardo, los dos chicos en el de Peto. Pero Perpetua, en una ostentación de cortesía —¿manía de grandeza o tendría algún otro plan premeditado? —Doña Carmosina todavía no había llegado a ninguna conclusión—, había decidido dar a Antonieta la alcoba fresca y amplia, dejando, por más increíble que parezca que usara la cama de matrimonio con colchón de lana donde se había revolcado con el Mayor, durante el lapso breve y feliz que duró el matrimonio. ¡Es como para no creerlo!: ¿su cuarto de casada? ¡Imposible! ¡Cómo cambian las cosas, Dios mío! Doña Carmosina no sale de su asombro, un espanto.

Cama de matrimonio, colchón de *paina*, *toilette*, enorme armario, muebles pesados, de jacarandá. El Mayor había comprado la casa con muebles, una pichincha. El único heredero de doña Eufrosina, fallecida a los noventa y cuatro abriles, un sobrino, vivía en Porto Alegre, nunca había puesto los pies en Agreste, mandó vender casa y muebles a cualquier precio, siempre que fuera al contado. Tampoco hubo otro candidato, ni al contado ni a plazos.

La sala, enorme, tiene ocho ventanas a la calle. De ahí sale un corredor hasta el comedor. A cada lado, dos cuartos, uno de los cuales había sido transformado en sala de lectura, desde épocas remotas. Era el que quedaba frente a la alcoba. Perteneció al finado doctor Fulgencio Neto, esposo de doña Eufrosina, médico de fama en antiguos tiempos. El escritorio, con dieciocho cajones, tenía un cofre con secreto; la biblioteca estaba llena de libros de medicina en francés y obras de Alejandro Dumas y Víctor Hugo. El Mayor no estaba mucho en el escritorio, sólo después de almorzar se quedaba un rato ahí, leyendo diarios de Bahía de una semana atrás, o se tiraba a dormitar en la hamaca. Allí es donde Ricardo estudia, aunque esté de vacaciones, una hora por día. Siguiendo, y por orden, están los cuartos de Ricardo y Peto, ambos vigilados por Perpetua. En el de Ricardo, donde está el oratorio, dormirá ella; en el de Peto, la Leonora ésa. Ricardo ocupará el escritorio, donde ya están sus libros de estudio. Acomoda a la mocosa de Arad en el depósito de frutas, en la quinta, sobre un catre improvisado. Perpetua dirigió todo lo referente a la llegada y estadía de Tieta.

La Agencia de Correos y Telégrafos está llena; el comandante Darío y doña Laura, Barbozinha, bien afeitado en honor a su antigua novia, Ascanio Trindade, representando a la Municipalidad —el doctor Mauritonio está cada vez peor, viendo mujeres desnudas— y Elisa, con un vestido de gasa negro, vaporoso y etéreo, de aquéllos enviados por Tieta en los paquetes de ropa usada. Tenía un escote audaz: tuvo que ser refaccionado para cerrar el cuello, ya que Perpetua así lo exigía como buena fiscal de vestimentas ceremoniales para la recepción.

—Por lo menos tápate los pechos. Es más para un baile que para luto, pero como es el único que tienes póntelo, pero arreglado. Ella va a llegar toda de luto, nosotros tenemos que estar a la altura. Fíjate, el *Viejo* quería hacer una fiesta invitando a medio mundo. La pobre llega llorando la muerte del marido y en vez de luto encuentra fiesta. ¿Te das cuenta?

Doña Carmosina puso el *bouquet* dentro de un vaso de agua, para que no se marchitaran las flores. Influida por la dialéctica de Perpetua, había discutido con su madre, tal vez no fuera adecuado llevar flores ya que quien iba a llegar era una viuda inconsolable, y reciente. Doña Milu no quiso discutir: le das las flores y le dices que soy yo quien las manda. Si hasta se mandan flores para los muertos, ¿por qué una viuda no puede tener derecho? Fíjate un poco…

—¡Dios mío, no llega nunca! —Elisa, por más que se esfuerce por mantenerse compungida, no puede contener esa agitación, mezcla de alegría y miedo.

Alegría sin límites por conocer a su hermana, el hada rica, la elegante, la fina, la paulista, la protectora. Recelo por aquella mentira, por la omisión de la muerte de Toninho, con el fin de seguir embolsando esa ayuda mensual. Doña Carmosina había hecho lo posible para calmarla.

—Y cuando ella pregunte por Toninho, ¿qué le digo?

—Dile la verdad. Dile que yo te aconsejé que no contaras nada y el resto déjalo por mi cuenta.

—¿Me perdonará?

—La conozco bien, no le importará. Quédate tranquila.

Hay otra nube que persiste y perturba su alegría: la llegada de la hijastra, casi una hija, que ocupa un lugar en el corazón de Tieta y que Elisa quiere entero para sí.

En la entrada del cine, el árabe Chalita, con un palillo en la boca se pierde en recuerdos: Tieta era mucho más linda que su hermana, la mujer de Asterio. Linda y fogosa, con toda la carne encendida. En la puerta lateral, la heladería, un pequeño mostrador, un armario y la cuchara que maneja Sabina, con la que diariamente sirve helados de fruta para poder ganar unos cobres, pagados por el árabe. También Sabino está de pantalón y camisa limpios, zapatos y medias. Si fuera por él, se habría puesto una cinta negra en el brazo ya que se consideraba de la familia; astilla del mismo palo que Asterio, cajero, mensajero, buen sacador de cocos. No usó el brazalete negro por temor a doña Perpetua, una peste. Sentado en el paseo, *Bafo de Bode* saborea la cachaça en silencio. Tiene curiosidad por ver la estampa de la nombrada hija de Zé

Esteves, a quien todavía no conoce: cuando llegó a Agreste, hace veinticinco años, en busca de consuelo y aguardiente, ella ya se había ido, sólo pudo recoger los últimos comentarios ya gastados y escasos de la última zurra.

Zé Esteves y su esposa Tonha esperan exactamente en el lugar donde para la «marineti», junto al poste que está delante del cine, en la vereda. El *Viejo* había mandado a Esplanada a teñir de negro su viejo y gastado traje azul, para el casamiento de Elisa. Desde entonces no lo usa. El saco parece una bolsa de papas, el pantalón le queda flojo. Zé Esteves ya no es el gigante de otrora, un roble, fuerte, pero todavía se mantiene firme, allí, de pie, desde hace casi dos horas, mascando tabaco, apoyado en el bastón. Si Tonha pudiese, pediría una silla al árabe; ¿pero dónde encontrar coraje para explicarle al *Viejo* que está cansada? Está de medio luto: pollera negra y una faja de crepe en la blusa blanca. Como Perpetua hiciera notar, marcando diferencias y distancias, el parentesco es muy remoto.

En medio de una gran correría general y con dos horas y diez minutos de atraso, suena en la curva la bocina de la «marineti» de Jairo. Perpetua y el padre Mariano ordenan las tropas. Empieza a verse la «marineti» allá en el fondo. Antes de hora se oye un primer sollozo.

MINUCIOSA DESCRIPCIÓN DEL DESEMBARQUE CONFUSO DE TIETA, LA HIJA PRÓDIGA O ANTONIETA ESTEVES CANTARELLI, LA VIUDA ALEGRE.

En la primera fila, la familia, con tristeza en la mirada, en las lágrimas y en las ropas. El viejo Zé Esteves se ha adelantado un paso y continúa mascando tabaco. Atrás, los parientes enlutados, el reverendo, los chicos del catecismo, la gente importante, doña Carmosina, *bouquet* en mano, sin darse cuenta cómo desentona el colorido alegre de las flores con el del crepe y el llanto. Perpetua, bajo el velo sujeto al rodete, que le cubre el rostro, piensa que esa criatura con tal de llamar la atención pasa por encima de los sentimientos más sagrados—. Después las beatas y el resto del pueblo.

Con Jairo al volante, la «marineti» se aproxima, con pocos pasajeros. Para Jairo, un día cualquiera, para Agreste, día importante, de ésos para matar un lechón de pascua, de encender fuegos artificiales y de festejar bien a lo grande en honor de la hija pródiga, si no fuese viuda llena de congoja y dolor. Sólo caben luto y lágrimas, cantos de iglesia.

Todos dejan de hablar, Peto se para en punta de pies, ni bien llegue la tía saldrá volando de allí, a arrancarse los zapatos. La «marineti» para con un cansado ruido de juntas y resortes. Peto cuenta los pasajeros que bajan: don Cunha, uno, el matrimonio de paisanos, dos, tres, doña Carmelita, cuatro, la criada, cinco, a ése nunca lo vi, seis, a ése tampoco, siete, don Agostinho, el de la panadería, ocho, su mujer, nueve, la hija, diez, la tía Antonieta y la chica van a ser las últimas. Hasta Jairo sale antes, cargado con valijas y bolsas de las esperadas pasajeras. Con Jairo suman once, ahora

doce, es ella, por fin.

¿Será ella? Peto duda. No puede ser, la tía debería estar de luto, con un velo fúnebre que le tape la cara, igual que su madre, de ninguna manera puede ser esa artista de cine, esa Gina Lollobrigida. En la puerta, sobre el escalón está Antonieta Esteves, majestuosa, deslumbrante. Alta, fuerte, con una larga cabellera rubia que aparece bajo el turbante colorado. Colorado, sí, colorado igual que la blusa sport, de red, elegante y simple, que marca la belleza de sus voluminosos pechos, de los cuales se ve una apreciable muestra que aparece por el escote de botones abiertos. El pantalón Lee azul se ajusta a las piernas y al trasero dando realce a volúmenes y salientes, ¡qué volúmenes! ¡Qué salientes! En los pies luce unos finos mocasines color habano. El único detalle oscuro en toda su vestimenta de viuda, son los anteojos ahumados, de armazón cuadrada, última moda, firmados por Christian Dior. El asombro dura una fracción mínima de tiempo que se hace interminable, una eternidad.

Peto, victorioso, exclama:

—Mamá, la tía no está de luto. ¿Me puedo sacar los zapatos y la corbata?

Antonieta, sigue en la puerta del ómnibus, paralizada sobre el escalón: delante de ella está la familia de luto por la muerte de Felipe, el inolvidable esposo, y ella en tecnicolor, de azul y colorado, con la blusa abierta, y deportivos pantalones Lee, ¡ay! Dios mío, ¿cómo no se había puesto luto? Había estudiado cada detalle y lo había discutido cuidadosamente con Leonora. Se había olvidado lo más importante. Pero ya Zé Esteves escupe el último pedazo de tabaco y extiende los brazos a su hija pródiga:

—¡Hija mía! Pensé que no te vería más, pero Dios quiso darme este consuelo antes de mi muerte.

Desde lo alto del escalón de la «marineti», Antonieta reconoce a su padre. Al padre y al bastón. Es el mismo, el mismísimo que sonó en sus espaldas aquella noche de fin de mundo. Tiene ganas de reírse, no se puede contener, se estremece y un incontrolable sonido rompe en su boca, dejándole un mínimo de tiempo para taparse la cara con las manos, antes de bajar. Todos acuden a consolar a la viuda que llora, a la hija pródiga que ahoga sollozos en los brazos de su padre, conmovedor instante. Ni Perpetua se dio cuenta. Elisa llora y ríe mientras siente un desahogo: la hermana es como la había imaginado, sin quitar ni poner nada. Doña Carmosina es la única asombrada por el curioso sonido inicial; se aproxima con las flores, que están de acuerdo con la ropa de viaje de Tieta.

Mientras Tieta va de abrazo en abrazo, disputada por las hermanas, por el cuñado, por los sobrinos —sácate los zapatos, mi amor, anda como quieras—, repartiendo besos y consolando a Elisa, en la puerta de la «marineti» de Jairo aparece la más bella, la más dulce y seductora muchacha, esbelta juventud, una sílfide como en seguida reconoció y proclamó el vate De Matos Barbosa. Parada, contemplando la emocionante escena, también ella se emociona. Está encantadora con ese moderno conjunto desteñido y boina del mismo género rodeada de cabellos rubios, medio

cenicientos por el polvo. Peto reconoce a la misma muchachita de las películas de cow boys. Un murmullo de admiración recorre la calle, Tieta, desprendiéndose de los besos de Elisa, la presenta:

—Leonora Cantarelli, mi hijastra, mi hija, es lo mismo.

Doña Carmosina se vuelve y ve a Ascanio Trindade, lo sorprende extasiado. ¿Y ahora, amigo? Leonora amplía su sonrisa seductora para poder abarcar a todos, se detiene en Ascanio que la mira embobado.

—Cierra la boca, Ascanio, y ve a ayudar a bajar a la joven —ordena doña Carmosina.

Ascanio se adelanta, ofrece la mano a la paulista: sea bienvenida a las tierras de Agreste, pobres, saludables y bellas, perdone el atraso y la falta de confort. Ricardo se arrodilla, para pedir a su tía que lo bendiga, pero ella lo levanta y lo toma en sus brazos mientras lo besa: mi padrecito es tan elegante…

Después de una comprensible indecisión, el padre Mariano se decide (por una cuestión de protocolo no va a perder la adaptación de la letra de una canción y quince días de ensayo), hace una señal y los chicos del catecismo cantan:

Vestida de negro
ella apareció
en sus ojos trajo
el color del luto.
¡Ave! ¡Ave!
¡Ave Antonieta!

Leonora, encantada, mantiene su mano en la de Ascanio y se le escapa una risa cristalina, mucho más cristalina, ¡oh!, ¡mucho más! que la de la finada Astrud. Finada y sepultada, ahí, en ese momento, frente al cine, delante de las gomas gastadas de la «marineti» de Jairo.

Antonieta sigue de abrazo en abrazo:

—Carmo, mi querida, ¡qué alegría! ¿Cómo está, doña Milu? ¿Ella cortó las flores? Carina… fíjate que me hice italiana en São Paulo, estoy por decir querida y me sale carina… —es la Tieta de siempre, jovial, graciosa, no cambió nada, aunque en vez de querida diga carina.

—¡Barbozinha! ¿Eres tú? ¡Casi no te reconozco!

—Las amarguras de la vida, Tieta, el sufrimiento…

—¿Siempre escribes versos? ¿Te acuerdas de los que hiciste para mí? ¡Qué lindos eran!

—Solamente y siempre para ti. Estás mucho más joven y linda.

—Y tú continúas siendo un mentiroso, Barbozinha. Eres un adulador.

Ahí está, en Sant’Ana do Agreste, rodeada por su familia de luto, oyendo a los chicos del catecismo: gracias, padre, gracias de todo corazón. La brisa de la tarde llega del mar y viene a saludarla. Ayudado por Sabino, Jairo descarga las valijas, que están en el techo de la «marineti», cubiertas con una gruesa lona como si sirviera para

algo contra la polvareda del camino.

—Vamos, hija mía. —Zé Esteves le ofrece el brazo, mientras se apoya en el bastón.

—Vamos a mi casa. —Perpetua intenta comandar, en medio de los destrozos de la violada compunción.

Toda la culpa es de ella y de nadie más. ¿Cómo había podido imaginar que Tieta andaría de luto por la muerte del marido? Había creído que su hermana era igual a, ella, como si la plata, la alta sociedad, el casamiento con un paulista rico y comendador del Papa pudiesen hacer algo por quien nace torcido, rebelde ante los códigos y leyes del respeto humano, sin regla ni compás.

Antonieta Esteves Cantarelli toma el brazo de su padre, sonríe y pasea su mirada por las santulonas, el árabe Chalita, el comandante y doña Laura, Jairo, el chico Sabino, *Bafo de Bode*, que la mira desde la vereda, desnudándola. Es tan miserable y poca cosa, que hasta tiene derecho a ser insolente. Su voz empapada en cachaça vibra en la calle mientras aprueba con entusiasmo:

—¡Viva la chucha de oro!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! —apoyan los niños del catecismo.

DE PUERTAS Y VENTANAS Y DEL CORAZÓN DE JESÚS EN LA SALA O LOS PRIMEROS INSTANTES EN EL SENO DE LA FAMILIA.

En la esquina de la plaza y el callejón de las Tres Marías, la comitiva se detiene.

—Llegamos —anuncia Perpetua—. Entremos.

—¿Ésta es tu casa? ¿La que era del doctor y de doña Eufrosina? —Antonieta se sorprende. En las cartas, Perpetua se refería a «nuestra casita», adquirida por el Mayor antes del casamiento, en la Plaza Desembargador Oliva—. Pero esto es la Plaza da Matriz.

—El nombre correcto es Plaza Desembargador Oliva —aclara doña Carmosina.

La casa del doctor, la casa de Lucas. Antonieta vino preparada para enfrentar recuerdos, pero ni bien llegó empezaron los equívocos cuando vio al *Viejo* empuñando el bastón. Nunca había imaginado que se hospedaría allí, en la casa donde Lucas había permanecido después de la muerte del doctor, para estudiar las posibilidades de instalar una clínica. ¿Valdría la pena establecerse?

Perpetua atribuye la sorpresa de la hermana exclusivamente a la dimensión de la casa, y se ve invadida por sentimientos opuestos. Satisfacción por atenderla bien, no es una muerta de hambre ni una mendiga miserable. Miedo por la reacción de Tieta que puede considerar que el pedido de ayuda mensual para criar a sus hijos es un abuso. Se impone una explicación:

—Fue un regalo de Dios, caído del cielo. El Mayor pagó una bagatela por la casa y todo lo que había dentro.

Los amigos se despiden y prometen próximas visitas:

—En cualquier momento caemos —avisa el comandante.

—Vengan hoy a la noche, así charlamos.

—Hoy no, hoy está reservado para la familia.

—Hay que ponerse al día… —agrega doña Laura, sonriendo.

—Mañana, entonces.

—Mañana sin falta.

Si fuera por Ascanio, volvería esa misma noche, ¿no es suficiente para la familia el resto de la tarde? Además, Leonora es pariente política, es la primera vez que está en Agreste, no tiene nada que recordar, va a quedar al margen de la conversación familiar. Es una lástima que él no sea tan caradura como doña Carmosina:

—Yo vuelvo y esta misma noche, con mamá. Cuando salí me dijo: Hoy a la noche voy a la casa de Perpetua, a visitar a Tieta.

—Traje un recuerdito para ella, una tontería. ¿Por qué no viene a comer con nosotros? ¿La puedo invitar, Perpetua?

—La casa es tuya. Gracias a Dios, hay comida de sobra.

Antes de ir a bañarse —urgentemente preciso un baño, tengo tierra hasta en el alma, las dos lo necesitamos—, Antonieta aclara:

—Mientras nosotras estemos aquí, los gastos de la casa corren por mi cuenta.

Perpetua esboza un gesto de disgusto, pero no llega a terminarlo, la ricachona corta cualquier tentativa de discusión:

—Si no va a ser así, agarramos nuestras valijas y nos vamos a la pensión de Amorzinho.

—En ese caso, no discuto… —Perpetua, liberada de ese gran peso, se apura a aprobar—. Pero queda otro, más chico: los gastos efectuados para recibirlas convenientemente, que se dividieron entre Asterio, el *Viejo* y ella.

Pero ni siquiera tendrán ese perjuicio, Antonieta completa:

—Empezando por lo que ya gastaron para esperarnos.

—¡Ah! ¡No, eso no! —Elisa se entromete—: Una tontería sin ninguna importancia. Los dividimos entre todos, le tocó muy poco a cada uno.

—Hablas como si fueses rica. —Perpetua desenmascara a su hermana, no hay peor cosa que la gente pobre y bruta—: ¿Te olvidas de que Asterio tuvo que pedir dinero prestado a Osnar para completar su parte?

—¡Cállate la boca, mujer! —Elisa se pone pálida. Perpetua la humilla a propósito, frente a su hermana y a la forastera. ¿Por qué hacer ver delante de la hijastra la pobreza en que están?

—Perpetua tiene razón, Elisa. Si yo no pudiese, estaría bien. ¿Pero por qué hacer sacrificios si no hay necesidad? Después Asterio o Perpetua me dicen cuánto gastaron y listo.

Mientras habla, Antonieta se acerca a Elisa, la abraza, la besa afectuosamente —entre ellas hay un aire de familia, un parecido en la cara y la expresión, sólo que la más joven no heredó la obstinación y la persistencia del *Viejo* Zé Esteves, que

marcaron a Perpetua y Antonieta, aquella dureza de piedra, la audacia de las cabras. Pero tampoco heredó la resignación de la madre.

—No tengas vergüenza de la pobreza, hijita. Hoy soy dueña de algo, pero mientras fui pobre, supe lo que es comer pan duro. Nunca me las di de rica. Si lo hubiese hecho, ¿quién me iba a ayudar? Ni bien conocí a Felipe, empecé a pedirle plata prestada.

Rodeada de cariño, tratada como una hija, Elisa recupera los colores y los prejuicios:

—¿Pediste dinero prestado a tu novio?

—¡Qué novio ni qué novio!, nos pusimos de novios mucho después. Cuando me lo presentaron, yo no tenía un centavo. Otro día, con más tiempo, te cuento. Ahora quiero bañarme, queremos, ¿no es así, Nora?

—¿Nora?

—Es su sobrenombre. Yo la crié. Desde muy pequeñita estuvo conmigo, todo lo que sabe se lo enseñé yo. ¿Dónde queda nuestro cuarto?

—El tuyo aquí, Tieta, es la alcoba. El de Leonora, allá —señala Perpetua—. Cardo, Peto, lleven las valijas. Asterio, podrías ayudar también.

¿Por qué Tieta no protestó, no quiso quedarse junto con su hijastra, como exigen las buenas costumbres? La ventana de la alcoba da sobre el callejón das Tres Marías y la puerta comunica con el escritorio.

—¿Quién duerme en el escritorio?

—Ricardo.

—Yo, tía. Cualquier cosa que necesites durante la noche, me avisas.

Moreno, alto y fuerte, desbordaba salud e inocencia a través de su sotana. Si estuviera en São Paulo, tendría el pelo largo hasta los hombros, no se bañaría, andaría atrás de la marihuana, como los hijos de sus amigos: Antonieta estaba cansada de oír esas tristes historias. Sonríe a su sobrino:

—Si el cuco me quiere agarrar, te llamo. —Está conmovida por las atenciones y gentilezas—: Se han molestado demasiado por nosotras.

—Demasiado. —La voz musical de Leonora, en tono menor, nunca se eleva—: Nos podemos quedar las dos en el mismo cuarto.

—Ahora ya está todo decidido, es tarde. —Dice Tieta, ¿por qué lo dice? La sombra de Lucas está en la alcoba.

Asterio, Ricardo y Peto, descalzo, cargan valijas y paquetes.

—Cuidado con esa caja, Peto. Es frágil. Además, lo mejor va a ser entregarla ya.

Antonieta toma el majestuoso paquete, lo pone sobre la mesa del comedor, rodeado de la curiosa ansiedad de los parientes:

—Un recuerdo para tu casa, Perpetua.

Asterio, con experiencia en el asunto, desata los nudos del cordón, lo enrolla, dobla el papel grueso, son de la mejor calidad y aunque estén sucios servirán en la tienda. La ansiedad crece ante el vistoso papel de regalo, con cinta rosa, ancha y el

lazo formando una flor.

—Tú desatas la cinta, Perpetua. —Asterio le cede el lugar.

Tratando de contener su alborozo, Perpetua toma la punta de la cinta, lee la etiqueta: «CASA DE JESUCRISTO, Objetos Religiosos al contado y en cuotas. Pague su devoción en doce meses». Por casualidad, ¿será aquello con lo que sueña hace tanto tiempo, ese proyecto acariciado, ese encargo que haría a Bahía? ¿Habría habido una influencia divina que guió la elección, que iluminó el pensamiento de Tieta? A veces, Dios utiliza a empedernidos pecadores como instrumento para recompensar a los justos.

Tira de la cinta y aparece una caja blanca. Retira la tapa, se la entrega a Asterio —¿de qué estará hecha que es tan liviana? Tergopol, explica Antonieta a su cuñado. Hay un murmullo general de admiración y un aplauso. Del pecho en llamas de Perpetua se escapa un ¡oh! de profundo placer al ver, dentro de la caja de tergopol, el objeto de sus sueños, sólo que más grande en tamaño y belleza, seguramente en virtud. Cuanto más grande, más linda y más cara la imagen, más santa y milagrosa es. Dios había inspirado a Antonieta: el corazón de Jesús, en alto relieve y en yeso, estaba en la caja. En sus cabellos, en el rostro, en las manos, en la vestimenta, en el manto, estaban todos los colores del arco iris. La sangre expuesta, amantísimo corazón abierto en llagas. La gota de sangre se asemeja a un rubí. Es una pieza digna del Altar Mayor de la Matriz de Aracajú. Ayudada por Asterio y Ricardo, Perpetua retira la pesada efigie, con mucho cuidado —no es ni cuadro ni escultura, pero tiene algo de los dos y es una cosa nueva, jamás vista en Agreste, alto relieve para colgar en la pared. Atrás, tiene una fuerte armazón de alambre; aparte hay una especie de base de madera para apoyarlo. Hasta los clavos estaban ahí: grandes, especiales, de acero cromado, cosa digna de verse. Tieta respira:

—Por suerte llegó entero. Es para que lo pongas en la sala, Perpetua.

—¡Ay! ¡Qué cosa tan divina! Hasta tengo palpitaciones. No sé cómo agradecértelo, ¡hermanita!

Perpetua besa a su hermana en la cara, levemente y de lejos. Así besa a sus hijos, la mano de don José y la del padre Mariano. ¿Cómo habría besado al Mayor? Si se lo preguntaran, Perpetua respondería que las parejas unidas en santo matrimonio, bendecidas por Dios, tienen derecho a la convivencia carnal. Derecho y obligación. Pero seguramente no diría que ella vive del recuerdo de aquellos besos.

Peto acaricia la tapa de la caja:

—¿Me das la caja, mamá?

—¿Estás loco? Deja esa caja ahí. Y tú, Asterio, deja también el papel Y el cordón, los puedo necesitar.

—¿Voy a buscar el martillo, mamá? —se ofrece Ricardo, sujetando el soporte.

—No se puede comparar con ninguna, ni de aquí, ni de Esplanada. La de doña Aída y don Modesto, aliado de ésta, desaparece… —Perpetua se vanagloria.

—No hay otra hermana como ésta en el mundo —aunque esté adulando, Zé

Esteves es rudo y virulento.

Para Perpetua, no es el momento de discutir cualidades y defectos de Tieta, ni siquiera la impropia manera de llevar la viudez. El oro paulista, la encomienda papal, la imagen del Corazón de Jesús, la hacen perfecta.

—Tiene razón, padre. No hay otra hermana tan generosa como Tieta.

Le cuesta pronunciar esas palabras, pero el futuro de sus, hijos exige sacrificios, el Mayor los dejó a su cuidado.

Al volver, Ricardo no encuentra a la tía; ella y la joven, se están preparando para bañarse. Todos los demás están en la sala. Asterio sujeta el soporte, Perpetua ya eligió el lugar para la imagen divina: entre las fotografías en colores, ella de novia, el Mayor de uniforme —hechas por una firma de Paraná a la que habían sido encomendadas después del casamiento. Ricardo apoya la escalera en la pared, empuña el martillo. Todavía no sabe a qué santa se parece su tía. Antes de verla, había imaginado que fuera como la Senhora Sant'Ana, la patrona, la abuela. De la Senhora Sant'Ana no tiene nada. ¿Tal vez de Santa Rosa de Lima, o Santa Rita de Casia? Elisa entrega los clavos a su sobrino.

¿Acá, está bien, mamá?

Desde lo alto de la escalera, Ricardo ve a la tía que sale de la alcoba, llevando el toallón y la jabonera, el baño está en el fondo. Está morocha, ¿dónde quedó la larga cabellera rubia que tenía? Cabellos negros, crespos anillos como los de los ángeles, en la iglesia del Seminario. Piel trigueña, pierna y muslo aparecen bajo la robe de chambre que se agita por la brisa, Ricardo desvía la mirada. Perpetua observa la pared, tal vez un poco más arriba, ahí está bien. No ve que la hermana se aproxima, bien a la qué me importa con la robe bordada sobre los senos, vaporosa, sostenida por un lazo, agitándose en la brisa de la tarde que ya está muriendo en las barrancas del río. ¿No ve, o no quiere ver? Tieta mira y aprueba, va a quedar lindísimo. Elisa está babeándose por el santo y por la bata.

—¡Qué maravilla de ropa!

Perpetua prefiere no reparar:

—Voy a hablar con el padre Mariano para que lo venga a entronizar el domingo, después de misa.

Ni Santa Rita de Casia, ni Santa Rosa de Lima. ¿A qué otra, entonces? Camino al baño, revolea el trasero. ¿Qué santa será esta tía de São Paulo?

CAPÍTULO DE LOS REGALOS, DONDE SE ABLANDAN CORAZONES Y SE DERRAMA UNA LÁGRIMA INESPERADA.

La ceremonia de entrega de regalos se realiza después de comer, en medio de exclamaciones y risas: después que la pequeña Araci hubo retirado las platos y el mantel, Antonieta pide a Ricardo y a Asterio que busquen en la alcoba su valija azul, la grandota, la única que todavía está cerrada. La ponen sobre la mesa, Asterio se

encarga de abrirla. Risitas nerviosas, la familia expectante, Peto, desobediente, alarga el pescuezo para espiar dentro de ella. También Leonora trajo del cuarto una bolsa de viaje, y después de abrir el cierre, la sostiene en su regazo como una caja de sorpresas.

Los regalos prioritarios corresponden a Zé Esteves: un reloj pulsera con malla de oro —bañada en oro— en un estuche de lujo.

—Fíjese en la marca, papá. Usted siempre quiso tener un Omega, me acuerdo de la envidia que tenía del reloj del coronel Artur da Tapitanga. Hablando de él, ¿todavía vive?

—Está vivo y lúcido. Ya va a aparecer. Siempre pregunta por ti.

—Quien informa es doña Carmosina, dándose aires al lado de doña Milu.

—Ya no tengo vanidad, hijita. Ni vanidad ni reloj, desde que el mío se rompió y Roque no lo pudo arreglar. Otra vez voy a poder ver la hora. Voy a volver a ser gente, ahora que tú llegaste.

Leonora mete la mano en el bolso:

—Aquí traje una radio a pilas, de transistores, para que usted y doña Tonha puedan oír música, don Zé.

—¿Pero por qué te has molestado, moza? ¿Una radio? Tonha se va a poner muy contenta, ¿no? Se la pasa pidiéndome una…

Tonha está de acuerdo, contentísima, ¡la había deseado tanto! Es cierto que una vez se había atrevido a insinuar la compra de una de las más baratas, primera y única insinuación, ya que se había ganado un buen reto: ¿Pretendes que desperdicie el dinero que mi hija me manda? ¿Y si nos enfermáramos? ¿Y cuando muramos? ¿Crees que alguien nos va a pagar médico y remedios, cura Y cementerio? No me pidas que tire el dinero. ¿Te has vuelto loca?

Nora misma coloca las pilas en el pequeño aparato. Irrumpe el sonido de un samba, cortina musical de una estación de Feira de Santana.

—Es más grande que la nuestra… —susurra Elisa a Asterio. A lo mejor papá nos la quiere cambiar y quedarse con la de ellos, recibiendo la diferencia en plata. Tieta pagó nuestra parte de los gastos y, separando lo de Osnar, con el sobrante podemos.

No será necesario el cambio ya que Antonieta sacó de la valija un imponente aparato, sofisticado, con una cantidad impresionante de botones, varias frecuencias de onda, antena embutida y lo entrega a la hermana: Para ti y para Asterio, es japonesa, lo mejor que hay.

—¡Por Dios! Tieta, ¡esto es demasiado! —Elisa la cubre de besos, agradeciendo la radio y el perdón.

Doña Carmosina le confirmó que ya había aclarado el asunto de la muerte de Toninho, no te preocupes dónde y cuándo, no pienses más en eso.

¿Viene con pilas? Quiero oírla ya mismo.

—Deben de estar colocadas. También funciona con electricidad. Esta billetera, Asterio, es para que guardes lo que ganas al billar. Y aquí hay otras pavadas para ti,

Elisa.

Un equipo completa de cosméticos. Cremas Y. pinturas, todos las productos de maquillaje, cuántas cosas, ¡Dios mío! ¡Me voy a desmayar! ¡Qué lindo colorete! nunca había visto uno así. Pruébate ese rouge luminoso, recomienda Leonora. En la radio, se suceden estaciones de Bahía, de Río, de Recife transmitiendo a todo el mundo, de São Paulo y, cambiando de onda, ¡fíjate! los cinco continentes a tu alcance —¡qué idioma más extraño es éste! Parece ruso, pero es Radio Belgrado. ¿Belgrado es la capital de qué país? De Yugoslavia, enseña doña Carmosina.

Así fue, con música, risas, besos, la fiesta de aquella noche. ¿Cómo pudo adivinar el gusto y el deseo de cada uno? ¿Cómo sabe de las hazañas de Asterio en el billar? ¿Y los sueños de Cardo con esa caña de pescar con carrete, hilos de nylon y carnada artificial? ¿Cómo adivinó? Doña Carmosina sonríe al oír la misma pregunta, sin respuesta: inspiración divina. A Peto le trajo cualquier cosa menos libros de estudio, es un vago que le encanta tirarse al río Y nadar, jugar a la pelota en la calle con los chicos, ir a los partidos de billar; va a cumplir trece años y todavía está en la escuela primaria. A Peto le tocó un equipo de hombre rana: visor, arpón y patas. A los dos jóvenes, Leonora les trajo llaveros con la imagen del Rey Pelé. A Asterio una corbata. Una mantilla gris de Leonora para Perpetua. Para Elisa, un moderno anillo, de fibra de vidrio con una enorme piedra color ámbar que fue la sensación de la noche. El último grito en la calle Augusta de la capital paulista, igual a los de Antonieta y Leonora, que sólo son de otro colar. Nora va a buscarlos. El mío está en el alhajero, encima del *toilette*, avisa Tieta. Alhajero, ¡qué bien suena a los oídos de los parientes! Leonora exhibe los dos anillos, verde esmeralda el suyo, blanco esfumado el de Tieta. Creaciones de un artista famosísimo, Aldemir Martins, sus cuadros valen millones. Muy amigo del comendador, Tieta lo conoce y conoce a mucha gente importante de São Paulo, industriales, políticos, comerciantes, artistas y escritores. Menotti del Picchia frecuenta su casa. Doña Carmosina, lectora de *As Máscaras* y de *Juca Mulato*, quiere saber algo del poeta, si es tan romántico en persona como en su poesía.

Ya está medio «pasadito», pero vive rodeado de mujeres lindas, todavía no perdió las ganas, cuenta Tieta.

Nadie piense que Tonha fue olvidada por ser madrastra. Además de la radio, le toca una pollera con una blusa, traídas por Tieta; un collar azul y lila, recuerdo de Leonora. Ni sabe agradecer, se enjuga los ojos, hace tanto tiempo del último regalo…, fue una hebilla para el pelo, comprada por el *Viejo* en la feria. Todavía la usa, las cosas duran en sus manos.

Para doña Carmosina, collar, pulsera y anillos de fantasía, un distinguidísimo conjunto. ¿Te gusta en serio? Tieta quiere saber. Me encanta. Le encantó también la esferográfica con tanques de distintos colores: gracias, Nora, considérame para siempre tu amiga. Para que doña Milu no se aburra, una caja con dos mazos de cartas, de plástico, lavables y un chal italiano para la cabeza. Hasta a la pequeña Araci, que

espiaba desde la puerta de la cocina, le trajeron un prendedor, en forma de corazón, para su vestido dominguero. Alguna que otra vez en la vida, va a la matiné.

Una custodia para la iglesia, ven a ver, Perpetua. ¿Te parece que al padre le va a gustar? ¡Qué pregunta! Una cosa tan linda te debe de haber costado un platal. No fue barato, pero tampoco tan caro como imaginas. Para redimir mis pecados… —Tieta se ríe, echa la cabeza hacia atrás, Ricardo no puede imaginar que sea pecadora. ¿Qué santa reúne alegría y devoción?

Listo, se acabaron los regalos. Todavía no, falta el portarretratos de plata donde Perpetua va a poner la foto del Mayor en uniforme de gala de la Policía Militar. La viuda pierde el habla, hace un gesto, Ricardo entiende y va a buscar el retrato guardado bajo siete llaves, en el escritorio. Ahora, enmarcado en plata, sobre la mesa, con la sonrisa perenne (la sonrisa bestial del Mayor, según dice Aminthas, haciéndose el gracioso), la franca fisonomía, sólo le falta su vozarrón. Perpetua mira largamente al finado: el esposo siempre había hecho lo que ella y los hijos querían. Tieta había logrado conmoverla, una lágrima brota de sus ojos de garza, su primera lágrima genuina después de la muerte del Mayor. Perpetua se enternece, eleva su voz chillona:

—Era muy bueno. No pienso casarme nunca más. Mi naturaleza es… —busca la palabra— áspera. El padre Mariano dice que yo no sé qué es misericordia. Antes de casarme con Cupertino, sólo hice el mal pensando hacer el bien. Quiero que tú, Antonieta me…

Doña Carmosina abre sus pequeños ojos llenos de asombro. Perpetua va a pedir perdón a su hermana, hecho inaudito. Pero Tieta corta la frase:

—Todo eso ya pasó, Perpetua. Yo tampoco merecí al hombre tan bueno que tuve a mi lado y que hizo de mí lo que soy. No lo demuestro, pero siento su ausencia. Lástima que el Mayor, haya muerto antes de darnos tiempo para conocerlo. Pero quedaron sus hijos. —Extiende los brazos—: Vengan acá, mis amores, besen a esta vieja que tienen por tía.

Queda tan gracioso, el mayor con sotana, medio desarreglado… El menor, es astuto, vivo, es un malandrín. El beso de Ricardo apenas le roza la cara, el del pequeño es cálido, ya tiene malicia.

DEL CAMISÓN, DE LA CAMISOLA, DE LA JARRA CON AGUA Y DE LA ORACIÓN.

Había cumplido la promesa cuando estaba en el seminario, durante la semana de los exámenes, después de recibir carta de Perpetua con novedades: la buena salud de la tía y los proyectos del viaje. Había habido muerte, pero del comendador. Durante siete noches se había castigado de rodillas sobre granos de trigo, obtenidos en la despensa y había adquirido el hábito de rezar un avemaría por la salud de la anciana tía, casi abuela de tan vieja.

La vida es una caja de sorpresas, afirma don José en los sermones dominicales y le sobra razón. Ricardo se quedó embobado cuando vislumbró a la tía Antonieta en la puerta de la «marineti», de anciana y abuela nada tenía. Ni parecía viuda, no se había puesto luto. Una cabellera rubia que sobresalía del turbante y caía sobre sus hombros, el cuerpo insinuante bajo la blusa colorada y el pantalón vaquero, despertaban exclamaciones. No sólo el grito, el viva de *Bafo de Bode* ¡qué indecencia! Ricardo había oído igualmente el comentario de Osnar, en voz baja, dirigido a Aminthas:

—¡Está hecha un pedazo de mujer! ¡Qué ubres! ¡Qué traste! —Elevaba la voz—: Una fruta madura, capitán Asterio, felicitaciones por la cuñada. —Osnar distribuía títulos militares entre sus amigos. Don Manuel era almirante, doña Carmosina, coronela de Artillería Pesada.

Era gracioso: no se había desilusionado ni frustrado con el brusco cambio de la imagen concebida. Ricardo se sorprende pensando en eso mientras se saca la sotana, se pone el camisón, se arrodilla para sus oraciones y agradece al Señor que haya hecho que la tía adivinara cuál era el regalo que quería. Había escondido la caña de pescar para impedir que Peto fuese el primero en usarla, el hermano no tienen ningún respeto por la propiedad ajena, es un anarquista. Reza el avemaría por la salud de la tía, que bien la merece.

Se extiende en la hamaca. La luz prendida en la alcoba ilumina el corredor que pasa por el escritorio, tía Antonieta había ido al baño, En lugar de una abuela, de una viejita, se había encontrado con una verdadera tía, alegre, flamante, y él que la había imaginado más vieja que su madre. ¡Qué absurdo! Ricardo le había oído decir su edad a Barbozinha: Cuarenta y cuatro, mi poeta. Acá no lo puedo esconder, todos lo saben. Hace veintiséis años que me fui, recién había cumplido dieciocho. En São Paulo confieso treinta y cinco, ¿parezco más?

Sabía que su madre se quitaba edad. Devota y exigente, no admite mentiras y, sin embargo, en el momento de revelar su edad… La verdadera está en la libreta de casamiento, guardada en el escritorio junto con las escrituras de las casas, el título del padre, su libreta de enrolamiento, los honores en las órdenes de servicio. La tía no necesita negar porque es linda. Linda no es el término adecuado, Ricardo piensa en la palabra exacta: lindísima. Todo en ella es grande y vistoso. ¿A qué santa se parece? A ninguna de las conocidas, ni a Santa Rita de Casia, ni a Santa Rosa de Lima. Tía Elisa, cuando está melancólica, le hace recordar a Santa María Magdalena. La madre, siempre de luto, es Santa Helena, con vestido negro de viuda y velo gris. Pero la fuerza que emana de la tía, ¿quién de ellas la posee? Ni bien llegó, empezó a mandar. Por ser rica y generosa, claro, pero no es sólo por eso. Hay otra cosa, indefinible, que impresiona a Ricardo y que se impone, pero no sabe explicarse qué es. Él la ve enmarcada por un halo luminoso, como a ciertos santos. ¿Santa? Por la bondad, por la grandeza de su alma, pero ella exhibe otros atributos, carnales. Humanos, carnales no, maldita palabra, los pecados carnales se pagan en las llamas del infierno durante la eternidad.

Oye pasos en el corredor, es la tía que vuelve del baño. Antes que ella, llega su perfume, el mismo de los sobres, que se desprende a cada paso y le anuncia su aproximación. Menos mal que el padre confesor le dijo que no hay pecado en el perfume de la vieja tía. ¿Vieja? Madura.

Fruta madura había sido la expresión usada por Osnar para definirla, En el momento de la llegada, Cardo había pensado que todo el palabreo del vividor era una falta de respeto. Pero ahora, al oír los pasos de la tía, al sentir su perfume, la comparación con una fruta madura, llena de jugo, en la plenitud de su fuerza, le parece correcta, no ve falta de respeto, ni grosería, ni pecado. Grosería era compararla con las cabras, eso sí. Osnar no tiene salvación.

Antonieta sostiene la jarra esmaltada llena de agua. En la sombra del corredor pisa la punta de su larga robe, tropieza, vacila y casi se cae. Ricardo llega justo a tiempo para sostenerla y agarrar la jarra, que lleva a la alcoba.

—Gracias, mi amor. —Con una sonrisa traviesa, mide a su sobrino, cubierto por ese enorme camisón—: ¿Todavía duermes con camisón?

—El año que viene, voy a pasar a la división de los mayores y dormiré con pijama… —explica orgulloso—. Pero mamá sólo me lo va a comprar cuando vaya al Seminario.

Debajo de la bata semiabierta, el corto camisón rosa revela, más que esconde, las curvas de la tía, Ricardo desvía los ojos, deja la jarra en el lavatorio.

—Trae el lavatorio y pon un poco de agua —pide Antonieta, sentada ante el espejo del *toilette*; frente a ella hay diversas cremas, frascos con líquidos de colores, algodón, una exageración de botellitas y potes. Tía Elisa no tiene ni la mitad y la madre no se pinta desde que el padre murió.

Vuelca el agua y se dirige hacia la puerta. La tía sigue sus movimientos:

—¿Te vas sin pedirme la bendición?

—La bendición, tía. Que Dios le dé una buena noche. Agrega: —Gracias por la caña de pescar.

—Así, no. Más cerca y con un beso.

Cardo le besa la mano, ella toma la cabeza entre las manos y le da un beso en cada mejilla. El perfume sube de sus pechos. Sin querer, Ricardo los vislumbra, o los adivina debajo del camisón. Ubres, había dicho Osnar.

Se acuesta en la hamaca, la luz permanece prendida en el cuarto de la tía, que está sacándose el maquillaje, un haz de luz entra en el escritorio por la rendija de la puerta. Ricardo, de fácil dormir —apenas se tira en la cama sus ojos se cierran—, hoy no lo consigue. Extraña la hamaca, ¿quién sabe? ¡Qué confusión, cuando vio a la tía en la puerta de la «marineti», tan diferente de la imagen concebida en el momento en que anunciaron su muerte! Lo mejor es rezar. Baja de la hamaca, se arrodilla, cruza las manos, Padre Nuestro que estás en los cielos. Su pensamiento está en Dios, alabado sea.

DONDE PERPETUA, ATENTA CUÑADA, SE OCUPA DEL ALMA DEL COMENDADOR MIENTRAS TIETA Y LEONORA, CON ELEGANTES Y TRANSPARENTES MODELOS, ENTUSIASMAN AL PUEBLO, Y ASCANIO TRINDADE EXPLICA EL PROBLEMA DE LA LUZ ELÉCTRICA.

Por la mañana, durante el abundante desayuno —*inhame*, *aipim*, *fruta-pão*, banana frita, cuscuz de *puba* que mandó doña Milu—; ¿cómo mantener la silueta y no engordar? Perpetua comunica los horarios de la misa por el alma del comendador y de la entronización; la misa, el sábado a las ocho, la entronización el domingo a las once. Antonieta se alarma: si no frena a la hermana mayor, pasará las vacaciones en la iglesia, adiós proyectos de playa, de paseos.

—¿Misa? Ya mandamos rezar una en São Paulo, en la iglesia da Sé. Al séptimo día, al mes. Fueron varias.

—No importa, cuánto más, mejor para su alma. ¿Cómo quedaríamos si no mandásemos rezar ni una misa? ¿Elisa, el *Viejo*, yo? ¿Qué diría todo el mundo? Un comendador del Papa, un noble dentro de la iglesia; justo hoy, el padre Mariano repitió: tenemos que cuidar su alma. Hizo un montón de elogios de ti. Por la custodia.

—¿Ya estuviste hoy con el padre? ¿A qué hora?

—No me pierdo la misa de las seis. Ni yo ni Ricardo, cuando está aquí. Es él quien ayuda.

Ricardo aprovecha y pregunta si se puede sacar la sotana, ponerse el traje de baño e ir al río, para probar el carrete. Antonieta se adelanta:

—Claro que puedes. Ve a jugar. Vuelve para la hora del almuerzo.

—Gracias, tía. —Sale rápido antes de que la madre proteste.

—Es un encanto tu hijo, estudiando de cura; todavía no me acostumbré a la idea. De día con sotana, de noche con camisón. ¡Tan grandullón, Perpetua! Le voy a regalar un par de pijamas.

—Los va a empezar a usar cuando vuelva del seminario. Hice una promesa a la Senhora de Sant'Ana: si un día, Dios me daba un hijo, sería cura. Ricardo fue el primero, le pusimos el nombre del abuelo, el padre del Mayor. Le gusta estudiar, tiene temor a Dios, estoy contenta con él.

Tieta insiste en el asunto de la misa:

—¡Qué fastidio! Yo había pensado pasar el fin de semana en Mangue Seco, mostrarle la playa a Leonora y ver si elijo un terreno para comprar. Iba a arreglar con el comandante, ni bien llegamos él nos invitó.

—Yo también voy, tía. —En traje de baño, mientras sostiene las patas de rana y el visor, Peto espera a su hermano.

—Este sábado no va a poder ser. No puedes faltar a la misa. Ni a la entronización, fuiste tú quien me regaló el Sagrado Corazón. ¿Cómo se te ocurre? Son cosas santas, más importantes que la playa y el baño de mar —insiste Perpetua.

Antonieta se controla y traga su mal humor. También, la idea de venir cargada de trofeos religiosos fue suya, ella que nunca fue a misa ni a la sacristía. Culpa de

Carmosina: Perpetua tiene una «Última Cena» en el comedor, si le trajeras un Corazón de Jesús para la sala, la muy beata va a quedar loca de contenta. No olvides el recuerdo para la Matriz: al padre Mariano sólo le faltó canonizarla en su epitafio. Por seguir los consejos de Carmo, ahí está el resultado: una indigestión de iglesia. Había llegado soñando con la playa de Mangue Seco, ¡mierda! Se traga también la mala palabra.

Con *shorts*, Leonora muestra sus largas piernas, sus modelados muslos, su blusa está sujeta debajo de los pechos y muestra el ombligo (¡ay! esas costumbres de São Paulo, ¡los chicos van a perder la virginidad por los ojos! Perpetua toca con los dedos las cuentas del rosario que está en el bolsillo de su falda. Leonora sonríe y calma a Tieta:

—Otro día vamos a la playa, madrecita. Doña Perpetua tiene razón, la misa es más importante. —Sonríe a Perpetua—: Mi, madrecita se pasó todo el viaje hablando de Mangue Seco. Pero la misa es sagrada.

Muy bien, así habla una buena hija, aunque sea paulista, poco atenta al rigor del luto, a los prolongados ritos de la muerte, tan rígidos como obligatorios en Agreste. Si Leonora se vistiese con decencia, Perpetua se lo pasaría elogiándola. ¿Qué necesidad tiene de mostrar el ombligo? ¿Qué tiene de lindo un ombligo? ¡Por amor de Dios! Tal vez Peto pudiese responder, pues su ojo apreciador va y viene, de los muslos al ombligo, y a la barriga tan bien torneada.

—Tienes razón, Nora. Sigo siendo cabeza dura como una cabra vieja. Cuando quiero una cosa, no veo los obstáculos. El otro fin de semana iremos a Mangue Seco.

Llevadas por Ricardo —ponte la sotana, acompaña a tu tía— fueron esa tarde a conocer la casa de Elisa. Rancho de pobre, hermana, y el alquiler carísimo. ¿Caro? Si fuese en São Paulo… Allá sólo los multimillonarios viven en casas, los demás están amontonados en departamentos o en conventillos, como sardinas en lata. En compensación, hay cada departamento tan maravilloso, ¿no? El de ustedes, cuéntame… Después, con tiempo, ahora nos tenemos que ir. Pero antes comerán una fruta, un dulce, tomarán una copita de licor, si no, me ofendo. Dulce de *araçá*, es delicioso, y se hace tan poco… *Licor de jenipapo*[21]. ¡Cuánto voy a engordar, Dios mío! Glotona, volviendo a sus costumbres de infancia, Tieta repite la porción.

En la calle, se encontraron con Ascanio Trindade. ¿Por casualidad o a propósito dejó la Municipalidad a la buena de Dios? ¿A dónde quieren ir? Hay un lindo paseo: allí adelante, el río se ensancha y forma una pequeña cuenca, donde se dan cita las lavanderas, un lindo lugar, se llama Bacia de Catarina, el nombre ciertamente debe de haber sido puesto por un literato, antepasado de Barbozinha. O por él mismo en otra encarnación. Hoy no, tienen que ir a la Agencia de Correos a visitar a doña Carmosina. ¿Van al Areópago? ¿A dónde? Areópago, es el sobrenombre que Giovanni Guimaraes, un periodista de la capital, puso a la Agencia de Correos, cuando estuvo en Agreste: allí se reúnen los sabios. ¡Qué grandioso! Estalla la risa de Leonora como un cristal que se rompe en las calles de Agreste.

Breve parada en la puerta del cine para decir buenas tardes al árabe Chalita —¿todavía se acuerda de mí? ¿Quién puede olvidarte Tieta? Helado de *mangaba*, Leonora no lo conoce, vas a ver qué rico es. Hoy es gratis, regalo de la casa; el árabe se cobra paseando la vista por Tieta y la joven. Se recrea con la visión de mil y una noches bajo el transparente tejido de los modelos, iluminados por un rayo de sol. ¿Combinación, enagua? Eso ya no se usa, son piezas de museo. ¿Corpiño? Para qué, si los pechos son firmes, no necesitan un armazón de entretela que los sostenga. ¿Bombacha? Un minúsculo tapa-sexo alcanza. Viva la civilización y vuelvan siempre, suplica el árabe progresista.

Solteronas y jovencitas se asoman a las ventanas, para ver mejor, observan cada paso, cada gesto, critican los vestidos. ¿Tendrías coraje para usar eso? Yo creo que no. Yo lo tendría, si mamá me dejase. Tieta había traído una minifalda para Elisa, quien todavía no se animó a estrenarla. Alborozo en el bar, los buitres en la puerta, desnudándolas. Hasta don Manuel larga el mostrador, también él es hijo de Dios. Leonora se ríe de todo, van sueltos su sonrisa y sus cabellos; Ascanio recoge por la calle los pedazos de cristal, se acuerda de un verso oído no sabe dónde—: rubia como un trigal maduro. Se entera de la postergación de la visita a Mangue Seco y es invitado a la misa por el alma del comendador. Tieta lo deja a su elección:

—Si no quiere, no vaya. Eso de dar misa por un finado se hace por obligación. Además, Felipe odiaba todo lo que oliese a muerte, difunto, cementerio, misa de séptimo día. Yo, por mí, iría a Mangue Seco. Pero Perpetua protesta, paciencia.

Ascanio no aprueba ni desaprueba, en esas divergencias de opiniones entre hermanas no se mete, pero sobre la misa, opina:

—¿El domingo próximo? Iré, sin falta. Ya estaré de vuelta.

—¿Va a viajar? —Leonora se sorprende.

—¿A dónde? —se interesa Tieta.

—Voy a Paulo Afonso por el problema de la luz eléctrica. Están instalando luz de la Hidroeléctrica en los municipios de toda esa zona del Estado, sólo dejaron de lado tres ciudades, una de ellas es Agreste, una discriminación sin justificativo, según mi modo de pensar. Quiero ver si consigo que vuelvan atrás y que nuestro municipio entre en la lista de los beneficiados. Mandé oficios a medio mundo, sin resultado. Algunos ni fueron respondidos. Directamente decidí ir, a hablar con el director de la usina. Tal vez, cara a cara, lo convenza y termine con esta injusticia.

—¿Tardará mucho? —La pregunta de Leonora es una petición: no demore, vuelva pronto, le estoy esperando. Es lo que dicen sus ojos.

—No, sólo dos días. Tomo la «marineti» mañana y mañana mismo voy de Esplanada a Paulo Afonso. Me quedo todo el día allá y pasado mañana, o sea el jueves, estoy de vuelta. Tal vez con buenas noticias para Agreste.

—Me gusta la gente decidida, como usted. —Tieta apoya—: Vaya, pelee y convenza al tipo, traiga esa luz que Agreste tanto necesita.

—¡La va a conseguir! —Leonora se exalta—: ¡Voy a hacer fuerza por usted!

—Si ya iba dispuesto a pelear, ahora mucho más.

Ascanio se siente armado caballero andante, que parte para el campo de combate bajo la inspiración de su Dulcinea. Al volver victorioso, después de convencer a los fríos y distantes, directores y técnicos de la importancia histórica y de las posibilidades turísticas de Agreste, tarea difícil, ardua batalla, colocará a los pies de Leonora el trofeo conquistado: la refulgente luz de la Hidroeléctrica en reemplazo de la débil iluminación actual debida al motor instalado por su abuelo, Francisco Trindade, cuando era intendente, en los tiempos de Maricastaña.

Leoncio, exsoldado de la Policía Militar, excombatiente, actualmente paisano y rengo —por un tiro casual, hace varios años— funcionario municipal, comodín para todo trabajo, de barrendero a mensajero, de guardián a jardinero, aparece en la esquina, arrastrando su pierna: en la Municipalidad están llamando a Ascanio Trindade.

—Discúlpenme, pero necesito ir. Ya sé de qué se trata, hasta luego.

—Hasta el jueves, ¿no? Le esperamos —dice Leonora, con tiernos ojos.

—Hasta el jueves, pero si me permiten, esta noche paso por lo de doña Perpetua para despedirme.

—No tiene que pedir permiso, vaya siempre que quiera, —invita Tieta.

—Venga sin falta —refuerza la joven.

De la esquina de la Plaza, Ascanio se da vuelta, Leonora levanta la mano para saludarlo. Él responde. Tieta se divierte:

—Ya conquistaste a la Municipalidad, ¿no, cabrita? Simpático el muchacho.

—Un amor… —resume Nora, con voz ensoñadora.

DE LA CONTAMINACIÓN Y DE LOS OBJETOS NO IDENTIFICADOS, CAPÍTULO MUY JUGOSO O LA VISITA AL AREÓPAGO.

En la puerta de la Agencia de Correos y Telégrafos, doña Carmosina extiende los brazos para dar la bienvenida:

—Entren, chicas, las estaba esperando.

El comandante Darío se levanta para saludar a las paulistas, vuelve en seguida a la lectura de la noticia que apareció en la primera página de *A Tarde* y comenta indignado:

—No es posible que el gobierno permita semejante absurdo. Los directores de una fábrica igual a ésa, igualita, por producir dióxido de titanio, fueron condenados a la cárcel, en Italia. El juez, todo un macho, metió a todos en la cárcel.

—Explíqueme, comandante. ¿Fábrica de qué?

—Estoy leyendo en el diario, que acaba de ser constituida en Río de Janeiro una empresa destinada a montar una fábrica de dióxido de titanio en el Brasil. Es una monstruosidad.

—¿Por qué? No entiendo.

—Es la industria que produce más contaminación que se conoce. Basta con decirte que sólo existen seis fábricas de ese tipo en todo el mundo. No hay ninguna en América, ni del Norte, ni del Sur. Ningún país quiere tener esa desgracia dentro de sus límites.

—¿Es así? ¿En serio?

Doña Carmosina interviene:

—Trae el recorte de *O Estado* para que lo lea Tieta. *O Estado de São Paulo*, diario de tus tierras —se ríe del chiste—, publicó un artículo contando que un juez de Italia condenó a la cárcel, por crimen de contaminación, a los directores de una fábrica de ésas.

—¿Por crimen de contaminación? Es lo que hay que hacer en São Paulo: meter presa a un montón de gente, antes de que terminen con la ciudad.

—Lo peor —agrega el comandante— es que el diario adelanta que las autoridades no van a permitir la instalación de la fábrica en el sur del país. Quieren instalarla en el nordeste. Siempre es así: lo bueno queda en el sur. Para el nordeste, las sobras.

—Es qué en São Paulo, comandante, la contaminación ha llegado a un punto que nadie la soporta.

—¿A dónde iremos a parar? Por suerte, nuestro pequeño paraíso privado, Agreste, está lejos de todo eso…

Leonora aprovecha para elogiar:

—Mi madrecita siempre me hablaba de lo lindo que era todo aquí, pero nunca pensé que fuese tanto. ¡Es una maravilla!

—Todavía no has visto nada… —doña Carmosina se infla—. Agreste, en materia de paisajes, no se compara ni con Suiza. Cuéntame, después de ir a Mangue Seco.

—¿Cuándo van a Mangue Seco? Laura y yo queremos que se queden con nosotros en la Toca da Sagra —propone el comandante.

—Muchas gracias. Acepto, hasta que compre el terreno y levante mi techo. Va a ser bien pronto —responde Tieta—. Habíamos pensado ir este sábado a pasar el domingo. Pero Perpetua mandó dar una misa para Felipe y va a entronizar el Sagrado Corazón de Jesús, en la sala.

—Tieta trajo para Perpetua, un Sagrado Corazón que no tiene igual. Puede ser que haya otro en Bahía, pero lo dudo —cuenta doña Carmosina.

—Hoy a la noche lo veré, pienso ir con Laura, será una visita de bienvenida. Respecto de Mangue Seco, la casita está a sus órdenes para cuando quieran. Allá siempre es domingo.

El grupo aumenta con la llegada de Aminthas y Seixas. Los ojos golosos traspasan la transparencia de los largos caftanes de las dos elegantes.

A Seixas sólo le falta babearse. Aminthas pregunta al comandante:

—Maestro Darío, ¿qué historia es esa que andan contando por ahí? Me dijeron que apareció un plato volador en Mangue Seco, todo el mundo lo vio.

—Lo supe por los pescadores. Algunos aseguran que han visto un objeto extraño y ruidoso sobrevolando la playa y el cocotal. Pensé que había sido un avión pero ellos juran que no, ya han visto pasar muchos aviones, no se pueden equivocar.

—Deben de ser los amigos de Barbozinha, que llegan del otro mundo para visitar a nuestro poeta. El dice que se comunica por telepatía con todo el espacio.

—Te burlas de Barbozinha, pero él es sincero en todo lo que dice. Cree piadosamente en esas cosas —doña Carmosina lo defiende.

—Un hombre tan inteligente… —Seixas lo zahiere.

—Para mí —Aminthas se divierte— lo que vieron los pescadores fue el reflejo de alguna lancha de contrabando… esa historia del plato es pura invención.

—No —contesta Darío—. Los pescadores no son tontos y ¿por qué me iban a querer engañar? Estoy harto de los contrabandos y siempre ocurren de noche. Algo vieron y oyeron. Qué, no sé, pero bien podría ser un plato volador. ¿O no crees en su existencia? Yo creo. No en los espíritus de Barbozinha, pero si en seres de otros planetas. ¿Por qué encontraríamos vida y civilización sólo en la Tierra?

La pequeña Araci llega corriendo:

—Doña Antonieta, la señora Perpetua está llamándola, a usted y a la señorita. El señor Modesto y doña Aída han ido de visita.

—Qué lástima, la charla estaba interesante. Vamos Leonora. Vayan, esta noche. Hasta luego, comandante. Carmo, no faltes.

Bajan a la acera y echan a andar por la calle. El sol del atardecer ilumina a las dos mujeres, lame sus cuerpos y los revela dorados y desnudos, como si la luz del crepúsculo hubiese disuelto el vaporoso tejido de los caftanes, fascinante moda importada de las tierras de fantasía y sueño, donde nació Chalita.

DE VISITAS Y CHARLAS, DONDE LEONORA EXPRESA INESPERADO DESEO.

A la noche, la sala está llena de visitas. A pedido de Tieta, Peto había encargado un voluminoso cargamento de cerveza, *guaraná*, Coca-Cola. La tía Antonieta es el nuevo ídolo de Peto, acabó con los muchachitos del cine, los héroes de las tiras cómicas. Sabino, en el patio, rompe una barra de hielo enviada por Modesto Pires, el de la notaría. A orillas del río, Sabino fue el único que pudo pescar con la caña nueva, utilizando el carrete. Le trajo todos los pescados a Tieta. Cardo y Peto llegaron cargados de *pitús*[22].

A partir de la sensación causada por la moda de São Paulo, las pelucas, la transparencia de los géneros, los pantalones ajustados, las sandalias, la conversación se extiende sin compromiso alrededor de los más diversos temas.

Perpetua no está de acuerdo con caftanes transparentes, pantalones apretados que modelan el traste, *shorts* que muestran los muslos, blusas atadas bajo los pechos, ombligos en exhibición, condena la indecencia que invade el mundo:

—Me pueden decir anticuada. Que lo use una chica soltera, a la moderna, vaya y pase… —extrema concesión hecha a Leonora—. Pero una mujer casada, no me parece decente. Mucho menos viuda y que me disculpe Antonieta. Si yo fuera Asterio no dejaría que Elisa usara la minifalda que le trajiste.

—Te has estancado en el pasado, querida. —Antonieta se larga a reír.

—Todo Agreste vive en el pasado. Ascanio Trindade culpa a la apatía, responsable de la lengua de las beatas. Hasta un hombre que ha viajado tanto como el comandante, está en contra del progreso. Cuando yo le digo que el turismo es el medio de levantar la economía del municipio, me pone mala cara.

—En contra del progreso, no, mi amigo. No confunda las cosas. Estoy a favor de todo lo que sea útil a Agreste, pero estoy en contra de todo lo que pueda robarnos la tranquilidad, esa paz que no hay quien pueda pagarla. Nada tengo en contra de la minifalda, siempre y cuando la persona que la use tenga condiciones para ello. No le quedaría bien a una mujer de cierta edad.

—¿Por ejemplo? —desafía doña Carmosina.

—Puedo dar el ejemplo de dos lindas señoras aquí presentes: Laura y Antonieta. A mi modo de ver, ya pasaron la edad.

Doña Laura nunca había pensado en minifaldas, pero amenaza al marido, para hacer una broma:

—Darío, ¡no sabía que entendías tanto de minifaldas! Parecería que has visto muchas… Voy a pedir prestada la de Elisa y me voy a desfilar por ahí, ya vas a ver.

—Para mí, no es cuestión de edad sino de físico. La minifalda no va con mi cuerpo, estoy demasiado redonda. —Tieta se lamenta.

Barbozinha, mientras fuma su pipa, casi siempre apagada, la consuela:

—Tienes tipo clásico, Tieta. La belleza suprema, Venus, era así. No soporto esos esqueletos que andan exhibiendo huesos. No me refiero a usted, Leonora. Usted es una sílfide.

—Gracias, don Barbozinha.

—Desgraciadamente, poeta mío, nadie piensa ya como tú. Eres mi único elector. —Tieta se vuelve a Ascanio—. ¿Te parece que es posible hacer turismo en Agreste?

—¿Y por qué no? Ya fueron hechos los exámenes que prueban que el agua es medicinal, Modesto Pires mandó las muestras a su yerno, que es ingeniero en la Petrobrás[23]. Los resultados fueron formidables; si quieres ver, tengo una copia en la Municipalidad. Modesto Pires está estudiando la posibilidad de embotellarla. El clima, como se sabe, cura cualquier enfermedad. Y en materia de playas, ¿dónde hay otras más lindas?

—Eso es verdad, playa igual a la de Mangue Seco, no vi en ninguna parte. Copacabana, las playas de Santos, no tienen nada que hacer. Pero con eso… en fin, no digo nada, no quiero matar tus esperanzas. Sin embargo, hace falta mucha plata, muchísima…

—Ya le dije a Ascanio: mientras nosotros vivamos deje Mangue Seco en paz…

—resume el comandante.

—Voy a comprar un terreno allá, para hacer una casita de veraneo. Ése fue uno de los motivos de mi viaje: adquirir un terreno en Mangue Seco y una casa aquí en el pueblo, quiero terminar mis días en Agreste. Mientras tanto, papá y Tonha se quedan en la casa y de paso la cuidan. Vine por eso y para sacar a esta pobre de la contaminación que es São Paulo —señala a Leonora—. Anémica como es y en esa podredumbre.

—¿Es verdad lo que dicen los diarios, Tieta? ¿La contaminación en São Paulo es intolerable?

—Es una cosa terrible. Hay lugares, en las zonas más afectadas, donde los chicos se mueren y los adultos quedan ciegos. Pasamos días y días sin ver el color del cielo.

—A pesar de todo esto, es allí donde me gustaría vivir. —Elisa desafía.

Tímida, con voz suave, Leonora la contradice:

—A mí yo anhelo vivir aquí. Si pudiese, no me iría nunca más. Aquí respiro, vivo, sueño. Allá no, allá se trabaja día y noche, noche y día. Se trabaja y se muere.

Ascanio tiene ganas de pedir: repita esas palabras, son gotas de miel. ¡Ah! si por lo menos ella fuese pobre…

Estaba tan absorto contemplándola, que no se da cuenta del debate acalorado y filosófico, lleno de entusiasmo, que se traba entre doña Carmosina, Barbozinha y el comandante Darío sobre el objeto no identificado, visto por los pescadores, cuando sobrevolaba las dunas de Mangue Seco y el interminable cocotal. Barbozinha se exalta, da explicaciones esotéricas, el comandante exhibe una vasta cultura de ciencia-ficción y doña Carmosina se refiere a la ilusión colectiva, fenómeno vulgar. El corte de luz, a las nueve, el repicar de la campana de la Matriz, que manda al pueblo obediente a la cama, interrumpe la discusión, todos se ponen de pie, para despedirse. Pero Tieta rompe la tradición:

—De ninguna manera, no son horas de irse a dormir. Vamos a seguir charlando. Perpetua, manda encender las lámparas: ¿Dónde se ha visto ir a dormir a esta hora? Menos mal que nuestro alcalde va a conseguir luz de Paulo Afonso. Hay que terminar con estos horarios de gallinero. Vamos a tomar otra cervecita o una gaseosa. La charla está tan agradable…

Ascanio se llena de júbilo, todavía alcalde no, sólo un probable candidato. Vuelve a sentarse. Pero el comandante y doña Laura prefieren dejar la charla para el día siguiente y acompañarán a doña Carmosina hasta su casa. Asterio, Aminthas y Osnar llegan del bar.

—Cuidado con el hombre-lobo, prima —recomienda Aminthas a doña Carmosina.

—Métase en sus cosas, mal educado.

De mala gana, Elisa y Peto acompañan al grupo de los somnolientos. Elisa anda con aire de víctima y melancólica; Peto piensa en huir, más tarde, para buscar a Osnar. Había prometido llevarlo de caza y no cumple lo prometido.

Tieta invita a los dos compadres:

—Entren, no se queden ahí en la puerta. Vengan a tomar una cerveza.

Osnar y Aminthas, los trasnochadores, aceptan. Ricardo terminó de encender las lámparas de kerosene de la sala. Perpetua ordena:

—Cardo, ve a dormir. Ya es tarde para ti.

—Buenas noches a todos, que Dios los bendiga. Buenas noches mamá.

Perpetua le da la mano para que la bese, el chico dobla la rodilla en leve genuflexión.

—Buenas noches, tía.

—Ven aquí para que te bese. Nada de besos en la mano. Mi beso, en la mejilla. Dos, uno de cada lado.

Agarra con las manos la cabeza del sobrino endomingado en su sotana, le besa las dos mejillas con besos ruidosos que dejan marca de rouge.

—¡Mi padrecito!

Perpetua también se despide:

—Buenas noches. Pónganse cómodos. La casa es tuya, Tieta.

Ni parece la misma de tan gentil, está irreconocible.

—Tieta está domando a la fiera… —mientras las dos hermanas se dan besos y abrazos, Osnar comenta con Aminthas—. ¿Alguna vez habías visto a Perpetua besando a alguien?

—Perpetua no besa, oscula —rectifica Aminthas.

INTERREGNO DONDE EL AUTOR, EL MUY PILLO, EXPLICA SU POSICIÓN OPORTUNISTA.

Mientras Ascanio Trindade se enamora, mientras Elisa y Leonora sueñan, una con São Paulo, la otra con la paz de Agreste, aprovecho para referirme a la noticia publicada en la columna de *A Tarde*, leída por el indignado comandante Darío. ¡Pobre Nordeste! exclamó el bravo marino ante la posibilidad de que la contaminadora industria se estableciera en estas regiones, donde ya tenemos sequía y latifundio, el hábito de la miseria, el gusto del hambre y las famosas tinieblas del analfabetismo, antes tan mencionadas, hoy olvidadas: dejando de hablar de ellas tal vez desaparezcan a la luz de los nuevos tiempos. Me parece una exageración antipatriótica tirar dióxido de titanio sobre todo eso. La opinión es de él, con la que, como se verá, hay quien no está de acuerdo, muchos personajes importantes, algunos tan poderosos que me apuro en aclarar mi posición: soy neutral. Me contaron el caso cuando llegué aquí, y lo expongo, sin opinar.

Así, por ejemplo, la empresa que tanto se nombra en la noticia como en el comentario del diario, puede ser la misma que dio lugar a tanta discusión, que dividió al pueblo en dos bandos, pero puede no ser ésa y sí otra, ya que nunca quedó bien aclarado el origen de la sociedad ni el de los directores, de los verdaderos patrones.

Como sabemos, el doctor Mirko Stefano, no pasa de ser un testaferro que comanda relaciones públicas y privadas, firmando cheques, abriendo botellas de whisky en alegres ruedas, en la gentil compañía de fáciles y agradables muchachas, encendiendo esperanzas y ambiciones, acariciando y pasando vaselina para permitir la fácil penetración de ideas e intereses.

Apareció una noticia en el diario y no tengo ninguna responsabilidad por su difusión, ni siquiera transcribo el título registrado por la sociedad en causa, ni el de ella ni el de ninguna otra. Si la fabricación de dióxido de titanio hace economizar divisas a los cofres de la nación y crea mercado de trabajo para unos quinientos jefes de familia —quinientos por cinco son dos mil quinientas personas viviendo de la empresa—, ¿cómo acusar de falta de patriotismo a quien coloca su dinero en tal industria y a aquellos que apoyan sus pretensiones? Para probar el patriotismo y el desinterés, no faltan argumentos, de todo tipo y para todos los géneros, inclusive aquel que convenció a nuestro ardiente Leonel Vieira, escritorucho cuya integridad ideológica exigió que el cheque estuviese acompañado de sólidas razones. La fábrica ayudará a la formación del proletariado, clase que, en el día de mañana, con banderas reivindicativas en alto, exigirá la posesión del poder. Un teórico del talento de Leonel Vieira no puede despreciar tal argumento. Como se ve, de todos los tipos y para todos los gustos. Sin dióxido de titanio, no hay progreso.

Tampoco les faltan razones a los que se oponen, pues el vapor de los gases expelidos en el dióxido de azufre, amenaza con destrucción y muerte. «La presencia de SO_2 en la atmósfera fabril es altamente peligrosa para la salud de los obreros y de los habitantes que están dentro del radio de dilución del gas», esto leyó el comandante en la noticia del diario. Muerte para la flora y la fauna, muerte para las aguas y para las tierras. Grande o pequeño, es el precio a pagar.

No es que yo esté indeciso: soy neutro, lo que es muy distinto. No me meto en la discusión. ¿Quién soy yo? Un desconocido literato en las restauradas calles de Bahía, (hoy, turísticas atracciones), un enfermo que busca salud en el clima del interior, no me corresponde sacar conclusiones. En esta interrupción, en esta pausa en el relato de la llegada a Agreste de Tieta y de Leonora Cantarelli, mientras Ascanio discute en Paulo Afonso, antes de la misa por el alma del Comendador, en este intervalo, repito, sólo quiero hacer constar aquí una afirmación que, en general, se inscribe en todos los libros de ficción: toda semejanza es mera coincidencia. Sin olvidar otro lugar común: la vida imita al arte. Ciertamente me falta arte, pero no estoy dispuesto a responder a un proceso por crimen de calumnia o a ser agredido por un mandadero de Mirko Stefano, casi siempre melifluo y pegajoso. Pero colérico y violento, si es necesario.

NUEVO FRAGMENTO DE LA NARRACIÓN DONDE, DURANTE EL LARGO VIAJE EN COCHECAMA, DE LA CAPITAL DE SÃO PAULO A LA DE BAHÍA, TIETA RECUERDA Y CUENTA EPISODIOS DE SU VIDA A LA BELLA LEONORA CANTARELLI.

—Fui una glotona comedora de hombres, cuantos más, mejor. Papá tenía muchas cabras, y un solo macho cabrío. Yo era cabra de muchos chivos, montada por éste o por aquél, en el suelo de piedras, en los yuyos, a orillas del río, en la arena de la playa. Para mí sólo contaba el sabor del macho, eso y nada más: acostarme en el suelo y ser cubierta. En la mesa del *Viejo*, siempre había lo mismo: *feijão*, *fariña*, carne seca. El que primero me enseñó a deleitarme con los platos refinados, los que aumentan la gula en vez de saciarla, fue Lucas, en la cama del finado doctor Fulgencio.

Joven médico en busca de trabajo, el doctor Lucas de Lima voló a Agreste cuando se enteró de la muerte del doctor Fulgencio Neto. La viuda lo hospedó en la alcoba, ya que no había vuelto a dormir ahí, desde la muerte del marido. Le mostró el escritorio, las anotaciones del minucioso clínico sobre cada cliente. Hace mucho tiempo, antes de que Judas pusiera los pies en Agreste, había cinco médicos en la ciudad, ganaban bastante dinero, tenían casas y peculio. Habían muerto sin dejar sustitutos. Quedó el doctor Fulgencio, solo, andaba a lomo de mula, en canoa, y muchas veces de noche. La simple presencia del anciano con su valija negra bastaba para aliviar los dolores y curar enfermos. Remedios simples y poderosos: aceite de ricino, Maravilla Curativa, Salud de la Mujer, Emulsión de Scott, Bromil, té de saúco. Y aplicados con economía; el mejor remedio eran las aguas y el aire de Agreste, la brisa del río, el viento del mar. Doña Eufrosina había mandado buscar las valijas del doctor a la pensión de doña Amorzinho. No iba a dejar que un colega del marido pagara hospedaje. Le hizo una gallina de parida, plato preferido del doctor Fulgencio, revuelto de camarones, carne seca con puré de papas. Y a falta de enfermos, bocaditos, dulces y frutas.

Ni Tieta lo pudo atar a aquel mundo saludable y agonizante. Tal vez se habría quedado si la naturaleza, el río, el mar, la playa salvaje hubieran significado algo para él. Su paisaje era otro: noctámbulo y bohemio se lo pasaba en los prostíbulos y *cabarets* de la capital. Un médico en Agreste no puede ser soltero, debe tener mujer, constituir una familia, no tiene derecho a frecuentar burdeles y entregarse a la juerga.

—Lucas le tenía miedo a la lengua de las chusmas, que lo vigilaban día y noche. Ganas de agarrarme, no le faltaban. Pero no en la orilla del río o en una arriesgada huida a Mangue Seco. Cuando me enteré de que dormía en la alcoba, en la cama del doctor Fulgencio, me reí y le dije: deja la ventana abierta. Saltar la ventana sin ser vista, sin hacer ruido, era cosa fácil para mí.

Antes de que Lucas se diera cuenta, Tieta estaba en la cama, extendida en el colchón de lana, hundiéndose. Blando, no tenía la solidez del piso. Ella abrió las piernas para ser montada.

—Quería ser cubierta, no sabía hacer otra cosa. Cuando él empezó a tocarme con sus manos, a besarme con su boca por todo el cuerpo, a incitarme con la punta de la lengua y su aliento caliente, quise impedirlo, no entendía nada. Con él aprendí los secretos y misterios del placer, en la cama del doctor y doña Eufrosina, la de las

salsas y los condimentos, y supe también que un hombre no es tan simple como un chivo. Con él fui mujer. Pero hasta hoy pienso que hay una cabra suelta dentro de mí y que nadie puede dominarla.

Ni siquiera Tieta lo retuvo. Cuando llegó en mitad de la noche, se encontró con la ventana cerrada. Lucas había besado el rostro maternal de doña Eufrosina, me voy, todavía estoy a tiempo. A pesar de Tieta, había engordado unos cuantos kilos y le estaba empezando a gustar aquella tranquilidad, huyó antes de que fuera tarde.

—Ya no fui la misma. Mi gula era diferente. Al poco tiempo apareció el viajante; cuando empezó a rondar la casa, Perpetua pensó que era por ella, ¡pobre infeliz! En seguida se dio cuenta, siguió mis pasos. El *Viejo* me dio una paliza y me las tomé, quería reencontrar a Lucas en cualquier parte de Bahía. No lo vi nunca más, a cambio me dediqué a hacer la calle en el interior, vida de puta, en Jequié, en Milagres, en Feira y otros lugares. Te aseguro que no hay mejor escuela que un prostíbulo del interior. Ahí sí que se aprende el oficio. Me rompí la cabeza en ese infierno hasta que me fui al sur, cansada de sufrir. Quería darme la buena vida, comer de lo mejor, beber champagne, probar las exquisiteces que comían los ricos. Terminar con los *feijão* y la carne seca.

—Quién pudiera vivir a *feijão*, carne seca y tener un hijo o dos. Es todo lo que quiero, dijo la bella Leonora Cantarelli.

—Cada cual tiene su cruz, ni siquiera las cabras son iguales en su deseo, mucho menos los seres humanos. Entiendo de cabras y de gente, te lo puedo asegurar.

DEL INSOMNIO EN EL LECHO DE DOÑA EUFROSINA, POBLADO DE EMOCIONES, SENTIMIENTOS Y RECUERDOS.

La primera noche, vencida por el cansancio del viaje en la «marineti», difícil prueba, después de las emociones de la llegada, ni bien se sacó el maquillaje, Tieta se echó en la cama y durmió toda la noche de un tirón. Necesitaba de un sueño reparador. ¿Cuántos años hacía que no se acostaba a las nueve de la noche? Siendo muy joven todavía, ya amanecía en los escondrijos de Agreste.

Sin embargo, la segunda noche, cuando a eso de las once se despidieron las últimas visitas, Tieta continúa despierta, sin sueño. En la puerta, junto con Leonora, renuevan los deseos de éxito a Ascanio en la misión cívica que lo conduce a Paulo Afonso.

—Vaya y triunfe… —le desea Tieta.

—y vuelva… —agrega Leonora.

Aminthas se muestra pesimista sobre el resultado: ¿luz de la Hidroeléctrica? Ni pensarlo, es imposible. Agreste, tierra olvidada por los políticos, municipio de pocas elecciones, sin prestigio, sin un jefe capaz de hablar como se debe, de influir en los directores, de maniobrar junto con el presidente de la empresa y de las autoridades federales, está destinado a continuar con la pobre luz del motor —mientras el motor

funcione—. Después, volveremos a los faroles y candelabros, prevé en alarmante presagio. Ascanio merece elogios, es un tipo tenaz, no se da por vencido. Pero la verdad es que no tiene prestigio político ni fuerza frente a los poderosos. ¿No es así, Ascanio? El secretario de la Municipalidad concuerda de hecho. Pero ni por eso dejará de intentarlo.

—Perdón, señoras y señores. Pero yo no estoy de acuerdo en que se traiga esa luz de Paulo Afonso para que ilumine las calles durante toda la noche. —Proclama Osnar —. Va a ser un desastre para los pobres cazadores nocturnos, las presas van a huir.

—¿Qué presas? —quiso saber Leonora.

—Osnar es un descarado, mi querida. Presa para él es una mujer, esos sinvergüenzas se lo pasan buscando mujeres en la calle…

—La caza ya es escasa, imaginen con toda esa iluminación…

Se separan riéndose, Barbozinha declama trozos de poemas de amor, compuestos por él y, según él mismo lo dice, inspirados por una única musa, ¿adivinan quién es? Tieta eleva los ojos al cielo, pone una mano sobre el corazón y suspira, con malicia. Las visitas se pierden en la oscuridad.

Leonora también se despide:

—Estoy muerta de sueño. Buenas noches, madrecita. Todo esto me encanta.

—Menos mal. Tenía miedo de que te aburrieras.

Ya en el cuarto, Tieta abre la ventana que da al callejón, espía la noche, el cielo y las estrellas. Cuando era niña, sabía el nombre de todas y le encantaba mirarlas cuando hacía el amor, cuando tenía por cama los yuyos de la orilla del río. ¿Cuántas noches había saltado esa ventana para encontrarse con Lucas?

Apaga la lámpara, se acuesta. Y el sueño, ¿por qué no viene? Allí está ella otra vez en Agreste, en busca de la pequeña Tieta, pastora de cabras. Había recorrido un largo camino, pasó sobre piedras y cardos, se había roto los pies y el corazón, antes de empezar a subir, a ganar, juntar e invertir dinero bajo la orientación de Felipe y a ser dueña y señora de su vida y sus propiedades. Durante esos veintiséis años había soñado con el día en que volviera a Agreste.

Recuerda su llegada y aflora una sonrisa a sus labios: la familia de luto, ella ostentando blusa y turbante colorados, Leonora de azul desteñido, esposa e hija sin corazón, desnaturalizadas. Cuando llegó a la casa, explicó bruscamente: para mí, el luto se lleva en el corazón, es algo íntimo; el dolor de la ausencia no se exhibe y la tristeza tampoco; yo pienso así, pero cada uno puede pensar como se le antoje y actuar de acuerdo con ello. Y se acabó la charla, Perpetua. Zé Esteves la había apoyado con su lengua venenosa y su acento provinciano: muy bien dicho, hija mía, el luto es una hipocresía; yo me puse esta ropa para que no me señalaran con el dedo, pero si no conocí a tu finado ¿por qué iba a andar de luto? ¿Sólo porque era rico? De la boca para afuera, o no, Perpetua estaba de acuerdo: cada cual piensa como quiere y así actúa. Ella respetaba las costumbres antiguas; se vestía de negro porque con la muerte del Mayor —¡Dios lo tenga en su gloria!— había perdido el gusto por la vida.

Pero no criticaba a Antonieta, respetaba su punto de vista; como no es ninguna ignorante, sabe que en São Paulo nadie lleva el apunte a esas costumbres del pasado.

¡Pobre Perpetua! ¡Las cosas que tuvo que tragarse de ayer a hoy! Se nota que se esfuerza para parecer atenta, tolerar la invasión de su casa, la violación de tantos prejuicios. Antonieta no se la puede imaginar casada; lástima no haberla visto con el marido. ¿Cómo se comportaba? Se lo va a tener que preguntar a Carmosina. ¿Se besaban en público? Seguro que no. Se había dado cuenta de que Aminthas le dijo a Osnar que Perpetua no besa, oscula. ¿Oscularía al Mayor, o le daría unos chupones cuando perdía los estribos? ¿Cómo sería en la cama? Seguramente que en los embates nocturnos no pasaban de los clásicos ¡ay mamá! ¡ay papá! ¿O sí? En esas cosas sucede hasta lo imposible, Tieta es testigo. Debería ser algo monumental ver a Perpetua revolcándose en esa cama con el marido, sobre el colchón de lana.

Tieta se ríe bajito al imaginar a Perpetua con las piernas abiertas debajo del Mayor, ¡insólita visión! Se olvida de que si no hubiese sido por la breve estadía de Lucas en Agreste, tampoco ella habría conocido ese otro sabor a macho, tanto mejor que el trivial. Eso también había sucedido, por loca coincidencia, en la misma cama, la de doña Eufrosina y el doctor Fulgencio. Había durado poco, sólo algunas noches, pero todas pobladas de delirio. El cielo con sus mil estrellas entraba por la ventana abierta. Entre sus piernas nacía el lucero.

La primera vez que saltó la ventana, invadió el cuarto se tendió en la cama y se levantó la pollera, era una cabra en celo, sedienta de hombres, ignorante de todo lo demás. Lucas así lo entendió, y sonriendo le prometió: te voy a enseñar a hacer el amor, y así lo hizo: del uno al cien, pasando por el «ipicilone».

—¿No sabes cómo es el «ipicilone»? Es lo mejor que hay. Te lo voy a enseñar.

Durante el transcurso de su vida tan vivida, Tieta no había vuelto a encontrar quien ejecutase tan bien el «ipicilone»; se lo había enseñado a muchos, placer de reyes. Inútilmente había buscado a Lucas por las calles de Bahía. Indagó por todas partes: ¿conoce al doctor Lucas? ¿Lucas qué? Nunca había tenido la curiosidad de preguntárselo, sólo sabía que era médico y bueno en la cama. Nadie pudo informarle nada.

Había seguido un curso, intensivo en aquella cama de doña Eufrosina, en la que después Perpetua y el Mayor habían hecho hijos y dormido juntos. Y hablando del finado cuñado, Carmosina, en la carta de los regalos, decía: es peor que un burro. Si el Mayor viviera, le podrías traer un par de anteojeras, le quedarían bien. De inteligencia estrecha, pero de buen físico, era buenmozón: moreno de tono subido, paso militar y ¡qué apetito! Era capaz de destrozar a Perpetua, con su voracidad. Hay tantas chicas que se ofrecen en Agreste, cualquiera de ellas feliz con tal de casarse, fuese con él o con otro, siempre y cuando use pantalones, y el muy bruto elige, prefiere y lleva al altar a la beata Perpetua, ese monstruo, esa virgen empedernida, esa cara marchita. Pero más extraño todavía es que fueron felices y el luto que ella lleva, de la cabeza a los pies, no tiene nada de hipócrita, refleja un sentimiento verdadero y

un profundo dolor.

Carmosina había contado en la carta-informe, de tanta utilidad, que Dios se había compadecido de los niños: por su aspecto y carácter se parecían al padre, alegres, cordiales, simpáticos, y de la madre sólo heredaron la inteligencia. Perpetua puede tener todos los defectos que se quiera, pero tonta no es, sabe razonar y actuar, pozo de ambición.

Tieta piensa en los niños, los dos le gustan. Cuando decidió viajar, creyó que se apegaría al pequeñito de Elisa, le encantaban los bebés. Pero ése había muerto, Carmosina se lo había dicho en la carta y le había explicado el motivo del silencio de la hermana —la culpa es mía, o mejor dicho de la pobreza; sin esa ayuda mensual, Elisa se hubiese visto privada de casi todo, yo le aconsejé que mintiera. Tieta había perdonado, pero no olvidado. Quedaban los dos de Perpetua: en la cama, persiguiendo el sueño, iba la tía con los sobrinos.

El menor es vivaz, malicioso, taimado. No le saca los ojos de encima ni a ella ni a Leonora, mide sus piernas desnudas, pispea las curvas de los pechos por los escotes. Todavía no alcanzó la edad, ¿pero habrá límites rígidos para esas cosas?

Ricardo, en cambio, es un ejemplo de recato y pudor, se lo pasa desviando la vista, con miedo de pecar, es un monaguillo violentado. Monaguillo no, seminarista, destinado al servicio de Dios. ¡Semejante corpacho y usa camisón! Al acordarse, Tieta se muerde los labios.

Es un pichón, todavía no está a punto. Si fuese mujer ya andaría caliente; los hombres tardan más, sobre todo si les cortan los huevos con el temor a Dios y los amenazan con las llamas del infierno. El más chico va a empezar pronto, es un potro; el destino de Ricardo es ser un doncel; ¡qué maldad!

Si fuese más grande, la tía le enseñaría lo que es bueno. Sin embargo, todavía está muy verde. A Tieta nunca le gustaron los hombres jóvenes, siempre prefirió a los mayores que ella. El mejor chivo es aquel que tiene edad y experiencia.

DEL TRISTE REGRESO DEL CABALLERO ANDANTE, Y DE LOS TELEGRAMAS ENVIADOS POR TIETA, QUE MOTIVARON COMENTARIOS, HIPÓTESIS Y APUESTAS, REGRESO Y TELEGRAMA PRECEDIDOS POR EL DIÁLOGO ENTRE OSNAR Y EL DOCTOR CAIO VILASBOAS, QUE POR LIBERTINO E INÚTIL NO DEBERÍA FIGURAR EN NINGUNA OBRA LITERARIA CON PRETENSIONES DE SERIEDAD.

Tieta y Leonora esperan la llegada de la «marineti» en la agencia del Correo. Esperar la «marineti» y asistir al desembarque de los pasajeros es una de las más excitantes diversiones de Agreste. Cuando el atraso es grande, la espera se hace un poco pesada pero, en compensación, no se paga nada. Siempre hay un grupo de vagos que rodean la puerta del cine, donde Jairo estaciona el glorioso vehículo. Otros se quedan de guardia en el bar, los ilustres conversan con doña Carmosina.

Elisa las encontró en la agencia, estaba muy excitada y quería saber si doña

Carmosina estaba al tanto de lo que había pasado entre Osnar y el doctor Caio Vilasboas; Asterio la había despertado la noche anterior para contarle el escabroso diálogo. Ese Osnar es un caradura, no respeta a nadie: después de todo el doctor Caio es médico, tiene campos y rebaños, es compadre de la Senhora de Sant'Ana, madrina de Ana, su hija; es una persona de edad, ciudadano respetable y devoto. Doña Carmosina ya lo sabe, por supuesto. Aminthas, testigo del encuentro, había aparecido de madrugada en la casa de doña Milu; había relatado palabra por palabra, toda la conversación. Ahora bien, de todo lo que dijo Osnar, nada se compara, según doña Carmosina, con la burla final pues ese doctor Caio es pura pinta, querida, por fuera un santulón y por dentro un calentón. Osnar es un buen tipo, de vez en cuando te alegra la vida.

Tieta, curiosa por saber de qué se trata, ya que causa tanta gracia y provoca tanta indignación y entusiasmo, interrumpe la discusión.

Doña Carmosina no se hace rogar y va a los detalles. Había sucedido hacía dos días, aquella noche que Osnar y Aminthas se quedaron hasta tarde en la casa de Perpetua y después se fueron de caza por ahí. A altas horas, cuando volvían por la orilla del río, Osnar, acompañado por una putita de baja extracción, se encontró con el doctor Caio Vilasboas, un catón, que venía de atender a la vieja doña Raimunda, asmática incurable. Si hubiera sido algún pobre de Dios que agonizaba, el doctor no habría abandonado el calorcito de su cama, pero la vieja doña Raimunda tenía mucha plata, que además estaba destinada, por testamento, a pagar la cuenta del médico cuando el Señor la llamase a su seno.

Cuando vio que Osnar se estaba despidiendo de la harapienta criatura, el doctor Caio, psicólogo *amateur* y entrometido de nacimiento, no se contuvo:

—Por favor, querido Osnar, te pido que respondas a una pregunta que me permito hacerte.

—Adelante, mi doctor, a sus órdenes para lo que mande.

—Eres un joven con dinero, ya medio entrado en años, pero siendo soltero todavía pasas por joven, de buena familia, con costumbres de limpieza y tienes con qué pagar a una prostituta de otro nivel, ¿por qué no frecuentas la casa que dirige una tal Zuleika Cinderela, donde, según me consta —estuve allí en el sagrado ejercicio de la medicina y no como cliente— el infame comercio es practicado por mujeres limpias, de buen porte y figura amena? ¿Por qué prefieres a esas inmundas, que parecen brujas?

—Antes que nada, doctor, permítame que le informe que soy uno de los clientes predilectos de las pupilas de la casa de Zuleika y de la misma patrona, que tiene su buen trasero. Una gran parte de mis rentas las hice humo en aquel antro. Sin embargo, es cierto que no desprecio mercadería cuando salgo a cazar, de vez en cuando. Debo confesar que algunas están bastante deterioradas.

—¿Y por qué? Permíteme decir que se trata de un apasionante problema psicológico, digno de ser planteado en la Sociedad de Medicina Psiquiátrica.

—Le voy a decir el porqué, mi doctor, y, si quiere, escriba la razón, no me opongo. Si a veces acepto cualquier mercadería, el motivo es que no quiero viciar al «bicho», el Padre-Maestro.

—¿Padre-Maestro?

Ése es su apodo, se lo puso una beata, todavía pasable, con la que anduve haciendo algunas porquerías, mi doctor. Imagine que si yo sólo le diera bocados finos, material de primera, bellezas, perfumes, el Padre-Maestro se acostumbraría a comer sólo de lo bueno y de lo mejor. Si de repente un día, por cualquiera de esas circunstancias que ocurren cuando uno menos se lo espera, me veo obligado a arremeter contra un desecho que no está en buenas condiciones, el Padre-Maestro, de puro mañoso que es, se niega y se me queda blandito como brocha de pintor. No lo envicio, doctor, le voy dando a las lindas y a las feas, y hay cada fea que vale más que un ejército de lindas porque lo cierto, mi doctor, es que una cosa es una mujer para admirar su imagen y otra para sentirle el gustito a concha.

El doctor Caio enmudece, cabizbajo, Osnar concluye:

—Ya oí hablar de sus visitas profesionales a la pensión de Zuleika, mi doctor; Silvia Sabiá me contó, en secreto, que no hay otro chupador igual a usted por esta zona. ¡Felicitaciones!

Mientras las cuatro se ríen, ¡ese Osnar es un caso! —se oye la bocina de la «marineti» en la curva, ese jueves llegaba, por milagro, casi a horario; sólo un pequeño atraso de veinte minutos, los pasajeros felicitan a Jairo, Tieta, Leonora y Elisa se preparan para ir al encuentro de Ascanio, pero él es el primero de todos en bajar y se aleja camino a su casa, con pasos rápidos.

—Va a bañarse. Después de viajar en la «marineti» de Jairo, nadie puede hacer nada antes de darle al agua y al jabón. Mucho menos ver a la criatura de sus sueños… —aclara doña Carmosina—: Dentro de un rato aparece por aquí.

Siguen esperando en la Agencia de Correos. Aminthas se une al grupo, comentan el diálogo ya hist6rico. Aminthas agrega el detalle final: el doctor Caio, lívido, quería hablar y no podía, sus ojos echaban chispas. Osnar y él, Aminthas, se fueron despacito, no era cuestión de que al médico le diera una apoplejía.

El tiempo pasa, Barbozinha aparece con una rosa en la mano, una rosa color té. Al ver a Tieta le extiende la flor:

—La corté para ti en el jardín de doña Milu, la iba a llevar a la casa de Perpetua pero mis guías[24] dirigieron mis pasos hacia aquí. Lástima no tener otras tres, para homenajear a todas las presentes.

—¿Y Ascanio? ¿va a venir o no? —interroga Elisa cansada de esperar.

Leonora, la criatura de los sueños de Ascanio, según opinión de doña Carmosina, aguarda en silencio, con los ojos fijos en la calle. Ni señales del secretario de la Municipalidad, del caballero andante, limpio o lleno de polvo. Habría que mandarlo llamar. El chico Sabina, obedeciendo una orden, abandona la heladería, y va corriendo con el mensaje para Ascanio: en la agencia de Correos lo esperan con

impaciencia, venga rápido. Para pasar el tiempo, tomarán un helado de cajá, servido por el mismo árabe. Mañana será de *pitanga*. ¿Cuál será más rico? Vuelvan, para comparar y decidir.

Finalmente, el caballero andante aparece en la esquina, con paso lento y la cara desencajada, Caballero de la Triste Figura. Antes de trasponer el umbral de la agencia de Correos, todos se dan cuenta de la derrota del campeón de Agreste en la batalla trabada en Paulo Afonso. Ahí están los restos del guerrero, el fracaso de la misión, la cara enlutada, sepulcral.

—Todo salió mal ¿no? —pregunta Aminthas. Yo les avisé: no había ninguna posibilidad. Menos mal que el motor todavía aguanta; cuando falle, volveremos a la lámpara de kerosene.

—No importa —dice Leonora—. Usted ha hecho lo que ha podido. Cumplió con su deber.

—Fue horriblemente humillante. El director de la compañía, el que está permanentemente en Paulo Afonso, ni me quería recibir. Tuve que pedir y suplicar, hasta que por fin me atendió. Ni bien comencé a hablar me cortó la palabra. No podía perder tiempo, lo de Agreste estaba decidido, no había ninguna posibilidad de instalar luz de la usina en el municipio. ¿La Municipalidad no recibió el memorándum que negaba el pedido? ¿Entonces? No se gana nada tratando de hablar con los técnicos, Agreste tiene que esperar su turno y no va a ser tan rápido, demorará algunos años, cuando llevemos luz y fuerza a los últimos escondrijos de los Estados servidos por la Hidroeléctrica. Ahora, imposible, mi querido señor. Es inútil seguir con argumentos, déjeme trabajar, mi tiempo es precioso.

En gesto desesperado Ascanio suspende el relato. ¿Dónde encontrar entusiasmo o ánimo de lucha? Se habían evaporado, flotaban en el arroyo, hechos trizas por el director de la compañía.

—Al final, para rematarla, me hizo burla: hay una sola manera, dijo. Obtenga una orden del presidente de la Compañía del Valle de San Francisco, del presidente, no de un director igual que yo, que mande instalar luz en Agreste y al día siguiente ahí estaremos. Que lo pase bien, sonrió y me dio la espalda.

Un silencio pesado cae sobre la agencia de Correos. Doña Carmosina es la primera en abrir la boca:

—¡Hijo de su madre! Por eso estoy en contra de esa gente.

Leonora se aproxima a Ascanio:

—No se aflija tanto, todo tiene arreglo en este mundo. —Sus dulces ojos están llenos de ternura.

Tieta se levanta de la silla donde había oído todo en silencio:

—¿Quién es el presidente, Ascanio, y cuál es esa compañía? Deme detalles.

Ascanio, sin ánimo de nada, deprimido, explica que es la compañía del Valle de San Francisco, termina citando el nombre del diputado que ejerce la presidencia de la gran empresa estatal, aquel que manda y decide, el único que puede modificar lo

establecido. Pero ¿cómo alcanzarlo? Imposible, Aminthas tiene razón: a Agreste más que importancia económica, le falta el prestigio de un gran jefe, alguien cuyo pedido sea como una orden.

Tieta repite el nombre del diputado: He oído hablar de él, pero no lo conozco personalmente. Pero en São Paulo no hay político importante con el cual yo no tenga trato. —Aclara—. Todos eran amigos de Felipe, todos frecuentaron mi casa. Carmo, Ascanio, ayúdenme a redactar un telegrama. O mejor dicho, dos.

Nombra apellidos ilustres, mandamás de São Paulo y del país. Doña Carmosina escribe. Tieta les pide que intervengan en favor de Agreste ante el presidente de la compañía del Valle de San Francisco y a continuación siguen las razones detalladas por Ascanio, pero la más importante es el interés de Antonieta, el favor que le harán y la deuda que contraerá.

—Es un telegrama larguísimo —observa doña Carmosina—. Va a costar muy caro.

—La Municipalidad paga. —Se adelanta Ascanio.

—Hijito, yo lo mando y yo lo pago. Carmo: firma Tieta de Agreste. Mis amigos más íntimos me tratan así, y era como a Felipe le gustaba llamarme.

Todavía no habían vuelto a la casa de Perpetua y ya toda la ciudad estaba enterada de los telegramas —doña Antonieta Esteves Cantarelli había mandado uno a un senador paulista y otro al mismo doctor Ademar, amigos íntimos del finado comendador, para pedir la instalación de la luz de Paulo Afonso en Agreste. Los comentarios cívicos cubren los ecos del diálogo obsceno sobre los hábitos sexuales de Osnar; si de los mensajes telegráficos no resulta una iluminación feérica, por lo menos habrán servido a la moral pública. Se suceden distintas hipótesis: ¿realmente la viuda tiene tanto prestigio, conoce, trata e intima con senadores y gobernadores o sólo es jactancia? ¿Cuál será el resultado: luz o tinieblas? hasta se hacen apuestas. Fidelio pone su plata en el éxito, Aminthas continúa pesimista, ¿por qué esos lores de São Paulo se habrían de mover por Agreste, el culo del mundo? Doblo mi apuesta, Fidelio.

¿Por qué? Tieta podría responder que se moverán exactamente por eso, porque eran señores y por ser ella Tieta de Agreste.

DEL PASEO POR LA FERIA Y EL ANUNCIO DEL CERCANO FIN DEL MUNDO, CAPÍTULO DE LAS PROFECÍAS.

La feria de Agreste representa una fiesta semanal. Al sábado siguiente de la llegada de las paulistas, se transformó en un festival de gran regocijo público que casi termina en tumulto.

Después de la misa por el alma del comendador, Tieta y Leonora regresan a la casa para cambiarse de ropa: nadie aguanta ir a la feria con vestidos negros, pesados, que ellas ni saben por qué milagro aparecieron en la valija.

La comitiva incluye a Elisa, Barbozinha, Ascanio Trindade, Osnar. El viejo Zé Esteves, con el saco bajo el brazo, bastón y esposa, los acompaña hasta la Plaza del Mercado (Plaza Coronel Francisco Trindade), desde donde la feria se extiende a través de las calles más próximas. Allí se despide, a la tarde irá a buscar a Tieta para ir a ver dos casas que están en venta, las únicas convenientes entre las tantas ofrecidas.

Perpetua agradece la invitación, pero no acepta. Va temprano a la feria, acompañada por Peto para ayudarle a cargar las cestas. El día de feria es el de los mendigos: Perpetua pasa el resto del sábado en su casa, distribuyendo limosnas, haciendo tratativas con Dios para conseguir un lugar en el paraíso a cambio de la caridad hebdomadaria. En cada una de las casas de las calles principales, durante toda la semana, las familias guardan las sobras de pan, las galletitas viejas, restos de comida del día anterior, frutas muy maduras, algunas monedas para la multitud de pedigüeños que invaden la ciudad, llegados de quién sabe dónde. Don Agostinho, el de la panadería, ofrece por módico precio bolsas llenas de pan duro como piedra, galletas blandas, tortas mohosas, filantropía a bajo precio. Quien da a los pobres, sirve a Dios. Con altos intereses, es un buen empleo del capital.

Hay mendigos fijos en Agreste, pasan diariamente por las mañanas o a la tardecita y tienen clientes seguros. Cristóvão, el ciego, se sienta en la escalera de la iglesia a la hora de misa, llueva o salga el sol, y allí se queda, con la mano extendida mientras recita su letanía. El beato Possidônio va a la feria sólo los sábados. Viene de Rocinha, con su barba rala de profeta mulato, sin dientes y la boca llena de maldiciones; trae un cajón vacío de kerosene y un platito de plástico. Se instala en las proximidades del puesto donde están los vendedores de pájaros, se sienta en el cajón, el platito a su lado, para las limosnas —sólo acepta dinero—. Habla largo y tendido, un confuso parloteo, sobre los pecados de los hombres; anuncia desgracias por doquier, es el profeta de un Dios terrible, vengativo y cruel. Cita los evangelios, condena a protestantes y masones, proclama la santidad del padre Cícero Romão. Basta que vea a una mujer un poco pintada para que la insulte y la destine a las llamas eternas.

Con su voz estridente, Perpetua se queja de los mendigos cuando habla con Antonieta, son como enemigos: cada vez están más exigentes y osados, el ejercicio de la caridad se transforma en sacrificio:

—No aceptan ni *mangas* ni *cajús*, dicen que nadie los compra, que hay muchos, que eso no es limosna ¿qué te parece? si les das bananas, te tuercen la cara. ¿No tiene unas monedas? Quieren plata. El otro día uno me dijo avara.

En la tierra hay toda clase de frutas, muchas, de las cuales Leonora no conoce; aplaude, encantada. ¡Qué guayabitas tan chicas! No son *goiabas*, son *araçãs, araçã-mirim, araçã-cagão*. Con ellas se hace el dulce que comimos en casa de Elisa. Las *goiabas* están acá: coloradas y blancas. Comparadas con las *goiabas* de los japoneses de São Paulo, son pequeñas, pero pruébalas verás la diferencia. Si tiene bichos mejor

todavía. No hay fruta como el *cajus* para la salud. A no ser el *jenipapo* que hasta cura las penas del alma. Deberías comer *jenipapopada* para ponerte fuerte. ¿Y el gusto? Para mí, no hay nada más rico. Ahora mismo vamos a comprar; el *jenipapo* cuanto más rugosa, mejor. Tieta elige, conocedora. *Mangabas, cajás, cajaranas, umbús, pitangas*. Los mendigos tienen razón al rechazar las *mangas* como limosna, sobran en la feria, con sus colores de acuarela y sus muchas variedades: rosa, espada, carlota, coração-de-boi, coração-magoado, *itiúba* y otras. Las *jacas*, blandas y duras, son descomunales esas tajadas envueltas en aroma a miel. ¿Qué fruta es ésa que parece una piña? *Condessa*, ¿y esa otra más grande? *Jaca-de-pobre*, para hacer helados es sublime. Leonora quiere verla de cerca, tocarla. Se curva, exhibe su diminuta bombachita bajo la minifalda. Hay un júbilo general.

Al verla de minifalda, Ascanio pensó en aconsejarle que no fuera así a la feria, pero tuvo miedo de pasar por chapado a la antigua y retrógrado. Se calló.

Ahora ya está hecho, trata de no ver ni oír, lo cual es medio difícil pues la animación aumenta.

Nunca hubo jarana igual en la feria de Agreste, Barbozinha, entretenido en explicar a Tieta problemas de desencarnación y reencarnación, de la vida astral, temas en los que es profesor emérito, no se da cuenta del éxito, pero Ascanio Trindade se aflige con tamaño atraso, indeciso sobre la manera de actuar. ¿Sólo se aflige? ¿O también sufre al ver expuestas en público aquellas bellezas que desea exclusivas, reservadas para quien conduzca al altar a la inocente Leonora Cantarelli? Inocente al máximo, no había imaginado el escándalo que provocaría yendo a la feria con esa minifalda, moda banal en el sur del país y en el exterior. Ascanio ya vio otras más osadas en las páginas a todo color de algunas revistas, la de Leonora hasta le tapa el traste cuando ella se mantiene derecha.

—Sería mejor que se inclinara menos —susurra Osnar a Ascanio.

Si Osnar, que es un cínico, no se anima a aconsejar a la cándida víctima y a ponerla al tanto de la ignorancia local, mucho menos Ascanio. El paseo por la feria prosigue con exclamaciones de Leonora y de la bandada de chicos que siguen a la comitiva. De vez en cuando un silbido, una interjección, una frase con acento campesino:

—Ven a espiar, Manu, que pasa la procesión…

Bolsas de *alva*, aromática harina de mandioca, tostada en hornos caseros de la región; la *puba*, tapioca fermentada, los *beijús*, bollos de tapioca. Prueba, Leonora. Vamos a comprarlos, que son riquísimos con café. Los mojados llevan leche de coco, no hay quien resista, voy a engordar como una chancha. Pero ¿qué es eso? ¿Qué significa esa mocosada que va atrás? Antonieta contempla el amontonamiento.

Y no sólo mocosos, también hay hombres hechos y derechos, banda de ordinarios. Es la minifalda de Leonora, figurín inédito en Agreste. Antonieta mira a Ascanio, a Osnar, ellos fingen no darse cuenta de las burlas de los canallas. Barbozinha está reencarnado por sexta vez, en una galaxia lejana. Con las manos en

las caderas, tal como las mujeres de la feria, Tieta observa al animado rebaño. La mirada de la ricachona de São Paulo —¿o la mirada de la pastora de cabras?— entre severa y pícara, disuelve el cortejo, sólo quedan algunos niños, admiradores más obstinados. Ascanio respira, Osnar aprueba. Para decir la verdad, lo que más molesta a Ascanio es la presencia de Osnar, con su mirada penetrante y su expresión de beatitud.

Dos sillones de peluquero al aire libre, ambos ocupados, y el trovador Claudionor das Virgens declama los versos de un *folheto de cordel*[25]:

Ya me casé tres veces
con blanca, negra y mulata.
Por iglesia y por civil,
La cuarta me casaré
en los yuyos
por orden del delegado
para dejar de ser osado.

Cuando pasa la comitiva, se calla la voz del trovador das Virgens. Inspirado por la minifalda, improvisa:

Quién pudiera casarse con Vera
que anda con el traste afuera.

—Eso es lo que comes en casa con el desayuno. —Tieta señala las raíces de *aipim*, de *inhame*, los boniatos. La verde *frutapão*.

Elisa, inquieta, constata nuevamente el crecimiento del grupo de boquiabiertos y formula una invitación.

—¿Vamos a casa? Me estoy muriendo de calor.

Además es verdad. No se había cambiado de ropa, está con el vestido negro que se puso para la misa, cerrado en el cuello, todo lo contrario de Leonora. ¿Qué es lo que aflige a Elisa? ¿Los mocosos, los silbidos, la burla del trovador, la falta de respeto, la chacota o el éxito de la paulista?

—Ascanio prometió que me iba a llevar a ver los pajaritos… —Dulce gorgorito de Leonora.

Mientras rumbean hacia los puestos de los pajaritos, la procesión crece —los pájaros *sofrê*, los pájaros pintores, los pájaros negros, los cardenales, los *azulões*, los *canários-da-terra*, papagayos y periquitos y una *araponga* martilleando con su grito como si fuese un yunque—. Leonora irradia felicidad, el acompañamiento toma aspecto de comitiva, con risas, burlas y dichos.

—Es mejor que nos vayamos —insiste Elisa.

—Sólo un minuto más. Mira ése, ¡qué lindo!

—Es un pájaro *sofrê*, imita a todos los pajaritos. Escuche. —Ascanio silba, el ave le responde.

Del grupo surgen otros silbidos maliciosos, Fi-ti-o-fó, responde el pájaro. Osnar,

muerto de risa mientras fuma su cigarro de paja, avanza en dirección a los graciosos, agarra a un mocosito de una oreja, los demás retroceden corriendo, explotan en protestas, la farra se extiende por la feria.

Cerca de ahí, encima de su cajón de kerosene y con el platito a su lado, el profeta Posidonio proclama el inminente fin del mundo, anunciado por la aparición de objetos luminosos en Mangue Seco, ígneas naves de gas que conducen a arcángeles enviados por Dios para elegir y marcar los lugares donde se encenderán las hogueras de azufre sobrenatural, fabricado en las calderas del infierno para consumir al mundo que se ha entregado al libertinaje, a la orgía y a la lujuria.

Leonora se inclina de espaldas a la cara del ascético beato, ofreciendo un dedo a un papagayo manso y charlatán —dice buen día, hola qué tal, cierra un ojo, es cómico—. El beato Posidonio, por más erudito que sea en materia de degeneración humana, de depravación, de impudicias, jamás había visto con sus ojos quemados por el sol del interior, semejante cosa fuera de lugar, tamaña inmoralidad. El excitante trasero de Leonora, prácticamente desnudo, obra cumbre de Satanás, aplaudido por la manga de condenados, se coloca delante de las místicas narices del profeta, ¡monstruosa provocación!

—¡Desaparece! ¡Sal de mi vista, vuelve a las profundidades del infierno, inmunda mujer, pecadora, ramera!

Indignado, Ascanio se dirige hacia el beato Posidonio:

—¡Cállate la boca, infeliz!

—Pero Tieta lo detiene, le toma el brazo, se divierte muchísimo.

—Deja al viejo, Ascanio. Es por la minifalda de Leonora.

—¿Qué? ¿La minifalda?… —Leonora no sabe si reír o llorar—. No me diga, nunca hubiera pensado… —se dirige a Ascanio—. Nunca se me pasó por la cabeza, discúlpeme.

—Quien tiene que pedir disculpas soy yo, por este pueblo atrasado. Algún día va a cambiar.

—En el fondo ni él mismo está seguro. Es un cambio tan incierto como el fin del mundo del sermón de Posidonio.

Dejan para otro día la mejor parte de la feria: las *carnes-de-sol*, los *guaiamus*, los maceteros, las figuras de barro, el *caldo de canha*[26] extraído en primitivas prensas de madera, tan sucio y tan delicioso. El beato continúa vociferando mientras ellos se van, Tieta se ríe de lo sucedido y en seguida le pide a Osnar que le cuente la célebre historia de la polaca, sobre la cual Carmosina ya le había hablado. Algunos mocosos todavía los acompañan por la calle.

La noticia los precedió, llegó al bar y al atrio de la iglesia; gran alboroto para verlos pasar. Leonora anda lo más rápido posible, nunca se le había ocurrido que iría a desencadenar el fin del mundo.

—Puedo asegurar que está próximo, tuve aviso y confirmación. —Aclara Barbozinha, enterado de los secretos de los dioses y de la locura de los hombres—.

Va a ser una explosión atómica colosal. Todas las bombas atómicas existentes, las americanas, las rusas, las francesas, las inglesas, las chinas —tengo informaciones recientes sobre los chinos que, calladitos, están fabricando una— van a explotar al mismo tiempo, a las tres de la tarde de un primero de enero. No digo el año para que nadie se alarme.

BREVE ACLARACIÓN DEL AUTOR SOBRE SOBRE PROFECÍAS Y AZUFRE.

Hubo quien quiso descubrir en la arenga del beato Posidonio sobre el próximo e inevitable fin del mundo, referencias proféticas a la industria de dióxido de titanio. Por ejemplo, ¿cuando el iluminado aludió al azufre procedente de los infiernos para destruir la tierra y la humanidad, no citó claramente a los objetos no identificados, vistos en Mangue Seco? ¿No eran naves de gas?

No hay duda de que existen connotaciones. En una época tan cargada de misticismo, lo mejor es no negar ni discutir. Los profetas se multiplican, se exhiben por radio y televisión. No se conforman con una magra limosna como el beato Possidônio. Él es un antiguo profeta, producto semifeudal, perdido en el interior, todavía no se percató de las maravillas de la sociedad de consumo. No se da cuenta de que en las minifaldas purificamos la vista, condenada a ceguera por la contaminación. Sobre el azufre, aclaro que se produce en los Estados Unidos, nación privilegiada, por lo tanto no es necesario importarlo del infierno.

DE PEDIGÜEÑOS Y ABUSOS, DE AMBICIONES. CAPÍTULO DE MEZQUINOS INTERESES.

En la feria y en todo el pueblo hay un gran alborozo, nacido de la presencia en Agreste de Tieta y su hijastra, linda y angelical. Es tan dulce, que a Ricardo le recuerda a la novia predilecta del Señor, Santa Teresita del Niño Jesús, a pesar de la minifalda, del caftán transparente y de los osados *shorts*. A pesar de las indecentes modas actuales, se percibe en la suave Leonora el aroma de la castidad, el encanto de la inocencia.

Después del paseo por la feria, Elisa había amenazado con ponerse la minifalda que le trajo Tieta, en solidaridad y en desagravio a Leonora —¿o en competencia? Asterio se opuso y contó con el apoyo de Perpetua:

—Aunque me digan atrasada, yo estoy en contra. Por lo menos aquí. En São Paulo, puede ser. Pero aquí el pueblo no lo acepta, la encuentra inmoral. Y para ser franca, yo también. —La voz estridente, chillona, sopla infernales llamaradas.

—No se preocupe por mí, doña Perpetua. No la usaré nunca más. No quiero ser responsable del fin del mundo, promete Leonora, mansa y con una fugaz sonrisa.

—No te estoy censurando, sobrina, no tienes la culpa.

Sobrina, sí, porque es hijastra de la hermana, hija del cuñado industrial y comendador del Papa y heredera rica. Lástima que sus hijos sean tan chicos; pero quien la está rondando mucho es Ascanio, que no parecía tan rápido.

—Sé que no lo hiciste por mal, tontita. En São Paulo, en los Estados Unidos, en esas tierras donde sólo hay protestantes, vaya y pase. Pero aquí se cumple todavía con la ley de Dios.

Es una charla aparentemente sin consecuencias, pero por detrás de la alegría que rodea a Tieta existen esperanzas, planes, algunos audaces. El clan de los Esteves, reunidos en tomo a la hija pródiga, se deshace en adulaciones a las paulistas, bajo el manto de la paz familiar se esconde una efervescencia de inconfesables ambiciones, de furtivos intereses. Unos y otros se miran con sospechas.

Durante la semana fue una romería, por la continuidad de las visitas. La gente importante del lugar, comerciantes, compañeros de Asterio, la profesora Carlota, don Edmundo Ribeiro, recolector, Chico Sobrinho y su esposa Rita, por coincidencia acompañados de Lindolfo Araujo, tesorero de la Municipalidad y galán —un día de éstos toma coraje y va a tratar de triunfar en un programa de aficionados en la televisión de Salvador—. Fueron el doctor Caio Vilasboas, circunspecto, hablando en difícil, mitad médico, mitad hacendado, si tuviese que vivir de lo que deja la clínica de Agreste, terminaría pidiendo limosna los sábados, y el coronel Artur de Tapitanga, quien se pasó toda la tarde conversando. Había conocido a Tieta de joven, cuando pastoreaba las cabras del padre, en un campo vecino al suyo, que por otro lado hoy ya es suyo, comprado a Zé Esteves. Elogió la belleza de Leonora: parece una estatuita, un *biscuit* de esos que había antes en la casa grande[27] de su estancia. Si todavía fuese joven, unos setenta más o menos, le propondría casamiento, pero a los ochenta y seis no quiere correr el riesgo. Por más honesta que sea, siempre hay peligro de cuernos. Reía, a través de su catarro, mientras largaba el humo del cigarro. El único que faltaba era el alcalde de la ciudad, Mauritônio Dantas, ausencia justificada por Ascanio Trindade el día del desembarco: el digno mandatario vive confinado en su casa, medio mal del seso desde la deserción de su mujer, doña Amélia, de sobrenombre Mel[28], activísima militante de la revolución sexual.

Innumerables pobres llegan a cualquier hora y no pasan del comedor; la sala está reservada para la gente importante. Cada pobre cuenta una historia triste, suplica y pide. La fama de la riqueza y generosidad de Tieta se expande como yerba mala, navega por las aguas del río, viaja a lomo de burro, alcanza las fronteras de Sergipe. Perpetua frunce el ceño, no tolera abusos ni excesos.

—No puedo ver a ningún necesitado pasando hambre —declara Tieta—. Sé qué es necesitar, lo viví en carne propia.

Perpetua, a pesar de las adulaciones, no se contiene:

—Yo no digo que no se ayude a uno u otro infeliz. Por ejemplo, Margarita, a quien el marido largó enferma y en cama, no puede trabajar, no digo nada. Pero David, ese patotero, sinvergüenza que nunca en su vida hizo nada, no merece

limosna. Lo único que sabe hacer es tomar *cachaça* y roncar a orillas del río. Además, es pecado fomentar la pereza y el vagabundeo. El mejor beneficio para esa gente es rezar por ellos, pedir a Dios que les indique el buen camino. Yo soy quien practica caridad: rezo por ellos todas las noches. Ayer le diste dinero a Difinha. Es una perdida, con una legión de hijos, cada uno de diferente padre y encima ladrona. Doña Aída le tuvo lástima y la empleó como sirvienta, la pescó robando en la despensa…

—Ten piedad Perpetua, por lo menos le puedes dar *feijão* para los hijos. ¿Habría que dejar que los pobrecitos se mueran de hambre?

—No los hubiera tenido. En el momento de acostarse con el primero que aparece, no piensa en el futuro, sólo en la depravación, que Dios me perdone. —La voz chillona tiene un tono de enojo y reprobación.

—En ese momento nadie piensa en nada, Perpetua. ¿No es así? No se puede… —ríe Antonieta—. Tú que estuviste casada, ¿acaso no lo sabes? —con una sonrisa pícara espía a la hermana.

—La plata es tuya, haz lo que quieras, no me meto. Pero no niego que semejante desperdicio me da pena.

—Es así, hijita. Son unos aprovechadores. Saben que tienes buen corazón y abusan. Si por mí fuera, los metía a todos presos, es lo que merecen. —Zé Esteves, por una vez en la vida, está de acuerdo con Perpetua.

Todas las mañanas el *Viejo* pasa para dar los buenos días a su hija pródiga. De mala gana saluda a Perpetua y a Elisa, si es que están presentes. Pasea su mirada por la sala donde conversan. En una hamaca en el balcón, Leonora escucha los trinos del pájaro *sofrê*, regalo de Ascanio. Zé Esteves mira a Perpetua, después a Elisa y prosigue:

—Se quieren aprovechar de ti. Todos, sin excepción. Ten cuidado. Si continúas siendo mano larga, te robarán todo. —¿Se refiere a los pedigüeños? Mientras mira a Perpetua y a Elisa, mastica un pedazo de tabaco—. Fíjate doña Zulmira, tan devota y que vive en la iglesia tragando hostias. En el momento de decidir cuánto quiere por la casa, pide un absurdo, nada más que porque es para ti. Modesto Pires fue quien dijo la verdad: un robo. Esa gente que vive metida en la iglesia…

Perpetua se hace lo que no oye, se contiene por la presencia de Tieta. El *Viejo* está sacando los trapitos al sol, si fuera por él, la hija rica no debería ayudar ni a las hermanas ni a los sobrinos. Viejo maldito como la peste. Ahora vive con la perspectiva de mudarse a una casa confortable, en una calle decente, que Tieta va a adquirir para su vejez. Mientras Tieta continúe joven, Zé Esteves y Tonha disfrutarán solos, eso ya está establecido, Y no será tan pronto que Antonieta, guapa, llena de vida, deje a la imponente São Paulo para enterrarse en Agreste. Es demasiado mujer, capaz que se casa de nuevo y ahí sí que no vuelve más.

En ese caso, Zé Esteves será el dueño, se pavoneará como un duque, panza arriba, y tendrá una criada para cuidar la casa, una gran casa, en fin todo lo que hace falta en

la vida que Dios le dio. y si hace economía hasta puede pensar en adquirir un pedacito de tierra y un par de cabras para recomenzar con su criadero. No hay nada mejor en el mundo que un rebaño de cabras en los montes.

DE TERRENOS Y CASAS EN VENTA, O TIETA EN EL MUNDO DE LOS NEGOCIOS INMOBILIARIOS.

EL dueño de una curtiembre fue quien indicó a Tieta la casa de doña Zulmira.

Del brazo con su esposa, doña Aída, don Modesto Pires había visitado a su festejada coterránea al día siguiente del desembarco, apurado por conocer mejor a la emisora de los cheques mensuales que él descontaba. Tenía un vago recuerdo de la muchachita que pastoreaba cabras, enamoradiza, echada de la casa del padre y que ahora regresaba viuda y rica. Admiró su cuerpo y su imponencia, el buen gusto de su peluca, la pollera con un tajo al costado, refinamientos debidos a su posición social y al nivel alcanzado en São Paulo. La comparó con Carol, otro pedazo de mujer, muy distintas una de la otra, pero ambas fuertes, deseables, mujeres para la cama.

Pocos días después, acompañada de Leonora y de Ricardo —de sotana— Tieta devuelve la visita. Modesto y doña Aída la reciben con los brazos abiertos y la tratan como a una reina: licor de *jenipapo*, torta de mijo, dulce de banana en rodajas, confites.

—Doña Aída, esconda esas tentaciones, estoy engordando demasiado, me voy a poner como una ballena.

—Pero por favor, está usted muy bien.

Leonora se deleita con el dulce de banana en rodajas, Tieta promete:

—Después te digo cómo llaman aquí a ese dulce…

Risas en la sala. Pires se comporta como un hombre de mundo, liberal:

—Si lo quiere decir, no tenga vergüenza, doña Antonieta. Aída y el padrecito se tapan los oídos.

—Locuras mías. Soy una caradura. Discúlpeme, doña Aída. Lo que quiero pedirles es un consejo.

Nadie mejor que Modesto Pires para aconsejar sobre casas y terrenos. Es un hombre rico importante cosechador de mandioca en Rocinha, criador de cabras y ovejas, propietario de una curtiembre, de tierras a orillas del río, hasta donde se pierde la vista, y en las inmediaciones de Mangue Seco tiene varias casas alquiladas, una de ellas por Elisa.

—En cuanto al terreno en Mangue Seco, yo mismo le puedo ofrecer uno. Buena parte de esa zona de cocoteros me pertenece. Tenemos allá una casa de veraneo, para recibir a los nietos, el único problema es que no vienen.

Doña Aída no esconde su pena: sólo su hija mayor, casada con un ingeniero de la Petrobrás y que vive en Bahía viene para las vacaciones y trae a sus dos hijos. El hijo, es médico, ejerce en el interior de São Paulo, y es socio de un sanatorio, se casó con

una paulista, promete mucho, pero nunca se decide. Tampoco su hija menor: vive en Curitiba, el marido es paranaense, empresario, constructor. Para ver a sus hijos y nietos, doña Aída tiene que viajar, tomar un avión en Salvador, se muere de miedo. Antonieta simpatiza con la quejosa:

—La vida en el sur es muy absorbente, nadie tiene tiempo para nada. Por eso quiero comprarme una casa aquí y un terreno en la playa.

Ahí mismo acordaron los detalles del lote en Mangue Seco, vecino al del comandante Darío, quien también se lo compró a Modesto Pires. Todo depende de que a ella le guste, naturalmente.

—Le va a encantar, el lugar es lindo y está a resguardo de la arena y de la lluvia. Desde allí hasta las dunas se llega rápidamente, una caminata, buena para mantener la forma.

—Es muy bonito, —afirma doña Aída—. Ojalá que pueda venir siempre, así aumenta nuestra colonia de veraneo. Dentro de unos días estaremos allí, en seguida que lleguen Marta y Pedro. —Se refiere a la hija y al yerno ingeniero.

—Nosotras iremos con el comandante este fin de semana. Estoy contando los minutos. Ya hace casi veintiséis años que no veo la playa de Mangue Seco.

Modesto Pires informa:

—En cuanto a la casa en el pueblo, se que doña Zulmira quiere vender la suya, ya me la ofreció. No me interesó. Comprar casa para alquilar en Agreste, es meterse en gastos. Los alquileres están bajos, las casas siempre precisan arreglos, los pagos se atrasan. Tengo algunas, vivo haciéndome mala sangre con ellas. Pero la de doña Zulmira vale la pena. Tiene una buena construcción y el terreno está plantado. Se quiere deshacer de ella para donar el dinero a la iglesia. Tiene miedo de que si ella muere, el sobrino haga como los parientes del finado Lito, que llevaron el caso a la justicia, debido al testamento por el cual él le dejó todo lo que tenía al cura, para que pudiera dar misa. No sé quién aconsejó a doña Zulmira vender la casa y dar en seguida el dinero a Nossa Senhora de Sant'Ana. La viejita sólo ocupa un pedazo de la residencia: un cuarto, la cocina y el baño, el resto está clausurado. Se debe de estar arruinando.

—¿Y ella dónde va a vivir?

—Tiene otra casita, pequeña, sin alquilar. Va a vivir allí.

—¿Usted no sabe cuánto quiere?

—Ya le digo —Modesto Pires va a buscar un portafolios, retira un papel—. Aquí está la cantidad, escrita por ella.

—¿No es barato?

—Tal vez para usted. Para Agreste es razonable. No digo que sea cara, pero esa casa aquí no tiene valor. Fíjese por la calle: hay tantas abandonadas, en ruinas… Como dice mi hija Teresa, la que vive en Curitiba; Agreste es un cementerio.

—¿Un cementerio? Si Agreste, con el clima que tiene, con esa cantidad de frutas y pescados, con esa agua santa es un cementerio, ¿qué se puede decir de São Paulo?

—São Paulo, doña Antonieta, es todo grandeza, con aquel parque industrial, aquel movimiento, aquellos edificios, toda una potencia. ¡Pero qué idea la suya, comparar Agreste con São Paulo!

—No estoy comparando, don Modesto. São Paulo es la ciudad ideal para quien quiere ganar dinero. Pero para vivir, para descansar y gozar de un poco de sosiego, cuando ya nos cansamos de trabajar y de ganar dinero…

—¿Y hay quien se canse de ganar dinero? Dígame, doña Antonieta, porque yo no conozco a nadie.

—Sí lo hay, señor Modesto.

—Tieta piensa en madame Georgette, dejando el negocio de lado y embarcándose para Francia, en el auge de su éxito financiero.

—Pues yo no lo creo, perdóneme. —Cambia de tema—. Supe que usted mandó telegramas a São Paulo para que la Hidroeléctrica nos mande luz.

—Telegrafié a dos amigos de mi finado marido, puede ser que dé resultado. Creo que me estiman.

—¡Dios lo quiera! Están diciendo por ahí que uno de los dos es el doctor Ademar. ¿Es verdad?

—Sí. Lo he tratado mucho y le conseguí unos cuantos votos para las elecciones. Felipe no lo votaba, cosas típicas del paulista que se siente noble. Pero se llevaban muy bien y conmigo siempre fue muy atento.

—Para mí —sentenció el dueño de la curtiembre—, es un gran hombre. Roba, pero da provecho. Si todos fueran como él, seríamos rivales de los Estados Unidos. ¿No le parece, doña Antonieta?

—Soy una ignorante en esos tejes y manejes políticos; don Modesto. Pero sí le digo que tener amigos es una gran cosa. Por suerte yo los tengo.

—Si usted consigue la luz de la Hidroeléctrica, el pueblo la va a entronizar en el altar mayor de la Matriz, junto con la Senhora de Sant’Ana.

—¡Qué idea tan descabellada! —Antonieta ríe a las carcajadas.

DONDE TIETA RECHAZA LA OFERTA DE DOÑA ZULMIRA Y EN CAMBIO SE ENCUENTRA CON UNA PROPUESTA SUYA RECHAZADA POR EL PADRE, POR EL CUÑADO Y POR ELISA, ¡POBRE ELISA!

Alguien, cuyo nombre no interesa, había aconsejado a doña Zulmira vender la casa y colocar el dinero en el necesitado altar de la iglesia, libre de impugnación, lo cual le aseguraría un lugar en el cielo, a la derecha de Dios y entre los más justos. Quién sabe si no fue la misma voz divina que le aconsejó pedir a la ricachona de São Paulo, el doble del precio propuesto a Modesto Pires. Por primera vez funcionaba en Agreste una oficina inmobiliaria.

Si Antonieta no hubiese sabido el precio anterior, tal vez ni habría discutido, pues aunque fuese el doble, la vivienda era amplia y fresca, estaba ubicada en el centro del

terreno, con jardín y árboles, no le parecía cara. Sin embargo tenía terror a ser explotada. Sabía cuál era el valor del dinero. Era generosa, pero no derrochona. Perpetua se engaña al juzgarla. Había pasado de las suyas, conserva vivo el sabor amargo de la miseria. Lo que a duras penas pudo juntar le costó esfuerzo, habilidad, tacto y malicia, no piensa desperdiciar su peculio. Muerto Felipe, la fuente se secó. Rechaza la propuesta de doña Zulmira, ofrece la misma cantidad pedida a Modesto Pires. Todavía no tuvo respuesta.

En esa luna de miel con su familia se da cuenta de los intereses encubiertos de cada uno, de la mayor o menor avidez que los mueve, sólo escapan de ello los sobrinos, todavía puros, fuera del mezquino círculo donde se mueven los demás. Los parientes se aprovechan de ella mucho más que los mendigos.

Como le preocupaba que Asterio tuviese que pagar alquiler, había propuesto que una vez comprada la casa de doña Zulmira u otra semejante, con las mismas comodidades, los dos matrimonios podrían vivir juntos: el padre y Tonha, Asterio y Elisa. Por separado, consultó a unos y otros.

—No, querida, ¡no me obligues a eso! —el viejo golpea el bastón en el piso, larga una escupida negra, de tabaco mascado—. Elisa no piensa más que en modas y figurines y pone la radio a todo lo que da. Y aquí. Entre nosotros, Asterio no vale ni un pedo. Tengo que estar controlando que no toque el dinero que tú me mandas. Pero ya que no hay otro remedio, si te parece, me voy a vivir con ellos. Pero ten piedad de tu padre, evítale ese disgusto. Podría ser mi fin.

Tieta termina riéndose, ¿qué otra cosa puede hacer? El *Viejo*, fuerte, sano y mandón se hace el débil y humilde para no vivir con la hija y el yerno.

—¿Y si fuese con Perpetua, usted aceptaría, papá?

—¡Dios me libre y guarde, hijita! Antes de eso prefiero morir. Prefiero que me claves un puñal en el pecho, antes de pedirme eso.

—Usted no tiene arreglo.

—Contigo podría vivir, querida. Tú eres recta, saliste a mí. Nos llevaríamos bien.

La reacción de Asterio y Elisa no es menos categórica:

—Mientras podamos pagar el alquiler, Elisa y yo preferimos vivir solos. No es por Tonha, pero Zé Esteves es un hueso duro de roer. Además se la agarró conmigo, se disculpa Asterio.

—Papá te trata bien sólo a ti, con nosotros anda a las patadas. ¿Te imaginas viviendo todos en la misma casa? ¿Quieres que te diga una cosa, querida? Yo no tengo ganas de tener casa propia en Agreste. Es más, prefiero no tenerla.

Tieta no preguntó por qué. Sonrió a su hermana, pobre Elisa.

—Si es así, no se habla más del asunto.

OTRO FRAGMENTO DE LA NARRACIÓN, EN EL CUAL DURANTE EL LARGO VIAJE EN EN COCHECAMA, DE LA CAPITAL DE SÃO PAULO A LA DE BAHÍA, TIETA RECUERDA Y CUENTA EPISODIOS DE SU VIDA A LA BELLA LEONORA CANTARELLI.

—Cuando me di cuenta de la intención de Jarbas: quería que yo trabajara de puta para quedarse con la ganancia y poder sustentar sus placeres, me dio una rabia bárbara, casi me vuelvo loca. Lo más difícil fue arrancar ese amor clavado en mí, en todo mi cuerpo. Me había enamorado, estaba totalmente entregada. Por primera vez no era sólo por el placer de la cama, era algo diferente y tan lindo…

Jarbas *la Comparsita* subsistía con razonable desahogo gracias a su físico de gigoló latinoamericano que filma en Hollywood. Esbelto, con cuerpo de torero, cabellos negros y lacios a fuerza de brillantina, bigotito, uñas manicuradas, una larga boquilla y ojos fatales. Por todos lados las laboriosas trabajadoras estaban reunidas en cooperativa para sustentar los gastos del galán. Cuando era necesario, las amenazaba o les daba unas cachetadas. Lo importante era recolectar lo suyo. Pero para llegar a buen resultado, era indispensable que la obligación estuviese precedida de palabras dulces y conquista, hasta que la recluta llegase al delirio: haz de mí lo que quieras, mi amor. Jarbas poseía una voz agradable, cantaba tangos y a veces decía que era argentino.

Cuando se le declaró a Tieta y le habló de amor, diciéndole que estaba dispuesto a vivir con ella para siempre, y consideró las ventajas de dinero e importancia social, no fue la perspectiva de largar la calle, tener marido e hijos lo que la arrojó en sus brazos.

—Yo no pensaba en nada de eso. Estaba loca por él, no hacía falta que me prometiera cosas. Si me hubiese llevado a vivir con él, en una casa que fuese nuestra, me hubiera sentido reina, estaba más que bien. Pero si hubiese querido visitarme por las noches, después de sus ocupaciones, para acostarse conmigo y hablar de cualquier pavada, tomarme la mano, decir palabras dulces, cantar en mi oído derritiéndome toda, eso me hubiera bastado. Estaba ciega de amor.

Cuando ellas estaban prendidas sin remedio a la melosa labia y a su innegable competencia en los embates de alcoba, entonces Jarbas decretaba la ley, dictaba los ítems del reglamento financiero de la pareja: para él, como mínimo, un setenta por ciento de las ganancias diarias. Gigoló de tal *status* no puede ser barato. Empéñate en el trabajo, nada de perder el tiempo, ¡puta de mierda!

—Yo estaba enceguecida, apasionada al máximo, viviendo el más violento de mis amores y hasta había comenzado a acariciar la idea de vivir con él, largar el oficio, ser como la gente, ¿te imaginas? Fueron todas triquiñuelas para hacerme entrar. Después, era igual a los tangos que cantaba, la comparsa de miserias sin fin, y ahí comprendí el porqué. Me dio rabia contra él y contra mí. Antes de que terminara de hablar, agarré saco y pantalón, camisa y corbata, tiré todo en el corredor: fuera de aquí, ¡mierdón!

Jarbas no esperaba semejante revolución y furia. Sólo de vez en cuando algún gesto de disconformidad o llanto. Poca resistencia. En seguida empezaba con su labia, intimidación, violencia y en último caso consuelo y argumentos decisivos. Pasó por toda la escala con Tieta y perdió su tiempo.

—Primero se hizo el manso, después me gritó y hasta me levantó la mano. A mí qué me hacía, ¡imagínate! Yo, acostumbrada a andar con cabras y chivos, Tieta de Agreste, curtida en el mar de Mangue Seco. Me di cuenta de que su pelo no olía, apestaba a brillantina. Se fue corriendo. Pero, después que se fue…

—¿Qué pasó, madrecita?

—Lloré como una cabrita destetada. No por él sino por la decepción, por mis sueños inútiles. No hay nada peor que soñar, querida.

—Yo sueño tanto…

—Quien sueña, paga caro. Lo bueno es querer. Empecé todo de nuevo, ese favor se lo debo a Jarbas *la Comparsita*. Me dije a mí misma: seguiré siendo puta, pero de alto nivel. A partir de ese momento llegué a lo que soy.

—¿Nunca más te enamoraste, madrecita?

—Pasión como aquélla, de perder la cabeza, nunca. Querer, quise a algunos. Sobre todo a Felipe.

Después que Felipe murió, Tieta no había retirado el pijama y las chinelas del cuarto, como si él pudiese volver en cualquier momento y de sorpresa, como siempre, para besarla y sonreír.

—Con Felipe fue distinto, duró casi veinte años. Cuando me conoció yo todavía era joven y medio traviesa.

—Él estaba loco por ti, madrecita.

—Él encontraba en mí el otro lado de la vida, alegría, descanso. Yo tampoco sé definir mi sentimiento. Amor, amistad, gratitud, mezcla de las tres cosas. Por eso vine, porque él murió y me quedé sola de nuevo, como al principio. Para atar las dos puntas del ovillo y hacer un nudo, unir el principio y el fin.

—¿El fin, madrecita? ¿Tan joven, tan linda y con tantos pretendientes?

—No estoy hablando de eso, todavía no se apagó el fuego, ¿se apagará algún día? Creo que sólo con la muerte. Quiero sumergirme en lo que fui, saber cómo sería si me hubiese quedado en Agreste en vez de ir a São Paulo. Quiero bañarme en la Bacia de Catarina, en el río, enterrar los pies en la arena de las dunas de Mangue Seco. Sólo eso. Y que tus pulmones se llenen de aire puro para que se cure tu anemia.

—Madrecita, ¡eres tan buena!

—¿Buena? Soy buena y mala; cuando estoy con rabia no hay quien me aguante, soy una perra.

—Ya fui testigo, madrecita. Pero la rabia pasa y lo que queda es la bondad.

—Aprendí sufriendo. Algunos cierran el corazón, otros lo abren, el mío se abrió de par en par. Porque encontré a Felipe. Si no lo hubiese conocido, tal vez sólo habría crecido maldad en mí, engordando en la amargura. Para serte sincera, no lo sé. Dicen que soy mandona.

—Creo que ya naciste como eres, madrecita. Naciste para ser pastora y cuidar tu rebaño.

DEL BAÑO EN EL RÍO CON LOS SOBRINOS, EL ATREVIDO Y EL RECATADO.

Tieta se divierte con los sobrinos. Peto es un travieso o atrevido, se lo pasa rondando alrededor de ellas, la tía de São Paulo y la bella hijastra, cuando no está en el bar, aprendiendo lo que no debe. ¿Lo que no debe?

—Este chico es mi cruz. Lo castigo, le doy con el cinto y nada. En vez de estudiar, se lo pasa en el bar aprendiendo porquerías… ¡qué disgusto! —Perpetua se siente herida al constatar la ausencia del menor.

—¿Porquerías? —a Antonieta le encanta provocar a su hermana y escandalizarla —. Deberías saber que esas cosas se enseñan en los colegios y leí en el diario que va a ser obligatorio, desde la primaria.

—¿Qué? ¿Obligatorio?

—Clases de educación sexual para niños y niñas.

—¡Dios mío! —se hace la señal de la cruz, toma el rosario, el mundo está perdido.

Aparece Peto, feliz de la vida, con aire despreocupado, sus ojos se deleitan en los pechos que asoman, en las piernas y muslos a la vista; se va a indigestar, Tieta sonríe. Viene para recordarles que habían programado ir a bañarse al río esa mañana. Perpetua ordena a Ricardo que se prepare para acompañar a la tía. Irán a la Bacia de Catarina.

En el camino, cargado con los instrumentos de pesca, Peto conversa con Leonora:

—Mamá dice que eres mi prima, ¿es cierto?

—Claro que sí, Peto. ¿Estás contento de tener una prima tan feúcha?

En el bar, Peto oye a Osnar cuando provoca a Seixas, que está siempre ocupado en llevar a sus primas al cine, a bañarse al río, a pasear. Son varias: Maria das Dores de allá, mi prima Lourdinha de acá, mi prima Lalita llegó del campo. Osnar canturrea cierta melodía italiana que dice: *Come prima*… quien tiene prima, come prima. Aplicado, Peto se educa en el bar.

—Contento, por demás. ¿Dices que eres feúcha?, —la mirada atrevida atravesando la salida de baño—. Eres despampanante. Don Ascanio está enamorado.

—¿Quién?

—Muerde aquí —extiende el dedo meñique—. No me vas a decir que no lo sabes, ¡caramba!

Mezcla las expresiones de su tierra con el *gíria*[29] que oye por radio, fanático de los programas para gente joven. Tieta y Ricardo quedaron atrás.

—Me encanta la tía.

La Bacia de Catarina es una pequeña ensenada en la curva del río, donde las márgenes se separan a mayor distancia. La corriente serpentea entre piedras, guijarros y rocas, aguas claras, límpido abrigo. De allí puede verse el embarcadero, los barcos, las canoas, la lancha de Eliezer. En las márgenes, escondidos entre las rocas, están los discretos rincones que ocultan amores; el pasto está aplastado por el peso de los

cuerpos.

Antiguamente había horarios, para que los hombres y las mujeres se bañaran separados en la Bacia de Catarina dos veces por día, por la mañana y por la tarde. Cuando aparecieron los trajes de baño y la evolución de las costumbres —las costumbres evolucionan también en Agreste— desaparecieron los horarios y la separación. Por la mañana temprano se puede encontrar a don Edmundo Ribeiro, Aminthas y Fidelio. Seixas que generalmente anda de juerga con Osnar hasta el amanecer, llega más tarde, acompañado por sus primas. Las lavanderas friegan la ropa en las piedras. Cuenta la leyenda que Catarina fue lavandera en serio:

Por ahí anda Catarina
Con su bacia
El patrón atrás.
El agua está fría
Caliente la bacia
De Catarina.

A eso de las seis aparece Carol, pasa en silencio, sin hacer caso a nadie, todos la espían. El agua está fría y la *bacia*[30] caliente, en la de Carol sólo entra Modesto Pires, ¡qué despropósito!

Antonieta y Leonora, ambas vestidas o mejor dicho desvestidas con diminutos bikinis, se acuestan sobre las piedras.

Extendidas de espaldas, se desabrochan los corpiños para quemarse mejor, hay cada cosa prohibida, digna de verse. Ricardo se zambulle y se va nadando lejos. Peto tira el anzuelo bien cerca, aprovecha, los ojos van y vienen. El mejor baño es a la noche, bajo la luna. Cuando haya luna llena vendrá con Ascanio, ya quedaron así.

Tieta admira a Ricardo, que nada dando enormes brazadas, zambulléndose, cruzando el río, todo un joven atleta, de cuerpo moreno, musculoso. Alguien se acerca, se acuesta sobre las piedras: es doña Edna, les desea buen día. Está acompañada por Terto, su marido, aunque no lo parezca. Ricardo llega desde la ensenada, Tieta acompaña la mirada de doña Edna que envuelve al muchacho; a la muy puta le deben de gustar los niños, ahí está mordiéndose el labio, inferior. ¿No se da cuenta de que todavía no está a punto, que está demasiado verde? Descarada, sin vergüenza. Ricardo se acerca, sale del agua, se sienta en las piedras al lado de su hermano, sonríe a su tía y a Leonora. Doña Edna, atrevida, dice:

—Buen día, Ricardo.

—Buen día, doña Edna, no la había visto.

—¡Qué bien que nadas!

—¿Yo? Peto nada mucho mejor.

También doña Edna se bajó los breteles del traje de baño y Ricardo desvía la vista mientras Peto mide y juzga. No hay comparación posible las tetas de la tía y de la prima ganan por lejos y dan ganas de besarlas. Tieta sigue la escena, se echa de costado, apoyada sobre un codo. Casada y puta, esta doña Edna. Y el marido ¡qué flor

de cornudo! ¿Antonieta está enojada? ¿Se volvió puritana o protege la integridad de la familia y de la iglesia? El sobrino no está a punto, ni siquiera maduro.

Peto, travieso, osado, sin noción de respeto, toca el brazo de Ricardo y le dice en secreto:

—Los pelos de la tía se salen del bikini.

—¿Los pelos?

—Los de abajo, espía. Los pelos.

Ricardo no espía; mira a su hermano con severidad, como censura y advertencia, se tira al río nuevamente. Peto no le hace caso; Cardo está fuera de onda, es un anticuado.

Mientras pasa crema por la espalda de su esposa —el marido debe de ser medio sirviente— Terto se dirige a Tieta:

—Es verdad, doña Antonieta, que usted…

—Telegrafié, es verdad. ¿Usted hizo alguna apuesta? ¿Cree que va a haber luz o no?

—Yo no aposté, ¿de dónde voy a sacar dinero para apostar? Edna cree…

A Antonieta no le interesa la opinión de doña Edna. ¡Vagabunda! Se prende el corpiño; durante la operación, los pechos aparecen duros, opulentos, no como esos flanes que doña Edna se obstina en exhibir. Se pone de pie, de un salto se zambulle en las aguas de la Bacia de Catarina y con enormes brazadas se dirige adonde está Ricardo, en el medio del río. Peto larga caña y anzuelo y convida a Leonora:

—¿Vamos?

Doña Edna estudia al muchacho, seguro que todavía no se le para el pito.

DEL MASAJE CON ORACIÓN.

Ricardo se tira al agua y huye en las aguas del río. También se zambulle en las hojas del libro, a la hora de hacer los deberes, después el paseo, el fútbol, la pesca; el baño diario es antes de almorzar. Cuando vuelve del baño, chorreando agua, la tía se sienta frente al *toilette*, delante del espejo, toma dos tubos de crema, los potes, los frascos. El perfume fluctúa, se expande e invade las fosas nasales del muchacho. Del sobrino mayor, tan atento y recatado. Siempre dispuesto a obedecer a la tía y a la prima —Perpetua le recuerda: no olvides que Leonora es tu prima— pero no las sigue, no espía contornos y volúmenes, con ojos pícaros, como el menor. Al contrario, aparta la vista, la desvía para otro lado cuando un seno aflora o una sombra se ilumina bajo *robes* y *shorts*.

Se hunde en los libros, huye gracias a los abstractos teoremas de álgebra. Necesita mantenerse atento, no se debe distraer, pues ni bien lo hace, los ojos rumbean al cuarto donde la tía, de puerta abierta y sin ningún cuidado, se embellece. Si espía a la tía, tiene absoluta seguridad de que cometerá un pecado mortal. ¿Y cuando ve sin

querer? A pesar de sus esfuerzos, a veces es imposible no ver los atributos en exposición.

Pensar es peor que ver. No había visto los pelos de la tía; cuando Peto se los hizo notar, se tiró al río. Pero cuando estaba nadando se los imaginaba. Todo el mundo imagina sin querer, aunque no quiera, es la manera por la que Dios pone a prueba la fe, el celo de los elegidos. Hay que controlarse; vencer los malos pensamientos.

¿Y los sueños? Eso sí que no se puede controlar. Cosme, un asceta, lo había puesto en guardia contra los sueños, en ellos el demonio tienta a los hombres, ni los anacoretas se escaparon. Se puede pecar durmiendo. Cosme aconseja desparramar granos de trigo o *feijão* sobre la sábana, acostarse encima, para castigar la carne. En la hamaca es imposible.

En la hamaca, entre sombras, oye y percibe a la tía, en su *toilette* nocturna, mientras se quita el maquillaje. Con cerrar la puerta no resuelve nada, al contrario. Con la puerta abierta todo se reduce a pequeños ruidos de potes y frascos, limitadas muestras, vislumbra algunas formas que surgen de la robe. Pero su imaginación no tiene límites, cuando cierra la puerta la bata se abre entera y ¡el camisón es tan corto! Sólo las oraciones pueden desviar vista y pensamiento.

De cualquier manera, ya sea de día o de noche, el combate con el diablo es arduo, sólo con la ayuda de Dios puede vencer. En su pupitre, antes del almuerzo, trata de sumergirse en el estudio de las matemáticas o la historia, mientras, en el cuarto de enfrente, la tía se pinta y se perfuma. Los teoremas de álgebra, los navegantes portugueses. Es imposible concentrarse, el perfume despertó sus sueños en el seminario y aquí lo deleita.

—¡Cardo!

—¿Qué, tía?

—¿Estás ocupado?

—Estoy estudiando, es mi hora. Pero si quieres algo.

—Sí, ven aquí.

Ricardo deja el libro, entra en el cuarto.

—Pásame crema sobre los hombros y hazme un masaje, con la mano abierta —aprieta el tubo, le pone la crema en el hueco de la mano—. Primero la desparramas y después me masajeas con las manos y los dedos.

Se baja la bata, exhibe su espalda desnuda; con la mano, la sostiene sobre los senos, así está presentable, menos mal. Se curva para facilitar la tarea del sobrino. Ricardo desparrama la crema y comienza, medio torpe, a refregarle los hombros. —En la espalda, hijo.

Éste no tiene maldad, si fuera el otro, ya estaría tratando de ver la curva del busto a través de las puntillas. El muchacho siente el dulce aroma de la crema, la suavidad de la piel. No puede taparse la nariz ni retirar las manos. Siente, sin querer sentir. Está poseído por el demonio, lo siente en los dedos, en la nariz. ¿Qué hacer, Señor? Rezar, ésa es el arma que Dios entregó a los hombres para vencer las tentaciones, para

derrotar al enemigo. Padre Nuestro que estás en los cielos…

—Fuerza, mi amor.

Antonieta se inclina aún más, la mano ya no sostiene la *robe*. Ricardo desvía la mirada pues un seno, suelto, surge entero, moreno, voluminoso. ¿En qué parte de la oración paró? No nos dejes caer en la tentación…

—Basta, querido, muchas gracias.

Al agradecer, se da vuelta mientras sonríe y sorprende al sobrino moviendo los labios.

—¿Qué estás haciendo? ¿Rezando?

Larga una carcajada, Ricardo se muere de vergüenza, está todo colorado de irritación.

—¿Tienes miedo de mí? No soy el diablo.

—¡Oh!, tía.

—Hacer masajes en la espalda de la tía no es pecado.

—Ni lo pensé. Tengo la costumbre de rezar mientras hago algún trabajo manual. —Para peor, miente.

—Entonces dame un beso y ve a estudiar.

El menor no la besaría con ese rozar de labios en la mejilla.

Peto es un peligro. Ni Tieta tenía semejante desparpajo a los doce años, ni tanta urgencia.

DE LOS ALEGRES DÍAS CASI TOTALMENTE LIBRES DE PREOCUPACIONES.

El programa de festejos continúa y se intensifica. Días alegres, despreocupados, felices; días para pasear, charlar, quedarse tirado en la hamaca, oyendo el canto de los pajaritos en infinita paz.

Mientras oye el gorjeo del pájaro *sofrê*, acostada en la hamaca que está en la terraza, Leonora Cantarelli se pregunta cómo es posible que la vida sea tan maravillosa. En un momento dado, Ascanio pasa para desearle buen día. Sigue camino hacia la Municipalidad. Según cuenta, en el pueblo hierven las discusiones sobre el problema de la electricidad: ¿Tieta obtendrá o no la instalación de los postes de la Hidroeléctrica a través de sus relaciones paulistas, aquellos políticos mandones? Unos dicen que sí, otros que no, los últimos son mayoría. Nadie duda de la riqueza y de la importancia social de la viuda del comendador Cantarelli, pero de ahí a mover a gente tan importante como el gobernador y los senadores, hay mucha distancia. De cualquier manera, es un tema interesante para conversación, debates, para matar el tiempo y las largas horas que se arrastran. Dichosas, en la opinión de Leonora.

Después de saludar a las señoras y comentar la polémica de la luz eléctrica, Ascanio se dirige al trabajo. Leonora, con el rostro encendido, la cabellera rubia, la risa de cristal, finísimo cristal de baccarat para los oídos del joven, le hace adiós con

la mano desde la puerta de la casa. ¿Adiós? Hasta luego, hasta dentro de poco, pues él pasará de nuevo, medio tímido, con recelo de ser inoportuno. Pero si demora en llegar, Leonora protesta, su queja es dulce:

—¿Por qué demoraste?

—Tengo miedo de parecer pesado.

—Si repites eso, me enojo.

Habían subido y bajado el río en la canoa de motor del comandante, lenta pero segura, en la lancha de Eliezer y en el bote veloz de Pirica. Siempre con una numerosa y alegre comitiva. Finalmente el sábado irán a Mangue Seco, Tieta y Leonora serán huéspedes de doña Laura y el comandante Darío. El secretario de la Municipalidad, restablecido, por lo menos en apariencia, del viaje a Paulo Afonso, anuncia a la bella Leonora Cantarelli:

—Ya tomé las medidas necesarias para que haya una luna deslumbrante para ti. ¿Sabes que no hay cosa más linda en el mundo que una noche de luna llena en Mangue Seco?

—Tiene que ser una luna maravillosa, si no, no acepto.

—Quédate tranquila, se lo encomendé a San Jorge.

Una luna para enamorados, eso es lo que ella querría decir, pero se contiene, todo es demasiado nuevo e inesperado, es un antiguo sueño que de súbito se hace realidad. Demasiado tarde. A Ascanio también le gustaría decir: encargué una luna para enamorados, pero ¿.de dónde sacar coraje? Es un pobre y vulgar empleado municipal, ¿cómo elevar sus ojos a la millonaria heredera? Ni en sueños. Igual piensa Leonora, piensa Ascanio, son días plenos, venturosos, benditos. Lo mejor es no pensar.

A mitad de semana, fueron a comer a casa de doña Milu. Doña Carmosina había anunciado un extraordinario menú, una omnipotencia de platos de la más alta calidad, para deleitar al paladar más fino del sur. Leonora nunca había oído hablar de la mayoría de esos bocados.

En la sala repleta de *bibelots*, recuerdos de una época de abundancia —abundancia de los Sluizer, consumida por el finado Juvenal Consolação, amigo de lo bueno y lo mejor, sólo quedaron los *bibelots* y el tenaz amor a la vida de la madre y la hija—, Leonora pregunta a Ascanio:

—¿*Teiú*? ¿Qué bicho es ése? ¿Es un ave?

—Un lagarto.

—¿Y se come?

—Es una delicia. Es más rico que pollo. Ya lo vas a probar.

Doña Milu viene de la cocina y anuncia:

—La *carne-de-sol* ya está casi lista, el *pirão* de leche también. La fuente de *maturi* ya se está dorando al horno.

Leonora se acuerda de otra conversación y pregunta:

—Hablando de comida, madrecita, ¿cómo se llama aquel dulce de banana que comimos en lo de doña Aída? Dijiste que me lo dirías…

Risas maliciosas, Ascanio lleno de vergüenza, Perpetua frunce el entrecejo; quien explica todo es la dueña de casa, doña Milu, la edad concede privilegios:

—Dulce de puta; hija mía. Dicen que en todos los prostíbulos hay de ese dulce. ¿No es así, Osnar?

—¿Justo a mí me pregunta, mariscala? A mí que no me gustan los dulces y no frecuento esos lugares… pregúntele al teniente Seixas que es cliente… —Además de libertino es cínico.

Comida de muchos invitados: las homenajeadas, Perpetua, Elisa y Asterio, Barbozinha, Ascanio, la patota del billar. El comandante y doña Laura están en Mangue Seco.

Los platos se suceden, la fuente de *maturi* merece halagos, Barbozinha la proclama digna de un poema, por lo menos de un brindis, corre la cerveza la conversación se mezcla con travesuras, risas y algunos chistes de mal gusto. Estos últimos debidos a Osnar y a Aminthas, a propósito de la lírica melancolía en que se consumen Leonora y Ascanio: ella soñadora, él ansioso. Se retiraron a la terraza, quieren estar solos. Doña Carmosina, está enternecida, le encanta hacer de Celestina, quiere éxito total y casamiento —fiesta no muy frecuente en Agreste—. Sería tan lindo que todo saliese bien. Mientras él se recupere del golpe que le ocasionó Astrud, la víbora traicionera, y ella del fracaso de su noviazgo con el innoble cazador de dotes. Sería un cielo azul, sin nubes.

—No se queden ahí murmurando, cretinos. ¿No creen que es un lindo cuadro? ¡Ella es tan mimosa! —doña Carmosina señala a la pareja mientras entre suspiros mastica *teiú* y *maturi*—. Ascanio se ganó el primer premio en la lotería del amor.

—Lotería del amor, vulgarmente conocida como *golpe do bau*[31] —se burla Osnar—. En cambio, perdemos a nuestro futuro alcalde.

—No veo por qué.

—Coronela, por el amor de Dios… ¿Dónde está la riqueza? En São Paulo.

—Leonora ya dijo que esto le gusta más.

—Eso lo dice ahora, influida por la pasión. Después eso pasa. —Aminthas es escéptico, tal como corresponde a un humorista. —Noviazgo sin futuro, Carmosina. No van a seguir.

—Además la generala no va a dejar que su hijastra se quede aquí, aunque ella se lo pida. Si Ascanio quiere, va a tener que ir a São Paulo. —Osnar retorna. —¿Y quién va a ser alcalde? Si fueras tú, coronela, cuenta con mi voto.

La generala se empacha mientras oye sin prestar atención la conversación de Barbozinha, que se declara cocinero de primera; por otro lado, no existe profesión que él no conozca a fondo y ha ejercido todas a la perfección. Tieta aprueba con la cabeza o con monosílabos, mientras muy alarmada comprueba que está engordando, dentro de poco no le cabrán los vestidos. Le gustaría ser como Leonora que no engorda. Pasó tantas necesidades que quedó flaca para el resto de la vida. Busca a la hijastra con los ojos. Allá está, en la terraza, derretida al lado de Ascanio. Semejante

cabrita, sufrida y buena, merece más que nadie ser feliz. ¿Podrá Ascanio hacerse cargo de ello? Tieta cree que no. Aunque se lo propusiera, en Agreste sería imposible.

Doña Milu y doña Carmosina se unen a Tieta y al poeta:

—Nunca vi a nadie tan enamorado como Ascanio —doña Carmosina no piensa en otra cosa—. ¿Crees que Leonora le corresponde?

—No sé… ella sufrió mucho, ya te conté, Carmo. Tuvo un novio que lo único que quería era su dinero, doña Milu. Fue una decepción muy grande que la marcó hasta hoy.

Barbozinha confía en la fuerza del amor:

—Nadie muere de amor, de amor se vive.

—Sinvergüenza, después dices que te morías de amor por mí. Desencarnas y reencarnas con mucha facilidad.

—Vivo muriendo por ti, Tieta. Si leyeses mis versos, lo sabrías.

—Don Barbozinha es mejor cuando miente que cuando rima. No hay otro mentiroso que se le acerque por aquí —afirma doña Milu y cambia de tema—. ¿Y la casa, Tieta? ¿Encontraste otra a tu gusto?

Todos están al tanto de la sorprendente alza de precios ocurrida desde la llegada de las paulistas ricas.

—¡Son unos descarados! Como si yo fuese paulista y no hubiese nacido y me hubiera criado aquí, es una explotación. Pero si doña Zulmira baja el precio, termino comprando, es la casa que yo quiero. Vi otras, pero ninguna me gustó.

Salen tarde de la casa de doña Milu. Ascanio las acompaña hasta la puerta de la casa. Perpetua está muerta de sueño, habitualmente se va a dormir a las nueve de la noche y a las seis de la mañana está firme en la iglesia para la misa. Leonora, en las nubes, con una sonrisa embobada, los ojos en blanco, parece una cabrita tonta. Tieta se encoge de hombros: en el fondo no tiene mucha importancia, no se muere de amor, de amor se vive; Barbozinha tiene razón, alguien dijo que los poetas siempre tienen razón. Después de haber pasado lo que pasó, Ascanio no podrá hacerla más infeliz de lo que fue. Le costará algunas lágrimas en el viaje de vuelta y después el olvido.

Antes de despedirse, Ascanio asume un aire solemne, propone a doña Antonieta que sea madrina de la inauguración festiva del empedrado, del jardín y de los bancos de la Plaza Modesto Pires, antes llamada Plaza do Curtume; la curtiembre está muy cerca, en la orilla del río. Obra de la Municipalidad que contó con la ayuda de ese importante ciudadano: Modesto Pires había ofrecido los tres bancos de hierro. Agradecida y adulona, la Cámara Municipal decidió cambiar el nombre de la Plaza. La ceremonia será antes de Navidad y se exhibirán los *ternos de reis* y los *bumba-meu-boi* de Valdemar Cotó.

—Doña Aída, la mujer de don Modesto debería ser la madrina. Ella o bien… —se ríe a gusto, medio mareada, abusó de los licores— ...Carol, o las dos juntas para que no haya injusticias…

Ascanio se perturba, doña Antonieta le infunde cierto temor, nunca se sabe

cuándo habla en serio y cuándo no:

—Hay dos placas para ser descubiertas. Una, con el nuevo nombre de la plaza, quien va a tirar de la cinta es doña Aída. Pero la placa de las obras, en el obelisco, la más importante, yo quería que la descubriese usted. Se me ocurrió a mí y mi padrino, el coronel Artur, que es el presidente de la Cámara, estuvo de acuerdo. Me mandó a que la invitara en su nombre.

Tieta se tambalea después de tantos licores y brindis a su salud. Fue una noche encantadora, cálida, alegre. ¿Quién es ella para apadrinar la inauguración de una plaza pública? Acepta, conmovida.

—Aunque no den resultado, bastan los telegramas que mandó a São Paulo sobre la luz eléctrica. El gesto es valioso, vale la intención…

—Nada vale si no sirve para algo, mi querido. ¿Intención? ¿De qué, sirve la intención, por mejor que sea? En la vida sólo cuentan los resultados, créalo. Muchas gracias y buenas noches.

Deja a los dos en la puerta, se ríe sola, sin sentido.

DE LA EMOCIONANTE VISIÓN Y DE LA PESADILLA CON AZAROSO ÁNGEL.

Antes de acostarse, Tieta va al baño. Está risueña y se siente leve, medio borracha, casi en estado de gracia. Para que la noche fuera completa… bueno, dejemos eso de lado.

Lentamente anda por el corredor con la lámpara en la mano. Había comido como una cerda, ¿cuántos años hacía que no probaba fritada de *maturi*? Todos los platos estaban riquísimos, a cual más sabroso, de chuparse los dedos. ¿Cuántas veces había repetido? Todos engordaban. ¿Cuántas copas de licor de frutas —de *pitanga*, una maravilla; de grosella, exquisito; de rosas, perfumado; el indispensable licor de *jenipapo* y tantos otros—, todos embriagantes? Para completar la noche sólo falta… Cállate la boca, viuda alegre, más que alegre, libertina.

Frente al escritorio, a través del reflejo de la lámpara de mano, Tieta ve la hamaca donde Ricardo duerme. Espía desde la puerta, en la sombra distingue a su sobrino que ronca. ¿Qué es eso? Se adelanta un paso, entra. Alumbra y ve. Está todo desarreglado, el camisón se le subió hasta el pecho y no tiene nada debajo. Ella creía que estaba verde, que le faltaba mucho. Se había engañado, doña Edna tiene razón, zorra. Ya está a punto, y ¡cómo! Es desmesurado, ¡Dios mío!

¿Con quién sueña el seminarista que está tan bien armado? Seguro que no ha de ser con los santos. Semejante tesoro tan a mano y prohibido para ella, ¡qué horrible injusticia! No sabe bien por qué es un fruto prohibido, pero debe de existir alguna razón que la hace desviar la vista, dar la espalda y volver a la alcoba, con la lámpara encendida, tan encendida como ella misma. ¡Qué desperdicio!

Atiborrada, su sueño es agitado. Primero sueña con Leonora y Ascanio, los dos

huyen por las calles de Agreste perseguidos por el pueblo con Posidonio y Zé Esteves a la cabeza, éste último armado con su bastón. La pesadilla prosigue con Lucas que le enseña posiciones y deleites mientras Ricardo, de sotana y alas de ángel, sobrevuela la cama. Se sube la sotana y exhibe su miembro viril. Lucas desaparece. Como un ángel caído del cielo, el sobrino le propone masajearle el cogote con el magno instrumento. Pero cuando Tieta lo va a agarrar, los brazos no le responden, están prisioneros. El ángel ya no es Ricardo, es el chivo *Inácio*. Ella no pasa de una cabra en celo, saltando sobre las piedras.

CAPÍTULO CULINARIO DONDE EL AUTOR OFRECE COMO BRINDIS A LOS LECTORES, CON LA INTENCIÓN DE RETENERLOS, RECETA SECRETA DE LA FRITADA DE MATURI, ORIGINARIA DEL ILUSTRE «CORDON BLEU».

Como saben o no saben, *maturi* es el nombre dado a la castaña del *cajú*, cuando todavía está verde. Nosotros, que somos bahianos, mulatos gordos y sensuales, cultivados en el amarillo aceite de *dendê*, en la blanca leche de coco y en la fuerte pimienta, utilizamos *maturi* en un plato de sabor especial. Quiero decir, en más de uno, ya que con la castaña verde del *cajú* se puede preparar *moqueca* o fritada.

Aquí nos ocuparemos sólo de la fritada, bocado ofrecido por doña Milu a la paulista Leonora Cantarelli para enseñarle las delicias de Bahía. Quien condimentó el plato, y lo sirvió a punto fue Nice, que se lo pasó en el fogón a leña donde se rompe el alma trabajando desde hace cincuenta años. Pero la receta que vamos a transcribir pertenece a doña Indayá Alves, ilustre «cordon-bleu» de la capital bahiana, profesora de arte culinario, poseedora de una vasta teoría y una larga práctica. Ella me la dio y la ofrezco como brindis a los lectores. Mientras se chupan los dedos, después de deleitarse con el sublime manjar, tal vez lleguen con más facilidad a las distantes páginas finales de este extenso folletín. Estamos en la era de la propaganda, del arte supremo de la publicidad, vivimos bajo sus reglas y una de ellas, la más probada, recomienda distribuir brindis entre la clientela, es un irresistible reclamo.

A Fulvio D’Alambert, camarada y amigo, casi le da un infarto:

—¿Receta de comida? ¿Así nomás? Por lo menos para mantener las apariencias la puedes insertar en un diálogo vivo y pintoresco entre la muchacha y la cocinera, durante el cual esta última le da la receta y de tanto en tanto es interrumpida por la paulista con preguntas y exclamaciones. Al final, ¿qué pretendes endilgamos? ¿Una novela o un libro de cocina?

—¡Qué sé yo!

La literatura tiene cánones precisos y si la queremos ejercer debemos respetados, en la opinión del erudito D’Alambert. Yo lo dudo —y si los tuvo ya no los tiene—. El otro día, un joven y genial director de teatro, buen mozo y mimado de la critica, me explicó que el texto es el elemento de menos valor en una pieza y cuanto menos el espectador lo oiga, mejor para la comprensión y calidad del espectáculo, Frente a lo

cual, me atrevo inmediatamente a transcribir la receta de la especialista en coco y aceite de *dendê*.

Ingredientes:

dos tazas de maturi;
cuatro ristras de camarones secos;
cuatro cucharadas (de sopa) de aceite (de soja, de maní o de algodón);
tres cucharadas (de sopa) de aceite dulce, digo
de aceite de oliva, portugués, italiano o español;
tres tomates;
un pimiento;
un coco grande;
una cebolla grande también;
una cucharada de extracto de tomate; seis huevos;
cilantro y sal a gusto.

Hierva los maturis y condiméntelos con ajo, sal y extracto de tomate. Ponga los camarones en remojo durante algún tiempo, después límpielos y páselos por la máquina de picar junto con el cilantro, el tomate y el pimiento.

Ponga las cebollas a rehogar en una cacerola con aceite. Agregue los maturis y los camarones secos pasados por la máquina, con los condimentos. Deje que se concentre. Luego coloque la pasta de medio coco rallado de costado —de costado, el detalle es importante si quiere que la pasta del coco rallado sea como una crema— y la leche de la otra mitad, extraída del bagazo con ayuda de media taza de agua. Deje cocinar un poco y agregue el aceite dulce y los tres huevos batidos, primero las claras, después las yemas. Póngales un poco de harina de trigo a los huevos. Pruebe para ver si está a gusto.

Por fin, cuando todo esté suficientemente cocido, colóquelo en una asadera untada con aceite y cúbralo con tres huevos batidos, clara y yema juntos, y espolvoree con harina. Ponga a dorar en horno caliente. Retire el manjar de la asadera sólo cuando se haya enfriado.

Ésta es la codiciada receta. Lo difícil es obtener los *maturis*, no están en venta. Si el lector se los pidiese a Camafeu de Oxossi o a Luiz Domingos, hijo de la finada María de São Pedro, ambos establecidos en el Mercado Modelo de Bahía, tal vez uno de ellos los obtenga y pueda proporcionarle uno o dos puñados de castañas verdes y tiernas con gusto a virgen.

Lo más difícil será dar el punto justo, el divino paladar. Por más correcta que sea la receta, por más que se respeten las leyes culinarias, todo depende del talento y del oficio de la cocinera, del maestro de cocina, del cordon-bleu —igual que en literatura.

Lo mejor, lo más seguro, es encargar el plato a Indayá, recibirlo ya listo y deleitarse. Prometí un brindis a los lectores, ofrezco dos, y ambos gratuitos: la receta y el consejo.

DONDE LA TRANQUILA LEONORA CANTARELLI ANUNCIA UNA IMPORTANTE DECISIÓN.

Tieta, Leonora y Peto se embarcaron el sábado por la madrugada en la canoa del comandante Darío que los vino a buscar y dejó a doña Laura medio dormida en la Toca da Sogra: al despertarse se va a encargar de los preparativos para recibir a las visitas. Para el almuerzo, habrá *moqueca*, hecha con pescado fresco, recién sacado del agua.

Los demás irán el domingo, el sábado es un día en que todos están muy ocupados en Agreste. Ricardo va a misa, Asterio se queda en la tienda, Elisa en la cocina, Ascanio en la Municipalidad donde atiende hasta el atardecer a la gran multitud del interior del municipio. Doña Carmosina espera la «marineti» para distribuir diarios y revistas, entregar y recibir cartas, leer y redactar algunas, a pedido de campesinos analfabetos. Para la gente de pueblo y de campo, el sábado es el día de hacer compras, de quejarse, de protestar y de elevar pedidos a la municipalidad, de escribir a los parientes que emigraron al Sur.

Doña Milu irá con doña Carmosina, y llevará comida, que junto con la de doña Laura servirá para hacer un picnic a la sombra de las palmeras. El vate Barbozinha iría también si estuviese mejor del reumatismo que lo castiga por su manía de andar despierto hasta altas horas de la noche, sondeando el horizonte a la espera de platos voladores, de naves espaciales, de donde bajen seres de las más remotas galaxias, que vengan a visitar al gran maestro Gregório Eustáquio de Matos Barbosa, filósofo y vidente conocido en la inmensidad del sistema celeste. Últimamente recibió poderosas irradiaciones, anuncios de acontecimientos extraordinarios en un futuro próximo. De vez en cuando, en un disco luminoso o en la poco recomendable compañía de Osnar, Seixas, Fidelio y Aminthas desembarca el poeta en la casa de mala fama de Zuleika Cinderella, donde al compás de la música de viejos discos, se puede bailar con las muchachas. En la época bohemia y literaria de la capital, en compañía de Ciovanni Guimaraes, James Amado y, Wilson Lins, en el prostíbulo de Vavá o en el número 69 de la Ladeira da Montanha, el vate Barbozinha era apreciado por sus aptitudes de bailarín. Hoy, a pesar, de estar envejecido, medio lisiado, sigue destacándose en la cadencia de los pasos de un fox-trot o en los vaivenes de un vals, y todavía es aplaudido al bailar un tango.

Tieta y Leonora asisten al espectáculo del sol que nace sobre el río, la muchacha de São Paulo está callada, en su boca se dibuja una tenue sonrisa: el comandante la observa y percibe la emoción que la domina. Cuando él llegó y recorrió ese mismo camino, río abajo, no podía contener las lágrimas. Tieta tampoco habla, su cara refleja dolor. Sólo Peto agita el agua con las manos cuando no ayuda al comandante en las maniobras.

En la Toca da Sogra, donde doña Laura recibe a las visitas con agua de coco y pescaditos fritos en aceite de *dendê* —hay batida de *pitanga* y de *maracujá* para

quien quiera—, el comandante extendió sobre la mesa un rudimentario plano de los terrenos de propiedad de Modesto Pires, hecho por él mismo:

—Aquí está la Toca, nuestro terreno. Yo le aconsejo que compre éste de aquí, vecino al nuestro, en esa zona del *coqueiral*. Es la parte más linda y está protegida de la arena. Si quiere podemos ir hasta allá.

—Ahora mismo, vine para eso.

No fue para eso, fue para volver a ver las dunas y reencontrarse con ellas. Pero se contiene a propósito, retiene sus ganas de correr hacia esas montañas de arena, de subir hasta arriba y mirar la inmensidad. Con el comandante y Leonora, va a comprobar las ventajas del terreno, cuando regrese a Agreste lo comprará.

—Puede cerrar trato aquí mismo. Modesto y doña Aída están en la playa. Él me pidió que las invitara a su casa a tomar el aperitivo antes de almorzar. Es un poco más adelante, cerca de la aldea de pescadores.

—Todo es lindo acá. Nunca vi nada igual, dice Leonora cuando vuelve a la Toca da Sagra; doña Laura le pide que pruebe la *batida de pitanga*. —Gracias, doña Laura, más tarde acepto. Ahora, con su permiso, voy a caminar por la playa. —Tranquila y discreta, tan querida.

—Mira que no falta mucho para el almuerzo y antes, debemos ir a lo de don Modesto. La *moqueca* está casi lista, Grippa es especialista. —En la pequeña cocina. La gorda mulata sonríe mientras descarna los pescados.

—Vuelvo en seguida, sólo voy a dar una ojeada.

—Voy contigo. —Es la voz de Tieta que suena ronca.

Peto sale corriendo adelante, comienza a escalar las dunas, llega rápidamente arriba, se monta en una palma seca de coco, baja cabalgando velozmente. Invita a la tía y a Leonora. El viento sopla, la arena vuela en remolinos.

Tieta siente en el rostro la brisa del mar, con su inconfundible aroma. La arena fina, que viene desde el otro lado de la barra traída por el viento, penetra en sus cabellos. El sol le quema la piel. Ahí fue mujer por vez primera.

En Agreste, le había preguntado al árabe Chalita por el contrabandista. ¿Cómo, no te enteraste? Hace unos diez años, más o menos, murió de un tiro cuando la policía lo quiso agarrar en la villa de Santa Luzia. El muy valiente no se entregó, nunca encontraron su mercadería, o sea la prueba. Chalita se alisa los bigotes.

—Le gustaba llevar mujerzuelas a Mangue Seco. Y mocosas también. —Deja reposar en Tieta su mirada de sultán en decadencia. Entre ellos, ahí en la puerta del cine, el contrabandista revive por un instante.

Las dunas parecen crecer delante de las dos mujeres, Peto baja deslizándose en la palma de coco. ¿En cuál de esas dunas Tieta retozó en aquella lejana tarde del contrabandista? Leonora la interroga con los ojos, ella sacude la cabeza:

—Quién sabe… Siento algo adentro, Leonora. Es por estar otra vez aquí, con este viento en la cara y ese mar delante de mí. Es como si todo se hubiera corrompido en el mundo, y sólo quedara Mangue Seco, ¿me entiendes? Cuando llegues allí arriba,

verás.

Están cerca de la parte más alta, Peto las alcanza, Leonora apura el paso, los pies se entierran en la arena.

—¡Ah! ¡Qué maravilla! Eso no existe —exclama la muchacha paulista al divisar el paisaje ilimitado en su totalidad.

Busca a Tieta con los ojos deslumbrados por el sol y la ve erguida en el punto más alto, en el extremo de las dunas sobre el océano, envuelta por el viento, llena de arena, pastora de cabras delante de su cama de novia.

Leonora se le acerca y con voz entrecortada dice:

—Madrecita, no quiero irme nunca más de aquí. No voy a volver a São Paulo.

Peto las invita a cabalgar en una palma de coco para que puedan deslizarse, vengan a ver qué lindo es. El viento lleva las locas palabras de Leonora, Tieta no responde.

—¡Nunca más! —repite la muchacha.

Mejor sería ahogarse ahí, en las enormes olas, en el mar enfurecido.

DONDE TIETA COMPRA UN TERRENO EN MANGUE SECO Y LEONORA, BIEN EDUCADA, FANTASEA.

Ambas habían vuelto a las dunas esa noche bañada de luna. Leonora parecía suspendida en el aire frente al encantado paisaje, de repente se sentía libre del pasado, recién nacida a la magia de la luna llena derramada sobre las dunas y el océano, en el ímpetu de la marejada. Le gustaría quedarse ahí arriba, acostada sobre la arena, invadida por esa paz. Pero, cuando el comandante le recordó la cita con doña Aída y Modesto Pires, Leonora no quiso ser desatenta y regresó con Tieta a la Toca da Sogra.

Si por ella fuese, hubiera permanecido en lo alto de las dunas, bajo la enorme luna encargada por Ascanio, deslumbrante como él lo prometiera, sintiendo al nocturno mar que revienta contra las montañas de arena. Aunque estuviese sola, pensaría en él, celoso de sus obligaciones como administrador, tan correcto. Decían de Ascanio que era un sujeto decente, y la decencia es una virtud poco común, comprueba Leonora. Tuvo que atravesar todo Brasil, llegar al interior, para vislumbrarla. Se da cuenta de que comete una injusticia: Tieta también es decente; a su modo, sin duda. Decencia no significa candor, castidad. En el Refugio decían que ella era una mujer recta.

Si estuviese en las dunas podría deslizarse, extendida sobre una palma de coco, igual que Peto, mocoso travieso. Nunca había sido traviesa, nunca había sido niña. No tuvo infancia, ni adolescencia; no había sentido el sabor del primer beso recibido o dado en el ímpetu de la ternura. No había tenido novios, nunca susurraron en su oído palabras cálidas. A los trece años ya le palpaban los senos inexistentes.

Trata de reconocer el sonido del acordeón —hay fiesta en el pueblo. Pasaron por allí, vieron a los pescadores reunidos delante de una choza rodeando al ejecutante. No era otro que Claudionor das Virgens, que con el acordeón, las *emboladas*, los cantos

populares, las improvisaciones, anda de pueblito en pueblito, de bautismo en bautismo, de casamiento en casamiento, en fin, donde haya fiesta. Al verlos, y a guisa de saludo recitó:

Salve el señor comandante
y su ilustre compañía.

En la Toca da Sogra, Antonieta, apurada como siempre que desea algo, acierta los últimos detalles de la compra del terreno. Leonora sólo atiende al sonido del acordeón, distante de la conversación.

—Pague como mejor le parezca, en las veces que quiera. No por ser dueño voy a mentir: los terrenos en Mangue Seco no se compran ni se venden. Nadie sabe quién es el dueño de muchas de estas tierras. Hace más de cuatro años que vendí un lote a un gringo que apareció por aquí, ¿se acuerda, comandante?

—Me acuerdo muy bien, era un pintor alemán. Declaró que vendería su casa de Baviera para venir a instalarse en Mangue Seco.

—Pagó tres cuotas adelantadas y dijo que necesitaba tres meses para arreglar todo ahí en su tierra y volver. Nunca más volvió ni terminó de pagar.

—Yo quiero pagar al contado, don Modesto. —Dinero en efectivo, moneda corriente… —anuncia Tieta riéndose.

—Se ve que usted no es mujer de negocios, doña Antonieta: es siempre mejor comprar a plazos, por la inflación.

—No me gusta deber, es por eso, no piense que soy tonta. Como pago al contado, quiero un descuento.

Era el turno de Modesto Pires para reír:

—¿Descuento? Puede ser. Cinco por ciento, ¿qué le parece? No por ser al contado, sino por el placer de la vecindad.

Hamacas, taburete, un banco rústico en la puerta de la casa, debajo de los cocos: es ahí donde conversan mientras la luna desaparece. Peto se quedó dormido, acostado sobre una estera.

Leonora escucha el diálogo como de lejos, ella también, si pudiese, compraría un terreno en Mangue Seco. No para su vejez, sino para quedarse desde ahora. Toda la vida había suspirado por sentimientos y verdades de cuya existencia sólo tenía noticia por lo que había oído decir, a través de películas en el cine y de novelas en la televisión. Nada del otro mundo, sentimientos normales, verdades cotidianas. Su abuela, cuando se refería a la aldea toscana, antes del viaje, hablaba de cosas simples: familia, sosiego, paz, amor. ¿Cómo sería el amor? En las inmundas callejuelas, en el conventillo atorrante, nadie le había respondido.

Cuanto más deprimida, abatida, derrotada, lastimada, rota por dentro estaba, más se refugiaba Leonora en su modesto sueño irrealizable: afecto, ternura, cariño de un hombre. Una vida limpia, como la que existía fuera de los límites donde había nacido, crecido y sido mujer, más allá del círculo de dolor y desesperación. Cuando subía y

bajaba por la avenida, en las frías madrugadas, con su dolor a cuestas, castigada por haber sido hija de padres tan pobres en tierras tan ricas, con las llagas abiertas, también soñaba. Si no hubiese soñado, sólo le restaría la muerte.

Inesperadamente, cuando el futuro representaba un nudo en la garganta, un estertor final, conoció y descansó en la bondad, aprendió nuevos valores, se sintió persona. Los locos sueños de amor eterno se adormecieron, porque la nueva condición era soportable, un poco triste pero la hacía sentir menos carente. No estaba del todo conforme: seguía deseando salir de ese envoltorio para lograr la existencia deseada: casa y compañero —no preveía casamiento—, un par de hijos. Otros quieren dinero y fama. Leonora había nacido como su abuela, para ser ama de casa, madre de familia, no ansía más que eso.

Allí en Agreste, en ese mundo pacífico y diferente, donde la vida parece estar adormecida y así es vivida por todos, Leonora se siente invadida de exaltación y miedo. En Agreste, el sueño persiste más allá de su imaginación, se concretiza en un recatado enredo, se alimenta de miradas y sonrisas, gentilezas; medias palabras, crece en el canto del pájaro *sofrê*, regalo del príncipe encantado que ella no desea como príncipe, noble o rico, sólo encantado, decente. Aunque lo sabe inalcanzable, Leonora ansía por lo menos llegar a la orilla, tocar con la punta de los dedos ese mundo simple y maravilloso.

Para actuar correctamente debe contarle todo a su madrecita, oírla, seguir sus consejos. Sin embargo, tiene miedo de que Tieta, temerosa de las consecuencias, resuelva apurar el viaje de vuelta a São Paulo. Leonora sólo pretende algunos días de ternura, aunque sean irremediablemente contados, pocos —la certeza de la muerte no impide que el hombre aproveche la vida. Reivindica el derecho a oír y a pronunciar palabras trémulas, a esbozar gestos de cariño, ¿cómo será el primer beso?

Para poder guardar todos esos recuerdos y llenar la soledad. Nunca extrañó a nadie. Todo fue sucio y maldito en su recorrido. Hace mucha falta tener al menos un instante, un rostro, una caricia, una palabra para recordar. La soledad se toma vacía y peligrosa. Implora sólo unos días, por misericordia, suficientes para llenar su corazón de momentos tiernos, para recordarlos. Entonces, dirá: ya nos podemos ir de aquí, madrecita, antes de que sea tarde.

Claudionor prosigue, animando el bailongo, puede pasar noches y noches firme en su armónica. Un ruido de motor se mezcla con el de la armónica, viene del otro lado del río, ¿quién será? Leonora tendrá nostalgia de ese breve minuto, de presentimiento y ansiedad. Acompaña el barullo que crece y se modifica: la embarcación enfrenta el mar en la entrada de la barra. La armónica vuelve a reinar. En seguida, pasos en la arena, Leonora se pone de pie. Ascanio aparece, es como si desembarcara de la luna. En un ímpetu la muchacha se adelanta.

Entre las sombras las manos se tocan, los labios sonríen, brillan los ojos.

—Vine en la lancha de Pirica. Sólo me trajo y ya regresa.

—Nuevamente se oye el barullo del motor, el casco que choca contra las olas.

—No pudo esperar hasta mañana maestro Ascanio, ¿no? Hizo muy bien: quien es aguardado no se puede retrasar —saluda el comandante.

El joven trata de disculparse:

—Prefiero viajar de noche, antes que despertarme de madrugada.

No sabe cómo actuar: ¿debe sentarse a conversar o dar una vuelta con Leonora? Doña Aída acude en su ayuda:

—¿Por qué no lleva a Leonora a ver la luna desde lo alto de las dunas? Es tan… —iba a decir romántico, pero se contuvo, …tan hermoso…

La joven se ata un pañuelo a la cabeza y acepta la sugerencia:

—Permiso…

El movimiento despierta a Peto.

—Voy con ustedes, decide.

Pero el comandante, cómplice, se lo prohíbe.

—Los niños a esta hora duermen.

Los bultos se pierden entre los cocoteros. Doña Laura suspira:

—No hay nada comparable a la juventud. Me da lástima no haber conocido a Darío aquí, en Mangue Seco. Cuando vine, ya teníamos diez años de casados.

—Fue nuestra segunda luna de miel… —recuerda el comandante.

—¡Qué joven tan educada! Se nota en seguida que es de buena familia, —elogia doña Aída.

Tieta, que ha permanecido pensativa vuelve a la conversación luego de acompañar con los ojos las dos sombras.

—¿Leonora? Es un amor de criatura. Se está recuperando de una decepción tan grande que hasta perjudicó su salud. Un sin vergüenza que fue su novio, sólo estaba interesado en el dinero. Por suerte, me di cuenta a tiempo. Pero la pobre sufrió mucho, fue una crisis terrible, no comía, no dormía, terminó anémica. Por eso la traje conmigo, para que se curara con el aire de Agreste.

—Hizo bien, aquí se va a recuperar rápido. No hay como la leche de cabra para levantar las fuerzas de una persona, —aprueba Modesto Pires.

—Lo más curioso es que él también tuvo una desilusión fatal. ¿Nunca se lo dijeron, doña Antonieta? —pregunta doña Aída.

Antonieta conoce la historia, con puntos y señales, pero no quiere robar a doña Aída el placer de contarla, con entretelones y comentarios:

—No, señora.

—¿No? —doña Aída se admira llena de satisfacción—: Pues se la cuento.

DEL PRIMER BESO FRENTE A LA COSTA DE ÁFRICA, CAPÍTULO DE UN ROMANTICISMO ATROZ, COMO YA NO SE USA.

Se sientan en lo alto de la duna, delante de ellos, el océano.

—Gracias —dice Leonora.

—¿Por qué?

—Por la luna. ¿No fuiste tú quien la encargó?

—¡Ah! —se afloja un poco—. ¿Te gustó? ¿No te dije que San Jorge me hace caso?

—Gracias también por haber venido.

Un calor sube por el pecho de Ascanio; enmudece. El bochinche de la fiesta del pueblo muere en el embate de las olas contra las dunas. Cualquier tema sirve para vencer el mutismo:

—Es la fiesta de cumpleaños de Jonás, el jefe de la colonia de pescadores. Es manco, un tiburón le comió el brazo izquierdo.

—¿Hay tiburones aquí?

—En el mar abierto hay muchos. A veces llegan a la playa. Son osados y voraces. Quien se descuida, muere.

No es momento de recordar la muerte, tal vez por eso vuelven a contenerse, retraídos y tímidos. Los dos en silencio, todo se reduce a furtivas miradas, es todo tan lindo… La luna enclavada en el cielo, hecha por encargo, es exclusiva para ellos. Luna para enamorados, propiamente para hablar de amor. Eso es lo que Ascanio quiere decir. Ensaya la frase que muere en sus labios, finalmente explica:

—Del otro lado está África.

—¿África?

Él señala con el dedo, indica la dirección:

—Del otro lado del mar.

—¡Ah! sí. África, ya sé. —No quiere que el diálogo termine—. ¿Tuviste mucho trabajo hoy?

No es de geografía ni de problemas de administración que quieren ocuparse. Pero ¿cómo animarse a palabras ardientes, a la declaración de amor que todavía se usa en Agreste?

Igual a todos los sábados: pedidos para arreglar caminos, limpiar las fuentes, hacer pequeñas beneficencias, un diccionario, un puntero. Leonora no puede imaginar la falta de recursos de Agreste. Fue un municipio rico, en otros tiempos, cuando el abuelo de Ascanio era alcalde.

—Oí decir que vas a ser el nuevo alcalde.

—Creo que sí. ¿Sabes por qué? Porque nadie quiere el puesto. Pero yo voy a aceptar. Te voy a decir una cosa, si quieres llámame visionario. Tengo confianza, creo que todo va a cambiar y Agreste volverá a ser lo que fue. No soporto ver a mi tierra en esta decadencia.

—Es bueno tener confianza y soñar. Tú eres un enamorado de tu tierra.

—Sí, lo soy. Quiero que salga del marasmo en que cayó. Lo conseguiré. —Toma aliento, está embalado, dispuesto. —¡Qué vueltas tiene la vida! Hace un mes, no tenía fe ni esperanza en nada. Escribía cartas a los diarios, pero no creía en los resultados. Ahora todo me parece fácil. Después de que…

—¿Después de qué?

—Que ustedes llegaron. Todo cambió, se hizo más alegre. Hasta yo soy otro.

—Es por mamá, cuando ella llega, desaparece la tristeza. Es la persona más increíble del mundo.

—También debido a ella. Pero para mí…

Leonora aguarda, su corazón late fuerte, desacompasado. El viento trae girones de risas, sonidos de armónica, el nombre de Arminda gritado en el baile. La voz de Ascanio se quiebra en un lamento:

—Yo era un muerto que vivía. No encontraba placer en nada. Te voy a contar, si me lo permites. Ella se llamaba Astrud.

¿Para qué contar? ¿Quién no lo sabe en Agreste? Doña Carmosina, romántica como Leonora, había recitado las cartas a ella y a Tieta, suspirando en los detalles tristes. Leonora se había sublevado por el proceder de la falsa. Tieta solamente se rió, no era sentimental, de amor se vive, no se muere, ¿no es así, Barbozinha? Ascanio no esperó el consentimiento. Leonora escucha y una vez más se emociona.

Los estudios en Bahía, el noviazgo, la enfermedad del padre, la carta que anunciaba la ruptura y el próximo casamiento. ¿Por qué seguía jurando amor estando en brazos de otro? Dándole lo que jamás había consentido a Ascanio y que él ni siquiera solicitó pues la suponía inocente, angelical, santa. Un tonto alegre. Le había dicho a doña Carmosina, su confidente y amiga, que sufría con él:

—Ni aunque un día desembarque de la «marineti» de Jairo la mujer más linda, más dulce y más pura…

Lo había afirmado porque no creía en semejante milagro. Sin embargo, sucedió. La más linda, la más dulce y la más pura de las mujeres. Y desembarcó de la «marineti» de Jairo.

Leonora se levanta. Frente al mar, sus ojos buscan en la distancia el punto donde terminan los rayos de la luna. Ascanio también se levanta, iba a completar: la más bella, dulce y pura de las mujeres, además rica, ¿por qué? Pobre secretario de la Municipalidad de Sant’Ana do Agreste, ganando un sueldo mezquino, ¡ay! ¿Por qué tan rica?

No había hablado de pobreza y riqueza. Trémula, con los ojos húmedos, Leonora se acerca, le toca la cara con la mano y le ofrece los labios. Baja corriendo, con el gusto del primer beso en la boca. Huye entre la luna y las estrellas, feliz y desdichada.

Ascanio no intenta seguirla, permanece allí, clavado; cuando baje habría de conquistar el mundo. ¡Ah! un día se plantará frente a ella y le dirá: no tengo para lujos, pero gano para vivir, vine a buscarte. La luna desaparece en lontananza, por la ruta del mar, hacia las costas de África.

DE CÓMO PERPETUA NEGOCIA LA AYUDA DE DIOS PARA EL TRIUNFO DE SUS PLANES DIABÓLICOS.

La playa de Mangue Seco se anima el domingo, con la llegada de una cantidad de amigos comandados por doña Carmosina, espantosa e inconsciente en su traje de baño de color lila. Hasta Perpetua se había animado a acompañar al grupo, con su vestido negro, de luto. Doña Milu desparrama alegría: hacía seis meses que no venía a Mangue Seco. No por falta de invitaciones, observó el comandante Darío. Es verdad: invitaciones no faltan y el tiempo sobra; pero con la edad, lo que falta es disposición. Ríen de la mentira: no existe otra persona tan dispuesta; los años pasan, pero mamá está hecha un cascabel, confirma doña Carmosina.

En la lancha, Barbozinha se había quitado el saco y la corbata y se expuso al viento a pesar del reumatismo. Cierta noche había subido a las dunas con Tieta, y declamó unos versos escritos para ella, reunidos más tarde en el libro *Poemas de Agreste* (De Matos Barbosa, *Poemas de Agreste*, Ilustraciones de Calasans Neto, Ediciones Macunaima, Bahía, 1953), formando la primera parte del volumen, titulada «Estrofas del Mar Bravío», el mar bravío, el golpear de las olas en Mangue Seco y el cuerpo encendido en la llama del deseo de la libre pastora. Fueron dos gloriosas noches de amor y poesía, breves, transitorias. Los deberes del empleado municipal lo obligaron a volver a la capital. Ella prometió esperarlo, siempre lo prometía. Pasados algunos meses, recibió una carta de Agreste donde le contaban de la partida de Tieta. Sólo ahora la vuelve a ver, veintisiete años después, vencido y reumático, más linda aún, opulenta, libre pastora, mar bravío. Ella viuda, él soltero. No se había casado, ¿sería por causa de Tieta? Espera poder recitarle en las dunas, a la luz de la luna, el gran poema que escribió en su honor. En él la considera su lucero, considerándose a sí mismo un oscuro astro de pálida luz. Sin embargo si uniesen sus destinos, el poeta renacería como un sol que irrumpe en el mar de Mangue Seco. Había elegido ese estilo hiperbólico, excelente para declamar.

Fueron Aminthas y Osnar, Fidelio y Seixas, arrastrando a Asterio. La música moderna invade Mangue Seco, substituye a la armónica de Claudionor das Virgens mientras el trovador aprovecha para dormir. Tiene un sueño agitado, consecuencia de la borrachera de la víspera. ¿Dónde está Ricardo? En el primer momento, con tantos besos y abrazos, Antonieta no se dio cuenta de la ausencia del sobrino. Pero cuando todo se calma, pregunta:

—¿Dónde está Ricardo?

—No pudo venir —explica Perpetua, contrariada—: el padre Mariano tenía unos casamientos y bautismos en Rocinha, va dos veces por año, en junio y en diciembre, y llevó a Ricardo, como es seminarista tiene que ir con el padre.

Tieta no responde ni hace comentarios, pero Perpetua se da cuenta de su decepción por la forma de fruncir los labios y se alegra: la hermana rica extraña al sobrino, se está apegando a los niños, menos mal.

—¡Todo el mundo al mar! —el comandante ordena y es obedecido.

Trajes de baño y bikinis, desfilan delante de la reducida población de Mangue Seco. Al contrario de lo que sucede en Agreste, los pescadores no se escandalizan

con la incontinente exhibición de piernas y barrigas, trastes y ombligos. Allí los niños de catorce y quince años se bañan desnudos, con sus cuerpos de bronce.

Perpetua es la única que no cumple la orden del comandante —hasta doña Milu se levanta la pollera para mojarse los pies en el mar—, busca sombra en la playa, debajo de los cocos, para defenderse del sol y del viento. Saca el rosario del bolsillo de la pollera, comienza a pasar las cuentas. Cuando el Mayor vivía iban todos los veranos a la playa. Usaba un traje de baño decente y enfrentaba los peligros del mar; el Mayor la tomaba en sus brazos con el pretexto de enseñarle a nadar, tenía manos indiscretas y arteras. ¡Ah! ¡Deleites pasados que no volverán! Ahora sólo le cabe pensar en los hijos, en el futuro de los niños. Viuda, es padre y madre, tiene que luchar. Los dedos en las cuentas del rosario, los labios en oración, el pensamiento en los planes concebidos, en vías de ejecución.

Devota ejemplar, incapaz de faltar a una obligación religiosa, misa, confesión, la santa comunión, las procesiones, jefa-celadora de la Matriz, tesorera de la congregación, Perpetua espera contar con la comprensión y ayuda del Señor para alcanzar sus calculados fines. Su plan exige una eficaz protección de Dios y la inocente colaboración de los niños. La de Peto nunca le ha faltado. Desde donde está, Perpetua ve a su hijo nadando alrededor de la tía. Así, con perseverancia y amabilidad, se conquista el corazón y el amor de una pariente rica.

Había tratado de convencer a Ricardo para que fuera, pero el muchacho la derrotó, apoyándose en las necesidades del Reverendo; Vava Muriçoca, el sacristán, había amanecido enfermo, no podía montar. Perpetua quedó sin argumentos, mirando a su hijo de sotana a lomo de burro.

Ricardo merecía la protección divina, mucho más que ella, era tan piadoso y temía tanto a Dios…

Quería que sus hijos, estuviesen la mayor parte del tiempo al lado de la tía. Había tramado un plan muy complicado con el fin de obtener que la hermana declarara a los niños sus únicos herederos, adoptándolos legalmente si fuera necesario. Debe averiguarlo bien, irá a Esplanada para que el doctor Rubim la aconseje.

Hay poco tiempo, es urgente la ayuda de Dios para tocar el corazón de Antonieta, para encaminarla a la decisión correcta. Depende de Dios y de ellos que la estima de la pariente se transforme en ternura maternal. Complazcan a la tía, no la dejen sola, recomienda. Ayúdame, ¡Señor!, implora; el tiempo es corto.

Antonieta no había determinado la duración de la temporada en Agreste pero evidentemente su estadía no pasará de un mes o dos; debe volver para reasumir el control de sus negocios y han pasado unos diez días. Poco a poco, con astucia y paciencia, Perpetua había conseguido varias informaciones sobre el estado de sus finanzas. Así se enteró de la existencia de los cuatro departamentos en el centro de la ciudad, alquilados, cada uno por una fortuna mensual. En Agreste sólo existen casas de alquiler baratas.

Todavía no obtuvo información precisa sobre la clase de negocio dirigido

directamente por Antonieta. No se trata de industria, las industrias son administradas por los hijos del comendador, Antonieta es socia pero no administradora. Debe tratarse de algún comercio, casa de modas, tal vez, porque tenía empleadas. Perpetua sorprendió una charla entre Tieta y Leonora en que hacían referencia al trabajo de las muchachas. Igual que los inmuebles, esa casa comercial es propiedad exclusiva de la hermana, regalo del comendador.

Perpetua pregunta, recoge una información aquí, otra más allá, Antonieta y Leonora no son de contar mucho. Tal vez a propósito, para no despertar la codicia de los parientes. Algo es cierto: la magnitud de la fortuna. Los negocios son grandes, múltiples y de buena renta, el dinero sobra.

El otro día Antonieta sacó de una de las valijas, la que está siempre cerrada con llave, una carpeta o un portafolios —una 007, según la designación exacta de Peto, de enciclopédica cultura cinematográfica— y la abrió, sosteniéndola en sus rodillas y de espaldas. Igualmente Perpetua pudo verla, se levantó como quien no quiere la cosa. Estaba repleta de dinero, billetes de mucho valor, un desparramo, fajos y más fajos.

—¡Ay! ¡Santo Dios! —había exclamado.

Tieta explicó que había traído el dinero no sólo para los gastos sino también para pagar el terreno en Mangue Seco y dejar la seña para la casa a fin de asegurar la compra.

—Aquí no hay bancos y no me gusta quedar debiendo.

—Pero tienes una fortuna ahí. No sé cómo puedes dejar ese dinero dentro de una valija y en el armario.

—Sólo Leonora lo sabe, y ahora tú. Es cuestión de no decirlo.

—Yo, ¿decirlo? ¡Dios me libre! —Se da un golpe en la boca con la mano. Ya no podré dormir tranquila.

Antonieta se ríe:

—Cuando compre el terreno y la casa, va a disminuir mucho.

Riqueza de paulista, dinero de sobra, no esas fortunitas de Agreste, como la de Modesto Pires, el coronel Artur da Tapitanga, hecha con cabras y mandioca. Lo importante es evitar que un día —todos nosotros moriremos algún día, ¿no?— parte del dinero y de los bienes de Antonieta vayan a parar a las manos de los hijastros, de los hijos del fallecido comendador, de esa silenciosa Leonora que no corta ni pincha, una mosquita muerta. Tieta está loca por ella, vive cuidándola, le da de comer, la obliga a tomar leche de cabra todas las mañanas. La susodicha debe de ser igualmente rica, si bien Perpetua, en la de tallada inspección hecha en su cuarto, cuando examinó cosa por cosa, no vio dinero en su valija. Nada está cerrado con llave, todo abierto. En su cartera, algunos millares de cruzeiros, demasiado para Agreste, pero ni de lejos comparable con el despropósito de la 007 de Antonieta. A Perpetua se le ponen los pelos de punta al recordar.

La hermana está empezando a querer a los sobrinos, los trata con afecto, se alegra cuando los ve. Sin embargo es necesario mucho más, tiene que llegar a tratarlos como

si fueran hijos, pues hijos deben ser. Si es posible los dos, pero por lo menos uno. Reconocidos legalmente. Herederos.

Si Antonieta quisiera llevarse a uno a São Paulo, Perpetua no se opondría. Sería mejor que eligiera a Peto. Es un perdido, en Agreste se hace la rabona, es castigado todos los años, vagabundea en el bar y en el cine, y dentro de poco andará por lugares peores. Pero si fuera Ricardo el elegido para vivir en São Paulo, sería el brazo derecho de la tía. Perpetua estaba de acuerdo. Peto tomará el lugar del primogénito en el seminario, quiera o no, pues uno de los dos pertenece a Dios, así ella lo había prometido, cuando era una doncella desesperada con las últimas esperanzas perdidas. Si Dios le diera marido e hijos, uno sería cura, al servicio de la Santa Iglesia. Dios cumplió, realizó el milagro, ella también cumplirá.

En la playa, con los ojos semicerrados debido al sol y al viento, a la violenta luz, le propone otro negociado al Señor. Si Antonieta adopta a uno de los niños, Perpetua se compromete a dejar en testamento para la iglesia, una de las tres casas heredadas del mayor, la más chiquita, aquella donde vivió Lula Pédreiro y ahora alquilada a Laerte Curte Couro, empleado de Modesto Pires. Pequeña pero bien ubicada, cerca de la curtiembre, en la placita donde queda la capilla de São João Batista. El Señor no acepta la propuesta; íntima de Dios. Perpetua adivina las reacciones celestes. Arrepentida, retira la oferta, el Señor tiene razón en enojarse: una pequeña casita a cambio de la fortuna de Antonieta es una propuesta ridícula. Intenta argumentar: la plaza va a estar adoquinada y harán jardines, tendrá bancos de hierro, el alquiler va a aumentar. Inútil: si continúa, el Señor se ofenderá. Pide bienes considerables y ofrece bagatelas. Más que dinero y propiedades, Dios necesita devoción y fe. Pues bien, si Antonieta adopta a Ricardo o a Peto, como hijo y heredero, a cualquiera de ellos, Perpetua irá con los dos a la capital —a la ciudad de Bahía, sí, ¡Señor Dios!— y una vez allí se dirigirá a la Basílica, en la Colina Sagrada, donde mandará rezar una misa y dejará en el Museo de los Milagros una fotografía de los dos hijos con una dedicatoria para el todopoderoso Nosso Senhor de Bonfim. Si la hermana adopta a los dos, la misa será cantada. El Señor debe tener en cuenta, en la proposición, el hecho de que los niños ya tienen derechos asegurados; sólo que no son los únicos herederos.

Lo ideal sería que Antonieta, habiendo adoptado a los dos, mandase a Ricardo a terminar el curso en el Seminario de São Paulo, a uno de ésos donde pueda ser canónigo y obispo. Al calor del sol, al correr del viento, trazando planes y promesas, Perpetua cierra completamente los ojos, se adormece y sueña. Se ve acompañando la procesión de la Senhora Sant'Ana, en una inmensa ciudad, más grande que Aracajú, debe de ser São Paulo, al frente hay un Obispo, de colorado y violeta, un Cardenal, es su hijo Cupertino Batista Junior, Dom Peto. Una premonición del cielo, un compromiso sellado, una promesa aceptada, milagro a la vista.

DE LOS CELOS Y DE LAS ESPERANZAS DE ELISA, CON UN CURIOSO DETALLE SOBRE CUESTIÓN DE TRATO.

Elisa no sabe nadar. Le prohibieron baños de mar y de río en su infancia y adolescencia. Zé Esteves, empobrecido, se había vuelto intransigente y ponzoñoso —con una puta en la familia basta y sobra, advertía bastón en mano—. A raíz de lo sucedido con Tieta, a Elisa la trataron con las riendas cortas, bajo cualquier pretexto el látigo resonaba en sus piernas o espaldas, Ni pensar en Bacia de Catarina o Praia de Mangue Seco.

Su noviazgo fue desde todo punto de vista, noviazgo de campesinos; el *Viejo* se lo pasaba expulsando a los gavilanes que rondaban la casa. Sólo aceptaría a quien fuera un buen partido, con intención de casarse; si no, te meto en el convento, amenazaba. Vana amenaza, ¿dónde estaba el convento? Asterio, único hijo, había heredado la tienda donde trabajaba desde pequeño atrás del mostrador, era un muchacho correcto. Parecía un buen partido, Zé Esteves estaba de acuerdo. A los dieciséis años, Elisa se casó, bellísima, y pensó que se liberaba. Cambió de esclavitud.

Se queda en la parte baja, no se anima a ir más lejos, mientras Tieta y Leonora se atreven en medio de las olas. La animación de toda la comitiva sigue el rastro de las paulistas. Elisa, sola, abandonada. Ni siquiera el marido le hace compañía, prefiere a sus amigos del billar. También, por lo que vale y sirve…

Elisa está celosa. No es porque la hermana o la muchacha paulista puedan interesar a Asterio, ¡vaya una idea! Leonora anda en amores con Ascanio, los dos siempre juntos, no se separan por nada. Antonieta, viuda reciente, no vino a Agreste a sacarle el marido a nadie. Si quisiera, podría sacar el de cualquiera, fácilmente, A pesar de sus cuarenta y cuatro años confesados —¡proclamados!—, cuando anda por la calle, alegre y despreocupada, los hombres corren a saludarla, agitados. La piel lisa y suave, tratada, muy tratada, el cuerpo esplendoroso. Seguro que ya se hizo cirugía plástica, Elisa lo había comentado con doña Carmosina, ambas a la par de las costumbres de las artistas y de las coquetas con plata, de los milagros realizados por el doctor Pitanguy con nacionales y extranjeras. Seguramente Tieta reacondicionó su belleza en la célebre clínica terminando con sus arrugas y la flacidez; bastaba verle los senos, jóvenes, opulentos, magníficos, y además firmes, más firmes que los suyos, que los de Elisa.

Los celos de Elisa tienen otra causa: la riqueza que ellas ostentan, sus costumbres de gran ciudad, la falta de prejuicios, de limitaciones, celos por no vivir en el mismo mundo, campesina del interior condenada al desconsuelo.

Celos también de Leonora, del amor que Tieta le dedica, del sobrenombre: Nora, de que le diga hija, con desvelos de madre. Desea los mismos cuidados, idéntico amor, quiere sentirse mimada como hija, adoptada. En ciertos momentos Antonieta es cariñosa con ella, le pasa la mano por su negra cabellera, le da besos, elogia su belleza: eres muy bonita, le dice hija y Lisa, con ternura, todo parece estar como ella

desea. Pero en otros momentos, la hermana la mira pensativa, como si dudase del calor de su afecto. Elisa no puede entender el motivo de su desconfianza, del desagrado de Tieta, ¿serán intrigas de Leonora? Quién sabe… Debe de tener miedo de perder el lugar privilegiado junto a aquélla a quien dice madrecita.

Un día, estando a solas con Tieta. Elisa le dijo madrecita. La hermana le lanzó una mirada extraña y dijo cortante:

—Prefiero que me llames Tieta.

La voz y la mirada de Elisa demostraron asombro:

—Discúlpame. Pensé que te iba a gustar y era para agradecerte todo lo que has hecho por mí.

La voz de Antonieta se suavizó, acarició los cabellos negros de la hermana pero no volvió a mencionar el asunto.

—No estoy enojada. Sólo que prefiero que me llames Tieta. Me gusta más, en Agreste todos me llaman así. Madrecita es cosa de São Paulo, de Nora y de las otras muchachas.

—¿Las hijas del finado?

—Las hijas, las sobrinas, la familia es grande.

A Elisa le gustaría pertenecer a esa familia, a la prole del comendador, rico industrial, gente importante, fino linaje. Quiere elevarse de la mediocridad de Agreste, salvarse del cansancio, de la inutilidad, de la rutina cotidiana. Quiere las luces, el brillo, la agitación, las posibilidades de São Paulo. En Agreste se ve sin horizonte, sin futuro, vegeta, muere cada día.

Con un traje de baño que le prestó Leonora —el suyo está viejo y pasado de moda — que le moldea su espléndido cuerpo, con sus oscuros cabellos que caen sobre los hombros, sale del agua, se siente en la playa. Ve a Perpetua adormecida. Elisa sabe que su hermana mayor se ha trazado un plan, así opina doña Carmosina, a quien nada se le escapa. Perpetua ambiciona vender —vender y muy bien vendidos— los dos niños a Tieta, mandarlos a São Paulo, dónde serían adoptados como hijos y herederos. Diabólico plan, doña Carmosina lo descubre por sucesivas deducciones.

Elisa no desea tanto, no quiere ser adoptada de una forma tan maquinada y sí de corazón, no ser candidata a única heredera. Se contenta con mucho menos: basta con que la hermana se compadezca de su mezquina suerte, y de la del bestia de Asterio y los lleve a São Paulo, que le de trabajo a él en las fábricas de la familia y que tenga a su lado a la hermana preferida, casi hija, a quien ama tanto o más que a Leonora. Ya le dijo que no quiere tener casa en Agreste. Si la hermana le va a dar algo, que sea en São Paulo, donde la vida es digna de ser vivida, llena de novedades y de tentaciones. Allá tendrá quien admire su belleza, no sólo un árabe viejo, un mocoso sucio, un inmundo mendigo. Será alguien, tendrá dónde y ante quién mostrarse. En São Paulo todo puede suceder.

Interrumpo el relato para dejar claro que todos los datos necesarios para solucionar el enigma que rodea a Tieta (y con ella a Leonora) están puestos sobre la mesa de las deducciones, delante de1 lector. No hace falta ser Sherlock Holmes o Hercule Poirot para descubrir la trama. ¿Por qué entonces doña Carmosina cayó en la red? Con sus ojos ciegos por la amistad, se tragó el cuento.

Por otra parte, en ningún momento tuve intenciones de engañar al público, de esconder hechos para embarullarlo. Pero tampoco tenía por qué contar el final en seguida, revelar el pasado antes de que fuera necesario. En los folletines, siempre se consideró necesario un poco de suspenso para atizar la emoción de los lectores.

En las páginas ya leídas, hay pistas e indicios más que suficientes que están a disposición de la capacidad de cada uno. Seguro que la mayoría se dio cuenta de la verdad desde el comienzo, y no dijo nada; bien hecho para no poner en sobreaviso a los de entendimiento lerdo. Sobre todo, no piensen que escondí, retorcí o inventé detalles con la intención de no ensuciar la imagen de Tieta. Si ella, por respeto a la familia y a los prejuicios de Sant'Ana do Agreste, tejió una tela de engaño, no tengo la menor responsabilidad ni culpa. No la juzgo, ni bien ni mal por eso, ni creo que su actuación posterior tenga menos mérito debido a su condición: Mérito o no, eso depende, por supuesto, de la posición de cada uno ante las proposiciones del Magnífico Doctor. ¿Cuáles? Ya las veremos durante el transcurso del relato.

Me encuentro en Agreste atraído por el clima, de sanatorio, pero no soy de aquí, soy de Niteroi, como se dice. No hago mías las diversas pasiones que sacuden al pueblo, que azotan a sus habitantes. No tomo partido, relato nada más.

DONDE ES RETIRADO EL VELO QUE DESCUBRE EL PASADO DE LA BELLA LEONORA CANTARELLI Y SE LLEGA A SABER TODO O CASI TODO.

Leonora supo qué era hogar, vida de familia, calor humano, afecto verdadero, sólo cuando, a los diecinueve años, llegó a la casa de citas, «Refugio de los Lores» y obtuvo la aprobación de madame Antoinette, Antes de eso había hecho un curso intensivo de hambre, maldad y desconsuelo.

Durante su infancia la molieron a palos. Con cualquier excusa, los padres le pegaban en la cara, uno y otro, Vicenza, la flaca y el robusto Vitorio Cantarelli, cuando no se pegaban entre sí —no siempre Vitorio llevaba la mejor parte—. Cinco hijos, cuatro varones y ella, la menor. Los hombres largaron el conventillo, uno a uno fueron a parar a las fábricas o llevaron una vida dudosa. Giuseppe un día que volvía borracho a su casa murió bajo las ruedas de un camión. Pusieron el cuerpo sobre la mesa, le colgaban los pies. Había sido el único que tuvo compasión de la hermana, le acariciaba el rostro inmundo, de vez en cuando le daba un caramelo. Cuando ella cumplió trece años ya quería irse de allí, para huir de la fábrica, que sería su destino

más próximo. Todos le decían que era muy linda. No la felicitaban, no era un elogio, ni un buen presagio y sí una amenaza:

—*Non sa quello che l'aspetta di essere cosi bella*.

—Bonita y pobre, va a terminar mal.

Tenían razón. Mocosos y hombres la perseguían. Antes de ser adolescente, trataron de violarla en una cancha de fútbol, sobre el pasto crecido. ¿Qué se gana con llorar si día más, día menos tenía que suceder? No tenía experiencia: Lo contó en su casa. Vicenza y Vitorio le dieron duro para que dejara de ser puta, para que no anduviera ofreciéndose por la calle.

Fue al colegio, aprendió a leer y a hacer cuentas. La mandaron por la merienda, que se devoraba, la comida en su casa no era suficiente. Don Rafael, el dueño de la *pizzería* Etna, con su barriga que parecía de nueve meses, le daba un pedazo de pizza y le tocaba los pechos mientras ella ávida, tragaba. El trato duró meses y meses, nunca cambiaban ninguna palabra, establecieron y cumplieron en silencio los términos del acuerdo. Un día, al verla espiar los platos expuestos en una vitrina, don Rafael se adelantó, tomó un pedazo de pata de cerdo y se lo mostró como si estuviese atrayendo a un perro. Leonora cayó en la trampa y él avanzó con las dos manos extendidas, en una exhibía la seductora carne, la otra se dirigía al busto naciente, a las protuberancias sin forma definida. La niña quiso agarrar la pata y salir, don Rafael no lo permitió, sacudió su cabezota en serial de prohibición: mientras ella mastica, él palpa, toca y pellizca los senos nacientes, y le pasa la mano por el traste cuando la golosa le da la espalda para salir. Así, Leonora pagó desde temprano la comida y la belleza, sin poder sin embargo saciar su hambre.

Los senos crecieron, la belleza también, hasta era visible en su pobre uniforme de escolar, Leonora tenía un no sé qué en el cuerpo que provocaba tentación. A los quince años, los vecinos dijeron que era fatal: tan bonita, desamparada y casi hecha mujer. Eran cuatro en un auto, uno más viejo, de barba, los otros tres muy jóvenes, exhibían revólveres. El más bruto, que ni siquiera aparentaba la misma edad que ella, le lastimó una pierna y un brazo con un cortaplumas. El de barba permaneció al volante, los tres adolescentes bajaron, la empujaron a otro auto. Los que pasaban por ahí vieron, se dieron cuenta de todo, nadie la defendió. ¿Quién sería tan loco como para meterse con esos marginados con armas, con esos drogadictos? La llevaron por ahí, se sirvieron de ella, le pegaron, le rompieron el único vestido, además del uniforme. Fue a la policía, aguantó bromas, un policía le propuso una cita, los diarios publicaron lo sucedido en dos líneas, hecho corriente, sin ningún impacto. Si la hubiesen matado, la nota tendría cierto interés. Estupro, violación, naderías. Si alguna vez había pensado en casamiento, abandonó la idea, quería irse, fuera a donde fuera, con quien la quisiese llevar.

Se enamoró de Pipo, el primero a quien se entregó por cariño. Era el súmmum con ese pelo largo que le caía sobre los hombros, despeinado; a los diecinueve años ya había sido mencionado en las páginas de deportes de los diarios, todo un *crack*.

Para suplantar al titular de la punta izquierda ascendió al equipo de primera y triunfó. Finalmente nuestro fútbol tiene el puntero ofensivo que tanto necesitaba. Fue el comienzo del éxito de Pipo y el final del romance de Leonora.

—No me llenas. ¿No te das cuenta?

De vez en cuando, durante el tiempo que le sobraba después de los entrenamientos y las *boites*, pasaba por el barrio, visitaba a su familia que vida en un conventillo igual al de Leonora. De vez en cuando la veía, pero ella no quiso: era romántica, exigía cariño, dulzura, amor, absurdos deseos en aquel confuso laberinto.

Cuando se encontró con Natacha, antigua vecina que visitaba a los padres, todavía lloraba. Leonora le contó de su amor y su fracaso, lo otro ya lo sabía. Era como un puñal en el pecho, clavado por el mimado Pipo, ahora en auto, rodeado de admiradoras. Según una crónica deportiva, el éxito se le está subiendo a la cabeza al muchacho, si continúa así no irá lejos. Natacha, bien vestida y perfumada, le contó que estaba trabajando de puta. No le dijo cuántas ventajas tenía, sólo quedaba para vivir y si evitaba rufianes y gigolós —para Natacha era mucho mejor que estar ocho horas en la fábrica o de mucama en una casa de ricos—. Había llegado la hora decisiva para Leonora, la fábrica o la calle.

Durante dos años anduvo de acá para allá, de mano en mano, en hoteles baratos, cuartos sin ventana, divididos por una mampara, estuvo presa como medida correctiva, vivió desvariando por Cid Raposeira.

Cuando lo conoció, Cid pasaba por un período calmo, los médicos lo dieron por curado seguro que para verse libres de él. Flaco, callado, fuerte. De repente se ponía tierno y frágil. Para quien nada había tenido, era suficiente. Leonora quedó prendada. Cid Raposeira odiaba al mundo y a la humanidad, exceptuando a su compañera, un día nos vamos a casar y vamos a tener hijos. Cuando habla de casamiento e hijos, es serial de crisis —los ataques eran cada vez más seguidos y los intervalos de lucidez más cortos—. Del cariño pasaba al odio, directamente: sal de mi vista, demonio. Días de insultos y palizas, amenazas de muerte, tentativas de suicidio y terminaba en el manicomio o en la comisaría. Pasada la crisis, volvía humilde, esquelético, hambriento, pedigüeño, inútil. Leonora lo acogía con un nudo en la garganta, y con pena. Si Raposeira no se hubiese ido con un boliviano que traficaba drogas, tal vez Leonora estaría todavía con él, sin coraje de abandonarlo.

Nuevamente Natacha cambió el curso de su vida. Una tarde se encontraron por la calle, por casualidad. Leonora persiguiendo clientes, Natacha próspera, elegante, superior.

—Ahora trabajo en una casa de citas. La mejor de São Paulo, la más cara, «El Refugio de los Lores», ¿la oíste nombrar?

Evaluó a Leonora, cuya belleza no sólo se había mantenido, sino que había aumentado, absurda belleza virginal, translúcida, los enormes ojos de agua, los dorados cabellos, el rostro puro, toda recato e inocencia.

—Tal vez *Madame* Antoinette te acepte. Tienes el tipo de muchacha de buena

familia. Si quieres, te la presento.

Madame Antoinette se puso las manos en las caderas, estudió a la recién llegada:

—¿Qué deseas?

Natacha se anticipó:

—Leonora…

—Se lo pregunté a ella, no a ti, cabrita.

—Deseo trabajar aquí, si usted me acepta.

—¿Por qué?

—Para cambiar de suerte.

—¿Eres casada, o estuviste casada?

—No. Pero estuve viviendo con alguien, durante algunos meses.

—¿Por qué lo dejaste?

—El me dejó.

—¿Por qué te dedicaste a hacer la calle?

—Para no ir a la fábrica. Ojalá hubiese ido.

—¿Tienes algún hombre? ¿Algún asunto? ¿Rufián, gigoló?

—Tuve a ése que le conté. Era enfermo.

—¿Enfermo? ¿De qué?

—Esquizofrénico. Cuando estaba bien era un tipo bueno.

—¿Hijos?

—No, señora. Nunca me quedé embarazada. Tuve suerte.

—¿Suerte? ¿No te gustan los niños?

—Me encantan. Por eso digo que tuve suerte. No tengo con qué criar a un hijo. Para que pase hambre, no quiero.

—¿Tuviste alguna enfermedad? No mientas.

—¿Quiere decir enfermedad contagiosa, venérea?

—Eso mismo.

—Me cuido mucho, siempre tuve miedo. Soy limpia.

—Está bien. Voy a tenerte a prueba. Puedes empezar hoy mismo.

Algunos meses después, Lourdes Veludo, una morena digna de la mejor consideración, una de las tres mujeres con domicilio fijo en el Refugio, dejó la casa para incorporarse a un show de *caboclas*, exitoso espectáculo, que le daba posibilidades de viajar a Europa. *Madame* Antoinette, que apreciaba la discreción y gentileza de Leonora, le propuso que ocupara el puesto. Eso sucedió hace dos años.

ÚLTIMO FRAGMENTO DEL RELATO EN EL CUAL, DURANTE EL LARGO VIAJE EN COCHECAMA, DE LA CAPITAL DE SÃO PAULO A LA DE BAHÍA, TIETA RECUERDA Y CUENTA EPISODIOS DE SU VIDA A LA BELLA LEONORA CANTARELLI.

—Cuando conocí a Felipe, todavía no era comendador y yo era Tieta de Agreste, mi nombre de *sertão*[32], en la ciudad de Bahía, en Río de Janeiro y en mis comienzos

en São Paulo. Felipe había vuelto de Europa.

Felipe Camargo do Amaral, a los cincuenta años, se consideraba realizado como hombre de negocios, victorioso empresario en todos los sectores donde actuaba. También, realizado como paulista, ciudadano y hombre. En la Revolución del 32, no aceptó un cargo burocrático en el Gabinete del Gobernador, donde su familia quería que actuase, marchó al frente de combate, como voluntario y, al llegar, fue inmediatamente ascendido a teniente primero, ayudante de órdenes, un Camargo de Amaral no puede ser un simple soldado. Terminó siendo mayor, en el Estado Mayor Revolucionario, redactando manifiestos y proclamas. Había nacido rico, fazendeiro de café, contaba con enormes plantaciones y con cuatrocientos años de ciudadanía, o más, si consideramos su sangre indígena, algunas gotas, lo suficiente como para darle condición de nativo, auténtico *bandeirante*.

Por su cuenta se dedicó a la industria, era un genio para ganar dinero, fue presidente de empresas, de consorcios, de bancos, lleno de acciones y divisas. También incursionó en política. En 1933 fue diputado y cuando regresó de un cómodo exilio en Lisboa, no disputó su reelección. Le faltaba paciencia para los inocuos debates, para las aburridas sesiones y prefería emplear su astucia en algo más positivo. Así lo hizo y creció en riqueza y sabiduría.

—Felipe sabía vivir y me lo enseñó. Yo era una cabra andariega, a su lado me convertí en señora. Conocí el valor del dinero, pero también aprendí que debemos ser dueños y no esclavos del dinero.

Para él, sabiduría era sinónimo de buen vivir. No se dejaba atrapar por los negocios. Música, cuadros, libros, buena mesa, buenos vinos, viajes, mujeres. Conoció los cinco continentes, Europa y Estados Unidos de cabo a rabo, pagó a muchas mujeres —de una manera u otra siempre se les paga a las mujeres—, pero lo mejor es con dinero, sale más barato y no trae problemas. Fue un buen jefe de familia, vivió en paz con su mujer, elegida en el núcleo de los exportadores de café, y que pertenecía a un clan de mucho linaje y mayor fortuna. Adoraba a sus hijos: uno vivía con él, era lugarteniente en la dirección de las empresas, el otro estaba irremediablemente anclado en un laboratorio de investigaciones científicas de una universidad norteamericana donde había estudiado y donde estaba casado con una gringa. Felipe no podía quejarse de la vida.

—A él se le ocurrió la idea del Refugio, mucho antes de conocerme. El primer nombre era francés.

La idea no había sido propiamente suya. Con un reducido y selecto grupo de señores de iguales posibilidades económicas y de idénticos elevados ideales, había financiado el benemérito proyecto de una diligente y encantadora amiga, madame Georgette. Uno de los hijos de Felipe había estudiado en los Estados Unidos, el otro en Oxford, en Inglaterra. Sin embargo, él prefería a la dulce Francia, era admirador de París, goloso de sus vinos, quesos y hembras. Cuanto más conozco otras ciudades, más me gusta París, decía. Madame Georgette había traído a la capital paulista

algunas especialidades francesas, condimentadas, picantes a las cuales había sumado el mejor producto nacional. Era perita en la elección de las gentiles damiselas.

El proyecto se refería al establecimiento de una reservadísima casa de citas que sería frecuentada sólo por los reyes del latifundio y de la industria —tierras y fábricas, financieras y bancos—, por los cabecillas de la política, ministros, senadores; excepcionalmente por los grandes de las letras y de las artes, para dar brillo a la casa. Madame Georgette, con su experiencia y capacidad fue superándose. Así nació el «Nid d'Amour», donde los fatigados y nerviosos señores podían descansar en jóvenes brazos, en perfumados regalos, en dulces y eruditas damiselas.

—Cuando Felipe volvía de algún viaje, llegaba harto de las blancas, tenía predilección por el color moreno, así como el mío —mi bisabuela fue negra y esclava —. Cabrita del monte, quemada de nacimiento, le fui servida con champagne.

Madame Georgette conocía el gusto de monseigneur Le Prince Felipe —sólo lo trataba de príncipe—, había guardado para él un bocado digno de tan distinguido paladar: Tieta de Agreste, morena de cabellos encaracolados, quemada al sol nordestino, educada en los burdeles de los pueblitos pobres, la flor de la casa.

—Por qué se fascinó conmigo, no sé. Lo cierto es que no me dejó más.

—¿Qué hombre no se fascinaría, madrecita? Además de linda, deberías ser fogosa, te imagino como una brasa.

—Es cierto, era linda, brillante. Hablaba hasta por los codos, me reía por nada y cuando me las tenía que ver con un compañero respetable, no tenía rival en la cama, te lo aseguro. No se si le gusté por eso o porque lo arrullaba de noche.

Continuó:

—¿Qué lo ató a mí y lo hizo constante? ¿La charla de muchacha que cuenta cosas de pueblo y del interior de la vida tranquila, de las cabras que saltan sobre las piedras, de los baños de río? ¿La competencia? ¿O el valor que desprende de ella, su vida intensa y sus ganas de vivir? En el cuarto, se sentía joven al lado de Tieta. Ya no era el gastado señor, que se refugiaba allí para descansar de viejos hábitos y de sus problemas con prostitutas de clase alta, de las que se usa una vez y nunca se repite. Madame Georgette renovaba su vasto stock, tenía innumerables números de teléfono en su libreta azul, todos seleccionados con mucho esmero. Se asombró cuando le Prince Felipe volvió a pedir a la cabrita *sertaneja* y, después de unas cuantas veces, la reservó —no trabajará más, queda a mi disposición.

Cuando estaba en São Paulo, Felipe necesitaba asiduamente el cuerpo de agreste sabor, los mimos, las caricias muchas veces castas, los arrullos ingenuos. Cuando viajaba, tomaba las medidas necesarias para que no le faltase nada, para que tuviese suficiente dinero y para que no lo olvidara.

—¿No le metías los cuernos, madrecita?

—¿Cuernos? La que podía meterle los cuernos era su mujer, doña Oliva, pero no me consta que lo hiciera. Yo era su protegida. Nunca me prohibió nada, sólo que no quería que anduviera con otros. Me entregué a quien quise, cuando quise, así como lo

hacía en Agreste antes de ser mujer de la vida; para satisfacer el fuego que me quemaba por dentro, nunca por dinero. Fui discreta en mis cosas, siempre lo respeté y jamás tocamos el tema.

—¿Y él tenía otras?

—Nunca quise saberlo, nunca le pregunté por las mujeres con las que andaba cuando no estaba conmigo. Me contaron que trajo una de Suecia.

Las chismosas le habían dicho a Tieta que era una escultura de trigo y nieve, bellísima. Ella no abrió la boca, Apenas la volvió a frecuentar y se vio envuelto en mimos y se adormecía con caricias, Felipe despidió a la escandinava. Lo que se dice despedirla no: la beldad fue cedida a cambio de unos cigarros cubanos, a un amigo importador, maniático por productos importados. Aunque sea de segunda mano, está en buen estado —observó Felipe de buen humor y llegó a la conclusión de que, en materia de mujerzuelas, tenía tendencia a la monogamia.

—Creo que él se quedó conmigo porque nunca le di importancia a su fortuna, para mí daba lo mismo que fuese rico o no, lo que me ataba eran sus atenciones. Nunca le pedí nada, a no ser las dos veces que me prestó dinero. La primera, el día en que nos conocimos, como no disponía de cierta cantidad perdía la oportunidad de comprar un abrigo de napa, argentino, un espectáculo y de última moda. Todo lo que me dio aparte de eso, fue por propia voluntad.

Los departamentos, uno por uno, fueron comprados en construcción. Un día se apareció con el plano de un edificio, lo abrió en la cama y dijo:

—Estoy construyendo este edificio, de doce pisos, en la Alameda Santos.

—¡Uy! ¡Qué bueno!

—Reservé un departamento para ti. Son todos iguales: sala y dos cuartos. Hay cuatro por piso.

—¿Te has vuelto loco? ¿Con qué lo voy a pagar?

—¿Quién dijo que lo tienes que pagar? Es un regalo, ya hace tres años que nos conocemos.

Teniendo tantas cosas en qué pensar, Felipe recordaba fechas, aniversarios. Se había apegado a Tieta, pero más se había apegado ella a ese hombre que le daba tanto y que tan poco pedía. A los pies de la cama, las chinelas, bajo la almohada, el pijama de Felipe. Los edificios aumentaron en pisos, los departamentos en tamaño. En el último, casi una ciudad, le cedió un negocio en la planta baja, en un lugar elegantísimo. Si ella le dio cariño, él se lo retribuyó con dinero o bienes, que es lo mismo: lo mejor es pagar con dinero, sale más barato y no trae problemas.

—Un día, madame Georgette me llamó para conversar. Quería dejar el negocio, iba a volver a Francia, me ofreció ocupar su lugar.

Madame Georgette depositaba en Francia sus ahorros y ganancias, había comprado una casa en un barrio de París, pues siempre había pensado en jubilarse y regresar. Cuando habló con Tieta, ya tenía su pasaje para dentro de dos meses. Por segunda vez, le pidió dinero prestado a Felipe.

—Todavía no me has pagado lo que te di el día en que te conocí. —Él se echó a reír—. Déjalo por mi cuenta, yo arreglo con Georgette, el Nido es tuyo.

—Hace más de trece años que me hice cargo. Reformé todo, lo modernicé, reservé un departamento para Felipe y para mí, aquél lujoso. Le cambié el nombre y aumenté los precios.

—¿Por qué cambiaste el nombre, madrecita?

—«Nid d'Amour» olía demasiado a casa de puta. «Refugio de los Lores» es más decente. Mis clientes son todos lores. También me cambié el nombre, por consejo de Felipe.

Una casa de alto nivel, que cuesta un ojo de la cara, tiene que ser dirigida por una francesa, *ma belle*. Madame Antoinette va muy bien con tu tipo —había dicho él.

—¿Nombre francés con mi color, mi amor? No puede ser.

—Francesa de Martinica, como Josefina, la de Napoleón.

Los clientes se hicieron amigos, el prestigio de la casa creció, frecuentar el Refugio de los Lores era un privilegio más disputado que ser socio del Jockey Club, de la Sociedad Hípica, de los clubes más cerrados de São Paulo. En el departamento reservado, con el máximo confort, a los pies de la cama, las chinelas de Felipe, bajo la almohada, el pijama. Había envejecido, enviudó, el Papa lo agració con el título de comendador, viajaba poco, apenas supervisaba las múltiples empresas, y cada vez frecuentaba más la cama de Tieta, que lo recibía con su cálida sonrisa.

—Para Felipe no cambié de nombre. Siempre fui Tieta de Agreste.

Para los demás, *Madame* Antoinette, francesa, nacida en las Antillas del casamiento de un general de la République con una mestiza. Educada en París, me sobraba *charme*, era maestra en el oficio de elegir mujeres, delicadezas para el fino paladar de los clientes, los más ricos de São Paulo, *Dieu Merci*. Con las dos o tres doncellas que, como Leonora, viven permanentemente en el Refugio de los Lores, madrecita es exigente y generosa, temida y amada.

DEL MENSAJE URGENTE.

En lo mejor de la fiesta, llega el mensaje urgente. Una vez que devoraron el almuerzo y repitieron el postre, doña Laura, Elisa y Leonora sirven el café. Grandioso banquete con variado fondo musical: el modernísimo sonido del grabador compitiendo con el acordeón de Claudionor das Virgens. El trovador posee un extraordinario faro para detectar aromas culinarios, perfume de *batida* aroma de *cachaça*. Sin esperar invitación, aparece instrumento en mano, con una gran sonrisa; caradura, simpático y bienvenido: ¡con permiso!

Mientras Elisa, Aminthas, Fidelio, Seixas y Peto disfrutan de un *rock-and-roll*, los demás aplauden a Claudionor y Eliezer. El repertorio del trovador da preferencia a la música *sertaneja* mientras el dueño de la lancha, habitualmente cascarrabias, de

pocas palabras, se anima con los tragos, da rienda suelta a una agradable voz y, complaciendo sugestiones nostálgicas de Tieta y de doña Carmosina, canta olvidadas melodías. Tieta, sentada en una estera, con un enorme sombrero de paja, para defenderse del sol, pide:

—Toca aquella que cantaba Chico Alves, Claudionor.

—¿Cuál?

—Una que empieza así: «Adiós, adiós, adiós, cinco letras que lloran…».

Eliezer canta, Claudionor acompaña con el acordeón. Tieta se deja llevar por la música, está distante, no participa de las conversaciones. Leonora se inquieta. Conoce a su madrecita: cuando está así, callada, es porque algún problema la preocupa, porque algo no anda como debe. ¿Qué será? No se anima a preguntar, no vale la pena, lo mejor es dejarla en paz hasta que vuelva a sonreír. Cuando estoy de mal humor, déjenme sola, no se metan: era su recomendación en el «Refugio». Se sienta en silencio a su lado.

Tieta percibe la presencia de Leonora, se da vuelta y le acaricia la cara. La muchacha le toma la mano y la besa, con ternura. Cabrita sin juicio, piensa Tieta, corre el riesgo de enamorarse, de perder la cabeza. ¿Sólo ella? ¿Nadie más?

¿Qué especie de obligación ineludible había exigido la presencia de Ricardo al lado del padre en Rocinha? ¡No sería ninguna obligación! El sobrino estaba huyendo de ella, era eso; había ido con el padre para no ir a Mangue Seco, para no ensuciar sus castos ojos —¿castos?— en la desnudez de la tía, que estaba soberbia en ese reducido bikini, ¡pedazo de burro! En los últimos días había extrañado al muchacho, mientras se bañaba en el río, en los paseos. Hasta había cambiado sus horarios, seguro que para no hacerle masajes. Y Tieta, fogosa sin remedio, soñaba con el sobrino, lo veía día y noche con alas de ángel y aquella cachiporra. Jamás se había interesado por los jóvenes y mucho menos por mocosos de diecisiete años, prefería a los hombres hechos, de más edad que ella. Fue necesario volver a Agreste para desear a un chiquilín, sentir frío en la columna al pensar en él, ponerse de mal humor, ¡desagradable! y vacía debido a su ausencia. Triste, irritada, cabizbaja. Eso no lo esperaba. Para peor sobrino y seminarista. Como la ve tan lejana y perdida en sus pensamientos, Leonora se levanta, va al encuentro de Ascanio. Tieta nuevamente le acaricia el rostro, en un impulso.

—¿Sabes *Fue todo un sueño*, Eliezer?

—No la sé muy bien, doña Antonieta. Vamos, Claudionor, probemos.

Tieta navega con la música, conduce de la mano a Ricardo. Osnar, anegado de cerveza, se acomodó en la sombra, chupando un cigarro. Barbozinha ronca debajo de una palmera, olvidando sus proyectos de declaración en lo alto de las dunas. El cansancio comienza a hacerse sentir, en el transcurso de la tarde, luego de la maratón de dendê y pimienta, coco y jengibre, *batidas, cachaça*, cerveza. La mañana fue fatigante: baño de mar enfrentando olas bravías, subida a las dunas bajo el sol de verano. Con todo, Leonora y Ascanio proyectan una huida a la playa. Cuando el calor

afloje, antes de la hora de volver, que será cuando baje el sol.

Inesperadamente, se oye el ruido de un motor a la distancia. El comandante Darío, para quien todos los ruidos del mar y del río son familiares, decreta:

—Es el barco de Pirica.

Pirica viene a buscar a Ascanio, trae un mensaje del coronel Artur de Tapitanga con una noticia sensacional: los ingenieros de la Hidroeléctrica de Paulo Afonso se encuentra en Agreste y quieren hablar con alguien responsable de la Municipalidad. Fueron a lo del alcalde, pero se produjo una gran confusión. El doctor Mauritonio sólo dijo despropósitos, vive en un mundo de fantasías, agredió al jefe de los ingenieros porque lo confundió con el agrónomo Aristeu Régis, responsable de la deserción de Amelia Doce Mel. Al ser expulsados en medio de grandes insultos, fueron a la estancia del coronel Artur de Figueiredo, presidente de la Cámara Municipal. El octogenario había enviado a Pirica a Mangue Seco con órdenes de traer a Ascanio.

Hay una animación general, quieren saber más, piden detalles, pero Pirica, además de lo que ya contó, sólo agrega una información: el coronel estaba muy contento cuando le ordenó partir con el mensaje:

—Dígale a Ascanio que los hombres de la luz están aquí, que venga inmediatamente, sin perder un minuto.

Fidelio exclama:

—Van a instalar la luz, gané la apuesta. ¡Viva doña Antonieta!

El primer viva fue seguido de otros ahí mismo, bajo la palmera, y fue un prólogo a las conmemoraciones del pueblo, Agreste va a vibrar con la noticia. Ascanio, tieso, se encamina hacia Tieta:

—Permítame, doña Antonieta, que le anticipe la gratitud del pueblo de Agreste.

Tieta extiende la mano a Ascanio para que éste la ayude a levantarse:

—Todavía no, Ascanio. No cantes victoria antes de tiempo. Ve allá, como quiere el coronel, saca tus conclusiones. Por ahora no hay nada seguro. Yo aprendí a no alegrarme antes de que hubiera motivo. Si fuere verdad, eres tú quien merece felicitaciones. Yo hice muy poco, sólo pedí.

—Las intenciones, los gestos no valen nada cuando no dan resultado, fue usted misma quien me lo dijo —retruca Ascanio.

—Tú peleaste, luchaste, no te quedaste con la intención. Ve a ver de qué se trata y si resulta cierto, lo celebraremos juntos.

—Nosotros y todo el pueblo, doña Antonieta. Va a ser la fiesta más inolvidable de Agreste.

El entusiasmo domina a la alegre comitiva. Tieta, quiera o no, es abrazada, besada, felicitada. Barbozinha amenaza con un discurso, escribirá un poema a la luz de Paulo Afonso, luz nacida de los ojos de Tieta; Osnar propone que la lleven en andas como a una triunfadora —suelta mi pierna, ¡aprovechador!—; Aminthas le promete a Fidelio que le pagará la apuesta ni bien se confirme la noticia. Afectuoso

abrazo del comandante; solemnes felicitaciones de Modesto Pires, que está impresionadísimo con el prestigio de su coterránea; nunca había creído que esos pedidos dieran resultado positivo; ni se van a enterar de los telegramas, los tiran a la basura, había asegurado a doña Aída y a algunos amigos. Perpetua se agranda: las relaciones de la hermana en la cumbre de la política y del gobierno son un orgullo para la familia, su posición social eleva a todos los parientes. Si no estuviese tan fastidiada, Tieta, al oír esas palabras largaría una risotada; asimismo sonríe en los brazos de Perpetua. Elisa, emocionada, no puede contener el llanto, cubre a la hermana de besos. Doña Carmosina y doña Milu jamás habían dudado, contaban las horas mientras esperaban la respuesta. Ahora, ante la presencia de los ingenieros en Agreste, ¿qué dirán los incrédulos? Tendrán que aplaudir. A Tieta le gustaría poder participar de la alegría general pero aquél de quien ansía un beso no está presente, no vino, no quiso venir, prefirió ir a lomo de burro atrás del padre, ¡idiota! ¡Qué cuita tan absurda! Su rival es Dios. Que se cuide ese Dios porque Tieta no acostumbra a perder en estos casos.

Doña Carmosina les propone que vuelvan inmediatamente, que acompañen a Ascanio. Todos están de acuerdo, con tamaña novedad en Agreste, nadie se siente capaz de pasarse el resto de la tarde en Mangue Seco, para esperar la caída del sol. Todos quieren ver a los ingenieros.

Todos, menos Tieta. Anuncia su decisión de aceptar la invitación de doña Laura y del comandante para quedarse en la playa hasta el miércoles, día en que volverá a Agreste con Modesto Pires, para escriturar el terreno.

Mientras los demás se preparan, va con Perpetua hasta la Toca da Sagra, le entrega un manojo de llaves y le pide:

—Quiero que me hagas un favor. Abre la valija azul, fíjate cuál es la llave, toma ese portafolios donde guardo el dinero, ese que ya viste, ábrelo con esta llave y retira… —calcula la cantidad en voz alta, lo necesario para darle una seña a Modesto Pires para asegurarse la compra del terreno y para los gastos iniciales de la construcción.

—¿Vas a construir una casa? ¿En seguida?

—Inmediatamente. Voy a demarcar el terreno y comenzar a hacer una casita pequeña, el comandante se ofreció para ocuparse de la obra, en Saco hay todo lo que se necesita, tanto material como mano de obra, sólo es necesario tener la plata. El comandante dijo que la construcción puede andar rápido. Quiero ver mi casita en pie, aunque sea las paredes, antes de volver a São Paulo. Cuando yo no esté, tú y los chicos la pueden usar. Elisa también. —Mira a su hermana, suaviza la voz—. Tengo ganas de hacer algo por mis sobrinos, ya que no tengo hijos, Perpetua.

—¡Ah! hermana, ¡qué alegría me das con eso! —Los ojos de Perpetua brillan, tiembla su voz chillona. El trato con el Señor, recién establecido y ya se está cumpliendo.

—Cuando estemos en Agreste, hablaremos sobre el asunto.

—¿Cómo te mando el dinero y las llaves?

—Se lo das al comandante, él va a llevaros en la canoa.

El comandante no necesitó ir, entraron todos en la lancha de Eliezer y en el barco de Pirica donde se acomodaron, además de Asterio, Leonora y Peto. Tieta se aflige:

—Yo necesito el dinero mañana bien temprano. Mándalo por cualquiera que venga aquí.

—Quédate tranquila, yo te lo mando —asegura Perpetua.

Tieta confía. Ya está alegre y sonríe. Leonora al despedirse se da cuenta de que su malhumor pasó. En el momento de embarcar, en la playa, la caravana improvisa una ruidosa manifestación, bajo la batuta de doña Carmosina:

—Entonces, ¿cómo es?

El coro responde:

—¡Viva!

—¿Para Antonieta nada?

—¡Todo!

Doña Carmosina se une a los demás:

—¡Hip, hip! Hip, hip! ¡Hurra! ¡Antonieta! ¡Antonieta!

Modesto Pires repite:

—Si esa historia de la luz resultara cierta, como parece, el pueblo de Agreste va a entronizar a doña Antonieta en el Altar Mayor de la Matriz, junto con la Senhora Sant'Ana. Ya lo dije y lo repito.

Tieta rompe a reír: ¡qué mundo tan divertido!

DE LA PREGUNTA MALHUMORADA.

En la Municipalidad, de muy mal humor, el jefe de los ingenieros informa al ansioso secretario el cambio que hubo en el plan de extensión de cables y postes de la Hidroeléctrica: Agreste fue incluido inesperadamente en la lista de municipios que serán beneficiados con luz y fuerza de la usina. No sólo eso, que ya de por sí es increíble y absurdo; había más. Según las órdenes, que venían de arriba, de la misma presidencia de la compañía, debían dar prioridad absoluta a Agreste e iniciar inmediatamente las obras necesarias para que fuesen concluidas en tiempo mínimo. Esa inconcebible decisión los había traído hasta allí, un domingo, día de descanso, sucios hasta las orejas y furiosos. Y encima de todo, les hacían perder tiempo, pues hace horas que buscan un funcionario responsable con quien poder hablar.

Antes de dar informaciones sobre plazos y fechas, hay una única cosa que el jefe de los ingenieros y sus subordinados quieren saber: ¿cómo se explica que un municipio tan pobre y atrasado, cuyo alcalde es un loco que necesita camisa de fuerza e internación, haya conseguido modificar los planos ya aprobados, definitivos, órdenes de servicio en ejecución, y que tuviera prioridad sobre las comunas, ricas,

prósperas, protegidas por políticos de renombre, que ocupan altos puestos? ¿Quién lo había pedido para Agreste? ¡Pedido no, impuesto! Por favor, quiero saber el nombre de ese líder de tamaña fuerza, de esa personalidad tan eminente, de ese prepotente magnate, del potentado capaz de tal proeza. Realmente tiene que ser alguien de mucho poder, con seguridad.

Osnar, distribuidor de cargos, la llamaba generala. Pero Ascanio se calla para no aumentar el malhumor de los ingenieros. Sonrió, modesto, vamos a lo que interesa, a las fechas y a los plazos.

DEL MIEDO Y DE LA VOLUNTAD DISUELTOS POR LA LUNA.

¿Generala? Sola, acostada allá arriba en las dunas, muchacha de Agreste, pastora de cabras. El sonido desmedido de las olas, el aroma de la marejada, eran música y perfume de principios del mundo. En el cielo, la luna y las estrellas, eternas.

Se había hecho fuerte y decidida en las dunas, oyendo las olas, en los montes de tierras pobres, en contacto con el rebaño indócil. Allí había aprendido a desear con intensidad y a luchar para conseguir lo que quería. Mar bravío, tierra árida, aspectos de un mismo mundo agreste, duro, pobre y terriblemente bello. Se sentía plantada en las piedras donde saltaban las cabras y en las arenas movidas por el viento. Tenía algo de la tierra y del mar, del agua dulce y de la salada, correntada de río, marea de océano. Aprendió a no tener miedo, a no huir, a mirar de frente, a tomar iniciativas. ¡Eran tantas las estrellas! ¡incontables! ¿cuántas veces sintió el deseo preso en la garganta, en la punta de los dedos en el fondo del estómago? Amores que van y vienen, pero amor de toda la vida, sólo Felipe. Nadie cuenta las estrellas, ¿para qué contar las ansias, la boca seca, la urgente necesidad? No importa el número y sí el beso, la muerte, y la vida juntas, unidas. En Mangue Seco, sobre la arena, en Agreste, en los recovecos del río, cabra del monte. En cama camera, sólo con Lucas, cuando ella dejó la aridez de los montes y descubrió los atajos del placer. Otra vez estaba allí, en las dunas, como la primera vez. Tensa, lista, a la espera.

A lo lejos, en el río ve una luz; puede ser sólo el reflejo de una estrella. Cualquier ruido se pierde con las olas que revientan en las montañas de arena. Pero la luna llena ilumina las dunas, suave claridad. Ve un bulto indeciso, al pie de los montes, no sabe a cuál subir. Tieta se levanta, mira, adivina, reconoce. Modula el llamado de la cabra, dulce evocación de amor, especie de grito susurrado. Está indicando el rumbo.

Frente a frente, tía y sobrino. Cardo viste un pantalón corto y la remera del Palmeiras que Tieta le mandó. Sonríe sin saber por qué.

—La bendición, tía. Mamá me mando para que trajera una encomienda, la dejé en manos del comandante, allá abajo.

—¿Sólo para eso?

—Dijo que me quedara con usted para ayudarla.

—Pero tú no querías venir.

El chiquilín se embarulla, trata de esbozar un gesto, baja los ojos. Con orgullo y medio tartamudo puede evadirse:

—Allí hay una gran fiesta, por lo de la luz. Todo el mundo anda por la calle gritando: ¡Viva Antonieta! Dicen que…

—Tú tienes miedo de quedarte, ¿no?

La respuesta se refleja en la confusión de ese rostro iluminado por la luna. Es una expresión franca, sin malicia. Tieta prosigue:

—Cuéntame. ¿Es conmigo con quien sueñas todas esas cosas? No me mientas.

El adolescente baja los ojos:

—Todas las noches. Perdóneme, tía, no es que yo lo quiera.

—¿Y tú tienes miedo, huyes de mí?

—No sirve de nada. Tampoco esconderme ni rezar. Hasta cuando rezo, pienso y veo.

—¿Crees que soy linda?

—Muy linda. Linda y buena. Yo soy un desfachatado, de malos instintos, o es un castigo de Dios.

—¿Castigo? ¿Por qué?

—No sé, tía.

—Si no quieres quedarte, puedes volver. En seguida, en este instante.

Se acuesta nuevamente sobre la arena, su cuerpo queda expuesto a través de la pollera abierta y de la blusa desabrochada. La voz de Ricardo llega como de lejos, desde el fondo del tiempo:

—Tengo miedo de ofender a Dios y a usted, tía, pero tengo ganas de quedarme.

—Aquí, ¿junto a mí?

—Si me deja… —Sus ojos están encendidos.

—A lo lejos se vislumbran las luces de los fuegos artificiales que suben al cielo, estrellas encendidas por el pueblo de Agreste en honor de la ilustre hija, de la viuda rica y poderosa, de la paulista con voz y mando en el gobierno.

Tieta sonríe y extiende la mano:

—No tengas miedo. Ni de mí, ni de Dios, ven, acuéstate.

Los cuerpos fluctúan en el aire a la luz de la luna, al vaivén de la música de las olas. Luna, estrellas, mar, los mismos del pasado, iguales. ¿Qué importan la edad, el parentesco, la sotana? Una mujer, un hombre, eternos. Aquí, en las dunas ella comenzó como una chiva en celo. Tieta se reencuentra con su comienzo. Hoy, cabra hecha y derecha, cansada de *Inácio*, es una desfloradora de cabritos.

INTERMEZZO A LA MANERA DE DANTE ALIGHIERI, AUTOR DE OTRO FAMOSO FOLLETÍN (EN VERSO), O EL DIÁLOGO EN LAS TINIEBLAS.

Distante, la luna iba camino de África, cubierta de suspiros de amor, cuando por

fin hubo pausa, respiración. Se desunen las piernas, se separan la vida, la muerte, cada una por su lado; el acto de morir y el de resucitar, deja de ser cosa única. Momentos antes eran parte de un único cuerpo, un solo cohete que explotaba allá en lo alto del cielo, y se deshacía en luz sobre las olas del mar. Antes, la noche de luna fue al mismo tiempo día y sol; sol y luna, día y noche sucediéndose juntos sin distancias ni intervalos.

Cuando por fin hubo pausa y respiración, desaparecieron el sol y la luna, las tinieblas cubrieron el mundo, la noche perdió brillo y calor, fue enemiga, se oyó la fuerza del océano contra las dunas, el insano vendaval que transporta arena, el acta de acusación y la sentencia. Más allá de la vida, más allá de la muerte, él puede medir la extensión del crimen. No había medida humana para el castigo, no se mide la eternidad. En un esfuerzo que le rompió la garganta y el pecho, reencontró el ejercicio de la palabra:

—¡Ay!, ¡tía! ¿Qué hemos hecho? ¿Qué es lo que yo hice? Un día, en solemne voto, había jurado castidad, se consagró a Dios. Había prometido renegar de los placeres de la carne, casto hijo de María y de Jesús. Traicionó su voto.

—Me ofendí y la ofendí, tía. Perdóneme…

Oye sonido de risas, por lo bajo, nacientes del agua en medio de la tempestad. Una mano de arena y vendaval le toca su culpado rostro, dedos de largas uñas le rozan los labios. Contiene el llanto: un hombre no llora y ahora, ¿qué era él sino un hombre igual a los otros, con la marca del pecado clavada en el corazón? Peor, pues los demás no habían asumido ese compromiso la sangre que Cristo derramó en la Cruz los redimía, hasta el fin de los siglos. Pero él había hecho votos, había prometido, jurado, asumió el compromiso. Había traicionado la confianza de Dios. En la oscuridad ve las llagas que se abren y el cuerpo lleno de pus, perverso, la lepra. Siente dedos que aprisionan la piel de sus labios e impiden que grite de espanto.

—Dime tía sólo delante de la gente. Para ti soy Tieta, tu Tieta. —La infeliz se ríe, inconsciente, condenada por él a las penas del infierno. Se ríe, alegre, no se da cuenta del horror que cometieron.

El demonio lo había poseído, el más peligroso, sagaz y sutil, el peor de todos, el Demonio de la carne, y no contento con llevarlo a la perdición, lo había utilizado como instrumento para tentar y corromper a la tía, para pervertir a la honrada viuda, fiel a la memoria del marido, transformada en hembra enloquecida, animal en celo, que gime y que grita como las cabras en los montes de Agreste. Ay, tía, ¡qué desgracia! La mano recorre los labios, las uñas arañan la piel, amenazan con pausa y distancia.

Ella también había sido poseída por el Demonio. Excomulgada por su culpa a pesar de todo lo que le debía: gratitud, respeto y amor puro de sobrino y protegido. ¿Acaso no le había mandado regalos de São Paulo, no le trajo la caña de pescar con carrete, no le dio dinero, una camisa nueva, pijamas que la madre guardó para el

seminario, no había ofrecido una imagen y una custodia a la iglesia, piadosa criatura? Alegre, informal, un poco arrebatada, eso sí, pero era una generosa oveja del rebaño de Dios, tal como la había calificado el padre Mariano. Alma pura, inocente corazón, era digna de la estima del Señor, de la recompensa divina, es lo que proclamó el padre Mariano en el sermón durante la misa. Merecedora de todo respeto y de mucha gratitud, para devolverle el afecto sincero, la bondad y las dádivas generosas. La madre le había pedido que cuidara de su tía, que estuviera a sus órdenes, que fuese su amigo. ¿Había obedecido? ¿Había tratado de acercarla más a Dios y a la iglesia, tal como era su obligación de sobrino y seminarista? ¿Le había hablado de los santos y de los milagros, le contó algo sobre los prodigios de la Virgen y del Señor, le describió las maravillas del reino de los cielos? No había cumplido con nada de eso. Al contrario, se había puesto a las órdenes de Satanás en la conquista del alma de la tía, astuto instrumento del Maldito. Antes había sido siervo de Dios, ángel consagrado, después esclavo del Diablo, obediente seguidor, activo cómplice, ángel caído.

—Perdóneme, tía…

La mano se estira, cubre toda la boca, la palma comprimida sobre los labios siente los dientes que se hunden en ella.

—No me digas tía, dime Tieta.

Después de la cercana muerte del leproso —primera demostración de la ira divina—, el castigo eterno, las llamas del infierno, para siempre, sin remedio, sin reposo, sin intervalo, sin derecho a la contrición, ya era demasiado tarde para el arrepentimiento. ¿Arrepentimiento? La mano rodea la boca, las uñas raspan levemente.

En el infierno, por toda la eternidad, la carne pecadora y sucia que se quemará y jamás terminará de quemarse —condenada o no el alma es inmortal—. Oye una risa leve, nacida de la ignorancia, risa de quien no sabe nada sobre la violencia y la cólera de Dios. Por atrás del manso balido de satisfacción, él oye la carcajada del Diablo, siniestra, victoriosa, insultante: ha ganado dos almas de una vez, de un solo tiro, dos más para la práctica del pecado y para las llamas del infierno, es una buena cosecha.

¡Tantos días y noches de batallas! Porque él había luchado y resistido; con poca fuerza y escasas armas, no poseía la estatura de los santos verdaderamente dignos de servir a Dios, fortaleza de la ley, de los mandamientos. Igualmente había resistido, luchó, levantó trincheras: en su pupitre, curvado sobre los libros; en las aguas del río: se había zambullido cuando Peto, instruido por el Demonio, quería que la mirara, en la Bacia de Catarina; en sus oraciones, antes de acostarse en la hamaca; en ruegos y promesas, en misa —si la Virgen lo salvaba, se comprometía a dormir extendido sobre granos de maíz durante todo el año lectivo. Todas las trincheras conquistadas fueron destruidas una por una por el Maldito. De los problemas de álgebra, de las páginas impresas, saltaban los senos entrevistos por la mitad del

escote de la robe de chambre; los pelos señalados por el hermano, esos que sobresalían del bikini, se alargaban río adentro, lo ataban de pies y manos, lo traían de vuelta a las piedras donde ella descansaba, tranquila, con las piernas abiertas, inocente de tanta codicia y osadía. Hasta durante el sagrado sacrificio de la misa, el humo del incensario se elevaba trazando las curvas y el balanceo de su traste, redondo, suelto, moreno, entrevisto bajo el corto camisón.

Había luchado durante las inquietas noches cuando al sentirse excitado se esforzaba con ver en el sueño imágenes castas, vidas santas, alegrías puras. Antes de perderse por completo allí, en Mangue Seco, estuvo a orillas del pecado todas las noches, ya sea adormecido, ya sea despierto, y si jamás llegó a él fue porque no sabía cómo hacerlo. Ni bien terminaba con las oraciones y cerraba los ojos, aún con el nombre de Dios en los labios y el pensamiento en la salvación del alma y ya el Maldito llenaba su hamaca de senos y piernas, de trastes y pelos, la tía de cuerpo entero y desnuda.

Ni los ruegos, ni las oraciones, ni las promesas, ni la huida. Trastornado había abierto el libro santo en la página de la fuga a Egipto, como consejo de Dios. Montó el burro y se fue atrás del padre Mariano a Rocinha en vez de tomar la lancha para Mangue Seco donde podría verla casi desnuda por la playa, acompañarla mar adentro, salvarla de la muerte cuando las olas que revientan en la barra la estuviesen ahogando. Heroico, lucharía contra el oleaje, finalmente la tomaría en sus brazos y traería su cuerpo inerte a la playa, mientras lo apretaba contra su pecho.

Había huido de la tentación montado en burro. ¿De qué sirvió? Durante todo el viaje a Rocinha la tuvo en sus brazos, bien apretada contra el pecho al compás del trote del animal. Al rozar con el cabezal de la montura, comprimía entre las piernas las ancas de la tía.

Fuerzas débiles, voluntad frágil, armas inofensivas para enfrentar el poder y las tramas del Diablo. Belcebú había utilizado a Peto para tentarlo en la orilla del río; para enviarlo a Mangue Seco, y por increíble que parezca, se había servido de su madre, devota y rígida. Debería haberse opuesto, discutido; podía haber alegado que era muy tarde o hacerse el enfermo. No lo hizo. La madre no necesitó repetir la orden: salió corriendo en busca de Pirica para contratar el barco. Comprendió que el Tiñoso había elegido Mangue Seco como lugar del crimen y no obstante partió para allí, por su propia voluntad. Durante el trayecto, apuraba a Pirica, a pesar de saber que ni bien desembarcase, estaría perdido. Así fue: en Mangue Seco había sido derrotado y poseído por el Maldito.

Los dedos se dirigen a su mandíbula y dejan en la boca un sabor a pulpa fresca. Las palabras, arrancadas del estómago, cortan sus pulmones, salen estranguladas:

—Estoy condenado al fuego del infierno y la llevo a usted conmigo. Soy una porquería, me perdí y la arrastré.

La mano se extiende, es todo fuego, va de la mandíbula al cuello. En el momento de pecar, hasta las llamaradas son deleite, nadie siente el dolor de las quemaduras.

Pero el fuego del infierno es distinto, tía, es distinto y eterno.

—Puedes llevarme, cabrito. Eres pequeñito como los que yo llevaba en mi pecho.

Honesta viuda, él la había hecho renegar del recato de la virtud de su condición; manchar la memoria de su marido, enloquecer al punto de decir tales cosas, sin pies ni cabeza, murmurar frases sin nexo, con esa risa de alegría, sin darse cuenta de la magnitud del mal, indiferente al castigo.

Él había sido el único culpable, pero la condena caía sobre los dos, igualmente la ira de Dios caería sobre la cabeza de la tía. Sobre las dos almas que no supieron resistir a la vileza de los cuerpos, a la carne sucia. Él es el único culpable. La tía le había dicho que si quería se podía ir, señaló el camino, él no quiso, prefirió quedarse. Consciente de que, al quedarse, se entregaba a Satanás, le serviría de agente en la degradación del alma de la viuda, sería responsable de su perdición.

—Quisiera morir.

—En mis brazos.

La mano baja de los hombros al pecho. Ay, tía, no. ¿No ve que el Demonio está suelto, sobrevuela las dunas y el mar, es un inmenso murciélago que cubre la luna e impone una noche negra y fría? El Tentador está allí, presente como siempre lo estuvo, desde el momento en que la tía surgió de la «marineti» de Jairo. Había sido él, el Demonio, quien habló por la boca de Osnar cuando la comparó con una fruta madura, jugosa. En ese momento había empezado el combate, ahí fue cuando se perdió. Y cada momento que pasaba estaba más perdido, en los pasos nocturnos en el corredor, en las puntillas vaporosas del deshabillé, en el diminuto bikini, en el minúsculo camisón, en las manos untadas de crema, en las palabras truncas del padre nuestro, en los sueños llenos de deseo cuando la tenía desnuda junto a sí en la hamaca y no sabía qué hacer. Ahora lo sabe y lo pagará, durante toda la eternidad. Los dos lo pagarán, el culpable y la víctima, él y la tía. Quién sabe, tal vez Dios que es justo, tenga piedad de la tía y le reduzca la pena a un breve período en el purgatorio. Por más largo que sea, aunque se extienda por millones de años, es tiempo y no eternidad, tiene límite y fin. Un día se termina la sentencia, se libera al condenado, pero las penas del infierno no terminan jamás. Nunca jamás, repite a cada segundo el reloj del infierno. Así lo había dicho Cosme al referirse al castigo eterno.

—Dios es bueno y sabio, tendrá piedad, sabe que usted no tuvo culpa, tía.

Crece la risa alegre e inconsciente, la mano desciende por el pecho en agonía.

—No me digas tía, dime Tieta.

La mano está en ese pecho lleno de vergüenza, quebrado de miedo, ¿cómo mirar la cara de Dios en la hora del juicio final? La mano tranquiliza la pesadilla, transforma los sentimientos, desata el nudo, rompe las tinieblas, pero no apaga las fogatas de la ira celeste, pues toda ella, palma, puño y dedos, es una brasa que arde, calor divino. ¿Divino? Es así como Satanás engaña y condena a los hombres. Ese calor divino se transforma en insoportable dolor en las profundidades del infierno,

consume lenta y eternamente a los pecadores.

—Sólo yo soy el culpable, Dios ha de perdonarla, tía.

—Tía, no. Tieta, tu Tieta.

¿Cómo no había percibido la voz de Dios en la de la tía cuándo le señaló el camino de vuelta? El camino seguro, el sendero que lo hubiera conducido a la salvación, al sacerdocio, al paraíso.

—¿Paraíso? ¿Cuál de ellos? La mano lo conduce al paraíso: hace poco todavía veía la belleza, la dulzura del cielo en cada detalle de ese cuerpo expuesto a la luz de la luna. La mano juega con el vello que está naciendo en el pecho joven y masculino. El Mayor se enorgullecía de su tronco peludo, pecho y espalda, era bien de macho. El padre, un macho. El hijo, castrado por el voto y por la promesa de la madre era un inútil. Pero el Demonio lo había hecho levantarse contra la ley, le despertó la carne muerta, lo pervirtió. Era un casto mancebo que desconocía deseos y malos pensamientos, macho impuro sin control sobre el cuerpo y el alma, un chivo.

No sólo eso: lo había utilizado también para conquistar a la tía, pervertirla y condenarla.

—El purgatorio dura un tiempo y termina, tía. La culpa es mía, sólo mía; Dios es justo, no la mandará al infierno.

—Cabrito tonto, soy una vieja cabra. Llámame cabra, dime mi cabra.

Jamás, aunque quisiera; ni siquiera en el momento de pecar, cuando la cabeza no piensa y la boca gime y grita. Osnar había dicho cabra, esa voz del Demonio, al verla deslumbrante, en la puerta de la «marineti» de Jairo, y agregó un indecente comentario sobre el tamaño de las ubres, el muy inmundo. ¿Y él? ¿Dónde había hundido la cabeza, posado los labios, dónde había desvariado y mordido?

—Perdóneme, tía. Jure que me perdona.

—Dime Tieta.

Los dedos, explorando, navegan en la barriga de rígidos músculos. El meñique se hunde en el ombligo, hace cosquillas, la brasa crece en llamaradas, consume el pecado, cubre el crimen, enciende la luna.

—Tía, quiero decirle…

—Tieta.

—Quiero decirle que aunque tenga que pagar durante la eternidad en el fuego del infierno, así mismo…

—Dime, mi cabrito…

—… así mismo no me arrepiento. Y si el castigo fuese peor todavía, así mismo…

—Dime…

—… así mismo querría…

¿Dónde está la mano? La llama quema desde la punta de los pies hasta la punta del pelo, recorre el cuerpo, la cabeza late, se abre la boca, el Demonio crece.

—¿Qué querrías, cabrito? dime…

—Estar aquí, con usted.

—Contigo.

La mano busca, encuentra, palpa, empuña. Desmedido Demonio.

—Contigo, Tieta. No me arrepiento, ¡ay! no, ¡Tieta!

—Dime cabra, mi cabrito.

¿Dónde están las tinieblas del infierno de Dios? Bajo la luna, el paraíso se abre para el Demonio, estrecha puerta de miel y rosas negras. El infierno vale mucho más. ¡Ven, mi cabrito! Ay, cabra, mi cabra, soy todo un chivo y en fuego me consumo.

TERCER EPISODIO

EL PROGRESO LLEGA A LOS CONFINES DEL MUNDO O LA JUANA DE ARCO DEL SERTÓN

CON MARCIANOS Y VENUSIANAS, SUPER-HÉROES, AERONAVES ESPACIALES Y SUBLIMES HEMBRAS; DONDE SE TRATA DE LA PRODUCCIÓN DE DIÓXIDO DE TITANIO Y DE DESTINOS DE AGUAS Y PECES. DONDE LOS TÉRMINOS DEL DEBATE DIVIDEN A AGRESTE Y TERMINAN CON LA TRANQUILIDAD Y LA PAZ, DONDE SE ASISTE AL NACIMIENTO DE LA CODICIA, LA SED DE PODER, LA AMBICIÓN DE MANDO Y AL FLORECER DEL AMOR; SE AGREGA TAMBIÉN REISADO, BUMBA-MEU-BOI Y OTROS DETALLES FOLKLÓRICOS DE LOS QUE CARECÍA ESTE PATÉTICO FOLLETÍN.

DE LA PRIMERA APARICIÓN DE LOS SUPER-HÉROES QUE INTERRUMPEN LA PECAMINOSA Y AGRADABLE PRÁCTICA EN LA CÁLIDA HORA DE LA SIESTA.

Al comienzo de una tarde, a la hora de la siesta, cuando nadie perturba la paz de los habitantes, aparecieron, por primera vez en el territorio de Agreste, seres de otros planetas.

El comercio sólo abre por fuerza de hábito, para cumplir un horario —de ocho a doce, de catorce a dieciocho— pero sólo en el almacén de Plínio Xavier hay cierto movimiento que no deja de ser sospechoso. Dos o tres veces por semana, a la hora en que no hay clientes, el comerciante de productos alimenticios, respetable ciudadano, casado y padre de familia, escondido detrás de los fardos de tasajo, se ocupa en meter las manos bajo la pollera de Cinira, la solterona, tocándole las partes pudendas, con la punta de los dedos. Ella se da vuelta hacia los estantes y se hace la que no ve ni siente nada; pero abre las piernas para facilitar la operación. Plínio Xavier también actúa en silencio, y el rostro se llena de sudor. De repente Cinira suspira hondo, se estremece, y dirige su mano hacia donde sabe que está la ansiada arma, fuera del pantalón. La aprieta fuerte y sale a la carrera.

Aquel día, al llegar al suspiro y al estremecimiento, un abominable y siniestro ruido estalló en la calle e interrumpió bruscamente la deliciosa práctica. En plena huida por la acera, la solterona no pudo contener el terror y sofocar un grito: una desconocida y monstruosa máquina que rugía se le venía encima, tenía unas inmensas ruedas que se hundían en el suelo. A través de caños y orificios lanzaba un humo pestilente y de repente emitió unos sonidos lacerantes, jamás oídos allí. Plínio Xavier, mientras abrochaba el último botón de su bragueta, llegó hasta la puerta justo a tiempo para ver al estrambótico vehículo que pasaba frente al almacén y que conducía seres indescriptibles en su interior, hombre y mujer según parecía, si bien no se diferenciaban mucho uno del otro en los atributos y trajes espaciales, que eran idénticos.

Hacía pocos días que habían llegado rumores de Mangue Seco, según los cuales los pescadores afirmaban haber visto un objeto no identificado que llegó del mar y en él desapareció después de sobrevolar la playa y el cocotal. Pero no por eso, el pueblo estaba preparado. La conmoción fue inmensa.

DE LA NAVE EN LA PLAZA DE LA MATRIZ CUANDO SE ESTABLECEN LOS PRIMEROS CONTACTOS ENTRE LOS SUPER-HÉROES Y LOS SERES HUMANOS, CON REFERENCIAS A HOTELES Y ASFALTO, MIENTRAS MISS VENUS MIRA A TODOS LOS HOMBRES, INCLUYENDO, A DON MANUEL PORTUGUÉS.

La Plaza de la Matriz estaba desierta y silenciosa cuando allí se detuvo la nave, en un espantoso clamor de gases sueltos y un ser, probablemente macho —hubo quien discutió el sexo debido a sus cabellos largos que sobraban del casco y a las ojeras violetas— bajó saltando por encima de la puerta de la extravagante máquina, miró a

su alrededor y no vio a nadie. Usaba unos guantes gruesos de exótico material. Lucía una vestimenta flamante, era una especie de mameluco con cierres relámpago y bolsillos en piernas y brazos, lleno de tachas de metal que refulgían. Una observación más detallada demostró que se trataba de pantalón y amplia camisa y que los bolsillos estaban repletos de objetos extraños, como armas mortales e imprevisibles. El ser hembra, vestido de manera absolutamente igual, sin otra diferencia que el volumen del busto, se quitó el casco y se mostró despampanante. Se quitó los guantes y con sus largos dedos se arregló la cabellera colorada no más larga que la del compañero —con una banda platinada en el centro que denunciaba su origen venusino o carioca, de cualquier forma, apasionante.

Osnar observaba estupefacto, escondido en el bar; sólo estaban presentes don Manuel Portugués y él.

—¡Oh! ¡Almirante luso! Ven a ver lo que yo veo y dime si es verdad o si me volví loco. Ayer bebí demasiado en lo de Zuleika.

Don Manuel dejó los vasos que estaba enjuagando —saca bien la roña, Vasco da Gama, le decía Aminthas señalando la mugre de platos, vasos y cubiertos—, y fue hasta la puerta. Abrió la boca y se rascó el mentón:

—¿Quiénes son esos beduinos?

—Tanto habló Ascanio de los turistas que terminaron apareciendo… —arriesgó Osnar—. A no ser que sean los tripulantes del plato volador de Mangue Seco.

El ser probablemente macho al comprobar la ausencia de terráqueos, retornó a la nave, la venusina se puso los guantes; recomenzaron los abominables y siniestros ruidos, el humo negro brotó de caños y orificios, el vehículo decoló de un salto y se perdió en un callejón. Durante un momento se oyó en el pueblo ese barullo, que despertó con susto a los que dormían la siestita como Edmundo Ribeiro, el recolector, y el árabe Chalita; muchos habitantes, sorprendidos y asombrados, se asomaron a la puerta de sus casas. Hubo comerciantes que cerraron las puertas de su comercio o almacén, quién sabe si no era Lampiao[33] que volvía del infierno, motorizado. Lampiao nunca estuvo en Agreste, pero cierta vez anduvo cerca, a tres leguas de distancia, el hecho es recordado hasta hoy.

Luego de recorrer calles y callejuelas, los súperhéroes retornaron a la Plaza de la Matriz y volvieron a aterrizar. Ascanio Trindade que los había visto desde la ventana de la Municipalidad, bajó corriendo la escalera para irles al encuentro. Osnar había hablado de turistas burlándose de su amigo, pero Ascanio, si lo hubiese oído, habría aprobado: turistas, ¿por qué no? Serían los primeros que aceptaban la invitación redactada por él (con la preciosa ayuda de doña Carmosina) y enviada al diario *A Tarde*, de la capital, donde sugería a los turistas que se «hicieran una escapada desde Salvador hasta la ciudad más saludable del Estado, Sant'Ana do Agreste, para conocer la playa más linda del mundo, la playa de las dunas de Mangue Seco». La gaceta había publicado la carta en la columna de los lectores, haciendo referencia, en una pequeña nota de la redacción, al pésimo estado de los caminos, lo cual impedía

aceptar la invitación. Ninguna persona en sus cabales se animaría a arriesgar la suerte de su automóvil en los cráteres de la ruta, que cada vez tiene más pozos, sólo por conocer Agreste, «rincón realmente paradisíaco». Quien saliese ileso de semejante prueba, todavía debía enfrentar los «indescriptibles cincuenta kilómetros de barro, a partir de Esplanada».

Ascanio ensaya una sonrisa en su rostro, en general serio: aunque la ruta está llena de cráteres y de yapa están los cuarenta y ocho kilómetros —cuarenta y ocho y no cincuenta— fatales, igual surgen corajudos dispuestos a aceptar la invitación.

Llenos de polvo, sudados, los extraños seres saludaban con gestos cordiales y amables. La hembra agitaba su enorme pata de cuero.

—Buenas tardes… ¡Bienvenidos sean a Agreste! —saludó Ascanio alegremente.

¡*Bonjour, frère*! —respondió el espacial, sacándose un guante para tomar un pañuelo de color lila y secarse el sudor de la cara—. ¡Qué calorcito! ¿eh?

—Dentro de poco refresca. Después de las cuatro, las tardes son fresquísimas, de noche hasta hace frío. Es un clima seco, ideal. —Ascanio Trindade inicia su pregón.

—Voy a creer todo lo que me digas, amor, si me consigues algo para beber… —la voz del ser hembra se deshace en promesas.

—Con mucho gusto, lo que quieran. Vamos al bar.

Desde la mesa, Osnar comprueba:

—Vienen hacia acá, almirante. Sujétame porque soy capaz de perder el juicio y agarrar a ese bombón aquí mismo. Siempre tuve ganas de comerme a una marciana, a falta de una polaca pues no existe en ningún planeta algo igual a una polaca. —La célebre historia de la polaca de Osnar.

El grupo se acerca, buenas tardes por un lado y por otro, ocupan una mesa. Manuel, solícito, los atiende, mientras Osnar no despega los ojos del ser hembra quien, a falta de agua de coco —no puede faltar coco en el bar, anota Ascanio—, acepta *guaraná*.

—Para mí, un *whisky on the rocks*… —pide el ser probablemente macho—. *Scotch*, naturalmente… Quiero decir, escocés.

—Sólo tengo nacional pero es legítimo —se enorgullece don Manuel.

—¡No, por favor! Entonces tráigame agua mineral sin gas.

Bien helada.

—El agua de aquí es mejor que cualquier mineral, fue examinada en Bahía y aprobada con los mayores elogios. —Aclara Ascanio.

—Mientras esté fría…

Don Manuel sirve el *guaraná* con una pajita, todo un lujo, y el vaso de agua con hielo. El marciano aprueba: agua realmente muy buena, déme un poco más, por favor, y dígame cuánto le debo.

Manuel se curva luego de una indicación de Ascanio:

—No es nada, fue un placer…

—Muchas gracias… Por esta vez acepto pero en el futuro… ¿Éste es el único bar

de estas tierras?

—Bueno, en el Beco da Amargura hay una especie de boliche que pertenece al negro Caloca, Pero en cualquier almacén se puede beber un trago de *cachaça*.

—Va a tener que mejorar el surtido, *my friend*… Buenas marcas de whisky, buenos vinos… y hotel, *frère*. —*Frère* era Ascanio, le había caído simpático—, ¿hay alguno bueno? ¿Con baño privado?

—Propiamente hotel, no. Pero hay una pensión muy buena, la de doña Amorzinho, comida de primera, cuartos limpios, no tiene baño privado. Pero tiene una canilla tan grande que sirve de ducha.

—Va a ser necesario construir rápidamente un buen hotel…

Esto lo dijo el ser macho y lo decía como si construir allí, en Agreste, un hotel de primera clase, fuese la cosa más simple del mundo. Exactamente a partir de esa afirmación, de esa decisión del súperhéroe, Ascanio Trindade comenzó a divagar.

—Lo peor es la ruta —declaró el ser-hembra, maullando—. Este último tramo, por ejemplo… Nunca anduve tan a los tumbos ni tragué tanto polvo… —se arregla los cabellos sucios, pelirrojos, con aquel mechón platinado—. Ni bien llegue a Salvador, voy directamente al Salón de Severiano a lavarme el pelo y peinarme…

—Sólo hay que ensanchar y asfaltar, *darling*. ¿Cuántos kilómetros, *frère*?

—¿Desde aquí a Bahía, a la capital?

—No, sólo el último trecho, el intransitable.

—Cuarenta y ocho kilómetros…

—¡Cariño, no mientas! —rogó Miss Venus a Ascanio—. Hay más de cien… estoy descaderada. —Se puso la mano en el traste espacial.

—¡Ay! —gimió Osnar, pero si alguien lo oyó, no lo demostró.

—Debe de ser así, *darling*, unos cincuenta kilómetros. Se asfalta rápido.

Hotel, ruta asfaltada, el sueño prosigue, el corazón de Ascanio se dilata.

—Dígame algo, *frère*: una lancha para bajar por el río hasta la playa de… ¿cómo se llama?…

—Mangue Seco.

—*C'est ça*… ¿Se puede alquilar una?

—Bueno… está la lancha de Eliezer. No es de alquiler pero yo hablo con él, le pido que los lleve. Es un buen sujeto.

—Puede decirle que le voy a pagar bien…

Ascanio sale en rápido trote a buscar a Eliezer. Tendrá que convencerlo: en materia de buenos tipos, Eliezer es un ejemplo discutible, pero Ascanio tiene prestigio. No le dirá nada sobre los hoteles y el asfalto, el otro puede considerar que tales planes son una amenaza a sus legítimos intereses. Ascanio se dio cuenta de que no se trata de simples y ocasionales visitantes y sí de un empresario que quiere estudiar la posibilidad de invertir mucho dinero para hacer de Agreste el deseado centro turístico, proyecto tantas veces discutido en la agencia de Correos y Telégrafos. Falta infraestructura, decía doña Carmosina. Falta alguien con mucha

plata para establecerla, el Municipio no puede hacerlo, completaba Ascanio. Según parece, el dinero va a sobrar.

Osnar y Manuel, callados, sin tema de conversación, sonríen tontamente a los extraños. Al rato Aminthas se une a ellos, había interrumpido un concierto de los *Rolling Stones*. La reina del planeta Venus mira a los tres individuos, uno por uno y sonríe a cada uno en particular, le revela que tendría un enorme placer en dormir con él —sólo contigo, amorcito, y con nadie más en el mundo—. Osnar está en vías de perder el aliento, Ascanio vuelve justo a tiempo. Eliezer pasó directamente hacia el pequeño embarcadero donde espera la lancha.

—*¡Thanks! Andiamo*, bella, no tenemos mucho tiempo. *Arrivederci*…

¿Cuántos idiomas se hablan en el espacio? Osnar se atraganta en portugués. El marciano extiende la mano, Aminthas todavía duda si es maricón o no.

—Mejor dejen el auto en la plaza y vayan a pie, el camino no está en buenas condiciones. Yo los acompaño…

Todos los acompañan, inclusive don Manuel, el bar queda vacío.

—Cuántas gentilezas… —agradece Miss Venus en un gemido.

En el camino Ascanio quiere comprobar su tesis:

—Dígame una cosa… ¿Usted pretende establecerse aquí?

—¿Quién sabe? Depende de los estudios… Es posible.

—¿Va a poner un hotel? Se puede explotar el agua mineral, no hay otra mejor.

—¿Hotel? También. Va a ser indispensable. ¿Agua? Tal vez. Pero ésas serán inversiones secundarias, diversificaciones de capital. Después se puede pensar en el agua.

Llegan al embarcadero. Ascanio reflexiona: proyectos ambiciosos, gran empresa turística, salta a la vista. Los magníficos seres embarcan en la lancha con Eliezer al timón.

—Otra vez, *merci, frère. ¡Ciao!* —saluda desde el barco.

—Ascanio Trindade, secretario de la Municipalidad, a sus órdenes.

—¿Secretario de la Municipalidad? Y el alcalde, ¿quién es?

—El doctor Mauritonio Dantas. Está enfermo, yo respondo por él. Cualquier cosa, puede hablar conmigo.

—OK. Con seguridad, hablaremos. Mucho y dentro de poco.

La lancha parte, la de las crines coloradas manda un beso, con una mirada de entrega; Eliezer ni con eso pone buena cara. Ascanio Trindade sonríe, parece un sueño: por fin habían llegado.

DE LOS COMENTARIOS Y DE LA PRIMERA DISCUSIÓN TODAVÍA AMABLE.

La concentración en la plaza crece, una pequeña multitud se aglutina en torno al vehículo.

—Mira las ruedas. ¡Qué brutalidad!

—¡Qué belleza!

—¿Oíste la bocina? Tocó el comienzo de *Cidade Maravilhosa*.

—¿Qué cosa?

En el bar hay un gran movimiento. Los comerciantes abandonaron negocios y almacenes. Plínio Xavier se enorgullece por haber sido el primero que vio máquina y pilotos.

—Yo estaba ocupado, haciendo cuentas de algunas cosas que fié…

Osnar se ríe, ¿se ríe de qué? Las miradas se desvían: en la puerta de la iglesia, Cinira conversa con las beatas. Todavía no pertenece al batallón, pero mucho no le ha de faltar.

—… cuando oí aquel barullo horrible, largué todo…

Asterio y Elisa se suman al grupo. En el momento de peligro, él había salido corriendo para su casa, preocupado por su esposa: Elisa, como en luna de miel por la llegada de la hermana, está nerviosa, afligida, anda de un lado para otro. Llegaron juntos a la plaza para espiar la máquina; ella elegante a punto de destronar a la Reina del Espacio, la de la mancha platinada en su melena colorada. La mancha platinada alucina a Osnar, quien hace confidencias a Seixas y a Fidelio:

—Les juro que si agarrase a aquella marciana, comenzaba a lamerle la punta del dedo gordo del pie y tardaba tres horas hasta llegar al ombligo… Le daba una fiesta de lengua…

—¡Pedazo de puerco!

Don Edmundo Ribeiro no es lo que se dice un puritano pero ciertos hábitos sexuales le parecen indignos de un hombre bien macho y honrado. Llevar a una mujer a la cama, montada, está muy bien. Pero meterle la lengua… Los besos sólo se dan en la boca, y en bocas limpias.

—Edmundito, mi hijo, no vengas a decirme que nunca en tu vida lo hiciste… que nunca chupaste un panal de ésos…

—Respétame, soy un hombre serio y aseado.

En la Agencia de Correos y Telégrafos, la discusión hierve. Ascanio Trindade pasa un minucioso informe a doña Carmosina, en presencia del comandante Darío de Queluz, quien prevé con voz de lástima:

—Mi querido Ascanio, tú con esa manía de turismo en Agreste, todavía vas a pagar caro, tú y todos nosotros. Un día, un loco cualquiera lee esas pavadas que tú y Carmosina mandan a los diarios, las toma en serio y arma un negocio para explotar la playa de Mangue Seco, el agua y el clima de Agreste. Nosotros somos los que vamos a terminar mal. En un abrir y cerrar de ojos esto se convierte en un infierno.

—¿Por qué un infierno, comandante? Nunca oí decir que una estación de aguas termales fuese un infierno. Al contrario, es un lugar de descanso, de reposo. —Interviene doña Carmosina—. Bien sabe que nadie más que yo defiende la naturaleza, la atmósfera y la belleza de Agreste. ¿Pero que hay de malo en una

estación de aguas?

—Una estación de aguas en la ciudad, vaya y pase. Lo peor es que Ascanio quiere llenar la playa de gente y de toda especie de porquerías…

Ascanio salta:

—¿Qué porquerías? Casas de veraneo para turistas, hotel, restaurantes. ¿La playa de Acapulco, la de Saint-Tropez, la de Arembepe, acaso son porquerías, infiernos? El futuro de Agreste, comandante, está en el turismo.

—Sí, son infiernos y porquerías. El otro día *A Tarde* publicó un reportaje sobre Arembepe: se convirtió en la capital de los *hippies*, la capital sudamericana de la marihuana. ¿Te imaginas a Mangue Seco repleto de melenudos y fumadores de marihuana? Deja nuestro paraíso en paz, Ascanio, por lo menos mientras nosotros estemos vivos.

—¿Quiere decir que usted prefiere que Agreste continúe siendo un buen lugar para esperar la muerte, comandante?

—Claro que prefiero, mi hijo. La muerte aquí se hace esperar; no deseo más que eso. Aire puro, sin contaminación. La playa limpia.

Ascanio mira a doña Carmosina, su aliada, quien toma la palabra:

—¿Quién dijo contaminar? No digo *hippies*, si bien la filosofía de ellos sea igual a la mía, paz y amor, lo más bonito que se inventó en este siglo, lo malo es la droga. Pero turistas con dinero, no veo ningún mal en ello, comandante. Buenas casas de veraneo, comercios animados, buenas películas. Nadie puede estar en contra.

—¡Rascacielos, hoteles, inmobiliarias, el fin del cocotal, de los árboles, del sosiego, de la paz! ¡Dios me libre y guarde! Por suerte todo eso no pasa de delirios vuestros…

Peto llega corriendo, la lancha está de vuelta. Antes de salir, Ascanio invita, contento:

—Yo creo, comandante, que en breve tendremos turismo instalado en Agreste. El loco ya apareció. Venga conmigo, vamos a hablar con él.

—Vamos… —concuerda el comandante.

Pero cuando llegan a la plaza, los dos superhéroes, rodeados de curiosos, ya parten, en su refulgente máquina. Ascanio intenta dialogar con ellos, pero están apurados, llegarán muy tarde a Salvador.

—Volveré pronto y conversaremos. Quiero anotar su nombre. —Extrae una libreta del misterioso bolsillo de la pierna del pantalón, el bolígrafo que cuelga de su cuello parece un micrófono de novelas de espionaje.

En las finas manos de dedos largos, ya liberadas de los guantes, y pertenecientes a Miss Venus funciona la máquina de fotos, pequeñísima y potentísima.

—¿Mi nombre? Ascanio Trindade. Éste es el comandante Darío de Queluz.

—¿Comandante?

—Sí, de la Marina de Guerra.

—Retirado. —Aclara el comandante.

—¡Ah! —después de una pausa, se presenta: —Doctor Mirko Stefano. *À bientôt. So long*.

—¡Adiós, amor! —gime Miss Venus, con los ojos en orgasmo.

La máquina parte, levantando polvareda, el ruido explota en los oídos más sensibles. ¿Doctor? Parece un astronauta, un capitán de nave espacial, un empresario moderno de esos que transforman la Tierra y la vida. La información exacta sobre el vehículo fue dada por Peto —todavía no pudo terminar el primario, no tiene apuro, y ya sabe todo sobre autos y pistas—. Se trata de un Bug 1600, con llantas de magnesio, doble carburación y bocina mejorada. Por otro lado, todo mejorado, motor envenenado, el entusiasmo de Peto no tiene límites. Corre a su casa, va a contar las novedades a la tía Antonieta y a Leonora.

Lo de los seres superiores, lo supieron por boca de Eliezer, de mal humor:

—El tipo estaba interesado en las áreas que están a orillas del río, en el cocotal, en las tierras desocupadas. Me preguntó de quién eran, le dije que nadie supo nunca si tenían dueño. Sacaron montones de fotografías. En Mangue Seco, se sacaron la ropa y se bañaron desnudos…

—¿Desnudos?

—Los dos… Como si yo no estuviese allí. La tipa es osada, hasta enfrentó el oleaje.

—¿Te das cuenta, Ascanio? Nudismo, para empezar. Gracias a Dios que yo no estaba allí, no lo hubiese permitido

Igual que Edmundo Ribeiro—, el comandante Darío tampoco es puritano pero nudismo en Mangue Seco, ¡jamás! Por lo menos mientras él esté con vida.

Ascanio quiere responder, pero Eliezer no le da tiempo:

—El tipo me preguntó cuánto me debía, le dije que no era nada, como me ordenaste. ¿Quién va a pagar mi trabajo y la nafta? ¿Tú o la Municipalidad?

Osnar, que había oído en silencio, comenta escandalizado:

—¿Ves un pedazo de mujer como ésa, desnuda, en cueros, y todavía quieres dinero, Eliezer? Yo hubiese pagado por ver… ¡Eres un degenerado!

DE LA LUZ Y DE LAS VIRTUDES DE TIETA, CON CITAS EN LATÍN.

Plantadores de mandioca, criadores de cabras, pescadores y contrabandistas de Agreste y zonas vecinas, desde las márgenes del río hasta las encrespadas olas de la barra, nadie dejó de enterarse del espantoso acontecimiento y el beato Possidônio, en Rocinha, anunció el Apocalipsis y el fin del mundo, temas de su particular predilección. Se apoyaba en las escrituras del Antiguo Testamento.

Así es que, según comprobaron los habituales del Areópago, comenzaron a suceder cosas en Agreste, cosas que arrancaron al pueblo de su inercia habitual, que provocaron agitados comentarios y suscitaron discusiones.

Los cables eléctricos, sostenidos por postes colosales, iban desde el *sertão* rumbo al municipio, como consecuencia de órdenes superiores, y lo hacían con anormal rapidez en obras públicas. De vez en cuando, ingenieros y técnicos llegaban en un jeep que desembocaba en las calles tranquilas e invadían el bar de don Manuel, que ganaba animación. El jefe de los ingenieros aseguraba que dentro de un mes y medio, dos meses a lo sumo, los cables llegarían al pueblo. El trabajo estaría concluido y se podría fijar fecha para la fiesta de inauguración. Como se trataba de un Municipio de tanto prestigio federal, tal vez comparecieran figuras de prestigio de la dirección de la Compañía del Valle del San Francisco, quién sabe si el Director-Presidente no viene especialmente desde Brasilia.

El jefe de los ingenieros ya no dudaba de nada después que le informaron que había sido una viuda de vacaciones en su tierra natal, quien obtuvo, por intermedio de amigos del finado, en vida millonario influyente, las órdenes preferenciales que ordenaban reformar el proyecto, para que el Municipio de Sant'Ana do Agreste tuviese prioridad absoluta. Es difícil de creer, pero, como era afirmación unánime, el ingeniero terminó demostrando interés en conocer y saludar a la ilustre dama capaz de modificar proyectos aprobados, remover postes y determinar rutas para luz y fuerza.

Según le había informado Aminthas, era una persona dada y sencilla. Ni por ser una riquísima viuda de comendador del Papa y frecuentar a la alta sociedad paulista, con excelentes relaciones —de las cuales la prueba más concreta era que el conocido ingeniero estuviese allí, en el bar del lusitano, bebiendo cerveza—, ni por todo eso se daba aires de reina. Había resuelto el asunto con dos telegramas, dando una lección al engreído director que trató al representante de la ciudad, Ascanio Trindade, secretario de la Municipalidad, como si fuese un don nadie y Agreste no pasase de una tierra olvidada por Dios. Sin tener en cuenta las credenciales de Ascanio ni el hecho de que el muchacho estaba en Paulo Monso para defender los intereses legítimos de su tierra, el Director-Presidente lo hizo esperar antes de despacharlo con una rotunda negativa y se negó a oír sus argumentos. Para él, Agreste no pasaba de árido pasto para cabras y así se lo dijo. Al enterarse de lo sucedido, doña Antonieta se indignó y telegrafió. Fue disparo y victoria.

Aminthas adornó la historia cuando se la contó al jefe de los ingenieros y se le rió en la cara:

—Su nombre es doña Antonieta Esteves Cantarelli. Seguramente ya oyó hablar del comendador Cantarelli, gran industrial paulista. La diñó recientemente.

El ingeniero, vencido, disimuló su falta de conocimiento: el nombre le sonaba, dijo, así como el de los Matarazzo, el de los Crespi, el de los Filizola. En respetuoso brindis a la señora Cantarelli, llenó su copa de cerveza. No sólo Aminthas lo acompañó, sino que todos los presentes se asociaron al homenaje. El pueblo, agradecido, sin salir de su asombro por la dádiva inesperada, al referirse a la nueva iluminación no la designaba «Luz de Paulo Afonso, Luz de la Hidroeléctrica» o «Luz

de la Compañía del Valle del San Francisco», como hubiese sido correcto y justo y como se decía en todos lados. Para la gente de Agreste era la «Luz de Tieta».

Cuando el miércoles siguiente a los festivos acontecimientos del domingo, Tieta llegó de Mangue Seco para firmar la escritura de los terrenos, la sorprendió un cartel colocado en la Plaza de la Matriz, entre dos carcomidos postes de la vieja iluminación, en las cercanías de la casa de Perpetua: «EL PUEBLO DE AGRESTE ACLAMA AGRADECIDO A DOÑA ANTONIETA ESTEVES CANTARELLI». Un detalle: la palabra Esteves había sido agregada, por exigencia de Perpetua y Zé Esteves, después que el cartel estuvo concluido. Lo colocaron entre los otros dos nombres, pero arriba de ellos, pequeño defecto que no empañaba el efecto impresionante de las letras coloradas sobre fondo blanco.

Fue idea de Ascanio, y contó con el apoyo general; en boca del pueblo Tieta era la heroína de la ciudad. Todavía no la habían puesto en el altar mayor de la Matriz, al lado de la Senhora Sant'Ana, como había previsto Modesto Pires, pero faltaba poco. A la tarde, en compañía de Leonora y de Perpetua, cuando se dirigía a la notaría, donde tenía una cita con el dueño de la curtiembre, la gente salía de sus casas para saludarla y agradecerle: hubo quien le besó la mano. El coronel Artur da Tapitanga cuando se enteró de que estaba en Agreste, abandonó su hacienda e hizo a pie el kilómetro que la separa del centro, quería abrazar a la benemérita ciudadana:

—Hija mía, Dios sabe lo que hace. Cuando Zé Esteves te fletó de aquí, era porque Dios quería hacer que volvieras como una reina. La miraba con unos ojos de chivo viejo y sensual, ya sin vigor, pero todavía con apetito en el corazón. —¿Cuándo vas a visitarme y a ver mis cabras?

También *Bafo de Bode* la homenajeó a su manera, al verla en la puerta del cine:

—Viva doña Tieta que tanto manda y que es un bombón…

Tieta, al pasar, dejó en su mano negra de mugre lo necesario para una semana de abundante *cachaça* y al adelantarse, con la intención de deleitarle los ojos, bamboleó las caderas como proa de barco en medio de un vendaval.

Concluida la escritura, labrada el acta de la compra del terreno, completado el pago al contado, Tieta, antes de volver a su casa, pasó por la Agencia de Correos para abrazar a doña Carmosina y despachar una carta. Estaba acompañada por Ascanio y por el poeta De Matas Barbosa, atacado de nostalgia y reumatismo: Tieta, tu presencia es sol y es remedio, me basta mirar tu rostro para sentirme curado.

Doña Carmosina anunció:

—Esta noche voy a visitarte para conversar. Tengo muchas novedades… —los ojos señalaron a Leonora y Ascanio, su tema predilecto.

—No estaré. Hoy mismo vuelvo a Mangue Seco. Pasé por aquí para verte y para saber cómo anda doña Milu.

—¿Vuelves hoy? ¿Por qué tanto apuro?

—Estoy levantando mi casa, ya empecé. Tú me conoces: cuando quiero una cosa, la quiero ya, tengo apuro. Quiero que las paredes estén levantadas antes de

marcharme.

—No puedes irte tan pronto. Ni se te ocurra.

—¿Por qué no?

—¿Antes de la inauguración de la luz? El pueblo no te va a dejar.

Tieta rió.

—Hasta me siento candidata a diputado… Tú me representas en las fiestas. —Reflexionó durante unos segundos; con la mirada perdida—. Pero quién sabe, tal vez me quede más tiempo, prolongue mis vacaciones, no por la fiesta, sino para ver mi casa lista, en Mangue Seco.

—Quédate, tienes que quedarte. Se quedan las dos… —mira la cara melancólica de Leonora, doña Carmosina no resiste—. Sé de alguien que tal vez se quede para siempre. —Los pequeños ojos centelleaban con malicia.

En casa, a solas con Perpetua, Tieta le dio noticias de Ricardo: muchacho bueno, se hace querer, era de ayuda inestimable para ella. Bajo la orientación del comandante, tomaba iniciativas, había ido dos veces al pueblo de Saco, donde contrató al personal necesario, albañiles y carpinteros, maestro de obra, gente habituada a trabajar con troncos de palmeras sobre la arena movediza. La construcción había comenzado en la víspera. Ella lo retendría en Mangue Seco unos días más, lo había nombrado su lugarteniente.

—El tiempo que quieras, querida, él está de vacaciones.

Hablando de vacaciones, Ricardo había mandado pedir los libros de estudio, ni en la playa descuidaba sus deberes escolares. Dormía en una hamaca en la sala de la Toca da Sogra. Muchacho de oro, Tieta quería ayudarlo y por lo tanto había decidido abrir una libreta de ahorros a su nombre, en un banco de São Paulo. En la carta que había dejado en la Agencia del Correo, daba órdenes a su gerente para que abriera la libreta a nombre del sobrino con un considerable depósito inicial, —Perpetua se estremeció al oír la cantidad—, al que todos los meses agregaría determinada suma, todavía no había decidido cuánto. Así, cuando Ricardo se ordenara, sumando el capital, los intereses y la indexación, tendría un buen peculio. Perpetua elevó al cielo los ojos llenos de gratitud, el Señor comenzaba a cumplir su parte en el trato hecho. Después de agradecer a Dios, miró a Tieta y a ella se dirigió:

—No sé qué decirte, hermana. Dios ha de pagarte. —En un gesto inusual, tomó la mano de la hermana y la apretó contra su corazón. Usaba una faja gruesa, dura como un yelmo. Con un pañuelo negro se secó los ojos llenos de lágrimas.

Al atardecer, antes de regresar a Mangue Seco, mientras huía de las manifestaciones de sus coterráneos, rodeada por su familia, Tieta recibió la visita del padre Mariano. El Reverendo, le agradeció, en nombre de los fieles, la gracia de la nueva iluminación que iba a modificar la fisonomía de la ciudad y que cambiaría las costumbres. Era un inmenso servicio que había prestado a la comunidad. Beneficiaría a todos, pero sin embargo doña Antonieta había creado un serio problema para la parroquia, pues la instalación eléctrica de la Matriz se encontraba a la miseria, era

incapaz de soportar el impacto de la energía de Paulo Afonso. Un ingeniero de la Hidroeléctrica a quien había consultado, le dijo que era absolutamente necesario cambiar toda la instalación para impedir un corto circuito y evitar el grave peligro de un incendio. ¿De dónde sacar el dinero necesario? ¿A quién recurrir si no a ella? La Matriz ya le debía mucho, empezando por la nueva imagen de la patrona y la custodia, traída de São Paulo, el padre era quien mejor lo sabía, pero también sabía cuánta era la generosidad de doña Antonieta. Alma escogida y además viuda de un comendador del Papa, o sea, una persona graduada en la jerarquía de la iglesia. Tieta oyó en silencio. Con una sonrisa ambigua. El padre, la madrastra, las hermanas y Leonora estaban presentes. Perpetua repitió las palabras del párroco al pensar en la libreta de ahorro:

—Alma selecta, usted bien lo dijo, padre Mariano.

El sacerdote no llegaba a leer una respuesta positiva en la sonrisa equívoca que entreabría los labios carnosos; sólo podía comprobar que Tieta había rejuvenecido en esos días en Mangue Seco, tenía aire de satisfacción, estaba linda como nunca, el sol había dado tonos de oro al cobre de su piel.

—No se aflija, padre. Puede cambiar la instalación.

El cura, tranquilizado, se disponía a agradecer, cuando ella prosiguió con voz risueña y en tono de broma:

—Lo hago en pago a la Senhora Sant'Ana do Agreste por haberle robado el sacristán por algunos días, mi sobrino Ricardo que está en Mangue Seco para ayudarme.

Perpetua se estremeció dentro del vestido, negro, de esmerado luto, sin importarle la compostura que le debía al sacerdote y no pudo evitar una mirada de victoria ni esconder la satisfacción que se reflejaba en su rostro malhumorado. Tieta daba un paso importante en el camino que conducía a la adopción y a la herencia al asociar al sobrino a las donaciones hechas a la iglesia y al designarlo intermediario en sus relaciones con Dios y los santos.

Dios acababa de pasar a la categoría de deudor, al recibir, de la mano de Ricardo, la donación de las nuevas instalaciones eléctricas de la Matriz.

El padre Mariano, también radiante, levantó la voz, eligiendo los términos de la alabanza:

—Dios no olvida a quien ayuda a la Santa Madre Iglesia, multiplica cada óbolo en perennes bendiciones, que protegerán a usted y a sus familiares, doña Antonieta —elevó la mano para bendecir a los Esteves y a las Cantarelli y sonrió beatíficamente —. De parte de la Senhora Sant'Ana, puedo asegurar que ella cede de buen grado al escudero. Al estar Ricardo en tan sacrosanta compañía, sólo podrá aprender y practicar el bien.

Al despedirse, el Reverendo se refirió a la apariencia de Tieta: lozana y con mucho garbo. Dijo que los días de playa habían sido para ella un verdadero tónico, destilaba salud y júbilo, deleite; la belleza de su rostro reflejaba la pureza de su alma,

tota pulchra, benedicta Domini. Que Dios así la conserve.

Zé Esteves fue el único que no estuvo satisfecho. Rumiaba críticas al petitorio y al consentimiento:

—Ese cuervo es un abusador: con palabras dulces y ese latín va recaudando un dineral para la iglesia, los tontos caen como chorlitos. Perdóname, hija, pero debes cuidar más de tu dinero. No te olvides que vas a comprar una casa y que no puedes andar malgastando.

Recién después de una semana Tieta regresó a Agreste, y lo hizo en respuesta a un llamado de Zé Esteves, quien le transmitió que doña Zulmira estaba dispuesta a llegar a un acuerdo y rebajar el precio de la casa. Había dejado a Ricardo al frente de las obras, donde ya se estaban levantando las paredes, el muchacho estaba solo en la Toca da Sogra pues hacía tres días que el comandante había vuelto con doña Laura al bungalow del pueblo. Tres días o mejor dicho tres noches durante las cuales tía y sobrino cambiaron el romántico arenal de las dunas por el confort del colchón de crines de la cama de matrimonio que estaba en el cuarto del marino.

El colchón había llegado en el momento preciso, así pudo proseguir con la educación del sobrino, enseñándole el bien —el bien y lo bueno—, justo cuando alcanzaba un nivel superior en el estudio de la materia en que Tieta era maestra competente, emérita catedrática, doctor *honoris causa*, como diría en latín el padre Mariano. En clases prácticas e intensivas le enseñaba cuanto sabía, o sea, todo, el alfabeto entero, incluyendo el indescriptible «ipicilone».

Tieta volvió a Agreste en la mañana del primer desembarco de los espantosos seres proyectados en el espacio, pero no los vio y sólo tuvo noticias de ellos al atardecer, cuando Ascanio, en el auge de su entusiasmo contaba exaltado:

—Son capitalistas del sur, estudian la posibilidad de invertir capital aquí, en el municipio, en una empresa de turismo, algo monumental, quieren asfaltar la ruta y construir hoteles. ¿Qué le parece, doña Antonieta? ¿Qué dices a eso, Leonora?

¿Empresa de turismo? ¿En Agreste, aprovechando el agua, el clima, la playa de Mangue Seco? Quién sabe, todo es posible, ¿por qué no? Había hecho bien en comprar el terreno en la playa, debía aceptar la propuesta de doña Zulmira y abandonar su posición intransigente, los precios de la tierra y de los inmuebles pueden sufrir una súbita valorización, Tieta ya vio cosas increíbles en São Paulo. Con su olfato sin igual Felipe había adquirido a precios irrisorios terrenos y más terrenos en zonas por las cuales nadie ofrecía nada. Pocos años después, ganaba fortunas en la reventa. Tieta pidió a Perpetua papel y lápiz, escribió una nota a doña Zulmira para cerrar el negocio y mandó a Peto para que la llevara.

Decidió quedarse en Agreste el tiempo necesario para concluir el trato, labrar acta de escritura y tomar posesión de la casa. Aunque sentía el ardiente llamado de su cuerpo que reclamaba retorno urgente, y sabiendo que el muchacho sufriría el fuego del infierno durante la noche insomne, igualmente resolvió ocuparse primero del negocio. Había aprendido a no perder la cabeza, a no permitir que un amor, por más

fuerte y exaltado que fuera, le causara ningún perjuicio.

Ascanio proseguía trazando planes para el radiante futuro de Agreste. El cambio comenzó con la llegada de las paulistas al pueblo y todo resultaba más fácil debido a la decisión de la compañía del Valle del San Francisco que incluía a Agreste entre los municipios que recibirían energía de Paulo Afonso, la «Luz de Tieta».

CAPÍTULO DONDE TIETA BUSCA DEFINIR EL AMOR Y NO LO LOGRA.

Tieta deja a los novios en la puerta de calle, solos, libres, para que se despidan. Sin embargo desde la sombra del corredor espía para ver qué pasa, dónde van a parar las manos, cuál es la fuerza de los besos, las lenguas entrelazándose, en fin, aquellos primeros pasos en el camino de todo lo demás. La decepción es completa e inquietante. Sólo vio los labios de Ascanio que rozaron la mejilla de Leonora, receloso y apurado, eso no es un beso ni nada, había perdido el tiempo espiando, eran un total y perfecto par de idiotas. Desde la puerta, donde se queda hasta perderlo de vista, Leonora le hace adiós con la mano. Seguramente Ascanio responde. Mala señal, el rumbo del idilio no agrada a Tieta.

Si en una noche sin luna fueran a parar a la Bacia de Catarina, entre las rocas y dispuestos a todo, Leonora no correría mayor peligro. Después tendría que lavarse la argolla bien lavadita y se terminó. Cuando llegara el momento de volver a São Paulo, derramaría algunas lágrimas de tristeza y nostalgia en el ómnibus, *c'est finie la comédie*, como decía Madame Georgette y Madame Antoinette repite cuando enfrenta amores y problemas de las muchachas.

El peligro reside exactamente en los besos leves y miedosos, en ese festejo tonto tan típico del interior y que ya no se usa. En Agreste, cuando se actúa así, con respeto y conteniendo los impulsos, es que se está pensando en noviazgo y casamiento. Casamiento, vida en Agreste: ilusiones absurdas, sueños delirantes. En tales casos, no basta lavar la argolla bien lavada. La separación cuesta un duro sufrimiento, no se reduce a unas pocas lágrimas en el ómnibus de regreso.

El día en que Tieta llegó de Mangue Seco, rebosante de vida, vibrando de animación al hablar del terreno y de la casa en la playa, más delgada, con el cuerpo en el punto exacto, Leonora había caído en sus brazos, y ansiosa murmuró en su oído:

—Necesito conversar contigo, madrecita.

Sin embargo durante el día no tuvieron oportunidad de estar a solas. Perpetua siempre estaba presente para adular a la hermana, ya no le regateaba loas.

Después de ser antiguo pozo de iniquidades, Antonieta había pasado a ser pozo de Jacob, misericordia de los sedientos, *turris eburnea*. Para adularla usaba las pocas expresiones latinas que había aprendido de memoria en tantos años de sacristía, y que antes reservaba a la exaltación del Señor y de los santos, *turris eburnea* era exclusiva de la Virgen María. Ahora todo era poco para las virtudes de Tieta.

A la hora del almuerzo, la mesa está completa: Zé Esteves y Tonha, Elisa y Asterio, Peto pedía la bendición a la tía, y deleitaba sus ojos ávidos en esa carne morena y abundante. Pero Ricardo era quien estaba mejor situado para mirar hasta hartarse, para escudriñar los mínimos detalles de la tía, tan cómoda y despreocupada con su ínfimo bikini, mientras le hacía compañía en la playa, pero el idiota de su hermano desviaba la vista para no ver, era un ermitaño y un místico. Debía de estar con una venda en los ojos en Mangue Seco, el muy bobo; Dios da pan a quien no tiene dientes, se quejaba Osnar. Habló y dijo, ¡carajo!

A la tarde fueron a la casa de doña Zulmira para confirmar el trato de allí a la notaría, a dejar los datos para la escritura y fijar fecha para firmarla —cuanto antes mejor, había pedido Tieta, que tenía apuro por volver a Mangue Seco. Las paredes de la choza —así designaba a la pequeña casa de la playa— comenzaban a subir, ella disfrutaba con cada ladrillo, con cada palada de material, en compañía del sobrino que se había contagiado de su entusiasmo. A la noche la sala se llenó: doña Carmosina, doña Milu, Barbozinha, la barra del billar que escoltaba a Asterio; Ascanio llegó al atardecer y se quedó a comer, no se despegaba de Leonora.

Doña Carmosina también anunció su necesidad imperiosa y urgente de tener una larga y reservada conversación con Tieta. Quedaron en hablar al día siguiente. ¡Mañana sin falta! —había recordado la agente del Correo, al despedirse—. Hay mil cosas para comentar. Y señalaba con los ojos a los novios que estaban en el sofá, distanciados uno de otro, la paulista con una sonrisa llena de admiración mientras oía el discurso de Ascanio sobre el radiante futuro de Agreste.

Ascanio fue el último en irse, cuando ya Perpetua se había ido a dormir: a las seis en punto, arrodillada en primera fila, la devota oye misa en la Matriz, no puede acostarse tarde. Tieta los abandona en la puerta, para que estén cómodos en su apasionada despedida. ¡Qué fracaso!

Mientras Tieta se quita el maquillaje Leonora se sienta en la cama de la alcoba, y abre su corazón: esta enamorada, ¿qué hacer? Pasión verdadera, no era una aventura trivial, un simple flirt, madrecita la conocía, en esos tres años en el Refugio jamás le había pasado una cosa así. Era amor, y por primera vez.

—¿Qué hago, madrecita? No puedo contar la verdad.

—Ni se te ocurra, de ninguna manera puedes. Sólo si te volvieras loca y me odiaras.

—Nunca se me ocurrió, ¿cómo iba a contarlo? Pero estoy desorientada, sin saber qué hacer. Ayúdame a pasar este trance, madrecita. Sólo te tengo a ti en el mundo.

Tieta abandona las cremas de limpieza y el espejo, toma a la muchacha de las manos, le acaricia la cabellera rubia, ni a sus hermanas quiere tanto como a esa desdichada que recogió en la calle, la pequeña Nora, marcada por la mala suerte y aún capaz de tener sueños y esperanzas.

—Yo sé que nunca lo vas a contar, conozco a mis cabritas, ¡ay de mí si no las conociera! ¿Qué debes hacer? Aprovechar las vacaciones, divertirte. Sigue en amores

con ese muchacho, es simpático y buen mozo, todo un hombre. Un poco ingenuo para mi gusto, pero correcto. Si tienes ganas, duerme con él. Debes de estar muerta de ganas, ¿no?

Leonora mueve la cabeza afirmativamente y en seguida esconde el rostro entre las manos, Tieta se sienta a su lado en la cama, prosigue:

—Duerme con él, pasea, goza de la vida pero no te enamores. Ten cuidado y evita un escándalo. No entiendo por qué todavía no te has acostado con él.

—Él piensa que soy virgen, madrecita. Nunca vi a nadie tan crédulo y respetuoso. No tengo coraje ni palabras para decirle que no lo soy. Tengo miedo de que se desilusione y no quiera verme más.

—Es capaz. Agreste no es São Paulo, es el culo del mundo, se quedó en el siglo pasado. Aquí o se es muchacha decente o ninfa de puertas abiertas. ¿No viste lo que pasó conmigo? Papá me echó, me mandó a ser puta lejos de aquí. Hace mucho tiempo de eso, pero todo continúa igual aquí. Quién sabe si de alguna manera…

—¿De qué manera, madrecita? Él cree que soy virgen y rica, hija y heredera del comendador Felipe. Hasta está inhibido para tomarme la mano porque él es un pobre Job y yo soy millonaria. ¿Sabes que todavía no se me declaró? Insinúa algunas cosas, suspira, parece que va a hablar, pero traga saliva, se queda callado, sujeta mi mano y no sale de eso. En Mangue Seco fui yo quien lo besó. Aparte de eso, sólo roza mi rostro con los labios al despedirse y nada más.

—Yo lo vi, porque estaba espiando, es de no creer. Pobre muchacho, debe de estar desperdiciando su sueldo en la casa de Zuleika para aliviarse, o si le falta dinero, gastándose la mano. —Sonríe a Leonora—. Sigue mi consejo, deja que las cosas corran, da tiempo al tiempo y mientras tanto diviértete. Por lo menos así no te harás mala sangre.

—¿Hacerme mala sangre? Madrecita, déjame que te diga una cosa: estos días aquí fueron los únicos felices de mi vida. Siento que amo. Por primera vez, madrecita. Con Pipo y Cid fue distinto, no se parece ni de lejos. Ya te lo dije, ¿te acuerdas?

Pipo, que era nombrado por radio y su fotografía aparecía en los diarios, representaba para la adolescente apaleada en el sórdido conventillo, la personificación de los héroes invencibles de las historietas, de las películas de aventuras, de las series de televisión. Ser su novia causaba envidia en todas las demás muchachas de la calle. Cuando él la largó, había sufrido principalmente por vanidad. De vez en cuando podemos hacer el amor, si quieres, había dicho Pipo, lleno de sí. Eso, jamás. No aceptó la humillación, se pretendía única, inspiradora de los goles marcados por el crack en los partidos de fútbol. Lloró toda la semana mientras los vecinos le hacían burla, pero no era porque lo extrañara a él.

Cuando conoció a Cid Raposeira en el infiernillo asqueroso donde cazaba candidatos para asegurarse la comida del día siguiente, con ese sufrido rostro de Cristo, tan necesitado de compañía y de ayuda, solo, abandonado y drogadicto, el

corazón de Leonora vibró, sensible y solidario. Se inició el trayecto de una interminable desesperación donde se alternaban los raros días de cariño y humildad, con los de locura y violencia desatadas. Más que compañera y amante se sentía enfermera, samaritana, hermana que cuida a alguien más infeliz que ella. Era una pareja de parias perdida en la metrópoli cerrada por piedras y humo, sin motivos de alegría y felicidad. Uno y otro, el glorioso Pipo y el contradictorio Cid, no tenían nada que ver con el persistente sueño de hogar y paz, cariño y amor.

—Es amor, madrecita. Es algo diferente. Lo que yo quiero es poder quedarme aquí, con él, para no irme nunca más.

Tieta se conmueve, pobre Leonora, cabrita infeliz. Le acaricia los cabellos y le pellizca la cara:

—No es que yo esté en contra, querida, pero no veo otra salida.

Tieta ya se había preocupado cuando los observó en pleno idilio en la comida en casa de doña Milu. Si fuese una simple aventura, besos, abrazos, demoras a orillas del río, en los escondrijos de las rocas, en las cálidas arenas de Mangue Seco, buenos lugares para satisfacer la naturaleza, no tendría mayor importancia, sólo bastaba mantener discreción para evitar comentarios en el pueblo de Agreste, comentarios de lenguas largas y afiladas. Si se convirtiese en comidilla del pueblo, paciencia. Nora partiría en breve para no volver nunca más, pero le interesaba la imagen que guardasen de ella aquellos ignorantes. Pero la muchacha pretende una vida en común, un hogar establecido, hijos. Cierta vez, cuando Tieta relató a Felipe los problemas de la protegida, la insatisfacción, el deseo de largar el oficio, para cambiar las comodidades del «Refugio de los Lores», por los límites mediocres de casa y marido —de amor, como ella repetía exaltada— él, que tenía experiencia, la había clasificado como pequeño-burguesa delirante y sin solución.

—De esa pequeña burguesía desesperada surgen los marginados, los drogadictos, los que matan sin motivo y los que se matan, los suicidas. No gozan de mi simpatía.

Tieta oyó la explicación, balanceó la cabeza, es una tontería discutir con Felipe, hombre sabio y entendido, merecía crédito —no por nada había subido tan alto—. Pero no por eso dejó de simpatizar con el sueño de Leonora, romántico y simple. No entendía del todo el ansia que consumía a la muchacha, ese arrebatamiento, la disconformidad con la situación —por otro lado privilegiada— en que vivía. Tales problemas jamás se le habían presentado a Tieta, por lo menos de esa manera. Pero, al contrario de Felipe, sentía ternura y simpatía por su insatisfacción y le prestaba atención y afecto. Entre las colaboradoras de la casa —cabritas elegidas con esmero para alegrar el ocio de ricos, poderosos, exigentes, muchos de ellos llenos de manías y taras—, Leonora era su predilecta. Tal vez porque a Tieta le sobraba cariño para dar, se podía dedicar a ella y ofrecerle sus desvelos como una madre. Según Felipe, pequeño-burguesa desesperada, sin solución, y tonta, soñadora y sentimental de acuerdo con la opinión de Tieta. Estimaba la actitud de Leonora porque ella a pesar de ser soñadora nunca había podido ser sentimental y tonta, valoraba ese aferrarse a

la ilusión de poder cambiar de vida para construirla de acuerdo a sus modestos deseos.

Hace poco, cuando desde la sombra del corredor espiaba la despedida frustrada, Tieta había dejado escapar un suspiro: Dios mío, ¿por qué tantas pavadas? ¿Tantas ansias inútiles? La vida puede ser simple y fácil, agradable, cuando se sabe llevarla con audacia y prudencia: un protector, una compañía permanente de quien recibir bastante dinero como para asegurar un sólido peculio en la vejez, y además asuntos para la cama, todos los que el cuerpo reclame, una buena vida, alegría y risas, la tristeza no paga deudas.

En la Bacia de Catarina o en las dunas de Mangue Seco, en la oscuridad de las grutas o ante la inmensidad del mar, Nora podría saciar su sed de amor en los brazos de Ascanio. Tal como Tieta lo hacía en los brazos de Ricardo, en el arenal, en la cama del comandante. A su modo también estaba enamorada y ¡cómo! Sólo que, al contrario de lo que sucedía con Leonora, su pasión por el sobrino no la perturbaba, y le daba alegría. También era una pasión fulminante: estaba devorando al seminarista, hambrienta y exigente —¿pero acaso eso no era amor?

Pero después, cuando la furia del deseo pase, basta con lavarse la argollita bien lavada para olvidar, hasta que creciese nuevamente dentro de sí, en llamaradas, la brasa encendida, inextinguible, de la pasión. Pasión, amor, ¿que diferencia existe? Con Felipe había sido diferente. Duró tantos y tantos años y siempre fueron felices, siempre él superior y generoso, ella delicada y eficiente, tiernos amigos, cálidos amantes, señor y sierva. ¿Sierva o reina? ¿Sería eso el amor de que tanto se hablaba? Probablemente. No obstante eso no había impedido otros amores, ya ni sabe cuántos. ¡Qué mundo complicado y difícil de entender! ¡Qué confusión!

Acaricia a Leonora, la cabeza de la muchacha está apoyada en su pecho, la cabellera suelta cae sobre la sábana. Tieta necesita hacer algo para encaminar por la buena senda la vida de Leonora, para que las vacaciones terminen alegremente como comenzaron, para que ese metejón bobo se transforme en pasión arrebatada y salga de ese atolladero donde se hundió, para erguirse en llamas a orillas del río, en las dunas de Mangue Seco. Para que el amor, como Barbozinha desea, sea motivo de vida y no de muerte.

La mano materna que juega con los cabellos y la voz arrullante calman la agitación de Leonora.

—Puedes dormir tranquila, cabrita, que yo voy a cuidar de tu vida.

DE LA FAMILIA REUNIDA PARA EL SOLEMNE ACTO DE ESCRITURACIÓN.

La familia Esteves se encuentra reunida en la notaría del doctor Franklin Lins para asistir a la solemne ceremonia de la escritura definitiva de compra y venta de la casa, antes propiedad de doña Zulmira, que pasará a pertenecer, después de tales

formalidades y el correspondiente pago a doña Antonieta Esteves Cantarelli. El único que falta es el seminarista Ricardo, de vacaciones en Mangue Seco, ocupado con encargos de la tía paulista y rica (y loca).

Apoyado en su bastón y mascando tabaco, el *Viejo* Zé Esteves no cabe de contento en el anchísimo traje de fiesta, hecho a medida en los lejanos tiempos de riqueza, cortado en un buen casimir de contrabando y teñido de negro para el casamiento de Elisa, retirado del baúl para la llegada de Tieta. En pocos días, se lo pone por segunda vez. En breve estará viviendo en una casa de calidad, en la arteria central. Su hija pródiga lo sacará de la casucha en que vive, donde tanto la vivienda como el lugar son desmoralizadores.

Si fuera por él, se mudaría hoy mismo, ni bien doña Zulmira acabara de sacar sus trastos. Sin embargo Antonieta había decidido hacer algunos arreglos en la casa, reparar el baño y la letrina, pintar las paredes, volver a poner las tejas, en fin, lujos de paulista; él refunfuñó pero no discutió: quien paga, manda.

Su vida se rehace bajo la dirección de su hija. En la notaría, cuando el doctor Franklin lee los términos de la escritura, él controla la hora en el reloj marca Omega, señal de restaurada importancia; en ese momento Zé Esteves oye un barullo. Son cabras que se acercan a los saltos desde los montes, ve tierra y rebaño. Junto a él está Tonha, humilde sombra del marido, silenciosa y resignada. Casucha estrecha y pobre, vivienda amplia y rica, todo le viene bien siempre que esté en compañía de su amo y señor. Hace mucho que aprendió a obedecer y a conformarse.

Perpetua, rígida en su luto inapelable, se puso el vestido caro, reservado para la fiesta de la Senhora Sant'Ana; en la cabeza luce la mantilla traída por Leonora. Está atenta, dispuesta a impedir que sea introducida en la escritura alguna cláusula capaz de perjudicar los intereses de sus hijos, sobre todo los de Ricardo, presunto heredero. Con el *Viejo* todo cuidado es poco: se lo pasa adulando a Tieta y trata insistentemente de predisponerla en contra de las hermanas. En la víspera la llevó a un rincón de la casa para secretear, seguramente intrigas, en su tentativa de enemistarla con las hermanas. Perpetua no se pierde ni una palabra de cláusulas y agregados.

No suelta la mano de Peto. Desgreñado y maldiciendo los zapatos —cuando no puede andar descalzo, usa sandalias abiertas— el niño no entiende el motivo por el cual la madre lo obliga a estar allí, parado, con medias y camisa limpia para oír al doctor Franklin que lee, con la voz más tranquila del mundo, una cantidad de páginas de nunca acabar. Si por lo menos la tía y Nora estuviesen como siempre, con sus vestidos ajustados y medio abiertos, la vista ayudaría a pasar el tiempo. Pero una y otra se pusieron formales, nunca las había visto tan arregladas. ¡Qué bodrio!

Elisa y Asterio oyen con reverencia; ella, con su mirada de adoración puesta en Tieta; él de cabeza baja, mira el piso. Ni la misma Leonora, semiescondida en el fondo de la sala, puede competir con el majestuoso porte de Elisa: la mata de cabellos negros, el busto erguido, las caderas soberbias, elegante como si fuese a desfilar en una pasarela, con un aire entre modesto y altivo; está deslumbrante. Quien quiera,

que tenga casa en Agreste, ella no. Espera un favor muy diferente de la generosidad de su hermana rica: una invitación para acompañarla a São Paulo, para mudarse, para ir con el marido, ya que sola no la llevará. Empleo para Asterio en una de las empresas de la familia Cantarelli; para Elisa, un lugar en el corazón y en el departamento de la hermana, si es posible el que ha ocupado hasta ahora la hijastra.

Todo lo que Elisa desea es dar la espalda a Agreste, limpiarse en el camino la mugre de los zapatos y no volver nunca más. Lo conseguirá: Tieta vino para ayudar a todos, rebosante de bondad y comprensión. Además, Elisa había recurrido a los buenos servicios de doña Carmosina, su probada amiga, que la protegía desde pequeña, y que era íntima amiga de Tieta. Le había pedido que intercediera ante la hermana, para posibilitar la realización del proyecto de mudanza. En São Paulo la verdadera vida espera, repleta de acontecimientos y sensaciones, no esa apatía de Agreste, ese cansancio inútil. El doctor Franklin imposta la voz al leer los términos jurídicos, Elisa oye el excitante rumor de las calles atestadas de lujosos automóviles, en un estremecimiento, escucha los piropos que le dedican cuando, por la tarde, pasa por la Rua Augusta, al ir de compras con Tieta.

Asterio oye pensativo, un poco incómodo. El suegro va a tener un lugar decente y confortable para vivir, en la casa de su hija; va a ser como si tuviese casa propia. ¡Qué hija magnánima esta Tieta! Cualquier otra tendría resentimiento hacia el padre que la echó de su casa y de la hermana que la había delatado. Ella, no. Regresó con las manos llenas de regalos para cada persona de la familia. Durante días y días, Asterio se había preguntado por qué, en la distribución de los bienes, en aquel despilfarro, la cuñada todavía no se había fijado en la hermana menor y el cuñado, conformándolos con los obsequios de la llegada. Y ellos eran los más necesitados, ya que Zé Esteves, si bien no tenía nada propio, recibía bastante dinero por mes y prácticamente no gastaba nada, techo y comida le costaban una bagatela, mientras que Elisa y él vivían eternamente apretados; lo de la tienda y la ayuda alcanzaban justo. Perpetua no necesita auxilio, tiene de todo, una mansión donde residir, casas de alquiler, pensión del marido, dinero de la Caja de Ahorros de Aracajú, y la protección de Dios. Sí, la protección de Dios, ríase quien quiera, no le ha faltado. Por lo que Elisa supo y le contó, la ricachona había abierto en un banco de São Paulo una libreta de ahorro para los dos sobrinos. Como Elisa y él no tienen hijos, el sobrino merece la protección de la tía millonaria; Toninho había muerto y, si no fuese por doña Carmosina que quiere tanto a Elisa, no sabe cómo hubiera terminado aquel asunto: la vil mentira, la noticia escondida, el sucio chantaje.

Hace algún tiempo, cuando comenzaron las prolongadas negociaciones para la adquisición de la casa de doña Zulmira, la cuñada había propuesto que, una vez realizada la compra los dos matrimonios fueran a vivir juntos, el *Viejo* y Tonha, Elisa y él: en la vasta y confortable residencia cabían los cuatro y sobraba espacio. La idea no lo sedujo y mucho menos a Elisa; Tieta oyó las razones de la negativa y estuvo de acuerdo. Ante eso, Asterio quedó a la espera de una palabra de la caritativa pariente

referente a la adquisición de una casa para la hermana más joven, a quien daba muestras de tanta estima. Vana espera, jamás la cuñada volvió a hablar con ellos sobre vivienda. Sólo la víspera, Asterio había descubierto el motivo de ese silencio. Al volver del billar, cuando hacía comentarios sobre la escritura que sería firmada al día siguiente, la compra de la casa de doña Zulmira por fin decidida, Asterio pensó con esperanzas: ¿quién sabe?, tal vez ahora llegue nuestro turno. En respuesta oyó la espantosa revelación, tomó conocimiento de los alarmantes planes de Elisa. La esposa le explicó que la reserva de Antonieta se debía al desinterés demostrado por ella, por Elisa, respecto de tener casa propia en Agreste. Desde las sábanas, la voz lo había fustigado, decidida, insensible, casi agresiva:

—Le dije a Tieta que no quería tener casa propia en Agreste. Que si ella quería algo por nosotros, que nos llevara a São Paulo, que consiguiera un buen empleo para ti en una de las fábricas, que nos cediera un cuarto en su departamento, total es enorme, un dúplex. Dúplex quiere decir que tiene dos pisos.

Asterio había respondido con un gemido: resurgía su dolor en el estómago, repentino y violento. Las palabras de Elisa le sonaron como un canto llano fúnebre. Rasgaron sus entrañas. ¿Empleo en São Paulo, en las oficinas de una industria? ¡Qué perspectiva tan monstruosa! Dejar la tranquila vida de Agreste para enfrentar las correrías de una ciudad inmensa, sentarse delante de un escritorio para hacer cuentas o anotar informes, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, sin libertad para ir y venir cuando se le antojase, sin amigos, sin el bar de don Manuel, sin la mesa de billar, no había desgracia peor que lo pudiera amenazar. En Agreste, la vida de la pareja transcurría en la pobreza, es cierto, la tienda apenas daba para lo esencial, cuando daba, pero con la ayuda de Antonieta se defendían sin problemas, tenían lo suficiente para la casa, la comida y todavía sobraba para ir al cine y para las revistas de Elisa. Además, con excepción de unos pocos privilegiados, todos los habitantes del pueblo eran pobres o casi, y la vida se deslizaba sin percances ni esfuerzos. Un chico lo ayudaba en la tienda y Elisa tenía una muchacha para los quehaceres de la casa. Lo único que lo tenía a maltraer era el estómago; que se hacía sentir cada vez que el movimiento comercial decrecía o cuando una deuda a pagar comenzaba a sumar intereses, pero un médico de Bahía le había dicho que no era cáncer y sí nerviosismo, no había por qué preocuparse. Fuera de eso, vivía satisfecho con la buena compañía de sus amigos, con los partidos en el billar Brunswick, con las apuestas, las discusiones, las victorias, el taco de oro, la charla agradable, las pocas ocupaciones y su linda mujer, la más linda de Agreste, que lo esperaba en la cama, a su disposición en las noches en que la montaba, siempre en la misma clásica posición, casi con respeto, como deben practicar tales actos los esposos que se aprecian.

Cuando era soltero, había sido asiduo cliente de la pensión de Zuleika Cinderela, se metía en amores con mujeres de atrevidos trastes, de caderas bien torneadas y vistosas. En la cama aceptaba variantes; y consta que era muy adepto a hacerlo por

detrás; ramera que dormía con él, si todavía no lo sabía, no tardaba en enterarse de su preferencia. Cuando aparecía en la sala de la pensión, donde bailaban, corría la voz entre las mujeres: cuidado con el culo, Asterio está en casa. Según se sabe, no se limitaba a las putas, había dado cuenta de varias solteronas y en épocas remotas se hizo merecedor del apodo «Consuelo del culo triste de las solteronas».

De casado, jamás se le había pasado por la cabeza la idea de poseer a Elisa de otra manera que no fuera la clásica, por el agujero correspondiente y con decencia, él arriba, ella abajo, a lo papá y mamá, como dicen las putas de la pensión, posición para hacer hijos, o sea propia para marido y mujer. Tampoco se le ocurrió montarla por detrás, aunque ella tenía un trasero magnífico, ancas de yegua, sin igual en los alrededores. No es que le faltaran ganas: si ella fuera prostituta, campesina o solterona, él no se perdería un bocado tan apetitoso, ese traste tan suntuoso, motivo fundamental de la pasión que lo dominó hasta llevarlo a noviazgo y casamiento. Pero una esposa no es para esas cosas, nuestra mujer debe ser respetada, puesta en un altar como una santa. Cuanto mucho, una vez en la vida (otra en la muerte), en el momento del placer Asterio pasa la mano por las ancas de la mujer, en furtivo goce que se eleva al infinito y le da nueva calidad.

Como es lectora de revistas de chismes donde se cuentan las cosas que hacen los galanes de radio, televisión y cine, Elisa se resiente por la falta de interés sexual del marido, por esa fornicación escalonada y burocrática —burócrata del sexo, es así como una ilustre actriz había calificado al ilustre comediante de quien se acababa de separar, en sensacionales declaraciones hechas a la revista Amiga—, única y repetida manera, sin las tan comentadas variantes. El mismo Asterio cuando habla de vez en cuando de la última de Osnar o Aminthas, de Seixas o Fidelio, se refiere a otras curiosas formas y modos, sobre los cuales doña Carmosina sabe todo —¡ah!, por desgracia sólo en teoría, mi Elisa, ¡quién pudiera en la práctica! y que Elisa también quisiera conocer, tal vez por eso sea injusta con el marido. No es que exista desinterés por parte de él, y sí convicción de que el amor de marido y mujer tiene que ser púdico, sin éxtasis, sin malos pensamientos y extravagancias, respetuoso. Refrenado, Asterio se conforma con ser propietario de aquel trasero, con espiarlo a escondidas cuando Elisa se cambia la ropa y con sentir su proximidad en la cama. Digno y contenido esposo.

Le bastaban Agreste, la vida tranquila del pueblo, los mínimos placeres, la buena compañía, no quería otra cosa. ¿São Paulo? ¿Empleo en oficina, buen sueldo, horario rígido? ¿Cuarto en la casa de la cuñada? Dios lo libre y lo guarde. Fue una discusión nocturna áspera y desagradable, Elisa perdió la cabeza y lo acusó de indiferente y cobarde, de egoísta por pensar sólo en sus intereses sin tener en cuenta los de ella. Para él, que era un indolente, el marasmo de Agreste podía ser el ideal de vida, pero ella, joven y llena de vigor, tenía mayores ambiciones: la gran ciudad, plena de posibilidades, y una vida digna de ser vivida. Por otra parte, si Asterio quisiera, allí podría progresar, ganar dinero, afirmarse. Pero él no la comprendía, no le hacía caso,

la trataba como si fuese un cero a la izquierda, un animal sin dueño, un trapo.

Asterio huyó a la sala sosteniéndose la barriga para contener los dolores. Elisa al oír sus agudos gemidos fue a buscarlo. Lo encontró desvanecido, pálido, color cera, presa de una de aquellas violentas crisis de estómago. Le dio el remedio y le pidió disculpas por lo que le había dicho, de la exaltación pasó a las lágrimas. Sin embargo no renunció a su disposición de usar todos los recursos que pudiera para que la hermana los llevase a vivir a São Paulo. Verde, con la boca llena de hiel, Asterio no respondió nada, pero entre náusea y náusea decidió tomar medidas urgentes para impedir la concreción del proyecto, sin que Elisa se enterase y lo responsabilizara por el fracaso de sus monstruosos planes. Mientras oye al doctor Franklin, medita y resuelve.

Discreta, junto a un armario donde se acumulan papeles, se encuentra la bella Leonora Cantarelli, hijastra de la prominente compradora. Tiene una suave sonrisa en el delicado rostro; tal vez sea ella, entre todos los presentes, quien más desea poseer una casa en Agreste, aunque sea modesta, en una calle sin pavimentar, pero con un pequeño jardín lleno de clavellinas y resedas, en el fondo una palmera llena de cocos, una terraza donde extender la hamaca de red en el calor de la tarde. Un nido, para ella y su marido, marido con o sin papeles, no imponía ese tipo de exigencias, siempre que fuese Ascanio Trindade. Su madrecita le había prometido ocuparse del caso, hacer algo por ella, madame Antoinette no era mujer de hablar en vano. Leonora se siente reconfortada, espera; escucha la lectura con paciencia, virtud obtenida en un duro aprendizaje.

Del otro lado de la sala, oyendo la palabrería de la escritura, está doña Zulmira, viejísima, con su aire de ave de rapiña, los anteojos caen sobre la nariz curva, el rosario alrededor del puño enorme y un medallón con el retrato del finado marido cuando era joven. Sonríe contenta: la casa convertida en dinero servirá para la salvación de su alma y para gloria de la Senhora Sant'Ana, no irá a parar a las manos excomulgadas de João Felicio, su maldito sobrino. El muy porquería no podrá hacer con su última voluntad lo que estaban haciendo con el testamento de don Lito los crápulas parientes, discutiendo la validez de la justicia y tratando de robar a la Santa Madre Iglesia. El padre Mariano le servía de acólito: el dinero de la venta de la casa se destinará a misas en el altar mayor de la Matriz, delante de la imagen de la patrona y en beneficio del alma de la donante, pero sólo después de su muerte. Antes, depositado en manos de Modesto Pires, rendirá intereses mensuales que ayudarán a doña Zulmira en sus gastos, servirán para médico y remedios, conforme consta en el documento anexo a la escritura que el doctor Franklin está terminando de leer.

Escondido en la acera, João Felicio, el sobrino, espía. Es un pequeño comerciante de un almacén, su cara se parece a la de la tía, nariz curva, mentón duro, gavilán listo para atacar a su presa. La presa se acaba de escapar, se fue al cielo llevada por la santa, ídolo y superstición de los católicos romanos. Zé Esteves irá a vivir a la confortable casa que había esperado ocupar en breve —la vieja no puede durar

mucho— con su mujer y su hijo pequeño. Allí estará don Zé con su presunción, su arrogancia y su mujer, la pobre infeliz. ¿De quién es la culpa sino de él, de João Felicio, por haberse casado contra la voluntad de la tía con una muchacha protestante, hija del pastor de la Iglesia Bautista de Esplanada? Doña Zulmira, católica de las de antes y desconocedora de las tesis ecuménicas, creía que protestante es sinónimo de hereje, enemigo, raza perdida y condenada. Sus creyentes son hijos del demonio a los cuales los buenos católicos deben negarles pan y agua, ya que desgraciadamente se acabó la Santa Inquisición.

Terminada la lectura, el doctor Franklin llama a las partes interesadas para el acto de la firma. Asterio y el padre son testigos y luego de poner sus firmas se dan un apretón de manos en señal de felicitación. Perpetua, depositaria provisoria, saca fajos y fajos de dinero del fondo de los bolsillos de su pollera negra de gorgarán de seda, y se los entrega al doctor Franklin. Todos los ojos acompañan la operación. El notario cuenta billete por billete, antes de pasarlos a las manos de doña Zulmira.

Sonriente, Tieta tiene una duda: ¿el terreno y la casa, comprados, pagados y escriturados a nombre de Antonieta Esteves Cantarelli, pertenecen sin sombra de duda o discusión a Antonieta Esteves, simplemente? El abogado que había consultado en São Paulo, antes del viaje, garantizó que sí, siempre que existiesen testigos de compra y de pago: se trataba simplemente de un error de nombre, de fácil corrección. Quien se lo dijo, no fue un abogadito cualquiera, un picapleitos, fue el Procurador General del Estado, cliente constante del Refugio, consultor jurídico de madame Antoinette.

DEL ATARDECER EN EL AREÓPAGO.

Tieta, después de despedirse de los parientes y de haber contratado los servicios de Liberato, un maestro de obras recomendado como excelente por Modesto Pires, pudo llegar sola a la puerta de la agencia del Correo para la conversación privada, tal como se lo había prometido en la víspera a doña Carmosina. Finalmente las dos amigas podrán pasar revista a los últimos acontecimientos; las dos están interesadas en oír y contar, rumiar planes e ideas pero escondiendo, tanto una como la otra, segundas intenciones; Doña Carmosina, al ver a Tieta que subía el escalón de la entrada, larga el diario y exclama:

—¡Por fin solas! —ríe y extiende los brazos para acoger a la ilustre visita e importante figura—. ¡Salve mi líder!

Demasiado ilustre e importante. Ni cinco minutos disfrutan la soledad. Todavía están acomodando las sillas, cambiando palabras de afecto, Tieta pregunta cómo está doña Milu —tiene la costumbre de decir que doña Milu es su segunda madre—, cuando surgen los primeros conocidos y se juntan los primeros curiosos en la puerta del Areópago. Todos quieren ver y saludar a la coterránea donante de la capitanía de

São Paulo, magnate del país. Se quedan de pie, sonriéndole. Algunos mendigos que no la encontraron en casa, con el instinto aguzado por la necesidad, la descubren en la agencia, cada uno recita una historia más triste. Triste y verídica. Tieta concierta una cita con dos de ellos para la mañana siguiente, en su casa. Doña Carmosina mueve la cabeza, esto no puede ser. Al mismo tiempo, se alegra por la gentileza y paciencia de Tieta que oye y ayuda a los pobres, y dialoga con los ociosos que sólo desean hablar con ella para felicitarla por la luz. Riendo, Antonieta dice:

—Esa historia de la luz ya me está cansando…

—No hables así, mi negra. El pueblo manifiesta su gratitud, es buena gente, todavía no está corrompida por la civilización.

Desde la acera, la voz del comandante Darío liquida las últimas esperanzas de doña Carmosina. No será ésta la vez que podrán conversar a *bâtons rompus*, de tanto en tanto Tieta emplea una expresión francesa; en el Sur, conquistó, ciertamente bajo la influencia del marido, un nivel de cultura no habitual en el fin del mundo como es ese pueblo, se hizo realmente señora, no sólo por su elegancia y riqueza, sino también por el intelecto; doña Carmosina se siente orgullosa de su amiga y así deben sentirse todos los ciudadanos de Agreste.

El comandante toma una silla, se sienta despatarrado y así demuestra su decisión de quedarse para charlar. Quiere saber cuándo es que Tieta va a volver a Mangue Seco. Doña Laura y él, regresarán al día siguiente, después de almorzar, ¿no quiere aprovechar la canoa? Claro que la aprovechará. Terminada la compra de la casa, firmada la escritura, efectuado el pago, nada especial la atará a Agreste. El *Viejo* se encargará de dirigir la limpieza y la pintura de la vivienda, algunos arreglos indispensables, antes que nada la construcción de un baño y letrina decentes. Los que hay, son inservibles. Hace mucho que doña Zulmira se baña en una palangana y hace caca en un orinal. El comandante oye la lista de las obras; de los pequeños arreglos; prevé:

—Un mes de trabajo, o más… Liberato es tranquilo.

—No con papá como fiscal, encima de él… —garantiza Antonieta—. El *Viejo* está loco por mudarse, don Liberato va a tener las riendas cortas.

—¿Firmó contrato, o va a pagarle por los días de trabajo?

—Comandante, por amor de Dios, no se olvide que yo nací aquí. Contrato, por supuesto.

—En ese caso, un mes. Y Liberato es tan parsimonioso como competente. Sobre el particular, puede quedarse tranquila.

—Mire cómo son las cosas, comandante. Creo que hice una buena compra al adquirir la casa de doña Zulmira…

—Cara, para los precios de aquí.

—No importa. Costó mucho dinero, es una excelente casa, va a entrar en obras, pero yo sólo pienso en la choza de Mangue Seco. Mi cabeza está allá. Ésa sí que me apasiona. No quiero viajar sin que esté lista.

—El pueblo de Mangue Seco es más pachorriento que el de aquí. Ya sabe cómo es la vida de playa. Con aquel vientecillo, no dan ganas de trabajar demasiado…

—Por eso quiero volver rápido, para dar un empujón. Cardo no es el *Viejo*, no es capaz de armarle bronca a nadie. El pobre debe de estar pensando que la tía lo abandonó y se fue a São Paulo. Es un muchacho de oro ese sobrino, comandante.

Brillan sus ojos cuando habla del sobrino. Doña Carmosina y el marino estuvieron de acuerdo con el elogio. Dios había sido muy generoso con Perpetua: no sólo la salvó de vestir santos, considerable milagro, sino que le dio un excelente marido y buenos hijos. Doña Carmosina y el comandante, que tan bien saben ejercer el arte de hablar de la vida ajena, se deleitan durante algunos minutos considerando la bondad de Dios al premiar las virtudes eclesiásticas de Perpetua. ¿Eclesiásticas? Ese adjetivo para definir las virtudes de Perpetua se debía a Barbozinha y doña Carmosina lo encuentra poético y perfecto. De esta forma, con charla y risas, matan el tiempo. No se gana nada cuando Tieta le dice que había ido por una noche y ya hace tres días que está —y todavía, ¡imagínese!, no había tenido tiempo de tratar algunos asuntos urgentes con Carmo. Para eso estaba allí, en la agencia, pues mañana sin falta volverá a Mangue Seco.

El comandante parece ni oír la insinuación. Explica que Ricardo, estando donde está, de vacaciones en el propio paraíso terrenal, sólo tiene motivos para sentirse feliz. Mientras oye al comandante que está entusiasmado, con una perorata sobre su tema predilecto, la belleza de la playa de Mangue Seco, Tieta piensa en su pequeño Ricardo, abandonado en el colchón de crines, en la salvaje inmensidad de las dunas sobre el mar. ¡En el paraíso, comandante, pero soportando las penas del infierno! Debe de estar plantificado en la duna más alta, tratando de descubrir a lo lejos en el río una señal de la lancha, oír un ruido de motor. Ella tampoco desea otra cosa sino bajar a favor de la corriente del río, cruzar el oleaje de la barra, desembarcar en Mangue Seco, correr a los brazos de su pequeño, sentir los pelos de punta en sus piernas y brazos musculosos, en el pecho adolescente, el calor, la vibración de su cuerpo, la timidez que todavía no ha sido del todo vencida, el ímpetu, el mástil erguido, las velas desatadas. Las últimas noches, dando vueltas en su cama, en la alcoba, había padecido insomnio y agonía. Para calmarse, terminó por acostarse en la hamaca, Que estaba en el antiguo escritorio del doctor Fulgencio, donde había dormido Ricardo. Buscó recuerdos del sobrino, encontró señales evidentes de la batalla trabada con el demonio en la hamaca donde él la había deseado contra su propia voluntad, donde la había tenido desnuda, en un voluptuoso sueño, y no había podido poseerla por no saber cómo hacerlo, horrenda pesadilla. Ahí el seminarista virgen había comenzado a perder la castidad. Tieta se dejó caer en la hamaca, tocó la mancha blanca, gimió, cabra en celo.

Hubo otro que apareció para hablar de bueyes perdidos impidiendo la otra conversación íntima y esencial: Ascanio. Llega acompañado por Aminthas y Seixas. El comandante no pierde ocasión para criticar las iniciativas del patriótico secretario

de la Municipalidad, los amenazantes proyectos turísticos, por suerte ridículos.

—Nada de ridículos —protesta Ascanio—. El tipo vuelve en cualquier momento…

—… para definir los planes, estoy seguro —corta Aminthas.

El comandante Darío eleva las manos al cielo:

—Para terminar con nuestra tranquilidad. Voy a cavar trincheras en Mangue Seco, armar barricadas. Cuando lleguen los nudistas, los recibo con balas, como Floriano amenazó recibir a los ingleses.

—¿Nudistas? —Tieta se interesó.

—Exactamente. ¿No lo supiste?

—Supe que vino una pareja y que fueron a Mangue Seco…

—… y cuando llegaron allá, se sacaron la ropa Y ¡pum! Al agua desnuditos como Adán y Eva. Corriendo por la playa…

Una carcajada irreprimible sacude a Tieta, no puede contenerse. Piensa en Ricardo, que ya había sido tan violentado y como si eso fuera poco tendrá que vérselas con nudistas. Era capaz de confundirlos con diablos llegados del infierno para participar en sacrílegas bacanales en Mangue Seco, misas negras, para consumar la definitiva condena de su alma. Los efectos de la larga prédica de la tía empeñada en calmar sus temores y restaurar su ánimo y confianza quedarían reducidos a cero.

—¿Ricardo habrá visto a esa gente desnuda? —pregunta cuando consigue controlar la risa.

Todos ríen al imaginar al seminarista en compañía de la extraña pareja, inclusive Ascanio. El comandante Darío concluye victorioso:

—Es lo que yo digo: Perpetua, los curas, el obispo, tú, Tieta, todo el mundo cuidando la inocencia del niño y los amigos de Ascanio liquidan todo ese esfuerzo en una tarde. ¿Para qué sirve vigilar tanto la castidad de tu sobrino? El libertinaje es importado por Ascanio, los proxenetas van a invadir Mangue Seco, nuestro destino es el lenocinio…

Ascanio no se conmueve por el trágico panorama trazado por el comandante.

—Cuando los terrenos se valoricen, la Toca da Sogra va a costar una fortuna, el comandante me lo va a agradecer, y usted también, doña Tieta. Hizo el negocio en el momento justo, los precios de los terrenos van a subir.

—¡No hay precio que pueda pagar mi paz! —concluye el comandante insensible. Se vuelve hacia Tieta—. Entonces mañana, después de almorzar, a eso de la una, ¿de acuerdo? Vamos a aprovechar estos últimos días, antes de que Ascanio transforme Mangue Seco en Sodoma y Gomorra.

—¿Va a ir mañana, doña Antonieta? —pregunta el acusado o sea el secretario de la Municipalidad—. No se olvide de que el otro sábado es la inauguración de la Plaza y usted es la madrina de la fiesta.

—No lo voy a olvidar. Pueden contar conmigo, no faltaré. Llegaré a tiempo.

Aminthas anuncia que si no llegara a volver, irían a buscarla por la fuerza. Seixas,

allí presente, y él, Osnar y el grumete Peto están tramando una expedición punitiva para raptarla en la playa y traerla de vuelta. Nadie puede negar lo maravilloso que es Mangue Seco, una playa excelente para paseos, picnics, *weekends*, baños de mar, la barra, las dunas, la vista, pero sus conciudadanos no pueden tolerar que teniendo el tiempo medido se pase semanas enteras allí. Doña Carmosina está de acuerdo y aplaude la idea: tal vez podríamos hacer una excursión el próximo domingo. ¿Qué le parece, Seixas?

—Excelente. Voy y llevo a mis primas —aprueba Seixas y por primera vez opina en la discusión.

La conversación privada queda para la noche. Doña Carmosina suspira: pero sin falta ¿eh? Si la volvemos a postergar, como está tan llena de temas graves y excitantes, seguro que explotó. Sin embargo, ni se le pasa por la cabeza que la más interesada en esa conversación es Tieta, sólo que no lo demuestra.

DE LA CONVERSACIÓN CAMINO AL RÍO.

Tieta pasea sus ojos por el cielo, la luna llena se había convertido en menguante, aquella misma que iluminó el arenal de Mangue Seco, pero millares de estrellas centellean y ella no se cansa de contemplarlas, de admirar ese firmamento que ya no existe en las ciudades del Sur. São Paulo, la ciudad donde vive y trabaja, está cubierta por el humo de la contaminación, allí el cielo es negruzco.

—Me estoy llenando la vista con el cielo de Agreste, Carmo. Allá no hay nada así. Se terminó el cielo en São Paulo.

Para poder hablar a solas tuvieron que huir de la casa llena de gente, mientras Barbozinha, invencible, atravesaba el pantanal de Mato Grosso al frente de un regimiento de la Columna Prestes, después de haber sido uno de los Dieciocho del Fuerte, el único que escapó por milagro: uno más o uno menos no aumenta el número, continuarán siendo dieciocho, ésa es la grandeza de las leyendas. Aminthas advirtió al heroico bardo:

—Cuidado con la lengua, poeta. Que seas el decimonoveno o el vigésimo tercero de los Dieciocho, no me parece mal, salvo la distorsión histórica. Pero, al meterte en la columna de Prestes, corres peligro de ir a la cárcel. Por menos metieron presos a muchos en Esplanada.

Cuando doña Carmosina llegó para la charla privada, se encontró con que la sala estaba llena de amigos, la terraza ocupada por Leonora y Ascanio, sólo quedaba el recurso de la fuga. Tieta propuso la retirada cuando doña Carmosina le dio pie: aquí no vamos a poder conversar, tengo muchas cosas para decirte pero no puedo con esta muchedumbre delante, ¿cómo podemos hacer? Se escaparon por el fondo de la casa, sin que nadie se diera cuenta. Ahora caminan hacia el río:

—La diferencia es que allá se gana plata, Carmo. Quien está dispuesto a trabajar,

puede ganarse la vida. Aquí, hay demasiada pobreza, ya me había olvidado cuánta.

Tieta toma el brazo de doña Carmosina, las dos amigas marchan en dirección del embarcadero, en la sombra se oyen rumores de la corriente del río todavía distante. Las envuelve la brisa de la noche que llega del mar, de las bandas de Mangue Seco donde Ricardo espera, seguramente está postrado sobre las dunas, tratando de ver alguna señal de luz en la distancia, crucificado de miedo y deseo, de pecado y nostalgia, desganado.

—Demasiada pobreza, empezando por los míos. Viven tan apretados…

—Perpetua no tanto… —rectifica doña Carmosina—. Todos los meses pone dinero en la Caja, en Aracajú, no es ninguna tonta.

—No creas que no lo sé, Carmo, no nací ayer, conozco las cabras de mi rebaño y a la que más conozco es a Perpetua. Sé que Ricardo estudia gratis, el padre lo arregló con el obispo, sé que Peto está en el Grupo Escolar, que no paga nada, sé mucho más de lo que ella puede imaginar. Pero no por eso niego mi ayuda. Después de todo, es tan poco lo que ella tiene, sólo es algo en comparación con la pobreza de los demás, pero para el futuro de los niños no es nada. Los chicos son unos amores. Ricardo es estudioso, compenetrado, serio, con esa sotana queda tan gracioso, parece un ángel. —Mira a la vieja amiga—. Mandé abrir una libreta de ahorro a nombre de él en São Paulo, como tú ya sabes…

—¿Que yo sé? ¿Qué es eso? No sé nada, si tú no me lo dijiste, ¿cómo iba a enterarme? —doña Carmosina responde nerviosa, casi insultada con la indirecta.

Tieta llena el ambiente con una carcajada alegre, divertida, aprieta el brazo de la compañera, afectuosamente:

—Lo sabes porque leíste la carta que escribí a la gerente de mi negocio, donde la mandaba al Banco para abrir la libreta y hacer el depósito. No me digas que no la leíste, Carmo, porque no te lo voy a creer. Si yo estuviera en tu lugar, también lo haría.

Al principio estaba medio confundida, no podía responder. Pero después se contagia de la risa de su amiga y protesta:

—Nunca vi cartas más discretas, más reservadas que las tuyas. No cuentan nada, ni las que mandabas para tu familia, ni las que escribes a São Paulo. Nunca vi tanta avaricia de palabras: haz esto, haz lo otro, cómo están las cosas, la clientela, ¿firme? Y ¿cómo se portan las muchachas? Hasta ahora no pude descubrir qué clase de negocio tienes, además de las fábricas. De eso todos están enterados.

—No hay ningún secreto, Carmo, sólo que no sé escribir bien, cuanto menos escribo menos me equivoco. Además, no me gusta que mis cosas anden en boca del pueblo, nadie tiene por qué saber de mis ganancias; yo creo en el mal de ojo. Pero a ti, no tengo por qué esconderte nada. Tengo en São Paulo una *boutique* de lujo, con precios carísimos, sólo para gente de alta sociedad, la clientela es de primer orden, eso da bastante dinero. Las muchachas son las vendedoras, bonitas, elegantes, ganan bien. Por eso mismo, por esa clientela tan chic, no quiero que nadie de Agreste se

aparezca por allá. Imagínate, Carmo, el negocio lleno, la crema de São Paulo, todos podridos en plata, y se aparece esta gente de aquí… Por eso nunca mandé la dirección. No me importa que hablen de las fábricas, o que inventen lo que se les antoje, sabes ¿por qué? Porque en las fábricas no tengo nada, ni participación. Cuando Felipe murió, me quedé con los departamentos, los inmuebles y la *boutique* que, por otro lado, ya era mía, estaba a mi nombre. —En el camino mal iluminado trata de ver en la fisonomía de su amiga si la explicación era o no convincente.

Doña Carmosina había bebido las palabras, una por una. Asidua lectora de novelas policiales, admiradora de Agatha Christie, se sentía la propia Miss Marple perdida en Sant'Ana do Agreste. De deducción en deducción, exprimiendo su materia gris, partiendo de unas pocas pistas, había llegado a la verdad: nada de lo que Tieta le acababa de contar era nuevo para la presidente del Areópago.

—Es exactamente lo que yo había imaginado, que tenías una *boutique* de alto lujo, con precios de erizar el pelo, y que toda la aristocracia de São Paulo deja su dinero allá. Haces muy bien en guardar reserva sobre tus negocios y tu vida. Creo que si Elisa tuviese tu dirección de São Paulo, encontraría la forma de irse para allá. Es su único sueño, pobrecita.

Tieta se rió:

—¿Te imaginas a toda la parentela de Agreste, empezando por el *Viejo* Zé Esteves, de bastón y escupiendo tabaco, en mi puerta invadiendo la *boutique*? Sería gracioso, sólo que arruinaría mi negocio para siempre.

No hizo ninguna referencia a Elisa, como si no hubiera oído el nombre de la hermana, pero doña Carmosina insiste, vuelve a la carga:

—¿Piensas llevar a São Paulo a Elisa y Asterio? Es todo lo que ella espera de la vida, Y me parece que…

El tema desagrada a Tieta. Interrumpe a la amiga antes de que se tome a pecho la defensa de Elisa:

—¿Para qué me la voy a llevar? Aquí ellos viven bien con lo que rinde la tienda y con mi ayuda. Sin que yo le preguntara nada, ella me dijo el otro día que no quiere tener casa propia en Agreste. Se lo pasa hablando de São Paulo, insinúa una invitación, no tiene otra cosa de qué hablar. Puedo aumentarles la ayuda que les doy, pero llevarlos a São Paulo, jamás.

—¿Puedo preguntar por qué? Le tengo cariño a Elisa y quisiera verla feliz.

—Yo también quiero que sea feliz, también la quiero, es mi hermana y sé que ella también me quiere, no es hipócrita como Perpetua. Pero Asterio también me gusta, Carmo. Aquí, él vive contento, para él São Paulo sería un destierro. Me encanta ver feliz a la gente, cosa tan rara en este mundo. Sé qué es ser infeliz, me las vi negras cuando me fui. Tuve suerte, encontré un hombre bueno, un marido. Somos una familia suertuda, Carmo: Perpetua, con esa cara, encontró marido, lo que ya es un considerable milagro, ¿no lo dijo ayer el comandante? Pero mayor milagro fue el mío: yo era una vulgar empleadita en la oficina de Felipe, y terminé con alianza en el

dedo. —Exhibe su alianza de oro, diferente, trabajada, pieza digna de anticuario—. Elisa también tuvo suerte, se casó, Asterio es un buen muchacho, me gusta mucho. Pero en São Paulo sería más infeliz que Elisa aquí.

—¿Te parece?

—Estoy segura. Aquí tiene amigos, ¿de quién se haría amigo en São Paulo? No está hecho para andar a las corridas en aquel infierno. Y Elisa, tu amiga, ¿sería feliz en São Paulo? La conoces mejor que yo, la viste nacer, las dos la vimos, ¿te acuerdas? Y Asterio, que no sabe hacer gran cosa, ganaría apenas un sueldito. ¿Te crees que ella lo aguantaría en São Paulo? ¿Sería capaz de llevar una vida modesta, con esa estampa de reina que tiene? ¿Con esa belleza? ¿Sabes adónde iría a parar? A una casa de citas. ¿Es ésa la felicidad que quiere?

Doña Carmosina se estremece, las palabras de Tieta le resuenan en el cráneo como martillazos. Desiste en su lucha por la protegida. Había prometido hacerlo cuando Elisa, casi llorando, le suplicó: habla con Tieta, Carmosina, dile que quiero irme con ella, pídele un empleo para Asterio en la fábrica y un rinconcito en el dúplex para nosotros.

—Tienes razón, es una locura. Terminaría mal. ¡Dios mío! ¿Cómo no se me ocurrió pensar en eso? Tú eres mejor hermana de lo que parece.

—Conozco a mis cabras. Fue mejor que me hayas hablado del asunto, yo quería pedirte que le saques esas ideas de la cabeza, ella te hace caso. Aquí, Asterio y ella pueden contar conmigo. Fuera de aquí, nada.

—Voy a hablar con ella, no va a ser fácil. Pero tú tienes toda la razón, no se pueden arriesgar. ¡Imagínate! Dios mío.

—La vida es una contradicción imposible de entender. Elisa sólo piensa en ir a São Paulo; Leonora, está diciendo que quiere vivir en Agreste, no quiere irse nunca más de aquí.

El rostro melancólico de doña Carmosina se ilumina con una sonrisa, ése era un tema importante. Se acercó al río, el rumor de la correntada sobre las piedras crece. Ruedan estrellas del cielo y se deshacen en la sombra.

—Es verdad, ella me dijo que había decidido no irse más. En esos días que pasaste en Mangue Seco, charlamos mucho las dos. Está loca de amor, muerta de pasión. ¡Qué cosa tan linda, Tieta! Dos desilusionados, dos… —busca en la memoria la palabra moderna, que leyó hace pocos días en un artículo— carentes que se encuentran y, al darse la mano, se completan. Está dispuesta a quedarse aquí.

—¿Y tú piensas que se va a acostumbrar a estos confines? Ahora, es feliz porque estando con Ascanio puede olvidar todo lo que sufrió, y te aseguro que sufrió como un cabrito destetado. ¿Pero después? Yo nací aquí y aquí quiero terminar mis días, pero sólo volveré para quedarme cuando esté vieja y achacosa. Antes, sólo de paseo. Para quien llega de una gran ciudad, acostumbrarse a Agreste no es fácil. Hasta los que nunca sacaron los pies de aquí, se quejan. Es demasiado tranquilo. Mira a Elisa. Si yo hubiese imaginado que iba a pasar esto, no habría traído a Nora. Es una tonta

sentimental, va a acabar perdiendo la cabeza, se va a encariñar y vamos a tener problemas.

—Ya lo sé. —Doña Carmosina suspira, dramática como el autor de un folletín en la escena culminante o de una novela de radio en el final del capítulo—. ¡Ella es millonaria, y él es pobre! Pero…

—No es por eso, Carmo, todos los días nos enteramos de que algún rico se casa con algún pobre. ¿Crees que yo me preocuparía si el problema fuera ése? Ya estaría preparando el ajuar.

—¿Cuál es entonces?

Tieta se detiene a un costado del camino para dar mayor énfasis a la confidencia, persiste el clima de melodrama y el suspenso. Doña Carmosina espera, tensa, incapaz de esconder su impaciencia:

—¿Cuál?

—Tú sabes que ella estuvo de novia con un sinvergüenza que sólo quería su dinero. Se las dio de ingeniero, pinta no le faltaba, pero era lo único que tenía. Ella, ciega de pasión, quería financiarle unos proyectos, y no largó la plata porque yo me di cuenta y pude manejar la cosa. Fue cuando apareció la policía que andaba atrás del tipo y nos enteramos de su prontuario. La pobre cayó en cama y casi se muere. A mí no me sorprendieron las revelaciones de la policía, no me engaño con la gente, pongo los ojos en un fulano y ya sé si vale o no, la calidad de su carácter y el tamaño de su pito…

Doña Carmosina se afloja y explota en una carcajada:

—Una mujer tan loca como tú, ni después de muerta va a aprender. Inventas cada una: la calidad del carácter y el tamaño del pito… ¡Qué gracioso! —muerta de risa, se calma de a poco y vuelve al amor de Nora y Ascanio—. Yo ya sabía todo eso, tú misma me lo habías dicho. Por eso yo digo: son dos heridos que convalecen, dos carentes —doña Carmosina aprovecha para repetir la palabra recién aprendida— que se completan. Si no es el problema de la fortuna el que estorba, entonces…

—Pero sucede que ella estuvo de novia con ese tipo unos seis largos meses, Carmo. Un noviazgo en São Paulo no es como en Agreste. Allá los novios tienen mucha libertad, salen solos, van a fiestas, a *boîtes*, hacen paseos que duran días y días… noches y noches… las muchachas andan con la píldora en la cartera, junto con el rouge.

—Ahora entiendo…

—Así es. Esa historia de casarse virgen está pasada de moda. Sólo tiene validez en Agreste. El hecho de que él sea pobre no tiene ninguna importancia. A Nora eso no le interesa en lo más mínimo. Ni a ella, ni a mí. Pero tú crees que nuestro amigo Ascanio… —una pausa—. Por eso estoy preocupada, Carmo.

—Ahora quien está más preocupada soy yo. Preocupadísima. ¿Por qué la vida es tan complicada, Tieta?

—¡Qué sé yo! Y pensar que todo podría ser tan fácil, ¿no? ¡*Porca miseria*! como

dicen mis patricios, los italianos de São Paulo.

Vuelven a caminar, doña Carmosina digiere la incómoda revelación, ¡ay! ¡Dios mío! ¿qué hacer? Antes de llegar a las márgenes del río, Tieta dice:

—Ahora que compré la casa y la mandé arreglar y pintar, instalo a los viejos, dejo a Ricardo la plata para terminar de construir el rancho en Mangue Seco, agarro a Leonora y me voy.

—No puedes irte antes de la inauguración de la luz, ya te lo dije. De ninguna manera.

—Había pensado quedarme pero no puedo. No es por mí, si bien no debería atrasarme más, dejé todo lo mío en São Paulo y en manos ajenas…

—En manos de gente de confianza…

—Igual. Lo que engorda al ganado es el ojo del amo. Yo me quedaría para la fiesta si no fuese por Nora. Tengo que sacarla de aquí mientras está a tiempo. Ella no aguantaría otro golpe, podría morirse…

—No te precipites. Espera unos días, cuando vuelvas de Mangue Seco te podré decir algo.

—¿Sobre?

—Ascanio y Leonora.

—La vida puede ser tan fácil, somos nosotros quienes lo complicamos todo.

Llegan a la orilla del río, las canoas descansan en el embarcadero. Un poco más allá, en la Bacia de Catarina, los sauces llorones se inclinan sobre los peñascos y aumentan la oscuridad. La brisa trae un leve gemido que viene de aquellas bandas. Las amigas avanzan unos pasos con sigilo. Hay bultos en los escondrijos; susurros, suspiros bajo los sauces. La vida puede ser tan fácil, repite Tieta. Las dos comadres sonríen, la linda y la fea, la que lo conoce todo y la carente (para usar la palabra de moda, tan del agrado de doña Carmosina). Tieta anuncia:

—Ya elegí el nombre para mi choza en Mangue Seco.

—¿Cuál es?

—«Curral do Bode[34] Inácio». Era el padrillo del rebaño del *Viejo*, el chivo más grande que he visto en mi vida. Arrastraba sus bolas por el suelo. Con él aprendí a querer y a conseguir lo que quería.

Se multiplican los suspiros de amor en la ribera. Las dos amigas, apuradas, retoman el camino de la casa repleta de gente, en cuya sala el profeta Barbozinha, en su encarnación anterior, está al frente del pueblo de París, asalta y conquista la Bastilla, libera a millares de patriotas que están prisioneros. Es un episodio magnífico, con espadas y arcabuces, hidalgos, oradores, los que cantan la *carmañola* no corren peligro de arresto.

DONDE EL LECTOR REENCUENTRA AL SEMINARISTA RICARDO, EL ÁNGEL CAÍDO, SOBRE EL CUAL YA HACE BASTANTE TIEMPO SE HACEN SÓLO UNAS VAGAS REFERENCIAS (CASI SIEMPRE ELOGIOS PUESTOS EN LA BOCA LASCIVA DE LA TÍA) Y DE CÓMO ÉL SE TIRA AL MAR.

Desde lo alto de las dunas, Ricardo observa el río con impaciencia. Quiere descubrir la lancha de Eliezer o el barco de Pirica, tal vez la canoa a motor del comandante, y vislumbrar la silueta de Tieta. ¿Cómo continuar allí sin ella, con el pecado por única compañía? Mientras estos pensamientos lo perseguían, los vio desembarcar de una canoa que ellos mismos maniobraban. No estaban todos los que habían acampado en la proximidades de la aldea de Saco, sólo dos parejas y una criatura pequeña, de dos años, cuando mucho.

Curioso, Ricardo acompaña cada movimiento. El muchacho oscuro, de cabellera desgreñada levanta el ancla improvisada, una piedra deforme, atada a una cuerda, la tira al mar y sujeta la canoa. Toma a la criatura en brazos. El otro, flaco y alto, tiene una guitarra, una de las dos muchachas exhibe cabellos largos y dorados que le caen sobre la espalda, probablemente sea la madre de la niñita pues baja junto con el que la lleva; la otra, con flores en el pelo, es menuda: y ágil, cruza corriendo entre las casas de los pescadores, perseguida por el muchacho de la guitarra. El sonido de las risas sube hasta las dunas y llega a Ricardo. Los cinco están descalzos y van para la parte más linda de la playa, la que queda exactamente debajo de la duna más elevada, desde donde Ricardo espía. La más linda y la más peligrosa, la fuerza de las olas impide los baños de mar. Sólo quien nació y se crió en Mangue Seco se atreve a nadar en aquella parte donde el mar se yergue en furia contra las montañas de arena.

Cuando el Mayor vivía, durante las vacaciones anuales en Mangue Seco, Ricardo había acompañado algunas veces a los hijos de los pescadores, y se atrevió a enfrentar las olas, pero el padre, como lo había pescado *in fraganti*, le prohibió tal locura, bajo amenaza de castigo severo. Por ignorancia o por deseo de exhibirse, más de un bañista había dejado la vida allí, derribado y arrastrado por la violencia de las olas, destrozado al chocar contra las rocas. Es un mar bravío lleno de tiburones, sombras plomizas en medio de las aguas revueltas. Inesperados y soberbios, se alzan entre las olas, rondan la playa, hambrientos, multiplicando el peligro. Poco antes, Ricardo había visto los bultos de una bandada amenazante, irrumpiendo en la tormenta. Se fueron mar adentro, ya no se distinguen las manchas de plomo y muerte.

Desde lo alto, Ricardo ve a las dos parejas y a la niñita que corren y juegan por la playa. Después se sientan en la arena y en seguida resuena el sonido de la guitarra, traído por el viento. Trechos entrecortados de la melodía, parece música religiosa, recuerda un canto llano oído en el convento de los franciscanos en São Cristóvão. En la víspera, cuando fue a la aldea de Saco a tratar la compra y el transporte de material para la construcción, Ricardo supo que habían acampado unos *hippies*. Era un grupo de más de veinte, entre hombres, mujeres y niños. Novedad reciente y provocativa.

Los dos hijos del dueño de la casa de cerámica donde había adquirido los ladrillos

—el albañil se había equivocado en el cálculo y Tieta compró una cantidad bastante menor que la necesaria—, unos mocosos más o menos de su edad, lo invitaron a ir a espiar, y él aceptó.

En el Seminario y en Agreste, había oído muchas cosas sobre los *hippies*, opiniones de lo más contradictorias, críticas violentas en su mayoría. Cosme, ascético y feroz, al comentar noticias de los diarios, condenó esas costumbres indecentes, perniciosas, de esos enemigos de la moral, entregados al libertinaje y a la droga, y que dejan de lado las leyes y los principios sacrosantos, monstruos de la peor especie. Días después, por casualidad, cuando estaba en el patio tratando de entender la *Imitación de Cristo* y se preparaba para la meditación espiritual de la mañana siguiente, Ricardo sorprendió una singular conversación, las voces que discutían se elevaban de la rueda formada por algunos padres, entre los cuales estaba el mismo rector, el reverendo ecónomo, el padre Alfonso —el reverendo Alfonso de Narbona y Rodomón— y Fray Timoteo, fraile franciscano, venido de São Cristóvão, para dar una clase semanal de Teología Moral en el Seminario Mayor, cuya sabiduría y santidad eran conocidas en todo el mundo. Parecía una caña de tan flaco, tenía los cabellos revueltos, la barba rala, los ojos color agua pura y la voz mansa; defendió a los *hippies* de los ataques del padre Alfonso de Narbona y Rodomón, que vociferaba en una dura mezcla de español y portugués. Noble castellano, guardaespaldas de Dios y de la pureza de la fe, celador de buenas costumbres, vicario de la Catedral de Aracajú y profesor de Teodicea en el Seminario Menor, Alfonso era conocido entre los fieles por el apodo de Llama Eterna, debido a la violencia de los sermones repletos de amenazas a los pecadores.

Fray Timoteo, indiferente a la vehemencia de la condena total a los *hippies* que enunció en rudo portuñol el hidalgo de Castilla, los consideró no sólo hijos de Dios, como todos nosotros, sino que los promovió a hijos bienamados, pues reniegan de la hipocresía, huyen de la mentira, se levantan, pacíficos, contra la falsedad, contra el cinismo antihumano de la sociedad actual, enfrentan la impiedad y la corrupción del mundo, sus armas son flores y canciones, su bandera es la de Cristo: paz y amor. ¿Es condenable su manera de actuar? ¿Qué quería el padre Alfonso? ¿Que ellos tomen las armas, las bombas, las ametralladoras? Van por el mundo dando el buen ejemplo de la alegría de vivir. Son perseguidos como siempre lo fueron todos los reformadores, los rebeldes, los que se levantaron contra el orden vigente y corrompido. Los padres oyeron sin ganas o sin coraje de contestar; el renombre de Fray Timoteo, sabio y santo, lo hacía carismático, los reverendos se curvaban cuando pasaba delante y el Obispo le decía mi padre. Opiniones contradictorias, polémica ocasional, pero en los oídos de Ricardo quedó resonando la serena voz del franciscano, que repetía las palabras paz y amor, distintivo de Cristo, saludo de los *hippies*.

Se demoró con los dos compañeros para poder espiar desde lejos el campamento, donde los jóvenes parecían indiferentes al tiempo, sentados en grupo y conversando. Algunos trabajaban metal y cuero, un flacucho tocaba la guitarra otro descansaba con

la cabeza en el regazo de una jovencita, todos vestidos con esas ropas descuidadas, con tajos y remiendos. Tenía collares multicolores, símbolos místicos. Algunos estaban descalzos sobre todo las mujeres. Ricardo vio todo de lejos; cuando uno de los muchachos le propuso ir hasta allá, se negó, necesitaba volver a Mangue Seco, donde los obreros esperaban el material para las paredes de la casa de veraneo de la ingrata.

Ahora, en lo alto de las dunas, observa a las dos parejas y a la niña. Reconoce al flacucho que toca la guitarra, lo había visto el día anterior. Los cuatro se acostaron en la arena, la niñita recoge caracoles y se los lleva a la madre.

Los ojos de Ricardo se vuelven hacia la parte más lejana del río en las primeras sombras del crepúsculo. ¿Qué hace la tía, por qué no vuelve? ¿Por qué lo deja allí, solo, sin su presencia, su voz, los confusos argumentos que igual lo consuelan, la mano, los labios, el seno acogedor, el vientre en fiebre donde todos los problemas se resuelven, las dunas se evaporan, la aflicción y el tormento se transforman en alegría y exaltación?

Debía ausentarse sólo por una noche, sólo una, había asegurado. Ya había pasado dos, insomne y desolado.

Ricardo vuelve su mirada vacía de esperanza y mira la playa. Tal vez porque había cesado el sonido de la música. Las parejas se habían desnudado, el joven de la guitarra y la muchacha risueña intercambian un largo beso y un estrecho abrazo. El moreno y la rubia, con la niñita, se adelantan hacia el mar, quién sabe con la intención de bañarse. Los cabellos de la mujer caen sobre su espalda, le tocan la cintura. Riendo se pone de pie, grita, les avisa que están en peligro. Es necesario haber nacido y crecido en Mangue Seco, en la salvaje violencia del océano y del viento desatados, para poder enfrentar las olas que retornan enfurecidas de la lucha contra las dunas y que se preparan para una nueva embestida, El peligro es mortal, sin hablar de la fatídica sombra de los tiburones.

El grito se pierde en el viento, no llega a la playa, el padre, la madre y la hija se meten al mar, Ricardo dispara hacia abajo, ni repara en la otra pareja que está haciendo el amor, se tira al agua exactamente cuando una ola descomunal cubre a los bañistas, derriba al muchacho y a la joven, arranca a la niña de la mano de la madre y la arrastra lejos. Unos minutos más y el pequeño cuerpo será lanzado por el mar contra la montaña de arena transformada en piedra.

Ricardo se zambulle, desaparece bajo las olas. Cuando aparece más adelante, trae a la criatura contra su pecho. Utiliza sólo un brazo para nadar, recuerda conocimientos adquiridos en la infancia, se sumerge otra vez para aprovechar la fuerza de la ola en su retorno. Durante un instante sólo se ve su brazo erguido, que sostiene a la niña fuera del agua. ¿Y si no puede volver, si pierde la fuerza y afloja el brazo? Sólo respiran cuando Ricardo se alza en medio de la espuma, liberado de las olas.

La madre se acerca a la hija y busca sentir su respiración, tiembla de la cabeza a

los pies. El padre trata de decir algo, pero no puede, su voz sale entrecortada. La otra pareja ya no hace el amor; están los cuatro de pie, unidos por la angustia y el alivio; desnudos, de cuerpo y alma.

Ricardo apenas los ve. Por fin, oye el llanto de la criatura, sonríe y sale corriendo mientras la noche cae de golpe, sin previo aviso, noche de cuarto menguante, dunas fantasmagóricas. Los demonios acuden en la penumbra de la noche.

DEL VERDADERO INFIERNO.

Los demonios acuden en las tinieblas de la noche. Durante el día, atiende y ayuda a los obreros, trabaja como si fuera uno de ellos, sierra troncos de palmeras, revuelve la mezcla de barro, arena y cemento, transporta ladrillos en la canoa del viejo Jonás, en la cual atraviesa el fuerte oleaje de la barra para ir a la aldea de Saco. Así, Ricardo olvida la llaga expuesta en su pecho, el pecado y la condena. Llega a concebir la esperanza de perdón, como si nada grave hubiese sucedido.

En la canoa, durante la breve travesía, al ver el rostro plácido de Jonás y oír su voz monocorde, de diapasón inmutable, siente un repentino interés por la vida. Jonás, mientras fuma su pipa de barro, domina la embarcación y mantiene su rumbo, desovilla historias que han sucedido por allí, de tiburones, de pesca y contrabando, malentendidos, amores dudosos de Claudionor das Virgens. Cada vez que el trovador aparece por aquellos lugares, se puede apostar sin miedo de perder; va a terminar metido en líos y disgustos, no hay mujeriego que se le parezca. Jonás larga el humo de la pipa, compara:

—Es más mujeriego que un cura…

¿Que un cura? ¿Y por qué? Jonás ríe, su risa es tranquila al recordar la condición de Ricardo, aprendiz de cura y le da una explicación y un consejo, envejeció en el mar, perdió el brazo izquierdo pescando cazones, recogiendo contrabando, nada de esta vida le es extraño o indiferente:

—Vas a ser cura, entonces tienes que saber que un cura sin olor a hembra no sirve para nada. ¿Cómo va a entender al pueblo si no sabe hacer hijos? Uno de ésos, anduvo en la aldea, se llamaba Abdias, no tenía trato con nadie, las mujeres le tenían miedo, la iglesia quedó vacía. En los tiempos del padre Felisberto, un cura como la gente, con comadre y cinco hijos, que vivió en Saco unos cinco años por causa de su reumatismo, la devoción era grande, hasta nosotros, los de Mangue Seco, íbamos a misa, para oírlo hablar, daba unos sermones de avanzada, hablaba de la belleza, del cielo, había música y fiesta todos los días. No era como el otro que, por no conocer mujeres, vivía en el infierno, sólo pensaba en maldades. Un cura que no huele a almeja, seguramente tiene olor a culo. No sirve.

Jonás maniobra la canoa y concluye con su filosofía, sin importarle el escándalo que se refleja en el rostro de Ricardo:

—Ningún hombre puede vivir sin mujer, estaría contra la ley de Dios. ¿Para qué Dios hizo a Adán y Eva si no para eso? Respóndeme, si puedes.

El muchacho no responde, pero de la misma manera que el trabajo en la construcción de la casa, la tosca visión de Jonás le da ánimo y esperanza de poder desatar el nudo de su desesperación.

Desatarlo o cortarlo con el agudo filo del deseo cuando ella, la tía alegre, alocada, rompe las compuertas del miedo y de la contención en que se ahoga. En presencia de Tieta, olvida la llaga abierta de su pecho, el pecado, el voto no cumplido, la condena, aunque sea de noche y los demonios estén sueltos. La presencia, la risa, la voz suave, los abrazos, la boca, las manos, las piernas, el vientre encendido valen lepra, estigma e infierno.

Sin embargo, en ausencia de la tía, se siente leproso, marcado a fuego por los malditos, condenado, sin posibilidad de cura, pues cuando ella no está, los demonios se apoderan de él, lo revisten de pecado y lo exhiben indigno y perdido.

Ricardo la espera, está en la hamaca. ¿Por qué demora tanto? Había abandonado el colchón de crines de la cama del comandante y doña Laura, ¿cómo acostarse en él sin la ingrata? En Agreste, cuando todavía luchaba para conservar la castidad, en las noches de tentación, en la hamaca que está colgada en el escritorio del doctor Fulgencio, insomne o dormido la veía y la sentía desnuda, lo perturbaba hasta quedar agotado en su tentativa de poseerla sin saber cómo. Durante todas aquellas noches, la había tenido a su lado, aunque rezara o hiciera promesas, no servía de nada su decidido propósito de repeler la satánica visión que lo poseía. Sin embargo, ahora, que conoce ruta y puerto, ni en sueños aparece y trata de imaginársela extendida en la red, desnuda, sólo ve a Satanás y las llamas.

¿Qué hace esa desalmada en Agreste que no acude a socorrerlo y a liberarlo? Se siente ofendido porque ella está en la ciudad, lejos de él. Allá, todos los hombres se lo pasan mirándola; si cruza la calle, las miradas y los comentarios le siguen el rastro de las caderas que se balancean. Está cercada por un halo de deseos reprimidos, ronda de fuego de la que todos participan: de Osnar, con la boca sucia y la lengua suelta, de Barbozinha, cuyos versos la describen desnuda e impúdica en la espuma de las olas; del árabe Chalita, que la conoció jovencita, de Seixas, que la prefiere antes que a sus primas; de Aminthas, que se las da de gracioso, de *Bafo de Bode*, con sus disparates y afrentas. Una vez, cuando acompañaba a la tía, Ricardo, de sotana, oyó al pasar la frase infame del mendigo: ¡Quién pudiera refugiarse en esa gloriosa roncha de oro! En lugar de enojarse, Tieta sonrió mientras el seminarista daba vuelta la cara para esconder su perturbación. ¿Quién sabe si, precipitada como es y aprisionada en ese círculo de deseo, lejos de sus brazos, no sonreirá a otro? ¿A quién? Ricardo no personaliza, todos le parecen indignos de ella, nadie ni siquiera merece mirarla, mucho menos recibir una sonrisa, una mirada, un gesto de interés o de atención.

¿Quién más indigno que él mismo, Ricardo, por adolescente, sobrino y seminarista con votos jurados e ignorancia completa? Sin embargo, ella se había

tentado en su presencia, se había sentido perturbada con ansias de devorarlo, correspondió a su deseo. Es cierto que, en este extraño caso, Satanás se encontraba envuelto, directamente interesado en la conquista de dos almas puras: la suya y la de la tía. Los otros, eran todos unos perdidos, desde el borracho inmundo hasta Peto, con sus casi trece años tan desenfrenados.

¿Con cuál de ellos? De repente, en esa noche perra, con demonios sueltos, Ricardo olvida el pecado, el miedo al castigo, el temor de Dios, el sentimiento de culpa y se aferra a un solo pensamiento, único y terrible, que se apodera de él y lo mortifica, lo acongoja y sofoca; imaginar que Tieta, su Tieta, su mujer, su amante, puede estar gimiendo en otros brazos, besando otra boca, acariciando otro pecho o entrelazando sus piernas con otras piernas. La ve con otro, suspirando y riendo; ¿será Ascanio, tío Asterio, el comandante? ¿Quién será?

Ricardo no soporta pensar en eso, cierra los ojos para no ver. No existe lepra, estigma, fuego del infierno que se compare a ese sentimiento que lo ahoga de rabia, le destroza las entrañas, y le llena de gusto a hiel la saliva de sus dientes, un dolor agudo le atraviesa las ingles. Imagina que desfallece, que nace y muere con otro, en cama o hamaca, en piso de tierra o de arena, ¡ah! ¡no!, si sucediera esa desgracia, a los crímenes contra la castidad tendría que sumarles crimen de muerte, de asesinato y suicidio. Sólo Dios que da la vida, puede dar la muerte, Ricardo lo sabe. Pero se levantaría en contra de Dios, preferiría verla difunta antes que desmayada en otros brazos y, sin ella, no desea la vida, sino la muerte.

La luna menguante desaparece en esa noche de drama. Ricardo baja a los infiernos, se consume en celos, ¿cómo puede sufrir tanto? Deja la hamaca, corre hacia el mar, el camisón le molesta, se lo arranca y lo tira lejos, se arroja al agua, nada hasta cansarse, hasta quedar totalmente agotado. Se adormece en la playa, desnudo.

DE LA MEDITACIÓN ESPIRITUAL.

Medio dormido, oyó un rumor de alegres risas, sonidos de guitarra y la melodía de una canción de cuna tan linda y apaciguante que se envolvió en ella y, por fin, pudo encontrarse con Tieta en un extenso y tranquilo territorio de campo y playa, montes y dunas; ella estaba desnuda, con un ramo de flores y conducía cabras bulliciosas, las llevaba a pastar a las olas. Los pies alados no tocan la arena, tampoco los de Ricardo. Se dan la mano y, limpios de cuerpo y alma, inocentes, se encaminan hacia Dios, que los recibe con sus brazos abiertos. Dios contiene al mundo en su regazo: el campo, la playa, el mar, las cabras y los amantes. Entonces, suenan las trompetas del Juicio Final, tierna canción de cuna, y el profeta Jonás, viejo pescador de contrabandos, se eleva de las aguas, cabalgando sobre un tiburón, y proclama la verdad irrefutable del Señor: ningún hombre, sea rico o pobre, viejo o joven, fuerte o

débil, puede vivir sin mujer, ni mujer sin hombre, va contra la ley de Dios. Resuenan las murallas del mar, cuando Jonás, extendiendo su muñón, les enseña que el amor no es pecado, ni siquiera de tía con sobrino, de viuda con seminarista. Una niña adorna con flores los cabellos de Tieta y Ricardo y dice paz y amor, con voz de pajarito.

La música y el canto prosiguen más allá del sueño y al sentir el contacto de los dedos de la niña, Ricardo abre los ojos. Recuerda los desvaríos en su noche de celos, la desesperada prueba de natación, y su caída, exhausto y desnudo, sobre la arena donde había dormido y donde todavía se encuentra. La niña le entrega la última flor, una azucena del campo; está rodeado por un grupo de jóvenes y niños, todos desnudos y sonrientes, que cantan para arrullarlo. Es una canción de cuna que le aquieta el corazón, una canción extraña, portadora de paz y alegría, música celeste. La guitarra que el flacucho aprieta contra su pecho es el arpa del ángel. Ricardo se sienta lentamente y sonríe.

No le importa estar completamente desnudo, ni repara, admirado o curioso, con malicia o codicia, la desnudez que lo rodea, simplemente mira y ve a las lindas muchachas, algunas casi niñas de tan jóvenes, a los hombres barbudos o imberbes. Tienen cabellos largos, a algunos les caen sobre los hombros, ¿no eran así los cabellos de Jesús? En otros, las crespas cabelleras se separan en grandes flores desflecadas o en enmarañados nidos de pájaros. La ronda prosigue con canto y danza: a la ronda, rondita, vamos todos a bailar. Ricardo se pone de pie.

Se encuentra completamente libre del miedo, de la esclavitud, del pecado. Esa mañana, en la barra, la danza, el canto, las sonrisas, el tranquilo rostro de las jóvenes le restituyen la alegría y la paz perdidas.

Libres del tiempo, sin apuro ni horario, cantan y danzan para él, en la atmósfera azul donde nace el día. Una de las muchachas, la madre de la niñita que rescató del mar en la víspera, deja la rueda, se aproxima y lo besa en la cara y en los labios y es entonces cuando Ricardo conoce la fraternidad, su significado y su sabor. Después, todos corrieron al mar, los niños lo condujeron de la mano.

Todo era misterio, sueño, fantasía. Sobre las serenas aguas despunta el día, mientras los jóvenes enfrentan las olas mansas y los niños recogen caracoles azules, colorados, blancos y rosas. Algunas parejas se aman en la madrugada, pero Ricardo trata de no ver ni saber, se queda extendido entre ellos en la playa, en silencio, rodeado por los caracoles que las criaturas le ofrecen.

Después, toman sus ropas viejas, desteñidas, rotas y precarias, reúnen a los niños y se dirigen a las canoas. No preguntaron el nombre a Ricardo, no le dijeron nada, nada le pidieron y sí le dieron algo importante, una cosa desconocida para él, una nueva pureza, no aquella del seminario, que depende del miedo y del castigo; ahora el pecado ya no existe. Ni el demonio, ni la maldad, ni el desprecio. Han sido barridos de la tierra. Para siempre.

Desde la orilla de la playa, donde comienza el mar, gritan en despedida: paz y amor, y se van. Paz y amor, hermano. Ricardo se quedó de pie, quieto y redimido.

DE LA INESPERADA CONFESIÓN.

Al dirigirse a la playa para tomar la canoa donde Jonás lo espera para llevarlo de vuelta a Mangue Seco, con las manos llenas de paquetes, la sierra nueva y los kilos de clavos, Ricardo ve, sentada en una reposera a la sombra de un árbol de tamarindo de tronco secular, una silueta muy conocida. A pesar del pantalón de brin y de la camisa sport, reconoce a Fray Timoteo y se acuerda de que los franciscanos de São Cristóvão tienen una casa de veraneo en la aldea de Saco.

Se acerca y le pide la bendición. El fraile trata de reconocerlo, ¿dónde vio aquel rostro adolescente? Ricardo explica: en el seminario, padre. No es alumno suyo, todavía está por terminar el seminario menor, el secundario, va a comenzar realmente sólo después; con todo, ya llegó a la frontera de la decisión. Y no llegó en una tranquila caminata y sí en una desesperada lucha con el demonio.

—Padre, ¿cuándo puedo venir a confesarme?

—Cuando quieras, hijo, cuando sientas la necesidad.

—¿Puede ser ahora mismo, padre?

—Si así lo quieres…

Ricardo se queda parado, espera. Seguro que el padre Timoteo se va a poner la sotana y lo va a llevar al confesionario de la capilla de la aldea. Pero el fraile señala la otra reposera:

—Deja los paquetes, siéntate aquí, junto a mí, primero vamos a conversar, después te confieso. Vamos a aprovechar que la tarde está linda, Dios la hizo gloriosa para que los hombres sean felices. La felicidad de los hombres es la mayor preocupación de Dios. ¿Tú estás aquí de vacaciones?

—Sí, padre. Quiero decir, aquí no, en Mangue Seco.

—Mangue Seco es el lugar más lindo del mundo. No es verdad que Dios haya descansado el séptimo día, como dicen las escrituras. —El fraile se rió, como si encontrara gracioso el absurdo que acababa de decir—. El séptimo día el Padre Eterno estaba inspirado, resolvió escribir un poema, hizo Mangue Seco. Por otro lado, hasta hoy sigue embelleciendo a Mangue Seco con ayuda del viento, ¿no es así? ¿Tú estás con tu familia?

—Sólo con mi tía, pero hace tres días que estoy solo, ella fue a Agreste, yo soy de allá. Mi tía vive en São Paulo, vino a pasear, se ve hace mucho tiempo. Yo nunca la había visto antes.

Como el fraile no hace ningún comentario, prosigue:

—La tía está haciendo una casa en Mangue Seco, compró el terreno. Es rica. Yo me estoy ocupando de la obra. Vine a buscar material. El albañil, el carpintero, los obreros son de aquí.

—El pueblo de Mangue Seco no se ocupa de esas cosas; quien nace allá, sólo sabe luchar contra el mar lo que no es poco. Raza fuerte, hijo mío.

—Padre, un día, en el seminario, lo oí hablando de los *hippies* con los reverendos

padres, los defendía, decía que no son malos.

—No me acuerdo especialmente de ese día, pero siempre hablo bien de ellos, son como pájaros en el jardín de Dios, todos ellos, los místicos y los ateos.

—Los místicos y los ateos, ¿cómo es posible, padre? No cabe en mi cabeza.

—No es el rótulo lo que da calidad a la bebida, hijo. Para Dios lo que cuenta es el hombre y no la etiqueta. ¿Tú estás con ganas de dejar el seminario para irte con los *hippies*?

—No, padre. No sé si tengo ganas o no de ir con ellos, nunca lo pensé. Pero, si tuviese, creo que no iría porque mi madre es capaz de morirse. Para ella, los *hippies* son demonios, se horrorizó cuando vio a algunos en Aracajú. Tiene miedo de que mi hermano, si se encuentra con ellos, se vaya atrás. Mi hermano menor, Peto. Todavía no cumplió trece años y no le gusta estudiar.

—¿Por eso me hiciste esa pregunta sobre los *hippies*? ¿Por tu hermano?

—No, padre. Es que ayer, yo estaba triste, con la seguridad de haber ofendido a Dios y puesto fin a mi vocación, estaba lleno de rabia y de celos, como un maldito; sólo pude dormirme en la playa después de mucho nadar. Cuando me desperté, los *hippies* me rodeaban y cantaban para mí. Ellos dieron sosiego a mi corazón y la paz que yo buscaba.

—Paz y amor, son palabras de Dios las que ellos usan. Pájaros del jardín celeste, ¿no te lo dije? ¿Tú tienes vocación por el sacerdocio, o te mandaron al seminario?

Ricardo medita, se interroga antes de responder:

—Mamá había hecho una promesa, creo que por la salud de mi padre. Pero cuando ella me lo dijo, yo mismo quise ir, desde pequeño mamá me enseñó a temer a Dios.

—¿A temer o a amar?

—¿Se puede amar a Dios sin tenerle miedo? No sé separar las dos cosas, padre.

—Pues debes separarlas. Nada que sea hecho por miedo es virtud. Nada que se haga por amor es pecado. Dios no aprecia al miedo ni a los miedosos. ¿Tú quieres de verdad ser cura?

—Sí, padre, pero no puedo.

—¿Y por qué no puedes, si lo deseas?

—No lo merezco. Pequé, violé la ley de Dios, no respeté el trato, rompí el voto.

—Dios no es hombre de negocios, hijo, no hace tratos de toma y daca, y cuando un hijo suyo viola la ley, él tiene el remedio a mano, la confesión. Tú pecaste contra la castidad, ¿no?

—Sí, padre.

—¿Con una mujer?

—Sí, padre. Con…

—No te pregunté con quién, eso no cambia la categoría de la culpa.

—Pensé que sí, padre.

—Dime sólo una cosa: ¿a pesar del miedo al castigo, detestaste el pecado o crees

que valió la pena, aunque lo tengas que pagar con el infierno?

—A pesar del miedo, no me arrepentí, padre. No voy a mentir.

El padre sonrió con ternura y contestó:

—Ahora, arrodíllate para recibir la penitencia y la absolución.

—Pero, padre, ¿cómo voy a recibir la absolución si todavía no me he confesado?

—¿Qué es lo que has hecho entonces, sino confesarte? Reza tres padrenuestros, y cinco avemarías y, si vuelves a pecar, no vuelvas a huir de Dios con miedo como si él fuese un ogro. Te confiesas con un padre o directamente con Dios.

Ricardo se arrodilló, recibió la absolución pero todavía quiere saber si debe o no continuar en el seminario, llegar al seminario mayor para prepararse para la santa misión de llevar la palabra de Dios a los hombres.

—¿Padre, después de lo que hice, todavía puedo aspirar al sacerdocio? ¿Todavía soy digno?

—¿Por qué no? Hay quienes dicen que los curas se tienen que casar y hay quienes dicen que no, ésa es una difícil discusión que no viene al caso. Yo no sé decirte cuál es mejor cura: si aquel que castiga su cuerpo y lo deja amargar de deseo, aquel que se oprime para así servir a Dios, macerando su propia carne, violentándose o el que sufre por haber pecado, aquel que no resiste al llamado, se entrega y se levanta para caer de nuevo. Uno se martiriza, es enemigo de su propio cuerpo, es fuerte y al mismo tiempo tal vez se santifica. El otro peca, es débil, pero al pecar se humaniza, ablanda su corazón, no vive en lucha con su cuerpo. ¿Cuál de ellos puede servir mejor a Dios y a los hombres? No te lo puedo decir, ¿sabes por qué?

Ricardo mira al anciano sacerdote, de cuerpo frágil y ojos de agua, luminosos. Mira la mano huesuda que lo había bendecido y absuelto del pecado:

—¿Por qué, padre?

La voz de Fray Timoteo es cálida y paternal:

—Cuando yo me ordené ya era viejo. Estuve casado, soy padre de cuatro hijos, tengo el cuerpo en paz. Traté de servir a Dios al servir a los hombres, no sientas miedo ni de Dios ni de la vida; de esa manera serás un buen pastor.

—¿Y el demonio, padre?

—El demonio existe y se revela en el odio y en la opresión. Antes de temer al pecado, hijo, teme a la virtud, cuando ésta es triste y limita al hombre. La virtud es lo opuesto a la tristeza, el pecado es opuesto a la alegría. Dios hizo al hombre libre, el demonio lo quiere vencido por el miedo. El demonio es la guerra, Dios es la paz Y el amor. Ve en paz, hijo, vuelve todas las veces que quieras, y, sobre todo, no tengas miedo.

Ricardo besa la mano de Fray Timoteo, recoge los bultos y se despide:

—Gracias, padre, me voy en paz. Siento que he aprendido mucho.

Se da vuelta, desde la canoa, para volver a ver al fraile, tan frágil y tan fuerte, en la tarde luminosa. Todavía en vida y ya en camino de la santidad.

DONDE EL AUTOR, EL MUY CANALLA, SE METE EN ASUNTOS QUE NO SON DE SU INCUMBENCIA Y DE LOS CUALES NADA ENTIENDE.

Todavía en vida y ya en camino de la santidad; al volver a presentarme ante los lectores, retomo el pensamiento del seminarista Ricardo, para algunos comentarios rápidos e indispensables con los cuales busco dar base ideológica y consecuencia a los hechos y a las reacciones de los personajes. De esta manera evito que me acusen de no estar metido en el relato, de no ser participante, de huir al compromiso.

No me pueden culpar por metido, inoportuno y pesado: ¿cuántas páginas hace que empezó el tercer episodio de este arrastrado relato y todavía no he interrumpido? Después de todo, tengo derecho a hacerlo, soy el autor y no puedo permitir que los personajes se den el lujo de conducir solos los acontecimientos, merced a sus emociones y puntos de vista, que no son siempre los más convenientes al mensaje deseado.

Esta vez, quien me hace tomar la máquina de escribir es Fray Timoteo, fraile franciscano, de quien todo indica que es uno de los tantos sacerdotes progresistas que tratan de reformar la iglesia partiendo de teorías llamadas ecuménicas. Protestan, exigen un cristianismo militante, situado al lado de los explotados contra los explotadores, de la justicia contra la iniquidad, de la libertad contra la tiranía. Quieren limpiar la iglesia de la antigua recriminación: la de servir a los intereses de las clases dominantes, de los aristócratas y de los burgueses, para ser opio del pueblo, cuando no es la Santa Inquisición a la caza de brujas.

Contra tales sacerdotes de avanzada, que rompen prejuicios y reformulan tesis, quién sabe si volviendo la fe cristiana a sus orígenes, se levantan gritos violentos y agresivos, se escriben libros provocativos, se formulan acusaciones peligrosas, son tachados de subversivos y, a veces, víctimas de procesos y cárcel. ¿Dónde se vio, después de Nerón y Calígula, que los curas vayan a la cárcel por subversivos?

No me meto en la discusión de dogmas porque no son asunto mío, si bien la polémica entablada sea de interés general. En materia de religión me mantengo neutral por no tener ninguna y respetar a todas. Sin embargo, me remito a juicios expresados por el fraile y a historias que contó Jonás, el de la canoa; quiero dar mi testimonio sobre el problema en debate: las relaciones entre castidad y santidad tan discutidas, y lo hago con el espíritu libre de prejuicios de cualquier orden. Sólo con el interés gratuito de mi participación para aclarar completamente el asunto.

Durante siglos y siglos la castidad constituyó un elemento indispensable, o casi, para llegar a ser un santo o una santa. Cuanto más flagelada la carne, mayor posibilidad de beatificación. Según parece, así consta en el derecho canónico.

No apruebo a Jonás, dudoso profeta de contrabando que surge sobre el dorso de voraces tiburones en lugar de salir del vientre de la bíblica ballena, cuando afirma, en una frase ordinaria, colmada de malas palabras, que el cura que no huele a vagina huele a ano, intentando sin duda, establecer una discutible connotación entre el

celibato clerical y la pederastia. No siempre eso sucede, la connotación es inadecuada y forzada. Sin embargo, al rudo marino le sobran razones para asegurar a Ricardo que haber pecado contra la castidad no impide que un sacerdote alcance la bienaventuranza y el milagro.

No me propongo analizar tesis morales, preceptos religiosos, ¿quién soy yo? Sólo deseo comprobar la evidencia arriba enunciada al citar ejemplos y presentar pruebas. Puedo comenzar por el propio Fray Timoteo, en camino de la santidad ya en vida, pues estuvo casado y es padre de familia, probó el fruto, lo cual no impide que entendidos y legos lo consideren un elegido de Dios y como tal lo proclamen y veneren. ¿Lo del casamiento, y los hijos, no fue antes de ordenarse? Es cierto, no lo discuto. Entonces, el ejemplo no sirve. Lo retiro, no lo necesito, existen muchos, voy a pasar a otro.

Paso al padre Inocencio, fallecido hace poco más de un decenio, a la avanzada edad de noventa y seis primaveras, lúcido todavía, capaz de distinguir uno por uno a sus tataranietos. Fue vicario durante más de cincuenta años en la ciudad de Laranjeiras, enterró con devoción y lágrimas a sus tres concubinas, que le dieron un total de diecinueve hijos. A cinco, Dios se los llevó en la primera infancia, el padre Inocencio crió y educó catorce, ocho varones, todos excelentes, y seis mujeres, todas bien casadas —excepto Mariquinha, muy afecta a los hombres, a punto de que Rubião perdió la paciencia y pidió la separación. Ésa salió a mí dijo el buen padre en esa ocasión, para declararla inocente y tomar para sí las culpas de la hija: para quien ya tenía tantos pecados, unos cuantos más no aumentarían la pena. En la casa enorme, allí crecieron sus nietos y bisnietos, todos ostentaron el apellido del reverendo: Maltaz, y todos fueron bendecidos por Dios. El abuelo, ya con varios nietos, todavía hacía hijos, y cuando le trajeron el primer tataranieto, para que lo bautizara dio gracias al Señor y honró su santo nombre, no lo hizo en vano.

Cierta vez, un misionario, de esos que van de ciudad en ciudad por el interior del norte y del nordeste para asustar al pueblo, y que no era otro que nuestro conocido Alfonso de Narbona y Rodomón, cuya pronunciación de la lengua portuguesa ya era un anuncio de condena, al verlo, todo un patriarca retirado en su hogar, en compañía de su tercera y última amante, la más linda de las tres, joven, de veintitantos años —estiró sus piernas, dignas de un rey, según el verso de Claudionor das Vigenns, que rimó: su rostro de romana con la luz de la mañana— al verlo rodeado de hijos y nietos, lo señaló con un dedo acusador y apostrofó:

—¿No le da vergüenza, padre, llevar una vida tan licenciosa? No conforme con pecar, exhibe públicamente las pruebas del pecado para escandalizar a los fieles.

—Dios dijo: creced y multiplicaos. —Respondió el padre Inocencio Maltez, con voz pacífica y sonrisa amena—. Yo cumplo con la ley de Dios. No vi en ninguna parte la noticia de que Dios dijera que un cura no puede tener mujer y hacer hijos. Mucho después inventaron esa pavada, obra de algún capado como usted, Reverendísimo.

Él mismo comprobó que no existía escándalo por parte de los fieles, lo cual mortificó al misionario. Al contrario, lo que había era cierto júbilo, se podría decir orgullo del vigor del santo varón que, a los ochenta años, todavía cumplía sus obligaciones inherentes a su estado de mancebo. Y, como el padre Inocencio no era hombre de mentiras, los fieles vieron la potente hazaña revelada por él, aspecto milagroso, evidente señal de la gracia divina.

Por otro lado, según parece, los primeros milagros del padre Inocencio fueron realizados en vida, antes de que Dios lo llamara al paraíso donde lo esperaban las tres mujeres y nueve hijos, los cinco muertos temprano, y cuatro adultos, y algunos nietos y bisnietos, un pequeño clan. Sin embargo, las primeras pruebas de santidad no fueron grandiosas: pequeñas curas, hechas a base de una simple aplicación de agua bendita en molestias de poca gravedad. Dos veces hizo llover cuando la sequía amenazó al pueblo de Sergipe.

Sin embargo, apenas falleció, el mismo día del funeral, acompañado por toda la población de la ciudad y de los alrededores, comenzó la cosecha de prodigios, a cual más impresionante. En seguida que el cuerpo del padre fue enterrado, ahí mismo, junto a la: tumba donde reposa al lado de los restos mortales de sus tres amores, una paralítica invocó su nombre, largó las muletas y salió caminando con paso firme. La noticia se propagó.

Después de ese comienzo espectacular, el padre no se detuvo nunca más y hasta hoy las curas se suceden, cada vez más numerosas y extraordinarias. Laranjeiras, ciudad de gran belleza, esperó inútilmente, durante años, al igual que Agreste, a los turistas que no fueron a admirar las deslumbradas casas, antes de la total destrucción, obra del tiempo y del descuido. A cambio de eso, con los milagros del padre Inocencio, hay una romería permanente de enfermos y desdichados que encienden velas en la iglesia y en el cementerio, en la sepultura donde atiende el magnífico y viril pastor de almas. Basta que una mujer estéril rece un rosario y haga el pedido, le es concedido en el acto; si reza un poco más, nacen mellizos.

En el aniversario de su muerte, la romería crece en santa misión y los pedidos suman millares, la ciudad gana movimiento, comercio y alegría. Para recibir a los peregrinos, además de los descendientes, se encuentran los favorecidos por los milagros, frente a quienes está la beata Marcolina, la que largó las muletas el día del entierro del padre Inocencio, la primera agraciada.

Cito un ejemplo, podría citar varios, no lo hago porque no quiero robarles más tiempo. Antes de despedirme, no puedo dejar de decir que me da mucha pena que no exista en Agreste otro padre tan perfecto como el reverendo Inocencio Maltez, el santo de Laranjeiras, para promover el turismo religioso de la ciudad. El padre Mariano no da lugar a habladurías, por incorruptible o discreto, no sé. No quiero inmiscuirme en su vida, no lo acompaño cuando va a la capital, seguramente a resolver asuntos de la diócesis; para descargar sus instintos, según las malas lenguas, de Osnar y otros sinvergüenzas. Por lo menos no provoca escándalos capaces de

desencadenar la ira de los misionarios en busca de pecados; en Agreste jamás dio nada que decir. Las beatas, empezando por Perpetua, lo siguen de cerca, permanentemente, no aflojan la vigilancia.

Me despido para huir de tal vigilancia. Me preparo para ir a Laranjeiras, dentro de poco tiempo. La vejez está por llegar, imagínense. Dicen que con un óbolo para los pobres del padre Inocencio se obtienen sorprendentes resultados, mucho más rígidos y duraderos cuanto mayor sea el óbolo. Que así sea.

DE LA SEGUNDA APARICIÓN DE LOS SUPER-HÉROES ESTA VEZ LLEGADOS DEL MAR. CAPÍTULO BIEN PROVISTO DE PERSPECTIVAS Y PROYECTOS, QUE ENVUELVEN A DIVERSOS CIUDADANOS: DEL MAGNÍFICO DOCTOR A OSNAR, DE PETO A ASCANIO TRINDADE.

Cuando aparecieron nuevamente los seres luminosos anunciados en la profecía del beato Possidônio, llegados del Océano Atlántico en una potente lancha de motor, modernísima, y en mayor cantidad, en número y sexo, ya que había machos, hembras y andróginos, se habían extinguido los ecos del escándalo provocado por la minifalda de Leonora. La famosa paulista, con la compostura que demostró en el transcurso del tiempo, había acallado los comentarios y empezó a caer bien a las beatas. Elisa había desistido de desobedecer al marido, y guardó la pollera de la polémica para usarla en São Paulo, en breve, si Dios quiere. No se atrevió a enfrentar las burlas y condenas en Agreste. Sin embargo con la segunda aparición de los seres extraterrenos, la minifalda se convirtió en un objeto familiar a los ojos de todos los habitantes de la ciudad.

Peto llega despavorido de la orilla del río, la noticia entusiasma al bar: llegó un batallón de gringas. Ni bien termina de hablar, la plaza se llena de marcianos. Ascanio Trindade llega como flecha de la Municipalidad. Todas las hembras están de minifaldas a cuadros —escocés del bueno, reconoce doña Carmosina—, blusa amarilla, de red, botas altas de cabritilla negra. Ni que hubiese sido hecho a propósito, con el objetivo de redimir por completo a Leonora: la ciudad está invadida por semejante desparramo de piernas y caderas expuestas a la brisa y a las miradas ávidas de la multitud que acude de todos lados.

Deben de ser parte de un ejército o de una secta religiosa por estar con el mismo uniforme. La ausencia del beato Possidônio es verdaderamente lamentable, se pierde una buena oportunidad para indignarse y blasfemar, sería una juerga. Había vuelto a Rocinha donde medita y cura.

La pelirroja, veterana porque era la segunda vez que iba, de piernas largas y flexibles, comandante del batallón o sacerdotisa, asistente del gurú, saluda con la mano, se saca los anteojos y ofrece sus ojos llenos de *rimmel* a la admiración general. Con una minifalda de juguete, muestra todo, según constata Osnar:

—No mide ni un palmo de los míos…

Y avanza para saludar a la viajera del espacio, para reanudar el antiguo conocimiento:

—¿De nuevo por aquí? Es un honor para el condado de Sant'Ana do Agreste.

—Dale, lindo, ofréceme un *guaraná* o una Coca-Cola, dale. Me muero de sed. Yo y todo el *staff* aquí presente.

Los demás miembros del *staff* se aproximan joviales, efervescentes. Pocos reparan en los machos, los ojos no alcanzan para las hembras. Algunos seres dan lugar a unas dudas atroces por parte de los ignorantes ciudadanos, confundidos, sin saber qué pensar: ¿ese que está ahí será hombre o mujer, macho o hembra? ¿Y aquella extraña figura será hermafrodita?

La ventana de la casa del alcalde se abre y aparece el rostro afligido, con una barba de tres días, del dentista Mauritônio. El éxito de la minifalda de Leonora en la feria había provocado silbidos, carcajadas, farras y burlas; tantas minifaldas en la plaza provocan pasmo y silencio. Los negocios y almacenes se vacían y la acera que pertenece al bar está taponada.

—Ahora hay agua de coco en el bar. —Anuncia Ascanio Trindade, al convidar al Ente Excelso y a sus compañeros. Don Manuel se inclina para recibirlos.

—¡Qué eficiencia! —Miss Espacio eleva la voz, consulta a los demás. —¿Quién quiere agua de coco?

—Sólo con whisky, querida —responde Afrodita, con su larga cabellera que golpea en el surco del traste, pantalón bien ajustado, blusón hindú y un montón de collares.

—¿Por qué ella no usa minifalda? —Pregunta Osnar, sintiéndose lastimado por no poder admirar unas piernas y un traste tan prometedores.

—Porque no es ella, lindo. Es él… bueno… más o menos… Es Rufo, nuestro decorador. ¡Tiene un éxito!…

—Negativo. Aquí no gustamos de los lindos. ¿Qué se le va a hacer?

Van a demorarse poco, están de paso, recién llegan de Mangue Seco, donde otros se quedaron, ingenieros y técnicos. Así lo revela la nueva Barbarela. Los que se quedaron a admirar paisajes son los publicistas, asistentes, secretarias, relaciones públicas, contactos: un equipo muy competente.

Se refrescan, en el bar antes de volver a la lancha y seguir río arriba rumbo a Sergipe.

—El que llama la atención es Rufo, y vos, Princesa, ¿quién sois y de dónde venís? ¿Por casualidad sois polaca?

—Elisabeth Valadares, Bety para los amigos, *Bebé* para los íntimos. Carioca pura, garota de Ipanema. ¿Entendiste?

Sonríe y muestra innumerables dientes, blanquísimos, bien tratados, boca de aviso de pasta de dientes:

Traigo un mensaje para ti, amor. —Amor es Ascanio Trindade, para desilusión de Osnar—. Del Magnífico Doctor.

—¿De quién? —Ascanio está a la expectativa—, repita por favor.

—Del doctor Mirko Stefano, *darling*, ¿no sabes? Lo llaman Magnífico Doctor y lo es. Te vas a dar cuenta solo. Es aquel buen mozo que vino conmigo la otra vez, ¿te acuerdas? Soy su secretaria, secretaria ejecutiva, ¿viste? Me pidió que te dijera que hoy no puede venir, tuvo que ir a São Paulo por una entrevista importante, pero que dentro de pocos días va a aparecer para conversar contigo y arreglar todo.

—¿Todo?

—Todo, *honey*, todito.

—¿Pero, todo qué?

—¡Ah! Eso no lo sé, quien lo sabe es el Magnífico, es un asunto de él y tuyo, no me meto. Discreción es mi lema. Ahora, *ciao*, que sueñes conmigo, *petit amour*. Adiós a ti también, lindo. —Lindo es Osnar, quien se deleita: si agarro a esa tipa en la oscuridad, van a salir chispas, *Bebé* va a saber lo que vale la cachiporra de un *sertanejo*[35].

—¡Vamos, tropa! —comanda la mítica secretaria.

—¿No hay más nada para ver aquí? —pregunta el nervioso Rufo, sacudiendo su cabellera de Mona Lisa.

—Nada.

—¡Qué bodrio!

Rufo, el esteta, es un decorador protestón pero atento. Pasa frente a Osnar y ni siguiera lo mira. Sin embargo, mide a Peto, el mocoso, y lo aprueba mientras, lánguidamente se muerde un labio. Osnar acompaña su mirada y su gesto: marica sinvergüenza, puto inmundo, ni siquiera respeta a una criatura. ¿Criatura? El mocosito creció, ya debe saber cómo es, de tanto darle a la puñeta. Osnar va a tener que cumplir la promesa de llevarlo a la pensión de Zuleika.

—¿Cuántos años tienes, sargento Peto?

—Voy a cumplir trece el ocho del mes que viene.

—¡El ocho de enero! ¡Qué bien!

Trece años, la edad exacta, Osnar va a organizar una fiesta con Zuleika y Aminthas, con Seixas y Fidelio. A escondidas de Asterio, si no él se lo cuenta a doña Elisa y doña Perpetua terminará enterándose, y el mundo se vendrá abajo. Omar sonríe consigo mismo, va a ser una orgía, un relajo de placer.

Al caer la noche, cuando llega de Mangue Seco la canoa de motor, el comandante Darío dijo haber visto un velero anclado en la barra, de él habían bajado al mar dos lanchas, una de las cuales es la que había remontado el río para llegar a Agreste; la otra desembarcó individuos e instrumentos en la playa. Estuvieron haciendo preguntas a los pescadores, después se internaron en el cocotal. El comandante piensa que todo ese movimiento es sospechoso.

Ascanio Trindade, que ahora está completamente seguro de que se trata del establecimiento de una empresa turística en la región, promete al comandante noticias concretas en los próximos días. El jefe envió a la secretaria ejecutiva con un mensaje,

dentro de poco vendrá e a conversar, seguro que para anunciar proyectos y obtener el apoyo de la Municipalidad. Apoyo que no faltará, comandante. El turismo volverá a levantar a Agreste, Ascanio será el timonel, que comandará el progreso del municipio, podrá tener esperanzas de trasformar sueños en realidad. Después de tantos años, Ascanio Trindade por primera vez se siente picado por la ambición, por el deseo de ser alguien. Alguien con posibilidades de luchar por Leonora Cantarelli, bella y rica. Antes era completamente inaccesible, era una quimera. Ahora es una conquista que puede ser alcanzada, meta que un luchador puede lograr, ideal de quien probó, en difícil trance, en duro desafío, coraje y competencia capaces de superar los obstáculos e ir adelante, aspiración de un joven temerario y lúcido que vence todas las pruebas. La más difícil, la que no lo dejaba dormir, ya estaba vencida, sólo le faltaba mejorar de vida, ser alguien para poder aspirar a la mano de Leonora, pedirla en casamiento. Ella es rica, él es pobre. Eso ya no importa. Porque, si él no tiene una fortuna para ofrecerle, en compensación ella ya no posee el bien más precioso que la novia debe traer para ofrecer al novio la noche de matrimonio, la sangre de la virginidad. En la cara de Ascanio se refleja victoria, pero no paz, comprueba el comandante Darío.

DEL SUICIDIO DEL ALCALDE MAURITONIO DANTAS Y DE LOS CONSEJOS DEL CORONEL ARTUR DA TAPITANGA.

Es imposible negar la relación inmediata entre la presencia de los pioneros comandados por Elisabeth Valadares en Agreste, la última verdadera garota de Ipanema, y el suicidio del dentista cirujano Mauritônio Dantas, alcalde de Agreste, encontrado muerto a altas horas de aquella misma noche, con la lengua afuera, desnudo y feo. Había usado el pijama para ahorcarse en el baño.

Cuando los invasores llegaron al bar y terminaron con el stock de Coca-Cola, *guaraná* y cerveza del honrado portugués, el dramático alcalde fue visto en la ventana de su casa espiando las exhibidas piernas marcianas y cariocas, murmurando nombres, bastante agitado. Mirinha, hermana y enfermera no pudo llevarlo al cuarto, donde día y noche se entregaba ansioso y eficiente al ejercicio de la masturbación. Aquella tarde; al comprobar que finalmente había llegado la tropa solicitada de mujeres que hace mucho le había pedido al buen Dios, se había ejercitado en la ventana, a la vista de aquel montón de piernas, prueba de la magnanimidad divina.

Según la opinión general, el doctor Mauritônio Dantas había comenzado a enloquecer cuando su mujer, Amélia, Mel en la intimidad, recogió sus cosas y se fue a encontrar con Aristeu Régis, a Esplanada, desde donde partieron con rumbo desconocido. Aristeu Régis visitó Agreste en calidad de enviado de la Secretaría de Agricultura para estudiar problemas ligados al cultivo de la mandioca. Amélia ya no aguantaba vivir allí, ni siquiera ostentando el título de Primera Dama del Municipio, título y mierda son la misma cosa, según ella decía. Aristeu le ofreció el brazo y la

incomodidad, ella no vaciló. Algunas señoras, amigas de Mel confidentes de sus disgustos, afirmaron que el delirio del alcalde había empezado mucho antes, pues sometía a su mujer a abusos y vejámenes insoportables, siendo ése el verdadero motivo de la fuga. Fuese así o asado, el proceso de esclerosis se acentuó visiblemente después de la partida de la infiel. Según Aminthas, nuestro apreciado Gobernador Civil se había aguantado los cuernos con mucha honorabilidad y discreción, mientras Amélia derramaba su miel allí, en el municipio. Cuando prefirió hacerlo lejos de la vista y de las atenciones del cónyuge, el Dignísimo Jefe de la Municipalidad no resistió a tanta ingratitud: jamás se había opuesto a las andanzas de su mujer, ¿por qué ella tenía que abandonarlo?

La primera demostración de demencia ocurrió pocos días después de la deserción de Mel: un sábado el alcalde decidió atender a los solicitantes, llegados del interior y de los poblados, con reclamos y pedidos, en estado de completa desnudez y, para tal fin, hasta se sacó los zapatos. Sin embargo se dejó las medias para no pisar descalzo el frío piso de la sala. Ni bien Mirinha dormitaba, el dentista iba hasta la calle o la plaza, con o sin calzoncillos, a masturbarse en público, para júbilo de la mocosada. Esa penosa situación, comentada por lo bajo, duró meses.

Cuando el doctor Mauritonio Dantas constató desde su ventana el movimiento de retirada de las celestiales minifaldas, no se conformó. ¿Cómo osaban partir si Dios había atendido a una continua y fervorosa solicitud y las envió para consuelo de su sufrido siervo? Interrumpió la solitaria y deliciosa práctica, salió a los gritos y trató de apoderarse de por lo menos media docena, las necesitaba para que le calentaran el gélido lecho que Mel había dejado y suavizaran los punzantes resortes del gastado colchón en el que daba vueltas, insomne. Resortes y cuernos, según el implacable Aminthas.

El decadente campeón llegó al bar semidesnudo y atrasado, cuando el onírico batallón ya se desvanecía camino al río. Don Manuel Portugués, Asterio y Seixas sujetaron al alcalde lo más delicadamente posible y lo restituyeron a su llorosa hermana.

En el cementerio, Ascanio Trindade, heredero firme del puesto, hizo el elogio póstumo del «querido jefe y amigo». Si bien había nacido en la capital, Mauritônio Dantas en sus dieciocho años de residencia en Agreste había sido estimado por todos y prestó servicios reales a la colectividad, profesional competente y dedicado administrador. Además de los beneficios debidos a la diligente actuación de Amélia, que había conquistado tantos electores para el marido antes de que desertara de la política, como murmuró Aminthas a doña Carmosina, en un aparte. El padre Mariano roció el cajón con agua bendita y se terminó la diversión más importante de los mocosos de Agreste.

Conforme a la ley, el Presidente de la Cámara Municipal, coronel Artur de Figueiredo, asumió el puesto. Pero el señor Tapitanga, que ya marchaba con paso firme hacia los noventa años, sólo asumió por pura formalidad. Nadie más indicado

que Ascanio Trindade para dirigir los destinos gloriosos y decadentes de Sant'Ana do Agreste.

—Ascanio, confío en ti. En las próximas elecciones te elegimos de una vez y se acabó. Mientras tanto, conduce el barco que yo ya estoy más del otro lado que de éste, sólo sirvo para cuidar mis cabras y atender mis cultivos.

Con el bastón, apunta hacia afuera de la ventana:

—Agreste fue una tierra muy promisoria y fastuosa. Hubo muchas doncellas francesas haciendo la calle por estos lados. Más de una. Ese esplendor se hizo humo, hasta el contrabando y las «gringas» sólo quedaron las aguas medicinales, el clima salubre, sin hablar de la belleza.

Miró a Ascanio con afecto:

—Tú eres mi ahijado y podrías haber sido mi hijo si, en vez de meterte con esa insulsa de Bahía, te hubieses casado con Celia.

Se refería a su hija menor, nacida cuando el coronel ya había festejado sesenta y cinco años y seis nietos. De sus dos casamientos tenía quince hijos, y no se sabe cuántos en la calle.

—No quisiste y por eso tengo que mantener a un vago que se pasa el día tocando el bombo, ese fulano que se casó con Celia…

—No es bombo, coronel. Batería. Xisto Bom de Som es considerado uno de los mejores bateristas de Salvador…

—Eso no es profesión para un hombre…

Por un instante pensó en su hija, le tenía apego y la querría en la hacienda. Había terminado solo con las cabras, sus once hijos vivos estaban desparramados por el mundo.

—Tú vas a ser el alcalde de Agreste, tu abuelo fue intendente, yo fui intendente y alcalde. Sólo te recomiendo una cosa: mantén la ciudad limpia. Esta tierra siempre se destacó por la limpieza y por el clima, desde los tiempos de antaño, cuando sobraba la plata y había mucha animación. Conserva así a Agreste, ya que no se puede volver a la animación.

Era un error del coronel de Tapitanga: la animación iría a volver inesperadamente y amenazaría salud, limpieza y clima.

DEL HIMEN EN LA GRUPA DEL CABALLO.

EL seminarista Ricardo salía de la profundidad del infierno por una puerta y Ascanio Trindade entraba por la otra, atravesaba las llamas eternas, en desvarío. El secretario de la Municipalidad del Municipio de Sant'Ana do Agreste estaba nuevamente decepcionado. El seminarista, liberado de condena y castigo, resucitado gracias al canto de los *hippies*, al aura de santidad del fraile y a la fuerza de los remos de Jonás, cedió su lugar en el infierno al amargado sufriente, víctima de

desvirgadores profesionales.

¿Para quién fue más difícil la conversación? ¿Para él, sobre cuya cabeza el mundo cayó por segunda vez, o para doña Carmosina, aplicada y atenta, estudiosa de las relaciones entre los seres humanos, ni fría ni insensible analista? Había sufrido por el dolor de su amigo, se había lastimado al lastimarlo, y tuvo que contener las lágrimas en sus ojos húmedos, al revelar la verdad sobre las consecuencias físicas del infeliz noviazgo de Leonora. Quiso ser sutil y delicada, elegir las palabras, pero explotó brusca y afligida:

—¡Sé hombre!

Fue todo lo que le dijo en un infeliz arranque. Aun para doña Carmosina, de mucha labia y elocuencia, la explicación era difícil. Cuando Ascanio la vio andar con vueltas, vacilante, tartamudeante, sin saber cómo encontrar el camino para la confidencia, le pidió con voz de condenado a muerte:

—Dime de una vez, sea lo que fuere.

Ya creía saber de qué se trataba cuando doña Carmosina, esa tarde, le avisó en secreto en el Areópago:

—Tengo que hablar contigo. Ve a casa esta noche, aquí no puede ser.

Estaba seguro de que las visitas diarias, las charlas en la terraza de la casa de doña Perpetua, la presencia impuesta con cualquier pretexto, las flores, el pájaro *sofrê*, la pareja de novios montada en un burro, evidente insinuación en barro cocido, la novia de blanco, el novio de azul, habían hecho que doña Antonieta o la propia interesada mandaran a doña Carmosina para hacerle ver la inutilidad de tamaña insistencia. ¿No se daba cuenta del abismo que lo separaba de la muchacha paulista? Un pobretón de Agreste, reducido a salario mínimo como servidor municipal de Municipalidad, sin rentas, no tiene derecho a aspirar a la mano de una millonaria heredera, codiciada por potentados y lores del sur. No podía ser otro el tema de la conversación.

Le faltaba saber de quién era la iniciativa. ¿De doña Antonieta? ¿De Leonora? Daba lo mismo, ya que la consecuencia era la misma, pero la puñalada causaría mayor o menor sufrimiento de acuerdo con quien la diera. Ascanio esperaba que el mensaje hubiese partido de doña Antonieta, madrastra preocupada por el futuro de su hijastra, adoptada y amada como hija nacida de su propio vientre. No niega razones al amor materno: las comprende y actuará como un hombre de bien, se alejará; antes que nada está la felicidad de Leonora.

Tal vez ella también iba a sufrir con la drástica medida y ese sufrimiento de la bienamada lo ayudaría a soportar la prueba, a cumplir el sacrificio. También podía suceder —¿y por qué no?, que Leonora se rebelase contra la interesada madrastra y resolviese luchar a su lado para continuar el idilio. Entonces, le cabría demostrar dignidad y desprendimiento y renunciar, inmolándose, ya que nada puede ofrecer a quien tanto tiene para dar. Estos exaltantes pensamientos lo consuelan durante el desasosiego de esa tarde de espera.

Doña Carmosina continuó buscando fuerzas, reuniendo coraje, con un nudo en la

garganta, a pesar del valiente pedido de largar todo, fuese lo que fuese. Como ya no soportaba tanta demora, Ascanio resolvió poner las cartas sobre la mesa con voz lúgubre preguntó:

—Doña Antonieta mandó pedir que yo deje a Nora en paz. ¿No es eso?

Si fuese una tarea tan fácil; doña Carmosina daría su opinión, algún consejo para que continuase con la lucha y no abandonara el campo de batalla. Pero al verla tan callada, Ascanio arriesgó la peor hipótesis:

—¿Entonces, fue la misma Leonora la que mandó decir…? —parece la voz de un condenado a muerte después de haber sido denegado su pedido de gracia.

Doña Carmosina trata de hablar, sólo consigue emitir un sonido gutural, Ascanio entra en pánico.

—Por amor de Dios, di algo, Carmosina. ¿Ella está enferma? ¿Los pulmones? Ya había pensado en eso, no tiene importancia. La tuberculosis hoy en día ya no asusta a nadie…

Doña Carmosina junta fuerzas:

—Tú sabes que Leonora estuvo de novia.

—Sí, con un canalla. Sólo le interesaba su dinero, pero doña Antonieta lo desenmascaró, tú me lo contaste. Pero yo no quiero la plata de nadie, me duele que ella sea rica. Hay mucha gente que se casa con separación de bienes.

—También hay hombres que se casan con viudas…

—¿Con viudas? ¿Y eso a qué viene? No entiendo.

Ya que había empezado, doña Carmosina siguió adelante:

—Un noviazgo en São Paulo no es como aquí, Ascanio. —Recordaba las palabras de Tieta y las repetía—. Allá los novios van solos a fiestas, a *boîtes*, vuelven de madrugada, y hasta viajan juntos. En el sur, una muchacha no necesita ser virgen para casarse. El prejuicio de la virginidad, como es un simple prejuicio… Es como si ella fuera viuda…

—¿Leonora? ¿Y el novio? Ya no es…

Leyó la respuesta en los pequeños ojos de doña Carmosina. Se cubrió el rostro con las manos, súbitamente se sintió vacío e inerte. Lo asaltó un deseo; matar al canalla que había conspirado contra la pureza de Nora y, que al hacerlo destruyó el más bello de los sueños. Doña Milu venía de la cocina con una bandeja, traía un cafecito recién hecho. Galletitas de maíz y mandioca. Ascanio se levantó y salió, sin decir palabra.

El saberla desflorada fue una dura prueba; Por mucho que se creyera indiferente al llanto, atravesó los quintos infiernos y no pudo contener las lágrimas. Cuando recibió la carta de Astrid, donde le comunicaba el fin del noviazgo y su próximo casamiento, y cuando poco después supo que estaba embarazada, había sufrido como un maldito perro, pero ni así pudo llorar. Sin embargo, esa noche de insomnio, después de la punzante noticia, el ardor de los ojos fijos se disolvió en llanto. Noche de pesadillas, de lágrimas, de meditación, de lucha consigo mismo. Antes de oír la

sentencia de muerte en boca de doña Carmosina, Ascanio había dejado a Leonora en la puerta de la casa de Perpetua, íntegra, pura, perfecta, era una imagen perdida para siempre, jamás la volverá a ver así, completa. Ahora está manchada, penetrada; rota, deshonrada, ni por ser inocente víctima estaba menos desflorada. Esa noche el amor fue medido, Pesado, confrontado, sujeto a todas las pruebas de una vez, noche de la primera batalla contra el prejuicio. Prejuicio, simple prejuicio, había dicho doña Carmosina y tenía razón. En la facultad, muchas veces Ascanio había participado de discusiones sobre el tema candente: virginidad y casamiento. Teóricamente todo era simple y fácil: mero prejuicio feudal.

Citaba el ejemplo de Estados Unidos y de los países más adelantados de Europa: Francia, Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Noruega, sin hablar de los países socialistas, donde, según los reaccionarios, reinaba el amor libre. Los estudiantes progresistas, entre los cuales estaba Ascanio, defendían el derecho de la mujer a la vida sexual antes del matrimonio. ¿Por qué sólo el hombre tendría ese derecho? Prejuicio patriarcal, machismo, opresión del hombre sobre la mujer, atraso social, los argumentos se sucedían irrefutables pero era cierto que la mayoría todavía se mantenía apegada a la exigencia secular: la mujer debe llegar virgen al lecho nupcial, dejar sobre la blanca sábana las gotas de sangre, dote del marido. A pesar de las preguntas irónicas de los más exaltados y cáusticos que querían saber la diferencia entre cópula y las desenfrenadas prácticas emprendidas por muchas parejas, el toqueteo llevado a los últimos extremos, con el dedo y la lengua, la herramienta entre las piernas, en el traste, etc. etc. ¿Para qué respetar el himen y pervertir el resto? Todos los argumentos son innegables pero no por eso convincentes para la mayor parte de los universitarios. Las discusiones, exaltadas e inconsecuentes, desembocaban en anécdotas libertinas y no se llegaba a ningún acuerdo.

En la noche interminable de amargura e indignación, al rememorar los debates con sus compañeros, Ascanio se acordó de la sorprendente e inesperada declaración de Máximo Lima, ya que se trataba del líder de izquierda estudiantil, celebrada por el radicalismo de sus posiciones ideológicas, expuestas en encendidos discursos contra la economía y la moral burguesas. Eran amigos fraternos desde la primaria y Ascanio veía en Máximo la expresión más alta y sincera de un revolucionario, liberado de abusos y convencionalismos, lúcido y consciente. El mismo Ascanio, si bien era solidario con las reivindicaciones del movimiento estudiantil, ni siquiera apoyaba todas las posiciones de Máximo, se contentaba con admirarlo y defenderlo cuando era atacado por la derecha, que lo acusaba de enemigo de Dios, de la Patria y de la Familia.

Una vez habían salido juntos luego de un acalorado debate sobre el divorcio, la virginidad y los derechos de la mujer, Máximo todavía exhibía en los ojos un resto de la exaltación con que había defendido la igualdad de los sexos en todos los dominios humanos.

Riéndose, Ascanio le preguntó en tono de chiste para divertirse:

—Dime la verdad, hermano. Si un día te enterases de que Aparecida —Aparecida era la novia de Máximo, compañera de facultad y de ideas políticas— no era virgen cuando la conociste, que antes tuvo un asunto, de cualquier manera, ¿te casarías con ella?

—¿Si me casaría con ella sabiendo que no es virgen? Claro que sí. —Había respondido sin vacilar. Sin embargo, en seguida dejó caer los brazos y la exaltación y honradamente confesó: —Para decir la verdad, no sé. Nunca pensé en el tema en términos personales. Pero, hay algo cierto, Ascanio, el prejuicio vive dentro de nosotros. Tú piensas una cosa, defiendes tu pensamiento, es correcto, tú lo sabes, pero en el momento de aplicarlo… Me casaría, pero antes tendría que derribar el prejuicio…

—¿Y podrías?

—No lo sé, no te lo puedo decir. Sólo podría sacar algo en limpio si eso sucediera y lo tuviese que resolver, que enfrentar el problema.

Tantos años después, le sucede a él, a Ascanio, cuando no tiene a Máximo a su lado para debatir, conversar y ser aconsejado. Ya recibidos, Aparecida y Máximo no son los radicales de ayer, si bien no renegaron de los días de juventud, él se había acomodado en la Justicia del Trabajo, abogado de sindicatos y de obreros, ella colgó el diploma para dedicarse al marido y a los hijos. Ascanio debe enfrentar y resolver solo el problema.

En aquella noche de insomnio e intranquilidad, ni por un instante culpó a Leonora, que según su opinión fue víctima incauta del canalla. No la creía culpable o indigna, sufría sólo por el hecho de saberla desflorada, incompleta. La duda lo carcome: ¿qué hacer, seguir deseándola como esposa, soñar con casarse o desaparecer para siempre de su lado? ¿Tendrá fuerzas para mirarla a los ojos, sabiendo que fue poseída y deshonrada por otro?

Se debatió la noche entera con ese dilema, con el corazón oprimido y las lágrimas que se imponían sobre el orgullo masculino, vacilando entre la fuerza del prejuicio y la del amor. La única solución que en ningún momento se le pasó por la cabeza fue exactamente la que deseaba Tieta: transformar el casto idilio en agradable aventura casual, cambiar el sueño del casamiento por la posibilidad de dormir con Leonora mientras estuviera en Agreste, aprovechar el conocimiento de su situación y terminar el asunto en la puerta de la «marineti», con un beso de despedida, rápido o prolongado.

Cuando la madrugada nació sobre el río, el amor había vencido la primera batalla: Ascanio no había podido arrancar a Leonora de su corazón, ni a ella ni al propósito de tenerla por esposa, señora de su hogar. No obstante, la herida estaba abierta, sangraba, y él tuvo miedo de verla inmediatamente. Tal vez no consiguiese esconder su sufrimiento; y, sobre todo, no quería que ella supiese que estaba al tanto de la verdad. No era hombre de andar disimulando sus sentimientos, no sabía usar máscara, todo lo que pasaba dentro de él, se reflejaba en su cara, Como no estaba seguro de

poder controlar cara y corazón, y como todavía le quedaban lágrimas por llorar, decidió ir a fiscalizar algunas obras de la Municipalidad de Rocinha, mataburros[36] y pasaganados. Despertó a Sabino que dormía en la sala del cine, en un catre y dejó un mensaje para Leonora: por un llamado urgente estaba obligado a dejar la ciudad por uno o dos días; como había partido temprano, no pudo despedirse. Apenas volviese, iría a verla.

Iría a verla o no, todo dependía de sus reflexiones y de la decisión que tomara. Puso la montura a su caballo —dádiva del coronel Artur da Tapitanga a la Municipalidad— y se fue campo adentro, llevando en la grupa el himen roto de Leonora. Iba con él, acompañando el paso lento del animal, rumiando detalles, dudas e indagaciones.

¿Una sola vez, o varias? No pudieron ser muchas porque el embustero fue desenmascarado; tal vez unas pocas, sin embargo más de una. ¿Qué importa cuántas veces? Lo terrible es que ella se haya dado a otro, el no haberse conservado íntegra y pura.

Pero lo había hecho antes de conocer a Ascanio, en nada se parecía a Astrud, la traidora, que le escribía cartas de amor mientras se revolcaba con otro, de quien quedó embarazada. Leonora sólo se había entregado en un momento de desvarío, cuando la pasión pudo más que la decencia.

¿Sólo se habría dejado poseer, engañada por la labia del miserable, o en los embates llegó a conocer la violencia y la dulzura del placer, deshaciéndose en gozo?

Sobre el caballo, en medio de las plantaciones de mandioca o en el verde maizal, o al oír quejas y pedidos de los labriegos, las indagaciones lo persiguieron y revolvieron, el himen de Leonora estaba atado a la grupa del caballo, mil veces desflorado en el lento viaje, en el largo combate.

El amor nació victorioso del despedazado himen. De a poco, Ascanio, sin ayuda de *hippies*, de padres progresistas y de proféticos marineros aquietó su corazón, retuvo las lágrimas y enterró el prejuicio. Empezó a imaginar que era viuda: una joven, bella e infeliz viuda. A la invencible doña Carmosina, siempre le cabe la última palabra. A una viuda no se le exige virginidad, sólo decoro y amor. Decidió continuar en el sueño —de tan difícil consecución— de que un día pediría la mano de Leonora en casamiento. Saberla engañada y violada fue suficiente para que la sintiera más cercana y querida, más amada.

De regreso a Agreste, en seguida fue a visitarla a lo de Perpetua. Leonora lo encontró abatido, sin duda estaba cansado del viaje, tantas leguas a caballo, bajo el sol ardiente y cuidando los intereses del Municipio. Le pasó la mano por la cara, suavemente, en inocente mimo. Violada, sí, pero perfectamente cándida y pura, más casta que cualquier virgen.

Después, con el mensaje del magnate del turismo y el suicidio del alcalde, la seguridad de la elección para el cargo, las nuevas perspectivas abiertas para el municipio y para él mismo, Ascanio se sintió esperanzado. Inclusive, el hecho de que

Leonora ya no fuera virgen, facilitaba una buena solución. En el mercado del matrimonio, el valor de la joven… Dios mío, ¿cómo puede pensar en términos de mercado cuando se trata de amor, un amor tan fuerte que puede matar y enterrar el más antiguo y arraigado prejuicio?

El comandante tenía razón: se sentía victorioso, es cierto, pero no en paz. No podía estarlo, pues la película del nuevo himen renace poco a poco y lentamente en la llaga abierta en el pecho de Ascanio.

DONDE EL AUTOR BUSCA Y NO ENCUENTRA TÉRMINO JUSTO PARA DESIGNAR AL «REFUGIO DE LOS LORES».

No debo usar ninguna de las palabras clásicas: prostíbulo, burdel, amueblado, quilombo, lupanar, pensión de mujeres, casa de putas, ni siquiera casa de citas, para clasificar el «Refugio de los Lores», en la capital del glorioso estado de São Paulo, amparo lujoso, discreto, cerradísimo, Tal vez *maison de repos*, si no fuese que el término también sirve para designar un sanatorio destinado a enfermos mentales adinerados y de nariz levantada. También son así los selectos clientes del Refugio, pero difícilmente tengan algún tornillo flojo, casi siempre se destacan por sus cerebros privilegiados, de elevadísimo coeficiente intelectual, sagaces financistas, cuando no son prudentes y preclaros padres de la patria. Si funcionara en Bahía, sería un castillo, la designación suena bien, recuerda nobleza y pompa. En São Paulo, el «Refugio de los Lores» participa de la medicina y de la bolsa de valores, no se reduce a satisfacer las necesidades sexuales de los ricos y de los poderosos —de los más ricos y poderosos— pues trata con terapéutica propia delicados complejos, atiende graciosas taras, yendo desde los masajes suecos o nipones hasta el diván de irresistibles psicoanalistas con carrera completa, cursada en facultades nacionales y a veces extranjeras, llamadas BBC: boca, boceta1 y culo. Cuando es necesario, también sirve como lugar de reuniones, muy conveniente por la discreción, para el trato y la conclusión de asuntos reservados, referentes a economía, finanzas y política. Allí se discuten intereses superiores, se fundan bancos, se eligen candidatos a gobernador.

Al abandonar la simplicidad de Agreste, donde la casa de Zuleika Cinderela no es más que un puterío, para juntarme con los grandes del Sur, con la intelectualidad de los tecnócratas, empresarios, hombres de Estado, importantes títulos, los dirigentes de los destinos patrios, me siento tímido, me faltan conocimientos e inspiración que estén a la altura del noble tema. ¿Cómo designar el pequeño imperio dirigido en francés con competencia, dedicación y *toute la delicatesse* por madame Antoinette?

Perdónenme si no encuentro la palabra exacta, me siento en dificultades, temo cometer un error imperdonable, soy un rudo narrador habituado al suelo árido y a vidas modestas, de poco dinero y mucho trabajo, Por otra parte, ¿para qué clasificar a ese placentero local de relax, donde los grandes del mundo distienden los nervios y recuperan fuerzas? Según consta, figuras ya del todo impotentes se han reerguido

gloriosas y obtienen satisfacción en las manos sabias y bellas de las niñas, cuando no de los labios de carmín. ¡Ah! Cuánto cuesta ser pobre e inédito. Digo inédito pues sé que las puertas del «Refugio de los Lores» excepcionalmente se abren para escritorzuelos de fama y gloria, unos pocos privilegiados. Un día llegaré, tal vez si la suerte me ayuda: Entonces podré encontrar la designación exacta. Por ahora, no.

DE LA PRIMERA CONVERSACIÓN DONDE SE DECIDE EL DESTINO DE LAS AGUAS, DE LAS TIERRAS, DE LOS PECES Y DE LOS HOMBRES. CON LA GENTIL ASISTENCIA PROFESIONAL DE LAS COMPETENTES NIÑAS DE MADAME ANTOINETTE.

EL Joven Parlamentario hace un gesto, las niñas se levantan, desnudas y obedientes, abandonan los primeros y excitantes toques, sonríen y se alejan. Esperarán en la sala de al lado, saben ser discretas, una es rubia, la otra pelirroja. El Joven Parlamentario todavía no es tan rico o poderoso como desearía. Le había propuesto al Magnífico Doctor la posibilidad de cambiar las compañeras después de la primera etapa. Antes de salir, la rubia se fijó en la reserva de whisky que quedaba en la botella, ¿sería suficiente? Los dos caballeros también están desnudos, como corresponde, pero el Magnífico Doctor conserva a su lado el negro portafolios 007.

El Joven Parlamentario con sus cuarenta años, bien conservado, no posee la clase del Magnífico Doctor, que es un galán de novela, si quisiera se podría ganar la vida exhibiéndose en el video. Cierta tendencia a engordar, un amague de barriga que el sauna no puede disimular, codicia y excentricidad en los ojos, hacen que el Joven Parlamentario tenga una dudosa reputación, discutida en los bastidores de la Cámara Federal. En los bastidores, pero jamás en público, ¿quién se atrevería a acusarlo? Es bien visto en altos niveles y sobre todo en los reservados círculos que realmente disponen del poder. Su nombre empieza a repuntar en el noticiero como candidato a cargos elevados; el mandato parlamentario, últimamente bastante desacreditado, ya no basta para contener su prestigio en ascenso. Había obtenido la firme promesa de ser incluido entre los próximos candidatos a ingresar en la Escuela Naval de Guerra.

El Magnífico Doctor, habituado a tratar con los grandes, en ningún momento pronunció su nombre, por innecesario e imprudente. Durante la conversación, tampoco mencionaron cantidades o hablaron de pagos. Sólo en un momento, se dibujó una amplia sonrisa en el rostro calculador del Joven Parlamentario; no es común que en los tiempos actuales se presente un asunto tan rentable. En términos de legítimo patriotismo, el Joven Parlamentario desarrolla un cauteloso trabajo de contactos y arreglos, con reconocida habilidad. Propina sería una palabra escandalosa e indigna para designar la expresiva gratitud de aquellos que utilizan sus méritos y relaciones. Si se le presenta una ocasión respetable, se trata de una merecida pecunia —¡por fin la palabra justa!— pues un paso en falso, un error de persona, puede costarle el mando y la carrera: los de la línea dura son enemigos de la corrupción y viven atentos, desconfiadísimos. Es una tarea delicada, exige alta recompensa.

Es reconfortante verlos allí, al atardecer, extendidos desnudos y cómodos en los amplios divanes de una de las salas a prueba de sonidos, reservadas por madame Antoinette para ruidosas orgías. Han dispensado a las niñas, dejando el placer para después; sacrifican el tiempo de recreación para tratar de intereses superiores, ambos conscientes de sus graves deberes.

—Aquí estamos a cubierto de curiosidad e indiscreción. —Cliente reciente y vanidoso, el Joven Parlamentario destaca las virtudes del Refugio.

Esas salas destinadas antes que nada a la confraternización sexual, de moda desde los baños romanos, sirven igualmente para importantes conversaciones de negocios entre magnates deseosos de sosiego y reserva. Como bien dice el Joven Parlamentario, en el «Refugio de los Lores» están a cubierto de la curiosidad y de la indiscreción.

El Magnífico Doctor abre el portafolios, retira un estuche de cuero y le ofrece cigarros. Conoce los hábitos y las preferencias de sus compañeros, entre divertido y asqueado estudió la biografía del Joven Parlamentario.

—Cubanos… —aclara sonriente, pues siendo Cuba un tema prohibido en cualquier sector de la vida nacional, la oferta gana en importancia.

El Joven Parlamentaria no se contenta con uno, toma tres:

—Antes sólo fumaba habanos. Ahora no se consiguen, culpa de los comunistas canallas. —Aspira el olor a cigarro—. ¡Sublime! Tenemos que liberar a Cuba de las garras de Fidel Castro, barrer esa amenaza de subversión vil y constante del continente. —Un poco retórico, habla como si estuviese en la tribuna de la Cámara.

—Día más, día menos, los americanos van a terminar con él. —El Magnífico Doctor extiende su encendedor de aro, enciende el cigarro del interlocutor—. Pero, cuando quieras cigarros habanos, no hagas cumplidos, tengo un buen stock.

El Joven Parlamentario no puede esconder el destello de envidia de sus ojos glotones: estos tipos saben vivir bien, no les falta nada, se dan todos los gustas. Y éste sólo es un testaferro, imagínense los otros, los patrones. Decide hacer que el trato sea más difícil, quiere aprovechar la oportunidad:

—Gracias. Pero, vamos a lo que interesa, no debemos dejar a las muchachas esperando mucho tiempo. Debo decirte que las cosas no se presentan fáciles, hay serios obstáculos, diría que casi insuperables. Nuestro amigo ha dicho que no desea verse envuelto en el asunto.

—Pero hace unos días la situación era otra.

—Los diarios todavía no habían hablado del tema. ¿Leíste lo que estuvieron escribiendo?

—Buenos, los diarios… Siempre son sensacionalistas.

—Dicen que sólo existen cinco empresas de ésas en todo el mundo, que ningún país las autoriza. Contaminación es una palabra sucia, que asusta. Tremenda.

—¿Sólo cinco? Es una exageración de los diarios. —Rebate victorioso—. Puedo citar por lo menos seis.

—La diferencia no es tanta. Temo que… Los argumentos tienen que ser de peso, sin lo cual no conseguiremos mover a nuestro amigo y, si él no se mueve, no veo cómo obtendremos una autorización para el registro.

El Magnífico Doctor no es pastor de cabras pero también él conoce a su rebaño, para eso le pagan, y bien. Para negociar sabiendo cuándo es indispensable aumentar la jugada y sabiendo hasta dónde puede llegar:

—Comprendo. Falta peso a los argumentos que ya ofrecimos a tu comprensión y a la de nuestro ilustre amigo.

—Son insuficientes. Argumentos ridículos, según su opinión. Ridículos fue la palabra que él usó. Además porque, como es de tu conocimiento, la decisión final no le corresponde a él, él mismo debe argumentar, y para eso precisa de argumentos que convenzan. —Se sirve otra medida de whisky—. Sólo cinco, cinco o seis en todo el mundo… Está en los diarios. El agua se pudre, mata a los peces, envenena el aire. ¿Leíste el artículo de *O Estado de São Paulo*? En Italia, los meten presos. —Larga un humo azul del cigarro habano, subversivo y sin embargo inigualable.

A pesar de que están solos, el Magnífico Doctor baja la voz en el salón reservado del «Refugio de los Lores» donde no hay peligro de oídos indiscretos, como sucede en las novelas de aventuras sobre petróleo árabe y contrabando de armas con espías internacionales y mujeres fabulosamente sexy.

—Mis amigos están dispuestos a reforzar los argumentos. —La voz amanerada se toma casi ininteligible—. ¿Cuánto?

El Joven Parlamentario piensa, hace imaginarias cuentas con los dedos, exagera en el precio, pide mucho. El Magnífico Doctor sacude la cabeza negativamente.

—La mitad.

—¿La mitad? Es muy poco.

—Ni un centavo más. —La voz es más afectada todavía—. Tengo quien lo hace por menos.

—Y bueno… De acuerdo. Después de todo, los diarios mienten tanto y el *Estado*, con esa manía de democracia que Julinho Mesquita tiene, se pone en contra de todo lo que nos interesa. Va a terminar mal…

El Magnífico Doctor extrae un talonario de cheques del portafolio.

—Al portador. —Recomienda el Joven Parlamentario, revelando inexperiencia. El Magnífico Doctor esconde una sonrisa burlona.

Ni bien recibe el cheque, el Joven Parlamentario se levanta y lo guarda en el bolsillo de su saco. Se sirven otra medida, alzan los vasos y brindan en silencio. Arreglan otra cita, en fecha cercana, y allí mismo, imposible encontrar local más discreto, agradable y apropiado para asuntos de relevante importancia para el desarrollo nacional. El Joven Parlamentario golpea las manos, la puerta se abre y vuelven las niñas. Al fin de cuentas la vida no se limita a ocuparse de los intereses de la patria.

El Magnífico Doctor no acepta la gentil oferta del cambio de pareja. Está

apurado, se reduce a un coito rápido, debe tomar un avión porque tiene una cita en Río. El Joven Parlamentario se demora, está feliz de la vida. Peces, agua, cangrejos, ostras, algas marinas… Todo eso en el Nordeste. ¿Existirá el Nordeste o se trata de una invención subversiva de literatos y cineastas? La prostituta que está a su lado es rubia como una escandinava. En el Nordeste, hay una subraza oscura. El Joven Parlamentario se siente redimido, en paz con la conciencia.

A la salida, la gerente va a despedirlo:

¿Satisfecho, Diputado?

El Diputado, nuevo cliente, todavía no es un habitual, agradece y solicita noticias de madame Antoinette. La gerente explica:

—Madame está en París, fue a visitar a la familia. ¿Usted sabía que madame Antoinette es hija de un general francés? *La mère est de la Martinique. Très chic*! — Empieza a practicar su francés para poder suceder un día a su patrona actual en la propiedad de la casa. Cuando Tieta se canse y decida mudarse al interior, a Agreste.

A PROPÓSITO DE MICRÓFONOS Y ESPÍAS.

Sólo una palabra rápida, un pedido de disculpas. Se leyó hace poco, en las páginas precedentes: «… no hay peligro de oídos indiscretos, ni de micrófonos secretos como sucede en las novelas de aventuras sobre petróleo árabe y contrabando de armas, con espías multinacionales y mujeres fabulosamente sexy». Es verdad, nada de eso existe en el «Refugio de los Lores», local de citas secretas entre el Magnífico Doctor y el Joven Parlamentario.

Es una lamentable deficiencia, debilita la trama, disminuye la intensidad de los hechos, limita en todo sentido la emoción y el interés. Pero ¿qué hacer? Tengo que reducirme al contexto del modesto folletín cuya acción transcurre en un país subdesarrollado. No tengo culpa si el lector no encuentra en la travesía de estas páginas feroces jeques, románticos beduinos, fríos espías de diversas nacionalidades e ideologías, algunos que pertenezcan al mismo tiempo a servicios secretos opuestos y enemigos, ingleses rubios e impasibles, potentes americanos que derriban seis hembras de una sola vez, las cubren a todas y todavía les queda la esposa que cría hijos en el hogar texano, rusos barbudos que mastican criaturas regadas con vodka. Nada de eso, ¡es una pena! Me debo conformar con sonrientes testaferros y algunos corruptos nacionales.

En cuanto a los árabes, personajes que están en boga en las páginas de los *best-sellers*, además de Chalita, envejecido león del desierto, no me queda ningún otro, ya que el contrabandista murió de un tiro, dignamente, como corresponde a un buen gangster. No puedo hacer más, pido disculpas.

DE REGRESO A AGRESTE. CAPÍTULO INFORMATIVO POR EXCELENCIA EN EL CUAL TIETA CITA EL EJEMPLO DEL *VIEJO* ZÉ ESTEVES.

Al regresar a Agreste para la fiesta de inauguración en la Plaza do Curtume, acompañada por Ricardo, Tieta quiso que Leonora le diera noticias de sus amores. La muchacha sonrió, embarazada, y tomó las manos de su protectora:

—No sé qué pasó, madrecita, Ascanio estuvo afuera durante dos días, viendo unos trabajos de la Municipalidad, volvió cambiado. Sigue entusiasmado con la historia del turismo, siempre está tierno, sin embargo lo noto menos reservado. Me dijo que, con la muerte del alcalde, va a ser electo para el cargo, su situación va a cambiar. Hasta me besa, ¿sabes? El otro día, doña Perpetua nos pescó justo… ¡Estoy tan contenta, madrecita!

—Menos mal. Por lo que veo no vas a tardar en estrenar las márgenes del río. Te va a gustar la novedad. Aprovecha mientras puedas; día más, día menos, hacemos las valijas y nos volvemos.

—¡Ay! madrecita, ese día me muero.

—Nadie muere de amor, ¿cómo dice Barbozinha? De amor se vive.

¡Buena y devota Carmo! A pesar de su diploma de despierta, se había dejado envolver por la trama de Tieta y, para impedir que apurara la fecha de partida, había revelado a Ascanio la situación de Leonora, desflorada por el canalla del novio. Había sucedido exactamente lo que Antonieta quería. Ascanio, al tanto de lo sucedido, había cambiado inmediatamente de conducta, se volvió audaz y besuquero. No tardará en perder el resto de su timidez y tratar de hacer lo que corresponde: archivará planes de casamiento y hogar, se interesará sólo en la cama. Allí es donde todo se resuelve.

Todo. Basta citar el ejemplo del sobrino Ricardo, casi loco de remordimiento y miedo, asustado, queriendo desistir del seminario, sintiéndose leproso y condenado a las penas eternas después de haber dormido con la tía en el arenal de Mangue Seco. Ahora, no quiere otra ocupación, si pudiera se pasaría el día en el dale-que-te-dale, adolescente deslumbrado, fuerza ardiente, potencia sin límite, deseo infinito, ilimitada, dulcísima pistola. ¡Un temporal, un terremoto, una fiesta! En cualquier momento, en las dunas, en el mar, donde quiera que sea y pueda, la derriba y la monta. Tieta está hecha pedazos, molida, mordida, chupada, satisfecha, inquieta niña de vacaciones, saltarina cabrita. ¿Cabrita? Cabra vieja que jamás había aceptado a un chivo tan joven, tan inexperto, insaciable garañón. Fogoso y exigente, tierno y exultante, también Ricardo había cambiado. Perdió el miedo, enterró el remordimiento y al mismo tiempo mantuvo la vocación sacerdotal. Había descubierto la bondad de Dios.

El sábado al atardecer, cuando los obreros regresaron a la aldea de Saco, Ricardo los acompañó en la canoa de Jonás. De vuelta, su rostro juvenil irradiaba serenidad y al encontrar a Tieta en la playa, vistiendo un traje de baño que más que vestirla la

mostraba, informó desviando los ojos:

—Hoy voy a dormir en Agreste, Jonás me llevará en la canoa.

—¿Por qué hoy? Dentro de algunos días vamos y nos quedamos. Lo más importante ya está hecho, del resto se ocupa el comandante, basta con que vengamos de vez en cuando a pasar un día y una noche. ¿Pero por qué hoy? ¿Ya estás harto de mi?

—Ni en chiste digas eso. Es que hoy me confesé, mañana voy a comulgar, y si duermo aquí… mañana vuelvo. Dame permiso y déjame ir.

Pedido, súplica, quejido, la voz trémula del niño dividido entre ella y Dios, cabrito en el pasto de Tieta, diácono del santuario. Bastaría una palabra, un gesto, una mirada para retenerlo a su lado, para impedir iglesia y sacramento. Un niño, un diácono, electo y pecador, casto y lascivo, fuerte y frágil. Un niño de Dios. De ella, el Niño Dios.

—Ve y ruega por mí a Dios. Me voy a morir de nostalgias con tu ausencia. Te quiero aquí mañana.

Sentiría falta y ausencia carcomiéndola por dentro cuando se embarcara en la «marineti» de Jairo a São Paulo; con seguridad no bastarían algunas lágrimas, ni lavarse la argollita bien lavada. —¡Ay!, ¡mi niñito, diácono de Dios! Le había hecho conocer el amor, el gusto a hembra, las delicias, los sabores refinados, lo había hecho hombre. Cuando ella partiese, Ricardo buscará en otros brazos, en otro regazo, en otro cuerpo las sensaciones, la exaltación y la alegría aprendidas en Mangue Seco. Tieta siente rabia, decide quedarse en Agreste por lo menos hasta la inauguración de la luz. Para gozar durante una semana más de ese desperdicio de placer, de ese mar revuelto, de ese viento impetuoso y alucinante. Después lo dejará para Dios, libre del miedo y de los peligros de la castidad que conduce a la tristeza y al mal (Tieta bien lo sabe), víctima de la conspiración de las beatas, brujas apestando a virginidad forzada. Frustradas y amargadas, las solteronas odian al prójimo. Así era Perpetua antes de casarse, antes del Mayor.

El domingo por la mañana la excursión punitiva bajó de la lancha de Eliezer y llenó de risas la playa de Mangue Seco. Todos se encontraron delante de las paredes erguidas de la choza de Tieta, ya estaban siendo colocadas las ripias para el tejado, el comandante Darío había grabado el nombre elegido en un tronco de palmera: CURRAL DO BODE INÁCIO. Hicieron coro al merecido elogio del ausente seminarista, pronunciado por el comandante: Tieta debía a Ricardo la rapidez de la obra.

Más tarde, cuando iban hacia las dunas, Tieta escuchó el relato de doña Carmosina.

—Hablé con Ascanio sobre lo que me contaste de Leonora… Esa historia del novio en el Sur, los viajes, la píldora, ya sabes…

Tieta afectó sorpresa e inquietud:

—¿Le dijiste que Leonora no es virgen? ¡Dios mío, Carmo! —pero en seguida estuvo de acuerdo—. Pensándolo bien, creo que así es mejor, que él sepa la verdad.

Te lo agradezco Carmo. Debe de haber sido desagradable.

—Vaya si lo fue… Pero estoy contenta: pensé que él iba a romper con Leonora, que iba a desistir, que no querría verle más la cara, pero Ascanio superó el prejuicio, Tieta. Es un tipo como la gente. No quiere que ella sepa que se lo conté, es un caballero.

Tieta había aprobado con la cabeza, riendo por dentro. Lo que el caballero desea ella bien lo sabe: sin himen que lo contenga, Ascanio va a tratar de dormir con Nora, querrá hacerle conocer su miembro, exactamente como Tieta lo había previsto. Si antes, al estar enamorado, soñaba con noviazgo y casamiento, ahora al saber la verdad desistió; ningún hombre de Agreste se casa con una muchacha desflorada. Pero no por eso es tonto al punto de largarla cuando nada le impide llevarla a los rincones cercanos al río, bajo los sauces llorones en noches sin luna. Con lo cual estarían resueltos los problemas de Leonora. Después sólo quedaría lavarse la argollita y derramar algunas lágrimas en el momento de partir. ¿Por qué diablos Ricardo tarda tanto en volver? es lo que ella se pregunta mirando el río desde lo alto de las dunas sin descubrir ninguna señal de la canoa de lonas. En la iglesia, en misa de ocho, el monaguillo tal vez se hubiese dado cuenta de las miradas lúbricas, de la boca abierta, ávida al exhibir la punta de la lengua de doña Edna, putísima y vulgar. Audaz.

—¿Estás enojada, Tieta? Dime si hice mal en contarlo.

—Hiciste muy bien, Carmo. Estaba pensando en el canalla del novio. ¿Y con Elisa también hablaste?

No, doña Carmosina no había conversado con Elisa para tratar de sacarle de la cabeza la idea absurda de partir con Tieta a São Paulo y llevar a Asterio en el equipaje. Después del difícil diálogo con Ascanio todavía no tenía el suficiente coraje, tenía que tomar nuevo impulso para dar otro golpe. La decepción de Elisa iba a ser terrible, ella no tenía la fibra de Ascanio, quien ya había sido puesto a prueba con la enfermedad del padre y la traición de Astrud. Tieta debía tener un poco de paciencia, doña Carmosina hablaría cuando se presentara la ocasión, cuando la propia Elisa sacara el tema. Que la pobre conserve sus ilusiones paulistas por unos días más.

Sin embargo, quien primero habló del asunto fue Asterio, y lo hizo con Tieta, cuando ella volvió de Agreste. Se quedó aguardando en el bar, paveando, hasta que Perpetua se dirigió a la iglesia, en compañía del hijo seminarista, a la hora de misa.

Aprovechó la ocasión:

—Querría hablar contigo, cuñada. Es un asunto de mi interés y del de Elisa. Pero, antes, prométeme guardar reserva de nuestra conversación.

—Puedes hablar cuñado, sé guardar un secreto, ni te imaginas cuántos guardo en mi pecho, es por eso que tengo las ubres tan grandes. —Ríe alegremente, anda satisfecha.

—Es por una idea de Elisa. Ella, si todavía no te lo dijo, lo hará pronto; te va a pedir que nos lleves a São Paulo. Que me consigas un trabajo y nos cedas un cuarto

en tu departamento.

—Hablar, ella todavía no habló, sólo hizo insinuaciones. ¿Tú quieres ir?

—¡Dios me libre! —Se contiene, no sea que Tieta se ofenda—. Quiero decir: yo viviría con mucho gusto en tu compañía, tú eres más que una hermana, has sido nuestra providencia. Pero yo no quiero vivir en São Paulo, no voy a estar cómodo. Elisa quiere irse de aquí para que mejoremos de vida pero yo sé que no va a ser así. Es peor ser pobre allá que aquí.

—Tienes razón, cuñado. Es así nomás. Pero quédate tranquilo, no los voy a llevar conmigo. A ti no te iría bien y el lugar de la mujer está al lado de su marido. Si Elisa me dice algo, le saco la idea de la cabeza.

—No sé cómo agradecerte, cuñada.

—No agradezcas. Elisa es mi hermana, tengo obligación de cuidarla, de ayudarlos en lo que no puedan. Pero aquí, allá no.

Pocas veces en su vida Tieta había visto a una persona tan contenta como Asterio después de esa charla. Miró al cuñado con afecto:

—Oye, Asterio, no tienes que dejar que Elisa haga todo lo que se le ocurra. Si ella te dice algo de São Paulo, le dices que tú no quieres ir, que de aquí no sales. Tienes que tratarla con las riendas cortas.

—Si yo le digo eso, la voy a poner en mi contra. Va a patear, llorar, insistir hasta obligarme a ir. ¿Cómo la puedo convencer?

—Pregúntale al viejo Zé Esteves y él te lo explicará. Pregúntale cómo enseñó a la madre de Elisa a obedecer. Tal vez hasta te preste el cayado. La receta es buena, cuñado. Bien aplicada, basta una vez. Nunca más Tonha le levantó la voz al *Viejo*. Esa historia de São Paulo, déjala por mi cuenta.

Esa noche, Tieta tuvo a Ricardo tal como lo planeara, en la hamaca. Allí, donde el muchachito la había deseado en sueños y no supo poseerla; ella lo cabalgó y fue montada por él, cruzaron la noche rumbo a la aurora. Contenían la respiración, sofocaban los suspiros de amor mientras practicaban juntos el «ipicilone». ¡Ah, el «ipicilone»!

DE CÓMO, APREMIADO POR LAS CIRCUNSTANCIAS, EL IRREPROCHABLE ASCANIO TRINDADE DESPUÉS DE SECRETA ENTREVISTA CON EL MAGNÍFICO DOCTOR, INICIA LA PRÁCTICA DE LA MENTIRA Y, EN LA AURORA DE LOS TIEMPOS, SE ENTREGA A LA SOBERBIA, INCURRIENDO EN DOS PECADOS CAPITALES DE UNA SOLA VEZ.

Al término de la conferencia con el doctor Mirko Stefano, Ascanio Trindade se siente otro. Al carismático hombre de relaciones públicas le bastó una hora de conversación para conquistar la confianza y la admiración del probo funcionario municipal. Probo y soñador. El Magnífico exhibió planos y dibujos hechos por competentes e imaginativos arquitectos, ingenieros y urbanistas; citó números y

fórmulas esotéricas; empleó términos mágicos: organigrama, *know-how*, insumos, mercado de trabajo, *marketing status*, la Municipalidad de Sant'Ana do Agreste tendrá *status* de municipio industrial. Ascanio se deslumbró.

En la puerta del viejo caserón colonial, sede de la Municipalidad, al despedirse del visitante, Ascanio Trindade asume una nueva condición, la de empresario. El término es falso, correcto sería decir estadista. Administrador de comuna destinada al glorioso futuro de riqueza y progreso —¿futuro o presente? Por ahora, sólo secretario de la Municipalidad con plenos poderes. En breve, alcalde: los plenos poderes confirmados por el voto del pueblo, unánime según todo lo indica.

En determinado momento de la conversación, le pareció notar en las discretas y enigmáticas palabras del enviado del Directorio, una insinuación sospechosa, referida al pago de los servicios prestados. No había entendido bien, pero por las dudas, aclaró en seguida que su apoyo al grandioso proyecto se debía exclusivamente a los intereses superiores del municipio y de la patria. Verdad cristalina: nada de bajos sentimientos, ninguna pretensión poco loable en su manera de actuar. Sólo el amor a su tierra natal y a su progreso, lo hicieron vibrar de entusiasmo durante la exposición del doctor Mirko Stefano, técnico, poligloto y convincente. Valía la pena oírlo.

El Magnífico Doctor, conocedor de la naturaleza humana y hábil negociador, cambió de idea. Sabía hacerlo, para cada cosa hay tiempo y ocasión. Por favor, mi querido alcalde, *please*, no me entienda mal. Se refería a la forma de pago de la empresa al municipio, directa o indirecta, considerando servicio remunerable la colaboración de la Municipalidad al éxito del proyecto: la concesión del permiso pertinente para que en uno de sus distritos, el de Mangue Seco, se instalara el complejo industrial, dos grandes fábricas interligadas.

Además de los beneficios directos, como recaudación de impuestos considerables, crecimiento de la renta bruta per cápita, empleos para los naturales del lugar, la empresa tomaría a su cargo las medidas necesarias y urgentes para otro tipo de mejoras: asfalto de la ruta, por ejemplo. La empresa presionará al Gobierno del Estado, al Ministerio de Comunicaciones si fuera necesario, a los directores no les falta prestigio, se lo digo en confianza, señor alcalde. Se construirá un hotel, se establecerá una línea de ómnibus y servicio de lanchas por el río. Sin hablar del área de Mangue Seco, donde se levantarían las fabricas, lo cual daría nacimiento a una moderna ciudad operaria, decenas de residencias destinadas a los trabajadores, técnicos y empleados. La empresa contribuirá para que todo ese mundo de progreso se haga realidad. Antes que mostrar interés en las ganancias, los dignos directores desean ayudar en la construcción de un Brasil poderoso, a la altura de su gloriosa misión en el mundo. ¡Y viva!

Pendiente de las palabras del doctor Stefano, Ascanio vislumbró a Agreste reerguido de la decadencia, puesto a la vanguardia de los municipios del interior bahiano. Ya veía en el cielo el humo de las chimeneas, pagando con intereses la ausencia de humo del tren y trayendo al mismo tiempo riqueza para Agreste. Un

vestigio de soberbia se instaló en el corazón de Ascanio: al frente de todo ese progreso estaría el joven alcalde, incansable batallador.

Al final de la conversación con el enviado de la Dirección Provisional, en el momento en que, en nombre de la Municipalidad, autorizó a la Sociedad a examinar la posibilidad de establecer sus industrias en tierras del Municipio, Ascanio sintió revivir aquella antigua ambición de estudiante de derecho, de novio de Astrud, aquellos planes de triunfo. Intereses personales que se sumaban al elevado sentimiento cívico. Personales, no mezquinos o deshonestos.

Vislumbró la posibilidad de seguir, en base al nuevo progreso de Agreste, la carrera de administrador y político, que lo llevaría y lo elevaría hasta Leonora. Esa carrera victoriosa le daría las credenciales exigidas a quien deseara candidatearse como marido de la heredera paulista, refinada y millonaria.

Hasta ese momento la creía inalcanzable, vivía temiendo el anuncio de la fecha de partida, que sería el fin del tímido idilio de silencios y expectativas, de medias palabras y gestos imprecisos. Ahora, tenía un horizonte, un campo de lucha, ya no se sentía un mísero funcionario de un burgo en sus últimos estertores pues, como afirmó poéticamente el Magnífico Doctor, la aurora de los grandes eventos despuntaba en Agreste, la mañana del progreso.

Lástima no poder contar a Leonora el milagro, ni a ella ni a nadie. El doctor Mirko Stefano exigió la máxima discreción, es un secreto absoluto hasta nueva orden. Sólo después de la conclusión de los estudios preliminares, recién iniciados, la empresa podría dar publicidad a la auspiciosa noticia. Una palabra pronunciada antes del momento exacto puede echar todo a perder.

Si bien a primera vista, la región de Sant'Ana do Agreste en las proximidades de Mangue Seco, parecía un lugar ideal para la instalación de fábricas, los informes decisivos dependían de un estudio completo de posibilidades y ventajas, de diversos análisis, yendo desde la profundidad del mar de la barra del río Real hasta el apoyo de la administración. Después de Navidad llegarían nuevos técnicos. Además de la autorización pertinente, el doctor Mirko Stefano solicitó reserva y buena voluntad al señor alcalde, ya que el trabajo que realizarían sería complicado. ¿Las tierras que están a orillas del río son propiedad de la Municipalidad? ¿A quién pertenecen? La discreción se imponía, además, para evitar una exagerada subida de precios en los terrenos, lo cual tornaría antieconómica la utilización del área. Por ahora, silencio; los fuegos artificiales para después.

Tendría toda la colaboración que fuese necesaria y aunque resultara difícil, silencio. El pueblo es preguntón, la que no sabe, lo inventa. Si Ascanio no comenta nada acerca de la entrevista, los chismes van a estar a la orden del día, será peor. ¿No puede hacer referencia a un proyecto de turismo? El mismo Ascanio había imaginado que era eso lo que estaban pensando.

La idea le resultó sumamente divertida al Magnífico Doctor, no pudo contener la risa. Con los ojos puestos en las tranquilas calles de Agreste, a través de las ventanas

del primer piso de la Municipalidad, concordó jovialmente:

—Turismo… ¡Lindo chiste! Buena idea, señor alcalde. *C'est drôle*.

Ascanio no preguntó el motivo de su risa, del aire chacotero del ilustre visitante, de la ironía en francés. Lo ayudó a guardar planos y proyectos, a colocarlos en un largo tubo de metal, a juntar papeles, y a cerrar el elegante portafolios negro de ejecutivo. En la puerta de salida, el doctor Mirko Stefano confió portafolios y tubo al peso pesado que hacía de centinela; se le notaba el bulto del revólver en el cinturón. Un segundo campeón, de idéntico peso, medida y expresión, llegó corriendo del bar, donde degustaba una cervezota en compañía del chofer, con el saco abierto y el arma a la vista.

Esta vez el doctor había ido acompañado sólo por el chofer y el par de alagoanos. Para desconsuelo de Osnar y Fidelio, presentes en el desembarco; ni una sola marciana o garota de Ipanema bajó de la rural, sólo el Gran Jefe Espacial, el chofer y los dos pistoleros. Sin embargo, no había dejado de ser tema de asombro y comentarios, pues hace años que no se veía en exhibición en las calles de Agreste otras armas además de los facones de los campesinos en la feria del sábado y de las maldiciones e insultos del profeta Possidônio, las primeras como simples instrumentos de trabajo y las últimas contra el demonio y la impiedad.

Además de estar armados, son de pocas palabras. El que fue a apagar su sed al bar no despegó los ojos de la puerta de la Municipalidad donde había dejado al colega. Osnar no se atrevió a pedir noticias de Bety. Bebé para los íntimos. Indignado, reaccionó en contra de la chistosa sugestión de Fidelio:

—¿Por qué no vas a hablar con él? Cuéntale la historia de la Polaca, hazte amigo de él y descubre qué vino a hacer acá. Demuestra quién eres.

—Vete a la mierda.

La malencarada pareja se metió en la Rural, en la parte de atrás, guardaron los documentos. El Magnífico Doctor apretó la mano de Ascanio y le sonrió como si fuera un viejo amigo:

—Hasta pronto, querido alcalde. ¡*Merry Christmas*! ¡Ah! Si me permite, mandaré obsequios de Navidad para los niños pobres.

La Rural partió; el pequeño grupo de curiosos se demoró para mirar a Ascanio, allí parado, mientras meditaba en todo lo que le habían dicho y prometido a Agreste. Obsequios de Navidad para los niños pobres, es un comienzo festivo. Osnar se acercó:

—¿Y… capitán? ¿A qué vino el astronauta?

Contrario a embustes, considerado por todos un íntegro ciudadano, de principios rígidos, Ascanio se vio obligado a mentir, a abandonar su manera de ser. ¡Todo sea por el bien de Agreste! Azorado y no muy convencido, respondió:

—¿Qué puede ser si no turismo? —Adelanta un detalle que no le parece secreto —. Está interesado en comprar tierras en Mangue Seco. El cocotal…

—¿Tierras del cocotal? A la mierda, capitán Ascanio. Se va a armar un lío de

todos los diablos. Hasta hoy no se sabe bien quiénes son los dueños…

Nervioso, Ascanio ve a Leonora que mira hacia la Municipalidad desde la casa de Perpetua. Había quedado en ir a buscarla, a ella y a Tieta, para ir a tomar un baño a la Bacia de Catarina, ya es la hora. Se despide rápidamente.

Osnar se extraña por el modo de actuar del secretario de la Municipalidad: Ascanio está escondiendo algo. Empresa de turismo, mucho dinero, novedades por todas partes. ¿Y si esos tipos compran el cocotal y la playa de Mangue Seco? ¿Si fundan un club exclusivo, reservado para socios? No, no pueden hacer eso, es imposible, las playas son propiedad del pueblo, inalienables, ¿no es cierto? Tal vez compren terrenos, construyan hoteles, negocios, modernos almacenes… Tal vez venga *Bebé* a pasar una temporada al cocotal para estudiar en la práctica el interés turístico de las dunas y dirigir la publicidad: aprovechen nuestra oferta y vengan a practicar el coito en las blancas arenas de Mangue Seco, pueden pagar después en cómodas cuotas mensuales. Aunque no es polaca, *Bety* le parece capaz de audaces acometidas.

DE LA INAUGURACIÓN DE LA PLAZA CON DISCURSOS Y DANZAS, CAPÍTULO EUFÓRICO.

A excepción de algunos chiquilines que están todavía en la matiné del Cine Teatro Tupy, prácticamente el resto del pueblo se reunió a las cinco de la tarde del domingo anterior a Navidad en la antigua Plaza do Curtume, de ahora en adelante, Plaza Modesto Pires. El parque, la acera que lo circunda, el obelisco en el centro, el pavimento de piedras, mejoras debidas a la acción de Ascanio Trindade en la Municipalidad, merecen el elogio general.

—Este Ascanio es un fenómeno.

—Imagínate cuando sea alcalde de verdad.

—Agreste se va a convertir en un jardín.

Hay un estrado de madera, armado para la ceremonia y para la exhibición de *ternos de reis* y del *bumba-meu-boi*; en el obelisco, la placa de cemento está cubierta con la bandera brasileña. En la esquina, en la pared de la casa de Laerte Curte Couro, propiedad de Perpetua, hay otra placa de metal, igualmente cubierta. Lástima que hace treinta años se haya disuelto la orquesta Lira Dois de Julho, con la muerte del obstinado maestro Jocafi que la dirigió durante más de medio siglo. Ascanio sueña con la reorganización de la Lira, cuya fama repercutió en todo el interior de Bahía y de Sergipe. Es difícil encontrar quien empuñe la batuta, en el municipio no hay quien pueda hacerlo.

Madrina de la inauguración, rodeada por familia y amigos más cercanos, majestuosa y sonriente, verdadera reina o mejor dicho, plagiando al poeta Barbozinha, madona transportada del Renacimiento a los montes de Agreste, doña Antonieta Esteves Cantarelli, del brazo del coronel Artur da Tapitanga, seguida por

Ascanio Trindade, Modesto Pires, doña Aída, su hija Marta y el yerno, ingeniero de Petrobrás, avanza en dirección al sencillo monumento. Silencio y atención, pescuezos estirados. Doña Antonieta extiende la mano, tira la cinta verde y amarilla y descubre la placa de cemento donde se lee la fecha festiva y el nombre del benemérito coronel Artur de Figueiredo, alcalde en ejercicio. Es una ceremonia sencilla, celebrada con aplausos y sin embargo emocionante, pues Perpetua saca un pañuelo negro del bolsillo de la pollera negra y se seca una lágrima —lágrima negra, de luto, según susurra al oído de doña Carmosina el irreverente Aminthas, que está en un día de humor igualmente negro.

Los niños del Grupo Escolar atacan el himno. Aclaman al coronel que saluda con la mano, para agradecer; está satisfecho del brazo de Tieta: la cabrita del monte se hizo cabra de calidad, tiene ubres grandes y a la vista. ¡Ah! ¡Aquellos tiempos!

Zé Esteves, en el colmo de la satisfacción con la proximidad de la mudanza a la nueva residencia, levanta el bordón y la voz:

—¡Viva mi hija, la señora doña Antonieta Esteves Cantarelli!

Entusiasmo general, nueva lágrima de Perpetua, Elisa, abierta en una sonrisa de *vedette,* desperdicia belleza; Leonora, la más animada, dirige los aplausos. ¿Por qué no aclaman a Ascanio Trindade?

Aplausos para doña Aída: a ella le tocó descubrir la placa que está en la pared de la esquina. Allí era donde estaban los pastos comunales, lugar ahora reformado: Plaza Modesto Pires (eminente ciudadano).

—¡Viva Modesto Pires! —grita Laerta Curte Couro, desde la puerta de la casa, al lado de su mujer e hijos, chupando las medias del patrón.

Doña Preciosa y doña Auta Rosa, directora y secretaria del Grupo Escolar, tratan de contener al indisciplinado e incompleto grupo, reclutado a la fuerza. Debido a las vacaciones, resultó difícil reunirlos y más difícil todavía es mantenerlos en orden. ¡Vamos, el himno, rebeldes! La profesora Auta Rosa, rubia, nerviosa y bonita, cuenta con fanáticos admiradores entre sus discípulos. Doña Preciosa se impone por la fuerza con esa verruga en la nariz y su voz de sargento:

—Uno, dos, tres, ¡ya!

El himno crece sobre la plaza y los alrededores en la voz de los niños y del pueblo. ¡Si nadie aclama a Ascanio, yo pierdo la vergüenza y grito! —amenaza Leonora con el pensamiento, sublevada por tamaña ingratitud.

Llega el turno del padre Mariano, ayudado por Ricardo, vestido de colorado y blanco, galante y piadoso. ¡Bendito sea Dios!, suspira doña Edna, aliado de Terto, su marido (no parece, pero lo es). Los ojos de Cinira están clavados en el monaguillo y siente el típico cosquilleo en las partes pudendas. Tieta también sonrió al contemplar a su sobrino. No teme a las rivales, su único rival es Dios y llegaron a un acuerdo, para Dios el alma y para la tía piadosa el cuerpo.

El padre Mariano bendice parque, obelisco, plaza y presentes. Reserva bendiciones especiales para nuestro ilustre jefe, el coronel Artur de Figueiredo, para

el benemérito vecino Modesto Pires, para la generosa y ejemplar oveja de nuestra parroquia, doña Antonieta Esteves Cantarelli y para su gentil hijastra. Que jamás les falte la gracia del Señor, amén. Ricardo sostiene la calderilla y extiende el aspersorio al Reverendo. Perpetua se adelanta para recibir las gotas sagradas que son arrojadas sobre las cabezas más cercanas.

El ingeniero de Petrobrás, doctor Pedro Palmeira, usa de la palabra para agradecer en nombre del suegro. Se refiere a la paz y a la belleza de Agreste: que jamás sean perturbadas por los horrores de un mundo de violencia, contaminación y guerras. También él provoca miradas, apetitos y frustraciones con su negra barba y sus largos cabellos, bien a la moda. A su lado, como centinela, está su esposa, hija de esas tierras y, por lo tanto, conocedora.

Por fin habla Ascanio Trindade, en representación del coronel Artur da Tapitanga, cuya voz ya no alcanza la altura propicia para la oratoria. Exaltado, busca inspiración en los ojos de Leonora. Prevé días de gloria, grandiosos e inminentes para Sant'Ana do Agreste. Los estimados conciudadanos ya se pueden alegrar, se acerca el fin del marasmo y de la pobreza, de las dificultades, de la inmovilidad. Es posible que se localice en Agreste la sede de un nuevo centro industrial que se implantará en el Estado de Bahía y competirá con el Centro Industrial de Aratu, en las cercanías de la capital. Volverán los días de abundancia y movimiento, nuevamente tendremos motivos para enorgullecernos, nuestro bienamado rincón resplandecerá como una estrella luminosa en el mapa de Brasil.

—¿Qué diablos está tramando el capitán Ascanio? —pregunta Osnar—. Aquí hay gato encerrado.

—¿Gato encerrado? Bueno, Ascanio no quiere divulgar todavía los planes de la Empresa de Turismo, parece que son formidables, replica doña Carmosina.

—Él se refirió a un centro industrial.

—Es una manera de decir. No puedes negar que el turismo hoy en día es una industria de lo más importante —explica doña Carmosina—. Lo que pasa es que Ascanio se nos está enamorando.

—Está perturbado… —concuerda Aminthas.

Ascanio cierra el fogoso y confuso discurso con un grito vibrante: ¡Viva Sant'Ana do Agreste! Desde el fondo de la Plaza Modesto Pires llega la voz embebida en *cachaça* de *Bafo de Bode* en un tardío viva:

—¡Viva Ascanio Trindade y viva su novia! ¿Cuándo es el casorio, Ascanio?

Leonora se pone colorada mientras Elisa y doña Carmosina sonríen. La plaza es inaugurada de hecho por parejas de jóvenes que circulan por ella, con las manos entrelazadas y al margen de los discursos. Leonora mira a Ascanio, le extiende la mano: otro par de tortolitos se pasea por allí. Doña Carmosina suspira, conmovida. De la casa de Laerte Curto salen algunas muchachas con bandejas de empanadas, pasteles y copitas de licor. Sirven a los invitados de honor, es un homenaje de Modesto Pires. El coronel Artur da Tapitanga se sienta en uno de los bancos verdes

de hierro y, mientras acaricia la mano y examina los anillos de Antonieta —¿son brillantes verdaderos o falsos?, si fueran verdaderos valen una fortuna—; secretea en su oído:

—Ascanio, mi ahijado, va a terminar enloquecido con esos planes de turismo. Imagínate que se apareció en la estancia, para decirme que van a montar fábricas y construir una ciudad en Mangue Seco. Tiene un tornillo flojo y creo que es debido a tu hijastra. —Cambia de tema—. Todavía no fuiste a visitarme al campo, a ver mis cabras; da gusto ver el rebaño. Tienes que ir y llevar a la muchacha, tengo un carnero entero que es un portento, me costó un platal, se llama *Ferro-em-Brasa*.

A la noche los *ternos de reis* y el *bumba-meu-boi* se exhiben en el estrado, Los *ternos*, en número de tres, dos del pueblo y el tercero, traído de Rocinha, es el más lindo, Sol de Oriente. Una docena de pastoras, adornadas con papel de seda, llevan faroles colorados y azules y cantan al compás de sus pies:

Somos pastoras
De las estrellas del cielo
Llegamos de Oriente
Para ver al Niño Dios
En este día sin igual.

Tieta acompaña el canto del reinado, muy emocionada, De pequeña, descalza, huía de la casa para acompañar a los *ternos* por las calles de Agreste, Había soñado mucho con poder llevar la linterna y pastorear estrellas. Sólo pudo hacerlo con cabras y cabritas. Había valido la pena volver para ver y oír.

Somos las pastoras
De la luna y del sol
Somos las pastoras
Del arrehol.

Para asistir al *bumba-meu-boi* de Valdemar Cotó, con el buey, la *caapora*, el vaquero a caballo que danzaba en el tablado mientras dispersaba a los chiquilines por la plaza. La *caapora*, con su Única pierna, su único brazo, revoloteando, con su blanco pañuelo, ágil, alegre fantasma, va a saludar a doña Antonieta; es el chico Sabino. Después el *bumba-meu-boi* y los *ternos de reis* bajan hasta la calle principal, paran de puerta en puerta, saludan a los moradores y piden permiso para entrar. Bailan y cantan en la sala en honor de los dueños de casa. Copas de licor, vasos de cerveza, tragos de *cachaça* les son servidos al vaquero, al buey, a la *caapora*, a las pastoras del arrebol.

Una orquesta improvisada, pagada por la Municipalidad, toma lugar en el estrado, ocupando las sillas que prestó Laerte. Está compuesta por el acordeón de Claudionor das Virgens, por el *cavaquinho* de Natalio Preciosidade y la guitarra de Lirio Santiago. Atacan variadas músicas de danza, para todos los gustos, y en seguida surgen las parejas.

—¡Miren quién está bailando! —Asterio señala a Osnar que comprime en sus brazos fuertes a una *cabocla* inquieta, jovencita, con la pollera por las rodillas y las piernas gruesas.

—¡Qué sujeto más sinvergüenza! —opina doña Carmosina, furiosa por no ser ella la feliz comprimida contra el pecho del granuja, ¡ay!

La fiesta se anima, varias parejas giran en el estrado. El *cavaquinho* llora una invitación. Leonora mira a Ascanio, él sonríe, ella murmura con vos de romper cristales:

—Vamos…

Suben al tablado, el acordeón ataca una marcha de carnaval, Leonora se desliza con los ojos semicerrados. Ascanio conduce el cuerpo leve de la muchacha apretado al suyo, los cabellos sueltos le tocan la cara, siente el aliento cálido, es una noche gloriosa. La danza conquista la plaza, se generaliza. El ingeniero de Petrobrás, el doctor Pedro y doña Marta, su mujer, se incorporan al grupo de los bailarines. Doña Edna acepta la invitación de Seixas con el consentimiento de Terto —¡pobre de él si se hace el burro y no consiente! Doña Edna exige que su marido sea comprensivo y cortés. Seixas la enlaza, ella adelanta una pierna, y en cada giro se vuelve más audaz. Quien busca encuentra, dice Osnar y Seixas actúa.

Ceremonioso y grave, el poeta Barbozinha, hace señas con la punta de los dedos a Tieta, para solicitarle el placer de la danza. Ante lo cual Elisa convence a Asterio y doña Carmosina exige el sacrificio de Aminthas:

—Sácame a bailar, mal educado.

—Vamos, Elisabeth Taylor, pero ten piedad de mis pies.

—¡Cretino!

Los *ternos de reis* vuelven a la plaza, se disuelven en el estrado, Fidelio baila con la *porta bandeira* del Sol de Oriente en busca del arrebol. El vaquero en su caballo zaino, el buey y la *caapora* corren detrás de la bandada de chiquilines con Peto a la cabeza. Ricardo se quedó en casa, haciendo compañía a la madre. Después del rosario, en la hamaca, esperará el regreso de la tía.

Una vez terminadas las posibilidades de *cachaça*, *Bafo de Bode* se retira de la plaza que está cada vez más animada. ¡La danza está que arde!

—¡Esto sí que es bueno! Hoy va a haber movimiento en la orilla del río… —se equilibra para aconsejar—. A ver si eres macho, Ascanio.

Desaparece por la callejuela, pero todavía se oye su voz gangosa y moralista:

—Ten cuidado, Terto, no vayas a arrancar los cables de la luz con los cuernos…

Nadie atiende a lo que dice *Bafo de Bode*, advertencia y consejo se pierden con la música del acordeón, del *cavaquinho* y de la guitarra, en el júbilo de la fiesta, en la paz de la noche de Agreste.

DE LAS LLAMAS MORALES A LAS LLAMAS VERDADERAS; CAPÍTULO EMOCIONANTE EN EL CUAL TIETA EXHIBE UN RESPLANDOR DE FUEGO.

Liberado de las penas del infierno, el seminarista Ricardo se consume en las llamas de los celos durante esa noche de fiesta. A las nueve en punto, se apagó la luz del motor dando por terminado el baile en el tablado armado en la plaza do Curtume (perdonen: Plaza Modesto Pires) pero doña Carmosina inventó un paseo hasta el río, una especie de picnic nocturno. En el bar de don Manuel se abastecieron de cerveza y *guaraná*, de buñuelos de bacalao, especialidad del lusitano.

Desde la hamaca donde se había recostado para esperar, el seminarista oye el grupo que está en la acera, reconoce las voces, la de Leonora, la de Amintas, la de Barbozinha en permanente galanteo, ¡ese viejo ridículo no tiene arreglo!, la risa de Tieta. Pensó que se iban a despedir en la puerta, pero los pasos prosiguen por la plaza y se pierden, nadie entra en la casa. Ricardo deja la hamaca, entra en la alcoba, abre la ventana que da sobre el callejón, avista al grupo risueño que se dirige al río, en la esquina oscura. Se siente engañado, traicionado y miserable.

Tieta no desea otra cosa sino volver a casa, está cansada del día de fiesta, iniciado con la misa de ocho y el largo sermón del padre Mariano. Al ver a la magnánima oveja en la iglesia entre los fieles el reverendo, agradecido, prolonga la prédica, usa el latín y cita pasajes de la Biblia. Tieta ansía reencontrar la ternura y la violencia de su niñito, sólo lo vio a la tarde en el momento de la ceremonia; estaba deslumbrante con su vestimenta de monaguillo cuando ofrecía el aspersorio al padre. Perpetua había retenido a su hijo en casa para que le hiciera compañía, indiferente a las exhibiciones folklóricas. Egoísta, tenía que rezar su rosario de cada día. Dando vueltas en los brazos de Barbozinha, de Osnar, de Fidelio —todos se disputaban el honor de bailar con ella— el pensamiento de Tieta estaba con Ricardo, arrodillado delante del oratorio desgranando el rosario junto a Perpetua. Hubiera querido que el sobrino de sotana la estrechara, ¡insensata imagen! y que bailaran como una pareja romántica y apasionada. Así como estaban Leonora y Ascanio: la joven con los ojos semicerrados, apoyaba la cabeza en el hombro del muchacho…

Tieta había aprobado la idea de doña Carmosina y acompañó al grupo con la esperanza de desviar la cuadrilla para otros lugares, a fin de dejar solos a Leonora y Ascanio para que se besaran al jurarse amor. En la Bacia de Catarina, bajo la oscuridad de los sauces llorones, las cosas se podrían dar como es debido, al gusto de la madrecita: una ardiente pasión y nada más.

Se sientan sobre las piedras, Osnar destapa las botellas, doña Carmosina abre el paquete de bocaditos de bacalao, comen y conversan. Ascanio y Leonora, de la mano, permanecen ajenos al mundo que los rodea, sonríen embobados. Tieta se impacienta y se levanta:

—Me estoy cayendo de sueño. Propongo que…

No llegó a proponer que dejaran allí a los enamorados, que los que estaban dispuestos a dormir se fueran a sus casas y que los cazadores nocturnos se perdieran en la oscuridad de los callejones, porque Barbozinha, a su lado, señala hacia el pueblo y pregunta:

—¿Qué es esa luz que se ve allí? Parece fuego.

No parece, es una fogata. Se elevan llamaradas y una claridad se abre en la negrura de la noche.

—¡Incendio! —anuncia Aminthas.

—¿Dónde será?

También Ascanio se pone de pie, tiene el mapa de la ciudad en la cabeza:

—Es en el Buraco Fundo.

—¡Ay! ¡Dios mío! —gime doña Carmosina.

En el Buraco Fundo viven los más pobres entre los pobres, los que nada tienen, los mendigos, los borrachos desocupados, los viejos que se arrastran para mendigar un pedazo de pan por las calles del centro.

—Vamos para allá. —Ascanio ayuda a levantarse a Leonora.

Tieta ya había partido, sin esperar invitación. Cuando era jovencita, cierta noche, estando en los escondites del Bacia de Catarina con un viajante, había oído gritos y percibió las llamaradas con claridad Sin embargo cuando llegaron al lugar del incendio, el fuego terminaba de devorar la casa de doña Paulina y los cinco hijos de la viuda fueron las víctimas. Es raro que haya un incendio en Agreste, pero cuando sucede deja siempre un saldo mortal por falta de recursos para extinguir el fuego.

El picnic se disuelve, el grupo sale atrás de Tieta, pero ella se distancia, el paso rápido se transforma en seguida en carrera. En las esquinas surgen personas atraídas por el claror que hay en el cielo.

Tieta es una de las primeras que llega al Buraco Fundo, las llamas envuelven a una de las casas, por suerte separada de las demás. Algunos moradores del lugar, rodean a una muchacha gorda que grita y se arranca los pelos:

—¡Se va a morir mi abuelita!

Bafo de Bode, con su voz pastosa, y las piernas flojas, explica que Marina Grossa Tripa, de profesión lavandera y si encuentra clientes, prostituta de bajo precio, se despertó por el fuego que había en su casa y huyó, olvidando en el cuarto del fondo a la vieja Miquelina, su abuela. La anciana, prácticamente incapaz de caminar, con la violencia del fuego que devora las viejas maderas y las hojas de palmera del techo, ya debe ser un chicharrón.

Un grupo de vecinos y curiosos asiste al espectáculo de la nieta que suplica a los gritos que, por caridad, por amor de Dios, salven a su abuela, su única pariente. Nadie se ofrece: si la propia Grossa Tripa, quien tiene la obligación de nieta, no es tan loca como para enfrentar el fuego y penetrar en ese infierno, no serán los extraños quienes van a hacerlo. La consuelan, recuerdan la larga existencia de la abuela Miquelina, de cuya edad se perdió la cuenta. Ya vivió suficiente tiempo como para conocer el bien y el mal, vamos a dejarla descansar. No vale la pena correr peligro de muerte para tratar de alargarle la vida por unos meses, unas semanas, unos días.

Sin esperar el final de la explicación de *Bafo de Bode*, indiferente a los argumentos de los vecinos, Tieta se lanza en dirección al fuego, no hace caso a los

gritos y consejos. Cuando Osnar y Aminthas llegan al inmundo callejón, ella acaba de desaparecer entre las llamas. Hombres, mujeres y niños afluyen de todas partes, apurados, pues la campana de la iglesia está repicando, son sonidos fúnebres de desgracia y muerte.

Aumentan los rumores cuando aparece Leonora amparada por Ascanio, seguidos por doña Carmosina que larga el alma por la boca:

—Doña Antonieta está adentro…

Al saber que Tieta se había metido en el incendio, Leonora se suelta de la mano del novio y trata de seguirla, pero Aminthas la sostiene a tiempo. Ascanio, pálido, la toma en los brazos.

Se derrumba el techo, crece una inmensa llamarada, se desparraman millares de chispas crepitantes. Ricardo, descalzo y con sotana, atraviesa el grupo y llega a tiempo para ver a Tieta que surge de las llamas y trae en brazos el pequeño cuerpo de la vieja Miquelina, viva, incólume y furiosa insultando a su nieta desalmada que la había abandonado en el momento de peligro, ¡te mato, maldita! El fuego había respetado el catre donde yacía —esperó que la fuesen a buscar— para reducirlo a cenizas de una lamida. Por el vestido de Tieta suben llamas y sus enrulados cabellos exhiben una aureola de fuego, un halo, un resplandor.

Tales fueron el espanto y la conmoción que los asistentes enmudecieron, se quedaron parados. Sólo *Bafo de Bode* tuvo suficiente raciocinio y acción como para surgir con una lata llena de agua y volcarla sobre Tieta.

DE LA TROVA POPULAR Y DE LA POESÍA ERUDITA.

Ricardo se aguantó un sollozo, pero no pudo impedir una lágrima al verla extendida sobre la sábana, con las horribles quemaduras, piernas y brazos en carne viva, el pelo chamuscado. La sal de esa lágrima tenía gusto a orgullo. Obedeciendo las órdenes del doctor Caio Vilasboas todos se retiraron para que Tieta descansara, sólo el sobrino quedó como centinela. Ella le dijo:

—Ven y dame un beso.

Si el asunto de la luz de la Hidroeléctrica, cuyos cables y postes se acercaban velozmente al pueblo, había hecho de Antonieta Esteves Cantarelli una benemérita ciudadana, figura impar entre los hijos de Agreste, el haber salvado a la vieja Miquelina, abandonada por la nieta en el fuego y dejada a la espera de la muerte por los curiosos aglomerados delante del incendio, la había elevado a la categoría de santa. Sería entronizada en el altar mayor de la Matriz, al lado de Sant’Ana do Agreste como previera Modesto Pires, uno de los primeros que la visitaron al día siguiente.

Los poetas siempre aciertan, poseen ese don adivinatorio. Gregório Eustáquio de Matos Barbosa, el vate De Matos Barbosa, escritor de versos elogiado en las

columnas de los diarios de Bahía, reconocido en los cafés de literatos de la capital, enamorado desde hace mucho de Tieta, compuso una oda en su honor, exaltando su belleza y coraje, belleza deslumbrante, indómito coraje; en versos de rigor clásico y rimas ricas, la comparó con aquella santa guerrera que un día tomó las armas, salvó a Francia y enfrentó las llamas de la hoguera con una sonrisa en los labios. *Joana d'Arc do sertão*, así escribió, impávida vencedora de las tinieblas y del fuego, desafió la muerte y rescató la vida.

Por coincidencia, el trovador Claudionor das Virgens, también al inspirarse en el incendio para componer versos de cordel, había canonizado a Tieta en pobres rimas:

De la nieta oyó el ruego
Trajo a la viejita en brazos
Venía vestida de fuego:
Por la belleza de sus rasgos
Por los dones del corazón
Santa Tieta del sertón.

Durante todo el día, hubo en la puerta una romería de vecinos que querían noticias, traían mensajes, saludos y amistad. En la cabecera de la cama, al lado de Leonora, el poeta Barbozinha, el exbuen-mozo, marchito y reumático pero fiel a su amor de juventud, declamó la oda a ella consagrada. A los pies del lecho, junto a Elisa, estaba el sobrino Ricardo, robusto y tierno, ansiando besar cada quemadura, pedir perdón por sus malos pensamientos, tenerla en los brazos. Peto le había traído una flor recogida en los matorrales.

En la cama camera del doctor Fulgencio y de doña Eufrosina, con el apacible recuerdo de Lucas, mientras en la plaza oye el rumor del pueblo que pronuncia su nombre, entre el gastado poeta y el ardiente seminarista, Tieta, santa por los dones del corazón y por la belleza de sus rasgos, impávida *Joana d'Arc do sertão*, navega en un mar de amor.

CUARTO EPISODIO

DE LOS FESTEJOS DE NAVIDAD Y AÑO NUEVO O EL MATRIARCADO DE LOS ESTEVES

CON PAPÁ NOEL QUE BAJÓ DE LOS CIELOS EN HELICÓPTERO, POEMAS DE ALABANZA Y MALDICIÓN, TEDÉUM Y FUEGOS ARTIFICIALES, UN GRITO DE ALERTA QUE ESTREMECE LA CIUDAD, INSTRUCTIVA POLÉMICA EN LA PRENSA SOBRE LOS PELIGROS Y VENTAJAS, BENEFICIOS Y DAÑOS DE LA INDUSTRIA DE DIÓXIDO DE TITANIO, CUANDO EN EL MUNICIPIO SE INAUGURAN DIARIOS MURALES E INMOBILIARIA Y SE COMUNICA LA IMPORTANCIA DEL APELLIDO ANTUNES, DE LOS RITOS DE LA MUERTE Y DE LAS AFLICCIONES DE LA VIDA.

DE CÓMO PAPÁ NOEL LLEGÓ A AGRESTE POR PRIMERA VEZ.

Sentado en el escritorio del despacho del alcalde, Ascanio Trindade estudia el programa de festejos de la inauguración de la luz de la Hidroeléctrica, que va a ser presentado ante la Cámara Municipal para su debida aprobación. Cables e hilos deben llegar a Agreste dentro de un mes, más o menos, según el cálculo de los ingenieros. Ascanio quiere un festejo a la altura de las circunstancias —los postes de Paulo Afonso representan el primer e histórico paso del municipio en el camino hacia la prosperidad. ¿Quién sabe? Tal vez, además de los ingenieros comparezca algún director de la Compañía del Valle de San Francisco, un importante político del gobierno federal. Es el primer paso también en la afirmación pública del joven administrador, futuro alcalde, que sube el primer escalón de su fulgurante carrera. Va a ser una fiesta similar a aquellas de antaño, cuando caravanas de ricachones y políticos se lanzaban a Agreste, venían autoridades de la capital: discursos, banquetes, bailes, fuegos artificiales, el pueblo bailaba en las calles.

¿De dónde sacar dinero para tales gastos? Los cofres de la Municipalidad están vacíos, como siempre; una vez más Ascanio debe salir a la calle, lista en mano, a solicitar contribuciones. El coronel Artur de Figueiredo, presidente de la Cámara Municipal, indiscutido dueño de tierras desde hace más de cincuenta años, encabeza todas las listas, seguido por Modesto Pires, rico ciudadano y hombre público. Son las únicas donaciones dignas de consideración, las demás sólo revelan la pobreza del comercio y la decadencia de la comunidad.

Sin embargo, Ascanio desea festejar con inolvidables conmemoraciones la noche en que la luz ofuscante de la Hidroeléctrica de Paulo Afonso substituya la mortecina electricidad del fatigado motor inaugurado por su abuelo cuando fuera intendente. Tal vez finalmente pueda, en medio de la alegría y el entusiasmo, declararse a la bella Leonora Cantarelli, pedir su mano en casamiento, ser su novio oficial. Desde que volvió de Rocinha, desde aquella vez que montado a caballo se amargó con la noticia comunicada por doña Carmosina y digirió el himen de la paulista, Ascanio vive en permanente exaltación. Superado el prejuicio, reducido a una espina durmiente, el pensamiento cruel es alejado de inmediato todas las veces que reincide, la pasión había crecido con una ternura incontrolable por la inocente víctima del monstruoso seductor. También creció la intimidad de la pareja, en repetidos y prolongados besos, de llegada y de despedida. El deseo se encendió y dio al amor una dimensión nueva y mayor.

Para la declaración, Ascanio espera contar con la buena voluntad de la madrastra, que tendrá el corazón ablandado por los homenajes que le serán prestados en la fiesta. Uno de los ítems del proyecto elaborado por Ascanio es bautizar con el nombre de la hija pródiga, la calle de entrada del pueblo, por la cual llega y parte la «marineti» de Jairo y por donde ingresarán los hilos del progreso, la Luz de Tieta, en la consagración del pueblo. Denominado Caminho da Lama desde tiempos

inmemoriales, será la calle Doña Antonieta Esteves Cantarelli (ciudadana benemérita). La placa fue encomendada a Bahía antes de que los consejales hubieran tomado conocimiento del plan: ¿existirá alguien tan ingrato al punto de oponerse? Esta vez, Ascanio no olvidó el Esteves, exigido por doña Perpetua y por el *Viejo*, insolente y pagado de sí mismo. ¿Pero el dinero para el banquete, el baile, la música, las banderitas en las calles, los carteles, los fuegos artificiales? ¿Para el empedrado? ¿Quién podría ayudar a financiar la fiesta, participar de los gastos? Si apareciese por allí, sería el doctor Mirko Stefano, empresario interesado en erigir una gran industria en las inmediaciones de Mangue Seco, legítimo representante del progreso. Después de la conferencia donde explicó proyectos y exhibió planos, el ilustre asesor había quedado en volver en pocos días. La esperanza de Ascanio reside en esa emocionante figura: para el doctor Mirko nada parece ser difícil, le recuerda a un genio de los cuentos de *Las Mil y una Noches*, salido de la lámpara de Aladino. ¡Ah! si él apareciera de repente…

Y he aquí que de repente aparece, genio risueño y todopoderoso, bajando de los cielos en compañía de Papá Noel. La imponente nave sobrevuela la Municipalidad, la Matriz, el parque: visión alucinante, espantoso barullo, hasta entonces desconocido para los ojos y oídos miserables del pueblo de Agreste.

Era un día de fuerte sol y amena brisa, proveniente del Atlántico, apacible y típico del verano nordestino. La ciudad parece dormida cuando, a media mañana, el ruido surge y crece, insólito, y Peto cruza la calle, con los ojos puestos en alto, reconociendo y proclamando al helicóptero, máquina nunca vista antes en Agreste, pero numerosas veces admirada por Peto en las revistas que doña Carmosina le permite hojear en la agencia de Correos. Comerciantes aparecen en las puertas de los negocios. En el desierto bar, don Manuel suspende la desagradable tarea de lavar copas, espía y exclama: ¡qué los parió! Ascanio, interrumpido por el barullo avasallador, abandona papel, lápiz y devaneos, va hasta la ventana y asiste al aterrizaje del aparato en el centro de la plaza, entre la Municipalidad y la Matriz. El padre Mariano, seguido por las beatas que hacen la señal de la cruz muertas de susto, se muestra en lo alto de la escalera que conduce al atrio.

Del helicóptero, cuyos motores continúan trabajando, y las hélices siguen dando vuelta para admiración de los primeros curiosos embobados, desembarcan el Magnífico Doctor, vestido de sport, con pantalón *jeans* y camisa de colores tipo Hawai, con sensuales mujeres y flores exóticas y el propio Papá Noel, el más lindo de todos los que existieron, pues quien luce las blancas barbas y viste la ropa colorada no es otra sino la figura eficiente, ejecutiva y excitante de nuestra conocida y tan apreciada Elisabeth Valadares, Bety para los amigos, *Bebé* para los íntimos. Una secretaria realmente competente es apta para toda tarea y en vísperas de Navidad se transforma, si es necesario, en Papá Noel, bajo la dirección del inventivo genio de la lámpara de titanio, el Magnífico Doctor.

Ascanio, al ver el helicóptero, a Papá Noel y al Doctor Mirko indicando al

atolondrado Leoncio la carga que está en el interior del aparato, no puede contener un grito de entusiasmo, un sonoro ¡viva! El Magnífico Doctor tiende la mirada, saluda con la mano al secretario de la Municipalidad.

—Quise traer yo mismo los obsequios de Navidad para los niños pobres. —Explica el mago, apretando calurosamente las manos de Ascanio que bajó la escalera de cuatro en cuatro para recibir y saludar a los visitantes.

El Magnífico Doctor acompaña al joven funcionario para una breve conversación, mientras deja a cargo de Papá Noel el trasbordo de bolsitas de colores desde el aparato hasta la Municipalidad, gratificante tarea que el rengo Leoncio ejecuta con sorprendente rapidez. Sólo para decirle que hasta el momento los resultados de los estudios realizados en Mangue Seco por los técnicos y peritos son sumamente satisfactorios y positivos.

A pesar de que existen regiones más ricas, provistas de mejores vías de comunicación y confort, mejores condiciones materiales, tal como Valença, en la gruta, Ilhéus e Itabuna, en el sur del estado, y hasta en Arembepe, cerca de la capital, que se encuentran empeñadas en la disputa y ofrecen facilidades de todo orden para la instalación de la magna industria en sus límites, las preferencias de los empresarios tienden a inclinarse por Agreste. El Magnífico Doctor influye en este sentido, cautivado por la belleza y el clima y por la amabilidad de la población.

Ascanio, impresionado y casi conmovido, bebe las palabras de buen presagio y le pregunta si todavía es necesario mantener el asunto en reserva. Después de la llegada del helicóptero con la carga de regalos va a ser difícil y hasta prácticamente imposible esconder la verdad.

El Magnífico está de acuerdo, es su día de francés:

—*Alors, mon cher ami*… Puede adelantarles que existe la perspectiva de la instalación en el municipio, en los alrededores de la playa de Mangue Seco, de dos fábricas integradas de la Brastanio —Industria Brasileira de Titanio S. A. Más que perspectivas, posibilidades concretas.

Explica que la decisión final depende de conclusiones y decisiones:

—Estamos en la fase de estudios, tenemos más de un lugar en vista, como ya le dije. Sin embargo las posibilidades de Agreste son muy grandes. *Personnellment, je suis pour*… Pero la solución no depende sólo de *votre serviteur*…

Eleva los brazos en un gesto oratorio que enfatiza las grandilocuentes palabras:

—La presencia de la Brastanio en Agreste transformará el municipio en un poderoso centro industrial, dinámico, lleno de vida, ¡*magnifique*!

Ascanio refuerza la candidatura de Agreste con la noticia de que dentro de pocos días, un mes a lo sumo, la electricidad y la energía de Paulo Afonso serán inauguradas, puestas al servicio de la Brastanio. La Municipalidad tiene intenciones de organizar una fiesta grandiosa para conmemorar los nuevos tiempos, pero la pobreza franciscana en que todavía…

El Magnífico Doctor no lo dejó terminar, quiso detalles de la fiesta y

concretamente el monto de los gastos. Aquella misma mañana, Ascanio hizo y rehizo cálculos y los tradujo tímidamente a moneda nueva. Para él era una suma altísima, pero para el doctor Mirko una chuchería despreciable, ya que sus gastos de relaciones públicas para contactos y medidas iniciales, en moneda fuerte, eran prácticamente inagotables. Con un gesto liquidó la principal preocupación de Ascanio: el empedrado de la calle, gasto mayor e indispensable.

—Déjelo por mi cuenta, yo mandaré asfaltar la calle. La Brastanio se sentirá honrada en poder colaborar para dar mayor brillo a los festejos. Después de Navidad, andaré por aquí de nuevo. Para un arreglo definitivo, para igualar nuestros relojes y dar la señal de partida. Eso espero.

Ascanio no sabe si él habla de la instalación de la fábrica o de los preparativos de la fiesta de la luz, de Tieta:

—¿De qué partida?

—¡De la partida hacia el progreso y riqueza de Agreste! —La voz cálida, afirmativa, inspira confianza—. En cuanto a la inauguración de la luz, la Brastanio, se responsabiliza por el empedrado y participará en los otros gastos, compartirá la alegría del pueblo del municipio y yo haré lo posible para estar presente. Servir es el supremo objetivo de la Brastanio; servir a la patria. *Brasil über alles* —cuando se trata de dinero el Magnífico abandona el diplomático idioma francés por lenguas más concretas: el alemán y el inglés—. *Auf Wiedersehen. Merry Christmas, my dear*.

La aglomeración creció en la Plaza Desembargador Oliva. Peto se coronó emperador de los niños de la ciudad, se acercó al aparato, dio charla al piloto, sonrió a Bety Papá Noel y la ayudó en el desembarco de las bolsitas. Al apretarlas, con curiosidad, siente muñecas, automóviles de lata, percibe juguetes pequeños para niños pequeños y se desinteresa —dentro de poco cumplirá trece años, será todo un hombre y Osnar lo llevará a su primera cacería.

Desde la puerta de la Municipalidad, al lado de Ascanio, el Magnífico Doctor contempla las viejas casas de la plaza y la gente pobre reunida ante el asombroso helicóptero, pronuncia:

—Mañana, con la Brastanio aquí, se levantarán rascacielos.

Ascanio babea, santas palabras, todo lo que desea es que los ángeles digan amén. No resiste, transforma el apretón de manos en un cordial y agradecido abrazo:

—Muchas gracias, doctor. Quedo a su espera.

—Inmediatamente después de las fiestas de fin de año.

Antes de entrar al helicóptero, Papá Noel acoge en su pecho al indócil representante de los niños pobres, que no es ni tan niño ni tan pobre, y lo besa en la mejilla. Labios suaves y cálidos, aliento perfumado, ¡qué delicia! Peto le retribuye los besos, se acerca más, siente el volumen del busto, los pechos sueltos bajo la túnica de satin colorado.

El aparato está repleto de bolsitas idénticas a las que quedaron en la sala de la planta baja de la Municipalidad, donde se reúne el Consejo Municipal cuando

raramente el coronel Artur da Tapitanga lo convoca, siempre a pedido de Ascanio, un formalista. Reuniones inútiles, en las cuales los ediles aprueban por aclamación unánime lo que el coronel decidió, exactamente como lo hace el Parlamento Nacional en relación con los proyectos del Ejecutivo.

Las hélices ganan velocidad, la nave se eleva, rumbea en dirección al mar. El Magnífico Doctor prosigue su viaje navideño, lleva a Papá Noel, bolsas y promesas de un futuro grandioso a Valença, Ilhéus e Itabuna, en nombre de la Brastanio. Sin embargo, no irá a Arembepe, para cada lugar y ocasión, una estrategia.

DEL CONTENIDO DE LAS BOLSITAS, CAPÍTULO EN EL CUAL LA BRASTANIO COLOCA A JESÚS A SU SERVICIO.

Cincuenta bolsitas de papel, con los colores y la insignia —Orden y Progreso— de la bandera brasileña, fueron contadas y acumuladas en la sala de reuniones del Consejo Municipal; se separaron en dos grupos de veinticinco. El primero es el destinado a las niñas, predomina el color amarillo y cada bolsita contiene una pequeña muñeca de plástico, una cocinita de lata, dos globos, un paquete de caramelos, un barquillo, una matraca de madera. En las otras el color predominante es el verde; la muñeca y la cocina fueron substituidas por un autito (de plástico) y una cornetita (de lata). En las cincuenta se ve una estampa idéntica: Jesús de un lado y del otro una inscripción donde se lee en caracteres dorados: «Dejad que los niños vengan a mí». Obsequio de la Brastanio —Industria Brasileira de Titanio S. A., una empresa al servicio de Brasil.

Perdidas las últimas ilusiones, Peto abandona la Municipalidad:

—¡Qué zorra! Una porquería…

En compensación, Leoncio vibra de entusiasmo:

—¡Viva Dios! Cinco regalitos en cada una, ¡qué cantidad! Van a ser para mis tres nietos, las dos niñas y el varón. No me deje sin nada, por favor, doctor Ascanio.

Ascanio da las tres bolsitas al exsoldado y ex*cangaceiro*, fiel auxiliar de la Municipalidad, y que no siempre recibe al día su salario mínimo. En ese momento luminoso y alegre no puede negarse a ningún pedido; él mismo ha recibido de una vez e inesperadamente cantidad de favores.

La Navidad de los niños pobres. La solución del problema que lo afligía, la financiación de la fiesta de inauguración de la luz de la Hidroeléctrica: la benemérita Brastanio pagará todo, empedrado y banderitas, fuegos artificiales y música y el doctor Mirko Stefano honrará al pueblo con su presencia. Sin embargo, las noticias sobre las perspectivas de la instalación de la monumental industria en Agreste, lo excita más todavía: el doctor prácticamente aseguró el feliz resultado de los estudios. Ni Itabuna, ni Ilhéus, ni Valença, ni Arembepe…

Ascanio tiene una duda: ¿el doctor Mirko había designado a Arembepe entre los posibles lugares? Tiene la impresión de haber oído el nombre de la famosa playa, de

atractivos turísticos internacionales, a pesar de no llegarle a los pies a Mangue Seco. Pero no está seguro, pues al repetir el nombre de las ciudades concurrentes, el magnate las redujo a las dos del sur del Estado y a la tercera, la de la gruta. En fin, no importa, pues las preferencias de los responsables de la Empresa están con Agreste.

Para terminar su visita con un broche de oro, el doctor Mirko liberó a Ascanio de la obligación de sigilo: puede comunicar la buena nueva al pueblo. Lo hará durante la distribución de los regalos de Navidad.

Mentir no es el fuerte de Ascanio Trindade, no sabe hacerlo, comete indiscreciones, se le escapan detalles, da pistas. Así sucedió en el discurso pronunciado en la Plaza de Curtume (rectifico a tiempo: Plaza Modesto Pires) cuando como quien no quiere la cosa anunció que en breve habría grandes novedades y dio a entender la existencia de un proyecto mucho más considerable que una simple empresa turística, hizo referencia, ¡imagínese! al centro industrial. La mayoría no sospechó pero algunos se mantuvieron con las orejas paradas. Osnar lo había interpelado en el camino al río:

—¿Qué asunto es ése, capitán Ascanio? ¿Centro industrial? En ese cuento hay gato encerrado…

Del brazo de Leonora, había huido de la pregunta con una pillería:

—Con la cola para afuera… Adivina si puedes.

Al coronel Artur de Figueiredo, por motivos obvios —magnate, alcalde en ejercicio, además de padrino y protector— le había expuesto con detalles la conversación con el «gran empresario», los proyectos y los planos. Había ido a propósito a la Hacienda Tapitanga. Pero el coronel anda medio gagá, ya no se interesa por nada, salvo tierras y cabras. Consideraba el proyecto una locura, si es que no era el siniestro plan de un estafador:

—¿Gran empresario, mi hijo? Ese tipo no pasa de un tramposo. Sólo que él no sabe que es más fácil sacar leche de las bolas de un chivo que encontrar plata en Agreste. Se equivocó de camino. Además de ladrón es loco.

¿Discutir con el padrino? Sería inútil, no lo convencería. Pero ahora allí estaban los regalos, cincuenta bolsas que contienen juguetes para los niños pobres, el coronel tendrá que rendirse ante la evidencia. Gran empresario, sí. Ni loco ni estafador, representante de inmensos capitales, habla en nombre de Brastanio, industria para la producción de dióxido de titanio, básica para el desarrollo nacional. Situada en Agreste, cuyo alcalde es el dinámico y competente Ascanio Trindade. Si todavía no lo es, lo será, ni bien haya elecciones, cuya fecha será fijada en breve por el Tribunal Electoral del Estado.

Es absolutamente necesario señalar con significativa solemnidad la entrega de los regalos, la dádiva de la Empresa. Ascanio decide constituir una comisión de señoras y señoritas importantes para la conmovedora ceremonia de distribución, en la víspera de Navidad, dentro de dos días. Va a ser un éxito, una Navidad inolvidable, gracias a Brastanio. Sonríe solo al imaginar a Leonora como un hada al repartir juguetes y

alegría entre la gente menuda.

Convocará a Barbozinha para agradecer en nombre de los niños a los generosos industriales de Brastanio. En esas ocasiones nadie lo iguala, sabe cómo alcanzar el corazón de los oyentes, arranca lágrimas y aplausos. También él, Ascanio dirá algunas palabras: para anunciar al pueblo el comienzo de una nueva era para Sant'Ana do Agreste —la era de la Brastanio, ¿por qué no?— de Ascanio Trindade. Sí, Leonora, de Ascanio Trindade ya no será un pobretón, un vulgar empleado municipal un poco más arriba que Leoncio, igual a Lindolfo. Un administrador, un político, un estadista. Merecedor de tu mano de esposa. La espina todavía duele, pero la virginidad no pasa de ser un prejuicio idiota. Una joven viuda, paulista, bella y rica.

Deja las bolsas bajo la vigilancia de Leoncio, doblemente feroz, pistolero y soldado. Se dirige a lo de doña Perpetua para comunicar la llegada de los regalos a Leonora y a doña Antonieta, ésta últimamente todavía está en cama, las quemaduras cicatrizan bajo la tierna vigilancia del sobrino seminarista, un muchacho de oro.

DE CÓMO EL VATE DE MATOS BARBOSA COMPONE Y DECLAMA UN POEMA QUE NO ES OÍDO EN RAZÓN DEL ÉXITO EXAGERADO DE LA FIESTA, DONDE FUERON DISTRIBUIDOS LOS REGALOS DE LA BRASTANIO A LOS NIÑOS POBRES, CAPÍTULO AGITADO Y CONFUSO, POR ESO MISMO, CON DOÑA EDNA EN PLENA ACCIÓN.

La verdad debe ser dicha y proclamada: la distribución de los juguetes superó todo lo previsto; más que un animado revolotear de muchachas y señoras, de niños felices, fue un tumulto, un pandemonium, desbordó todos los límites del orden y de la buena educación.

En Agreste, tierra falta de recursos y distracciones, cualquier ceremonia, desde misa a entierro, congrega al pueblo ávido de entretenimiento. La noticia de la llegada de los regalos en la máquina voladora, conducida por Papá Noel en persona, corrió rápidamente. Así, en la mañana de la víspera de Navidad, la cara de pocos amigos y la fama de valiente de Leoncio no pueden contener a la masa infanta-juvenil, comandada por adultos, en su mayoría del sexo femenino, reunida frente a la Municipalidad, cuya puerta de entrada él mismo cerró con llave.

Ni el propio Ascanio Trindade, que por oficio y devoción está al tanto de los problemas y realidades del municipio, jamás imaginó que existieran tantos niños en Agreste. Y por lo visto todos paupérrimos pues hasta los hijos de Agostinho Pío Dormido, dueño de la panadería; adinerado ciudadano, se postulaban para los regalos de la Brastanio: un niño y una niña, gordos, bien alimentados, como Dios manda. Se encuentran entre los primeros de la hilera que Ascanio mandó formar, la madre allí los dejó, doña Dulcinéia Broa Azeda. Es una fila interminable, que se hace y se deshace, no termina de llegar gente. Los chiquilines corren, gritan, levantan polvo, ruedan por el piso, es un desorden generalizado.

—¡Qué jaleo más impresionante! —comprueba Aminthas, mirando desde la puerta del bar, con el taco en la mano—. ¿No vas a ayudar, Osnar? Ascanio pidió…

—Sólo cometo desatinos por una mujer; ve tú, si quieres. —Osnar pasa tiza por el taco, se admira de la inesperada presencia de Peto que llega y se acomoda en una silla, dispuesto a presenciar el partido de billar—. ¿Qué haces por aquí, sargento Peto? Pensé que serías el primero de la fila…

—¿Para que me den esas porquerías? ¿A mí? Que se las guarden, ¡carajo! — luego de semejante discurso, estiró las piernas y llamó a don Manuel, ordenó una Coca-Cola a la cuenta de Osnar.

En la sala de la Municipalidad, se deben privar de la insustituible doña Carmosina, que está en cama con un resfrío fortísimo, fiebre, dolor de cabeza, tos y catarro; la numerosa y gallarda comisión de honor se pone bajo el comando de doña Milu y se entrega con rapidez a la tarea de dividir el contenido de las bolsitas para atender al mayor número posible de niños.

Algunos muchachos ayudan, fueron acompañados por sus novias; entre ellos está el hijo de don Edmundo Ribeiro, recaudador; el joven Leléu de quien se tuvo noticia anteriormente por su venérea; universitario, está en segundo año de Economía, flacucho, nueva ola, de pelo largo, como dicta la moda, vaquero Lee desteñido, camisa abierta, por fuera del pantalón, arremangado, sin afeitar, es el niño mimado de las muchachas, no da abasto con todas las que tiene. Seixas también está al frente de un batallón de primas.

—Ni así van a alcanzar… —declara Elisa, al volver de la ventana desde donde hizo un balance de la situación, calculando el número de niños.

Elisa y Leonora están elegantísimas, parecen las dos estrellas de la comisión, bellezas que se completan y se oponen, la rubia paulista, hija de inmigrantes italianos, la morena *sertaneja*, brasileña de muchas generaciones y con sangre mezclada. Los ojos pícaros de Leléu se posan en una y otra, las compara. Ambas le apetecen, pero tienen dueño: una es la esposa seria de un comerciante todavía joven, la otra está de novia con el secretario de la Municipalidad, es una lástima. Al desviar la mirada, encuentra los ojos de doña Edna que lo mira, triste, derramando insistencia. Leléu responde a la sonrisa, doña Edna se acerca, seguida de Terto, que no parece ser su marido, pero que con ella se casó por civil y por la iglesia.

El padre Mariano entra en la sala, vino a bendecir los regalos, Vavá Muriçoca, sacristán entrado en años y avinagrado, lleva la calderilla y el aspersorio, mientras Ricardo, de sobrepelliz blanca con galones colorados, conduce el turíbulo y el incienso. Doña Edna vacila. Primero la devoción, después la diversión: se dirige al padre, le besa la mano, devora a Ricardo con los ojos. ¡Ay! ¡Ese amorcito ya no desvía la vista! Por primera vez enfrenta los ojos de cupido y mira el rostro de la ofrecida, sonríe levemente al decir buenos días, doña Edna. Es un ángel sin mácula, aunque ya un hombre hecho. Buenos días, mi monaguillo. ¡Ay! ¡Quien pudiera ser la primera!

Luego de cumplir con la devoción, doña Edna se dirige hacia donde está Leléu, quien trata de conquistar la simpatía de Terto, el marido. Bobo, no hay necesidad de endulzarle los cuernos.

Ante la declaración de Elisa, confirmada de inmediato por Seixas, doña Milu, después de una breve conferencia con Ascanio, ordena que todos los juguetes sean retirados de las bolsitas y acumulados atrás de un escritorio de la Presidencia del Consejo Municipal, a cuyos lados se disponen las sillas con respaldo de los concejales, formando una especie de barricada para defender los regalos y las señoras y señoritas encargadas de la distribución. Cada niño recibirá un regalo.

—¡Nada de proteger a nadie! —recomienda Ascanio Trindade, medio en serio, medio en broma.

Doña Milu no se ríe, da órdenes:

—Muñecas, autos, cornetas, cocinas y matracas sólo para los necesitados. La fila está llena de hijos de gente que no precisa, es una vergüenza. Para ésos hay globos o caramelos, ¡habráse visto! Están ahí porque sus padres no tienen pudor.

Para que no haya dudas, ejemplifica:

—¿Oíste, Dulcinéia? Tus hijos están en la fila, como si la panadería no diese dinero. Tu hermano, también, Georgina, un grandullón como él.

Ni bien Leoncio retira la tranca de la puerta y permite la entrada, la tila se deshace, los niños avanzan, en bloque, madres y padres se ubican delante del escritorio con las manos extendidas, empujan las sillas, a los gritos y con algunos tirones de orejas, el padre Mariano contiene la avalancha durante los minutos necesarios para la ceremonia de la bendición. Al terminar, trata de dar un pequeño sermón pero desiste ante la gritería y el batifondo que se establecen de inmediato. El padre Mariano, Vavá Mariçoca y Ricardo son envueltos por la pandilla de candidatos a las donaciones de la Brastanio. Indiferente a los regalos, pero amiga de los líos, doña Edna aprovecha y, en medio del agua bendita y del incienso, consigue apretar la mano de Leléu en dulce promesa y rozar el traste en la sotana de Ricardo, hazaña limitada, pero divertida y agradable.

Se hace imposible cualquier especie de control, fracasan los intentos de distribuir muñecas y cocinitas a las niñas, autitos y cornetas a los niños, globos y caramelos a los hijos de los ricos. Un tumulto, un motín: la comisión es empujada contra la pared, las sillas ruedan por el piso, manos maternales arrancan los regalos. La doncella Cinira se marea y se desmaya, Elisa va a buscar un vaso de agua. Falta de hombre, diagnostica doña Milu, quien desiste de distribuir rgalos para pellizcar y dar coscorrones a los mocosos más osados.

La montaña de juguetes desaparece rápidamente. Los que llegan tarde, sólo reciben una estampita de colores con la efigie de Jesús y la frase de ofrenda de la Brastanio.

En la calle, se arman discusiones entre padres y madres, dos mujeres de Buraco Fundo se agarran de los pelos. Los niños se pegan entre llantos e insultos. Las señoras

y señoritas de la comisión de honor están vencidas, rotas, sus peinados se deshicieron, los vestidos se arrugaron y en cualquier momento se desmayan. Doña Dulcinéia se retiró rápidamente luego de entregar corneta, muñeca, bocina y autito a sus hijos, y además llevó una matraca para ella y caramelos para el marido: fue por eso que aceptó formar pare de la comisión, doña Milu que se vaya a dar sermones a otra parte, Georgina ahoga los sollozos en un pañuelo, el hermano la amenazó: le voy a contar a papá que no me quisiste dar ni el auto ni la cometa, pedazo de burra.

En medio del barullo de esa algarabía festiva y tosca, con el intolerable sonido de veinte abyectas cornetas de lata, el vate Barbozinha, en la tribuna del Consejo, declama el poema compuesto especialmente para la ocasión. Conmovedor, bíblico y adulador. En vano Ascanio, Seixas. Leléu y otros muchachos piden silencio. También Leonora y Elisa, dos excepcionales bellezas, levantan la voz y suplican, por favor, un minuto de atención. Poco o nada se pudo oír del poema, para tristeza del insigne bardo que se pasó dos días y dos noches eligiendo rimas, contando sílabas y buscando informaciones sobre el dióxido de titanio.

—Dime, maestro Ascanio, ¿qué diablos es eso?

Tampoco Ascanio sabía bien qué era eso. Un importante, importantísimo producto, cuya fabricación va a significar una gran economía de divisas para el país, un paso fundamental para el desarrollo de la patria. Sin embargo, en qué consiste, no tiene ni la más remota idea, confesó todo confundido.

Ascanio resuelve postergar para mejor ocasión el discurso donde anunciaría el comienzo de una nueva era: el pueblo en medio del bochinche, y a las corridas, se retira con los regalos, desinteresado de poesía y oratoria. Mujeres pobres con hijos a babucha, hombres mal vestidos llevando niños de la mano, mocosos sueltos en las esquinas, la multitud se dispersa rápidamente. Las estampitas con la efigie de Jesús, la frase del Nuevo Testamento y el nombre de la Brastanio son largadas en el camino. No tienen valor ni de compra ni de trueque.

Cuando *Bafo de Bode* pidió un regalo o un trago de *cachaça* a Leoncio, éste le ofreció una estampita. Único regalo que sobró.

—¿Por qué no se la ofreces a tu señora madre? —preguntó ofendido el mendigo.

El rengo Leoncio consideró la fiesta como un éxito sin par y a la Brastanio, una organización digna de los mayores elogios. Fue el único que recibió la bolsita completa —y no una, sino tres y por anticipado, sin peleas ni empujones— y, además, pudo birlar una cometa que termina dándosela a *Bafo de Bode* para verse libre de él.

Es una pequeña cometa de lata, ordinaria pero barullenta. *Bafo de Bode* sale a la calle soplando, produce un sonido molesto, horrible, de poner los pelos de punta. Así consigue silencio y lo aprovecha para preguntar al pueblo dónde serán colgados los nuevos cuernos de Terto, no hay ni un solo lugar de su cuerpo que no esté ocupado. Le queda metérselos en el culo, total son los cuernos de un niño, manuables, no duelen. Lo que dice *Bafo de Bode*, borracho a más no poder, no se repite, y mucho

menos se escribe.

DONDE FINALMENTE BARBOZINHA DECLAMA COMO ES DEBIDO SU POEMA Y ASCANIO TRINDADE LANZA LA PROCLAMA AL PUEBLO DE SANT'ANA DO AGRESTE.

Los soldados del derrotado regimiento de caridad, se baten en retirada, cruzan la plaza y se refugian en la casa de Perpetua, donde en la terraza, extendida en la hamaca, Tieta está aún convaleciente. La animada patota, repartida entre risas e indignación, sigue bajo el mando de doña Milu, que está a punto de renunciar:

—Ay, Tieta, hijita, ya no tengo físico para aguantar una tarea de ésas. Para otra, Ascanio no cuenta conmigo.

Arrastran sillas y se colocan alrededor de la hamaca. Tieta pide detalles, mientras besa la mano del padre Mariano y se deleita mirando a Ricardo, todavía con su sobrepelliz blanca, levita del santuario. El Reverendo sólo vino a darle los buenos días pero acepta un vaso de jugo de *cajá* antes de volver a la iglesia, arrastrando consigo al seminarista. Tieta ahoga un suspiro, es socia de Dios, cada cual tiene sus horarios.

—Elisa, rengueando, va a la cocina a preparar un cate para Barbozinha que está ofendido. La pequeña Araci equilibra en sus brazos flacos una pesada bandeja con diferentes jugos de frutas: de *manga*, de *mangaba*, de *cajá*, de *umbú*. Las primas de Seixas espían la parte de adentro de la casa ya que es la primera vez que van, quieren curiosear al máximo. Maliciosas, se codean, bizquean los ojos hacia la hamaca donde las rígidas carnes de Tieta se exhiben en el escote y en el descuido del deshabillé de nylon, amarillo con bordados blancos, un lujo.

Perpetua escolta al padre hasta la puerta de calle. De regreso, elogia el gesto de los industriales, la valiosa ofrenda de Navidad a los niños de la ciudad. Había tratado de convencer a Peto para que se metiera en la fila, pero el vago desapareció de su vista. Desde la ventana había espiado el movimiento: condena la mala educación del pueblo.

—Esa gentuza no merece la caridad de nadie. ¿Así que los hombres mandan un avión lleno de regalos y el resultado es esa vergüenza? Da asco.

Tieta defiende al pueblo de Agreste, es sufrido, condenado a la miseria, sus hijos no conocen otros juguetes que no sean las brujas de paño y los camiones hechos con restos de madera, con tapitas de cerveza en vez de ruedas.

—Ellos tiene demasiada paciencia.

Las opiniones se dividen, hay amenazas de discusión, la atmósfera de guerra que había en la Municipalidad invade la pacífica terraza de la mansión donde las paulistas se hospedan. Seixas, exaltado por una vez en la vida y a favor de Tieta, defiende el derecho de los pobres a la revuelta. Elisa, exhibe su pie hinchado como consecuencia del pisotón de una potente lavandera dispuesta a obtener muñecas y cornetas para sus ocho hijos, no encuentra disculpas, ni para la mala educación del populacho, ni para

la ausencia de los muchachos del billar.

No se refiere a Asterio, que estaba de guardia en la tienda, sin poder abandonar el mostrador; en la víspera de Navidad siempre se vende un poco más. Pero Osnar, Aminthas, Fidelio, ellos y otros, se quedaron en el boliche, con taco y tiza en la mano, en vez de atender al pedido de Ascanio y comparecer en la Municipalidad para ayudarlas a contener a las fieras, porque de eso no pasan…

Doña Milu, presidente de la Comisión de Honor, debería ser la más indignada y la primera en condenar la grosería general. Muy por el contrario, defiende a los caníbales:

—¡Qué van a ser fieras! Son solamente pobres y nada más. Tienen que pelear y atropellar por una muñequita de plástico que no vale nada, por una corneta de lata para sus hijos, ¡pobrecitos! Hablando de eso, qué pésima idea esa de dar cornetas… ¿No podían elegir cualquier otra tontería?

Todos están de acuerdo con esta observación; el vibrante concierto de cornetas, tantas y tan estridentes, sopladas en conjunto, había sido lo peor de la fiesta. Doña Milu se vuelve hacia el poeta, que todavía no abrió la boca:

—Tengo que irme. Dejé a Carmo en cama, con fiebre; cuando se resfría le dan náuseas, se pone muy delicada. Pero antes quiero oír los versos de Barbozinha. Allá no se pudo. Por culpa de las cornetas.

En general, el vate no se hace rogar para declamar sus poemas, pero está de mal humor, su orgullo está herido por la falta de respeto de sus conciudadanos; pide disculpas, pero…

Tieta interviene:

—Claro que vas a recitar tu poesía, no guardes rencor. De cualquier manera tenías que hacerlo para mí que no pude ir, ¿no es así? —los ojos mimosos están puestos en Barbozinha—. ¿Entonces, mi viejo? Estamos esperando, suelta la lengua…

Barbozinha obedece. Amoroso trovador, sumiso ante las órdenes de su musa, se pone de pie, saca del bolsillo del saco dos hojas de papel, de ejemplar caligrafía y sonoros alejandrinos. Carraspea, pide un trago de *pinga* para lavarse la garganta, Araci corre a buscarla. El poeta traga la *cachaça*, se lame los labios, extiende la mano y suelta la voz.

Mensajero de la buena noticia, anuncia el nacimiento de Cristo, pobre y desnudo, en el pesebre de Belén. Que vengan los niños de Agreste a participar de la alegría universal pues a la infancia pertenece esta fiesta de Navidad por decisión de la benemérita Brastanio, cuyos propietarios, nobles y magnánimos constructores de una patria grandiosa y justa, arrojan montones de regalos valiosos en el regazo de la pobreza, convierten las lágrimas de las criaturas desprovistas en alegres risas, en piar de pájaros, en gorjeo de aves felices.

Se había inspirado en la Biblia y en la belleza del suelo, del río, del mar; mojó la pluma en los profundos sentimientos de solidaridad humana. Así, iluminó los oscuros hogares con un lucero, comparó a los directores de la Brastanio con nuevos Reyes.

Magos que descubren los ásperos caminos de Agreste y traen oro, mirra e incienso en manos de bondad. Rimó la pobreza del pueblo con la grandeza nacional, el infeliz niño de los oteros de Agreste con el infante divino, rey de los judíos, rimó titanio con Ascanio. Ascanio Trindade, capitán de la aurora, es quien rompe con los muros del atraso, abre las compuertas del progreso.

Leonora, entusiasmada, aplaude, los demás la acompañan: aplausos y exclamaciones de entusiasmo. Triunfo completo que compensa la anterior decepción.

—¡Ven aquí que quiero darte un beso! —exige Tieta y besa al vate en su maltratrada mejilla, imprimiéndole en las arrugas la marca de rouge color de vino de sus labios.

—Bravo, Barbozinha, me gustó mucho. Ese elogio a Ascanio es muy merecido. —Considera doña Milu—. Ascanio no se desanima y si un día Agreste vuelve a valer algo, se lo deberá a él. A él y a ti, Tieta. Ni bien llegaste, todo cambió: fue como un destello que nos iluminó. No me refiero a la electricidad de Paulo Afonso, es otra cosa que ni yo misma se explicar, una luz que vino contigo, querida, que Dios te bendiga.

Se acerca a la hamaca y da un beso a Tieta con cariño maternal. Se despide:

—Me voy, Carmo debe de estar enojada, me va a decir de todo y con razón.

Ascanio pide un minuto de atención. Sólo un minuto, por favor. Se pone de pie, y lanza su proclama, anuncia al pueblo el advenimiento de una nueva era, la era Brastanio. No agregó su nombre al de la gran industria de dióxido de titanio porque no lo creyó necesario. Ya lo había hecho Matos Barbosa con apoyo y aplausos de doña Milu en versos que Leonora aprendió de memoria y repite por lo bajo, con sus labios de carmín entreabiertos.

«¡TU PARAÍSO ESTÁ AMENAZADO, POETA!», CAPÍTULO DONDE ESTALLA LA BOMBA.

La crónica escrita por Giovanni Guimaraes explotó en Agreste al día siguiente de Navidad. Bomba de tiempo, pues el número de *A Tarde* en que fue publicada tenía fecha de tres días atrás, de la antevíspera de Navidad, cuando el vate Barbozinha no había escrito todavía su poema para la fiesta de los niños pobres.

La culpa es de la gripe que retuvo a doña Carmosina febril bajo las frazadas de la cama, toda sudada; no sólo defraudó a la Comisión de Honor de tal fiesta, sino que también impidió la presencia de la ejemplar funcionaria en la agencia de Correos el día de la distribución de la correspondencia. Doña Milu la substituyó, cansada de la maratón de esa mañana en la Municipalidad, con apuro por volver junto a su hija enferma. Entregó las pocas cartas a aquellas personas que acudieron después de la llegada de la «marineti», el resto, incluyendo los diarios, lo dejó para distribuir después del feriado, por estar atrasadísima.

A Tarde tenía cinco suscriptores en Agreste pero el paquete contenía siempre seis

ejemplares, el sexto estaba destinado a doña Carmosina Sluizer da Consolação, representante del diario en el municipio. Los seis quedaron en la agencia, atados con un piolín, tal como llegaron. Doña Carmosina se encontraba tan engripada que ni siquiera se interesaba por los acontecimientos de la fiesta de la Municipalidad, mucho menos por la aburrida lectora de los diarios.

El día de Navidad amaneció mejor, sin fiebre, pero todavía débil, el cuerpo le pedía cama y reposo, durmió casi toda la mañana. A la tarde, recibió la visita de Tieta y Leonora, acompañadas del comandante Darío y doña Laura, además de Ricardo, quien ostentaba en el dedo un ancho anillo de oro con una piedra de jade, color verde oscuro oval y lisa. Era una pieza de valor.

Era la primera vez que Tieta salía de casa después de la noche del incendio. Algunas marcas de las quemaduras, coloradas, desagradables a la vista, resistían pomadas y ungüentos. Otra hubiera esperado cicatrización completa antes de exhibirse en público, pero Tieta ya no soporta permanecer en casa, acostada en la hamaca, sobre todo en día de fiesta.

En la víspera había organizado una comida al estilo sureño para la familia y amigos, después de misa de gallo. Fueron Barbozinha, Ascanio Trindade, el padre Mariano, Osnar, Aminthas y Fidelio. Seixas tenía un compromiso con las primas. El comandante y doña Laura tampoco pudieron asistir. Todos los años, desde que volvió a Agreste, el comandante promueve en la víspera de Navidad una fiesta para los pescadores de Mangue Seco: la población no llega a cuarenta personas, contando hombres, mujeres y niños. Se reúnen todos en una especie de banquete comunal que se prolonga en animado baile. Modesto Pires contribuye con los gastos pero no participa de la comilona, va a misa de gallo en la aldea de Saco. En compensación, Marta, su hija y Pedro, su yerno, confraternizan con los pescadores. Por ese motivo, el comandante no aceptó la invitación, sin embargo prometió ir con su esposa a Agreste la mañana del día de Navidad, a tiempo para saborear en el almuerzo, en lo de Perpetua, los restos del pavo, las sobras del día anterior. Carmosina y doña Milu ni eso pueden hacer; lo máximo que Carmosina se permite es dejar la cama, extenderse en la reposera.

Tieta, precavida, había traído de São Paulo algunos regalitos de Navidad para la familia, pero, además de eso, como estaba agradecida por la forma como la recibieron y trataron, dio dinero a Zé Esteves y Tonha, a Asterio y Elisa y libretas de ahorro a Ricardo y Peto, abiertas a nombre de los sobrinos en el Banco de São Paulo. Además, a Ricardo, por la inestimable ayuda que está prestando en la construcción del Corral del Chivo *Inácio*, le dio aquel anillo, alhaja de la colección del finado comendador Felipe. Ella y Leonora llegaron con las manos cargadas a la casa de doña Milu.

—¿Más regalos? ¿No son suficientes los que has traído de São Paulo? —doña Milu desaprueba con la cabeza al recibir el abanico japonés—. Tú no tienes arreglo, Tieta.

—Hasta estoy mejor de la gripe… —declara, animada, doña Carmosina

admirando el broche de fantasía, tan vistoso.

No se demoran. Leonora tiene una cita con Ascanio, irán a la matiné, y doña Carmosina con el rostro abatido y la voz ronca todavía no está en condiciones de hablar mucho.

—Vuelve a la cama —ordena Tieta—. Y ni se te ocurra salir mañana. Si quieres, yo hago guardia en el Correo.

El comandante propone formar una comisión de por lo menos cinco personas para asumir la responsabilidad de suplantar a la buena de Carmosina:

—Una sola no alcanza…

—No hace falta nadie; mañana es día de poco movimiento, la correspondencia recién llegará pasado mañana. Mamá da una vuelta por ahí, no hace falta más.

Al día siguiente, después del almuerzo, doña Milu fue a entregar el resto de la correspondencia y los diarios, se demoró para ver si aparecía alguien para despachar cartas y, mientras tanto, se lo pasó conversando con Osnar y Aminthas hasta las cuatro, momento en que cerró la puerta, se llevó el ejemplar de *A Tarde* y volvió a su casa. Si alguien necesitaba enviar un telegrama, sabía donde encontrar a la gente de Correos y Telégrafos.

Bastante recuperada, pero todavía en cama, doña Carmosina arregla sus almohadas, y se acomoda para leer el diario. Da una hojeada por los títulos de la primera página, hay un reportaje sobre la carestía de la vida, las dificultades de la población prácticamente imposibilitada de festejar Navidad debido a la subida de los precios. No sólo de las castañas, avellanas, nueces, almendras, del queso y del bacalao; también de los *feijão*, arroz, carne seca, todo por las nubes. Da vuelta la hoja y en la página siguiente de *A Tarde*, la del editorial, los temas generales, las crónicas y artículos importantes, temas de su especial predilección: la columna diaria de Giovanni Guimaraes. Según doña Carmosina, nadie supera a ese cronista en la gracia de los divertidos comentarios o en las punzantes y agudas críticas a las llagas de la sociedad de consumo.

No salía de su asombro al ver el título de la nota: CARTA AL POETA DE MATOS BARBOSA, en letras negras y gordas, arriba de las dos columnas en bastardilla firmadas por Giovanni. El rostro de la enferma se ilumina, exclama: ¡Viva! Pero la alegría de ver el nombre de su amigo encabezando la página se transforma en una agitada agonía ni bien lee la primera línea de la crónica: «¡Tu paraíso está amenazado, poeta!».

DEL GRITO DE ALERTA, CAPÍTULO DONDE SE RESUME LA FAMOSA CRÓNICA.

En un capítulo anterior, Giovanni Guimaraes fue nombrado por ser amigo del poeta Barbozinha, compañero de andanzas, de vida disipada en casas de citas y en cafés de pseudoliteratos, sin que hubiese ninguna alusión a las cualidades e ideas del

periodista, redactor de *A Tarde* desde los lejanos tiempos en que asistía a la Facultad de Medicina y que hace varios años firma una columna en la popular gaceta de la capital bahiana, casi siempre risueña, muy leída: y apreciada. A veces el tema tratado llevaba al articulista, sin maldad pero enfurecido, a cambiar la gracia y superficialidad del comentario por la áspera denuncia de las injusticias sociales, substituyendo la sonrisa burlona y bondadosa por una impetuosa ira. Eso sucedía cuando se refería a las violencias de la opresión y de la miseria.

«¡Tu paraíso está amenazado, poeta!». Con esta frase de advertencia, el articulista inicia la dramática misiva dirigida al poeta y ciudadano del municipio de Sant'Ana do Agreste, Gregório Eustáquio de Matos Barbosa. Doña Carmosina trata de adivinar: ¿qué será, Dios mío? Recuerda la simpática risa del periodista que hacía eco en la agencia de Correos cuando visitó Agreste. Era una persona muy alegre, en seguida se hizo amigo de todos, sobre todo de Osnar.

Al comienzo de la crónica, Giovanni Guimaraes se limita solamente a su visita a Agreste, hace algunos años. A invitación del poeta que «al jubilarse de la función pública ejercida con dedicación ejemplar en la Municipalidad de Salvador, abandonó la vida agitada de la capital, las costumbres de bohemio noctámbulo, los círculos literarios y retornó al aire saludable, al admirable clima de su terruño natal». Recuerda los pocos pero felices días en que permaneció en el «bucólico pueblito, feliz reino de paz, idílico rincón» y los paseos por el río, los baños en la Bacia de Catarina, las idas a la playa de Mangue Seco, «obra maestra de la naturaleza, único e incomparable paisaje del comienzo del mundo». Acompañado por Barbozinha, excelente cicerone, Giovanni pudo conocer y disfrutar las delicias de ese «paraíso en la tierra, edén de belleza y armonía, donde el hombre —pese a la lengua viperina de las beatas— todavía está cerca del hombre».

Durante su corta estadía en Agreste, escandalizó a las chupacirios en el atrio de la iglesia cuando, a la hora de misa, elogiaba el pecado y el infierno, repleto de mujeres bellas y dadivosas, ya que el cielo no pasa de ser un eterno aburrimiento, lleno de santos barbudos e himnos monótonos. Pero, ni las viejas chusmas podían resistir a la risa contagiosa, al calor humano que se desprendía del calavera y reían con él. El único cielo donde vale la pena vivir es Agreste, paraíso terrenal, concluía. Allí, al respirar ese aire fino y puro, se sentía rejuvenecer, se limpiaban pulmones y corazón. Las comadres se codeaban: ¡qué pillo!

Pues bien: «Tu paraíso está atrozmente amenazado, poeta. La muerte trata de instalarse en las aguas del río Real, en las olas de Mangue Seco, está dando graznidos sobre campos y dunas. Quiere transformar el diáfano cielo azul en una mancha negra contaminada, para envenenar las aguas, matar los peces y los pájaros, reducir a los pescadores a la miseria, sustituir salud por nuevas enfermedades de imprevisibles consecuencias». Doña Carmosina suspende la lectura para respirar: ¡ay! Dios mío, ¿por qué una profecía tan terrible? Una vez, en el Areópago, Giovanni le preguntó por cuántos años el pueblo de Agreste gozaría en paz la delicia de ese perfecto clima,

la dulce convivencia, distante de los males de la sociedad de consumo. Él mismo había respondido que días más, días menos, los horrores de la civilización llegarían a la Bacia de Catarina, a las dunas de la playa y ¡adiós felicidad!

«Poeta: ¿tú sabes que en todo el mundo sólo existen seis fábricas de dióxido de titanio? ¿Que recientemente un juez condenó a prisión a los directores de una de ellas, en Italia, por el mal causado en el Mediterráneo por contaminación de las aguas y destrucción de la flora y fauna marítimas? ¿Sabes que ningún país civilizado acepta en su territorio esa monstruosa industria? ¿Que la empresa, cuya presencia amenaza a Brasil, no obtuvo autorización para instalar sus malditas chimeneas en Holanda, México ni Egipto? ¡Vade retro! exclamaron los gobernantes al rechazar los inmensos capitales, no sólo porque eran extranjeros, sino, sobre todo, por asesinos de la atmósfera y del agua». Doña Carmosina deja un momento el diario sobre la sábana, ya sabía algunas de esas cosas, las había leído e incluso le mostró al comandante Darío un artículo que salió en el Estado de São Paulo y juntos aplaudieron la sentencia dictada por el juez italiano, un gran tipo.

”«Poeta, tus maravillosos versos sobre la playa de Mangue Seco serán, mañana, los únicos testigos de la belleza de las límpidas aguas, de la fina arena, de la riqueza de los cardúmenes, de la valentía de los barcos de pesca, cuando la Muerte al elevarse de las chimeneas de las fábricas construidas allí, extienda sus volutas de humo sobre las dunas. Toda la paz y belleza que cantaste en tantos poemas de amor se va a podrir y va a acabar en las emanaciones del sulfato ferroso y del ácido sulfúrico, en los gases del dióxido de azufre, en la desmesurada contaminación». ¡Dios mío! susurra doña Carmosina y siente un peso en el pecho, le falta el aire.

”«A pesar de que todavía no han obtenido la autorización necesaria del Gobierno Federal para el establecimiento de tal industria en el país, los directores de la recién organizada Brastanio: Industria Brasileña de Titanio S. A. —que poco tiene de brasileña, aparte de los testaferros, mi poeta— saben de antemano que no les será permitido instalar las fábricas en los Estados del Sur. Se vuelven hacia el desdichado Estado de Bahía, donde cuatro zonas son objetos de estudio de la empresa, en busca de un lugar donde poder erigir sus fatídicas chimeneas. Técnicos y agentes se desparraman por la región *grapiúna*, entre Itabuna e Ilhéus, en el Recôncavo[37], hacia Valença y hay quien dice que hasta los suburbios de la capital, las inmediaciones de Arembepe, están bajo su mira. Sin embargo, todo indica que las preferencias de los reyes de la contaminación se inclinan por la región del litoral norte del Estado, la desembocadura del río Real, los cocotales de Mangue Seco». Mientras el cielo se oscurece, todo el calor de la tarde cae sobre doña Carmosina. Pobre Barbozinha: su amigo Giovanni Guimaraes lo alerta públicamente mientras él rima alabanzas a los dueños de la Brastanio, a los reyes de la contaminación. ¡Suprema ironía del destino! exclama doña Carmosina espantando las moscas.

—¿Necesitas algo, Carmo? —Es la voz de doña Milu, en la puerta de calle.

—Nada, mamá.

”«La región *grapiúna* es rica, mi poeta, pesa en los destinos de la economía nacional, tiene fuerzas para impedir la amenaza al mar, al río Cachoeira, a la propia plantación de cacao, importante fuente de divisas. Lo mismo puede decirse de Recôncavo, menos rico pero defendido por los restos del prestigio político de los barones de la caña de azúcar, decadentes, pero barones al fin. Arembepe sería, sin duda, el lugar perfecto, desde el punto de vista de los empresarios, debido a la proximidad de la capital, a las vías de comunicación, a la cercanía del Centro Industrial de Aratu; pero ningún gobierno, por más arbitrario que sea, se atreverá a conceder autorización para que la cintura de la ciudad sea contaminada, terminando con la pesca, inutilizando las playas, expulsando turistas, apestando a la propia capital del Estado. ¡Ah! mi poeta, sólo resta el municipio de Agreste, olvidado por Dios y los hombres, desprotegido y sin suerte. El habitat de la Maldita será Mangue Seco. ¡Atención, poeta! Van a andar por ahí, si es que no anduvieron, los emisarios de la contaminación, prometerán el oro y el moro, progreso y riqueza. Pero en sus portafolios repletos de monedas extranjeras llevan la muerte».

Doña Carmosina llega al final de la nota de Giovanni Guimaraes empapada en sudor. Oye de lejos la voz de doña Milu que conversa en la puerta con una vecina. Lee las últimas líneas: «Levanta tu voz, poeta, toma la lira y haz oír un grito de protesta, defiende la paz y la belleza de tu rincón soñado, despierta la cólera del pueblo e impide que la contaminación se instale sobre colinas y playas, baje al fondo de las aguas, cubra de negro el diáfano cielo de Agreste». La crónica termina repitiendo la misma advertencia grave y terrible del comienzo: «¡Tu paraíso está amenazado de muerte, poeta!».

Doña Carmosina, con las manos temblorosas y el corazón palpitando desacompasadamente, se levanta, olvida su gripe, se viste a los apurones y sin dar ninguna explicación a doña Milu, además del vuelvo en seguida, sale corriendo con el diario en la mano a buscar a Barbozinha. A esa hora de la tarde el poeta generalmente está en el bar, mirando el partido de billar o de *gamão*[38] entre Chalita y Plínio Xavier. Pero donde comienza la calle da Frente a quien ella encuentra es al comandante Darío que ni bien la ve, pregunta:

—¿A dónde va con tanto apuro, mi querida Carmosina? —se acerca y comprueba lo alterada que está su amiga, recuerda que ella debería estar en cama, se asusta—. ¿Pasó algo?

Doña Carmosina le extiende el diario:

—Lea.

Ahí mismo, en el medio de la calle, el comandante devora la crónica. Interrumpe la lectura para maldecir:

—¡Por mil demonios!

DE LA NUEVA Y DISCRETA CONVERSACIÓN EN EL ELEGANTE AMBIENTE DEL «REFUGIO DE LOS LORES»; DISCRETA A PESAR DE LA ORDINARIEZ (EN TODO SENTIDO) DE SU EXCELENCIA.

—Lo que se está planeando, mis queridos amigos, es una locura. Debería meterlos a todos en la cárcel.

Éstas fueron las palabras con que Su Excelencia abrió la conversación. Se había quitado el saco; la muchacha desnuda que estaba sentada sobre sus piernas jugaba con los tiradores negros que sostenían los pantalones del eminente estadista y resguardaban los rollos de su barriga. En el avejentado rostro de Su Excelencia había manchas coloradas. Tenía ojos astutos, gestos cansados, voz arrastrada; era la vulgaridad y la prepotencia.

El Magnífico Doctor no responde, sólo sonríe, espera que las niñas terminen de servir las bebidas y se retiren. Una de ellas le hace acordar a Bety, por ser tan pelirroja; le despierta el apetito. Quién sabe, tal vez después de la entrevista.

El Viejo Parlamentario tampoco se siente cómodo en presencia de las mujeres. No tiene nada contra ellas ni contra el hecho de que estén desnudas, hace siglos que el Viejo Parlamentario frecuenta la casa, es habitué desde los tiempos de madame Georgette, cuando el actual «Refugio de los Lores» se llamaba Nid d'Amour. Le gustan las muchachas y le gusta verlas desnudas, no existe mejor colirio para la vista cansada, según afirma. Pero todo tiene su momento y su lugar y si el lugar es adecuado para el desnudo artístico, el tema no lo es para oídos extraños, no se debe confundir aserrín con pan rallado.

Una de las nudistas se apoya en el elegante paraguas negro de propiedad del Viejo Parlamentario. Educado en Oxford, el viejo Parlamentario adquirió hábitos y costumbres de lord inglés: alto y flaco, buen porte, bigote blanco y altivo, traje cortado por un sastre inglés, una flor en la solapa y apariencia flemática. Ciertamente le desagradan los modos vulgares de Su Excelencia. Su Excelencia es lo opuesto a un lord inglés y si no fuera por el *status* que alcanzó —¡pobre São Paulo!— (Vargas le besó la mano durante la otra dictadura), por su posición renovada y mantenida a costa de variados y discutidos recursos y alianzas, jamás le sería permitida la entrada en un círculo tan distinguido y reservado.

Cuando Su Excelencia se refirió a la cárcel, el Viejo Parlamentario tosió, para advertirle la inconveniencia de tratar temas importantes, de altos intereses y patrióticas consecuencias, en presencia de las jóvenes de indiscutible gracia y tentadores recursos pero decididamente inadecuadas para la ocasión, para el elevado debate socio-económico. Carraspeó con cautela y miedo: Su Excelencia, impulsivo, cuando es interrumpido reacciona a veces con brusquedad ofensiva. Acostumbra a tratar de ladrones a sus auxiliares directos, secretarios, oficiales de gabinete —por otro lado no hace más que emplear el término exacto, porque lo son, y ¡cómo!— y no respeta ni la edad avanzada ni el mandato parlamentario de los correligionarios, sobre todo ahora, con el Poder Legislativo tan decadente.

Al oír el tímido carraspeo, Su Excelencia hace una mueca, está a punto de abrir la boca para decir lo que piensa del Viejo Parlamentario y de su manía de prudencia y discreción, pero se contiene. De hecho, el amoroso gesto de la niña que está sentada en sus piernas y que le masajea el cogote, es incompatible con la reunión de trabajo; ni siquiera en una casa de citas, un estadista puede entregarse al necesario relax. Tratará de que la charla sea concreta y breve. Con una palmada en el dulce trasero, desaloja a la niña y la despide. Les recomienda:

—Esperen en el cuarto. —Sonríe a la otra, la picante pelirroja que despertó el interés del Magnífico Doctor, quien sigue la escena resignado. No todo en la vida es un lecho de rosas, ¿no es así? Existen muchas pelirrojas en el mundo. ¡Todo sea por el bien de la Patria!

Las mujeres salen formando un apuesto séquito, dejan las botellas, los vasos están servidos. Esa marca de whisky no existe en el Palacio de los Campos Elíseos, se encuentra sólo en el Jockey Club y en el «Refugio de los Lores». Su Excelencia saborea con cara de entendido:

—Esto sí que es whisky, los demás son una porquería. Mando comprar el mejor y los ladrones compran whisky falsificado, se guardan la diferencia. Debería meterlos a todos en la cárcel. A ustedes también. A la dirección completa.

El Empresario Audaz, con su orgullosa y ardiente juventud, salido de la Facultad de Administración y Economía donde hoy da conferencias, después del brillante curso de ejecutivo en Estados Unidos, competentísimo tecnócrata, uno de los cerebros mejor dotados de la nueva generación, amaga con abrir la boca para contestar, pero el Magnífico Doctor se lo impide con un gesto casi imperceptible. Si él protestara, echaría todo a perder: el testaferro se asusta, a él también le pagan para evitar gaffes involuntarias de los señores directores, técnicos formidables, políticos desastrosos. No son del ramo, como dice Su Excelencia, cuando se refiere a los empresarios —y muy particularmente— a los militares.

Al ver sonreir a Su Excelencia, bajándose los tiradores con un gesto bonachón, a la manera provinciana, el Empresario Audaz reconoce la experiencia y la habilidad del Magnífico Doctor; para semejantes misiones es invencible en experiencia y tino. Su Excelencia inicia la rendición de cuentas:

—El Senador puede decir cuánto trabajo tuvimos.

El Viejo Parlamentario, tranquilizado con la retirada de las muchachas, pero siempre contenido, tal como compete a un británico («su aire británico, su elegancia londinense», así lo haría definido un cronista parlamentario que le debía pequeños favores), demostró su apoyo con un movimiento de cabeza y reforzó la afirmación de Su Excelencia:

—Un trabajo excesivo.

Su Excelencia hablaba mientras se desvestía, las niñas esperaban en el cuarto:

—El Senador puede decir también cuánto tuvimos que gastar…

Sólo con un significativo gesto, el Viejo Parlamentario demuestra la enormidad

de la suma empleada. Su Excelencia, en camisa y calzoncillos, con la faja dorada bajo la voluminosa barriga, levanta su copa, los demás lo acompañan en el brindis:

—Hoy nadie hace favores gratuitamente, todo significa un riesgo. En la actual situación nadie se puede considerar seguro. —Cuenta con los dedos—. Trabajo, dinero y riesgo. Mucho riesgo. A pesar de eso obtuve la autorización para el funcionamiento de la industria. Pero ya saben: vayan a contaminar lejos de aquí, São Paulo ya no aguanta tanto smog. —Los ojos victoriosos pasan del Magnífico Doctor al Empresario Audaz—. Otro no lo hubiera consentido, sólo yo. ¿Saben lo que eso significa?

—El país ha de agradecérselo. Su Excelencia, contesta entre atrevido e ingenuo el Empresario Audaz.

—¡El país, una porra! —salta impulsivo, como se sabe, Su Excelencia.

Mira al Empresario Audaz: ¿ese sujeto pretende hacerle bromas? La figura de provinciano bonachón desaparece nuevamente se yergue el mayoral, señor de horca y cuchillo, aquel que manda y dispone.

El Viejo Parlamentario, inmóvil, británico, posa sus ojos confiados en el Magnífico Doctor, cuya voz meliflua, en tono menor pero audible, pone la gratitud en sus términos debidos:

—El país y la Brastanio, Excelencia. ¿A cuánto ascendió la Navidad de los niños pobres de São Paulo? ¿Lo recuerda, Excelencia?

El Empresario Audaz se estremece al oír la cantidad absurda. Quiere hablar, conseguir una rebaja, pero otra vez el gesto casi imperceptible del Magnífico Doctor lo retiene: con Su Excelencia no vale la pena andarse por las ramas, es peligroso; la concesión del permiso todavía no fue publicada y ciertamente no lo será antes de que todo esté en orden, que la suma esté depositada en el Banco, en Suiza, tal como en los folletines sobre ventas de armas y pozos de petróleo. El Magnífico Doctor se adelanta en una pregunta cuya respuesta ya conoce:

—¿Cómo siempre?

—Exacto.

Al salir por la puerta que da al cuarto donde lo esperan las dos mujeres resignadas, Su Excelencia se dirige al Magnífico Doctor mientras señala al Empresario Audaz:

—Mudo, es mejor que cuando habla. Al abrir la boca, lo caga todo. El día que tú dejes a estos ladrones, búscame, tengo un puesto para ti en mi gabinete.

Una de las niñas vuelve apurada a la sala para buscar la ropa de Su Excelencia. Ni bien cierra la puerta, el Viejo Parlamentario alza su paraguas y carraspea. El Magnífico Doctor comprende, tiende la mano hacia el portafolios. No pregunta el costo de la Navidad de los pobres del Senado, había arreglado precios y valores con el Joven Parlamentario al comienzo de la larga y trabajosa operación, allí mismo, en el «Refugio de los Lores».

Abre el portafolios, llena un cheque (al portador, naturalmente). Para cada

situación una salida, para cada socio, una propina, más o menos gorda, pero siempre ponderable. El Magnífico Doctor piensa en términos de propina, propina es lo que se da a un criado, aunque luzca *smocking*, frac o chaqué. Excitante partido de ajedrez. Algunas veces termina en escándalo o en procedimientos, pero son las menos. A veces en la cárcel. Se encoge de hombros: pero nunca en Brasil, por lo que recuerda. De cualquier manera, siempre hay un riesgo cuando se desea gozar al máximo de la vida. Además de ser una estimulante diversión, tiene que emplear la inteligencia que Dios le dio para mover todas las piezas: las canalladas de Su Excelencia, la hipocresía del Viejo Parlamentario, la presunción del Empresario Audaz. Todo sería perfecto si no fuera porque perdió a la pelirroja en una sucia jugada de Su Excelencia.

El Viejo Parlamentario embolsa el cheque, después de comprobar el monto: sólo lo arreglado, ni un centavo más, ¡correctos avarientos! El rostro impasible no demuestra la decepción. Al final de cuentas quien se empeñó y arriesgó fue Su Excelencia, por eso mismo recibe aquella inmensa suma, en divisas a salvo, en Suiza. ¡Qué lindo país es Suiza!, aunque todavía está lejos de la perfección de Inglaterra. Va a levantarse —hay una niña, sólo una, la más jovencita de todas, que lo espera— cuando el Magnífico Doctor trae otra cuestión que abre inesperadas perspectivas:

—Su Excelencia se retiró antes que pudiésemos hablar del problema de la localización…

—Ya saben que en São Paulo no puede ser. Por otro lado, en todo el sur tampoco.

—Ya nos decidimos por Bahía. El problema es dónde, en Bahía… —el Magnífico Doctor expone sus opiniones sobre lo que él llama «pequeño pero importante detalle».

El Viejo Parlamentario se permite sonreír británicamente, en su flemático rostro de lord aparece un matiz de satisfacción. ¡Ah! los poderosos y los necesitados empresarios tendrán que pagar caro, esta vez no tratan con la ávida inexperiencia del Joven Parlamentario. Precio elevado, sirs. Para empezar, por la información confidencialísima, circunscripta todavía a los escalones más altos: consta que están pidiendo la cabeza de Su Excelencia. Hablan de anulación, nada más ni nada menos. Sí, porque es un corrupto. Después tendrán que establecer nuevos contactos para resolver el «pequeño pero importante detalle», importante y gran problema, ni pequeño, ni detalle. ¡*God save the King*!

Todo fue tratado con discreción y refinamiento, entre caballeros. Su Excelencia es un guarango, un puerco, un asco, lo opuesto a un Lord.

DE ASCANIO TRINDADE ENTRE LA ESPADA Y LA PARED.

En el auge de la discusión, sin argumentos, ya contra la pared, Ascanio Trindade pierde la cabeza, abandona la habitual amabilidad y, mandando al infierno el respeto debido a la situación social, rango y edad de los interlocutores grita a quien quiera

oírlo, en el Areópago y en la calle:

—Agreste no va a cerrar las puertas al progreso porque el comandante tiene una casa en Mangue Seco y quiere gozar solo de las delicias de la playa. No va a ser por unos pocos privilegiados que impediremos que las industrias se instalen en nuestra tierra. Agreste se redimirá, duela a quien duela.

Casi un discurso, si no fuera por la exaltación. Ascanio es una criatura fácil de entusiasmarse, de trato cordial y convivencia agradable, patriota que se desvive en sus quiméricos proyectos de volver a levantar ese decadente burgo, ha mandado innúmeras cartas a las secciones de turismo de los diarios de la capital. Hasta entonces, contó con la estima, el apoyo y los aplausos unánimes de sus paisanos.

Cuenta con el apoyo y el aplauso de la gente importante, por la cordialidad y deferencia con que los acoge cuando tienen algo que tratar en la Municipalidad y por el esfuerzo desempeñado en pro de Agreste. Hace seis años que es secretario de la Municipalidad y ya ha realizado milagros, entre los cuales está el de poner al día el pago de los impuestos municipales, pequeños, pocos y como si esto fuera poco, sistemáticamente negados. Ha enfrentado el favoritismo de los intendentes, el total desinterés del tesorero Lindolfo Araújo, galante presencia que adorna la Municipalidad, empleado nulo, incompetente y la oposición de comerciantes y hacendados mal acostumbrados, y sin embargo consiguió poner en orden las finanzas de la Municipalidad, sin tener desavenencias con nadie —ver para creer.

Se ganó la estima de los pobres, (los del pueblo y los del interior), por la atención que dispensa a cada uno de los numerosos y complicados problemas que traen al jefe de la comuna, en realidad a su delegado, con esperanzas de solución, a veces fácil, otras difícil, cuando no imposible.

Reivindicaciones, protestas, quejas, desaveniencias, peleas entre vecinos, cercas que se han movido durante la noche modificando límites y aceras de quintas y terrenos; animales que invaden lugares ajenos; un mundo de problemas mezquinos propios de la vida de un paupérrimo municipio. En su mayoría son cosas personales, que nada tienen que ver con la administración pública. No por eso Ascanio deja de prestarles atención y, frecuentemente, de resolverlos.

A veces hace de alcalde, consejero y juez, soluciona litigios, lima asperezas, aclara dudas, conduce al casamiento a seductores que se resisten pero que son responsables de la panza de incautas o apuradas novatas, llega a recetar remedios para la flojedad de los intestinos, para el estreñimiento y las barrigas hinchadas por desnutrición. Oye con atención interminables charlas de campesinos sobre las mañas de algún maldito padrillo o las desventuras de un septuagenario abandonado por mujer e hijos, quien, solo en el mundo, tiene que labrar un árido e ingrato pedazo de tierra. Cuando es necesario, tiene que ser veterinario y agrónomo.

Encuentra siempre una palabra de aliento y de consuelo para los casos sin solución. Si bien es cierto que, de acuerdo con el cargo de secretario de la Municipalidad, tiene un limitado número de obligaciones, el hecho de estar como

representante o suplente permanente del alcalde no le deja tiempo libre. Sobre todo los sábados, durante y después de la feria. Atiende a todos, sin excepción.

Actúa así, sin ningún interés personal, gratuitamente, sin pedir nada a cambio. Sin embargo, no pide, pero recibe. Recibe consideración y víveres. Le dicen doctor, no porque cursó tres años de facultad, sino porque lo consideran como tal, erudito, sin particularizar el título concedido, doctor de esto, doctor de lo otro. Simplemente doctor. Le traen pequeños regalos, aunque no necesiten consultarlo.

Vale la pena verlo los sábados al atardecer, cuando va hacia su casa donde la vieja Rafa lo espera fumando su pipa de barro: lleva provisiones para alimentarse durante una semana. Son regalos traídos por los campesinos y labradores, que le proporcionan un riquísimo y variado menú: patas de chancho y de cabrito, corderos gordos —cebé uno bien cebado para que mande hacer un caldo y se alimente bien, explica la vieja vendedora de mandioca—, olorosas yacas, cachos de bananas amarillentas, raíces de *ñame* y *aipim —aipim-cacau,* doctor, tan tierno que se deshace en la boca, asegura el mulato risueño y desdentado—, fina harina de mandioca, *beijus* mojados en leche de coco, *quiabos, maxixes, chuchus* y *jilos*, todo elegido para ese muchacho paciente y bondadoso. Muchos alimentos que alcanzan para cuatro casas ya que Ascanio divide carnes, harina, espigas de maíz, frutas, raíces y legumbres con el rengo Leoncio y el soñador Lindolfo —un día se armará de coraje y embarcará en la «marineti» de Jairo para enfrentar los micrófonos de una estación de radio o las cámaras de la televisión en Salvador—, quien a su vez reparte su ración con la familia de Chico Sobrinho, en cuyo acogedor hogar cena los sábados y almuerza los domingos.

Es necesario tener en cuenta, para explicar el arrebato de Ascanio que, a partir de la tarde anterior, cuando estalló en el pueblo la noticia de la crónica de Giovanni, su vida no ha sido fácil. Le hartaron, ésa es la verdad.

Jamás la popularidad de *A Tarde* había alcanzado índices tan altos en esa región. Todos querían leer la crónica, ¿dónde encontrar ejemplares del diario? Habitualmente el único que está a disposición del público es el de propiedad de don Manuel, colocado sobre el mostrador del bar, hojeado por los parroquianos, leído por Aminthas y Fidelio. Esa tarde anduvo de mano en mano antes de desaparecer misteriosamente. Siguiendo el consejo de Aminthas, don Manuel, basado en las leyes de oferta y demanda, había tratado de cobrar alquiler por el préstamo de la gaceta, lo cual provocó una revuelta general. El mismo Aminthas propuso, en compensación, la inmediata socialización de todo el stock de bebidas del bar, como castigo por la ganancia del aprovechador. La atmósfera, entre jocosa e inquieta, participaba del pánico y de las bromas.

Cuántas veces, desde aquel amanecer hasta bien entrada la noche, Ascanio tuvo que repetir la misma explicación: le parecía prematuro cualquier juicio. Prematuro e injusto, pues sólo conocían —si es que conocían— los argumentos de un periodista adversario de la Brastanio. Antes de expresar opinión o tomar partido es necesario

conocer las razones de los directores y técnicos de la empresa.

Al anochecer, cuando se dirigía a lo de Perpetua para su encuentro sagrado con Leonora —acostumbraban dar vueltas por la plaza, tomados de la mano—, le salió al encuentro el poeta Matos Barbosa, exaltado, con un ejemplar de *A Tarde,* cedido por el árabe Chalita, uno de los cinco suscriptores privilegiados. Durante horas, Ascanio había escapado de él, sabía que era presa de un lastimoso estado de ánimo.

Al principio, el vate se consideró desmoralizado para siempre, cubierto de oprobio debido al poema de honor dedicado a la monstruosa industria que su querido y gran amigo Giovanni, excelso cronista, había denunciado a la nación en una carta abierta dirigida a él, Matos Barbosa, poeta y filósofo, a través de las columnas ilustres de *A Tarde*. Era un inmenso honor, superado por una deshonra mucho mayor: la resultante de los repudiados alejandrinos. Por suerte, como los chiquilines estaban enloquecidos con los regalos —regalos miserables, dígase de paso, eran unas mierdas, según los calificaba el bardo un tanto tardíamente— nadie había prestado atención a los renegados versos, sin embargo oídos y aplaudidos por los amigos presentes aquel día de la tertulia en casa de Perpetua.

Al verse envuelto en vergüenza, corrió junto a Tieta, quien, riendo y bromeando, le levantó el ánimo, haciéndolo resurgir de las cenizas. Así supero el abatimiento y se sintió mejor. Ahora, renovado, venía a informar a Ascanio, a quien no culpa por el terrible *quid pro quo*, sabía que era tan inocente como él de las criminosas intenciones de la Brastanio, que había convertido la lira en arma de combate y estaba produciendo a tambor batiente, una serie de poemas satíricos y coléricos, con los cuales piensa intervenir de manera decisiva para impedir la concreción de los maléficos planes de la excomulgada Brastanio, arrancará la máscara y expondrá la hipocresía y la vileza de los criminalísimos directores. Enviará a Giovanni por correo, para ser publicados en *A Tarde*, los primeros poemas. Enarbolaba su bandera de guerra. Por lo que se refiere a su execrable composición anterior, ya no existe: Barbozinha destruyó los originales y pediría a Leonora que le hiciera el favor de quemar con fuego purificador la copia que hizo después de la lectura.

Cansado y con atraso para su encuentro con Leonora, Ascanio no intentó hacerlo renunciar a su denuncia poética, sería perder tiempo y saliva. Le prometió que destruiría la copia pero no lo engañó: reservaba su opinión sobre el asunto para cuando tuviera más informaciones. ¿Para qué más informaciones? Serían inútiles, fuesen cuales fuesen, consideró el poeta, ante los inapelables argumentos de su excelso amigo Giovanni Guimaraes.

Con ese estado de ánimo, después de una noche de mal dormir, pesadillas en las que veía magníficos rascacielos erguidos en las dunas de Mangue Seco y reconocía cardúmenes de peces muertos, sin tener todavía argumentos para enfrentar y refutar las afirmaciones del cronista, Ascanio oyó íntegramente la lectura del maldito artículo, como si no lo hubiese leído y releído en la víspera. Y era más fúnebre todavía en la voz acatarrada de doña Carmosina, entrecortada por toses y sarcásticos

apartes (de ella y del comandante). Al terminar, le ofreció una copia dactilografiada, había hecho tres: una para él, otra para el comandante, la tercera para cualquier emergencia.

Al principio dijo cautelosamente que aclararía el asunto y que no podía, debido a una simple crítica, aunque estuviese firmada por Giovanni Guimaraes, condenar un proyecto tan vital para la comunidad: la implantación en tierras del municipio de fábricas de una industria cuya importancia era indudable. En el lejano y abandonado cocotal, en Mangue Seco, en tierras deshabitadas, sin ninguna especie de utilidad.

¿Lejano y abandonado? ¿Sin ninguna utilidad? La indignación del comandante iba creciendo: ¿Para Ascanio no existían los pescadores de Mangue Seco? ¿Y los ciudadanos de Agreste que tenían casas de veraneo en la playa?

Ascanio se impacientó. No se refería a la playa de Mangue Seco y sí al cocotal. El proyecto de la Brastanio, él mismo había visto los planos y diseños, se localizaba mucho más abajo y más hacia el interior y no al lado de la playa. Aunque hubiese algún tipo de contaminación —y no existe ninguna industria sin contaminación— no alcanzaría ni a los peces ni a los veraneantes…

Poco a poco, los curiosos se fueron juntando en la puerta y en la acera de la agencia, para oír el emocionante debate. Doña Carmosina, animada por la presencia de público, superó la angustia de la gripe y retrucó con un argumento indiscutible: no se trata de cualquier industria, con un tolerable porcentaje de contaminación. Estaba en juego la producción de dióxido de titanio, ¿Ascanio sabe lo que eso significa? Lo invitó a leer el artículo publicado en *O Estado de São Paulo*, la sentencia del juez Viglietta; el comandante había guardado el recorte. Una fábrica instalada en el cocotal no sólo alcanzaría la playa, anulando la pesca y los baños de mar, sino que también destruiría la población de Mangue Seco al envenenar las aguas y el aire y transformar, como había escrito el juez italiano en la corajuda sentencia, el océano en un tacho de basura.

Ascanio, respondió bruscamente, puso en su lugar las evidentes exageraciones de doña Carmosina. Para empezar, dijo, no existe en Mangue Seco ninguna población de pescadores, sólo una pequeña aldea compuesta por media docena de casas de desocupados al servicio del contrabando, punibles por ley, si se diera cumplimiento a la ley. Los veraneantes no pasaban de cuatro o cinco matrimonios, la mayoría de ellos prefería ir a Saco, donde el mar no ofrece ningún peligro para bañarse y donde hay más confort, inclusive almacén e iglesia. En cuanto al volumen de la contaminación, sólo cabe la opinión de los técnicos y no la de un simple periodista sin categoría científica.

Doña Carmosina se curó de la gripe, de tan ofendida que estaba: que Ascanio se diese por enterado de que Giovanni Guimaraes no era un simple periodista, era un hombre inteligente y culto, con un nombre para cuidar. Ascanio todavía estaba en la facultad cuando él estuvo en Agreste en una inolvidable visita, por eso no lo conoce. Doña Carmosina no admite que se trate de rebajar la figura, de poner en duda la

capacidad y la honradez de un sincero amigo de Agreste. Vehementemente afirmó su disposición, la suya y la del comandante, de luchar por todos los medios contra lo que habían pasado a llamar «el humo de la muerte» que, por otra parte, según la aclaración, docta y precisa, de doña Carmosina, es amarillo y no negro; en eso, Giovanni se había equivocado.

En seguida se arrepintió de su inoportuno exhibicionismo pues Ascanio se aferró al error del periodista, ¿señalado por quién? ¿Por un adversario? No, por su mayor admiradora y amiga. Si él ni siquiera sabe cuál es el color del humo, imagínense el resto. ¿Dónde encontrar mejor prueba de la incapacidad científica de Giovanni? Excelente persona, actúa de buena fe, Ascanio no lo duda, pero en materia científica es un perfecto ignorante. No basta ser el autor de crónicas burdas…

La historia del color del humo provocó risas, Ascanio se anotó un punto. Doña Carmosina se puso furiosa. Al apegarse a un detalle sin importancia, en medio de la voluminosa masa de datos concretos presentada por Giovanni en su crónica, Ascanio actúa de modo deshonesto. En violenta defensiva lo acusó:

—¡Eres un deshonesto! —silabeaba la palabra hiriente—: ¡des-ho-nes-to!

Según el comandante era mucho más que eso. Señaló algo que le parecía imperdonable actitud de Ascanio: debido a su condición de secretario de la Municipalidad, hace mucho que está enterado de los proyectos de la Brastanio, y los escondió ante el pueblo, mintió al referirse a planes de turismo, se hizo cómplice del crimen proyectado. Era una actitud que le parecía poco compatible con el ejercicio de un cargo de confianza. Era una traición a la comunidad.

Fue demasiado, Ascanio se levantó y lanzó todo lo acumulado, lanzó las conocidas frases sobre los pocos privilegiados y las delicias que el comandante quiere disfrutar en soledad, su intento egoísta de impedir el progreso del municipio, la instalación de la industria redentora. Extiende el brazo y el dedo:

—¡El progreso de Agreste pasará por encima de quien sea! —Afirmación solemne y agresiva.

Pasa entre los curiosos y se dirige a la Municipalidad. Aminthas, espectador mudo y aparentemente respetuoso, define las frase y la situación:

—¡Es una declaración de guerra! —se vuelve a Osnar—. Comenzó la guerra del humo, maestro Osnar. ¿En qué batallón te vas a alistar? ¿En el del humo amarillo o en el del humo negro?

Osnar no se ríe, sólo sacude la cabeza. Ese asunto no le gusta nada.

DONDE EL COMANDANTE DARÍO DE QUELUZ RECLUTA VOLUNTARIOS.

Al timón de la canoa de motor, el comandante Darío espera que Tieta termine de leer la crónica de Giovanni Guimaraes. Doña Laura y él pasarán las fiestas de Año Nuevo y Reyes en Mangue Seco. Tieta y Ricardo aprovechan el viaje y la compañía:

van a dar el último empujón a las obras del Curral do Bode *Inácio*, que está atrasado debido a la fiesta de Navidad; cualquier excusa sirve a los obreros para no trabajar. Tieta quiere inaugurar la choza —así la llama— antes de volver a São Paulo, lo cual será inmediatamente después de la instalación de la luz de la Hidroeléctrica; no había pensado prolongar tanto tiempo la estadía. Había ido por un mes y terminará quedándose dos; para quien tiene negocios que atender es un absurdo. Mandó hacer en Agreste una cama ancha, con colchón de lana, para el Corral: allí se despedirá de Ricardo cuando llegue el momento de partir. Por intermedio de Asterio encargó sillas y mesas plegables y catres; compró hamacas en la feria. Para los huéspedes: el *Viejo* y Tonha, las hermanas, los sobrinos, los amigos que utilizarán el Corral en su ausencia.

La primera reacción de Tieta, después de la lectura, alarmó al comandante. Le devolvió las páginas dactilografiadas y comentó:

—En este asunto hay un dineral en juego.

—¿Un dineral?

—¿No fue usted quien me dijo que esas tierras del palmar no tienen dueño y que están desocupadas?

—No es exactamente así. Dueño tienen, pero nadie sabe quién es. Modesto Pires compró una parte, la que era de un grupo de pobladores. Él fue quien me dijo que no compró más debido a la incertidumbre, el cocotal tiene no sé cuántos dueños, lo que equivale a no tener ninguno.

—Entonces, nosotros podemos comprar esos terrenos para vendérselos a los de la compañía. Compramos a precio de uno y lo vendemos al de diez o veinte. Felipe era un crack en esas operaciones.

—Dios me libre, Tieta. No quiero ganar dinero a costa de la desgracia de mi tierra.

—Comandante, como nosotros no lo podemos impedir, ni podemos hacer nada, por lo menos ganemos un poco de plata. Cuando Ascanio empezó con ese asunto de turismo, yo pensé en comprar algunos terrenos por aquí.

—Primero, yo no tengo con qué comprar ni un gato muerto; segundo, va a ser de lo más problemático encontrar a los dueños; tercero —hizo una pausa antes de hablar — no me voy a cruzar de brazos, Tieta. Voy a luchar. Soy el hombre más tranquilo del mundo, pero esa gente no va a contaminar Agreste sin oírme. Eso no.

La pesada canoa, impelida por el motor de poca fuerza, baja por el río sin apuro. La exaltada voz del comandante conquista a Ricardo. Al principio, el seminarista había seguido la conversación medio distraído, su pensamiento vagaba por la corriente. Esos días en Agreste, las fiestas de Navidad, habían dejado recuerdos y marcas, tenues, pero persistentes. Están presentes en su cabeza y siente placer al recordarlas. Por primera vez se dio cuenta del interés con que, en la calle y en la iglesia, ciertas mujeres lo miraban. Las muchachas asomadas a las ventanas, lo seguían con la vista, cuando él pasaba de sotana para ir a ayudar al padre Mariano en

misa o cuando cruzaba la plaza, de *shorts* y remera, camino al lío. Cinira se mordía los labios al verlo pasar y suspiraba; doña Edna ni qué hablar; se lo comía con los ojos aunque estuviera delante del marido. En la fiesta de Navidad, Ricardo sintió el contacto con las caderas redondas de doña Edna, que lo embestían en medio de la confusión. El recuerdo más pertinaz y agradable es el de Carol, semiescondida tras la ventana, sujetando la cortina y sonriéndole, con los labios entreabiertos, carnosos, los ojos húmedos. Al darse cuenta de que él estaba por pasar, Carol se retiró de la ventana para poder espiarlo mejor y para sonreírle —debía esconderse debido a su condición de amante de un ricachón. Era más joven y más oscura que la tía, tenía el mismo busto abundante, idénticas caderas, poderosas y manuables, la misma exuberancia de carnes, ¿quién sabe si la misma alegría?

En Agreste, Ricardo no se había detenido a pensar en esos meneos y sonrisas, esos labios que se mordisqueaban y esas caderas en sutil navegación. Se deshacían en el humo del incienso. Vuelven en la canoa y en el espejo del río puede ver caros y gestos que no le desagradan. A la noche tendrá a Tieta en sus brazos, sobre las dunas, como la primera vez. Delante del comandante y de doña Laura eran tía y sobrino bien educados. Ella dormía en la cama de una plaza y él en la hamaca. En la arena, en lo alto de las dunas, desaparecía el parentesco, el viento transportaba los suspiros de amor hacia el otro lado del océano. Hace poquísimos días que todo eso comenzó y parecía una enormidad de tiempo, pues Ricardo, en ese interín, se transformó en otro. ¿Cuántos días? ¿Cuántos años? Lo curioso es que nunca se había sentido tan cerca de Dios y tan convencido de su vocación sacerdotal, ¿por qué? Cuando se lo dijo a Fray Timoteo, el franciscano no percibió ninguna contradicción en el caso, al contrario.

—Has puesto a prueba tu vocación. Ahora estás en paz contigo mismo.

Ricardo emerge de esos pensamientos para oír la vehemente declaración del comandante, mientras su voz sube de tono:

—Voy a pelear y cuando yo peleo lo hago en serio.

—¿Piensa que vale la pena, comandante? —hay escepticismo en la voz de Tieta.

—Es lo que yo me pregunto —doña Laura interviene, preocupada.

—Aunque no sirva de nada, no voy a dejar que destruyan Mangue Seco sin que yo proteste.

La canoa atraviesa el agua, bordea al río que se ensancha en las proximidades de la desembocadura. El paisaje gana en belleza, se avista a lo lejos el océano, la corriente se hace más rápida, la embarcación más leve. La voz del comandante baja de tono, pero conserva el acento apasionado, trata de convencer:

—Óigame, Tieta, piense en lo que le voy a decir. Si yo abro la boca en Agreste para protestar, no voy a conseguir nada, ésa es la pura verdad. Me van a oír porque me respetan, algunos estarán de acuerdo, pero nadie va a hacer nada. Lo mismo sucede con Barbozinha, no va a ganar nada al escribir tantas poesías. Tal vez A Tarde publique algún poema. ¿Y para qué? Para nada. Hasta puede pasar que venga alguien a burlarse de él, a acusarlo por veleta: primero elogió a los hombres de la Compañía,

les dijo Reyes Magos, y después, cuando su nombre apareció en el diario, se pasó para el otro bando. Ya se sabe cómo es la lengua del pueblo.

—¡Pobre Barbozinha! Está muy apenado. Cuando se enteró de la crónica, casi se vuelve loco, dijo que estaba desmoralizado, me dio un trabajo bárbaro…

—Se fue atrás de Ascanio, ahí está el resultado…

—Ascanio no tiene la culpa, él tampoco sabía nada de esa… ¿Cómo es el nombre?

—Brastanio.

—Prometieron progreso, mandaron regalos, Ascanio estaba recontento. A cualquiera de nosotros le podía haber pasado lo mismo.

—No lo niego. A Ascanio se le metió en la cabeza que tiene que volver a levantar el municipio, repetir la administración de su abuelo que fue el mejor alcalde de Sant'Ana do Agreste en épocas lejanas. Dio luz a la ciudad, empedró las calles, construyó el puerto, el edificio de la Municipalidad. Pero Ascanio con sólo oír hablar de progreso se vuelve loco, con eso puede echar a perder todo lo que tenemos: el clima, la belleza, la paz. Le digo una cosa, Tieta: él no va a contar con mi voto en las elecciones.

—No diga eso, comandante. Ascanio, con el amor que siente por Agreste, puede hacer muchas cosas buenas…

—… y muchas cosas malas. Antes, yo no dudaba de la honradez de Ascanio. Pero lo que hizo estuvo muy mal.

—¿Qué hizo?

—Él estaba al tanto de los planes de esa gente, vio los proyectos y los planos, estaba enterado de todo y se calló la boca, se lo pasó embaucando a todo el mundo con ese cuento de turismo…

—El pobre no sabía nada del peligro dice el diario… Parece que es de lo último, ¿no? Por lo que dice en el diario…

—Si será… No hay nada peor. Vamos a suponer que él no sabía nada del peligro. ¿Pero cómo explicar que continúe defendiendo a la Brastanio después de leer el artículo de Giovanni Guimaraes? Esta mañana nos dijo de todo a Carmosina y a mí en la agencia de Correos. Tengo experiencia, Tieta, aprendí que lo peor que le puede pasar a un hombre es tener ambición de poder. No hay honradez que resista.

Señala hacia las dunas de Mangue Seco que surgen en medio del fuerte oleaje y se yerguen delante del mar; de la embestida se eleva una cortina de agua. La voz del comandante es ardiente:

—¿Se imagina todo esto cubierto por la contaminación? El progreso es algo grande, pero es necesario saber qué especie de progreso. —Posa su mirada en Tieta —. Volviendo a lo que estaba diciendo: si fuéramos Barbozinha, Carmosina, dos o tres más y yo, a protestar, no se va a ganar nada. Pero si usted, Tieta, se uniera a nosotros para alzar la voz y tomar parte, la cosa cambiaría…

—¿Y por qué yo?

—Porque para el pueblo de Agreste usted es importante. Y tienen razón: la luz de la Hidroeléctrica, la viejita salvada del incendio, su figura, su bondad, su franqueza, su amor por la vida. Para la gente de Agreste, después de la Senhora Sant'Ana, está usted. Lo que diga es ley. ¿No se dio cuenta?

—Sé que me quieren, siempre me quisieron. Quien me echó de Agreste fue el *Viejo*, por miedo a la lengua de las beatas, no fue el pueblo. Me quieren, pero de ahí a… ¿Por qué habría de meterme, comandante? Me encanta mi tierra, cuando llegue el momento pienso terminar mis días aquí. Pero de ahí a meterme en una pelea como ésta…

—Es su obligación, permítame que se lo recuerde. Dijo que le encanta Agreste y eso es cierto. Compró una casa en el centro, está construyendo otra en Mangue Seco, lamento que no se quede aquí, sin esperar a ser vieja. —Sonrió con amistad—. Pero ¿se le ocurrió pensar que si se cruza de brazos ahora, cuando quiera volver, nada de esto va a existir, todo se va a acabar, que Mangue Seco va a ser la cloaca de la fábrica de titanio? ¿Y por qué motivo será que ningún país del mundo quiere esa industria en sus tierras?

Tieta no responde, tiene los ojos fijos en el paisaje que se va ampliando ante ella, la inmensidad del mar de Mangue Seco. Su tierra, su principio, fue allí donde comenzó. En los montes de Agreste, pastoreando cabras, en las dunas de Mangue Seco, donde fue cubierta por primera vez. Su comienzo, sí. Sin embargo, su tierra es São Paulo, la inmensa ciudad, negociante, solitaria, contaminada. Allá están sus intereses: el negocio rentable, la casa de citas más cerrada y cara del Brasil, el «Refugio de los Lores», los departamentos, el comercio en la planta baja, un platal por mes, cada vez mayor, ¿por qué ha de meterse en las dificultades de Agreste? Antes fue Tieta, pastora de cabras, la que gritaba de deseo en las dunas de Mangue Seco. Ahora es Antoinette, patrona de tantas doncellas y madame al servicio de millonarios. No tiene nada que hacer en esos confines del mundo. Si contaminan las aguas y el cielo de Agreste, la belleza de Mangue Seco desaparecería.

En la voz del comandante hay una súplica desesperada:

—Sólo usted, con su prestigio, puede salvar a Agreste.

Las facciones de Tieta se endurecen. Madame Antoinette no tiene nada que hacer en Agreste, ya es hora de volver a São Paulo. Visitó a su familia, disfrutó de la paz de esas tierras, benefició a los suyos, atendió a los pobres, basta. Repite para sí misma que no tiene nada más que hacer allí.

Sólo dejar que las aguas corran. Un día volverá y si vale la pena, cuando esté retirada de los negocios, y sea una vieja y respetable dama, pasará allí los últimos años de su vida. Es un buen lugar para esperar la muerte, según decía el viajante responsable de la zurra y de la expulsión. Si no hubiese sido para verla y tenerla en sus brazos en los escondrijos del río, ya habría huido del camino que conduce a los infelices límites de Agreste. Tenía razón: esto sólo sirve para esperar la muerte, clima de sanatorio, tranquilidad y paz, incomparable paisaje. Va a responder con un no

rotundo al comandante, cuando la asalta una duda: ¿es posible que ya no exista un lugar en el mundo, por único que sea, donde se tenga derecho a esperar la muerte?

—Si usted dice no, se acabó Agreste, Tieta. Será el fin de Mangue Seco.

Antes de que ella abra la boca, la voz de Ricardo llega desde el fondo de la canoa, imperativa:

—La tía va a decir que sí, comandante. No va a dejar que arrasen con Mangue Seco. ¿Si no, para que está haciendo el Curral do Bode *Inácio*?

Tieta se da vuelta, su niñito creció, de repente está hecho un hombre. Lo oye espantada. Su acento es decidido e inflexible:

—Leí el artículo en el diario, comandante, don Barbozinha me lo mostró. La tía no va a dejar que acaben con los peces y con los pescadores. Ni ella, ni yo. Si creen que yo sirvo para algo, cuenten conmigo, comandante.

DE LA INAUGURACIÓN DE LA INMOBILIARIA EN MANGUE SECO, CUANDO EL JOVEN SEMINARISTA RICARDO DESATA EL NUDO GORDIANO.

EN Mangue Seco es un espléndido día de sol, la inmensidad del mar, las dunas de arena, el interminable palmar están aparentemente en paz. Aparentemente, como comprobaron poco después.

Ricardo y Tieta, acompañados por el comandante —doña Laura se quedó en la Toca da Sagra con Gripa, para hacer algunos arreglos— examinan los progresos de la construcción de la pequeña casa de veraneo. El comandante sonríe ante el asombro de la tía y el sobrino: no esperaban encontrar el techo terminado. Los obreros trabajaron la semana de Navidad, ya fuera por la fama o por el dinero de Tieta, o por las dos cosas y sobre todo por la asistencia del comandante, que reemplazó a Ricardo en el control de las obras y que quiso prepararles una sorpresa. Mientras Tieta estaba cubierta de ungüentos y Ricardo la cuidaba en Agreste, él había ofrecido a los trabajadores una cerveza para brindar por el tejado y les prometió, en nombre de la ansiosa propietaria, un buen regalo si antes de Año Nuevo el techo estaba terminado. Ahora, sólo falta cementar el piso, pintar las paredes, poner puertas y ventanas y cercar el terreno donde, en una esquina, el providencial y habilidoso comandante Darío había metido en la arena un tronco en el que grabó el nombre tan singular de la casa de veraneo de Tieta. Desde allí se ve la Toca da Sopa y Nosso Cantinho, la amplia y confortable vivienda de Modesto Pires. Allá a lo lejos, cerca del río, se avista la casa del doctor Caio Vilasboas, rodeada de galerías y sin nombre.

Mientras ultiman detalles con el albañil y el carpintero sobre algunos trabajos restantes, aparece el ingeniero Pedro Palmeira. Está quemadísimo, luce un traje de baño mínimo y tiene un hijo colgado de su pescuezo. Es un joven simpático, ameno y risueño, buen compañero para un veraneo —juega a la pelota en la playa con los chicos y con los pescadores jóvenes, y después de la siesta a las cartas con el comandante y doña Laura—. Esa tarde parece preocupado. Su primera pregunta,

formulada antes de los buenos días, revela el motivo:

—¿Leyeron la crónica de Giovanni Guimaraes? ¿Qué me dicen? —Deja al niño en el suelo.

—Estamos seriamente amenazados —responde el comandante Darío.

—¿No es cierto? Hoy estuve discutiendo con don Modesto sobre el asunto. Él piensa de otra manera que yo, cree que se puede ganar un platal.

Tieta mira al comandante, esconde una sonrisa para recordarle el principio de la conversación que tuvieron en la canoa. El muchacho, que está garabateando la arena con una paja de cocotal, prosigue:

—Fue desagradable. Trato de no hablar sobre ciertos temas con don Modesto, nuestros puntos de vista raramente coinciden. Pero hoy, no lo pude evitar, fue bastante molesto. Corre a sacar al hijo que se mete en las sobras de la mezcla para revocar. —Marta terminó llorando; don Modesto, cuando se exalta, no mide las palabras. Para él, el dinero está antes que nada. Antes que los valores fundamentales, amenazados por la contaminación de la Brastanio; eso no es importante para él.

Tieta se pone colorada. ¿Acaso no había pensado ella también en el dinero que podría ganar? ¿No le había propuesto al comandante que adquirieran tierras a orillas del río, donde la fábrica quiere instalarse, para revenderlas y sacar una buena ganancia? Fue necesario que el comandante hablara de paz, belleza, clima de sanatorio, felicidad del pueblo para que ella reflexionase y pensara en esos otros valores, mayores —fundamentales, según el ingeniero barbudo y preocupado—, el derecho a la muerte. Sólo se había decidido después de que Ricardo, su niño de oro, de oro y diamantes, proclamó, en nombre de los dos, la militante solidaridad con la causa de Agreste.

—Don Modesto interrumpió el veraneo, fue a Agreste, a revolver antiguas escrituras para saber a quién pertenece el cocotal.

—No va a ser fácil saberlo. Una vez, él ya quiso enterarse, cuando compró la parte que pertenecía a los pescadores; pensaba lotear, pero no hizo nada.

—Porque desistió, comandante. Como no pudo lotear, desistió. Pero ahora dice que no vuelve sin haber descubierto quiénes son los propietarios. —Informa el yerno —. Por lo que supo por uno de los técnicos de la Brastanio que anduvieron por aquí, antes de que yo llegara, el lugar ideal para la fábrica, son dos fábricas, interligadas, queda un poco más al sur de sus terrenos, a orillas del río. El tipo quería saber a quién pertenecían para informar a los directores y comprarlos. Don Modesto se hizo el burro, por supuesto.

—Si estuvieron pidiendo informaciones en el pueblo deben saber que el cocotal pertenece a los pescadores o que no tiene dueño, eso es lo que todo el mundo piensa en Agreste.

—Don Modesto me dijo que compró toda el área que era propiedad de los pescadores.

—Es cierto.

—Ahora quiere el resto para revendérselo a la Brastanio. A esta altura ya debe de estar en la notaría, jorobando al doctor Franklin.

Tan entretenidos están en la conversación que no reparan en la llegada del austero doctor Caio Vilasboas. El médico abandona su habitual formalidad durante el veraneo, deja de usar cuello duro, se pasa el día en pijama y si tiene que salir de su casa se pone un guardapolvo azul que usa cuando toma la «marineti» de Jairo. Al pasar junto a ellos, los saluda, pero evita parar, está apurado, va a la playa. Lo siguen con miradas curiosas.

—¿Irá a ver a algún enfermo? —el comandante se preocupa al ver que el médico desvía su rumbo para ir a las casas de los pescadores—. El doctor Caio nunca anda por esos lados.

El ingeniero arriesga:

—¿No será otro candidato para comprar el cocotal? Tal vez piensa que pertenece a los pescadores.

—Debe de ser eso. Creo que ha acertado. La carrera está empezando. ¿Sabe, doctor Pedro? Yo le decía a Tieta, en la canoa, que necesitamos hacer algo, protestar, impedir esa monstruosidad.

—De acuerdo, pero ¿qué podemos hacer? Como dice Giovanni Guimaraes, la gente del cacao tiene firmeza política, la de la gruta también. Todo el mundo va a creer que puede ganar dinero con las instalaciones de la fábrica.

—Si Tieta se pone al frente, el pueblo va a estar de nuestro lado.

El ingeniero está de acuerdo, sonríe a Tieta:

—Eso es cierto. Don Modesto dice que el pueblo colocó a doña Antonieta en el altar, junto a la Senhora Sant'Ana, y tuvo motivo para hacerla.

Oyen el ruido de un motor que baja por el río.

—Es el del barco de Pirica. —El comandante lo reconoce.

El barco cruza las olas, trae un pasajero. Con su ojo avisar, el comandante Darío lo identifica:

—¿Edmundo Ribeiro por aquí? No me digan que…

El recaudador, acompañado por Leléu, su hijo, desembarca en la playa, frente a las cabañas hacia las cuales se encamina, sus pies se hunden en la arena. El ingeniero completa la frase que el comandante dejó por la mitad:

—… vino en busca de los propietarios del cocotal. Sí, señor. Seguro que es así.

—Uno más. Va a ser una locura. Tenemos que hacer algo y en seguida.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta el barbudo—: Si fuera en Salvador, movilizaríamos a los estudiantes, iríamos a los diarios, amenazaríamos con una manifestación. Pero aquí…

El comandante se rasca a cabeza, pensativo. Era indispensable protestar. ¿Pero cómo? ¿Qué diablos podían hacer, aunque Tieta estuviera al frente y contaran con el apoyo del pueblo?

—¿Hacer qué? —Tieta también quiere saber.

Ricardo, con su traje de baño, descalzo, de torso desnudo, color de bronce, parece un joven pescador antes que un diácono de santuario, vuelve a hacerse oír, con voz inapelable:

—El día en que esos sujetos aparezcan de nuevo en Agreste o en Mangue Seco, los sacaremos volando.

—¿Cómo? —exclama el comandante antes de explotar de entusiasmo.

—¡Cardo! —exclama Tieta, vuelta hacia su sobrino, su niño, chivo entero, macho cabrío.

—Choque esos cinco. —El ingeniero extiende la mano al seminarista.

Los bultos del doctor Caio Vilasboas y del recaudador Edmundo Ribeiro se cruzan frente a unas chozas, inauguran la inmobiliaria de la playa de Mangue Seco.

DONDE EL AUTOR, UN HIPÓCRITA, CON EL PRETEXTO DE DAR INFORMACIONES INDISPENSABLES, SE DEFIENDE DE SEVERAS CRÍTICAS.

No, no piensen que me quiero meter en una pelea recién empezada, ¿quién soy yo? Ya definí mi posición de total neutralidad, soy un narrador objetivo y frío, expongo los hechos concretos. Tampoco voy a comentar el visible cambio operado en el modo de ser del joven Ricardo. Sólo constato una vez más la influencia de una perfumada y deliciosa —¿cómo decirlo?—, de un perfumado y delicioso panal de miel, embriagante rosa negra. Transforma hielo en fuego, carnero en león, seminarista devoto en estudiante subversivo y rebelde.

El otro día, escandalizado, mi amigo y compañero de lides literarias, Fulvio D’Alambert (José Simplicio da Silva, bancario, en la mediocridad de la vida burguesa; si por casualidad ya di esa explicación, aquí la repito, prefiero ser acusado por redundancias y no por omisiones) me reveló que, en ciertos seminarios, actualmente, los estudiantes leen a Freud y a Marx y no lo hacen para negarlos, refutando sus heréticas teorías, ni los denuncian a la policía política a falta de Santa Inquisición; una vale por la otra. Muy por el contrario, comentan las lecturas entre elogios y aplausos. No obstante la presencia de Fray Timoteo en el cuerpo docente, pienso que los alumnos del seminario de Aracajú no conocían a Marx y a Freud en los años 65 —fecha tan cercana y que parece un pasado distante ante las transformaciones del mundo; ellas ocurren con tal rapidez que el tiempo es dejado atrás, el presente se reduce a un breve y fugaz instante. El encuentro con los *hippies*, las repetidas conversaciones con Fray Timoteo se unieron para provocar la inesperada evolución del joven, pero, en definitiva, lo que lo hizo otro, todo lo contrario de lo que era, fue la perfumada rosa negra, el suculento panal de miel donde sediento y con hambre se hundió y renació.

Es a propósito que empleo esas imágenes: rosa negra, panal de miel, son metáforas que están destinadas a evitar las palabras exactas y justas, ya que, las que no ofenden el pudor son afectadas, incompletas y feas: vagina y vulva, por ejemplo,

terribles palabrotas; y las que expresan con vigor, exactitud y poesía la dulzura, la gracia, el calor, la eternidad, la perfección son criticadas y censuradas: argolla, concha, panal de miel. Tan utilizadas y repetidas por mí, en estas páginas.

Mi colega y crítico, Fulvio D'Alambert, a quien entrego las páginas escritas para corrección gramatical, consejos estilísticos y acentos, me recriminó ásperamente por el uso y abuso de tales términos, por utilizarlos en una obra literaria, ya que afean el lenguaje y emporcan la oración. ¿Para qué repetir palabras obscenas, para qué volver a cada rato al tema maldito, con copiosas referencias a aquello que según él es, púdicamente, aparato genital femenino?

Yo me pregunto: ¿cómo no hablar de algo tan importante en la vida del hombre? ¿Por qué ponerle nombres ásperos y agresivos, restándole belleza y gracia? ¿Por qué negarle sus dulces sobrenombres que nacieron de la lengua agradecida del pueblo? En la mesa del bar, cuando Aminthas, Fidelio, Seixas, el vate Barbozinha, el diligente Ascanio comienzan a discutir sobre filosofía, a poner a prueba sus conocimientos en maratones intelectuales, Osnar, aburrido y bostezando, protesta:

—¿Por qué pierden tanto tiempo en discutir esas tonterías, cuando se puede decir coño, cosa tan adorable?

Osnar, afirma doña Carmosina, y en eso estoy de acuerdo con la muy perspicaz, a veces nos purifica el alma.

Por otro lado, aprovecho la referencia a la mesa de billar para responder a otra restricción hecha por mi querido y meticuloso amigo Fulvio D'Alambert a la presente narración. Me llama la atención por el hecho de no haber informado al lector cuál es la profesión de los tres o cuatro compadres que están siempre presentes en las páginas de este melodramático folletín. De Osnar se sabe su condición envidiable de pacífico ciudadano que vive de rentas; ¿y los demás? Se habló de la tendencia humorística de Aminthas, de su fanatismo por la música moderna y de su parentesco con doña Carmosina, nada de lo cual define su profesión o fuente de ingresos. Sobre Seixas, sólo algunas referencias a las primas, el papel de las mismas; de Fidelio no se cuenta nada, es un individuo huidizo. Estoy de acuerdo con la crítica, confieso mi error, merezco la reprimenda. Mi amigo Fulvio D'Alambert tiene razón al señalarme tan grave laguna, una falta de información tan importante. Diré lo fundamental: el medio de vida de ciertos personajes. La economía condiciona al mundo y dirige las acciones humanas, enseña Marx a los seminaristas. ¿O es el sexo, como aprenden con Freud? Es una terrible confusión. Me aprovecho de ella para dar la información, y redimirse de la negligencia. Los tres, Aminthas, Seixas y Fidelio, son empleados públicos. El primero federal, los otros dos, estatales. A la par de su condición de servidores de la Nación y del Estado, los tres muchachos (el lector ya no los imaginará desocupados), son vagos y buscavidas. Vagos y buscavidas puede ser, pero desocupados, no.

Por fin llego al único motivo de esta intervención. Sólo deseo dar los nombres de los cinco suscriptores de *A Tarde*. Son: Modesto Pires, el árabe Chalita, Edmundo Ribeiro, el doctor Caio Vilasboas y don Manuel Portugués. El sexto ejemplar, como

se sabe, es gratuito, para doña Carmosina, un regalo de la gerencia. Después de la publicación de la Carta al Poeta Matos Barbosa (la explosiva crónica de Giovanni Guimaraes), el número de suscriptores subió a nueve, doña Carmosina —ella siempre sale ganando— ganó una buena comisión. Buena tratándose de Agreste, naturalmente. Todo es relativo en el mundo, como diría Einstein, desconocido por los seminaristas de Aracajú.

DE LA BELLA LEONORA CANTARELLI, EXTENDIDA EN LA HAMACA, ENTRE CABRAS Y BALLENAS, BAJO UN SOL AZUL.

LA bella Leonora Cantarelli, extendida en la hamaca, en la terraza de la casa de Perpetua, recibe un apurado beso de despedida de Peto, cuyas obligaciones en el billar, a más del recelo de ser castigado debido a imprudentes palabras, lo llaman al bar, donde, a partir de las cinco, comienza un torneo disputado por los mejores tacos del pueblo. Peto no perdona el beso de su prima cuando llega y cuando se despide. Leonora se divierte con las mañas del mocoso, su viveza y sus ojos astutos. Fuera de eso, es tierno y solícito, siempre a las órdenes de las parientes paulistas, listo para cualquier servicio. Tiene verdadera idolatría por la tía Antonieta, lo que no le impide espiar los escotes y alegrarse la vista con los detalles expuestos.

Después de que Barbozinha fue a la agencia del Correo, Peto se quedó acompañando a Leonora, le contó peripecias de pesca. Esa mañana había ido río abajo, con Eliezer, en la lancha. Los peces picaban que daba gusto, enormes *carapebas*; el reel y la caña que la tía le regaló a Cardo se revelaron super-formidables. Volvió con la bolsa llena de *carapebas* y róbalos así de grandes —señalaba el tamaño con las manos—, se los dio a la tía Elisa, esa noche comerían lo que él, Peto, el rey de la carnada y el anzuelo, había pescado. La tía Elisa era un fenómeno condimentando, para chuparse los dedos. También era bonita, la mujer más bonita de Agreste, sólo se podía comparar con Leonora.

—Entre la tía y la prima, es difícil la comparación. Si yo tuviera que elegir me quedaba con las dos.

Perpetua, siempre con las antenas conectadas, escucha al pasar y lo reprende:

—¿Qué falta de respeto es ésa, mocoso? ¿Dónde has oído decir una cosa así? ¿Quieres que te castigue?

Peto sale por piernas antes de que la madre decida mandarlo a estudiar o lo obligue a acompañarla a la iglesia para las aburridas devociones vespertinas; los campeones ya deben de estar en el bar. Guiña un ojo a Leonora, le roba un beso y, cuando Perpetua lo busca —¿dónde está ese demonio?—, no queda ni un rastro. Se queja de su hijo menor mientras explica a Araci cómo pulir los cubiertos para que reluzcan; aprovecha la presencia de la muchacha para hacer una limpieza general, la casa reluce.

—Ese mocoso me consume la vida. Ricardo no me da trabajo, pero Peto no sé a

quién salió. Parece hijo de Tieta… —se tapa la boca con la mano, arrepentida, no sea que la muy ladina se lo cuente a la madrastra.

—Es un buen chico. —Elogia Leonora.

—Tú eres buena, te haces la que no oyes las tonterías que dice. —Desaparece en el cuarto del oratorio.

A solas, Leonora retorna a los libros del poeta Matos Barbosa, préstamo del autor: dos de versos, uno de pensamientos filosóficos. Préstamo hecho bajo muchas recomendaciones. Que tuviese cuidado ya que sólo tiene esos únicos volúmenes y las ediciones están agotadas. De una de ellas cada ejemplar cuesta una verdadera fortuna, y así mismo quien lo tiene no se quiere deshacer de él. Fue una edición limitada, fuera de comercio, ilustrada con diez grabados de Calasans Neto, en colores y en blanco y negro, financiada por amigos del poeta; había sido vendida a suscriptores cuando la embolia lo amenazó de muerte o, peor, de mudez, ceguera, parálisis, silla de ruedas. Con el producto de la venta directa, obtuvo dinero para pagar un cuarto particular en el hospital y las cuentas de farmacia. Había sido tratado gratis por los mejores médicos; ¿en Salvador quién no conocía y estimaba al poeta Matos Barbosa y su mansa locura?

Al entregar los envejecidos tomos, hojeó con Leonora la bella edición de los *Poemas de Agreste* y al ver las ilustraciones, Barbozinha filosofó sobre la vida, los caprichos del destino. Ése había sido el último libro que pudo publicar. Cuando se recuperó del derrame todavía tenía secuelas, la voz ronca, el paso demorado, se jubiló de su función pública y partió para un voluntario exilio en la placidez de la tierra natal, alejado de las puertas de las librerías, de los animados cafés y tertulias, de las columnas de los diarios, del éxito y del renombre. A partir de esas primeras cabras y ballenas, talladas en madera hace once años, para ilustrar poemas sobre los montes de Agreste y las dunas de Mangue Seco, inesperadas ballenas llegadas del mar, navegando el río Real, cabras con meneas de mujer, que se erguían sobre las rocas, el joven grabador Calasans Neto —el *caboclo* Calá, un gran tipo, que es como lo trata y define el vate Barbozinha— empezó una rápida y gloriosa carrera, hoy tiene renombre nacional y hasta ha expuesto en el exterior, en Nueva Orleans y en Londres, sí señora, gentil amiga. Así es la vida, unos subiendo, otros siempre bajando la rampa, comprueba sin amargura: ha vivido numerosas existencias, se reencarnó muchas veces, esos altos y bajos no lo asustan. Mucho menos ahora que el fraterno Giovanni Guimares, glorioso y popular cronista de *A Tarde*, lo retira del ostracismo para entregarle el estandarte de la lucha contra la contaminación.

En dos noches de inspiración y rabia, había compuesto cinco *Poemas de la maldición* para marcar con el hierro candente de la poesía, el abominable rostro de los vendedores de la muerte. Había llegado con idea de leérselos a Tieta, eterna y singular musa de sus libros publicados, brazo y corazón que lo sustentaron cuando lo alcanzó el rayo y el vate se encontró soterrado bajo la humillación de los versos en honor de la Brastanio, esa abyección producida por él debido a un engaño en que,

lamentablemente, había incurrido junto con Ascanio, inocentes víctimas de la perfidia. Aprovechó para agradecer a la encantadora sílfide haber destruido, con las llamas purificadoras, la copia del cuerpo del delito; apagando así, para siempre, el recuerdo de la injuria; los originales también los había transformado en cenizas.

Como no encontró a Tieta, la muy ingrata no le había dicho que iría a Mangue Seco, declamó para Leonora dos de los cinco poemas redentores; los otros tres, él los consideraba impublicables en diarios o revistas, impropios para ser recitados, no aptos para oídos inocentes. Ante Tieta, viuda, íntima y vieja amiga, permanente musa, se animaría a decirlos. Ante Leonora no, pues, retomando el estro de Gregório de Matos, él, Matos Barbosa, les dio con todo a los criminales directores de la Brastanio, usando un lenguaje vigoroso y áspero. En ciertos versos, como negros diamantes en bruto centellean palabrotas —la imagen es del propio Barbozinha.

La llegada de Peto con el ruidoso entusiasmo de pescador exitoso, apuró la partida del bardo, que se fue a la agencia de Correos, donde despacharía los poemas junto con una larga carta a Giovanni Guimaraes. Sin embargo, antes los declamaría, poemas y carta, a su amiga Carmosina. Ésa, aunque es doncella, puede oír cualquier barbaridad, no se escandaliza por nada, y así partieron, primero el poeta, con su pipa apagada, paso lento y ardiente corazón; después el muchacho, sinvergüenza y afectuoso, en el asombro de la primera adolescencia. Leonora contempla los grabados, cabras y ballenas, piedras y montes, la muchacha con el bastón y un extraño sol azul que nace sobre las aguas de la ribera, extravagancia o insolencia del artista. Sin embargo, no se sorprendió con ese sol azul, le resultaba familiar. Desde su llegada a Agreste, Leonora se sentía rodeada por una atmósfera diáfana, en tonos celestes, un mundo mágico, irreal, donde no cabe la maldad; ni la maldad ni la desgracia. Los labios murmuran las dos estrofas del repudiado poema de Barbozinha, aquellas donde el vate se refiere a Ascanio Trindade, capitán de la aurora.

Un capitán acorralado, hace dos días y dos noches que no tiene descanso, está intranquilo, tiene los ojos inyectados, evidente marca de su insomnio. La primera noche estuvo casi mudo. Anduvo con Leonora alrededor de la plaza, tomó la mano de la muchacha y la sostuvo entre las suyas, en busca de apoyo y seguridad. La crónica del diario lo dejó enfermo. Poco a poco, tal vez porque ella no hizo ningún comentario ni preguntas, él habló del problema. La acusación de Giovanni Guimaraes debe de poseer alguna base concreta —dijo—, una parte de verdad pero él, Ascanio, sin querer apurarse en ninguna definición, está casi seguro de que hay muchas exageraciones en la exaltada diatriba del periodista, producto de quién sabe qué ocultos motivos. La industria del titanio acarreará alguna contaminación, todas las fábricas lo hacen, unas más, otras menos. Sin embargo, no cree en esa pavorosa historia de peligro mortal para la flora y la fauna, para el río y el mar. De cualquier manera, antes de adoptar una posición, deben esperar que la denuncia del periodista se confirme o se rechace, puesta en su lugar por los especialistas competentes. Leonora tomó su mano y la besó: Ascanio tiene razón, hay que esperar, tal vez todo

esto no pase de una tempestad en un vaso de agua.

La noche siguiente, la de la víspera, fue más difícil todavía. Habitualmente, Ascanio encuentra dos o tres motivos durante el día para aparecer por lo de Perpetua, pide permiso para entrar un momentito o llama a Leonora hasta la ventana ella dentro de la sala, él en la acera: unas palabras, una sonrisa, un beso. Sin embargo, aquel día, no apareció. Leonora tuvo noticias por doña Carmosina de la violenta discusión que se trabó por la mañana en la agencia de Correos. Después, el comandante pasó con doña Laura a buscar a la madrecita y a Ricardo pero no hizo ninguna alusión al incidente. De Ascanio, ni señales.

Después de comer, llegó a la hora sagrada, serio y triste. Leonora lo esperaba en la puerta. Ascanio no quiso entrar ni siquiera para dar las buenas noches a Perpetua. Cruzaron hacia la plaza donde pasean los jóvenes. Hubo un momento de silencio, pesado. Después él preguntó:

—¿Ya supiste?

—¿Lo de la discusión? Sí.

—Fue horrible. Perdí la cabeza, insulté al comandante, que es una persona mayor, un hombre de respeto. Pero él me acusó de deshonesto.

—¿El comandante? Pensé que había sido Carmosina.

—Ella sólo me dijo algunas cosas llevada por el ardor de la discusión, no tiene importancia. Pero el comandante dijo que yo mentí, que estando al tanto de los planes de la fábrica, no dije nada y engañé a todo el mundo. Para él, yo me revelé indigno de la confianza que habían depositado en mi. No sé si eso es verdad, pero el resto, sí: mentí, escondí lo que sabía, traté de engañar a los otros. Pero juro que lo hice por el bien de Agreste. El doctor Mirko, tú sabes quién es, me pidió secreto, pues todavía no había nada decidido y si la cosa fuese de dominio público, podía echar todo a perder. Para mí, el interés de Agreste pasa por encima de cualquier otra cosa.

Como había hecho en la víspera, Leonora llevó la mano de Ascanio a los labios y la besó. El muchacho sonrió, una sonrisa tan triste que ella pudo medir lo lastimado y temeroso que estaba. Entonces, allí mismo, en plena plaza, bajo un árbol, sin preocuparse por la presencia de las parejas de enamorados, ella se detuvo y, tomándole el rostro entre las manos, besó su boca. Para que él y todos los demás la supiesen solidaria incondicional.

En la hamaca, admirando los grabados, las altivas cabras, las pacíficas ballenas, el enorme sol azul, sueño y realidad, Leonora cuenta los minutos. Por la mañana, Ascanio había mandado a Leoncio con un mensaje: le espera un día muy ocupado, por los problemas de la pavimentación de la calle de entrada al pueblo —Leonora está enterada del complot festivo, del homenaje proyectado a *Joana d'Arc do Sertão* —, pero si le alcanza el tiempo, pasará a verla a cualquier hora. Los labios de Leonora esbozan los versos de Barbozinha sobre el capitán de la aurora.

La campana de la Matriz anuncia las cinco de la tarde. El capitán de la aurora está rodeado de amenazas y peligros. ¿Sólo él, o él y ella, el idilio de Ascanio y Leonora,

el sol azul de Agreste? ¿Dónde están la altivez, el entusiasmo, la seguridad del triunfo del capitán Ascanio Trindade que comanda el progreso, derriba los muros del atraso, enciende las esperanzas en el burgo muerto y en el pecho de Leonora? Marchito, inquieto, triste, casi derrotado. Vencido o victorioso, poco importa, mi amor.

Sin pedir permiso, se abalanza por la puerta, de nuevo altivo, entusiasta, triunfante, con un montón de diarios en la mano, con la noticia del próximo asfalto del Caminho de Lama y la placa con el nombre de la calle Doña Antonieta Esteves Cantarelli (ciudadana benemérita).

DEL ASFALTO DE LA CALLE, DE LA PLACA Y DEL TITULAR DE LOS DIARIOS, CUANDO ASCANIO TRINDADE REASUME LA AMENAZADA FUNCIÓN DE LÍDER, CAPÍTULO EN RETROSPECTIVA.

Ascanio Trindade se encuentra a la entrada de la ciudad, entre la Plaza del Mercado y la curva de la ruta, con el maestro de obras Esperidião do Amor Divino; ultimando detalles sobre el pavimento de la calle por donde pasarán los cables y postes de la Hidroeléctrica cuando la atrasadísima «marineti» con su bocina —¡espantoso sonido!— surge envuelta en una nube de polvo. Es una aparición sorprendente y familiar, fulgurante. Al ver al secretario de la Municipalidad, Jairo frena el vehículo, se oyen chirridos y explosiones, la «marineti» se estremece, salta, baila, amenaza volcar, despedazarse, partirse por la mitad y por fin se detiene. El viejo e indomable corazón del motor prosigue latiendo desacompasadamente, Jairo no es tan burro como para apagarlo; ¿quién le asegura que volverá a encenderse? Ese día ya le había hecho algunas faenas.

Hasta el momento en que Jairo usó los frenos para probar la existencia y calidad de las piezas de fabricación antigua, las de hoy no valen nada, el día había sido sumamente desagradable para Ascanio. Desde la primera lectura de la crónica de Giovanni Guimaraes su vida ha sido una pesadilla. A partir de la conversación con el doctor Mirko Stefano, el Magnífico Doctor —así lo había designado la secretaria ejecutiva, la misma que después apareció vestida de Papá Noel, la vez que había ido al frente del batallón de técnicos— hasta la explosión de la crónica, Ascanio había construido un maravilloso e inmenso castillo, ya que preveía un futuro sensacional para Agreste y para él mismo. Las chimeneas de las fábricas construidas en Mangue Seco propician el progreso: la ruta asfaltada, ancha, quién sabe si de dos manos, casi una autopista, en el cocotal, una ciudad modelo, para obreros y empleados, en Agreste un moderno hotel, edificio de varios pisos, sería una comuna próspera y rica. La Brastanio, pionera, abre el camino para otras industrias deseosas de beneficiarse con las singulares condiciones del municipio. Al frente de todo eso, comandando, un administrador competente, proficuo, incansable, lleno de ideas y capaz de ejecutarlas, un estadista, Ascanio Trindade, alcalde de Sant’Ana do Agreste, ya sea marido, ya sea novio de la bella y virginal, no: de la bella y cándida heredera paulista Leonora

Cantarelli. A veces prolonga el noviazgo, periodo de dulzuras cuando el deseo poco a poco va conquistando derechos y territorios en todo el cuerpo, a veces se casa en seguida, con urgencia de verla en el hogar y de imaginarla embarazada, con un aire angelical que madura mientras crece el vientre.

Castillo de cartas, la explosión lo llevó por el aire, a él y a su seguridad. De repente se vio en medio de un vendaval igual a los que se abaten en ciertas ocasiones sobre Mangue Seco, que arrasan cocoteros con raíz y todo, deshacen las chozas de los pescadores, revuelven el océano, levantan increíbles remolinos de arena y mudan la posición y altura de las dunas. Cuando termina, y vuelve la paz, el paisaje se modificó; se parece al anterior, pero es otro, diferente.

Ascanio se niega a aceptar las afirmaciones de Giovanni Guimaraes sobre los maleficios resultantes de la industria del dióxido de titanio, se basa en que sólo es un periodista, versado en su materia, pero incompetente en cuestiones científicas. Pero ¿si fuera verdad lo que asegura y denuncia, tal vez asesorado por físicos y químicos? La crónica demuestra mucha seguridad, como si el autor tuviese certeza absoluta sobre todo lo que afirma. Todo no, pues la propia Carmosina, partidaria empedernida del artículo, había descubierto en él un error primario, referente al color del humo. Si se equivocó en ese detalle, Giovanni se puede haber equivocado en todo el resto. Pero ¿si aparte del color del humo, tuviera razón en lo restante? ¿.Si esa industria fuera tan peligrosa, mortal para los peces y acabara con la pesca y los pescadores? Lo cierto es que actualmente hay una verdadera manía de ver contaminación en todas partes, de atribuir las desgracias del mundo a las chimeneas de las fábricas.

En definitiva, ¿qué posición debe tomar? Si se prueba la exageración de Giovanni Guimaraes, el problema será de fácil solución. ¿Pero si, al contrario, los entendidos lo apoyaran? ¿Romperá Ascanio con el Magnífico Doctor, se negará a autorizarlo y a cumplir con las facilidades prometidas para la instalación de la Brastanio en el municipio, o enfrentará el peligro de la contaminación, considerará más importante para el futuro de Agreste, la transformación económica de la zona, la riqueza resultante de la industrialización que la escasa pesca de la reducida colonia de Mangue Seco, la limpidez de las aguas, la belleza del río? ¿Renunciaría a todo, a los proyectos administrativos y a los sueños de noviazgo y casamiento, para asegurar la permanencia del clima puro, de la belleza clara, de la tranquilidad y la paz? ¿Para qué sirven el cielo puro, el agua clara, la belleza y la paz? Es un buen lugar para esperar la muerte; a medida que transcurre el tiempo, la frase del viajante se vuelve un repetido lugar común y una patente verdad. Antes de enfrentar el peligro, es mejor sacrificar a unos pocos pescadores —y con eso poner fin al contrabando en la barra del río Real, que hace casi un siglo resiste a las incursiones policiales—, ensuciar las aguas a cambio de riqueza, de movimiento, de progreso incontenido. Los contrabandistas que hay en Mangue Seco son pocos; los trabajadores de la aldea de Saco del otro lado de la barra son numerosos, serios y cumplidores, y la muerte de los peces, el envenenamiento de las aguas llegará hasta la desembocadura del río, frente

al mar. Dios mío, es para que cualquier cristiano o marxista se enloquezca con el contradictorio universo de las razones en cuestión. Ascanio, harto, exhausto, con los nervios de punta, trata de liquidar el último argumento que lo perturba, al recordar que, ya que la playa y la aldea de Saco están localizadas en tierras de Sergipe, el destino de los pescadores que viven allí no es de su incumbencia, él sólo es administrador del municipio bahiano. No se convenció.

La prueba de que no se convenció fue la decisión tomada en la Municipalidad, por la mañana, en relación a la indispensable pavimentación del Caminho da Lama, en la entrada del pueblo, para las fiestas de la inauguración de la luz de la Hidroeléctrica. Hay urgencia en comenzar el trabajo, dentro de un mes llegarán los postes a las calles de Agreste y se encenderá la luz de Tieta. Por las dudas, hace de tripas corazón y resuelve dejar de lado las pomposas promesas del doctor Mirko Stefano y retomar el plan anterior, la modesta pavimentación de piedras —piedras que sobran en el río, y las colinas, la única cosa realmente barata en Agreste, además de *mangas* y *cajás*, financiado por los ricos del lugar; pasará la lista, una vez más será mendigo público.

Contra su costumbre, está irascible e irritado y a pesar de la depresión que lo embarga puede mostrarse decidido en la difícil y larga conversación que mantiene con el maestro Esperidião, para arreglar el precio y el plazo para la obra. Ascanio quiere que sea todo rápido y barato, Esperidião considera inaceptables las magras propuestas del secretario de la Municipalidad, sobre todo teniendo en cuenta la limitación del tiempo: deberá contratar una cantidad de obreros para que trabajen de noche y aun así va a ser duro entregar la obra en la fecha fijada. Terminaron yendo al lugar, para examinarlo de cerca. Cuando por fin llegan a un acuerdo sobre el presupuesto, Jairo frena la «marineti» y una polvareda sofoca a Esperidião do Amor Divino, flacucho y débil. El maestro mayor de obras, cuando puede volver a respirar exclama:

—Todo el mundo esta hablando de contaminación como si esa «marineti» desgraciada no estuviese acabando con nuestros pulmones hace más de veinte años.

Jairo baja tranquilamente sosteniendo dos paquetes, indiferente a las tres horas de atraso, a las paradas, a la volubilidad del motor, en ese día de humor bastante inestable:

—Hay dos encomiendas para ti, Ascanio. Una, te la manda Canuto. —Es un paquete ancho, todavía en su embalaje, de una firma de la capital a nombre de Canuto Tavares.

Al recibirlo, Ascanio palpa el paquete:

—Ya sé de qué se trata. —Se vuelve hacia Esperidião. —Es la placa de la calle. Llegó antes de lo que yo esperaba.

—Esta otra, es de Miroel, el de la agencia de pasajes; dijo que era urgente. Parece que es algo importante porque tomó el ómnibus que va directo de Salvador a Aracajú. Paró en Esplanada sólo para dejármelo. Tarea cumplida. Rapidez y eficiencia. —Se

ríe.

Entrega el paquete, se ríe y se queda esperando. La curiosidad lo roe, aguarda a que los paquetes sean abiertos. El primero, como Ascanio había previsto, contiene la placa para la nueva calle, con el nombre de Doña Antonieta en letras blancas sobre fondo azul. Jairo y Esperidião se acercan para admirarla, Ascanio la había encargado a una firma especializada de Bahía, por intermedio de Canuto Tavares. El relapso empleado de la agencia de Correos y Telégrafos es una especie de corresponsal de Agreste en Esplanada, a cuyos servicios Ascanio recurre con frecuencia.

Doña Preciosa, apurada y decidida pasajera, directora del Grupo Escolar, se levanta y toca la potente bocina de la «marineti», espantando pájaros; Jairo no se da por aludido: indiferente al atraso enorme, todavía se baja para conversar, justamente cuando están llegando a la recta final. El bulto dirigido a Ascanio Trindade, Dinámico alcalde de Sant'Ana do Agreste, URGENTE, así en mayúsculas y, además, en rojo contiene diarios y una carta. Mientras la sonora contaminación de la bocina ahuyenta a unos y otros, Ascanio abre uno de los diarios y su rostro se distiende, desaparecen su irritabilidad, su fatiga, su amargura al leer en letras enormes el titular de la primera página: LA BRASTANIO DESENMASCARA A UN IMPOSTOR y comprueba, de un vistazo, que no es otro sino el cronista de *A Tarde*, Giovanni Guimaraes.

Doña Preciosa surge en la puerta de la «marineti» y levanta la voz ácida y amenazante, habituada a retar a los alumnos y reducirlos a silencio y obediencia, su verruga tiembla al indagar:

—¿Va a demorar mucho la charla, Jairo?

—Ya nos vamos, doña Preciosa. —Quien respondió fue Ascanio, que iba a la «marineti», seguido por Jairo y Esperidião. Sujeta los diarios como quien sujeta oro, piedras preciosas o remedios contra la muerte.

DE LAS RAZONES A FAVOR.

Según opinión del vate Barbozinha, los argumentos de Giovanni Guimaraes son irrefutables; es lo que dice a Leonora en una charla. No hay nada más que discutir, dijeron doña Carmosina y el comandante: el cronista de *A Tarde* había dado en el blanco, puso los puntos sobre las íes. Los propietarios y directores de otros diarios no pensaban así, la prueba está frente a Ascanio Trindade, sobre el escritorio del alcalde. Son ejemplares de dos diarios de la capital, en los cuales, en largos artículos, las opiniones negativas del autor de la *Carta al poeta De Matos Barbosa* se vieron sujetas a revisión completa, áspera crítica y desagradable confrontación con las declaraciones responsables de científicos de peso y de administradores conscientes de sus deberes.

Uno de esos diarios publica un titular agresivo, Ascanio lo vio antes de embarcar en la «marineti», donde lo releyó, excitado, comprobando la violencia del trato

aplicado a Giovanni Guimaraes: impostor, ni más ni menos. La gaceta no tuvo en cuenta el renombre del articulista, la simpatía y consideración que lo rodean.

Es un largo editorial, en negrita y cuerpo doce, canta loas a la Brastanio en frases y adjetivos junto a los cuales los honores de Barbozinha empalidecen en el excomulgado poema. En el momento en que el Gobierno del Estado concluye las obras del Centro Industrial de Aratu, y crea las condiciones para un nuevo desarrollo en la vida de Bahía, la localización en la Boa Terra de una industria de la importancia de la Brastanio, fundamental para el desarrollo del país, es la más auspiciosa noticia del año que termina, un inigualable regalo de Navidad a la población del Estado —afirma el artículo de fondo. Se puede proclamar que Bahía ha tenido la gran suerte de ser elegida por el ilustre directorio de la Empresa que se propone aplicar a nuestro Estado capitales de bulto, desconocidos hasta ahora aquí por tratarse de empresas privadas. Naturalmente, siempre hay quienes hacen alusión al peligro de la contaminación (los negativistas siempre existieron en cualquier parte y ocasión) son los que se oponen al progreso, pregonan la desgracia. Son voces aisladas de dudosa procedencia que sirven a oscuros intereses. Si por simple curiosidad, nos detenemos a examinar la biografía política de esas aves de mal agüero que graznan infamias, localizaremos inmediatamente un marco ideológico sospechoso, la marca registrada de Moscú. Todo el editorial sigue en el mismo tono. No cita el nombre de Giovanni Guimaraes, pero no es necesario.

Sin embargo, lo cita en la entrevista concedida en el mismo diario por uno de los «dinámicos directores de Brastanio —Industria Brasileña de Titanio S. A., el victorioso joven empresario Rosalvo Lucena, economista de reputación nacional, con diploma de la Fundación Getúlio Vargas, de la cual, en seguida fue profesor, *Managerial Sciences Doctor* de la Universidad de Boston». El titular de tantas loas terminó por burlarse de Giovanni, «ameno cronista sin ningún conocimiento científico, debería mantenerse en los límites de los fútiles acontecimientos cotidianos, en el comentario de casos policiales y de victorias o derrotas del fútbol, lo que según se sabe son sus temas predilectos, y no meterse a dar opiniones sobre aquellos que ignora, transformándose de cronista en impostor al tratar de predisponer la opinión pública contra una empresa de alto tenor patriótico que significará economía de divisas para Brasil, ampliación de mercado de trabajo, riqueza. Sobre el imaginado e inexistente peligro mortal que las fábricas de la Brastanio representarían, según el odioso periodista, mejor será oír la opinión de un técnico de indiscutible competencia, el doctor Karl Bayer, nombre familiar a todos los que se interesan por los problemas del medio ambiente». Ascanio ve, en un retrato de tres columnas, en el centro de la página al «dinámico doctor Rosalvo Lucena, al ilustre científico Bayer y al simpático doctor Mirko Stefano aliado de nuestro director, en ocasión de la visita a la redacción de este diario».

El ilustre técnico respondió a tres preguntas —redactadas por él mismo ya que esos reporteros son unos analfabetos en materia de problemas ecológicos—, con

términos muy científicos e ininteligibles, por eso mismo con mucha fuerza de convicción y liquidó el asunto. Hubo un gran derroche de elmenita, cloreto, Australia, catalizador, pentóxido de vanadio, necton y plancton, efluentes, probó como dos más dos son cuatro que todo ese asunto de contaminación de aguas y muerte de peces no pasa de ser un chisme, una «despreciable demagogia». ¿Quién puede dudar ante tanta ciencia?

En el otro diario, no menos entusiasta de la instalación de la Brastanio, «industria de salvación nacional, primordial factor de progreso para la economía bahiana», el ingeniero Aristóteles Marinho, de la Secretaría de Industria y Comercio, dio su plumada a favor de la Empresa. Asegura el técnico que no hay ningún peligro y lo hace con un lenguaje simple, desprovisto de términos difíciles y de efluvios, modesta competencia comparada con la del germánico Bayer. Sin embargo es importante, porque refleja el pensamiento de la administración estatal, según él que ha estudiado minuciosamente el asunto, tomando en cuenta los intereses vitales de la población y llegó a la conclusión de «la perfecta inocuidad y suma importancia de la industria que será implantada por la Brastanio en el Estado». Para terminar, afirma que los bahianos pueden dormir tranquilos, el gobierno los vigila y no permitirá que sean amenazadas las tierras, las aguas y el aire dentro de los límites de Bahía. Cuando se refiere al gobierno, quiere decir el Estatal y el Federal, «indisolubles en la defensa de los recursos naturales y de, la salud del pueblo».

Junto con los diarios —algunos ejemplares de cada uno de los dos— hay una breve carta del doctor Mirko Stefano, dirigida a su querido amigo Ascanio Trindade, en la cual le informa que la Brastanio ha contratado los servicios de una empresa de construcción de caminos y obras para realizar estudios y presentar un proyecto para el ensanchamiento y la pavimentación de los cincuenta kilómetros de la ruta que une a Agreste con Esplanada. La misma empresa se ocupará, por cuenta de la Brastanio, de la calle de entrada de la ciudad, según lo prometido. En pocos días, las máquinas y los técnicos estarán ahí. No menciona ni a los diarios ni a Giovanni Guimaraes.

REFLEXIÓN DEL AUTOR A PROPÓSITO DE NOMBRES Y TÉCNICOS.

Cansado del esfuerzo hecho para mantener incólume mi propalada y prudente posición de narrador objetivo, evitando envolverme en la polémica al resumir y transcribir opiniones divergentes, expuestas en crónicas, editoriales, tópicos y entrevistas, me permito una corta reflexión sobre nombres familiares y maneras de actuar de técnicos fuera de serie, famosísimos, cuyas conclusiones son ley. Lo hago con el deseo de evitar engaños y confusiones en el lector.

En tiempos arduos, cuando un libro se transforma en artículo de lujo en vez de ser, como debería, objeto de primera necesidad igual que el pan y el agua (que por otra parte también son arduamente caros, ya no existe nada barato a no ser problemas

y tristezas), no puedo permitir que el lector, después de haber gastado su dinero en la compra de un ejemplar de este fascinante y voluminoso folletín —dos cualidades intrínsecas de los buenos folletines— sea inducido a conclusiones erróneas. Lo que podría suceder, si no fuera aclarado de inmediato un detalle referente al científico Karl Bayer, de quien se incluyó en el capítulo anterior lo esencial del profundo contenido de la entrevista que concedió a un diario de Salvador. Sintetizado, pues como la entrevista era larguísima y atiborrada de ciencias físicas, químicas, ecológicas y otras por el estilo, su trascripción íntegra no me pareció recomendable. Para decir la verdad, la ciencia del doctor Bayer, de tan voluminosa y maciza, se toma pesada y fastidiosa. Sin embargo, dejemos ese detalle de lado y hablemos del nombre de la familia del doctor, primer punto de esta reflexión. Bayer —apellido famoso, ostentado por herr professor Karl.

Famoso, conocidísimo y por eso mismo es muy fácil que dé lugar a confusiones de consecuencias peligrosas. Me apuro por eso a decir que (hasta lo puedo asegurar) no es aquel profesor, miembro de la familia de nacionalidad alemana, propietaria de grandes industrias y laboratorios químicos diseminados por todos los rincones del mundo. En este caso, nacionalidad significa capital, capital social y de giro; en tiempo de multinacionales es más importante que el lugar de nacimiento o la sangre; el dinero determina la nacionalidad.

Al dar con Herr professor Karl Bayer dictando reglas en el capítulo anterior, grité aleluya, soñé con la inmortalidad académica y con premios literarios (en divisas, si es posible), pensé que nuestro folletín estaba acumulando elogios debido a la presencia de uno de los grandes del mundo en Agreste, un Bayer. En las páginas iniciales de este fiel relato de las aventuras de Tieta, expresé la esperanza de que, en el transcurso del relato, surgiese en ella, para gloria de quien la redacta (mal y suciamente), la figura de un magnate, de uno de los verdaderos dueños de la Brastanio. Uno de los grandes patrones, no un lustrabotas cualquiera, el Magnífico Doctor, el *Managerial Sciences Doctor*, el Joven o el Viejo Parlamentario, Su Excelencia, todos asalariados, ocupan altos puestos, están muy bien pagados, algunos hasta con divisas, pero ninguno de ellos es un verdadero patrón. Al ver el nombre de Bayer estampado en la entrevista, mi corazón empezó a latir desacompasadamente, pensé que estaba ante de uno de los legendarios reyes de la industria mundial. Engaño fatal: se trata sólo de otro testaferro, reputado técnico alemán pero bastardo, Bayer no pasa de una simple coincidencia.

Trato de aclarar el detalle pues, según tengo entendido, los legítimos Bayer están asociados a la industria del dióxido de titanio en más de un país. La trascripción de la entrevista del hipotético Bayer podría sugerir, en consecuencia, la taimada y malévola intención de caracterizar la existencia de capitales germánicos mayoritarios y colonizadores en la Brastanio. Además, el carácter nacional y patriótico de la Brastanio ha sido afianzado repetidas veces y no pretendo discutir tal afirmación. Ni rectificarla, ni ratificarla. Me mantengo al margen, sólo aclaro, para cumplir con mi

obligación de autor imparcial, que el Bayer de la entrevista es un Karl cualquiera, técnico de renombre y nada más: no tiene acciones en la compañía. Si los otros Bayer, dueños de medio mundo, tienen dinero y mandan en la empresa, no lo sé, ni lo quiero saber. Quien quiera meterse en camisa de once varas, que lo haga, yo no, más sabe el diablo por viejo…

De esta manera evito cualquier tipo de confusión en el espíritu del lector y antes de retomar al folletín propiamente dicho me gustaría agregar una palabra sobre la actuación de esos capacitadísimos técnicos, pagados con oro. Palabra de poco valor por ser de un ignorante en la materia —más ignorante aún que el cronista Giovanni Guimaraes, cuyas buenas intenciones acarrearon todo este lío— no obstante capaz, quién sabe, de revelar una curiosa circunstancia en la aplicación de los inconmensurables conocimientos de esos señores cuya opinión, como ya se dijo y en seguida se probará, dicta leyes y orienta a los gobernantes.

El Herr professor Karl Bayer fue categórico: no hay ningún peligro de contaminación. Con eso liquidó los últimos escrúpulos de ciertos hombres de gobierno aparentemente recelosos de la propalada capacidad de contaminación por parte de la Brastanio. La seguridad expresada por el competente técnico no significa inflexibilidad; en el mundo, todo depende de las circunstancias y de la cantidad que hay en juego. Mañana herr Bayer puede cambiar de opinión, afirmar exactamente lo contrario y ahí reside la grandeza (y la fortuna) de los técnicos fuera de serie.

Llegué a esa conclusión luego de leer en los diarios la noticia de la llegada a Brasil de otro técnico ilustre e infalible. Viene por cuenta de una multinacional con matriz en Estados Unidos, a negociar un contrato riesgoso para la prospección de nuevos campos petrolíferos y garantiza, con el mayor entusiasmo, que nuestro subsuelo posee inconmensurables reservas del codiciado oro negro. Se trata del mismo especialista tan competente que otrora había sido contratado por gobernantes nacionales para investigar de una vez por todas la existencia o no de petróleo en Brasil. El fue más categórico todavía, más explícito y perentorio en su respuesta negativa, que el conclusivo Bayer en la polémica sobre la Brastanio. Después de algunos meses de estudio, investigaciones, prospecciones, banquetes, aseguró bajo palabra de honor, la total y absoluta ausencia de petróleo en el subsuelo brasileño: ni una gota para remedio, ni en la tierra, ni en el mar. Cualquier afirmación en contra no pasaría de agitación subversiva, al servicio de Moscú, merecedora de severa represión. Embolsó una importante suma y, si no me equivoco, recibió de yapa una magna condecoración por los servicios prestados a Brasil. Su opinión fue ley y varios individuos fueron encerrados; entre ellos un tal Monteiro Lobato, de profesión escritor, brasileño porfiado e irresponsable que veía petróleo donde no había; su inexistencia había sido probada y comprobada por el informe de mister… ¿Cuál era el nombre del tipo?

El nombre, el lector puede encontrarlo en los diarios, donde brilla nuevamente al afirmar exactamente lo contrario respecto a la existencia de petróleo en el subsuelo

brasileño, en la tierra y en el mar y esta vez pagado por sus patricios. En este caso, nacimiento y dinero coinciden al darle nacionalidad norteamericana, una de las mejores entre las actuales.

Quién sabe si con el transcurso del tiempo nuestro herr professor Bayer no cambiará también de opinión. En cuanto a los otros Bayer, los magnates, a ésos poco les importa si la industria de dióxido de titanio contamina o no. Si lo hace, eso sucede muy lejos de ellos, en las ignotas tierras de Bahía. El humo mortal, amarillo o negro, no los alcanza, sólo les queda recoger los lucros del capital invertido y de las propinas dadas a sabelotodos y excelencias.

DE LA MUERTE Y DEL CAYADO.

El viejo Zé Esteves murió de alegría, concluye Tieta al enterarse de los detalles finales. Cuando se cerró el trato de compra de tierra y rebaño y volvió al corral con Jarde Antunes y su hijo Josafá, riéndose cayó muerto. Según un comentario del yerno, en cuya casa se efectuaba el velorio no había hecho nada para merecer una muerte tan suave. Asterio murmura tímidamente al oído de su amigo Osnar:

—Fue malo como la peste. Acabó con todo lo que tenía, pero ni en la pobreza bajó el copete, vivía a los gritos con todo el mundo. De repente se vio en la abundancia, con Tieta al servicio de su voluntad, además de las cabras, y le dio la pataleta.

Hablan en la acera, la sala esta repleta. Por la ventana, ven a Tonha, en una silla al lado del cajón. Está sentada allí, obediente, silenciosa, a las órdenes del marido como lo estuviera durante toda la vida. Asterio Simas mirando a su suegra concluye:

—Un verdugo. Cerca de él nadie osaba levantar la voz. Ni Perpetua. —Rectifica —. Sólo Antonieta. Dicen que desde pequeña.

Del otro lado del féretro, Perpetua se pasa el pañuelo por los ojos secos, su pecho estalla en sollozos inexistentes, mientras en la cocina, Elisa con ayuda de doña Carmosina prepara café y sándwiches para que la noche pase más rápido.

Había sucedido en el camino a Rocinha, en tierras de Jarde Antunes, en la ladera de una colina donde había yuyos, higos de la India, peñascos, un paisaje agreste y áspero, apropiado para los pies y los ojos de Zé Esteves, nativo de aquella tierra. Daba gusto ver el rebaño de tan bien tratado que estaba. Jarde, celoso de su tarea, cuida personalmente animales y mandioca desde que desplanta el sol. Su pedazo de tierra limita con la propiedad de Osnar, donde la mandioca, el maíz, el *feijão*, las cabras, las ovejas y los trabajadores son administrados por el compadre Lauro Branco, quien seguramente roba en las cuentas pero le da descanso y despreocupación, una cosa paga la otra y, según Osnar, el precio todavía es barato.

Josafá, *caboclo* fuerte, de mirada artera, oye al padre que habla de las cabras y del chivo, sabe cuánto le cuesta la decisión finalmente tomada, y se pregunta el motivo

por el cual los hombres como Jarde y Zé Esteves están tan apegados a una tierra salvaje e ingrata, de áridos montes pelados, a unos animales tan ariscos. Siendo adolescente, Josafá abandonó a sus padres y la casa de barro, y rumbeó para el sur, dando ejemplo a los demás muchachos de Agreste. Había empezado barriendo el almacén de don Adriano, en Itabuna; a los diez años se convirtió en socio y realizó el sueño de su vida: adquirió una plantación de cacao, todavía pequeña, y produjo cerca de quinientas arrobas, lo que era un buen comienzo. Eso sí que valía la pena, era un negocio de ricos. Daba lo mismo cultivar cacao que plantar oro en polvo para recogerlo en barras, dos veces por año. Mandioca y cabras: negocio de pobretones.

Cada año, para las fiestas de Navidad y Año Nuevo, Josafá como todo buen hijo, visitaba a sus padres. Hace dos años que había muerto la madre y desde entonces está tratando de convencer a Jarde para que venda la tierra y el rebaño y vaya con él a Itabuna; si no puede vivir lejos del campo, por lo menos que vaya a ayudarlo en la plantación de cacao, en las prósperas tierras de ltabuna. El padre se resistía, no quería cambiar de suelo aunque fuese por otro más fértil, cacao en lugar de mandioca, bueyes y vacas en lugar de cabras. Pero esta vez, al llegar, Josafá se entera de las transformaciones y novedades acaecidas en Agreste. Entonces se armó de argumentos tales que Jarde no tuvo respuesta, inclusive porque le hizo ver que él, Josafá, era el propietario de la mitad de aquellos bienes, heredados de su madre. Lo hizo a disgusto, pero no podía perder esa oportunidad de ganar un dineral para invertir en nuevas plantaciones de cacao. El viejo tuvo que inclinarse ante las evidencias.

Al enterarse de la decisión de la venta, anunciada por Josafá en el Bar de los Açores y transmitida al suegro por Asterio, Zé Esteves se puso en camino inmediatamente, recorrió los tres kilómetros y medio que separan las tierras de Jarde de las calles de la ciudad. El precio no le pareció alto, sólo que el pago debía ser hecho al contado. De vuelta en Agreste Zé Esteves contó y recontó el dinero escondido, economías acumuladas durante casi once años, a partir del primer cheque enviado por la hija rica de São Paulo. Tiene para pagar más de la mitad pero todavía falta un montón de dinero.

Con el mismo paso volvió a ver a Jarde y Josafá, les propuso empezar con una parte y completar el resto mes por mes. Josafá se negó: quería todo el dinero junto, no estaba dispuesto a financiar ni un cobre. ¿Por qué no le pide a su hija? Para ella no es nada, una pavada —preguntó, mientras el viejo Jarde, se retiraba en silencio, dejando la conversación a cargo de su hijo. Se fue a ver las cabras que estaban bajo el sol; si fuera por él, moriría allí, en los montes pelados, cerca de los animales indóciles.

Es fácil de decir y difícil de hacer, eso de pedir a la hija. Zé Esteves se rasca la cabeza. Tieta, en el poco tiempo que lleva en Agreste, ya compró la mansión de doña Zulmira, una de las mejores residencias del pueblo, donde Tonha y él van a vivir como lores, mandó hacer algunos arreglos —que no eran indispensables, según la opinión de Zé Esteves, ¿dónde se vio en Agreste una vivienda con dos baños, a cual más grande?, adquirió el terreno en Mangue Seco donde mandó construir una casa de

veraneo; enormes gastos, un platal y todo lo pagó al contado. Tieta no mide los gastos con tal de tener confort; no se fija en nada y exige lo mejor: muebles, utensilios, bañeras traídas de Bahía. Imagínense, ¡bañeras! ¿Para qué cuernos? Esa gente del sur ya no sabe qué inventar.

Cuando Tieta quiere algo, no discute, paga. Pero Zé Esteves nunca supo que ella quisiera laderas de colinas para cultivar mandioca, montes de higos de la India y piedras donde saltan cabras. Josafá le dio prioridad hasta el día siguiente. No viendo otra solución, Zé Esteves almuerza rápidamente, alquila el bote de Pirica y baja el río hasta Mangue Seco.

—Por aquí, padre. ¿Qué ha pasado? —Tieta lo lleva a ver la casita casi lista, donde Ricardo, brocha en mano, lo saluda y continúa pasando cal. El viejo repara en el nieto: el mocosito creció, ya no parece la misma rata de sacristía que era al principio de las vacaciones.

Mientras visitan la obra, Tieta prosigue:

—¿Hay alguna novedad en los trabajos de la casa? Apure a don Liberato, fíjese en el ejemplo de Cardo, que hizo trabajar a los obreros de sol a sol. Quiero dormir en nuestra casa de Agreste antes de irme.

—¿Ya quieres irte?

—Ni bien conecten la luz. Sólo espero la fiesta. Vine por un mes, voy a pasar casi dos, ¿se da cuenta?

—Tienes que quedarte para la fiesta, hija, pues fuiste tú quien trajo esa luz a Agreste. Es a ti a quien debe agradecerse el beneficio.

Tieta percibe agitación y timidez por detrás de ese elogio:

—¿A qué ha venido, padre?

—Quiero tratar un asunto contigo.

—Pues hable, que yo oigo.

—Aquí no. —Dice en voz baja y señala con los ojos a Ricardo, los obreros, la Toca da Sogra donde el comandante Darío, que lo recibió a su llegada, está estirado en la hamaca y lee.

—Entonces venga conmigo, vamos a ver si a usted todavía le dan las piernas para subir una duna.

El minúsculo traje de baño deja a la vista una mancha oscura y reciente en la parte interna del muslo de Tieta, quien explica: me golpeé con un tirante en la obra. Para dar el ejemplo, Ricardo y ella trabajan como obreros. Al oír la explicación Ricardo sonríe disimuladamente. Menos mal que el traje de baño cubre traste, vientre, y entrepiernas. Recuerda la voz de la tía, entre gemidos:

—Estás loco, vas a terminar por obligarme a usar pantalones largos aquí, en la playa.

Tieta también reprime una carcajada cuando cuenta lo del tirante que se le escapa de las manos. Adorado tirante, además de los labios y dientes voraces; la juventud, la arena y las olas. ¡Ah! El amor en la playa, a orillas del mar y con caricias de espuma.

Mi ángel rebelde, ¿tendré fuerzas para desprenderme de tus brazos y partir?

Bajo el calor del comienzo de la tarde, padre e hija suben las dunas, en silencio, ella piensa en las sublimes caricias de Ricardo y él busca la palabra precisa para expresar la apremiante cuestión; por fin se decide:

—Tengo que hacerte un pedido, hija.

—Pida, padre, que si puedo lo voy a complacer, usted bien lo sabe.

—Es la cosa que más deseo en el mundo, pero tú has sido tan buena conmigo, me has dado tantas satisfacciones que tengo miedo de abusar.

—Bueno, padre, usted nunca anduvo con tantas vueltas. Cuando usted quería algo lo pedía, a menos que lo pudiese tomar. Vamos, pida.

Ante ellos se abre paso a paso el violento paisaje, fascinante e infinito. En aquel mar-océano, padre e hija congraciaron sus almas, curtieron su piel en contacto con el viento de arena, cortante filo de puñal. El cayado, inútil en el suelo movedizo, estorba más de lo que ayuda en la subida. El *Viejo* siente el esfuerzo, ya no tiene la agilidad y la resistencia de antes, cuando por ir atrás de alguna putita, escalaba las dunas corriendo o saltaba sobre las piedras de las cumbres para sujetar y montar cabras en celo, ya que no le bastaba la mujer joven y bonita que se había traído de las plantaciones.

Pero asimismo avanzaba sin quejarse del abrasador sol de verano, su pensamiento estaba en el pedido y en la respuesta.

Una vez arriba, después de contemplar por un instante el insólito panorama, se sientan sobre una hoja de cocotero. Tieta se arregla para que no se vea otra mancha todavía más grande. Por suerte el viento borró las marcas de los cuerpos sobre la arena y en la playa el mar lavó el recuerdo de los embates nocturnos. Imagine usted, padre, su hija y su nieto, es el colmo de la desfachatez, y así es como yo lo vi a usted dándoles a las cabras.

—Tú bien sabes, hija, que me pasé la vida criando cabras. Después que tú te fuiste, las cosas empezaron a andar mal, creo que fue un castigo de Dios —se rasca la cabeza, la arena se le mete dentro de sus cabellos crespos y blancos, duros capullos de algodón— por mi maldad al haberte echado de casa. Sólo eso pudo haber sido.

—No hable de eso, padre. Ya nadie se acuerda, olvídelo usted también.

—Fue un castigo. Terminé perdiendo todo y si tú no hubieses acudido en mi auxilio, habría acabado mendigando, porque si fuera por Perpetua, me moría de hambre y Elisa no tiene dónde caerse muerta. Tú me diste de todo, pero antes que Dios me llame, quiero tener una alegría, además de ésta de verte, que no merezco.

—Padre, déjese de galanterías, no van con usted, ni es necesario que me alabe tanto. Diga cuál es esa alegría que tanto desea, y si puedo, lo voy a complacer.

—Poder, puedes, no sé si vas a querer. Como te dije, doy la vida por medio metro de tierra y una yunta de cabras. Una yunta, tres o cuatro, media docena ya es suficiente para ocupar mis días.

—Si no entiendo mal, usted quiere tener de nuevo una parcela de tierra y unas

cabras, ¿no es así?

—Y además un chivo, un macho cabrío entero, parecido a *Inácio*, ¿te acuerdas de él? Nunca más hubo un chivo como él en Agreste.

—¿Si me acuerdo? Le puse su nombre a mi choza: Curral do Bode *Inácio*. Él no le hacía caso a nadie, ni a usted, pero venía a comer de mi mano. Entonces, mi padre quiere tierra y rebaño de nuevo. Podríamos pensar en eso. ¿Usted ya tiene algo en vista y vino con el trato hecho?

—No se te puede esconder nada, hija, has nacido inteligente, saliste a mí. Elisa es tonta, salió a Tonha. Perpetua es complicada y anda en cosas raras…

El *Viejo* se ríe, con una carcajada catarral de tanto tabaco, hueca y grosera, de satisfacción y complicidad. La arena vuela sobre ellos, se mete en los cabellos anillados de Tieta y en la crespa *carapinha*[39] de Zé Esteves.

—Todos estos meses guardé parte del dinero que me mandabas, sólo sacaba lo justo para el alquiler y la comida, el resto lo juntaba con idea de poder comprar algún día una parcela de tierra y un par de cabras. Lo que junté alcanza para pagar más de la mitad de lo que Josafá pide por los bienes de Jarde. Pero él quiere todo al contado, no fía ni un céntimo. —Para animarla agrega—. Tal vez si ve todo el dinero junto hace una rebaja.

—¿Cuánto falta, padre?

Tieta piensa que su valija estaba llena de billetes cuando desembarcó, y que ahora está casi vacía. Había gastado mucho en Agreste, compró una casa, construyó otra, adquirió muebles, encargó bañeras, letrinas y espejos a Bahía, ayudó a medio mundo. Un pedazo de tierra, cabras y un chivo entero para alegrar los últimos años de vida del *Viejo* Esteves, le parecía dinero mal gastado. ¿No le dio seguridad para su vejez, no lo va a sacar del agujero en que vive para residir en una casa confortable, demasiado lujosa para Agreste? ¿Y quiere más todavía? Es un abuso. A Tieta no le gustan los abusos ni los despilfarros.

El rostro suplicante del *Viejo* refleja aflicción, está allí parado, a la espera de la respuesta, en lo alto de las dunas de Mangue Seco, sostiene el cayado, el mismo que tenía en la época en que era dueño del rebaño grande e imponía su voluntad sobre las hijas a fuerza de descargarles el cinturón de cuero crudo sobre las piernas y espaldas. Era ese mismo cayado de pastor. Al verlo tan desesperado, Tieta recuerda a Felipe cuando le explicaba que es más profunda y pura la alegría de dar que la de recibir cuando, para satisfacer su fantasía y vanidad, le compraba caras y absurdas inutilidades. Felipe le había enseñado el placer de hacer felices a los otros. Si fuera necesario, extendería un cheque a nombre de Modesto Pires, el dueño de la curtiembre se había puesto a sus órdenes por si ella necesitaba dinero al contado.

—Entonces vaya y cierre el negocio, padre.

Zé Esteves se quedó mudo y por un instante su cara se contrajo en rictus doloroso, toda su alegría semejaba un agudo dolor. Empuña el cayado, se levanta con un esfuerzo y baja las dunas junto con su hija que sonríe contenta al verlo sin

palabras. Van juntos hasta la playa donde el barco de Pirica estaba esperando. Antes de embarcar, el *Viejo* trata de besar las manos de la hija, pero Tieta no consiente. El ruido del motor al partir fue ahogado por otro mucho mayor: un helicóptero, llegado del mar, sobrevuela el cocotal, tan bajo que se pueden ver tres personas en la cabina, dos de ellas examinando los alrededores con largavistas.

Al llegar a Agreste, Zé Esteves ni siquiera paró en su casa, ni en la casa nueva para ver las obras, ni en el bar para contar lo del helicóptero. Del desembarcadero salió directamente a la ruta que va a Rocinha, era la tercera vez en el día que recorría el mismo camino a las tierras de Jarde. Se apoyaba en el cayado, la subida a las dunas lo había dejado con las piernas flojas y la respiración entrecortada.

Antes de tocar el tema, les relató a Jarde y Josafá lo de la aparición de la máquina voladora, con los hombres de largavistas observando los terrenos del cocotal de Mangue Seco. Josafá oyó atento, pero no comentó nada, Jarde dijo:

—Deben de ser los tipos de esa fábrica que quiere acabar con los peces. ¿No te enteraste?

Pero Zé Esteves ni respondió, estaba ocupado en regatear el precio con Josafá; obtuvo una pequeña rebaja. Una vez arreglados los detalles —esa misma tarde mandaría a Pirica nuevamente a Mangue Seco con un mensaje para Tieta acerca del dinero que faltaba— fue con Jarde y Josafá a ver las cabras, sin poder esconder su satisfacción. Mientras discutían tomaron unos tragos de *cachaça* para atenuar el cansancio de Zé Esteves y alegrar el rostro triste de Jarde.

En el corral volvió a admirar al padre del rebaño, un chivo joven y lindo, de aventajado porte y berrido fuerte, llamado *Seu*[40] *Mé*. Josafá agarró al animal por los cuernos y lo paseó, para que Zé Esteves lo pudiera observar mejor. Cuando le vio las bolas, cojones de respetable porte, el nuevo dueño se echó a reír a las carcajadas como el hombre más feliz del mundo. Tan feliz que le faltó la respiración; en su pecho no cabía la alegría, el corazón falló bajo el inmenso peso.

Estaba riendo, y riendo cayó al suelo, con la mano extendida hacía el chivo, señalándole las bolas; eso fue lo que Jarde contó a Asterio Simas cuando le entregó el cuerpo del suegro.

En pleno velorio, cuando la pequeña sala de la casa de Asterio estaba repleta y había gente conversando en la acera, Tieta llegó de Mangue Seco, a donde le fue enviado el mensaje, acompañada por Ricardo, el comandante y doña Laura.

—Le dio el ataque en medio de carcajadas, no sintió nada. —Asterio repite a la cuñada los detalles contados por Jarde y Josafá.

—Murió de alegría… —dice Tieta.

En ese momento no sabía de la participación —indirecta de la Brastanio en la muerte del *Viejo* Zé Esteves. Precedida por el cuñado, va hacía el cajón y abraza a Tonha. Las hermanas acuden, alguien despierta a Peto. También Leonora se acerca al grupo familiar y besa a su madrecita.

La muerte de Zé Esteves es una liberación para los parientes de Agreste. Sin

embargo, Tieta había reencontrado a su padre hacía sólo un mes. Durante veintiséis años no lo había visto, no había sufrido ningún agravio desde la zurra y la expulsión, ya distantes y, en esos días en Agreste, se divirtió con sus salidas graciosas, se alegró de verlo mascar tabaco, malhumorado y protestón, pero capaz de tener ambiciones, proyectos, de saber reírse como un insolente comandante de cayado en puño. Se reconocía en el *Viejo*, tanto era el parecido entre padre e hija.

Asterio muestra una cara compungida, Elisa llora acongojada, Perpetua se seca los ojos con el pañuelo negro, clama a los cielos el dolor de hija inconsolable. Tieta no llora ni eleva la voz. Suavemente pasa su mano por el rostro del padre, adusta faz de piedra, oscura. De las tres hermanas, sólo ella perdió un bien precioso, ente querido; sólo ella quedó huérfana. Ella y Tonha, la desvalida Tonha.

Había muerto riéndose del chivo, feliz con sus nuevas cabras, en su reconquistado pedazo de tierra. Tieta se apodera del cayado que está abandonado en un rincón y va a la acera donde la charla está tan animada como corresponde en un velorio organizado como Dios manda.

DONDE SE ENTIERRA AL *VIEJO* ZÉ ESTEVES, CON LO QUE LAS APACIBLES PÁGINAS DE ESTE EMOCIONANTE FOLLETÍN SE VEN LIBRES DE SU RÚSTICA E INSOLENTE PRESENCIA.

El entierro de Zé Esteves sirvió para probar el prestigio de Tieta. Si el *Viejo* hubiera muerto antes de que ella hubiese vuelto a la ciudad, paulista, viuda y rica, además de la familia, no se hubieran reunido ni siquiera una docena de personas.

Debido a la presencia de Tieta el hecho se transformó en acontecimiento.

El padre Mariano celebró una misa de cuerpo presente antes de la salida del féretro, en la casa de Elisa; rogaron a Dios que recibiera en su seno esa alma, amparándola con su infinita misericordia. Y es mucha la que necesita el alma de Zé Esteves, piensa el padre mientras pronuncia las palabras de gloria y sentimiento. Trató de buscar cualidades del finado para poder elogiarlo y, como no las encontró, elogió a sus hijas, poseedoras de tres virtudes peregrinas, citó la devoción de Perpetua, uno de los pilares de la parroquia, modelo de madre católica; la modestia de Elisa y su devoción por el marido, esposa ejemplar y, por fin, los excelsos predicados de Antonieta, cuyo «cónyuge había portado, debido a excepcionales méritos, título y consideración del Vaticano, concedido por el Padre de la Cristiandad, Su Santidad el Papa», lo que la hacía persona de la Iglesia. Con su fructífera visita, había propiciado a Agreste beneficios de incalculable valor, la luz de Paulo Monso y la renovación de una nueva instalación eléctrica para la Matriz. Además, había dado una prueba heroica de dedicación y amor al prójimo al arrojarse a las llamas, arriesgando su vida para salvar de horrible muerte a una pobre anciana. Poco faltó para que los asistentes aplaudieran la elocuencia del reverendo en la exaltación de las virtudes de las hermanas Esteves, la Batista, la Simas y la Cantarelli, las virtudes y los hechos de la

última.

La población compareció en masa. Para sostener el cajón, además de Asterio estaban los más destacados del pueblo: el vate Barbozinha, Modesto Pires, el comandante, el doctor Vilasboas, Osnar, Ascanio Trindade. Ascanio presentó pésames en nombre de su padrino, el coronel Artur de Figueiredo, alcalde en ejercicio que se había quedado en Tapitanga. No comparece a entierros de viejos. Muerte y funeral de menores de sesenta años, no le mueven ni un pelo. Pero fallecimientos de ancianos lo dejan tirado. Manda pedir disculpas a las hermanas y a Asterio, irá otro día para las condolencias.

Del bolsillo de Ascanio sobresalen páginas de los diarios enviados por el doctor Mirko Stefano. Quiere refregárselos por el morro al comandante, para que se tenga que tragar el insulto, la acusación de deshonestidad. Refregar y tragar: es un modo de decir. Tales pretensiones no implican violencias físicas y sí reparación moral. Al sostener el cajón y depositar en la fosa el cuerpo de Zé Esteves, Ascanio Trindade saca pecho, exhibe el altivo penacho de capitán de los mosqueteros de Agreste, D'Artagnan de la aurora.

DE LA PRISA Y LA AMBICIÓN DE LUCRO, CAPÍTULO DONDE SE VALORIZA EL COCOTAL.

Apenas llegan a casa, antes de cambiarse de ropa, Tieta tiene urgencia por sacarse el vestido negro y caluroso; Perpetua hace una pausa entre sus lamentos y afirma:

—Ahora tendremos que ocupamos de la herencia.

—¿Herencia? —Tieta se sorprende—. El *Viejo* no dejó nada.

—¿No dejó? Eso es lo que piensas. Todos los meses guardaba el dinero que le mandabas, todo menos una partecita para la feria y el alquiler. El resto, lo hacía desaparecer. Nunca gastó ni un cobre para hacemos un regalo a Elisa o a mí, ni a los nietos. Sólo caía de visita a la hora de las comidas, ¿no te diste cuenta? Debe de tener mucha plata escondida.

Las economías de más de diez años, unos doce, deben de ser una cantidad respetable. ¿Y qué pensaba hacer con tanto dinero? Perpetua se exalta al contar, con voz desagradable, chillona, mucho más ríspida que de costumbre debido al tema de conversación:

—Varias veces le pregunté qué pensaba hacer con ese dinero, me respondía que no me metiera en lo que no me importaba. Le aconsejé que lo colocara en la Caja de Ahorro o que se lo diera a don Modesto, para que rindiera intereses. No quiso, no tenía confianza en nadie, mucho menos en un banco. Pienso que guardaba sin necesidad —baja la voz—, de maldito que era, Dios me perdone.

—Ten piedad, Perpetua. No hace una hora que acabamos de enterrar al *Viejo*; antes de pensar en sus defectos, debemos recordar que era nuestro padre.

Perpetua se arrepiente, no quiere desagradar a Tieta:

—Tienes razón. El padre Mariano también dice que me falta el don de la misericordia. Mi deber es llorar, lo sé. ¿Pero qué quieres que haga? Cuando pienso en todo lo que sufrimos por culpa de él… Tú bien lo sabes.

—Ya lo sé. Pero de cualquier manera siento su muerte, era mi padre, tenía defectos y cualidades, buenas cualidades. Era franco y cuando quería una cosa sabía luchar para obtenerla.

—¿Cualidades? ¡Mal rayo te parta! Volviendo a lo que interesa, hay que descubrir el dinero. Tal vez Tonha lo sepa. Si lo encontramos, sacamos una parte para pagar los gastos del velorio y del entierro: tú no estabas, tuve que pagar todo; otra para la misa del séptimo día y la de treinta días. El resto se divide entre Tonha y nosotras tres. Mitad para ella, mitad para nosotras. Si alguien quiere otras misas que las pague de su bolsillo.

En su recelo de escandalizar a la hermana rica, la generosa tía, anuncia una soberbia prueba de amor filial:

—Yo misma voy a mandar rezar tres más: una en mi nombre, dos en nombre de cada uno de los niños. Todos los años, mientras Dios me dé vida, haré celebrar una misa el día de su muerte. —No resiste y agrega—. Creo que eso es mejor que inventar cualidades que papá no tenía.

Tieta además de cansada está harta. No se gana nada con discutir, es tiempo perdido: ningún argumento cambiará la opinión de Perpetua. Se retira:

—Me voy a cambiar de ropa, tomar un baño y dormir, estoy exhausta.

Portador del mensaje de Asterio, Pirica fue a buscarla esa noche a las dunas, estaba en plena fiesta con Ricardo. Suerte que el comandante gritó para localizarla. Pirica comenta lo de la muerte del *Viejo* después de dar la noticia:

—Hace poquito lo traje y lo llevé en el barco. Iba tan contento que hasta me dio una propina.

Pasó el resto de la noche en el velorio, recibiendo pésames, repitiendo las mismas palabras, oyendo cuentos de Zé Esteves, algunos graciosos, otros malignos, del tiempo de prosperidad. Después, la mañana del entierro, metida en ese vestido apretado, hecho para el clima de São Paulo, la caminata al cementerio, la misa de cuerpo presente, el desfile del pueblo condolido, la vuelta melancólica. Tieta quiere dormir, no pensar en nada, ni siquiera en Ricardo, de repente se siente extraña en Agreste. Se rompió una de las amarras que la ataban a su tierra natal y por primera vez desde que llegó tenía ganas de volver a São Paulo.

Estaba sacándose la ropa para ir a bañarse, caer en la cama y dormir sin tener hora para despertarse, cuando desde el comedor Perpetua le anuncia la visita de Jarde y Josafá: quieren verla con urgencia, el motivo es serio. Tieta se pone una robe de chambre y va a atenderlos, se reúnen en la terraza. Perpetua se queda cerca, rondando el lugar.

Se sientan. Jarde juega con el sombrero que tiene en la mano, baja los ojos deslumbrados con la visión del busto de la paulista, apenas cubierto por las puntillas

del deshabillé, Josafá toma la palabra:

—Disculpe, doña Antonieta, vinimos a molestarla en mal momento, pero el asunto es urgente, no nos quedaba otro remedio, a papá y a mí.

—¿Es sobre la compra del terreno?

—Y del rebaño, sí señora. Don Zé Esteves dijo que había hablado con usted y que usted iba a pagar el resto.

—Pero ahora él murió…

—Por eso mismo es que estamos aquí. Es que él, cuando volvió de Mangue Seco, después de pedir una rebaja, que se la hicimos porque teníamos apuro en cerrar el negocio, dejó una seña, es más de la mitad. —Mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca un fajo de billetes, atados con una cinta, rosa desteñida, lo deposita en una silla al lado de Tieta—. Éste es el dinero que Zé Esteves nos dejó, en confianza. No quiso que le diéramos ningún papel…

—¡Loco! —piensa Perpetua al oír tal absurdo. Se había acercado y apenas percibía el motivo de la conversación: el *Viejo* comprando tierras y cabras sin decirle nada, a escondidas, para eso ahorró durante tantos años.

Jarde se distrae, los ojos huyen hacia el escote de la bata, Tieta se arregla: tiene que tener cuidado debido a las manchas oscuras que tiene en los senos, en los muslos, en la barriga; en todo el cuerpo está la marca y el gusto de los labios de Ricardo. Allí, en ese momento, recién llegada del entierro, al pescar a Jarde espiando su escote, mientras conversa de negocios, siente un frío de placer que la recorre. Se mezclan cansancio y deseo, una dulce lasitud. Josafá prosigue:

—Vinimos a traerle el dinero. Es una lástima que Zé Esteves haya muerto, él quería a cualquier precio la plantación y las cabras, se enloqueció con *Seu Mé*.

Ante la mirada de incomprensión de Tieta, explica:

—*Seu Mé* es el padre del rebaño, un macho cabrio como pocos.

Se levanta, es un *caboclo* alto y dispuesto; Jarde lo imita, medio avergonzado. Antes de extender la mano para despedirse, Josafá se lamenta:

—También para nosotros la muerte de Zé Esteves fue un golpe, la venta ya estaba hecha, ahora queda en nada. Vamos a hacer una oferta a Osnar, cuya propiedad es vecina a la nuestra, sólo que la de él es un coloso, sólo se puede comparar a la del coronel Artur. Si don Osnar no se interesa, vamos a tener que luchar para conseguir comprador y cuando se tiene apuro, usted ya sabe cómo es…

—¿Por qué tanto apuro, Josafá? Ese mismo apuro, esas correrías fueron las que acabaron con el corazón del *Viejo*.

—Necesitamos el dinero, mi padre y yo, para contratar un abogado en Itabuna, el doctor Marcolina Pitombo; no hay otro que se le compare en cuestiones de litigios por posesión de tierras.

—¿Usted tiene problemas por allá?

—Allá no. Aquí. Voy a traer al doctor Marcolino a Agreste y para eso necesito el dinero y quiero vender las plantaciones y el rebaño. Algo tengo en Itabuna, pero

preciso una suma mayor para contratar al doctor y traerlo hasta aquí.

—¿Hasta aquí? ¿Y por qué si puedo saber?

—Usted conoce el cocotal de Mangue Seco, compró un terreno en la parte que es de Modesto Pires, me lo dijo don Zé Esteves. ¿Sabe quién es el dueño del resto, de las tierras que van desde Quebra Pedra hasta los límites de lo de don Modesto? ¿Las tierras que ahora esa compañía quiere comprar para poner una fábrica? Pues son nuestras, de mi padre y de este servidor.

—¿El cocotal? Me dijeron que nadie sabe bien quiénes son los dueños, justamente el otro día el comandante lo dijo.

—Si hay alguien más con derechos, no lo sé. Puede ser que sí. Pero que aparezca y traiga un abogado como yo y que presente las pruebas porque yo voy a presentar las mías. Es una antigua herencia, doña Antonieta, y consta en los libros de la notaría. Sólo que mi padre y mi abuelo nunca le dieron importancia; ¿quién iba a dar valor al cocotal, más manglar que tierras? Yo recién le estoy dando importancia ahora. Mi padre me dijo lo de la fábrica y ahí se acordó que los terrenos son nuestros. Paré las orejas y supe que los ingenieros andan por ahí. Ayer mismo Zé Esteves me dijo que había un helicóptero volando por encima del cocotal, que él y usted lo habían visto.

—Es verdad. Va a tener que apurarse porque hay gente importante interesada en el cocotal.

—Claro, con los alemanes que quieren comprar…

—¿Los alemanes?

—Fue lo que oí decir en Itabuna, también anduvieron sondeando por allá, estaban buscando un lugar para la fábrica en el río Cachoeira, pero se armó un lío terrible que todavía sigue porque dicen que esa fábrica acaba con todos los peces y mariscos y llena el aire de veneno. Yo mismo firmé un papel de protesta contra esa idea de que se instalen allá. Pero aquí, estoy a favor. Es un buen lugar para la fábrica, no hay plantaciones que valgan la pena y la cabra es un animal que no muere tan fácil.

—Puede ser que las cabras resistan, pero los peces se envenenan y mueren. Se acaba la pesca.

—Bueno, doña Antonieta, pero en Mangue Seco sólo hay media docena de vagabundos, que viven del contrabando. Con la instalación de la fábrica van a ser obreros, aprenderán a trabajar, van a ser como la gente.

—Pero en Saco, la pesca es el único sostén del pueblo. Y allá la colonia de pescadores es numerosa.

Josafá se ríe maliciosamente con la boca y con los ojos sagaces, repite en voz alta el argumento que Ascanio Trindade había pensado sin osar decirlo:

—¿El pueblo de la aldea de Saco? Pero eso pertenece a los sergipanos, Saco queda del otro lado de la barra, que se arreglen. Yo quiero vender mis terrenos a los alemanes. Nosotros tenemos papeles.

Están hablando de pie, Jarde no resiste y espía por las puntillas del deshabillé, ¡qué linda piel! ¡qué ubres redondas de cabra hecha! Josafá mete la mano en el

bolsillo interno del saco, retira la billetera y saca de ella una hoja de papel amarillento que extiende a Tieta. Es una carta viejísima, (la tinta ya está borrosa) en la cual hay referencias a las tierras de la orilla del río, cercanas al mar, pertenecientes a la familia Antunes.

—Que yo sepa el único Antunes de Agreste es mi padre, no hay otros. Lo supe en la notaría, el doctor Franklin me dijo que el nombre de mi tatarabuelo Manuel Bezarra Antunes figura allí, en la escritura. Con el asunto de la fábrica hay unos cuantos que se dicen dueños. Por eso voy a llamar a un abogado, y conseguir cuanto antes un boleto de posesión. Para eso necesito traer al doctor Marcolino; no hay como él para asuntos de tierras. Empezó su carrera como abogado del coronel Basílio, ¿se imagina?

—¿El coronel Basilio? No sé quién es.

—Es un valentón del sur del Estado, explorador de selvas, un hombre intrépido y audaz. Tuvo un problema de tierras que ni a balas se pudo solucionar. Pues el doctor Marcolino, recién recibido, desenmascaró el negociado; la justicia ganó, de cabo a rabo. Imagínese, ahora es viejo y se pasó la vida solucionando ese tipo de problemas. Es para traerlo que necesito vender los montes y las cabras. Después, puedo negociar el cocotal con los alemanes, compro una plantación de cacao.

—Ya entendí.

Antes de apretar la mano que le extiende Josafá y de tocar los dedos de Jarde, Tieta demora un segundo pensativa y pregunta:

—Sus tierras son vecinas a las de Osnar, es lo que usted dijo, ¿no?

—Exactamente. Están pegadas una a la otra, su propiedad y la nuestra.

—Oiga, Josafá: si usted no encuentra ningún comprador hasta mañana por la mañana, vuelva aquí para hablar conmigo.

—Si usted piensa comprar, no busco a nadie.

—Josafá, llegué ayer de Mangue Seco al enterarme de la muerte de mi padre, no dormí ni un minuto en toda la noche, llegué del cementerio hace un rato. No me gusta tomar decisiones sin pensar. No lo comprometo: si encuentra un comprador, haga su negocio. Si no lo encuentra, venga a verme mañana temprano y yo le diré qué he decidido.

—Tratándose de usted, doña Antonieta, voy a esperar, no hablaré con nadie antes de tener su respuesta. Para mí, aquí en Agreste, más que usted, sólo Sant'Ana. En ltabuna me contaron lo de la luz de la Hidroeléctrica, casi no lo creo, parece un milagro, y aquí supe lo del incendio, ¡válgame Dios!

El apretón de manos del *caboclo* fue fuerte y caluroso, franco y decidido. Jarde lo hizo con la punta de los dedos y bajó la vista. Tan rica, tan heroica, casi una santa y qué pedazo de mujer.

Perpetua los acompaña hasta la puerta. Vuelve con su voz más agria todavía:

—Era para eso que el *Viejo* escondía el dinero, para comprar tierras y cabras. A su edad; ¡qué locura! —toma el fajo de dinero, lo sopesa—. Vivía pasando miseria,

comiendo en casa de los otros y guardaba toda esa fortuna. ¿Tú ibas a pagar el resto? ¿Le ibas a regalar esas tierras? ¿Por qué?

—Porque cuando él quería una cosa, la quería por encima de todo. Igual que yo, Perpetua. Igual que tú, nosotras somos iguales. Lo voy a extrañar.

—¿Por eso vas comprar el rebaño y las tierras de Jarde? ¿O te vas a asociar con él y Josafá en los terrenos del cocotal? ¿.No es eso?

Tieta deja la pregunta sin respuesta, se va a su cuarto. Perpetua la observa de espaldas, anda con paso firme, su traste se balancea, indiferente a la opinión de los demás, le hace acordar a su padre en la fuerza de la edad. Cabrita loca, violento chivo, los dos de la misma raza caprina y demoníaca, complaciéndose con iniquidades. Los tres iguales, había afirmado Tieta. Perpetua mueve la cabeza, no está de acuerdo. Tal vez en la ambición, duros y obstinados como las piedras de los montes de Agreste. En lo demás hay una inmensa distancia que los separa y que la distingue. Ella es una señora, viuda recatada, sierva de Dios. En su pecho devoto sólo caben nostalgias del Mayor, inolvidable pozo de virtudes, que con ese garbo incomparable lucía su uniforme de gala o el pijama de rayas amarillas.

De repente se estremece con el pensamiento puesto en el Mayor: ¿y el reloj Omega, de oro, traído de São Paulo por Tieta como regalo para el padre? Tanto el reloj como la pulsera son de oro, un platal. Vio cuando Asterio lo sacó de la muñeca del *Viejo*. Se olvidó de hablar sobre eso. Tendrán que venderlo para dividir el dinero. A no ser que Tieta lo quiera guardar, como recuerdo del padre. En ese caso, deberá pagar la parte que les corresponde a la viuda y a las huérfanas.

Vuelve a los recuerdos del Mayor: buen mozo, gallardo militar, en su brazo fuerte qué bien iría un reloj así, de calidad, haría juego con el uniforme de gala o con el pijama de rayas amarillas. Cuando se ponía el pijama, era todo un macho; nunca más habrá otro.

DE LOS RITOS DE LA MUERTE Y DE LAS AFLICCIONES DE LA VIDA.

Luego de haber descansado, al atardecer de ese treinta y uno de diciembre, Tieta se vistió discretamente y, después de conversar en su casa con Osnar y en la notaría con Modesto Pires, fue a buscar a doña Carmosina a la Agencia de Correos y Telégrafos y con ella fue a la casa de Elisa. Desde el mostrador de la tienda donde se demora con la esperanza de que entre algún cliente retrasado para la última compra del año, Asterio las ve pasar y adivina cuál es su destino: van a hacer compañía a Elisa y consolar a la madre Tonha. Lanza una mirada al Bar dos Açores, hoy no tiene derecho a su diversión de costumbre; menos mal que los partidos decisivos del campeonato de billar que consagrarán al Taco de Oro 1965 fueron postergados debido a la muerte del viejo Zé Esteves, suegro de uno de los cuatro semifinalistas: Asterio Simas, José da Mata Seixas, Ascanio Trindade y Fidelio Dórea A. de Arrobas Filho.

Justamente el último día del año: habían previsto una cervezota conmemorativa en honor al campeón. Hace tres años que Asterio retiene el cetro, se lo arrebató a Ascanio Trindade cuyas obligaciones en la Municipalidad lo alejan de la mesa de billar, sólo aparece una tarde que otra. Últimamente, un alma se salva del purgatorio cuando él empuña el taco y la tiza: a su cargo se sumó el noviazgo que también lo deja sin tiempo para el deporte. Asterio suspira: se postergó la disputa, se suspendió la fiesta, el demonio del *Viejo* los persigue y los fastidia hasta después de la muerte.

Elisa se arroja en los brazos de su hermana, en renovada tribulación. La muerte debe ser honrada, el sentimiento de los parientes del difunto debe demostrarse con suspiros y sollozos, lágrimas y lamentos, visibles y comprobable s señales de dolor. Asíse demuestra la consideración dispensada al finado, en públicas pruebas de afecto y nostalgia. Además de la pena y el dolor, están los obligatorios ritos de la muerte, desde las vestimentas negras hasta el clamor de las lloronas.

En un rincón de la sala, apagada, de pronto vieja y sin edad, la madre Tonha está con los ojos colorados. A pesar de todo el despotismo, Zé Esteves había sido todo lo que ella tenía. Él la sacó de la casa de los padres, pobres campesinos y él, que era todo un propietario, señor de ciudad, con tierras y cabras, casi un coronel, la desposó después de haberla montado en los yuyos. Se casaron por Iglesia y civil, a pesar de que podría haberla abandonado a la buena de Dios barrigona como estaba; es lo que sucede en Agreste con frecuencia e impunidad.

Tonha vivió casi treinta años, silenciosa y obediente, junto al marido. Padeció por castigos, malos tratos, oyó insultos, pero tenía el calor del compañero que la adormecía, ruda mano que la amparaba, y de vez en cuando un beso, una caricia, el fuego del viejo chivo que persistió en el vicio hasta la víspera de la muerte. Zé Esteves se enorgullecía de las cosas que hacía en la cama y si alguien ponía en duda tamaño vigor a su edad, Tonha tenía que atestiguar:

—Estoy mintiendo, ¿mujer? Díselo a él.

Guiñaba un ojo, reía con su ordinaria carcajada de tabaco y largaba una escupida. Tonha bajaba la vista con una sonrisa fugaz, entre avergonzada y afirmativa.

La llegada de Tieta y doña Carmosina acciona el engranaje de la aflicción y sume la sala en tinieblas. Al verlas, Tonha se levanta y rompe en sollozos. Elisa la acompaña, pasa de los brazos de la hermana a los de la amiga y protectora. Tonha repite en un monótono canto llano:

—¿Qué va a ser de mí ahora?

Tieta abraza a la madrastra contra el pecho, en silencio, antes de volver a acomodarla en la silla y sentarse, a su lado, junto a la mesa:

—Quédese tranquila, madre Tonha, no va a faltarle nada. Usted va a vivir con Elisa y Asterio Y todos los meses yo le mando dinero para sus gastos.

Tonha intenta besarle la mano, igual que Zé Esteves en el momento de embarcar en el bote de Pirica, camino hacia la muerte. Si Tieta hubiese nacido de su vientre no sería mejor hija, más dedicada. Tonha había vivido poco tiempo con ella, a lo sumo

dos años; en ese momento eran de la misma edad, dos adolescentes.

—Cuando el *Viejo* me echó de casa —recuerda Tieta—, en el momento en que estaba arreglando mis cosas, usted me dio dinero, ¿cree que lo olvidé? Si no hubiese sido por usted y por la madre Milu, habría salido de aquí a enfrentar el mundo sin un solo cobre. Las dos tenían la misma edad aquella madrugada de la partida de Tieta en el camión. Tieta la trataba de usted y de madre, exigencias del viejo cascarrabias. Ahora lo hace *motu proprio*, ya no son de la misma edad; joven, lozana y vistosa, la alegre viuda del comendador paulista; vieja y extenuada, flaca y sufrida, la viuda del arruinado criador de cabras, desolada y encogida en su vestido barato y negro, de algodón.

—Ahora presten atención que tenemos que conversar.

Deposita sobre la mesa el fajo de dinero que le dio Josafá, de donde ya retiró la parte de Perpetua: y los gastos del velorio y de las misas a rezar. Al ver el dinero, Elisa para de llorar, Tonha mira con curiosidad:

—Son las economías del *Viejo* —dice Tieta.

Tonha reconoce la cinta rosa que todavía está alrededor del paquete:

—Ya me había olvidado. Estaba dentro del colchón, ¿no? Él hizo un agujero en el género, todos los meses metía más, lo ataba con esa cinta y lo envolvía en un pedazo de diario. Me hizo jurar, por el alma de mi madre, que nunca diría nada a nadie. Todos los días lo sacaba para verlo; o se despertaba de noche y Se ponía a contar.

—Papá lo sacó antes de morir, en seguida les explico por qué. Antes quiero darle su parte.

—¿Mi parte?

—La mitad del dinero que dejó es suyo, de su esposa. La otra mitad es de las hijas, Perpetua, Elisa y yo. Ya le pagué a Perpetua los gastos del funeral: cajón, cementerio, cura, los gastos del velorio, las gaseosas y los sándwiches. También le di su parte, eso que está ahí es lo que sobró. —Con la minucia con que está acostumbrada a hacer cuentas, a maniobrar créditos y débitos, informa sobre el total de los ahorros, la suma de los gastos, las divisiones que hizo y cuánto le toca a Tonha y a cada hermana. Cuenta los billetes sucios y gastados, manoseados muchas veces, entrega una parte a la viuda—. Este dinero es suyo, madre Tonha, no se lo dé a nadie, guárdelo para alguna necesidad urgente. Después que se venda el reloj, va a tener un poco más.

Separa el resto en dos partes, la suya y la de Elisa, las deja sobre la mesa e ignora la mano extendida de la hermana:

—Un momento, Elisa. Primero oye lo que voy a decir. Papá murió en el momento de cerrar un negocio con Jarde Antunes, quería comprarle tierras y rebaño, una propiedad que no es muy grande, pero que está muy bien cuidada y da una buena renta. Limita con la estancia de Osnar. El *Viejo* me pidió que completara el pago, quería tener el pedazo de tierra y unas cabras. Creo que no era tanto por la ganancia, sino por la satisfacción. Le gustaban los animales y sentirse importante…

—Si le gustaba… —doña Carmosina, silenciosa hasta ese momento, está de acuerdo. Para ella, la existencia de dinero escondido por Zé Esteves no constituyó ninguna sorpresa.

—¿Estabas enterada de eso, Elisa? ¿De esa compra?

—Asterio me lo dijo, lo sabía por Jarde.

Tieta extiende la mano, acaricia los cabellos de su hermana, ¡ah! si ella pudiese tener esas crines negras…

—Entonces óyeme: el precio que Jarde y Josafá piden por la propiedad es tentador; ellos precisan el dinero al contado. Hasta a Modesto Pires le pareció barato y Osnar me aconsejó que cerrara el negocio sin discutir. —Adopta un aire ejecutivo, está acostumbrada a luchar con dinero, a resolver negocios—. Mi plan es el siguiente: juntamos las dos partes, la tuya y la mía, yo agrego lo que falta y compramos las tierras para Asterio y para ti, la escritura se hace a nombre de ustedes. Para que dejen de vivir tan apretados, contando níqueles. Con la tienda y el rebaño van a tener de sobra. La propiedad deja una buena renta y además es vecina de la de Osnar, ideal para Asterio. He ayudado a los hijos de Perpetua y también quiero ayudarlos a ustedes. Con la muerte del *Viejo*, cuando la casa esté lista, se van a vivir allá, con Tonha. Eso era lo que quería decirte. —Se nota en la voz esa satisfacción que proviene de la alegría de dar, de ayudar a mejorar la vida de la hermana y del cuñado.

—Feliz de quien tiene una hermana como tú, Tieta. Tú eres única. No existe otro corazón de oro igual al tuyo. —Doña Carmosina se exalta conmovida; su amiga crece día a día en su concepto.

Sin embargo, Elisa guarda silencio, tiene los ojos fijos en el suelo. Ciertamente debe de estar emocionada al punto de no saber cómo expresar su agradecimiento. Con gran esfuerzo empieza a hablar, sin mover la cabeza, tartamudea, nerviosa:

—Carmosina tiene razón, tú eres demasiado buena, Tieta. Antes de conocerte, imaginaba que tú eras un hada, y lo eres. —Levanta la vista buscando apoyo de doña Carmosina para lo que tiene que decir—: Te agradezco mucho lo que quieres hacer por Asterio y por mi, la compra de las tierras y la casa, para vivir gratis. —Hace una pausa para tomar impulso y coraje. —Pero no acepto. Lo que yo quiero pedirte es otra cosa, hasta le había pedido a Carmosina que hablara contigo…

Una sombra cubre el rostro de Tieta, sabe de antemano qué es lo que Elisa quiere:

—Tú no necesitas intermediarios para hablar conmigo. Dime lo que quieres. —Se hace la distante y fría.

Elisa eleva los ojos llenos de miedo hacia su hermana poderosa y rica. Se decide, su voz vibra en la sala:

—Sólo quiero una cosa: ir contigo a São Paulo. Quiero que me lleves, que consigas un trabajo para Asterio, que…

No puede terminar la frase porque Tieta la interrumpe bruscamente:

—Quieres ir a São Paulo. ¿Para hacer qué? ¿Para meterle los cuernos a tu marido? ¿Para ser puta?

Un sollozo irrumpe en el pecho de Elisa, las lágrimas saltan de los ojos. Se estremece como si le hubiesen dado una cachetada, se cubre la cara con las manos. Estos sollozos y estas lágrimas no tienen nada que ver con las otras, vertidas hace poco por obligación, por el ritual de la muerte. Es un llanto sincero, verdadero, producto de un duro e inesperado golpe, de un disgusto real, de un sueño roto. Se cubre la cabeza con los brazos, se apoya sobre la mesa, y gime bajito con un llanto de criatura; sus cabellos se desparraman.

Tieta se levanta, se acerca a su hermana menor, veinticinco años menor. La levanta, la toma en sus brazos y la consuela. Le besa el rostro, le seca las lágrimas, le acaricia los cabellos, le dice Lisa y querida. Su voz es tierna, dulce y maternal:

—No llores, Lisa, querida. Si me niego es por tu bien. Aquello no es para ustedes. Sería malo para ti y peor para Asterio. Yo te prometo que cuando haga un viaje, en época de vacaciones, los mando buscar para que paseen conmigo. Tú sabes que cuando yo prometo cumplo. Pero ahora, lo que tienes que hacer es ayudar a tu marido en la tienda; él va a necesitar tiempo libre para las cabras. —Nuevamente levanta la voz—. Y nunca más me digas que quieres ir a São Paulo. Nunca más.

Doña Carmosina no puede contener la emoción, se seca los pequeños ojitos con un pañuelo bordado, Tonha sigue la escena medio atontada y no logra entender el porqué de todo aquello. Tieta deja a Elisa y va a abrazarla. Al despedirse repite la recomendación que hiciera sobre el dinero:

—Guarde bien su plata. No le preste ni le dé a nadie. Ni a Elisa, ni a Asterio, ni a Perpetua, aunque se lo pidan. Ellos no necesitan. —Hace un gesto a doña Carmosina —. ¿Vamos, Carmo?

Todavía ahogada por la decepción, Elisa vuelve a abrazar a su hermana tal vez con el deseo de arriesgar una última súplica, a pesar de la terminante prohibición. No llega a hacerlo. Unos pasos resuenan en el corredor, es Asterio que entra en la sala, se sorprende con la desesperación de su mujer que llora convulsivamente, son fuertes sollozos que crecen con su aparición. ¿Cuál es la causa de ese llanto ardiente, de esos ¡ay! tan sentidos? Por la muerte del *Viejo* no ha de ser.

—¿Sucedió algo? —ya le arde el estómago.

Doña Carmosina le explica:

—Elisa está llorando de alegría y agradecimiento. Tieta va a comprar una finca para ustedes:

DE LA IMAGEN DE TIETA REFLEJADA EN EL ESPEJO DURANTE LA NOCHE DE AÑO NUEVO.

El entierro del viejo Zé Esteves, la charla con Perpetua sobre la herencia, con el complemento mezquino del reloj, la dolorosa escena con Elisa, se reflejan en el rostro de Tieta, sentada delante del espejo, mientras se limpia la piel, sola en el silencio de la casa y de la calle. Todos fueron al Te Deum en la Matriz. El mundo de Agreste,

aparentemente simple y pacífico, se revela más difícil y convulsivo que el universo de mala fama y prostitución donde ella actúa entre putas, rufianes, cafiches, gigolós, madames de casas de citas, desde su partida en el camión hace veintiséis años. Es más fácil defenderse y mandar en el «Refugio de los Lores». Allá, tanto los sentimientos como los cuerpos están a la vista. Aquí, a cada paso, tropieza con simulación, engaño o falsedad; nadie dice todo lo que piensa, ni demuestra totalmente sus deseos; todos tapan algo por interés, miedo o pobreza. Es un mundo de fingimientos e hipocresía en encarnizada lucha por ambiciones tacañas y menguados intereses.

A las nueve, cuando suena la campana de la iglesia, toque de recogimiento para la mayor parte de la población, se extingue la luz del motor, que sin embargo vuelve a funcionar a las once para iluminar la ciudad en el cambio de año, con sus conmemoraciones en la iglesia y en la Municipalidad, el Te Deum y los fuegos artificiales. Cuando las hijas de Modesto Pires todavía eran solteras, y llegaban de vacaciones del colegio de monjas de Babia, había baile en la casa del dueño de la curtiembre. Hoy, sólo en la pensión de mujeres de Zuleika Cinderela la fiesta se prolonga hasta la madrugada; se inicia después del Te Deum y los fuegos, pues las prostitutas, que también son hijas de Dios y ciudadanas de la comuna, van a la iglesia y a la Plaza, para dar gracias al Señor y aplaudir con entusiasmo a Leoncio, quien, ayudado por el chico Sabino, está en el auge del espectáculo pirotécnico, con cañitas voladoras y luces de bengala. Aquella modesta maravilla termina con una única y sensacional lluvia de plata.

Las visitas se reúnen en la terraza después de comer: el coronel Artur da Tapitanga, doña Milu, doña Carmosina, el vate Barbozinha, además Elisa y Asterio, el desconforme Peto, con medias y zapatos, ropa limpia, y Ascanio Trindade, cuya presencia, de tan constante, perdió la condición de visita. A la luz de las lámparas hablan del viejo; el coronel y doña Milu recordaron antiguos hechos, doña Carmosina bordó inteligentes comentarios. Una vez agotado el tema principal, hablaron de la lluvia y del buen tiempo, o sea: comentaron el embarazo de Sátima Farath, hija de don Abdula y doña Soraia, levantinos de arraigados hábitos feudales, que mantuvieron a su única y atractiva hija encerrada bajo siete llaves y de repente descubrieron su barriga hinchada de casi cuatro meses, producto de las últimas lluvias de setiembre, y se refirieron a su próximo casamiento con Licurgo de Deus, modesto y retinto empleado de la mercería apto para todo servicio, sin otra dote además de sus dulces modales; el inesperado matrimonio era un jubiloso acontecimiento en época de verano. Ejerciendo el sutil arte de comentar la vida ajena escudriñaron la tienda para tratar de saber dónde había ocurrido el hecho principal, si arriba o abajo del mostrador, entre botones, agujas, dedales y cintas, removieron las finanzas de los Farath y se alegraron por la suerte del joven Licurgo, que come *quibe*[41] crudo en plato de oro, imagen de doña Carmosina para terminar la discusión sobre el lugar del hecho. El tema de la contaminación y de la Brastanio afloró dos veces en los labios

de la agente de Correos y del secretario de la Municipalidad; pero no obtuvo quórum al amenazar con polémicas una conversación contraria a debates por ser en día festivo y en visita de pésame. Cuando volvió la luz, todos partieron a la iglesia. Tieta, cansada, prefirió quedarse, estaba sedienta de soledad, nunca había pensado que la muerte del padre pudiera afectarla tanto.

¡Sola en noche de Año Nuevo y en una casa vacía! Si se lo contaran, no lo creería. Mientras vivía doña Olivia, antes de reunirse con ella y con los hijos para el reveillon Felipe aparecía infaliblemente en lo de Tieta y le traía un regalo, casi siempre se trataba de una alhaja muy costosa. Muerta la esposa, empezaba el año en compañía de la cortesana en alguna boite de lujo, donde después de las felicitaciones y los votos de feliz Año Nuevo se armaba un alegre carnaval. La ternura crecía entre la animación, el champagne y los brindis.

Hace un año, la noche había comenzado de la misma manera, en una elegante boite. Hablaron de finanzas y recordaron los primeros días de aquella irremediable (adjetivo de Felipe) *liaison*. Como recuerdo, él le dio la escritura del amplísimo negocio de la planta baja del Edificio Monteiro Lobato, homenaje del empresario al escritor paulista con quien había convivido, monumental predio situado en el centro de la ciudad, en una calle de comercio muy intenso. ¿Cómo obtener mayores rentas? ¿Alquilando el negocio o instalando una elegante *boutique* de lujo? Con la *boutique*, sin duda, siempre que pudiera quedarse al frente del negocio. ¿Pero de dónde sacar tiempo, si el «Refugio» le ocupaba todo el día? Mejor alquilar (ése fue el consejo de Felipe) y embolsar, sin trabajo ni preocupaciones, una envidiable suma mensual.

Enternecida, Tieta recordó el día en que lo conoció, cuando él recién acababa de llegar de Europa. En la víspera, madame Georgette le había dicho: «*Demain tu connaîtras le vrai patron du Nid, Monseigneur Le Prince Felipe*». También Felipe lo recordaba. Madame Georgette le informó: «*Une petite mulâtresse, comme vous les aimez; ancienne bergère de chèvres, fraîche, tendre mais aussi sauvage comme un chevreau*». Mientras bailaban se dedicó a hacerle bromas, la amenazó con casarse o juntarse con una muchacha joven; un viejo chocho necesita un capullito tierno. ¿Viejo chocho? Todavía está tan firme, tiene tan buena cama, la desenvoltura de siempre, una resistencia de caballo. Al besarla, a media noche, se refirió a la irremediable, definitiva y maravillosa aventura que era la unión de ellos dos:

—¿Y si yo te dijera que fuiste la única mujer que amé en mi vida?

A partir de esa frase cambió todo el sentido de aquella convencional noche de Año Nuevo, para pasar a ser una inolvidable noche de amor. Ni bien terminó el griterío, las felicitaciones y saludos, él la tomó de la mano y se la llevó. A pesar de que doña Olivia estaba muerta y enterrada desde hacía seis años, por primera vez Felipe invitó a Tieta a visitar el palacete de la Avenida Paulista. La condujo de sala en sala, bajo el reflejo de las esplendorosas arañas de cristal, pisó alfombras persas, demoró la mirada en los adornos de oro y plata, en los objetos de arte colocados sobre los muebles negros, en los cuadros de grandes maestros modernos, Picasso, Chagall,

Modigliani, cuyos nombres ella había aprendido a fuerza de oírlos en boca de los ricachones en el «Refugio», seguidos siempre de la astronómica cifra con la cual les reducían la belleza de que estaban investidos. Todo eso era una riqueza diferente, pesada, noble, casi solemne, —desconocida para Tieta. A pesar de estar habituada al lujo, a la convivencia con los grandes de las finanzas y de la política, se sintió perturbada. Al vislumbrar la grandiosidad de la otra cara de la vida de Felipe, no entiende por qué él se ató a una simple pastora de cabras.

Como los criados habían sido dispensados para que pudieran festejar esa noche de augurios, el palacete estaba vacío, tal como hoy está la casa de Perpetua, donde un día Tieta durmió con Lucas y ahora duerme con Ricardo. Felipe le mostró la bodega, los estantes de botellas, las etiquetas ilustres, eligió un champagne —champagne, no, *le meilleur champagne du monde, ma belle*, y puso la botella en un balde de plata para que se enfriara. Buscó las copas más finas y originales de Bohemia. Así, medio alegres, fueron al dormitorio; bebieron y se amaron en la cama matrimonial. Vieja cepa, buen vino, Felipe compensaba con sabiduría erudita su disminuida violencia. Al principio Tieta estuvo intimidada, pero lentamente se recuperó presa de una extraña emoción: por primera y única vez en la vida se sintió esposa.

Sólo entonces, acostada al lado de Felipe en el lecho colonial de la alcoba del palacete de la familia Camargo do Amaral, se da cuenta del significado exacto del sentimiento que la ata al millonario comendador del Papa. Hasta hace poco le parecía absurda esa *liaison* en la cual se mezclaban interés, amistad, comprensión, deseo y placer, Sobre las sábanas de hilo de doña Olivia, por fin había entendido el significado de la palabra amor, tan gastada y repetida, tan basureada en la agonía de las pasiones y los amoríos. Era amor, sí, amor singular y exclusivo.

Había vivido muchas pasiones, muchas y muy diversas. Pasajeras o permanentes, todas impetuosas, posesivas. Las de adolescente; ávida de hombres, dándose en los recovecos del río, en las alturas de las dunas de Mangue Seco y las de prostituta en tránsito del interior a São Paulo. Durante el largo período de Felipe, estuvo siempre a sus órdenes, los gastos corrían por cuenta de él, fue su propiedad personal; el pijama debajo de la almohada, las chinelas a los pies de la cama; sin embargo se enamoró repetidas veces, con su loca cabecita de amante. Pero nunca había dejado de ser la tierna amante, compañera y amiga del poderoso cincuentón —cuando lo conoció, Felipe había cumplido cuarenta y nueve años, aparentaba cuarenta— que envejeció en sus brazos.

¿Alguna vez Felipe habría sospechado de las aventuras de su protegida, de sus desvariados amores? Tieta jamás recibió a ningún hombre en el Nid d’Amour, ni madame Georgette hubiese permitido tal liviandad, ya que él había comunicado la decisión de mantenerla con exclusividad. Se encontraba con los eventuales amantes en departamentos, *garçonnières* o en casas de citas, lugares mucho más modestos. A pesar de las precauciones que tomaba, Felipe tan experimentado y suspicaz, debía darse cuenta del fuego que la consumía, se veía en el brillo de sus ojos, en el

nerviosismo de sus gestos, en el embravecimiento en la cama, pues cuanto más enloquecida estaba por otro, con mayor ardor y oficio se entregaba a él, como para compensarlo.

Felipe jamás demostró la menor sospecha. Sin embargo, en los últimos meses, cuando las señales de la edad empezaban a marcarle su bien tratado rostro, más allá de la flema y la arrogancia, Tieta percibió o creyó percibir un destello de tristeza en la mirada del comendador, al sentirla vibrante e impulsiva. Para no lastimarlo, trató de reprimirse controlando su ansia y su apetito. ¿Para no lastimarlo o porque, estando tan atada al protector, se sentía menos necesitada?

Cuando Felipe murió se vio tan sola y perdida que rompió el juramento hecho en el momento de partir de Agreste —nunca más pondré los pies aquí— y fue a buscar fuerzas y seguridad, a renovar el placer de vivir, en el seno de su familia, en el suelo donde había nacido y se había criado, en los montes donde había azuzado cabras y aprendido que la vida es una dura prueba, en las dunas de arena donde se hizo mujer bajo el peso del mercachifle con aliento a ajo y cebolla. Quiso respirar aire puro, ver un cielo límpido, una noche de innumerables estrellas bajo la luna. Era una fugitiva de la contaminación de São Paulo, del deprimente comercio del Refugio, de la ausencia de Felipe, de su pijama inútil y sus chinelas abandonadas.

En esa noche de Año Nuevo, tan distinta de la última, sola en la casa de su hermana mayor, delante del espejo, Tieta se interroga: ¿valió la pena venir?

Si, valió la pena, a pesar del fingimiento y la hipocresía, de la ambición y de las discordias de la familia Esteves, escondidos bajo el manto de modestia y paz. Aunque sólo hubiese sido por su encuentro con Ricardo ya tendría pago el sacrificio del viaje. Puro, sin malicia, ni maldad, inocente, íntegro, nada en él era dudoso, ni palabras ni pensamientos, ni gestos. Su niñito, su niñito de oro. Nunca se había enamorado de un adolescente; él era casi una criatura. Siempre prefirió a los hombres de cierta edad; ahora muere y renace por amor a un jovencito.

Su niñito compartido está en la iglesia, es mitad de ella, mitad de Dios, Vestido de monaguillo, con la sotana negra, la sobrepelliz blanca, la estola colorada, envuelto en incienso, parece un ángel rebelde. La bruja de Edna, montada en los cuernos del marido, se lo comerá con su mirada llena de codicia, se morderá los labios ante el lindo querubín. La apestosa se va a morir de hambre, pues él ni siquiera se dará cuenta de la calentura que la tiene a maltraer ya que no tiene ojos, sonrisa en los labios o pensamiento en la cabeza que no sea para la tía sabelotodo, que recogió la flor de la doncellez del sobrino y le enseña las cosas buenas de la vida.

Después del Te Deum y de los fuegos, volverá con Perpetua y Leonora. Al pensar en su pseudohijastra, Tieta sacude la cabeza con descontento.

La había traído consigo para proporcionarle una tregua en su vida sin alegría, para limpiarle los pulmones con el saludable aire de Agreste, para arrancar una sonrisa de su boca amarga. ¿Había hecho bien? Todo indica que sí, pues se la ve feliz, parece otra. ¿Pero, y después? Hay que hacer algo para que Ascanio y Leonora se decidan a

ir a los barrancos de la Bacia de Catarina e inauguren las grutas que están debajo de los sauces. Se acerca la fecha de partida, Leonora necesita y merece acostarse con un hombre por amor, hasta ahora sólo lo hizo por oficio o por engaño. Tieta tendrá que ocuparse de este problema y resolverlo. La semana que viene, el Curral do Bode *Inácio* estará listo para ser habitado, es una ocasión propicia para llevar a la pareja a Mangue Seco, donde en el deslumbramiento de la noche marítima y mágica, naufragan escrúpulos y timidez, y si no que lo diga Ricardo.

Sin embargo, antes tiene que convencer a Ascanio de abandonar esa infeliz idea de abrir las puertas de Agreste a la fábrica de dióxido de titanio, capaz de envenenar el aire puro, de ofuscar la limpidez del cielo, capaz de envilecer el río y el mar y terminar con los peces y los pescadores. ¿Contrabandistas? Siempre lo fueron, pero no existen marineros más valientes y audaces que los de Mangue Seco, capaces de enfrentar a los tiburones y las olas del mar enfurecido. De pronto siente una inmensa piedad, la invade una inconmensurable ternura, olvida agravios, falsedades, mentiras familiares. ¡Gente pobre, pobre y adorable gente de Agreste! Todos la quieren, sin excepción, los buenos y los malos. Hicieron de ella una heroína y una santa cuando no pasa de ser una vulgar puta, peor todavía, dueña de casa de citas, madame, explotadora de putas.

Delante del espejo, Tieta se prepara para ir a la cama. Se perfuma, se embellece para Ricardo. En la víspera no lo tuvo; entre el escritorio y el cuarto, en el corredor estaba el recuerdo del padre y abuelo, recién fallecido y enterrado. Pero hoy ella espera a su niñito. Al pasar a su lado le dijo al oído: el luto de mi negrita no dura mucho tiempo…

Al regresar a São Paulo ya no estará Felipe. La incomparable charla, la risa divertida, la prudencia y la audacia, el saber sin medida. Huye de esa ausencia definitiva hacia la fugaz ausencia de Ricardo. Falta poco para que el muchacho llegue a su encuentro en la cama de doña Eufrosina y del doctor Fulgencio, de Perpetua y del mayor Cupertino. Allí se habían entregado y poseído las dos parejas, también Lucas y ella, cuando el joven médico le enseñó las sutilezas del placer; las locas y absurdas reglas del ipicilone. Sin embargo, nada se compara con las noches de Tieta y Cardo, el fuego del sobrino adolescente, la ardiente fogata de la tía en plena madurez.

Llegará después del Te Deum y de los fuegos artificiales; lo esperará en la hamaca hasta que Perpetua y Leonora se acuesten y duerman para poder cruzar el corredor e ir a acurrucarse en su regazo. Tieta va hasta la ventana que da al callejón, desde allí no ve la Matriz pero distingue el rumor distante de los rezos. El pueblo de Agreste agradece a Dios. Ella también debería hacerlo pero nunca fue adepta a oraciones y misas, poco sabe de religión. El padre Mariano, interesado y adulador, declara que ella, Tieta, viuda de un comendador del Papa, es parte integrante de la Iglesia de Roma. ¿Debido a Felipe, Reverendo? No era su marido, sólo su *marchand* en ilícita relación Tal vez debida a Ricardo, diácono del santuario, niñito de Dios, su niñito. Pero también es una unión pecaminosa, padre, en Tieta todo es espurio, todo

es farsa…

Vuelve al espejo, examina su rostro en general alegre y que en ese instante está melancólico. ¿Cómo acusar a los demás de hipocresía y falsedad? Ella, la viuda Antonieta Esteves Cantarelli, no pasa de una invención, de una patraña armada pieza por pieza. Hubo una Tieta en Agreste, una pastora de cabras, *cabra* ella misma, y en celo. En São Paulo existe la famosa y rica proxeneta, madame Antoinette, francesa de Martinica. Antonieta Esteves Cantarelli no existe.

¿No existe, o no sirve para nada? Ricardo le había hecho despreciar el lucro de una buena inversión en los terrenos del cocotal para salir en defensa del clima, del cielo, de las aguas de Agreste, dando realidad y vida a Antonieta Esteves Cantarelli, al darle una causa y una bandera. Su niñito. Sonríe hacia su imagen del espejo, ni triste ni cansada.

Se saca el camisón, se extiende desnuda en la cama para esperarlo, viste solamente las marcas violetas de los labios y de los dientes de Ricardo y algunos vestigios vagos de las quemaduras. Cuando él entre, estará durmiendo, la despertará en sus brazos, juntos empezarán el Año Nuevo. Con atraso y sin champagne, detalles sin importancia, comparados con la ternura y el deseo desmedidos. Encenderán los fuegos de la madrugada para saludar al Año Nuevo y, al llegar la mañana, como homenaje, practicarán el ipicilone. Lo ejecutarán como es debido, en la exactitud de las reglas absurdas y locas, pero sin embargo rígidas e inalterables, se necesita una matrona con experiencia de cama, muy competente y un adolescente ávido de placer, o viceversa, un veterano de mil batallas y una recluta apenas púber. En cualquiera de los dos casos, en el desvarío de la pasión.

DONDE, A ESTA ALTURA DEL RELATO, SE PRESENTA UN NUEVO PERSONAJE, OTRA PUTA, ¡OH CASUALIDAD!, EN UN LIBRO DONDE YA EXISTEN TANTAS.

En el mismo momento en que Tieta se extiende desnuda en la cama para esperarlo, Ricardo, a través del humo del incienso, ve por primera vez a María Inmaculada y se lleva un susto. Es muy joven, todavía una niña, no debe pasar los quince años. Tiene un vestido de organdí celeste y una flor blanca en los cabellos crespos, jazmín del cabo, las carnes llenas, los ojos dos brasas y su boca sonríe. Le sonríe a él.

Durante la festiva ceremonia del Te Deum, que fue del agrado del seminarista debido a la pompa y al júbilo de las vestiduras y de los cánticos, Ricardo se siente cercado por la admiración y la codicia de por lo menos tres mujeres, que le resultaron todas ellas de su interés, cerca del altar, una en la primera fila de la derecha y la otra en la primera de la izquierda, Cinira y doña Edna.

En la primera fila de la derecha y en el límite del reducto de las solteronas, Cinfra, sentada en un banco, revolotea los ojos, abre la boca en actitud suplicante y amenaza desmayarse ante la divina visión, cuando él se adelanta con el incensario en

la mano. En la primera fila de la izquierda, arrodillada en un pequeño y bajo reclinatorio, al lado de Terto que no parece pero es su marido, con papeles y todo, doña Edna, flaca y nerviosa, no es la despreciable bruja de las injurias de Tieta, sus ojos son un taladro, se muerde los labios e insinúa gestos. ¡Ah, si pudiera acorralarlo en un rincón de la sacristía y cubrirlo de besos! Ricardo pasa por delante del altar, se detiene a la derecha y a la izquierda, ante la semivirgen y la adúltera; a propósito les hace llegar a una y a otra el aroma del incienso, casi un mensaje.

Le gustaría poder atravesar la nave y llegar a los últimos bancos, en uno de los cuales está Carol, contrita y recatada, con los ojos puestos en el altar sigue cada paso y cada gesto del altivo monaguillo. Como Modesto Pires ha vuelto a Mangue Seco, al seno de su familia, ella necesita ser doblemente discreta, ya que está vigilada por todo el pueblo que está a la pesca, en excitante expectativa, de un desliz de la amante del ricachón. Ricardo, al no poder ir a dónde ella está, levanta bien alto el incensario y lo agita en el aire, para ofrecerle una perfumada nube de humo blanco. ¿Percibe ella el significado de ese gesto? Probablemente, pues baja los ojos y pone su mano abierta sobre el corazón, comprimiendo su seno palpitante.

Ricardo recorre con los ojos la nave de la Matriz que está totalmente llena. Hay una enorme cantidad de mujeres sentadas y arrodilladas. Al fondo, de pie, están los hombres, con sus ropas domingueras, a excepción de unos pocos maridos, más celosos y devotos, apostados cerca de sus mujeres; Terto, por ejemplo, que así demuestra a los incrédulos que es el feliz consorte de la apetitosa doña Edna. Frente al altar, Perpetua y Peto están arrodillados en vistosos reclinatorios que exhiben placas de metal con los nombres de los propietarios: doña Perpetua, Esteves Batista y Cupertino Batista, para que rodillas extrañas e indignas no se doblen en ellos. Ni siquiera el honor de estar en el lugar de su padre, conmueve a Peto, volviéndolo contrito y satisfecho. Querría estar entre los hombres, al fondo, o mejor todavía, en el atrio animado de comentarios, con Aminthas que destila veneno o con Osnar que alardea canalladas.

Ricardo oculta una sonrisa al ver a su hermano que, inquieto, se rasca con cara de disgusto y aburrimiento infinitos. Observa los bancos donde el mujerío está rezando. De pie, junto a la pared, reconoce a Zuleika Cinderela, la había visto algunas veces en la calle, haciendo compras. A su alrededor hay algunas profesionales, ninguna de ellas osó sentarse, forman un grupo aparte, aislado. Fue en ese momento que Ricardo posó su mirada en María Imaculada y la reconoció pues no era otra sino Antonieta jovencita, como si por milagro de la Senhora Sant’Ana hubiese vuelto a la adolescencia cuando, según ella misma le había contado, era una ardiente cabrita que iba a encontrarse con sus festejantes a orillas del río, bajo la sombra de los sauces. La cara abierta y franca, los ojos fulgurantes, el cuerpo esbelto sin ser flaco, los anillos de su pelo como negras serpientes y la boca golosa.

Lo miraba y se reía. Ricardo levanta el incensario otra vez y acompaña el gesto del padre Mariano al bendecir; da un paso hacia adelante como queriendo ir al

encuentro de la inesperada aparición para la dádiva del incienso.

Terminada la ceremonia, todos se dirigen al embarcadero donde Leoncio y Sabino están preparando los fuegos artificiales y las teas de madera encendidas. Ricardo se demora en la sacristía al sacarse la sobrepelliz y la estola y al ayudar a Vavá Muriçoca y al padre Mariano en la limpieza de los objetos del culto. El padre está extrañado:

¿Por qué doña Antonieta no había asistido al Te Deum?

No se sentía bien, todavía no se repuso de la muerte del padre, explica Ricardo.

—Es un ser distinguido y generoso, pilar de la Iglesia —define el reverendo—. Dile en mi nombre, que el Señor la bendiga.

Mientras el seminarista le besa la mano, pregunta:

—¿Por qué motivo, nunca más has venido a confesarte?

—Estuve en Mangue Seco todo este último tiempo, me he confesado en la aldea de Saco, con un profesor del seminario que está veraneando allí.

—¿Quién?

—Fray Timoteo.

—Estás en buenas manos, en las manos de un santo.

En la esquina de la plaza, escondida atrás de una *mangueira*, María Inmaculada espera. Ricardo no se sorprende, adivina su proximidad; al atravesar la puerta de la sacristía la había buscado con la vista. Cuando se encuentran frente a frente, se observan sonriendo y ella pregunta:

—¿Ya estás libre, mi amor?

—Me tengo que encontrar con mamá y mi prima en el embarcadero.

—Yo también voy para allá.

La plaza estaba vacía, por detrás de la iglesia se ve la figura del padre que se dirige a la casa parroquial. Vavá Muriçoca se fue a los apurones, antes que Ricardo, para no perderse ni un solo cohete. Caminaron unos pasos en dirección a las márgenes del río. Ni bien dejan la calle y penetran en la oscuridad, ella le extiende los brazos, Ricardo la abraza, se prenden en un beso y en él permanecen. Es el gusto de la tía con otro perfume, un olor agreste de selva. Ricardo le toca un seno y lo modela con la mano: un día será igual al de Tieta, se formará con el transcurso del tiempo; ahora es fruta verde, ubre de cabrita. Las bocas se separan, suspiran y se funden nuevamente, ella se deshace de ternura en los brazos de Ricardo.

Andan unos pasos más, los primeros cohetes suben al cielo. Se abren en estrellas, la madre lo espera en compañía de Leonora.

—Me tengo que ir.

—Quédate un poquito más, mi amor.

Los labios de la muchacha se abren como una ofrenda:

—Bésame de nuevo, mi amor.

Sed de bocas hambrientas, lenguas que se rozan. La mano de Ricardo baja desde el pezón hasta las caderas recién formadas, altaneras como proa de barco al empezar

a navegar; al llegar al puerto de destino alcanzarán la grandeza del traste de la tía. Los cohetes se suceden, explotan bombas de colores y luces de bengala.

—Tengo que irme. ¿Cómo haremos para vernos?

—Mañana te espero, mi amor, cuando se apague la luz.

—¿Dónde?

Ella se ríe, con malicia:

—Tú eres aprendiz de cura, no puedes ir a lo de doña Zuleika. Te voy a esperar en el mismo lugar de hoy.

El beso de despedida se prolonga bajo los fuegos artificiales.

Los dientes de la niña marcan el labio del seminarista:

—¡Ay!

—¿Te dolió, mi amor? Perdóname, Ricardo.

—¿Sabes mi nombre?

—Claro, pero tú no sabes el mío. —Nuevamente se ríe victoriosa.

—¿Y cómo te llamas?

—María Inmaculada, mi amor.

—Feliz Año Nuevo. Inmaculada.

Sale corriendo y la deja allí, en ese feliz inicio de Año Nuevo. Al llegar a la curva del sendero, se vuelve justo a tiempo para verla cubierta e iluminada por una lluvia de plata. Hasta mañana, mi amor.

DE LA IMPORTANCIA DEL APELLIDO ANTUNES Y DE LA PROMOCIÓN DE ASTERIO AL GRADO DE MAYOR.

—Me estoy volviendo el mejor cliente de su notaría, doctor Franklin.

Tieta bromea al saludar al notario en la tarde del día dos de enero. Llega acompañada por Asterio y allí tienen que encontrarse con Jarde y Josafá.

—¿También usted quiere saber si es heredera de las tierras del cocotal? En los últimos días desfiló casi media ciudad por esta oficina, quieren examinar libros antiguos, tuve que guardarlos bajo llave en el cofre por miedo a que arruinen las hojas. En toda mi larga vida de notario nunca vi una cosa igual.

—Su pregunta viene al caso, doctor. No vine a ver si mi nombre figura en los libros, pero estoy por comprar una propiedad a los Antunes, al viejo Jarde y a su hijo Josafá; es para mi hermana y su marido. Y ellos la quieren vender por ese asunto del cocotal.

El doctor Franklin, al tanto de todo, estuvo de acuerdo, aprobó con la cabeza mientras sonreía a Asterio: feliz de él, se beneficia con una cuñada millonaria, recibe tierras y cabras, ¡bendito sea! La vida es así: unos nacen con suerte, de espaldas a la luna, encuentran todo servido, la papa en la boca. Para los demás, es lo que se ve y se sabe.

—Sí, el nombre de los Antunes consta en los libros, ya se lo dije a Josafá, pero le

avisé que no es el único, hay un montón…

—Aquí en Agreste, nunca oí hablar de otros Antunes, fuera de mí, de mi padre y de mi finada madre, que con Dios esté, doctor Franklin.

Es la potente voz de Josafá que resuena en la puerta e interrumpe al notario. Atraviesa el umbral con Jarde detrás:

—Nosotros tenemos un papel, se lo mostramos y usted mismo fue quien dijo que el nombre está en los libros. Ayer a la mañana, ni bien doña Antonieta me dio su palabra, mandé un telegrama a mi abogado, que está en Itabuna. Tuve que molestar a doña Carmosina en su casa el primer día del año. Yo soy así, rápido, tengo el ritmo de la capital, no voy con esa dejadez de aquí. Allá si un fulano se deja estar, cuando se da cuenta perdió su plantación de cacao. Ojalá que la fábrica se instale pronto, van a cambiar las costumbres de aquí, el pueblo tiene que ser activo.

—Tuviste suerte porque Antonieta mantuvo la palabra dada por José Esteves. Si no hubiese sido así, hubieras tenido que penar mucho para conseguir un comprador y, en el caso de conseguirlo, el negocio se hubiera arrastrado a través del desgano de las costumbres locales.

El notario se quita los lentes, los limpia con el pañuelo, sin apuro, tiene todo el tiempo del mundo delante de sí, prosigue:

—Voy a decide una cosa, amigo. Puede ser que, con la tan comentada llegada de esa industria, mi notaría, que es una de las menos rentables del Estado, aumente en movimiento y yo gane un poco más de dinero, que tanto necesito. Sin embargo, prefiero que esa Brastanio no se instale aquí. Leí el artículo de *A Tarde*, la carta a nuestro poeta y se me pusieron los pelos de punta. Yo ya había oído hablar de la contaminación causada por las fábricas de titanio, el comandante me contó lo que sucedió en Italia, en Italia o en Francia, no me acuerdo. Prefiero nuestra cadencia, siempre lenta, el agua pura, los buenos peces, las costumbres de aquí. —Se pone nuevamente los anteojos, hace un gesto con la mano para impedir cualquier réplica, había terminado con ese asunto—. Vamos al grano: Bonaparte, toma nota… Escritura de compra-venta de la propiedad de nombre…

—«Vista Alegre…» —murmura Jarde taciturno.

En la notaría ni siquiera tiene el consuelo de la visión de las mamas de doña Antonieta, opulentas bajo los encajes abiertos de la bata.

Josafá retira del bolsillo una pequeña agenda de tapa azul, da medidas, demarcaciones, fechas, números, entrega el inventario de los haberes de doña Gercina da Mata Antunes, que se reducen a un solo bien, la plantación Vista Alegre, de mandioca y maíz, criadero de cabras. Bonaparte, hijo del doctor Franklin, cabezón y bajo, con una pipa, notario recibido, anota los datos, recibe los documentos. El doctor Franklin fija fecha para escritura y pago: será dentro de tres días; por desgracia o por suerte, mi querido Josafá, Bonaparte no hace el boleto de compra-venta a la manera de las grandes ciudades. Tieta paga la seña, Josafá trajo el recibo hecho: la hija sabe dónde pisa, no es tonta como el viejo al punto de largar el dinero en manos ajenas y

rechazar comprobante. Tieta guarda el papel, se dirige al notario:

—No va a ser necesaria mi presencia porque la escritura está a nombre de Asterio y Elisa, ellos tendrán que firmar. Mañana me voy a Mangue Seco, tengo que darle la última mano de cal a la choza que construí.

—Estoy al tanto. Bonaparte, que va mucho a Mangue Seco me contó los milagros que usted logró, en esos pocos días, fueron varios, pero el más importante es la rapidez con que levantó esa casa de veraneo. Hizo que esa gente de la playa, perezosa como es, trabajara al ritmo de nuestro Josafá, al de Itabuna.

—¿De Itabuna, doctor? El ritmo de doña Antonieta es el de São Paulo, con ella es a chorro. —Resuena la risa de Josafá.

—Todo se lo debo a mi sobrino Ricardo, él estuvo al frente, tuvo el personal a su cargo, es un muchacho que vale en oro lo que pesa. A él y al comandante Darío, un amigazo.

Menos mal que Bonaparte no vale su peso en oro, sería una suma considerable; no por eso deja de ser un buen muchacho, sólo que no puede correr. ¿Y para qué correr? —se pregunta el notario.

Con pasos largos y muerto de risa, Osnar invade la notaría al frente del grupo del billar, Aminthas, Seixa y Fidelio, más la yapa de don Manuel:

—¿Dónde está el hacendado? Capitán Asterio, ahora que eres propietario de tierras y criador de cabras, te promuevo a mayor.

Rodean al amigo y compañero, al campeón, al Taco de Oro, —¿mantendrá su título en este torneo? Jarde y Josafá se despiden, Josafá aprieta la mano de Tieta:

—Doña Antonieta, quiero que sepa que tuve mucho gusto en conocerla personalmente. Si hay alguien que vale la pena en Agreste, es usted. Con usted es al pan pan y al vino vino.

—Es cierto. —Concuerda el doctor Franklin—. Doña Antonieta es un ejemplo de bondad y corrección. Pero Josafá, antes de salir oiga la respuesta a una pregunta que voy a hacerle aquí, a nuestro amigo Fidelio—. Se saca los anteojos, se vuelve hacia los muchachos que están rodeando a Asterio—. ¿Fidelio, cómo es tu nombre completo?

—Fidelio de Arroubas Filho.

—El nombre completo, por favor. —Fidelio Dórea A. de Arroubas Filho.

—¿Y A. de qué?

—Fidelio Dórea Antunes de Arroubas Filho.

—Gracias. —El notario agradece y, blandiendo las gafas, se dirige a Josafá, que espera parado en la puerta—. ¿Se da cuenta, Josafá? Otro Antunes. Y hay más: doña Carlota Alves… ¿Sabe quién es? La directora de la escuela particular. Ella no lo usa, pero también es Antunes, por parte de madre.

Josafá no se altera, suelta una carcajada de quien nada teme:

—Antunes que ni usan el apellido… ¡No son como mi padre y yo, Jarde y Josafá Antunes, a mucha honra!

Tiene que dominarse para no exponer públicamente su mayor triunfo, controla sus ganas de repetir en voz alta el nombre y las mañas del abogado a quien había telegrafiado y con cuya colaboración espera contar: el doctor Marcolino Pitombo, máximo especialista en litigios de tierras en la región del cacao famoso en Itabuna e Ilhéus, desde tiempos inmemoriales, cuando Uruçuca se llamaba Agua Preta e Itajuipe era la renombrada villa de Pirangi, donde se mataba gente por cualquier insignificancia. El doctor Marcolino gana en lo legal y si es necesario en la trampa también.

Josafá está seguro de obtener el apoyo pues, como se trata de un sergipano, puso a su disposición pasajes aéreos de Ilhéus a Aracajú y viceversa, en atención a la edad avanzada y al lugar de nacimiento del abogado. Agreste se encuentra más cerca de la capital de Sergipe que de la de Salvador, son menos kilómetros para recorrer en auto. Josafá irá a recibir al abogado a Aracajú, así, además de los honorarios, el doctor Marcolino recibirá pruebas de consideración y, de paso, una visita gratuita a los parientes y a su tierra natal.

El diligente Josafá piensa en todo. Jarde sólo piensa en las cabras, en *Seu Mé* y las ubres de doña Antonieta, preciosos haberes perdidos para siempre.

DONDE, CON LA LLEGADA DEL PROGRESO, SE INSTALA EN AGRESTE UN DIARIO MURAL; CON BREVE NOTICIA SOBRE LA COMPOSICIÓN Y EL COMPORTAMIENTO DE LA AFICIÓN EN EL CAMPEONATO DE BILLAR.

Ascanio Trindade no había podido refregar los doctos argumentos del herr professor Karl Bayer en el hocico del comandante, para que se tragara el insulto y pidiera disculpas. El exaltado marino había partido con doña Laura después del entierro de Zé Esteves, del cementerio pasó directamente a la canoa. Empezó el año con los pescadores de Mangue Seco, haciendo honor a la sabrosa *moqueca* de *caçao* y *arraia* con las cuales los moradores le retribuyeron el festejo de Navidad. Estos delicados y rigurosos ritos de amistad, exigen estricto cumplimiento.

Mientras espera la ocasión para exhibir entrevista y editoriales al comandante, Ascanio piensa en la mejor manera de hacer conocer el desenmascaramiento del cronista de *A Tarde* a la población conmovida por la lectura de la *Carta al poeta De Matos Barbosa*, seguida de incontrolables dimes y diretes incentivados por la diabólica doña Carmosina y por el vate Barbozinha, elevado a los pináculos de la gloria. Ni la muerte de Zé Esteves, con la pompa del entierro de primera clase, pudo disminuir la conmoción provocada por el dramático grito de alerta lanzado por Giovanni Guimaraes.

Los que conocían personalmente al periodista, por haber estado con él durante su recordada visita a Agreste, inmediatamente tomaban partido a su favor, salían en misión de catequesis, atraían adeptos, levantaban la opinión pública en contra de la Brastanio. Ascanio se rompía la cabeza: ¿cómo poner al alcance de la población los

artículos y las declaraciones, las páginas clarificadoras de los diarios, pasar el problema en limpio, demostrar la exageración de la crónica, la inexistencia de un peligro mayor? No pasaría de contaminación normal, reduciría a sus verdaderas proporciones el problemas de la instalación de la fábrica de titanio —después de todo, ¿qué clase de mierda era ese dióxido de titanio? Había tratado de enterarse a través de la entrevista con el profesor Bayer, no pudo. Todo cuando sabe se refiere a la importancia del producto, indispensable para el desarrollo patrio, eso y nada más. Necesitaba llevar la verdad a todos, convencerlos de las ventajas de la Brastanio, de lo que significa en términos de riqueza y de progreso para Brasil y para Agreste. ¿Cómo hacerlo?

Es imposible salir a mostrar los diarios persona por persona. Con dejarlos en el Bar dos Açores, a disposición de los presentes no resuelve nada, pues sólo una parte de los habitantes, intelectualmente ponderable, numéricamente despreciable; los leerá, sin contar el peligro de desaparición o destrucción de las gacetas. ¿Y si convocara al pueblo para hacerles conocer el contenido del artículo publicado, en la plaza pública, en una especie de lectura colectiva? La idea es tentadora, pero complicada, difícil y peligrosa. Y al tratarse de la Brastanio, los pobres —y los otros también, de acuerdo con experiencia anterior— podrían pensar en una nueva distribución de regalos y al no recibirlos, se decepcionarían, el tiro saldría por la culata.

Por fin, recordando sus tiempos de facultad, se decide por un diario mural, que podría ser expuesto en la Municipalidad. Por primera vez, en varios años de sinecura (mal paga), el tesorero Lindolfo se revela de real utilidad. Habilidoso propietario de una batería de lápices de colores, pegó los recortes y, en letras vistosas, reprodujo las principales afirmaciones de la entrevista y de los editoriales, encabezadas por un título que iba de un extremo a otro de la cartulina: ¡LA BRASTANIO ES PROGRESO Y RIQUEZA PARA AGRESTE! Para culminar la obra de arte, dibujó una enorme fábrica rodeada de felices ciudadanos empuñando banderitas festivas y prodigiosos adelantos: rascacielos, villa para obreros, magnífico hotel, cinematógrafo digno de una capital, lujoso y modernísimo ómnibus. Primitivo o primario, según el gusto o la cultura del cliente, el panel de Lindolfo ocupa la base de la cartulina; entre él y el elogio a la Brastanio, los recortes clarificadores.

El diario mural fue colgado en la pared de la sala de la planta baja, donde se reúne el Consejo Municipal cuando al coronel Artur da Tapitanga se le mete en la cabeza convocarlo. Por otra parte, es urgente hacerlo pues va a ser necesario que los ediles aprueben el pedido de instalación de la Brastanio en el municipio. Ascanio considera como segura la presentación de un requerimiento por parte de la empresa, dando por descontado el resultado de los estudios efectuados por los técnicos. ¿Si la Brastanio no se estableciera en Mangue Seco, por qué los directores irían a contratar una empresa de nivelaciones para trazar planos de ensanchamiento y pavimentación de la ruta que une Agreste a Esplanada?

Ni siquiera la insolente declaración de doña Carmosina, hecha después de la lectura de los diarios —a falta del comandante, Ascanio refregó las entrevistas y los artículos en el morro de la agente de Correos—, alteró las convicciones, el entusiasmo y el buen humor del secretario de la Municipalidad, en estado de euforia desde la llegada de la carta y del material enviado por el Magnífico Doctor. Doña Carmosina, sin argumentos para refutar la ciencia de herr professor y el patriotismo de los propietarios de las gacetas, se contentó con afirmar, categórica y despreciativa: Debe de haber sido hecho por un escriba a sueldo. Está bien claro. Hay que ser muy tonto o muy sinvergüenza para no verlo.

El progresista Ascanio está eufórico al punto de cubrir de besos a Leonora en un fogoso descontrol cuando le muestra los diarios y la placa de la calle Antonieta Esteves Cantarelli. Que la cubrió de besos, es una manera de decir; le zampó cuatro o cinco besos en las mejillas, el fogoso descontrol no pasó de ahí, de cualquier manera imprevisto en quien vive cuidándose para no parecer un cínico aprovechador de la misma indigna casta del villano que la había engañado y seducido. Al verlo tan contento, resucitado, Leonora tiene ganas de salir por las calles cantando Aleluya, en honor del renacido sol de los enamorados.

La euforia y la vehemencia se reflejaron en la brillante actuación de Ascanio en el campeonato de billar. A pesar de no estar muy entrenado, últimamente había abandonado por completo la mesa verde de los *brunswicks*, estaba jugando muy bien y se colocó entre los cuatro semifinalistas. En los cuartos de final pudo derrotar a Osnar en un partido sensacional, mientras Fidelio, jugador calmo e ingenioso, vencía al impulsivo Leléu. Permanecieron en el torneo Asterio, Seixas, Fidelio y Ascanio, quien convida a Leonora a asistir a los próximos partidos:

—Ven a hacer fuerza por mí. Todo el mundo tiene «hinchas», menos yo.

Para la etapa final del torneo se anuncia la presencia, en el Bar dos Açores de un numeroso e inhabitual público femenino. Sólo en ocasiones especiales las mujeres frecuentan el bar de don Manuel, en general abandonado a la clientela masculina. La presencia de señoras y señoritas obliga a un incómodo control de gestos y lenguaje, transformando la atmósfera del recinto, desenfrenadamente socarrona. Sin embargo, para el campeonato anual de billar, cuando es proclamado el Taco de Oro del año, el gracioso desfile de esposas, novias, parientes, amigas y admiradoras de los disputantes, se hizo tradicional.

Por ejemplo, Elisa no falta. Elegantísima, se hace la distante e indiferente como si compareciera sólo para cumplir con su deber de esposa al incentivar a Asterio. En realidad aprovecha la ocasión para sentir el pecaminoso olor del bar donde, en la pared principal, entre botellas de bebidas, fueron colocadas las páginas de un calendario de mujeres desnudas, rubias, nórdicas, morenas, orientales, *caboclas*, una para cada mes, regalo de Aminthas a su amigo Manuel, lusitano viudo, lúbrico y esteta, de acuerdo con lo que se lee en la dedicatoria. Según Osnar, el sargento Peto se la dio a las doce, una por una, mientras se hacía la puñeta. Él y don Manuel.

Comparecieron las primas de Seixas, rebaño vistoso y alegre. Doña Edna no se pierde ni un partido, ni siquiera ahora cuando sus campeones ya se encuentran fuera del torneo: el joven Leléu, que más parece su marido, y Terto que, como se sabe de sobra, es su esposo con papeles y todo y no se convence. Al estar los dos derrotados, doña Edna vacila en la elección de un nuevo predilecto entre los cuatro semifinalistas. Tal vez se decida por Asterio, para dar bronca a Elisa, que se hace la *snob* y la reina de la elegancia —elegancia de segunda mano, con vestidos usados y restos.

Otras espectadoras también vacilan. Sin embargo, la infaltable hinchada de Fidelio está constituida por la mayoría de las presentes, animadísimo grupo formado por doncellas de todas las edades, yendo desde jóvenes alumnas del colegio de doña Carlota (Antunes) Alves hasta la casi solterona Cinira. Fidelio es un tipo sorprendente: calladón, introvertido, aparentemente medio monje, pero lleno de admiradoras, y es Fidelio A., o sea Antunes.

Ascanio extiende la invitación a Tieta. Ella se niega: al estar lista la escritura de la propiedad de Jarde y Josafá, poco le resta para hacer en Agreste. Al día siguiente, sin falta, irá a Mangue Seco. No va por la mañana porque le prometió a doña Milu que almorzaría con ella. Inmediatamente después enfrentará el solazo de la hora de la siesta en la lancha de Eliezer. Ricardo irá con ella para el toque final en el Curral do Bode *Inácio*: la pintura y el piso.

—¿Torneo de billar? No querido, prefiero un baño de mar en la playa y un baño de luna en las dunas de Mangue Seco.

—Se despereza al imaginar tales delicias. —Además, quiero disfrutar mi choza antes de irme.

—¿Irse? Será después de la inauguración de la luz, no lo olvide. —De tan eufórico que está, Ascanio suelta la lengua—. Estoy preparando una sorpresa para usted.

—¿Para mí? Dime en seguida qué es.

—Discúlpeme, doña Antonieta, pero no puedo. Creo que le va a gustar.

Lo que le gustaría sería que él perdiera la timidez y agarrara a Leonora para llevarla a la cama. Hay que darle un empujón para precipitar los acontecimientos.

—Dentro de pocos días mi choza estará lista, voy a mandar buscar a Nora para que se quede conmigo.

—¿Para que se quede en Mangue Seco? —Ascanio empalidece, tiembla su voz, de pronto pierde euforia y entusiasmo.

Exactamente como Tieta lo había previsto. En Mangue Seco, durante el fin de semana, ella le sacará de la cabeza la funesta idea de permitir la instalación en el cocotal, de la industria rechazada en todas partes del mundo; rechazada con horror, amenaza mortal para el clima y las aguas de Agreste. En cambio, lo pondrá en la cama de Leonora, la cama más suntuosa del mundo: las dunas de Mangue Seco, libres de contaminación.

—Ven tú también, el Curral es pequeño pero, con buena voluntad, caben las cabras y los chivos.

DE CÓMO DIOS ATIENDE A UN PEDIDO SACRÍLEGO.

Menos mal que Dios fue en su auxilio, el Dios de los enamorados, actualmente el preferido de Ricardo, según todo lo indica. Y lo hizo en forma aparentemente violenta, al punto de considerarlo, en apurado juicio, una cruel e injusta acción de la Divina Providencia. Para luego comprobar la precisa sabiduría de la medida puesta en práctica. En este caso, vale la pena repetir el refrán popular, citado por doña Milu a raíz de la expulsión de Tieta: «Dios escribe derecho con letras torcidas».

El esforzado aprendiz de cura y de hombre, reflexionaba sobre el lío en que se había metido y buscaba un modo de resolverlo, saliendo airosamente de la difícil encrucijada y estudiaba todos los caminos posibles que lo podrían conducir primero, a los juveniles brazos de María Imaculada, después a los balzaquianos de Tieta. No encontraba solución, era como un callejón sin salida.

La noche anterior, al volver de la plaza, acompañando a su madre y a Leonora, cuando el silencio reinó en la casa, transpuso el corredor y tocó el cuerpo desnudo de la tía, Tieta se despertó con los primeros besos y lo prendió con los brazos, rodeando su cintura:

—¡Cabrito!

—¡Mi cabra!

Dijo cabra pero su pensamiento estaba en la cabrita que le pidió: bésame de nuevo, mi amor. La voz se desmayaba de ternura al decirle mi amor, y él se desvanecía al oírla. Si pudiera, se lo contaría a Tieta: hoy te encontré, tía, en épocas de antaño, eras una mocosita, emboscada bajo la mangueira, en la oscuridad. Perdóname, pero quise conocer tu sabor de pastora, sin perfume francés, sin cremas ni ungüentos, sin pelucas, negligés, collares de oro, anillos de brillantes, cuando olías a jazmín del cabo y vestías de organdí celeste.

Aquella noche, festejando con atraso el Año Nuevo, Ricardo conoció el singular placer de poseer a una mujer pensando en otra. Mejor todavía que el «ipicilone», ejecutado por Tieta, con su colaboración, cuando la primera claridad de la mañana penetró por la ventana abierta. Habían sido tres en la cama de doña Eufrosina y del doctor Fulgencio: Tieta, María Inmaculada y él.

¿Cómo hacer para ir al encuentro de la niña cuando se apague la luz a las nueve de la noche? Aunque se tratara de prolongadas visitas, no tenía ningún pretexto para largarse a la calle, la madre no hacía concesiones en materia de horarios. Pensó mil excusas, inventó decenas de motivos, todos inconsistentes. El tiempo pasaba y él no encontraba manera de actuar. Por otro lado, ya había mentido a la tía esa mañana, pues ella se había dado cuenta de la marca de la mordida y lo interrogó. Se había

mordido él mismo al cubrirla de besos y mordiscos en el momento extremo del «ipicilone».

Para colmo de la mala suerte, además del inevitable Ascanio que recorría la plaza con Leonora, estaba el vate Barbozinha en la terraza mintiendo a Tieta y a Perpetua. No apareció ninguna otra visita. Cuando den las nueve, Ascanio traerá a Leonora de vuelta; él y Barbozinha se irán juntos calle abajo. Perpetua se encerrará para sus oraciones nocturnas. Luego de mandar con la mano su último adiós, Leonora besará a Tieta y le deseará las buenas noches. Entonces la tía, después de su larga *toilette*, demora lo mismo que lo que la hermana y la hijastra tardan en dormirse, se acostará para gozar de una buena noche en su compañía, la de Ricardo.

El chico consulta el reloj, falta poco más de media hora para las nueve y todavía no ha inventado nada capaz de permitirle una escapada.

Se angustia, María Inmaculada lo espera atrás del tronco de la *mangueira*. Ricardo larga la gramática de la lengua portuguesa donde se había metido para pensar mejor y eleva su pensamiento a Dios en una súplica desesperada e impía: ¡Ayudadme, Señor Dios, en este terrible trance!

Dicho y hecho: en seguida resuenan unos pasos en la acera; y se oye la voz del padre Mariano que lo llama por su nombre:

—¡Ricardo! ¡Ricardo! ¿Ya estás durmiendo?

Perpetua acude a recibir al reverendo, quiere saber el motivo de la visita y del llamado. Es un triste motivo, hija mía: dar la extremaunción a la vieja Belarmina, viuda de don Cazuza Bezerra, feligresa muy allegada a la iglesia que está por llegar, con paso firme, a los noventa años. Hace pocos días fue sorprendida por un vulgar resfrío e inesperadamente empeoró, tuvo una recaída. Como el doctor Caio está ausente, veraneando, llamaron a don Aloísio para que la atendiera, es el reemplazante eventual del facultativo debido a su condición de dueño de la Farmacia Sant'Ana, lazo comercial y único que lo une a la medicina. Al verla tirada en la cama y sin poder encontrarle el pulso, el boticario mandó un mensaje urgente al párroco: la anciana agonizaba sin sacramentos. Vavá Muriçoca, metido a cohetero, se había quemado una mano en la víspera, al soltar un cohete; el reverendo venía en busca de Ricardo para un acto de caridad, para ayudar a la viejita a morir en paz con Dios. ¡Gracias, Señor! El beneficiado agradece con el pensamiento mientras se pone rápidamente la sotana sobre el *short*. Después de todo, doña Belarmina ya había vivido casi un siglo.

Seguramente vivirá algunos años más, pues la visión del padre y del seminarista con los santos óleos para la extremaunción le dio tal susto que le curó de golpe la gripe y el desmayo. Risueña se levanta y para demostrar su salud da unos pasos de baile con su camisón de algodón con florcitas azules, bordadas en el cuello, y le muestra la lengua al farmacéutico. ¡Qué demonio de vieja! ¡Arterioesclerótica, pero no agonizante!

Cuando el farmacéutico, el padre y Ricardo abandonaron la casa de doña

Belarmina, acompañados hasta la puerta por la dueña de casa, se apagaban las luces:

—Don Aloísio, cuando quiera presagiar desgracias, ¡hágalo en su casa!

Al acompañar al párroco a la iglesia para guardar los santos óleos y el agua bendita, Ricardo vio a María Inmaculada atrás de la *mangueira*. Ella también lo vio. Fue con el padre hasta la casa parroquial y se quedó hasta que lo oyó cerrar la puerta. En la calle Da Frente, Ascanio y el poeta se alejan. Entonces se dirigió al árbol:

—Te queda tan bien la sotana, mi amor…

Ricardo se siente leve y feliz, había encontrado un buen pretexto sin causar daño a nadie, sólo había sido la caminata nocturna del padre Mariano, obligación de su oficio de pastor.

María Inmaculada no está de organdí celeste, está con una pollera negra y una blusa estampada, pero al igual que ayer, tiene en el pelo un jazmín del cabo y en la boca la misma fresca y clara sonrisa. Se besaban por el camino; al llegar a la orilla del río, como ella lo nota indeciso, le toma la mano y lo conduce al más recóndito escondrijo, bajo los sauces, en la Bacia de Catarina. Se acuesta y se abre la blusa, su cuerpo tiembla acariciado por la brisa.

—Ven, ven rápido que tengo frío.

Ricardo se sostiene la sotana, desabrocha el *short*, María Inmaculada ríe:

—Me vas a santificar, mi amor.

Juntos vuelven a la plaza. Ricardo ríe alegremente, le toca el rostro, le besa los ojos, hunde su mano en los crespos cabellos, se guarda en el bolsillo de la sotana el jazmín del cabo. Se despiden al lado de la *mangueira*.

—Mañana te espero de nuevo, mi amor. A la misma hora.

—Mañana voy a Mangue Seco.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo, mi amor? —la voz está ansiosa.

—El sábado estoy aquí, espérame.

—No dejes de venir, porque si no, me voy a morir de tristeza.

—Vengo sin falta. Hasta el sábado, Inmaculada.

—Quédate un poquito más, mi amor. Bésame de nuevo.

En lo mejor del beso, surge un bulto en la plaza. Ricardo se suelta, María Inmaculada desaparece en la oscuridad. *Bafo de Bode* se acerca, se cae de borracho. Viene de la orilla del río, habla entrecortadamente pero lo hace en voz baja, evita sus gritos de costumbre: No es por respeto al sueño de los demás y sí, porque él también tiene sus protegidos:

—Dale con todo, padrecito, y viva Dios que es nuestro Padre.

DONDE EL AUTOR INFORMA Y ADOCTRINA SOBRE SUSCEPTIBILIDADES REGIONALES, CITA NOMBRES FAMOSOS DEL MUNDO DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES, TRATANDO DE MEZCLARSE CON ELLOS, OCASIONAL REFERENCIA A LAS ELECCIONES PARA LA ALCALDÍA DE AGRESTE.

En un momento crítico, cuando todavía le faltan respuestas positivas a los problemas expuestos junto con el anuncio de la próxima instalación de la Brastanio en el cocotal de Mangue Seco, al pensar en la población de Saco, aldea de pescadores amenazados en su actividad, Ascanio Trindade se niega a tomar conocimiento del problema, insiste en la posición geográfica —del poblado, erguido en la margen izquierda de la desembocadura del río Real, en el estado de Sergipe. Josafá Antunes, en voz alta, proclamó el mismo razonamiento regionalista en una conversación que mantuvo con Tieta: los sergipanos que se arreglen.

Se arreglaron, pues *A Tarde*, en la primera página, reclama la atención de los lectores: en el cuerpo del diario hay candentes artículos referentes al peligro de contaminación: se informa sobre las anunciadas elecciones para la Municipalidad de Sant'Ana do Agreste, sobre un telegrama del señor Raimundo Souza, alcalde del municipio de Estancia, en el Estado de Sergipe y sobre una entrevista de «Carybé, artista de fama internacional que ha elevado el nombre de Brasil en el exterior».

Hay una breve referencia a las elecciones, en la columna de Notas Políticas: circulan rumores según los cuales la prioridad consentida en la pauta de trabajos del Tribunal Electoral a la fijación de la fecha del próximo pleito para la elección del nuevo alcalde de Agreste, se debe a una maniobra de la Brastanio, interesada en poner al frente de la comuna, donde pretende instalar la indeseable y condenada industria de dióxido de titanio a un hombre de su entera confianza.

El telegrama del alcalde de Estancia refleja indignación: «El innoble proyecto de la Brastanio de situar sus fábricas en Mangue Seco significa una incalificable amenaza para el sur del litoral de Sergipe, para los bravos y honrados pescadores y para toda la laboriosa y ordenada población de la aldea de Saco, para la rica fauna pesquera de la región, tanto del mar como de los ríos, el Pauí y el Piauitinga, que se unen para formar el río Real. Un poco más al norte de Estancia, municipio cuya ecología y economía serán violentamente afectadas, así como las de los municipios vecinos, tanto los de Sergipe como los de Bahía, estados hermanos, cuyas voces y fuerzas deben unirse en defensa de la integridad del medio ambiente».

Si el alcalde de Estancia no fuese conocido por su fina educación, se podría pensar que, al calificar de honrados a los pescadores de la aldea de Saco, actuaba con la intención oculta de oponer su honesta actividad a la ilegal tarea de contrabando ejercida por la dudosa colonia de Mangue Seco. De la misma manera, si se coloca el acento sobre el hecho de que los proyectos de la Brastanio amenazan igualmente la sana ecología de los dos Estados, si se apela a las fraternas relaciones que deben unir a los miembros de nuestra vacilante federación, sobre todo si son vecinos, se tiene la impresión de que el autor del telegrama responde una crítica acerba al pensamiento de Ascanio Trindade y a la infeliz frase de Josafá Antunes. Sin embargo, el eficiente y popular alcalde de Estancia no tenía conocimiento ni de la cínica declaración de Josafá y mucho menos del desesperado recurso de Ascanio, que no había llegado a expresarse en palabras. Debemos atribuir tales intenciones, si en verdad existieron, a

las viejas quejas sergipanas contra cierta tendencia colonialista de los bahianos, verdadera o no.

Al transcribir de las columnas de *A Tarde* la enérgica protesta del digno alcalde de Estancia, no pudo perder la ocasión de rendir público homenaje a sus méritos. Me dijeron que él es propietario de una tradicional industria de cigarros, adversa a cualquier tipo de contaminación, fábrica artesanal donde las hojas de tabaco son enrolladas sobre el regazo de eximias operarias, donde ganan especial sabor y aroma. Tal vez si lo trato bien como lo estoy haciendo aquí, recibiré algunas cajas del estimado producto. En época de magros derechos autorales, seria un valioso regalo.

En cuanto a la entrevista de aquél a quien la redacción del diario, en un desparramo de elogios, trata de notable pintor de fama internacional, haciendo justicia, según me consta, a la vasta y bella obra es, como se desprende del texto, la segunda que él concede a propósito de la Brastanio y lo hace en calidad de «ilustre bahiano y de propietario de una encantadora y rústica vivienda de veraneo en Arembepe». Comienza por referirse a una primera entrevista cuando, anticipándose a Giovanni Guimaraes, condenó indignado a «Brastanio, monstruosa amenaza a la playa de Arembepe, a toda la orla marítima de la capital, a la población de trabajadores, a los peces y mariscos, al mar de Yemanjá[42]». La referencia fetichista denota la estrecha ligazón del artista con los *candomblés*, en uno de los cuales le concedieron un puesto, no sé si de *babalorixá* o de iaô. En la segunda entrevista, se felicita y felicita al pueblo de la ciudad de Bahía por el hecho de que, ante la ola de protestas provenientes de todo el país, inclusive de admiradores de la belleza de Arembepe de la talla de Rubem Braga y Fernando Sabino, la Brastanio parece haber renunciado al propósito inicial de «cavar en Arembepe su cloaca de heces mortales». Es una victoria considerable, pero no por eso la lucha contra la empresa debe sufrir solución de continuidad, se debe proseguir para evitar que la «industria asesina se instale en tierras de Bahía o en cualquier otra parte del territorio brasileño». Es una entrevista violenta, con repercusión garantizada debido a la proyección y popularidad del señor Carybé. Por otro lado, si hasta ese momento sólo Giovanni Guimaraes, el alcalde de Estancia y el poeta Matos Barbosa, en dos poemas publicados en el suplemento literario del mismo diario, habían elevado la voz en defensa de Agreste, del río Real, de la costa de Mangue Seco, de los municipios vecinos, las protestas contra la instalación de la fábrica en Arembepe se sucedían cada vez más numerosas.

Arembepe, playa de pescadores conocida por la abundancia y calidad de su fauna marítima, por la extrema belleza de sus paisajes, por la calma y pintoresca aldea de alegres caserones, elogiada en reportajes y artículos —en el sur del país, que sirvió más de una vez como escenario para filmes, proclamada en cierto momento y por poco tiempo capital de los *hippies* de América latina, como recordó cierta vez el comandante Darío, tuvo innúmeros campeones, todos ellos muy importantes, comenzando por el egregio pintor citado anteriormente, que defendieron su paz y belleza.

Por coincidencia, se trata del mismo personaje dudoso que ya cruzó por las páginas de este folletín con el alevoso intento, coronado por el éxito, de adquirir a precio vil, la imagen de madera de la Senhora Sant'Ana, obra de un *santeiro* del siglo XVII, de inestimable valor, luego de engañar al reverendo.

En esa ocasión, la cantidad pagada le pareció enorme al pacato cura, quien entregó la carcomida santa al avispado pintor, por unas pocas monedas. ¡Pobre cura sertanejo! Cuando doña Carmosina le mostró en una revista de Río, fotografías en varios ángulos de la imagen restaurada, «pieza mayor de la colección del maestro Mirabeau», se llenó de remordimiento. Sólo entonces se dio cuenta de la estafa y desde aquel día pasó a existir un secreto entre él y la agente de Correos y Telégrafos. Si bien poco afecta a la Iglesia, doña Carmosina que se proclama al mismo tiempo agnóstica, incrédula y atea, prometió hacer desaparecer el ejemplar de la revista y olvidar el incidente, sensible a la ignorancia artística de un humilde sacerdote perdido en los confines del mundo.

Aprovecho para contar que doña Carmosina respondió al mural de Ascanio Trindade, colgado en la pared de la sala del Consejo Municipal de la Municipalidad, con otro, más grande y más llamativo, con frases sacadas de todos los artículos aquí citados y de la crónica de Giovani Guimaraes, escrito con enormes letras. Lo completó con una ilustración macabra: el humo amarillo que salía de las chimeneas de la Brastanio, pavorosa mancha de dióxido de azufre que degrada para siempre el azul del cielo, los efluvios gaseosos; un río de peces muertos en la cloaca inmunda donde flotan los detritos asesinos del sulfato ferroso y del ácido sulfúrico, los efluvios líquidos —doña Carmosina sabe todo sobre dióxido de titanio y su producción. El cocotal de Mangue Seco reducido a una mísera tapera donde una población de mendigos agoniza asfixiada.

Es una obra de arte igualmente primitiva o primaria, nada le envidia a la del tesorero Lindolfo; al contrario, la supera, pues al realizarla, el artista usó acuarelas y no simples lápices de colores. Fue un trabajo hecho por Seixas, *amateur* que, en sus horas libres, las que le dejan el billar y las primas, y la repartición, donde hace diario acto de presencia, pinta sus cuadros en secreto para evitar las burlas de los compañeros. Es un secreto que, por supuesto, doña Carmosina conoce.

El diario mural de doña Carmosina fue colocado entre las dos puertas de entrada del Areópago y en el centro están la crónica de Giovanni Guimaraes, los dos *Poemas de la maldición* del vate Barbozinha, gloria local, y el retrato del pintor Carybé, gloria nacional, y es mucho más leído y comentado que el de Ascanio Trindade, puesto en la sala de la Cámara Municipal, la concurrencia de público a la dos reparticiones no admite términos de comparación. En la Municipalidad sólo aparece quien tiene algún asunto que tratar o algo que pedir; allí se va exclusivamente por necesidad o por obligación. A la Agencia de Correos se va por necesidad y por placer, para charlar, oír a los notables en eruditas demostraciones, informarse de lo que ocurre en el mundo, las pocas alegrías, las muchas desgracias, los innúmeros peligros.

QUINTO EPISODIO

DEL SOL AZUL
Y DE LA LUNA NEGRA
O LA RIVAL DE DIOS

CON DESCOMUNALES MÁQUINAS, ASFALTO ESCURRIENDO SOBRE LAS CALLES, MANGLAR, PLAYA Y CANGREJOS, SE PRESENTA UNA DESLUMBRANTE VISIÓN DE FUTURO; DONDE SE ASISTE A LA FORMACIÓN DE UN DIRIGENTE AL SERVICIO DEL PROGRESO Y SE OFRECE UN BRINDIS A LA AMISTAD Y A LA GRATITUD; CUANDO EXPLOTA EN MANGUE SECO UN IMPETUOSO MOVIMIENTO DE MASAS, AGRESTE IMPORTA ABOGADOS Y MÉTODOS JURÍDICOS, PERSONAJES SECUNDARIOS SE TORNAN IMPORTANTES; CON LOS ESPONSALES DE UN DONCEL, SUEÑOS OCULTOS, REVELACIONES FAMILIARES, IMPRUDENCIAS, AUDACIAS, RECHINAR DE DIENTES Y UNA PALABRA PRONUNCIADA EN IDIOMA ALEMÁN; DONDE TIETA SE VE SOFOCADA DE AMOR, AUSENCIA Y MUERTE.

DE LA VELOZ PAVIMENTACIÓN DEL CAMINO POR DONDE PENETRARÁN EN AGRESTE LOS POSTES DE LA HIDROELÉCTRICA, MEJOR DICHO, DE LA CALLE POR DONDE PENETRARÁ LA «LUZ DE TIETA» O EL CAMBIO EN EL RITMO DE VIDA DE LA CIUDAD.

Todo lo que hasta entonces no había sido más que letras impresas en columnas de diarios, rumores comentados en las esquinas, confusas apariciones de seres de difícil identificación, también para Barbozinha, íntimo de lo sobrenatural, se concretó en tangible e inmediata realidad con la presencia matinal, en las calles de Agreste, de las pesadas y potentes máquinas de la Compañía Bahiana de Ingeniería y Proyectos, CBIP. Con alegre lentitud cruzaron la calle da Frente. Cavernoso ruido, grandiosas y excéntricas formas, el progreso en marcha.

El chico Sabino los precedió, con los ojos desorbitados, echaba los bofes por la boca, llegó de los campos de Tapitanga donde daba placer al cuerpo aprovechando la viciosa docilidad de la cabra *Negra Flor*, flor del rebaño del coronel Artur de Figueiredo. Con la permisiva y gentil bestia, el muchacho resume al mujerío de Agreste que puebla sus noches de adolescente: Elisa, la mujer del patrón; Carol, la amante del ricachón; Edna, que ya no parece que estuviera casada con Terto; dos de las primas de Seixas: la ligeramente estrábica y la tetona, el resto no vale nada; la pequeña Arací, en cuyo traste se roza al pasar. Magnífico ramillete, enriquecido con la llegada de las paulistas, exóticas y sensacionales. Sabino se esfuerza en respetar a doña Antonieta, ¿pero qué hacer si, al arrodillarse para besarle la mano, aprecia el cine entero en la transparencia de sus vestidos y en los descuidados escotes de sus kimonos? El chico llega a la tienda de Asterio, sin aliento, donde Osnar habla de agricultura y veterinaria con el nuevo vecino de tierras. Las palabras irrumpen en la boca de Sabino:

—Llegaron unos tanques de guerra, con cañón y todo.

Primero aparece un jeep grande y veloz, pasa a todo vapor por el frente de la tienda. Después surgen las lerdas máquinas y un camión lleno de hombres de mameluco y casco, las manos calzadas con gruesos guantes de trabajo. No tienen nada que ver con los vehículos de la Hidroeléctrica que de vez en cuando traen ingenieros y técnicos a la ciudad, en repetidas comprobaciones de cálculos para el itinerario de los postes.

Una poderosa máquina con pala delantera, una de esas motoniveladoras que pasan al ras del suelo y aplanan la ruta; un rollo compresor y un tanque que desparrama asfalto. Osnar, excitado, se levanta de la silla donde estaba tirado, hace señas a Asterio, y se va a los trancos hacia la Municipalidad. Tiene una leve esperanza: ¿quién sabe si Elisabeth Valadares, Bety para los amigos, *Bebé* para los íntimos, no está en el jeep? En la víspera de Navidad Osnar la perdió por cuestión de segundos. Al llegar a la plaza, llegó a verla en el helicóptero, de donde, vestida de Papá Noel, saludaba a las masas con la mano. El también saludó y la pelirroja, al parecer, lo reconoció y le lanzó un beso.

Si bien toda esa historia de la Brastanio le desagrada por el hecho de que va a perturbar los hábitos de la ciudad, tan apreciados para quien nunca quiso salir de allí, en el deseo de vivir tranquilo, Osnar exceptúa a Bety de la marea de contaminación. Competente y apetecible, ella parece ser, sobre todo, víctima del sistema. Mientras esperaba su regreso, tomó una resolución extrema y se dispone a cumplirla ahora mismo, si es que la secretaria ejecutiva forma parte del grupo que está, en el jeep: contarle la historia de la polaca. La famosa historia de la polaca de Osnar, como la experiencia lo ha demostrado, es la clave para llegar a todo panal de miel, no falla. Convencido de ello, Osnar marcha hacia la plaza: puede ser que algún día esa fábrica de mierda se instale en el cocotal de Mangue Seco y, antes que todo se pudra, *Bebé*, proclamada Reina de Agreste, con el corazón y los países bajos sensibilizados por los emocionantes detalles de la historia sin igual, quiera probar la rigidez y el saludable sabor del miembro no contaminado de un campesino, ¡es el colmo de la gula!

Se acerca justo a tiempo para ver a un sujeto vestido de dril caqui, con un portafolio, que baja del jeep y se encamina a la puerta de entrada de la Municipalidad y deja a dos tipos en el vehículo. Las grandes máquinas bufan, con truculenta respiración. Ni señales de Bety. Ni de ella, ni del cordial charlatán y políglota, cuyas órdenes obedece la despampanante pelirroja, Desilusionado, Osnar se va al bar, donde se entrega, en compañía de don Manuel, a ácidos comentarios acerca de la Brastanio:

—Antes, por lo menos mandaban hembras vistosas para que nos deleitáramos la vista. Ahora, sólo machos.

—¿Y esos mastodontes —don Manuel señala las máquinas— para qué sirven? ¿A qué están destinados?

—A jodernos la vida, almirante, ya vas a ver.

En la Municipalidad, el individuo que se bajó del jeep, entrega a Ascanio una carta del doctor Mirko Stefano en la cual el Magnífico, sumamente gentil, después de saludar a su «simpático amigo Ascanio Trindade», le presenta al doctor Remo Quarantini, jefe de ingenieros de la Compañía Bahiana de Ingeniería y Proyectos, CBIP quien, al frente de un grupo de técnicos, va a Agreste a recoger datos sobre la ruta, con vistas a las obras indispensables: rectificación del trazado, ensanchamiento, pavimentación. Para aprovechar la circunstancia, lleva máquinas y obreros para asfaltar la calle. De esta manera la Brastanio, por su intermedio, cumple con la promesa que ha hecho a la comuna. Termina invitando a su apreciado amigo a comparecer con la mayor urgencia posible a la capital bahiana a una importante conferencia en la que participarán elementos de la dirección de la empresa sobre los problemas relativos a la instalación de la industria de dióxido de titanio en la región. Tiene buenas noticias para darle, pero quiere hacerlo personalmente. Antes de firmar la carta, con cordiales abrazos, le avisa que los gastos del viaje correrán por cuenta de la Brastanio, deseosa de no pesar en el presupuesto de la Municipalidad. «Hasta pronto, querido amigo, cuento con su presencia. Aproveche el viaje y la compañía y

venga con el doctor Remo quien, además de todo, es un eximio narrador de anécdotas».

Nadie diría que es un eximio narrador de anécdotas al verlo pelado, barba rubia, larga y enmarañada, la típica cara de quien comió mierda y no le gustó; silencioso. No por eso Ascanio deja de darle una calurosa bienvenida en nombre de las autoridades y del pueblo del municipio, de ponerse a su disposición y de prevenirlo sobre su intención de acompañarlo en el viaje de vuelta, dispuesto a disfrutar del divertido repertorio. Mientras en el interior de la Municipalidad suceden estas cosas, en la Plaza, curiosos y desocupados examinan los Caterpillars, boquiabiertos. Peto, a quien vehículos y máquinas le interesan tanto como los misterios del sexo, les describe la utilidad y da los nombres, Rodillo, rollo compresor y topadora: están destinados a abrir las calles y pavimentarlas. No con las piedras desiguales con las que el abuelo de Ascanio, en tiempos de prosperidad, había calzado la Plaza de la Matriz, la calle da Frente, la Plaza del Mercado (desde entonces Plaza Coronel Francisco Trindade) y sí con el negro asfalto, tipo de pavimento conocido sólo por aquellos que ya fueron, por lo menos hasta Esplanada, Peto entre ellos había acompañado tres veces a Perpetua a la ciudad vecina y una a Aracajú, es casi un *globe-trotter*. No hay duda de que comenzaban novedades importantes. Ya no se trata de rumores.

El ingeniero hace preguntas sobre la ruta. Disculpe la franqueza: ese camino de mulas no merece ser clasificado ni siquiera como apto para carros. Es una huella incierta, picada estrecha llena de lomos de burro, barriales, piedras; en suma, una mierda. Será necesario rehacerlo por completo, tal vez hasta modificar su trazado, lo cual significa una considerable mano de obra. Ascanio le proporciona algunos datos, pero sólo Jairo, propietario de la «marineti», familiar en esa travesía, podrá dar información precisa, cuando llegue de Esplanada.

Una sonrisa burlona se esboza en la cara taciturna del doctor Quarantini: al salir de Esplanada, habían dejado atrás al extraordinario vehículo, tan obsoleto que estuvo a punto de ser aplastado por las máquinas de marcha reducida. Realmente, quien la lleva y trae, debe conocer aquella sucesión de pozos, palmo a palmo. Ascanio le recomienda prudencia en el trato con Jairo: el dueño de la «marineti» está de malhumor desde que vio en el diario mural de la Municipalidad, el dibujo de los magníficos ómnibus previstos para el servicio de pasajeros de la nueva ruta, ésa que el ingeniero va a trazar y construir.

A propósito, solicita al ingeniero un minuto de su precioso tiempo, antes de ir a ver el trecho a asfaltar, para admirar el diario mural, que queda de paso pues está a la entrada de la ciudad. El barbudo, delante del dibujo, concede otra sonrisa dudosa. Ascanio se queda sin saber si es debido a la discutible vocación artística de Lindolfo o a sus efluvios progresistas. El visitante no comenta nada ni sobre los dibujos ni sobre las afirmaciones en letras de color.

—Bueno, vamos. Cuanto antes se empiece, mejor.

Tiene apuro. A excepción del doctor Mirko Stefano, pausado y calmo, todas las demás personas ligadas al progreso no admiten perder tiempo, siempre están corriendo, impacientes. Cuando sigue al pelado hasta el jeep, Ascanio comprueba que él también debe cambiar su ritmo. Alejado de la capital, se había habituado, en los últimos años, al lento compás de las horas de Agreste.

Jeep, camión y máquinas bajan por la calle, acompañados por la creciente masa de boquiabiertos. A la entrada de la ciudad paran, y se desembarazan de técnicos, capataces y obreros. Ascanio, los dos ingenieros y el fiscal de la Compañía recorren el trecho que va a ser pavimentado, la futura calle Antonieta Esteves Cantarelli.

—¿Sólo este pedacito? —el doctor Quarantini se dirige a los capataces—: No hace falta armar las carpas, con esa pavada terminamos hoy mismo. Pensé que era mucho más. —Y a Ascanio—: Muy bien, querido, vamos a poner manos a la obra. A ver si puede mandar algo de comer para los obreros y algunas cervezas. ¿Hay algún restaurante donde nosotros podamos almorzar? Me parece… —Un desanimado gesto de resignación—. Cualquier cosa sirve.

—Quédese tranquilo, me ocuparé. ¿A qué hora va a volver?

—A última hora de la tarde. Vamos a hacer lo posible para terminar antes del anochecer. ¿Alcanza el tiempo, Sante?

Sante, un vigoroso mulato, confirma sin dejar de masticar la punta de un cigarro:

—Sobra. —Ordena a los hombres—: ¡Manos a la obra!

Donde se corta el tránsito, instalan unos caballetes amarillos para demarcar los límites, alejan a los curiosos y las grandes máquinas entran en acción. Bajo el intenso sol y amontonado detrás de los caballetes, el pueblo acompaña atento el desarrollo del trabajo. La topadora se levanta, desparrama tierra y la aplana, su pala causa enorme admiración. Pero mucho más, el rollo compresor, que va y viene en los cien metros de camino, para sujetar la tierra suelta y transformarla en un sólido lecho de calle. De la calle Antonieta Esteves Cantarelli, corta pero asfaltada, primera en ser beneficiada por el progreso de la Brastanio. Y todavía hay quien habla mal de la gran industria reflexiona Ascanio, sublevado por las injusticias del mundo. Recorre con la mirada a los curiosos. Caloca, el dueño del bar Élite, boliche en el Beco da Amargura, donde vende *cachaça*, sintetiza la opinión general:

—¡Carajo! ¡Trabajan más rápido que la puta que los parió!

Victorioso, con el corazón a los saltos, el secretario de la Municipalidad de Agreste se retira para tomar medidas, Pasa por la pensión de doña Amorzinho, le encarga comida para todo el equipo. Él y otros tres almorzarán en la sala de la pensión, los trabajadores comerán en el mismo lugar de trabajo —haz unos buenos *feijão* y chivito asado. Quien paga es la Municipalidad, no vayas a cobrarle a ellos—. Seguidamente se dirige a la casa de Perpetua para contar a Leonora las novedades y comunicarle la, inesperada ida a la capital. ¿Ella se dará cuenta de la importancia de ese viaje, que transformará un noviazgo sin perspectiva, un sueño absurdo, en exaltarte realidad de casamiento? Volverá con el requerimiento de la Brastanio

dirigido a la Municipalidad, solicitando autorización para instalarse en Agreste. ¿Sólo eso? Se le abre un amplio horizonte por delante.

Al mediodía, los dos ingenieros y el inspector de la obra, en compañía de Ascanio, saborean el mejor almuerzo de sus vidas: *pitús* fritos, hervidos y saltados con huevos, *moqueca* de pescado, gallina de *molho pardo*, cabrito asado, tasajo con *pirão* de leche. Dulces de sabores poco conocidos: de jaca, carambola, grosella, *araçamirim*. Pasas de *cajú* y *jenipa*. Refrescos de *mangaba* y de *cajá*. El cabizbajo jefe de los ingenieros comió tanto y con tal disposición que su rostro pálido adquirió aire de exuberancia. Dejó la pavimentación por cuenta del colega y se extendió en una hamaca para despertarse sólo al atardecer, a tiempo para asistir a la conclusión de los trabajos.

Después de la comilona, cuando la «marineti» de Jairo tocó bocina en la curva, los obreros todavía deleitándose con los *feijão* y la cerveza —los *feijão* de doña Amorzinho no son cualquier cosa—, acababan de extender la primera mano de alquitrán, gruesa y reluciente sobre el terreno aplanado, Retiraron los caballetes para abrir camino al vehículo de Jairo, lo recibieron con silbidos y cachadas: chatarra, cafetera inútil, sobra de guerra, basura; junto con una interminable batahola de silbidos.

A eso de las seis, con su valija hecha, Ascanio aparece del brazo de Leonora. El trabajo está terminado. El betún brilla, húmedo y negro. Un tubo que sale del tanque, esparce la última mano de asfalto fino. La calle Antonieta Esteves Cantarelli, está lista para ser inaugurada.

Caloca, provocando risas, se acerca a Ascanio y le pide:

—Don Ascanio, aproveche y mande pavimentar mi callejón, lo hacen en un minuto.

El ingeniero Remo Quarantini, todavía con sueño, ordena el regreso, ¡qué almuerzo! Ascanio se despide de Leonora, la besa en la mejilla, delante de la multitud. La deja junto a doña Carmosina, que está en la primera fila de los curiosos. No resiste y provoca a su adversaria y amiga:

—¿Y ahora qué me dices?

No espera respuesta. El ingeniero, en el jeep, pide que se apuren, toca la bocina. De ahora en adelante va a ser necesario andar rápido, se acabaron los tiempos de ocio.

DONDE SE SABE DEL INCIDENTE DE LAS MÁQUINAS EN LA RUTA O JAIRO LLENO DE JÚBILO.

Pues así es: un día es de la caza, otro del cazador y ríe mejor quien ríe último. Una vez que se apagó la luz del motor, cuando la campana de la iglesia anunció las nueve, accionada por Vavá con la mano todavía vendada, se oyen insistentes palmadas en la puerta de la casa del humillado Jairo.

Un ayudante de chofer, miembro del equipo de asfaltadores chacoteros y burlones, se presenta. Solicita herramientas y, si es posible, la presencia de Jairo, su preciosa ayuda. Dos de las máquinas se encuentran descompuestas en la ruta, sólo el rollo compresor siguió viaje a Esplanada. En cuanto al jeep y al camión de los obreros, al salir de Agreste se adelantaron y a esas horas ya deben estar cerca de Bahía. El muchacho vino a pie, está muerto de sed, acepta un vaso de agua. Disculpe la molestia.

—¿Dónde fue?

—Cerquita de aquí, las dos. A unos siete u ocho kilómetros. En esa lomada, ¿sabe? donde había un lomo de burro medio reventado. Terminó de reventarse con el peso de la topadora, que se hundió. La otra ni siquiera llegó hasta allí. Se rompió antes.

La generosidad cabe a los victoriosos. Magnánimo, Jairo se pone a sus órdenes:

—Vamos a ver qué pasó. No debe ser nada. En seguida lo solucionamos.

Se dirigen al garaje. Acaricia la «marineti», le murmura unas palabras de cariño y confianza:

—Vamos a socorrer a los ricos, mi Plato Volador, ellos te dijeron basura, chatarra, ahora nos toca a nosotros. A ver cómo te comportas y olvídate de las mañas. No vayas a hacer papelones, ni me hagas quedar mal, demuestra tu valor, mi sensualota.

La mañosa y sensual se comporta a la altura. Va a una apreciable velocidad, el motor no protesta ni una sola vez. Animal noble, comprueba el ayudante de chofer al verla proseguir, indiferente a piedras, cascotes, baches y abismos. Impávida y serena, al son de la música pues, por increíble que parezca, hasta la radio rusa funcionó.

Jairo presta la ayuda solicitada, le sobra competencia. Arregladas las máquinas, después de medianoche, sin esperar agradecimiento, se limpia las manos con la estopa, sube el escalón de la puerta, enciende el motor y la «marineti» parte soltando la descarga de despedida. ¡Qué descarga tan dulce!

Gracias, Estrella del Interior; siempre adelante, ¡mi ricurita!

DE LAS PREOCUPACIONES DEL NUEVO RICO.

Crece el movimiento y se modifica el ritmo. En el caso concreto de Asterio, promovido de modesto comerciante a nuevo rico, de capitán a mayor, la responsabilidad es de la cuñada rica de São Paulo, y si hubo alguna intervención de la Brastanio, fue indirecta y casual. De cualquier manera, también se aceleró el ritmo de vida para él.

Antes, se pasaba la mañana y la tarde en la tienda, atendiendo a una reducida clientela, vendiendo unos pocos metros de género, alguna camisa de hombre, una pollera de mujer, una docena de botones, agujas y carreteles de hilo, chucherías, bagatelas. Le sobraba tiempo para chacotear con sus amigos, sobre todo con el

infaltable Osnar, para oír chismes, comentar hechos, saborear historias de la «trepidante vida nocturna de Agreste» (como dice el sarcástico Aminthas), para ponerse al tanto de las cualidades de las últimas doncellas reclutadas por Zuleika Cinderela. Hace unos días le hablaron de una novata, moderna, de quince años de edad, dueña de un trasero que, si continúa su próspero desarrollo, será en breve el más vistoso de Agreste; había venido de la aldea de Saco y se llama María Inmaculada.

A la hora de la siesta, hora prácticamente muerta, dejaba al chico Sabino detrás del mostrador, se dedicaba a prolongados entrenamientos en las dos *brunswicks* del bar. Ahora tiene que dividirse entre la tienda, las tierras y las obras de la casa de Tieta.

Todas las mañanas va a Vista Alegre, para fiscalizar el rebaño y la plantación, que estaban a cargo de Menininho (el hijo de Lauro Branco), por sugestión de Osnar:

—Mayor, de cualquier manera te van a robar, pongas a quien pongas, entonces es mejor que lo haga el compadre Lauro que ya sabemos que roba sin exageración y, además de eso, es un hombre trabajador y serio. Menininho es bueno con la azada, sabe cuidar cabras y tiene al compadre cerca para que le dé una mano. Siempre que lo controles, como hago yo, la cosa anda.

Corre de la tienda a las obras casi terminadas de la casa comprada a doña Zulmira. El *Viejo* Zé Esteves se plantaba allí todo el día, apurando al maestro Liberato, gritando a los obreros, amenazando a Dios y a María Santísima. Asterio necesita impedir que, con la ausencia del *Viejo*, el trabajo se atrase, justamente cuando ya falta poco. Los baños ya están listos, son los mejores de Agreste, con duchas y bañeras, inodoros de lujo, paquetísimos, ya se comenzó a pintar, falta poco para que la casa esté habitable. Por otra parte, el plan de Asterio es efectuar la mudanza cuanto antes, aunque las reformas no estén terminadas. Dos ventajas: dejará de pagar alquiler y con ellos en la casa, las obras irán más rápido. Ya le dio órdenes a Elisa para que fuera preparando los trastos.

La muerte del viejo Zé Esteves les había abierto el camino de la prosperidad. Mandioca y cabras, tierras. Quien tiene tierras es dueño de un pedazo del mundo, repetía el suegro, lamentándose de su perdido patrimonio. Una excelente casa, si no propia, por lo menos gratuita, una de las mejores residencias de la ciudad. Digno marco para la belleza y elegancia de Elisa. Elisa lo preocupa. Anda cabizbaja, lagrimea por los rincones. No parece que hubiera recibido tantos y tamaños beneficios, pruebas de amor fraterno pocas veces vistas en Agreste. Nunca vistas. Tieta es mano abierta, más que generosa, derrochona.

Sin embargo, Elisa se comporta como si hubiera sido ofendida o maltratada. Asterio no le había visto ni una sonrisa desde aquella tarde, al día siguiente del entierro del *Viejo*, cuando Tieta anunció la compra de Vista Alegre a nombre del matrimonio. Más de una vez Asterio le preguntó qué le pasaba, cuál era el motivo de su tristeza, Elisa responde que no le pasa nada, que no está triste y que no se preocupe

por ella. Ni siquiera se rió cuando le comunicó que Osnar estaba dispuesto a proponerle a la secretaria ejecutiva de la Brastanio, aquella del mechón plateado en la cabellera colorada, ¿te acuerdas?, lo mismo que le propuso a la polaca, ¡imagínate qué despropósito!

Increíble: Elisa quedó aplastada después de la muerte del *Viejo*. Mientras vivía, en ningún momento Asterio había notado demostraciones de amor profundo entre la hija y el padre. Lo que Elisa no podía esconder era el miedo, eso no. Confusamente Asterio se da cuenta de que ella se había casado sobre todo para zafarse de la tiranía paterna, de la prisión familiar, del cayado y de la correa de uso permanente. Hasta después de casar a las hijas, el *Viejo* se imponía, sobre ellas y los yernos. Asterio jamás le había oído pronunciar una palabra de cariño, esbozar un gesto de ternura, ni siquiera para reconfortar a Elisa cuando sucedió lo de Toninho. En el velorio del Mayor, Perpetua, quien por una vez en la vida estaba deshecha en lágrimas, inconsolable, fue rebajada por Zé Esteves:

—Nunca más vas a encontrar otro, no te ilusiones. Idiota de esa clase sólo aparece uno en cada siglo y ahí está.

Vivía acusando a Asterio debido al asunto del cheque usado para descontar el pagaré. Habían transcurrido años y el refunfuñón continuaba echando en cara de su hija, cuando no del yerno, aquel fraude y lo amenazaba con la cárcel si volviera a suceder.

¡Dios mío! ¡Qué difícil es entender a la gente! Pensó que Elisa por fin respiraría, libre del miedo, miedo al padre y a la miseria. Debería sentirse feliz por el regalo de la hermana, solución a los problemas de dinero que los tenía a mal traer, además de la nueva residencia que les daría *status* de ricos, un lugar prominente en la sociedad de Agreste. Al contrarío, Elisa parece inconsolable como si, al perder al padre, hubiese perdido toda esperanza de felicidad.

Asterio no es justamente un psicólogo, a pesar de las demostraciones intelectuales proporcionadas en las carambolas del billar, cálculos exactos, milimetrados, perfectos; ciertos pases del taco son obra de arte. Pero las complicaciones en el comportamiento de las personas, tristezas, llantos, depresiones, lo perturban y lo afligen. Tal vez doña Carmosina, tan inteligente y leída, pueda entender y explicar. Tieta también, no se le escapa nada.

Cuando habló con Tieta sobre el deseo de Elisa de mudarse a São Paulo, la cuñada le aconsejó que tuviera a su esposa con las riendas cortas, que siguiera el ejemplo de Zé Esteves y hasta se refirió al cayado.

A pesar de ser tan bondadosa y de tener un corazón de oro, en ciertos momentos Tieta se parece al *Viejo*. ¿Levantarle la voz a Elisa? ¿Tenerla con las riendas cortas? ¿Por qué, si ella es tan buena y servicial, ama de casa cuidadosa, sin hablar de la belleza y elegancia?

Asterio se conmueve al recordar las virtudes de su mujer. ¿Qué mal hay en el llanto y tristeza de una hija que acaba de perder al padre? Con el tiempo pasará. Día

más, día menos, volverá a ser la misma Elisa, ostentará el aire distante y un poco *snob*, un tanto melancólico que le queda tan bien. La mujer más linda y elegante de la ciudad; otrora pobre, y propietaria de tierras, quien tiene tierras es dueño de un pedazo de mundo, frase del viejo excomulgado. Dueña de un señor culo. Le dijeron a Asterio que una tal María Inmaculada, cuyo trasero, si lo cuida bien; un día… pavadas. Ninguno puede ser igual al de Elisa, por más que la naturaleza se esfuerce.

DONDE SE BRINDA POR ÚLTIMA VEZ POR LA AMISTAD Y LA GRATITUD.

Al ver pasar la potente figura del doctor Baltazar Moreira, abogado con estudio en Feira de Santana, sudando a baldes, con un portafolio negro bajo el sobaco, Aminthas pregunta con voz burlona:

—¿Han elegido a Agreste como sede para un Congreso de Juristas? En cualquier parte, se tropieza uno con un abogado.

Osnar deja el taco, consulta la diferencia de puntos que lo separan de Fidelio, ya no ve posibilidad de recuperación y victoria, asume el papel de hierofante, en general ejercido por el poeta Barbozinha:

—Cuando aparecen los «aves negras», es señal de carroña. Todo esto va a apestar.

Postergados los partidos decisivos del campeonato, debido al viaje de Ascanio a la capital, los candidatos al Taco de Oro se contentan con desafíos amistosos y apuestan botellas de cerveza. De pie, para observar mejor el juego de Fidelio, su próximo adversario en las semifinales, interviene Seixas:

—Menos mal que va a apestar, vamos a sentir el olor del petróleo, del azufre, de los gases de las industrias químicas. Hedor de progreso, Osnar. ¿No es así, Fidelio?

Fidelio se espanta ante la pregunta inesperada:

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—¿Tú no eres uno de los Antunes, uno de los herederos del cocotal? Todos oímos cuando el doctor Franklin lo dijo, en la notaría. ¿O pretendes esconder tu riqueza delante de nosotros? Ahí está, está el millonario, socio de la Brastanio, listo para contaminar Mangue Seco. Seguro que uno de esos abogados vino llamado por ti, ¿no es así? ¿.Cuál de ellos? Suelta la lengua y cuenta todo a tus amigos.

Fidelio suspende la jugada, habla con seriedad, no encuentra gracia en la provocación de su compañero:

—No necesito abogados. —Vuelve a jugar y a su habitual reserva.

—Si quieres, yo puedo ocuparme del caso. —Seixas insiste en la broma sin dar importancia a la trompa de Fidelio—: Para empezar, te aconsejo que unas tus trapos a los de doña Carlota que es otra candidata al cocotal, casamiento con comunidad de bienes, Antunes con Antunes. Además de eso, ganas una argolla exclusiva, de anticuario, digna de museo…

Fidelio liquida el partido, una última carambola, y trata de liquidar también las

bromas que evidentemente no le agradan:

—No necesito ni abogado ni consejeros. Métete en tu vida. Yo sé cuál es tu intención: irritarme, ponerme nervioso para que pierda cuando juegue contigo. Eso es una canallada.

Seixas se enfurece:

—Sólo estaba bromeando, sin ninguna intención. No necesito de esas artimañas para ganarte, ya lo hice muchas veces. No admito que me digas deshonesto.

Osnar, quien ya guardó el taco, corta la discusión:

—¿Qué estupideces son ésas? Terminemos. Dejen que la carroña se pudra lejos de nosotros. Yo dije que iba a apestar y agrego: va a apestar, y mucho. Pero quien quiera discutir sobre esas porquerías, que lo haga lejos de aquí. Nuestra amistad no tiene nada que ver con eso. ¿Cuántos años hace que somos amigos? —Cambia de tema—: Si ustedes me prometen que no se lo contarán a Asterio, les cuento una sorpresa que estoy planeando.

Seixas todavía refunfuña, Fidelio mantiene silencio, Osnar continúa:

—¿Saben que el sargento Peto va a cumplir trece años en estos días? Zuleika y yo estamos organizando una gran fiesta para el sábado que viene, para celebrarlo.

—¿Con Zuleika? ¿Y por qué con ella? —Seixas se espanta, hay un resto de disgusto en su voz—: Los cumpleaños de los niños se festejan en casa de los padres con *guaraná*, Coca-Cola, masitas, son acontecimientos inolvidables. Pero si doña Perpetua lo festeja, voy a tener que ir para llevar a Zelita, mi prima menor de once años. A ella le encanta.

Osnar dedica una sonrisa de agradecimiento a Seixas. La conversación toma el rumbo qué el quería. Está cansado de oír discusiones sobre la fábrica y la contaminación, actualmente no se habla de otra cosa en Agreste. Ni siquiera el veloz avance de los postes de la Hidroeléctrica del San Francisco, tema de entusiastas comentarios hace sólo una semana, puede desviar la atención del pueblo de los problemas que dividen la ciudad, desde que las máquinas de la CBIP, mandadas por la Brastanio, asfaltaron en un abrir y cerrar de ojos el antiguo Caminho da Lama, futura calle Antonieta Esteves Cantarelli. El homenaje programado fue un secreto mal guardado, ya que anda de boca en boca, diversas personas vieron la placa en manos de Ascanio. Sólo Tieta, que está veraneando en Mangue Seco, ignora la próxima consagración oficial de su nombre, el único de los proyectos actuales de la Municipalidad que reúne aplausos y aprobación unánime, En todo lo demás reina la discordia, la ciudad está dividida.

En las calles, que antes eran tan tranquilas, se traban polémicas, se intercambian insultos. Se argumenta a favor o en contra de la instalación de la fábrica. ¿Se debe o no permitir, recibir con entusiasmo o repeler con indignación, significa vida o muerte? Una parte de la población se mantiene indecisa, sin saber en cuál de los murales creer. ¿En el de la Municipalidad, donde se afirma la total inocuidad de la industria de dióxido de titanio y son prometidas sorprendentes maravillas al

municipio y al pueblo? ¿O en el de la agencia de Correos, que proclama el inminente peligro de la Brastanio y la suerte que corren el cielo, la tierra, el mar y la atmósfera de toda la región, mil desgracias debidas a la industria de dióxido de titanio? Dióxido de titanio, sugestivo nombre, apasionante, amenazador, misterioso.

Existen algunos eclécticos que mezclan alegatos de los dos murales o sea: creen que hay mucho de cierto en las afirmaciones sobre el terrible porcentaje de contaminación causada por la discutida industria, pero no creen que por eso se deba impedir su instalación en el cocotal de Mangue Seco o en cualquier otro punto de Sant'Ana do Agreste. Según ellos, no existe progreso sin contaminación y dan el ejemplo de Estados Unidos, de Japón, de Alemania, de São Paulo, cuatro colosos.

Los debates intelectuales ganan las calles, desbordan las fronteras del Areópago, del Bar dos Açores, de la pensión de Zuleika, de la Matriz, centros culturales de Sant'Ana do Agreste, el último se especializa en problemas litúrgicos en los cuales las beatas son peritas al punto de llegar a corregir al padre Mariano. Se pasó a discutir en los negocios, en los almacenes, en la feria, en las casas y en las esquinas. Hasta en el Beco da Amargura y en el boliche de Caloca. Con ardor y a veces apasionadamente. Aquí y allá se produjeron las primeras desavenencias serias. *Bacurau* y *Carioca* (sobrenombre debido a que residió en Río durante años y se las da de intelectual), ambos empleados de la curtiembre, casi se agarran a golpes cuando *Bacurau* le dijo a *Carioca* apestoso y éste, en pago, lo ofendió al acusarlo de medieval, insulto grave pues era desconocido para *Bacurau*, hombre de pocas luces. Dióxido de titanio se convirtió en una expresión popular, al mismo tiempo símbolo del bien y del mal. Como siempre sucede cuando se trata de símbolos místicos, nada sabían sobre ese reverenciado y temido tótem, ni siquiera su aspecto: si era gaseoso, líquido o sólido. Seguramente por ser una divinidad participa de los tres estados. Gaseoso, apesta el aire; líquido, envenena las aguas; sólido, su presencia concreta se impone sobre la población para dominarla. Osnar tiene razón: el dióxido de titanio apesta la ciudad. ¡Que no lo haga en las diarias reuniones del bar, en las mesas de cerveza y en el paño verde de los *brunswicks*! Sonríe Seixas, agradecido. Para Osnar, la amistad es un bien precioso, es necesario preservarlo de la contaminación. Extiende su mano larga y flaca y toca la rodilla del compañero, en un gesto de afecto:

—Yo dije que el sargento va a cumplir trece años, Seixas. ¿O tú no sabes que a los trece años todo ciudadano brasileño adquiere su mayoría sexual? ¿O tú habrás sido atrasado? Porqué además de los normales existen los atrasados y los precoces. Y como ejemplo de precocidad, tenemos al campeón aquí presente: antes de cumplir doce años estrené a mi campeón, inicié la victoriosa carrera de la cual ustedes son testigos.

Risas generales distienden la atmósfera, la cordialidad reasume el comando de la conversación. Fidelio vuelve a su voz sosegada:

—¿Quién fue la primera? ¿Fue con ella?

Seixas, ya ha superado por completo el altercado, olvidó el enojo:

—¿Y con qué otra habría de ser, Fidelio? ¿Te acuerdas de nosotros dos? Fue el mismo día, tú primero, tramposo; me ganaste de mano, a escondidas.

Fidelio repone la verdad histórica:

—Cuenta las cosas como fueron. Tú me pediste que yo fuera primero, estabas temblando.

Sonríen al recordar. Seixas se enternece:

—Es cierto, yo me estaba cagando de miedo. Cuando tú saliste y me dijiste que valía la pena, ni así me controlé. Pero, una vez en el cuarto, ella me hizo sentir cómodo y todo anduvo a la perfección.

Aminthas divaga:

—¿A cuántos habrá iniciado? No hay ninguna que se pueda comparar con ella para desvirgar a un muchacho. En el modo, en la delicadeza. Conozco algunos tipos que se estrenaron con putas baratas, salieron con una pésima impresión, decepcionados, demoraron meses para rehacerse y comenzar a gozar. Hay quien no se rehace nunca. Ir con ella, por lo tanto, es fundamental.

—Propongo un trago en su homenaje —dice Seixas alegre nuevamente.

—Sirve cuatro copas, almirante, para que podamos sellar un trato entre nosotros y hacer un brindis por quien nos dio a luz por segunda vez. —Ordena Osnar: el trato de la amistad, el brindis de la gratitud. Mientras esperan, vuelve a la iniciación de Peto —: Debemos hacer una fiesta rimbombante, tal como lo merece el sargento. Hace tiempo que no armamos una buena farra y ¡ojo! que la estamos necesitando. En Agreste sólo se habla de cosas malas y feas: contaminación y dinero.

Don Manuel sirve la *cachaça* quiere saber quién es esa madre que parió tantos hijos y por qué por segunda vez.

—Nos dio la luz del entendimiento, almirante. —Para el bravío luso, son palabras misteriosas que se aclaran en seguida pues Osnar levanta su copa, barata y de vidrio grueso, aspira el perfume de la límpida *cachaça* y completa—: A la salud de Zuleika Cinderela y a su estrecha puerta por donde entramos niños y salimos hombres. Y a nuestra amistad que no hay titanio que pueda marchitar.

También, Osnar tiene sus chispazos y en esta ocasión, por coincidencia y por necesidad, pudo retirar los privilegios de la videncia y de la poesía al predestinado Barbozinha.

CAPÍTULO EN EL CUAL AGRESTE IMPORTA MÉTODOS JURÍDICOS DE REGIONES PROGRESISTAS Y DONDE SE TEORIZA SOBRE DINERO Y PODER.

De los tres abogados, el primero en llegar y el único en permanecer durante algún tiempo en la ciudad, huésped de la pensión de doña Amorzinho —los demás iban y venían, transitaban entre Agreste y Esplanada—, y que trabó conocimiento con los habitantes, fue el doctor Marcolino Pitombo, simpático viejito, bien plantado y bien vestido, traje blanco de lino, sombrero panamá legítimo, cigarro Suerdieck, bastón

con mango de oro, llegado de la legendaria, rica y progresista región del cacao.

Josafá Antunes lo había recibido en el aeropuerto de Aracajú y alquiló un auto para llevarlo desde la capital sergipana hasta Agreste, apreciable delicadeza condenada a fracaso parcial, pues el automóvil, moderno y de buena apariencia —entre los taxis que paraban delante del hotel, Josafá eligió el más aparatoso y refulgente— se quedó a menos de la mitad del camino de Esplanada a Agreste, con el motor fundido. Lo cual dio lugar a posterior y execrable juego de palabras de Aminthas: fundido y jodido, perpetró, estaría el egregio jurisconsulto, si no hubiese aparecido la providencial «marineti» de Jairo, últimamente llamada, por su orgulloso propietario, Samaritana de las Rutas, en la cual abogado y cliente terminaron el viaje en marcha lenta pero segura.

Josafá temió que el anciano montara en cólera, que se quisiera ir y abandonar la causa. El doctor Marcolino, sin embargo, demostró sentido del humor, se interesó vivamente por el vehículo de Jairo, pidió varias informaciones sobre el mismo, estuvo atento a la radio rusa y elogió la personalidad del aparato. Cuando finalmente, llegaron a la entrada de la ciudad, aquel reciente y corto aunque magnífico trecho de asfalto, aplaudió y comentó:

—¡Bravo, mi amigo! Los motores de hoy no valen nada. —Apretó la mano de Jairo—: Ni el motor de las máquinas ni el carácter de los hombres.

Se alojó en el mejor cuarto de la pensión de doña Amorcinho, con derecho a la escupidera de loza de la propietaria, extrema concesión; en seguida se tornó figura bien vista, debido a la edad, a sus maneras pulidas y donaire. Admiraban su procedencia capitalina, la fama, la cordialidad y el bastón, en cuyo mango de oro estaba esculpida la cabeza de una serpiente, probablemente como símbolo de la venenosa argucia del eminente letrado, habilísimo en negociados, según consta. Al verlo desfilar por la calle da Frente (Calle coronel Artur de Figueiredo, no hay caso, el pueblo no puede desligarse de los nombres tradicionales), camino a la notaría, los ciudadanos de Agreste sienten un cierto orgullo: no hay duda, la ciudad se civiliza y prospera, evidencia verificada y comprobada por la presencia del preclaro hombre de leyes.

En la notaría, asesorado por el propio notario, estudió los libros, analizó antiguos documentos, inclusive tuvo que usar una lente, en busca de inexistentes tachaduras. Quiso ir personalmente a ver las tierras en demanda, aprovechó el paseo en lancha para conocer la playa de Mangue Seco, de cuya belleza había oído hablar en Aracajú, siendo niño. Quedó boquiabierto:

—Es mucho más fascinante de lo que me dijeron. Ningún pintor sería capaz de crear un paisaje tan lindo, sólo Dios.

Luego de concluir los estudios preliminares, mantuvo una conferencia reservada con Josafá, encerrados en el cuarto de la pensión:

—¿Quiénes son los otros pretendientes, los otros Antunes?

—Hasta ahora sólo sé que hay dos. Una profesora, directora de la Escuela Ruy

Barbosa.

—¿Casada? ¿Viuda?

—Solterona. Debe de tener unos cincuenta años o más. El otro es un muchacho joven, empleado de la Oficina Recaudadora de Impuestos.

—¿Un muchacho joven?, ¿y los padres?

—Murieron los dos. El padre en Río, la madre aquí; lo dejaron muy pequeño. Fue criado por una tía, hermana del padre. Es Antunes por parte de madre.

—Es cierto, el notario me lo dijo. ¿Piensas hacer un trato con ellos?

—Si no hay remedio… Pero es usted quien decide, yo le pedí que viniera para aconsejarme.

—Ya lo sé, pero necesito estar al tanto de tus intenciones, de tu manera de pensar para poder actuar de acuerdo con ella.

—Doctor, me deshice de unas plantaciones y de unas cabras, únicos bienes que papá y yo teníamos aquí, para hacer juicio sobre esas tierras y después venderlas a la fábrica y poder usar las ganancias en la plantación de cacao. Si puedo conseguir todo, mejor. Se debe pretender todo, eso es lo que yo pienso. Tratos, acuerdos, sólo si no hay otra solución.

—Siempre se encuentran otras soluciones. Si fuese en nuestras tierras, podríamos resolver todo con más facilidad; aquí es más difícil. Existe una sola notaría y el notario en seguida me dijo, en tono de broma, pero con intención de ponerme al tanto, que los negociados con él no van. Parece que tampoco se usa por aquí el argumento de que no hay nada más seguro que las balas. —Imita con las manos el gesto de tirar—: Corta el mal de raíz.

Josafá suelta carcajadas divertidas:

—Por allá ya no se usa más, fue cosa de otros tiempos: aquí nunca se usó.

—¡Qué lástima! Como último recurso, es lo mejor. —Hay un brillo de malicia en los ojos azules, cansados, inocentes—: Un notario, metido en esta selva, ¿qué diablos puede saber de negociados? —El mismo responde—: Nada, tres veces nada. ¿Será incorruptible?

—¿El doctor Franklin? Creo que sí, doctor. Por él, soy capaz de poner las manos en el fuego.

—¿Y el hijo? ¿Ese barril de cerveza? Pregunto, por si hubiera necesidad. Siempre es bueno saberlo.

—No sé nada del hijo. Era muy niño cuando me fui del pueblo.

—Ya lo sabremos, no faltará ocasión. Ahora, voy a darte mi opinión y explicarte mis planes, Pero antes dime otra cosa: ¿hay algún agrimensor por aquí?

—No conozco a ninguno en Agreste. Debe de haber en Esplanada.

—Es lo que pensé. Óyeme, entonces. Entre hoy y mañana vamos a reunir toda la documentación que prueba tus derechos. Ya le pedí al notario un traslado de la escritura vieja y la autenticación de los documentos de tu padre y tuyos. Voy a volver a la notaría para prometerle al gordito una platita extra. Así el traslado se hace rápido

y nos enteramos si nuestro joven notario es o no sensible a los regalos. A su edad y gordo como es, una ayuda de costo siempre es bienvenida, para gastarla en mujeres. Una vez que tengamos los documentos volamos a Esplanada, contratas al agrimensor, vuelves con él para medir el cocotal. Yo me quedo allá, para tantear el ambiente, conversar con mis colegas, formar mi opinión para ver cómo son las cosas. Cuando llegues con la medición, aparezco con una escritura válida para la totalidad del área, con hombres ya ablandados, instruidos por mí.

—¿Para la totalidad? Fantástico, así cuando esos Antunes de medio pelo se den cuenta, nosotros ya seremos dueños. Imagínese, doctor, que ellos ni constituyeron abogados. Ni la viejota, ni el vago que sólo piensa en el campeonato de billar.

El doctor Marcolino contempla con sus ojos azules y sensatos al ardiente litigante y contiene su entusiasmo:

—Si todavía no lo han hecho, lo van a hacer, no te ilusiones. Métete en la cabeza que ellos tienen tanto derecho como tú, si realmente son descendientes de Manuel Bezerra Antunes. Voy a requerir la posesión de toda el área, pero no creo que la obtengamos si ellos hacen juicio, y lo van a hacer. Aunque la primera audiencia esté a nuestro favor, como espero, debemos estar preparados para tener que dividir la tierra escriturada a nombre de tu tatarabuelo. Lo importante es saber exactamente con qué parte tenemos que quedarnos.

—No entiendo.

—Vas a entender, pero antes dime otra cosa; ¿hay alguien por aquí que sepa qué parte del cocotal va a ser utilizada para la instalación de la fábrica?

—Según parece, Ascanio lo sabe. Ascanio Trindade, el secretario de la Municipalidad, el que está enamorado de la paulista millonaria, ya le hablé de él, ¿se acuerda? Va a ser elegido alcalde pero es como si ya lo fuera, es el ahijado y protegido del coronel Artur.

—Me acuerdo. Por lo que me dijiste, él es el hombre de confianza de la Brastanio aquí, él es quien lucha por la instalación de la fábrica en el municipio, ¿no es así?

—Ascanio quiere que Agreste progrese. Para eso ha luchado como un héroe.

—Los ojos del viejo abogado, tan inocentes en apariencia, se animan de malicia:

—¿Un héroe? Pues ese héroe es nuestro hombre, querido Josafá. Necesitamos que nos diga, a nosotros y a nadie más, donde se va a instalar la fábrica, el lugar exacto. Este dato es de fundamental importancia. Probablemente… Probablemente no, seguramente vamos a tener que largar unos cuantos billetes a ese funcionario para obtener la información con exclusividad. Tal vez hasta tengamos que darle una comisión.

—¿Usted quiere decir que deberemos comprar la información a Ascanio? ¿Pagar para que no lo diga a los demás?

—Creo que hablé claramente, hijo mío.

—Imposible, doctor. Ascanio no sirve para eso. Yo creo que podemos obtener lo mismo sin gastar un centavo, sólo con preguntárselo. Pero que sea solamente para

nosotros y por dinero, ni pensarlo. Si se lo propusiéramos, se ofendería, sería peor.

Los ojos tranquilos y cansados del abogado miran a su cliente casi con piedad:

—Tú no pareces un hombre que vive en el Sur, mi querido Josafá.

—Ascanio es un hombre de bien, doctor.

—¿Cómo lo sabes? ¿En qué te basas para afirmarlo con tanta seguridad? Si te has ido de Agreste hace tantos años, ¿cómo te atreves a responder por la honestidad de personas que apenas conoces? Para ti, en Agreste todo el mundo es incorruptible. El notario, ese muchacho… ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, todos los años vengo a ver al viejo. Es lo que todos dicen. Nunca escuché ni la menor alusión a la honra de Ascanio.

—Examinemos los hechos, es lo único que cuenta. Estamos ante un individuo que le está siguiendo el juego a la Brastanio, un juego sucio, mi buen amigo. Y que, además, quiere enganchar a una paulista rica. Como ejemplo de honestidad no me parece el mejor, discúlpame.

—Pero… Él quiere el progreso…

—Vamos a creer que haya sido así, que él haya sido tan honesto como el pueblo dice y repite. Hasta es posible. Pero, hijo, en el momento en que se metió en este asunto, aunque fuese sin querer, mandó la honestidad al diablo. Aunque fuera de acero, se oxida y siendo de carne y sangre, se pudre. ¿Cuánto te crees que la Brastanio le paga? Si fuera poco, podría negarse. Pero se trata de grandes sumas, mi querido, enormes sumas. Preséntame a ese Ascanio, yo lo tentaré con habilidad y actuaré en consecuencia.

—Ascanio está en Bahía. Fue por un asunto de la fábrica, los tipos lo mandaron buscar con un jeep.

—¿Qué tipos?

—Un jefe de la Brastanio. Me dijeron que fue al Tribunal para fijar fecha para las elecciones. Es lo que oí por ahí.

—Está todo claro como el agua y tú quieres venderme al hombre como rey de la honestidad. El individuo viaja invitado por la Brastanio que con seguridad está arreglando las cosas para que él sea alcalde y tú dices que el fulano no acepta coimas. Por favor, don Josafá…

Impresionado con la argumentación del abogado, Josafá reflexiona y admite:

—Pensándolo bien, tal vez usted tenga razón.

—Bajo de la capa de honestidad, el tipo se está llenando los bolsillos. Me acuerdo de haber leído en un diario que los dueños de la Brastanio estaban tratando de apurar las elecciones. Vaya uno a saber… Aparte de San Francisco de Asís, no sé de nadie que sea capaz de resistirse ante el poder del dinero, hijito. Y menos todavía al poder, puro y simple. El deseo de mando trastorna a cualquiera. Ya he visto muchas cosas de ésas. Santos y ateos, con tal de mandar venden madre, hijo, Dios y pueblo. Del padre ni se hable.

—Qué cosa… Parecía tan decente…

—Tal vez lo era. Pero volvamos a nuestro plan de acción. Parto de la base que como el arenal es inmenso, la Brastanio va a adquirir sólo una parte, aquella donde se va a instalar la industria. ¿Correcto? Y esa parte, mi querido, es la única que tiene valor, un gran valor de reventa. La Brastanio pagará por ella lo que el dueño pida. Pero el resto, por más extenso y bello que sea, no va a valer ni un comino. Las tierras situadas en la vecindad de una industria de dióxido de titanio, no tienen ningún valor, ni el más mínimo. Ni para la instalación de otras industrias, ni como lugar de veraneo. Ni regaladas las van a querer. Lo que interesa es el pedazo donde se va a construir la fábrica. Sólo ése y ningún otro.

—¿Quiere decir, doctor, que esa fábrica es realmente una desgracia como se está murmurando por ahí?

—Todo lo que digan, por malo que sea, es poco. Estudié el asunto, la Brastanio ya había pensado en establecerse en nuestra región.

—Oí comentarios. Hasta firmé un papel en contra.

—Un memorial al Presidente de la República. Fue redactado por mí y sin vanidad te digo: un documento inapelable. Sale como artículo pago en los diarios del sur de Bahía. —Una sombra oscurece su rostro satisfecho—: Me da pena esta gente de aquí, es un lugar muy apacible. Van a terminar con Mangue Seco, van a borronear la pintura de Dios. —Hace un gesto de impotencia con las manos—: En fin, mejor aquí y no allá.

Evidente verdad, esta vez Josafá sacude la cabeza en un gesto afirmativo, está de acuerdo. El abogado finaliza:

—Estamos de acuerdo, ¿no? Recapitulemos. —Cuenta con los dedos—: Primero, documentos y medidas del palmar; segundo, escritura y mientras se espera la decisión del juez, la charla con nuestro amigo de la Municipalidad, el sabelotodo. Déjalo por mi cuenta. Así, cuando los otros herederos se percaten y traigan abogados, nosotros estaremos amparados por la ley, con escritura. Son las mejores condiciones para negociar, oír proposiciones e imponer condiciones. Una única condición, mi querido amigo: el pedacito de cocotal donde la Brastanio va a levantar su fábrica de porquería. ¿Entendiste?

Josafá se refriega las manos: había acertado al contratar al doctor Marcolino Pitombo. Grandes gastos, viajes en avión, taxi de lujo —porquería de auto, fachada y nada más—. Pero el abogado, perito en derecho compensa cualquier gasto, hasta el dinero empleado para el taxi, lucrativa aplicación del capital obtenido con la venta de las plantaciones de Mandioca, de los pelados riscos de cabras. Para no entender la excelencia de la inversión, no alegrarse, hay que ser un viejo obtuso, sin interés por la vida, sin ideales, más del otro lado que de éste, como Jarde. El padre, metido en un cuarto de la pensión, lejos de las cabras se consume día a día —parece envenenado por los efluvios de la industria de dióxido de titanio. Josafá oyó decir que cuando se aspira ese humo, las personas se van poniendo amarillentas y tristes, cada vez más amarillas y tristes y al poco tiempo se convierten en difuntos flacos y feos. Es una

lástima, pero ¿qué se le va a hacer?

DE CÓMO UN PERSONAJE, HASTA AHORA SECUNDARIO, DESEMBARCA DE LA «MARINETI» DE JAIRO Y SE DECLARA ANTUNES Y HEREDERO; DONDE IGUALMENTE SE HACE REFERENCIA A LAS SECRETAS ASPIRACIONES DE FIDELIO Y A UN PLAN DE AMINTHAS.

El optimista Josafá se engañaba al afirmar que las otras partes todavía no habían contratado abogado. El mismo día de aquella conversación, al anochecer, para ser exacto, con atraso debido al carburador que estaba tapado, descendieron dos abogados de la «marineti» y ocuparon los últimos aposentos vacíos de la pensión de doña Amorzinho. La transformaron en un repositorio de cultura jurídica, dando lugar y validez a las bromas de Aminthas acerca del Congreso de Doctores en Derecho.

La presencia simultánea de los tres cultores de las ciencias jurídicas en las calles de Agreste, aves raras en tierras del municipio desde hace muchos y muchos años —el único abogado que vivió en la ciudad fue el doctor Franklin; ejerció función pública, nunca practicó la abogacía—, puso en evidencia la abundancia de problemas provenientes de la simple posibilidad de la instalación, en una comuna pobre y atrasada, de industrias, contaminadoras o no. No existe industria que no sea contaminadora, pedazo de ignorante. ¿Vieron? ¡Ya empieza la discusión!

Las tierras se valorizaron enormemente, lo cual daba la razón a los que defienden el progreso a toda costa. No todas las del municipio, pero por lo menos las de las márgenes del río, próximas al cocotal de Mangue Seco, lugar previsto para la construcción del complejo industrial de la Brastanio. Esta especulación provenía de una ola de habladurías referidas al interés de varias y diferentes fábricas que transformarían en realidad ese polo industrial al cual se refirió Ascanio Trindade en el histórico discurso pronunciado el día de la inauguración de las mejoras de la Plaza do Cortume (Plaza Modesto Pires, la población no se habitúa a los nombres nuevos).

La discutida propiedad del cocotal, que había traído a la ciudad al ilustre doctor Marcolino Pitombo con el bastón de mango de oro, su astucia y su envolvente simpatía, también trajo al vanidoso doctor Baltazar Moreira y al galante doctor Gustavo Galvão, por quien suspiran todas las muchachas del lugar.

El doctor Baltazar Moreira, gordo, de respetable papada, voz grave, estampa arrogante, vino de Feira de Sant'Ana llamado por doña Carlota Antunes Alves —es como pasó a firmar, con el nombre completo. Quien dice doña Carlota quiere decir Modesto Pires, a quien se había asociado porque no tenía dinero para defender causa en la justicia—. La escuela Ruy Barbosa, donde aprenden las primeras letras los hijos de los ricos, le da lo necesario para vivir y la prudente profesora no está dispuesta a negociar su casa para pagar abogado. Algunos amigos le señalaron el ejemplo de Jarde y Josafá, quienes se deshicieron de tierras y rebaño; sin embargo, ella se mantuvo firme. Pero como Modesto Pires se lo propuso, se pusieron de acuerdo sobre

gastos y ganancias. En el caso de que hubiese ganancias, el usurero se quedaría con la mejor parte; a cambio, se haría cargo de los gastos. De cualquier manera, para doña Carlota, sería un buen negocio: aquellas tierras semianegadas del cocotal jamás le habían rendido ni un cobre. Ni siquiera sabía si tenía algún derecho sobre ellas. El doctor Franklin —agradecido a la paciente profesora, capaz de interesar a Bonaparte en el abc y en las tablas y de haberlo ayudado a tener esa caligrafía tan extraordinaria — fue quien se informó y le mostró la vetusta escritura. Si él no lo hubiese hecho, doña Carlota continuaría sin saberlo.

En cuanto al doctor Gustavo Galvão, procedente de Esplanada, joven y buen mozo, camisa sport, espaldas anchas, al poco tiempo de recibirse, desembarcó en compañía de Canuto Tavares y a su servicio, pues el competente mecánico y negligente telegrafista también desciende de Manuel Bezerra Antunes, para sorpresa general. Ni el doctor Franklin, que había hecho investigaciones en tomo a la familia de aquel célebre Antunes de la escritura, había pensado en Canuto Tavares.

Sin embargo era descendiente y de los buenos, en línea directa y doblemente, pues era fruto de la unión de Pedro Miranda (Antunes) Tavares con Deodora Antunes do Prado, primos entre sí, él fallecido, ella todavía viva. También tenía un hermano, gerente de una zapatería de la capital.

Y el esquivo Fidelio, también Antunes, con indiscutibles derechos, según el doctor Franklin, ¿también tiene abogado? En el incidente con Seixas, había dicho la verdad cuando afirmó que no tenía abogado. En cuanto al consejero, no lo necesitaba, pues ya lo tenía y excelente. Tal vez debido a la semejanza en gustos musicales y a la admiración que Fidelio tenía por la sarcástica inteligencia de Aminthas, éste era su predilecto entre los cinco amigos, diariamente juntos, desde hace muchos años. En el bar para los tacos, la cerveza o el trago de *cachaça*; en la pensión de Zuleika para las veladas con música, baile y mujeres. Asterio había desertado de este lugar después del casamiento; de vez en cuando, algún domingo a la tarde, cuando el vicio lo tienta, aparece a escondidas, para buscar unas nalgas en condiciones y traicionar a su mujer. ¿Realmente traicionar? Aunque sea contra su voluntad y principios, él sólo piensa en el traste de Elisa cuando en el burdel se descarga con otra.

Los mosqueteros de Agreste, así es como los había apodado doña Carmosina, lectora de Alejandro Dumas en su distante juventud; su primo Aminthas era Aramis, cínico y escéptico. Pero Fidelio sabe que, detrás de ese humor sarcástico, de sus permanentes dudas, encontrará al amigo leal que lo aconseja bien. Por eso se dirigió a él cuando tuvo el problema del apellido, que le hizo perder el sueño y un encuentro con Ritinha. Con ella el placer es doble pues es gordita y experta y al estar con ella Fidelio pone los cuernos al mismo tiempo a dos bobos: Chico Sobrinho y Lindolfo, uno se las da de noble y el otro de galán.

El problema se presentó exactamente cuando Seixas, exempleado de la Recaudadora, fue a buscarlo de parte de su jefe, Edmundo Ribeiro, con una propuesta. Sabiendo que era pobre, que ganaba un salario casi mínimo —si no tuviese

casa y comida en lo de la tía, el sueldo no le alcanzaría ni para las apuestas del billar, ni para las farras en la pensión de Zuleika—, incapaz de afrontar los gastos en la justicia, el recaudador le propone adquirir sus derechos de posesión, su parte en la herencia del cocotal. Siempre y cuando se confirmase el interés de la Brastanio en ese lugar, por supuesto. Deseoso de agradar a su benevolente jefe y camarada que le permitía horarios acomodados en la repartición, Seixas le había aconsejado a su amigo que aceptara el ofrecimiento, insistió y no entendía el porqué de la respuesta negativa. Después, al enterarse de la existencia de nuevos interesados (Modesto Pires y el doctor Caio Vilasboas; el primero proponía sociedad, el segundo compra inmediata, a precio bajo, pero al contado; una cosa compensa la otra), Seixas atribuyó el aparente desinterés de Fidelio —no quiero saber nada con ese asunto de la herencia —, a una hábil jugada para inducir a los demás a una disputa capaz de elevar las propuestas, lo cual lo dejaría en una posición de elegir después la más ventajosa. Seixas se ofendió: no le negaba el derecho de defender sus intereses y aprovechar las leyes de la oferta y la demanda. ¿Pero por qué ocultar el juego, no decir la verdad? Si lo hubiese hecho, Seixas no habría aparecido ante don Edmundo Ribeiro con una seca negativa y sí con la posibilidad de proseguir las negociaciones sobre otras bases. Como se ve, la provocación hecha en el bar no fue casual. Los gases de la Brastanio, hasta se infiltraban entre los Mosqueteros de Agreste, afectaban las relaciones de amistad nacidas en la infancia, solidificadas con el transcurso del tiempo.

Naturalmente introvertido, Fidelio no acostumbra hablar con nadie de sus problemas y al actuar así, siempre le había ido bien. Sin cantar glorias, iba ganando a los compañeros del billar, hasta tenía chance de ganar el torneo actual, arrebatar a Asterio el codiciado título de Taco de Oro. Sin jactarse de Don Juan, conseguía a las mejores; cuando los otros descubrían la bomba él ya la había acaparado, discretamente. Pero esta vez no pudo, tuvo que recurrir a Aminthas, expuso su drama al amigo. Lo fue a buscar a su casa, oyó en silencio parte de una cinta de rock, no lo dejó cambiar la cinta del grabador:

—Tengo que pedirte un consejo personal.

—Adelante.

—El otro día, en el bar, quisiste apostar con todo el mundo que esa fábrica nunca se va a establecer aquí. ¿Estás seguro o es sólo una broma? Dime la verdad.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Como tú sabes, tengo parte en el cocotal, por lo menos es lo que asegura el doctor Franklin que entiende de esas cosas. Parece que van a llevar el caso a la justicia: Josafá, doña Carlota y hasta Canuto Tavares. Cada uno tira para su lado. Yo no me meto, pero todos los días recibo propuestas para vender mi parte. Don Modesto no quiere comprar, quiere asociarse conmigo, ya está a medias con doña Carlota. Los que quieren comprar son don Edmundo Ribeiro y el doctor Caio, éste último pagaría al contado.

—¡Hum! ¡Hum! ¿Quieres saber qué es lo mejor? Explícame detalladamente…

—Lo que yo quiero saber es si esa fábrica de mierda va a venir a Mangue Seco o no. Tú dijiste que estabas seguro de que no.

—Ahora entiendo. Tú preguntas porque, si la fábrica se instala tienes la posibilidad de ganar un montón de plata si vendes tu parte directamente a la Brastanio, ¿correcto? —Con un gesto impide que Fidelio lo interrumpa—: Si no vienen, tú se lo vendes ahora al imbécil del doctor Caio, te guardas la plata y le dejas el terreno. Ni eso. Le dejas el derecho hipotético de su parte en el terreno. ¿Correcto? —Aminthas se sabe inteligente y le gusta demostrarlo.

—No, todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario? Ahora no entiendo nada.

—Si yo estuviese seguro, pero bien seguro, de que esa fábrica no se va a instalar nunca, como tú dijiste, vendería mi parte al doctor Caio y ese dinero ni tú sabes lo bien que me vendría. Pero, sin tener seguridad, no.

—¿Y por qué? ¿Esperando vender mejor, como yo te decía?

—No, no vendo de ninguna manera. No quiero que esa fábrica se instale aquí y arruine todo. —Toma aliento, no está habituado a hablar mucho—: Tú sabes que no nací aquí, nací en Río, pero vine desde pequeño, cuando volvió mi madre, viuda; el viejo murió allá, pobre. Él sólo pensaba en juntar plata para regresar, no tuvo tiempo. —Hizo una pausa, pensó en el padre, callado como él, desterrado en Río—: No quiero irme de acá, a no ser que sea de paseo. Tengo ganas de ir a Río, a São Paulo, de conocer el sur, si un día tuviera oportunidad. Ir y volver, para eso me serviría el dinero del doctor Caio. Pero prefiero perder cualquier fortuna antes que dejar que ningún hijo de puta acabe con la playa de Mangue Seco. Cuando estoy allá, no soy un pobre empleadito público, un mierda; me siento hombre y dueño del mundo.

Aminthas coloca un casette en el grabador, oye el sonido de una canción brasileña conocida: cuando un pescador se va, nunca sabe si va a volver, baja el volumen, la melodía persiste como fondo musical. ¿Estaría conmovido?

—Yo creo que esa fábrica jamás se va a instalar aquí. Para que eso sucediera, sería necesario que no hubiese otro lugar en Brasil que ofrezca mejores condiciones. Agreste no tiene nada, estarán obligados a hacer todo. Por eso creo que no vendrán. Pero, al mismo tiempo, tengo que convenir en que tal vez Agreste sea, por esas mismas razones, el único lugar de Brasil donde se les permita instalarse. Porque esa industria de titanio arrasa con todo, Fidelio. Osnar tiene razón: apesta. Apesta y pudre.

—Quiere decir…

—Si tú piensas como Osnar, no vendas, en vez de irte a pasear a Río, ve a lo de Zuleika que ahí también hay cosas para ver. Hay una novata, se llama Maria Inmaculada…

—Ya la probé. Es un tesoro.

Aminthas aumenta un poco el volumen del grabador, peces y mar, jangadas que enfrentan temporales.

—Dime, Fidelio, tú piensas así, ¿estás dispuesto?

—Pienso. Estoy.

—Entonces, mi viejo, vamos a cagarnos en todos los abogados y reventemos esa fábrica de mierda, oye…

Expuso su pensamiento, la idea se le había ocurrido al oír la frase de Fidelio sobre Mangue Seco, la melodía y los versos sobre el mar, fuente de vida, donde los hombres se elevan sobre los elementos. Fidelio escucha en silencio, cuando el amigo termina, sólo dice:

—Tú eres un genio, pero el comandante está en Mangue Seco…

—Hoy lo vi en el Areópago, estaba conversando con doña Carmosina.

—Entonces voy a hablar con él ya mismo.

Sale, satisfecho, pero hay un dejo de tristeza en su alegría, la sensación de quien va a perder la única oportunidad de realizar un proyecto preconcebido y acariciado en estricto sigilo, jamás revelado a nadie —ni doña Carmosina tenía conocimiento de él. Proyecto múltiple y por eso caro, fuera de cualquier posibilidad de concreción para quien recibe tan poca ganancia, poco más de un salario mínimo.

Se trata de un viaje al sur para conocer las grandes capitales, Salvador, Río de Janeiro, São Paulo, durante las vacaciones. Viaje de turismo pero con objetivos precisos; el primero y principal, la adquisición de una batería completa y un manual para aprender a tocarla. Quién sabe, tal vez algún día llegue a tocar tan bien como Xisto Bom de Som, yerno del coronel Artur da Tapitanga. Cuando el percusionista, del brazo de Celia y los dos vástagos, aparece de visita (en busca de plata), Fidelio no se mueve de la estancia. Una vez que el músico se quedó más tiempo y trajo la batería —un problema de marihuana había disuelto el conjunto ltapuã's Kings y el pistón y la guitarra fueron presos—, Xisto, después de darle algunas explicaciones, permitió que Fidelio probara el vistoso instrumental. «Tienes pasta, hombre», le dijo para animarlo. Con el platal que ofrecía el doctor Caio podría comprar una batería, traerla a Agreste y realizarse dando sentido a su vida, siendo alguien por fin.

Durante el viaje, podía asistir a un show de Vinicius, a otro de Caetano y Gil, sus ídolos. Y, para terminar, enterarse de ciertos detalles fantásticos pero inadmisibles de la célebre historia de la polaca de Osnar. Como se sabe, en Agreste, en Río y São Paulo sobran polacas dispuestas a hacer favores. Con el bolsillo abarrotado de dinero, Fidelio podrá deleitarse con una y, según parece, con más de una y desbancará a Osnar, se reirá de él cuando comience a contar las ventajas:

—Quien no se ha tirado a alguna polaca, no sabe nada de mujeres…

Invariable inicio de la narración, que concentraba la atención general. Si viajara, al volver sería diferente: Osnar contaría y Fidelio reiría para sus adentros.

DONDE SE PRONUNCIA LA PALABRA «¡ADELANTE!».

—La última información que recibimos es un poco pesimista.

La voz de Angelo Bardi no revela inquietud o temor. Aunque está acostumbrada a mandar, es afable y cordial, conserva un leve acento ítalo-paulista de hijo de inmigrantes nacido en Brasil. Mechones grises, buena figura, ni gordo ni flaco, cincuentón, aire sobrador, la figura de Angelo Bardi infunde confianza. Atento a sus palabras, Rosalvo Lucena, *Managerial Scienres Doctor*, a quien los diarios califican de audaz y victorioso empresario, parece un estudiante recién salido de la universidad. Angelo Bardi parece exactamente lo que es, un magnate.

Están sentados en una de las puntas de la gran mesa de reuniones, en el salón a prueba de sonidos, climatizado, en la sede de la Industria Brasileira de Titanio S. A. Además de ellos dos, está el doctor Mirko Stefano y, en la cabecera, como presidente, un señor de edad, con el pelo cortado al ras y mirada opaca.

El doctor Mirko abre la boca pero no habla, pues Bety pide permiso y entra seguida por el botones que lleva una bandeja con café, azúcar y otros tres tipos de edulcorantes, tazas y cucharas. Ella misma sirve, con gracia y desenvoltura, luce la sonrisa de quien está totalmente feliz por encontrarse entre aquellos señores. El de pelo cortado al ras descansa los ojos opacos en el busto altanero de la secretaria ejecutiva y en la larga línea de sus piernas.

Precedida por el botones, Bety se retira en silencio, siente en sus ancas el peso de la mirada opaca, cierra la puerta. Entonces el Magnífico Doctor traduce la frase. Suele suceder a un director de relaciones, públicas verse obligado a ejercer funciones de traductor; sobre todo cuando la reunión es de tal importancia que no admite la presencia de ningún extraño. Sólo los cuatro.

—No debemos impresionarnos demasiado. —Prosigue Angelo Bardi—. Sin duda, las resistencias que hay que vencer son grandes, los hombres vacilan. Sin embargo creo que, si persistimos, obtendremos el lugar deseado, el ideal. Tal vez…

El de la mirada opaca corta la frase con un gesto, mira al doctor Mirko. El Magnífico traduce, palabra por palabra. Así se lo había ordenado: palabra por palabra. Con otro gesto el magnate manda continuar. Director de relaciones públicas, victorioso empresario, magnate, patrón, ésa es la escala.

—Tal vez todas esas oposiciones no pasen de una tentativa para sacamos más dinero, si bien yo creo que realmente existe quien esté en contra. Sobre todo en el área estadual.

Espera que la frase sea traducida antes de proseguir: aunque sea en la suave voz de Mirko, le parece un idioma duro, áspero a los oídos latinos, viciados con la sonora plasticidad de la lengua italiana.

—Hace falta otro empujoncito bien fuerte. O sea: más dinero. Quiero creer que por fin alcanzaremos nuestro objetivo.

Mientras oye la traducción, el de la mirada opaca observa a los tres directores que tiene enfrente; uno por uno, una repentina luz de acero se enciende en sus pupilas. Pronuncia pocas palabras, el Magnífico Doctor traduce:

—Es imprescindible que sea donde decidimos.

¿Se pueden traducir golpes, pedradas, metrallas? La luz se extingue en la mirada opaca. Angelo Bardi vuelve a hablar:

—De acuerdo, y también lo creo. De cualquier manera debemos estar preparados para cualquier emergencia. Ya llegamos a la conclusión de que no nos interesa la zona de cacao. En cuanto a la región de la desembocadura del río Real, a pesar de los inconvenientes comprobados en los informes, de la falta de toda infraestructura…

El del pelo al ras vuelve a hacer un gesto, Bardi y Mirko obedecen, uno se calla, el otro retama la palabra, obediente y exacto. Rosalvo Lucena oye con tal expresión de inteligencia que parece entender inclusive la traducción alemana. El magnate de São Paulo retama la palabra:

—Yo decía que la región del río Real, a pesar de la falta de infraestructura, no puede ser dejada de lado. Ya nos dieron el OK, podemos instalar la fábrica, no hay mayores objeciones.

—Angelo Bardi —llegado de la nada, peor: llegado de Brás, había alcanzado el tope—, no es un hombre muy dotado para el estudio de idiomas. Además del italiano familiar, aprendido en casa, habla francés, ¿quién no? por lo menos los rudimentos, algún símil. A duras penas adquirió conocimientos de inglés; ¿cómo tratar con los americanos sin saber el idioma? Los gringos no hablan ningún otro, no necesitan; que los demás se esfuercen con la gramática. Angelo Bardi se había esforzado con la gramática y con una raquítica Miss Judy, la profesora ninfómana. No se preocupe, nunca aprenderá alemán. Sonríe al pensar que en breve tendrá que tratar con japoneses.

—Yo creo que debemos dar más importancia a esa perspectiva. Por dos motivos. Primero, por que tal vez debamos, en último caso, instalarnos en la desembocadura del río Real si es que no logramos ganar la otra batalla; segundo, por tratarse de un movimiento de divergencia de gran utilidad. Mientras hablan de Agreste, y son pocos los que lo hacen, olvidan, dejan en paz…

No termina la frase, ¿para qué? Mirko la completará en la traducción. Arembepe es una palabra tan bonita que hasta sería digna de un poema. Pero en la pronunciación del Von en la cabecera de la mesa suena inflexible. En las dos lenguas, el Magnífico Doctor pregunta a los tres directores:

—¿Eso significa que puedo poner en marcha mi propuesta?

Angelo Bardi responde por él y por Rosalvo Lucena, quien sonríe, mudo, y competente, en señal de aprobación.

—De parte nuestra, estamos de acuerdo. Pero la decisión final le cabe a él. Ese joven, ¿ya está en la ciudad?

—Desde ayer; en el mismo hotel que nosotros y Él.

—Se nota la letra mayúscula cuando el doctor Mirko Stefano pronuncia, respetuoso, el vocablo él. La voz vuelve a la normalidad:

—Un buen hotel es de mucha utilidad.

Después de oír, palabra por palabra la pregunta del Magnífico Doctor y la opinión de los dos directores brasileños, Él, el de pelo al ras y mirada opaca autoriza:

—¡Ia!

DONDE EL AUTOR, NO SATISFECHO CON SUS CRETINADAS HABITUALES, EXHIBE UNA NECIA VANIDAD.

No resisto a la emoción e interrumpo el relato para preguntar: ¿oyeron los señores lo que oí yo; en ese noble lenguaje? Áspero para los tímpanos delicados de Angelo Bardi, habituado a la *dolce vita*, pero armoniosa a los oídos de un autor inédito que lucha contra la tímida humanidad de perdidas aldeas, incultos campesinos, dudosos pescadores. Suena y resuena como una heroica clarinada wagneriana que impulsa a la conquista del mundo. Me atrevo a pensar que uno de los grandes de Europa, patrón multinacional, héroe de nuestros tiempos, bajó de la grandeza donde habitualmente reside y manda, para introducirse en las humildes páginas de este folletín. Habló poco, es cierto, pero oyó con atención. Lo poco que dijo fue definitorio, liquidó vacilaciones, aclaró dudas.

Perdónenme, necesito desahogarme: estas páginas están de fiesta, coronadas de honor y yo me siento realizado. Con un personaje de tal grandeza, no me va a faltar editor. Sobre todo si el gran hombre llegara a volver, en otro capítulo, con su soberbio cabello cortado al ras y la magnífica luz de su mirada opaca. Si sucediera, el editor hasta sería capaz de pagarme derechos de autor, no es que yo lo exija: me contento con ver el volumen en las vidrieras de las librerías. Con el corazón palpitante, banderas desplegadas, trompetas y clarines, yo lo reverencio y aguardo con ansia su retorno.

Interrumpí el relato con ese único objetivo: para comunicarles mi emoción, para que puedan participar de ella. Pero ya que interrumpí, aprovecho la oportunidad para responder a nuevas restricciones endilgadas a este ahora orgulloso folletín, por mi colega y amigo Fulvio D’Alambert.

Esta vez protesta por la ausencia de Tieta, cuya figura anda medio olvidada. Me olvido de que su nombre figura en el título, que ocupa la parte de arriba de la página; al abandonarla, dejo de lado una de las reglas elementales de la novelística. El personaje principal no puede ser relegado a segundo plano, según enseñanzas de Fulvio D’Alambert.

No soy culpable de la ausencia de Tieta, ella misma lo es. Mientras la discusión sobre la Brastanio saca chispas en Agreste, la ciudad se infesta de abogados, doña Carmosina recoge firmas en un patético memorial a las autoridades, donde protesta con vigor y pánico contra la instalación de una fábrica de dióxido de titanio en el municipio; cuando el comandante Darío al contrariar arraigados hábitos de verano abandona sus vacaciones en Mangue Seco para colaborar con la agente de Correos para convencer indecisos, Tieta se queda en la playa, en su mundo y entregada a la

lujuria. Palabra fuerte, es cierto, ¿pero qué otra emplear para caracterizar las relaciones ilícitas de la tía cuarentona (cuarenta y cuatro, falta poco para cincuenta) con el sobrino menor de edad?

Osnar afirma que todo ciudadano brasileño alcanza su mayoridad sexual a los trece años de edad, pero los discutibles valores morales del susodicho no deben prevalecer sobre los principios corrientes, cristianos y occidentales —además me dijeron que los orientales, si por orientales entendemos socialistas, son sumamente puritanos, no admiten tales libertinajes ni en las playas ni en la literatura. Como no tengo nada para contar sobre Tieta además de sus relaciones lúbricas y tiernas, voraces y líricas, la he dejado un tanto de lado pero no por eso dejó de ser citado su nombre pues, como constató el comandante, en todas las conversaciones se pregunta cuál es la posición asumida por doña Antonieta Esteves Cantarelli en el debate en torno a la instalación de la industria de titanio. Una vez más el comandante comprueba la importancia de la palabra y del gesto de Tieta para la vacilante mayoría. Al regresar a Mangue Seco, el bravo marino quiere hablar en serio con Tieta: mi buena amiga, venga a asumir su puesto en el combate, póngase al frente de la campaña para impedir el crimen.

Ésas son las explicaciones y las noticias, entérense. ¡Ah! no me refería a un (último, pero no final) reparo de Fulvio D'Alambert, crítico minucioso a quien no se le escapa nada. No perdona ni el menor descuido. Protesta por la descripción hecha en algunas páginas atrás sobre la llegada a Agreste del doctor Marcolino Pitombo. Al expresar el buen concepto manifestado por él sobre la «marineti» de Jairo, escribí que, atento al sonido de la radio rusa, había elogiado la firmeza de carácter del aparato, sin aclarar —ahí el error— el motivo de la alabanza. ¿.Cómo es ese carácter fuerte de la radio, capaz de merecer elogio y admiración del ilustre abogado, uno de los más doctos personajes de este folletín? Según la opinión de Fulvio D'Alambert, dejé al lector en el aire, sin información.

Para que la reprimenda deje de serlo, aquí va la aclaración. Cuando el viejo jurisconsulto supo que la radio era de fabricación soviética, *made in URSS*, una curiosa coincidencia despertó su atención. Al retransmitir canciones de países del Tercer Mundo, latinoamericanas, brasileñas, sambas, tangos, boleros, rumbas, batuques, guaranias, el aparato lo hacía con relativa limpidez y sonoridad. Sin embargo, cuando se trataba de melodías francesas, alemanas, italianas, inglesas, de naciones desarrolladas, el sonido empeoraba notoriamente. Se tornaba ininteligible, se transformaba en un barullo que lastimaba los oídos, intolerable estática, en momentos en que las estaciones de radio se obstinaban en la difusión de los modernos rocks norteamericanos o de cualquier otro sonido proveniente de los Estados Unidos.

Desterrada del interior de Bahía, cuando cruzaba el polvoriento camino de baches y pedregullo, a servicio de la última «marineti» del universo, se mantenía fiel a los rígidos principios antiimperialistas. Inclusive demostraba, si tenemos en cuenta la

actual contingencia política del mundo, un riguroso sectarismo.

Pero qué perfección de sonido, qué nitidez, qué transparencia demostró cuando una estación de Ilhéus difundió, en el programa «Canciones inolvidables», la canción titulada *Ojos Negros*. Popular melodía rusa —por si no lo saben, se los digo—, llegó a las entrañas del aparato, le recordó su nacionalidad, lo transportó nuevamente a la romántica nostalgia de las estepas. Más límpido que cualquier sonido estereofónico, la radio soviética resuena: alta y pura en el agreste interior de Bahía— ¡indomable carácter!

EPISODIO INICIAL DE LA ESTADÍA DE ASCANIO TRINDADE EN LA CAPITAL, O DE LA FORMACIÓN DE UN DIRIGENTE AL SERVICIO DEL PROGRESO: PISCINA, CENTRO INDUSTRIAL Y Patricia, LLAMADA PAT.

SóLO después de tres días de estadía en la capital, con motivo de la última conversación con el Magnífico Doctor, cuando un cierto calor humano se hizo presente por entre los efluvios del coñac, Ascanio Trindade dejó de sentirse incómodo y poseído por una vaga impresión de dependencia, como si no se encontrara en plena posesión de su libertad. Era una sensación medio indefinible y sin razón aparente, tal vez debida al ambiente completamente extraño para él. De súbito, era huésped de un hotel de lujo, convivía con personas de un mundo desconocido, desconcertante y envolvente, con el cual jamás había mantenido ninguna especie de contacto.

El primer día pensó que el doctor Mirko Stefano lo había hecho ir con tanta urgencia sólo para ofrecerle copas y muchachas en la orilla de la piscina. Descendió del jeep por la noche, más fatigado tal vez de las anécdotas del ingeniero Quarantini que de la movida travesía. Sin duda para cumplir órdenes anteriores, el chofer lo condujo a un gran hotel, donde le entregaron un mensaje del Magnífico Doctor: ocupe los aposentos reservados a su nombre, mañana nos veremos.

Realmente se encontraron, pasado mediodía, cuando Ascanio ya se preparaba para ir a almorzar, después de haberse quedado toda la mañana esperando, primero en el cuarto, con la expectativa del teléfono; después, cuando se paseaba por el hall y sus inmediaciones: admiró las *boutiques*, la galería de arte y antigüedades, los tapices de Genaro, el panel de cerámica de Carybé, esculturas en fibra de vidrio de Mário Cravo, los turistas de bermudas y camisas floreadas; arriesgó algunas miraditas al bar y a la piscina, donde lindas mujeres en provocativos dos piezas, tomaban baños de sol mientras exhibían sus exuberantes cuerpos.

Vio al Magnífico Doctor cuando éste bajaba de uno de los dos imponentes automóviles negros hacia los cuales se precipitaron botones y porteros, disputándose equipajes y propinas. Bajaron otros tres pasajeros que desaparecieron como por encanto con portafolios y valijas, en uno de los ascensores. El doctor Mirko permaneció en el hall y cuando se iba a la recepción vio a Ascanio. Se dirigió a él de

brazos abiertos, efusivo y le pidió disculpas por haberlo abandonado:

—Ha sido un día terrible. El aeropuerto de São Paulo cerrado, el avión sólo pudo salir después de las nueve, o sea, a la hora en que debía aterrizar aquí. Ven conmigo.

Mientras caminaba, el Magnífico estrechaba manos, saludaba con gestos y decía una palabra a éste o a aquél. Cuando llegaron al borde de la piscina, tres individuos los acompañaban. Uno de ellos, bizco, preguntó con un susurro de conspirador:

—¿Quién llegó?

—El doctor Bardi.

—¿Solo? ¿Y los otros quiénes son? Vi un grupo en la recepción.

Mentira, pues los viajeros no se habían detenido en la recepción, se metieron directamente en el ascensor, Ascanio los acompañó con la vista desde que bajaron del automóvil. El Magnífico Doctor sonrió hacia el macaneador, le pasó la mano por la cara, con suavidad, en un gesto casi femenino:

—Indiscretito…

Todas las muchachas —por lo menos un cierto número que se zambullían o estaban expuestas al sol, eran propiedad del Magnífico Doctor (o de la Brastanio, nadie puede ser poderoso al punto de poseer tan variada colección de *vedettes*; tal vez una gran empresa). Se precipitaron hacia la mesa que había ocupado. Los tres seguidores contemplaron a Ascanio, curiosos, a la espera de quién sabe qué presentación o noticia, pero como el doctor Mirko se olvidó o se hizo el olvidado, se entregaron en seguida a tareas más agradables: whisky y mujeres. Bebían con valentía, piropeaban con rudeza, de manera grosera, descortés, según la opinión de Ascanio. Los tres eran periodistas, lo supo después por el Magnífico. Pero a las muchachas les gustaban las palabrotas y las propuestas realistas.

El encuentro duró poco, el doctor se levantó, ocupadísimo y lo dejó con los tres voraces, una nueva botella casi llena y el mujerío.

—Mañana o pasado tendré noticias para ustedes. Antes, ni una palabra. No llegó nadie, reina la paz en la City y en Wall Street.

—¿Y si *A Tarde* da una primicia? —pregunta el bizco.

—Mejor, así tendrán noticia y desmentida.

Tomó a Ascanio del brazo, lo arrastró consigo hasta los ascensores. Una de las muchachas los acompañó, en respuesta a un gesto suyo.

—Hoy estaré ocupado durante toda la tarde. A ti te lo puedo decir: reunión decisiva de la dirección. Sólo al anochecer, antes de la comida, podré verte para hablar. Pero te voy a dejar en buenas manos. Patricia va a estar a tus órdenes, va a hacer de secretaria y chofer. Pasea y diviértete. Antes de comer conversaremos. —Desde la puerta del ascensor se dirigió a la muchacha—: Cuídalo con cariño, Pat. Un día te vas a sentir orgullosa por haberlo acompañado, por haber sido su cicerone.

Patricia sonrió y tomó posesión de Ascanio:

—Almorzaremos aquí en el hotel, ¿o quieres ir a un restaurante? Me voy a poner el caftán y vuelvo en un segundo.

Patricia también era rubia pero no se parecía a Leonora. El verso del trigal maduro no se puede aplicar a su pelo, Barbozinha no la compararía con una sílfide. Es bonita, es cierto, pero no tiene esa belleza única, incomparable, aquella distinción que denota clase y familia, hija de un padre millonario y comendador del Papa, nacida en cuna de oro, educada en los mejores colegios, flor de la alta sociedad paulista. Elegancia y fineza que no se revela sólo en el buen gusto de los vestidos sino también en cada gesto, en la delicadeza, en el recato, en la infinita gracia. En la belleza llamativa de Patricia hay un no sé qué de vulgaridad y su innegable gentileza transparenta un vestigio de servicio prestado, un toque profesional.

Después del almuerzo, en el lujoso restaurante del hotel. Patricia lo dejó para que descansara, y además ella tenía un compromiso. Pero volvería a las tres para llevarlo a pasear o a hacer compras, conforme decidiera.

En el auto dirigido por Patricia, Ascanio recorrió la ciudad en la cual no ponía los pies desde hace más de siete años, ahora cortada por nuevas avenidas, que se extienden por la orilla marítima, pululante de movimiento, duplicada de habitantes. Había cambiado mucho en estos años, se había transformado. ¿Dónde estaba la vieja urbe pachorrienta de sus tiempos de universitario, que vivía de las glorias del pasado, de la tradición de ciudad histórica, célula mater, cuna de la nacionalidad y otras retóricas, capital de un Estado de atrasada economía agropecuaria? Al definir el estancamiento la decadencia de Bahía, Máximo Lima vociferaba en la Facultad:

—Ni siquiera tiene una fábrica de cerveza y dentro de poco no tendrá ni ruinas antiguas para mostrar.

Necesitaba ver a Máximo antes de regresar, comentar con él la transformación que alcanzaría, ahora, el lejano municipio de Sant’Ana do Agreste. Para eso había ido, para la gran decisión.

Motu proprio, u obedeciendo órdenes, después de haber recorrido las nuevas avenidas, Patricia se dirigió a la ruta que conducía al Centro Industrial de Aratu, la tan comentada empresa señalada como ejemplo debido a la infraestructura establecida en base a estudios de especialistas, planificada bajo la dirección de Sérgio Bernardes, nombre famoso. Una inmensa obra, donde algunas industrias recién instaladas comenzaban a producir, mientras muchas otras, en vías de instalación levantaban bloques de fábricas.

En la víspera, Ascanio había pasado por ahí en el jeep pero con la oscuridad y el silencio de la noche, las grandes chimeneas y las estructuras de los edificios eran sólo bultos imprecisos. Ahora las veía, las chimeneas echaban humo, las estructuras crecían a ritmo acelerado, se oía un barullo de batalla. En la extensión de muchos kilómetros, enormes carteles de las empresas anunciaban los productos que son o en breve serán manufacturados en el centro industrial de Aratu. Máquinas ciclópeas y centenas de hombres remueven toneladas de tierra en las excavaciones, levantan paredes de ladrillos y hormigón, sueldan y funden metales brillantes.

El auto paró a un costado de la ruta. Ascanio, boquiabierto, sintió la presión de la

pierna de Patricia contra la suya, desvió la vista de las chimeneas. La muchacha sonreía:

—Más adelante, en el camino que va a Camaçari, es donde estará la petroquímica. Un coloso, ¿no? —Era más una afirmación que una pregunta.

Ascanio se volvió hacia ella, con los ojos brillantes de entusiasmo, Patricia le ofreció su boca. Al besarla, era como si lo hiciera con la nueva Bahía.

Volvieron por la orilla marítima. Ante la belleza del mar y de las playas, en terrenos anteriormente descampados, se sucedían hoteles, restaurantes, bares, *boîtes*, clubes, residencias fastuosas y modernísimas, un panorama nuevo y suntuoso. Pararon en un bar. Alegre y sedienta, Patricia pidió una cerveza —de fabricación bahiana con *know-how* danés, la mejor del mundo, aclaró la informada cicerone—, compró cigarrillos americanos. Cuando Ascanio quiso sacar la billetera para pagar el pequeño gasto, ella ya extendía un billete al mozo, sin dar importancia a las protestas del joven herido en su amor propio masculino:

—No seas machista, nene, eso pasó de moda y además quien paga es la Brastanio.

Anduvieron hasta la playa, se sentaron en la arena, se besaron.

—Eres un amor, nene.

Antes de comer, se produjo el anunciado contacto con el doctor Mirko Stefano, Rápido y telefónico, pero sumamente cordial. El Magnífico continuaba ocupadísimo, *pardon, mon cher ami*, no podría encontrarse con Ascanio hasta el día siguiente, mientras tanto Pat se ocuparía de él. Quiso saber cómo había transcurrido la tarde. Ascanio le contó la ida al Centro Industrial, el impacto:

—¡Grandioso! Ya sabía que era una importante realización, pero superó en mucho mi expectativa. ¡Es admirable!

—¿No es cierto? Hasta hace poco todo aquello no pasaba de un matorral abandonado. Peor que las playas de Agreste. ¿Te imaginas cómo será el cocotal de Mangue Seco dentro de poco? Bueno, que te diviertas, porque mañana tendremos mucho que hacer. Te espero en el hall a las diez de la mañana en punto, quiero presentarte a algunos amigos.

Patricia dejó a Ascanio en la puerta del hotel, fue hasta su casa a cambiarse de ropa, saldrían a comer afuera. Llegó tan chic, al punto que él se sintió un poco embarazado en su usado y mal cortado traje azul, obra de don Miguel Rosinha que corta y cose los sacos y pantalones del coronel Artur da Tapitanga hace más de cuarenta años. Antes de salir, Patricia le avisó que no se preocupara por ningún gasto, todos corrían por cuenta de la Brastanio. Comieron en un restaurante de la costa, después ella propuso una *boîte*, donde bailaron mejilla a mejilla hasta después de medianoche. Las cuentas lo asombraron. Si le hubiera tocado pagar, no tendría dinero suficiente, pasaría vergüenza.

Luego de estacionar el auto en la vereda del hotel, Patricia subió en el ascensor junto con Ascanio; una vez en el cuarto le pidió que le bajara el cierre del vestido (largo, color verde malva con puntillas blancas). Surgió desnudita pues el tapasexo no

tapaba nada. Tenía un lunar en la parte de arriba de una pierna.

Después de la ducha, Pat lo esperó en la cama. Por cuenta de la Brastanio, pensó el aprendiz de dirigente.

DE LA CAMPAÑA DE FIRMAS Y DEL PERJUICIO QUE PROVOCA LA AUSENCIA DE TIETA.

El memorial dirigido por doña Carmosina con la asistencia crítica pero útil de Aminthas, recoge cierto número de firmas, muy inferior sin embargo a lo previsto y deseado por los promotores de la iniciativa. El comandante Darío llegó especialmente de Mangue Seco, para ayudar, salió por las calles con la lista en la mano, puso en juego el prestigio y la simpatía que lo rodean. Su presencia influye en la adhesión de personas antes indiferentes al problema: oyeron hablar del asunto sin concederle mayor importancia. Escuchan la explicación del ilustre coterráneo, portador de galones y aceptan el bolígrafo:

—Si el comandante lo pide, no me niego.

Sin embargo, muchos se niegan, desaparecen cuando él se aproxima. Enterados del polémico significado de esas hojas de papel, se hacen humo a la vista del comandante o directamente se niegan a firmar, por estar convencidos de las ventajas provenientes de la instalación de una gran fábrica en las cercanías de la ciudad, en tierras del municipio. Los argumentos sobre las maléficas consecuencias de la contaminación no los inmutan ni conmueven. No saben todavía de qué manera, pero esperan obtener beneficios, cualquier tipo de ganancia con la llegada de la Brastanio; la palabra progreso significa mejorar de vida.

No obstante, la gran mayoría, está compuesta por indecisos que se retraen. Las duras frases del memorial donde predominan palabras terribles —podredumbre, crimen y muerte— son leídas, releídas, analizadas. Se suceden las preguntas:

—¿Será así? En los diarios que están en la Municipalidad se lee algo muy distinto.

El comandante argumenta, educado y paciente. En la Agencia de Correos, doña Carmosina estalla con facilidad cuando encuentra resistencia, miradas de duda, interrogaciones:

—¿Quieren vivir en la podredumbre, en el chiquero? Pues vivan.

—No es eso, doña Carmosina, no se exalte. Es que algunos dicen una cosa, otros la niegan. Usted es instruida, sabe lo que dice. El comandante, que tiene mundo, dice lo mismo. En cambio Ascanio, de quien nadie puede negar que es un devoto de Agreste y que no querría nada malo para aquí, dice lo contrario. Don Modesto Pires, también. Doña Carlota, maestra de niños, de ésa ni hablemos. Se enfurece, igual que usted.

Tanto el comandante como doña Carmosina oyen, en boca de los indecisos, la misma y repetida declaración:

—Qué sé yo… Si por lo menos supiese qué es lo que piensa doña Antonieta sobre todo esto… Ella es una persona competente, lo que ella piensa, debe de ser lo correcto.

No se gana nada cuando doña Carmosina les asegura cuál es la posición de Tieta, el comandante Darío se declara conocedor del pensamiento de la viuda paulista, acaba de llegar de Mangue Seco donde ella es su huésped. Quieren oírlo de su boca:

—Ella no dijo nada todavía. Voy a esperar su opinión.

En la agencia de Correos, los dos principales líderes de la campaña hacen un balance del trabajo, cuentan las firmas recogidas; el número les parece insuficiente prueba de la afirmación contenida en el memorial: todo el pueblo de Agreste repudia la pretensión de la execrable industria de dióxido de titanio. Se sienten un poco desanimados.

La idea del memorial fue de doña Carmosina, partidaria de la acción. La conversación o los murales no conducen a nada. Aminthas, a pesar de su escepticismo habitual, aprobó y colaboró en la redacción. El comandante se entusiasmó, hizo cálculos, sacó conclusiones. Si por lo menos juntara mil firmas entre los nueve mil habitantes del municipio, teniendo en cuenta las criaturas y la inmensa mayoría de analfabetos, se podría decir que casi la totalidad de las personas capaces de reflexionar sobre el problema había tomado posición contra la Brastanio. Pero habían recolectado poco más de un centenar de nombres, después de un fatigoso trabajo. Pocos nombres importantes. Los comerciantes se reservan por prever buenos negocios con la instalación de la fábrica. El padre Mariano se declara neutral, las funciones de párroco no le permiten tomar partido en un asunto tan delicado.

Pero él mismo preguntó:

—No veo la firma de doña Antonieta Cantarelli. Es la de ella la que debe encabezar la lista, si es que el comandante quiere que el pueblo firme.

Barbozinha compone poema tras poema, ya posee material para un libro que quiere publicar en la capital, *Poemas de la maldición*, escribe cartas a Giovanni Guimaraes, pero como recolector de firmas es un fracaso. En cambio, doña Milu es de notable eficiencia, hasta ahora tiene el record de la colecta. Es un aliado imprevisto, Osnar se queda de guardia en el boliche, hace un esfuerzo. Todo eso suma sólo ciento dieciséis nombres, treinta y siete obtenidos por doña Milu. Para los mil previstos, una derrota. El comandante sacude la cabeza, preocupado:

—Qué sé yo, mi buena Carmosina… o Tieta se decide a tomar las riendas o no llegaremos muy lejos. Mañana vuelvo a Mangue Seco, voy a tratar de convencerla para que venga a ayudamos. No va a ser fácil: el Corral está listo, ella quiere disfrutar un poco de la casa que tanto trabajo le dio y que tanto dinero le costó. Inclusive me encargó que llevara a su hijastra conmigo. Mañana temprano me voy con Laura y Leonora, voy a suplicarle a Tieta que venga aunque sea por unos días y diga a todo el mundo, desparrame por toda la ciudad, que está en contra de la fábrica, que si la Brastanio se instala en Mangue Seco, nunca más pondrá los pies aquí.

Doña Carmosina está de acuerdo, el éxito de la campaña depende de Tieta.

—El domingo caigo por allí para reforzar el pedido. Pienso que entre los dos lo vamos a conseguir.

—Es lamentable. Hay tantos abogados aquí, y la notaría está tan llena de gente, que todo el mundo cree que se va a llenar de plata con la Brastanio. Hasta en Tocinha subió el precio de la tierra, imagínate.

—Estuve pensando en esa historia de abogados y herederos del cocotal y llegué a la conclusión de que tiene un lado bueno: mientras pelean, la fábrica no tiene dónde instalarse. Hasta que el caso se resuelva…

—No te ilusiones, mi buena Carmosina, esos abogados van a firmar un acuerdo en seguida, en seguida, ya vas a ver. Los herederos se unen y encargan a Modesto Pires (que es el más vivo de todos los que están metidos en esto), que negocie la venta del cocotal con la Brastanio. Y no podremos hacer nada…

—En ese caso, ni Tieta…

En la puerta de la agencia aparece la figura tímida de Fidelio. A él ni le habían pedido que firmara el memorial, pues saben que es uno de los herederos de las tierras donde la Compañía Brasileña de Titanio S. A. piensa instalar su industria, uno de los que tienen posibilidad real de ganar dinero.

—Buenas tardes, doña Carmosina. Buenas tardes, comandante. Quería cambiar unas palabras con usted.

—Si es algo privado, me voy adentro —declara Carmosina, muerta de curiosidad.

—Privado es, pero no para usted. —Debía haber pedido a Aminthas que lo acompañara. Callado por naturaleza, ¿cómo se las arreglan para exponer un asunto tan complicado? No vaya el comandante a ofenderse—: Es sobre esa historia del cocotal, en la cual estoy metido, soy uno de los herederos, creo que usted lo sabe.

Doña Carmosina se inclina sobre el mostrador para oír todo.

SEGUNDO EPISODIO DE LA ESTADÍA DE ASCANIO TRINDADE EN LA CAPITAL, O DE LA FORMACIÓN DE UN DIRIGENTE AL SERVICIO DEL PROGRESO: AMBICIÓN, IDEALISMO, WHISKY Y NILSA, LA DE LOS PECHOS GRANDES.

Desde las nueve y media Ascanio estuvo listo, al acecho. Se acerca cuando el grupo sale del ascensor. Apurado, uno de los señores pasa por delante de él, desaparece en uno de los dos automóviles negros. Ascanio jamás llegó a saber quién era, si era o no director de la Brastanio, sólo pudo notar, por casualidad, el pelo cortado al ras, como se usaba hace mucho. El doctor Mirko Stefano le presenta a los otros dos, ahí mismo, de pie. La ceremonia sólo dura un instante pues están con el tiempo justo para ir al aeropuerto.

—El doctor Angelo Bardi, nuestro Director-presidente.

El magnate —evidentemente era un magnate— extiende la mano, esboza una sonrisa:

—¿Es éste nuestro hombre? Muy bien. —La sonrisa se amplía, en señal de aprobación, recomienda al Magnífico—: Encárguese de que no le falte nada, resuelva los problemas pendientes y el de las elecciones. Ayer hablé por teléfono a São Paulo. Y, en este momento, el presidente del Tribunal Electoral ya debe de haber recibido un telegrama. —Nuevamente aprieta la mano de Ascanio—: Mucho gusto, que lo pase bien.

El otro, todavía joven —el doctor Rosalvo Lucena, también director, un cráneo, según el doctor Mirko— queda en verlo con más tiempo cuando vuelva del aeropuerto, hacia donde parten todos, incluso el doctor Mirko. Ascanio los acompaña hasta la puerta, asiste a la partida de los dos majestuosos automóviles negros.

Otra vez se encuentra en el suntuoso hall, sin saber qué hacer. Los turistas salen a visitar iglesias, el Pelourinho, gastar dinero en el Mercado Modelo; bandos parlanchines y eufóricos, viejas espantosas, ancianos artríticos, balzaquianas indóciles, muchachas deslumbradas. Ascanio se deja caer en uno de esos inmensos sillones de cuero, se dedica a la lectura de un folleto de propaganda del hotel impreso en cinco lenguas, se entera que el *design* de ese sillón y de los demás muebles fue concebido, por encargo y con exclusividad, por Lew Smarchewski —no sabe quién es pero el nombre del artista y la palabra design lo impresionan—. Mira a su alrededor, se mete el folleto en el bolsillo, piensa exhibirlo en el Areópago. Últimamente ha ido poco a la Agencia de Correos. ¿Para qué? ¿Para oír las insolencias de doña Carmosina? Está por extender la mano para tomar un diario cuando aparece Patricia —lo había dejado a eso de las ocho, después del desayuno y la ducha—, colgada del brazo de uno de los tres fulanos que, en la víspera, estuvieron parloteando con el Magnífico en la piscina. Esta vez hubo presentaciones:

—El doctor Ascanio Trindade, un amigo del doctor Mirko. Ismael Julião, el temido columnista de las grandes primicias, nadie puede con él. —Declama, alegre, concluye seria—: Mi novio.

Mientras Ascanio estrecha la mano del joven se pega un susto. ¿Novio? Seguro que se trata de una broma de la muchacha, pero Pat, muy romántica, apoya la cabeza en el hombro del periodista de barba por afeitar, juega con los dedos en su cabellera despeinada y, como si adivinase la duda de Ascanio, comunica:

—Nos vamos a casar más o menos dentro de un mes.

—Dos, mi amor. Después del carnaval. —Ismael advierte—: Luna de miel y carnaval al mismo tiempo no se puede.

—En carnaval, cada cual por su lado. —Pat está de acuerdo—: Él es de los Internacionales, yo soy del Bloco do Jacu.

Ascanio no entiende el chiste ni ella se lo explica: en compensación invita:

—Ponte un traje de baño y ven a la piscina a hacer relax con nosotros. El doctor Mirko no va a llegar antes del mediodía, eso si viene directamente del aeropuerto para aquí. Con él, nunca se sabe.

—*Je suis l'imprévisible*! —El periodista imita la voz afectada del director de

relaciones públicas.

—Es que yo no he traído traje de baño. —Ascanio trata de zafarse de la invitación.

—Eso no es problema, aquí los alquilan. Ven conmigo, voy a mostrarte. —Guiña un ojo al novio—: Te veo en el trampolín, querido.

—¿En serio es tu novio? —Ascanio todavía imagina que es víctima de una broma.

—¿Por qué habría de ser mentira? Ya tengo el vestido de novia, regalo del Magnífico. Lo traje de Río, de Laís Modas, ¡es increíble! La guirnalda está hecha a todo lujo, ¡hay que verla!

—¡Velo y guirnalda! —La exclamación, nacida del espanto, sale sin querer.

Pat se ríe, de buen humor:

—Velo, guirnalda de azahares, al compás de la Marcha nupcial, ¡me encanta! Tú eres un atrasado, nene, un prejuicioso. Prejuicioso pero pintón, muy pintón. Ismael también lo es, ¿no te parece? Es un pedazo de mulato, de esos que no se encuentran muchos, ¿no? —Se muerde un labio al elogiar los predicados físicos del joven—: Y tiene ideas de avanzada, no es un anticuado como tú. Estamos en 1966, nene. ¿O es que la noticia no llegó a tu tierra? Necesitas actualizar tu calendario.

En la piscina, como buen nadador, salta del trampolín y se zambulle. Se distrae en compañía de Patricia e Ismael, los novios del año, ocupados en la elección navideña de Dorian Gray Junior, el astuto cronista social. La joven tenía razón, estaba necesitando un buen relax, se sentía muy tenso e inseguro desde que llegó a la puerta del hotel en el jeep. De a poco, empieza a sentirse a gusto, cómodo. Ahí, es como si todos se conocieran desde hace mucho tiempo. Participa de un grupo que juega con una enorme pelota de plástico, conversa con una pareja de jóvenes cariocas encantados con Bahía, cambia impresiones con extraños; a veces no entiende ciertas locuciones, frases enteras, pero nadie se da cuenta, lo tratan de igual a igual, él forma parte de ese mundo en vacaciones, muchacho rico y simpático.

Ismael sale del agua, va a tenderse en una *chaise-longue*. Patricia nada alrededor de Ascanio, lo provoca, trata de hundirlo, lo obliga a zambullirse, lo agarra por los hombros y por las piernas, se le monta en el pescuezo, se entrelaza a su cuerpo, se zambulle bajo su vientre. Mañana agradable.

—El doctor Mirko ya llegó. Con el doctor Lucena. —Avisa Pat.

Ismael Julião se levanta, va a saludarlos, se sirve un whisky doble, vuelve a la piscina, con el vaso en la mano. Patricia lo recibe, como corresponde a una novia tierna. Ascanio corre a cambiarse de ropa, vuelve con saco y corbata. Ante un gesto del Magnífico, toma lugar en la mesa.

Rosalvo Lucena, cuyos títulos universitarios y empresariales le habían sido soplados a Ascanio dentro del agua, pues informar es deber de Pat, conquista a Ascanio Trindade. Frente al tecnócrata, cuya fisonomía desborda seguridad y fuerza, casi tan joven como él y sin embargo empresario emprendedor y arrojado, Ascanio se

siente un don nadie. El relax obtenido en la piscina desaparece, nuevamente se encuentra tenso e inseguro. Ése sí que era un líder, un vencedor, digno de la mano de Leonora Cantarelli, para eso tenía méritos, títulos y puestos. Títulos en latín y en inglés, a los treinta años era director de la Compañía Brasileña de Titanio S. A., ¡un portento! A pesar de la diferencia de *status* que los separa, Rosalvo Lucena lo trata con cordialidad y consideración, amable e interesado:

—Mirko me habló muy bien de usted, se refirió a su lucha en pro del progreso del municipio de Agreste. Espero que podamos intervenir eficazmente para que sus ideas se transformen en realidad. Yo me ocupo de los problemas técnicos y económicos relativos a la instalación de nuestras dos fábricas integradas, dentro de poco iré a conocer su ciudad y la playa tan famosa, cerca de la cual, según todo lo indica, se levantará nuestro complejo industrial. En este momento debe de estar por llegar allá un equipo con objetivos precisos. Pasamos de la etapa de estudios a la de la implantación del proyecto.

—¿Van a llegar hoy?

—Salieron esta mañana, en dos lanchas grandes y veloces. Si todavía no llegaron, deben de estar por hacerlo. Llevan todo el material necesario para acampar durante algunos días en la playa, cuantos sean necesarios. Van a resolver todos los problemas relativos a la localización no sólo de la fábrica sino también de las residencias del personal técnico y administrativo y de la villa obrera. Es una gran inversión, mi querido. Es necesario elegir el lugar ideal. Parece que es ése donde hay una especie de lago y un riacho, más o menos en el centro del cocotal. —Sonríe, contento de sí—: Nunca estuve ahí pero es como si hubiese nacido en ese lugar, sé todo sobre Agreste y Mangue Seco, incluido el contrabando. Uno de los puestos más antiguos de contrabando del Nordeste. Queremos trabajar en estrecha colaboración con usted y las demás autoridades del municipio.

—Tendrán todo el apoyo de mi parte. La instalación de la Brastanio en Mangue Seco será la redención de Agreste.

La frase merece el aplauso del Magnífico Doctor:

—*Wonderful! Fine! Une trouvaille*! Hasta parece una frase dicha por mí. No la olvide, mi querido, dentro de poco va a tener que repetirla.

—Sí, esperamos ser útiles a su región. Pensamos dar el mayor apoyo, en todos los sentidos, a las iniciativas que usted tome para levantar la economía y la cultura de Agreste. Desgraciadamente subsisten en Brasil grandes desniveles regionales, perduran islas de pobreza y atraso. Necesitamos modificar rápidamente ese panorama, liquidar tales diferencias que dificultan el desarrollo del país. —Golpea con una mano la pierna de Ascanio en un gesto amigable—: Hombres como usted son valiosos para la comunidad. Nuestra obligación de idealistas es darles todo el apoyo que necesiten. Porque usted también es un idealista y tenemos un ideal en común: el progreso.

Expresa esas consideraciones brillantes, casi un discurso, con naturalidad, en tono

de conversación, pero de conversación convincente, al mismo tiempo que atiende a una rubia y a una morena, ambas de bikini, cada cual sentada sobre los anchos brazos de la cómoda silla de diseño moderno, *design* igualmente del citado Lew—. La voz modulada y segura, la pronunciación clara, sin vacilaciones, no se modifica ni siquiera al protestar con el mozo por la calidad del whisky contenido en una botella original de tonos verdes, con bajorrelieves. Luego de servirse y probar, Rosalvo Lucena deja escapar su educada pero viva indignación: ¡whisky falsificado! ¡qué horror! Llama la atención al Magnífico: siempre pasa lo mismo: la bebida servida en botella de cristal, semejando una escultura, bella y anónima, jamás es buena, es un torpe engaño. Entre sus muchas habilidades, el joven tecnócrata incluye el profundo conocimiento de ese sublime licor escocés, el único y verdadero néctar de los dioses, según su opinión. La cual no es compartida por el doctor Mirko: le gusta el whisky, pero prefiere un vino francés de calidad, no hay nada comparado a un buen champagne. ¿Cuál es la opinión del amigo Ascanio? No tiene opinión formada, poco sabe de whisky, menos todavía de champagne. Rosalvo Lucena devuelve al mozo el vaso lleno y la botella verde:

—Tire esa porquería, compañero, traiga otro vaso. Y sobre la botella, dígale al barman que la guarde para un borracho cualquiera, que no sepa distinguir whisky verdadero del falsificado. Quiero scotch, no ese vomitivo. Tráigame una botella de Chivas, cerrada, para examinar y abrirla aquí. Y dígale que me voy a quejar al *maître* por esa falta de respeto.

La tranquilidad y la desenvoltura con que Rosalvo habla sobre el desarrollo del país y repudia el whisky falsificado, llenan de admiración a Ascanio, que culmina cuando lo oye comentar:

—Fíjate, Mirko, con qué placer tu amigo Ismael saborea esa porquería, ése tiene estómago para todo. ¡Repugnante!

Estómago y cabeza, piensa Ascanio, cornudo antes de casarse; consciente, sin duda, de los deslices de la novia; quién sabe, tal vez esté de acuerdo. Más que repugnante, ¡abyecto!

El barman llega afligido, en la mano tiene la botella pedida, en la boca disculpas humildes: si hubiera sabido que era para la mesa del doctor… Amable y generoso, Rosalvo Lucena lo despacha en paz, no dirá nada al *maître*.

Ascanio se anima y felicita al empresario por la magnífica entrevista con la que arrasara al cronista de *A Tarde*, Giovanni Guimaraes, haciendo posible aclarar las ideas de la población de Agreste, afectada con la *Carta al poeta De Matos Barbosa*. Es que ese fulano, Giovanni, había estado de visita en la ciudad, hizo amistades, gozaba de cierto prestigio. Rosalvo, mientras examina la botella de Chivas, antes de aprobarla y abrirla él mismo, servirse y servir al Magnífico, a Ascanio y a una de las muchachas, la otra prefiere Campari, responde:

—¿Giovanni? Es una buena persona, inteligente, tiene gracia, sabe escribir. Pero nunca pasará de ser un periodista provinciano, con su empleito público y el salario de

reportero. No tiene fibra para más. Le faltan ambición e idealismo. —Prueba la bebida, repite el trago—: Esto sí que es whisky. —Posa la mirada en Ascanio, nuevamente le toca la pierna para llamar su atención hacia lo que va a decir—: Sin idealismo y sin ambición, mi querido, nadie puede ir adelante. Un ideal elevado: ser alguien en la vida, un constructor de progreso. Servido por la ambición. La ambición es la palanca del mundo.

Terminó de hablar y bebió, con satisfacción de experto, un trago largo de whisky, lo degustó. Por detrás del bar, el barman sonríe mientras agita la coctelera, piensa en el valor de las apariencias. Para los que son simplemente vanidosos, la retorcida botella de cristal en tonos de verde, es símbolo de gran categoría. Para los suficientes y orgullosos, la botella original y simple del Reino Unido, cerrada y sellada, lacrada, es señal de un respeto mucho mayor. En una y otra, para unos y para otros hay whisky falsificado proveniente de la reserva del hotel, la diferencia sólo está en el precio. También ¿qué gusto y refinamiento puede tener un tomador de whisky? Ninguno, según la opinión del barman.

Durante la corta hora en que permanecen bebiendo y cambiando ideas en el borde de la piscina, en cuya agua azulada y transparente los cuerpos de las mujeres son una visión amena y grata, Ascanio es presentado a una cantidad de personas, todas de evidente importancia, que se detenían para saludar a Rosalvo Lucena y cambiar algunas palabras con el Magnífico Doctor, a veces hasta secreteaban a su oído. Sin hablar de las muchachas, algunas de ellas estaban seguramente al servicio de la Brastanio, pues Mirko les encargaba diversas tareas: llamadas telefónicas, reserva de mesa en Chez Bernard para una comida de seis cubiertos para esa misma noche, compra de discos de Caymmi, en uno de los negocios. Al presentar a Ascanio, el Magnífico Doctor no decía nada sobre el cargo ejercido por él en la Municipalidad de Agreste, ni siquiera decía que venía de allá. Sin embargo, resaltaba su condición de «dinámico dirigente, de mucho futuro, destinado a desempeñar un papel importante en la vida del Estado, quizás del país. *Un vrai conducteur d'hommes*».

Palabras agradables de oír, arrullan como una canción de cuna, trazan una perspectiva, dan fuerza y ánimo. Idealismo y ambición, había dicho el joven y victorioso empresario. Idealismo, Ascanio siempre tuvo la ambición nace y crece en el borde de la piscina.

Mañana de sol ambiente cordial la gracia de las mujeres, la inteligencia de los compañeros de mesa, la bebida cara, (esto sí es whisky). Ya no se siente un tan mísero don nadie al lado de Rosalvo Lucena, quien se despide, tiene un almuerzo con una figura importante de la administración estadual:

—Dentro de poco, nos veremos en Agreste.

—Allí estaré a sus órdenes.

Oye la murmurada ponderación del doctor Mirko Stefano cuando Lucena se levanta:

—El hombre es una jugada difícil, hay que andar con cuidado. Muchas cosas

dependen de él. Tenemos que decirle que la encomienda ya está en camino.

El Magnífico todavía se demora para saborear el whisky, se ha formado una rueda a su alrededor. A pesar de tener une *journée* terriblement *chargée*, no se apura, aprecia y disfruta de todo aquello: el día claro de sol, el movimiento de la gente ociosa en el bar y en la piscina, el espectáculo de los cuerpos semidesnudos, las muchachas que se ofrecen, los chismes y la adulación de los ávidos folicularios. Finalmente se levanta, firma la cuenta, arregla una cita con Ascanio para las cuatro de la tarde. Pat lo acompañará a la sede de la Compañía:

—Tenemos mucho que hablar. *Bye*, *bye*.

Por fin la charla tan esperada, motivo de su viaje, piensa Ascanio, Pat se aproxima junto a otra muchacha, morena, flaca, de busto saliente:

—Esta señorita es Nilsa, nene. Acaba de ser nombrada tu secretaria. No puedo acompañarte hoy, Ismael está de franco en la redacción, sólo tiene que entregar la columna, el día es suyo. —Mira con ternura a su novio que, luego de haberse servido el fondo de la botella, vuelve a la piscina—: Tú comprendes. ¿No? Nilsa ocupará mi lugar. Van a gustar uno del otro, nene.

Nilsa se ríe mucho y habla poco, usa cualquier pretexto para exhibir su abundante busto. Propone un almuerzo frío, es más rápido y no pesa en el estómago. No hubo siesta, ella lo acompañó directamente al cuarto. Al sacarse el calzoncillo, mientras contempla los dos senos de Nilsa, grandes, redondos, hinchados y el pequeño vientre con esa espesa mata negra, Ascanio considera que la demora en la conversación que lo había traído a la capital tenía sus compensaciones. Si no fuese por su nostalgia de Leonora, no le importaría quedarse algunos días más.

DE LOS CONTROVERTIDOS ACONTECIMIENTOS DE MANGUE SECO, CAPÍTULO EN EL QUE SE TIENE NOTICIA DE UN VIGOROSO MOVIMIENTO DE MASAS TRABAJADORAS (ES UN DECIR) Y POPULARES, CON LO CUAL SE PROPORCIONA A ESTE FOLLETÍN UNA INDISPENSABLE CONNOTACIÓN REIVINDICATORIA Y MILITANTE.

Ni bien lleguen, los sacamos a patadas de aquí, había amenazado el joven seminarista Ricardo en una conversación mantenida con Tieta, el comandante y el ingeniero Pedro Palmeira, al referirse al personal de la Brastanio. La frase mereció un solidario apretón de manos del ingeniero. Ricardo lo dijo y lo cumplió. Lo vieron de sotana, encabezando la masa. Tieta se divirtió muchísimo. Era como si hubiese vuelto a la primera juventud, cuando se escondía en los montes, dejaba las cabras bajo cuidado del chivo *Inácio*, y se iba con algún compañero a las dunas o a mezclarse en la vida de los pescadores.

Ricardo cumplió lo prometido sólo en parte, pues los primeros enviados de la Brastanio a la región, después del perentorio juramento, sobrevolaron la playa y el cocotal en helicóptero, el fatídico día de la muerte de Zé Esteves, armados de

largavistas, máquinas fotográficas y filmadoras. Aunque es un ángel del Señor, según la opinión prácticamente unánime de las mujeres de Agreste, en especial aquéllas más allegadas a la práctica del incomparable deporte —al frente de las cuales se coloca Tieta por ser quien mejor conoce las cualidades celestiales del sobrino—, todavía le faltan alas, si bien le sobra el deseo de volar. Quién sabe, tal vez un día el Señor le conceda esa prerrogativa reservada a los ángeles y arcángeles, premie su vocación y sinceridad.

Aquel apretón de manos marcó el comienzo de una creciente amistad entre el ingeniero y el seminarista; la diferencia de edad —doce años— no impidió que las relaciones se tornasen fraternas, y se consolidaron en las charlas en compañía de los chicos del poblado; en la travesía de la barra para pescar en el lago: Ricardo había conseguido recuperar el carrete que estaba en manos de Peto; en largas conversaciones, algunas con Fray Timoteo, en la aldea de Saco. Antiguo dirigente universitario, Pedro había actuado en Río de Janeiro antes de recibirse, de entrar en Petrobrás y ser mandado a Bahía, donde tuvo la felicidad de conocer a Marta y hacerla su esposa y, en consecuencia, la infelicidad de conocer a Modesto Pires y tenerlo por suegro. ¿Sabes lo que es eso, Cardo? Mi suegro es el atraso, lo reaccionario en persona. Hay quien tiene mierda en la cabeza, discúlpame la expresión, pero don Modesto tiene un billete de mil cruzeiros en la suya. Pedro se deleitó contando a Ricardo las heroicas luchas de las agitaciones estudiantiles por las cuales no perdió el interés ni siquiera cuando, ya recibido, casado, padre de familia, dejó de participar de ellas. Las acompaña de lejos, ayuda con dinero, firma protestas. Revela a Ricardo que hasta hay seminaristas que comparecen en las manifestaciones, se meten en peleas con la Policía.

Iniciaron una amplia campaña de clarificación dedicada a las masas proletarias —calificación del ingeniero, antiguo y dogmático redactor de manifiestos— o sea al grupo de familias de pescadores, compuesto por fuertes hombres de mar curtidos por el viento y por chicos con buenas condiciones para la pesca, la natación y el fútbol sobre arena. Uno de ellos, Budião, el puntero, on pinta de crack, ha jugado un partido en Estancia, integró el seleccionado de la aldea de Saco, un dirigente del Sergipe Fútbol Club lo vio y le propuso que se mudara a Aracajú. Pero quien nace en Mangue Seco, no emigra, no sabe vivir lejos de las olas desmesuradas y del viento huracanado.

El discurso ideológico del ingeniero, que expuso problemas graves y profundos —imperialismo, colonialismo interno, contaminación, amenaza mortal a la fauna marítima, putrefacción de las aguas que haría de la pesca una actividad condenada a desaparecer—, denunciando la existencia de capitales extranjeros mayoritarios en la industria del dióxido de titanio (en realidad son un obstáculo y no un estímulo al desarrollo del país, ya que canalizan al exterior inmensos lucros, empobrecen al pueblo). Nada de eso, dígase con tristeza, pero en honor a la verdad, causó impresión alguna sobre la reducida masa a la que se dirigía, patético, vehemente y honrado.

Ricardo vibraba, eran unas vacaciones sensacionales: se desmoronan paredes, se abren caminos, Dios lo ilumina.

Dios lo ilumina al punto de que Ricardo encuentra un argumento positivo: la nivelación necesaria para la construcción de la fábrica y de las casas para los obreros, provocaría el fin del manglar y de los cangrejos. Fue el único razonamiento que más o menos conmovió a la indiferencia general. La noticia de la probable extinción de los cangrejos, base de la alimentación de los habitantes —las mujeres iban a pescarlos al cocotal mientras los hombres remendaban las velas de los barcos y fumaban sus pipas de barro— suscitó interés y debate. De corta duración, ya que el viejo Jonás, cuya palabra era respetada por todos, observó:

—¿Cómo van a acabar con el manglar y los cangrejos? No existe dinero en el mundo que alcance para un gasto de ésos.

Mientras sacudían la cabeza en señal de aprobación, oyeron las explicaciones del comandante, quien renovó la gravedad de la amenaza con palabras simples: unos tipos sin entrañas, para ganar mucho dinero, quieren instalar en el cocotal una fábrica de veneno, un veneno que es peor que la estricnina: mata todo, empezando por los cangrejos.

—Un cangrejo no se muere así no más, comandante. Nunca oí decir que el veneno mate a los cangrejos. ¿De dónde lo sacó?

Lo que los decidió a apoyar a Ricardo y al ingeniero en el proyecto de correr a patadas de allí al personal de la Brastanio cuando apareciesen nuevamente, fue la conversación mantenida por Jonás, Isaías y Daniel, los tres indiscutibles jefes de la pequeña comunidad, con Jeremías, en el velero, fuera de la barra, en una madrugada tempestuosa. El compadre —Jeremías era compadre de todos los jefes de familia, en cada casa tenía un ahijado— les comunicó, con pesar, que aquella actividad secular de la cual vivieron sus antepasados y ahora vivían ellos, los compadres y los ahijados, sus mujeres, los hermanos y hermanas, las tías y las abuelas, y otro montón de gente diseminada río adentro y en las ciudades cercanas, incluyendo a Eliezer, estaba amenazada de acabar, o mejor dicho, los veleros y navíos debían buscar otro punto donde descargar la mercadería. Si la fabrica se instala en Mangue Seco —y parece que va a terminar por hacerlo, pues en los otros lugares el pueblo se rebela y no lo permite mientras aquí nadie hace nada para impedirlo—, será el fin del contrabando, pues desaparecerán las condiciones indispensables de seguridad. Mangue Seco perderá esa situación ideal de aislamiento, de playa desconocida, de fin del mundo, propia para el desembarco y ocultamiento del contrabando. Una vez instalada la fábrica, resultará imposible traficar.

Ésa fue la amenaza que los decidió. De paso preguntaron al compadre si es verdad que esa industria produce veneno capaz de matar cangrejos. Jeremías tiene una cicatriz profunda en el rostro y habla sin sacarse la pipa de la boca. No existe para ellos hombre mejor, sólo puede compararse con el comandante, pero son diferentes los lazos que los ligan a la gente de Mangue Seco, tanto a uno como a otro.

El comandante es buen amigo; el compadre es uno de ellos, juntos arriesgan la vida y la libertad.

—¿Si mata cangrejos? No va a quedar ni uno solo para remedio. El titanio apesta todo, hasta mata tortugas, que son animales requeteduros de morir.

Jonás, el más viejo de los tres, asegura:

—No hagas caso, compadre, no vamos a dejar que se metan aquí. Ya corrimos a policías, mucho más a esos comemierdas.

Isaías, el del medio, está de acuerdo:

—El ingeniero y el padrecito ya habían dicho que debíamos darles una lección. Se la vamos a dar. Quédate tranquilo, no cambies de idea que no te vamos a defraudar.

Daniel, el más joven, recuerda:

—No te olvides del bautismo del bebé, compadre, va a ser dentro de un mes. Nunca pensé que pudiera matar cangrejos. El comandante es un hombre serio, pero así mismo dudé. No tengas miedo, compadre. Este lugar, después de Dios, sólo tiene un dueño, que es el pueblo de Mangue Seco. Esa arena y esas aguas nos pertenecen, no son de nadie más. Del resto, quién quiera que use y abuse; en Mangue Seco sólo pone el pie quien no se mete con nosotros.

La última palabra cabe a Jonás. Alza el muñón de su brazo:

—Vaya con Dios, compadre y vuelva que nosotros nos vamos a ocupar del asunto.

—Pues hasta dentro de un mes, mis compadres, me voy tranquilo. Saludos para las comadres y la bendición para los ahijados.

Es una noche pésima, el viento desatado, el mar embravecido y ellos también: ¿dónde se ha visto? matar cangrejos. El velero desaparece en la oscuridad, los barcos penetran entre las olas y los tiburones. Sólo ellos pasan por ahí, antes pasaron los padres y los abuelos en la misma tarea prohibida. Silenciosos, en la playa, los hombres desembarcan la mercadería, la guardan bien guardada, a la espera de Eliezer y de los otros camaradas.

El equipo técnico de la Brastanio llegó a Mangue Seco después de una larga y desagradable travesía, por mar agitado y peligroso. En la desembocadura del río Real, se forman enormes olas, el viento hace remolinos en la arena, la geografía de la playa se transforma. Como el tiempo estaba pésimo, los pescadores de la aldea de Saco no habían salido a pescar ese día. En la entrada de la barra, hubo pánico entre las mujeres.

Llegaron en dos lanchas, potentes, modernísimas, traían de todo, desde cinco carpas de campaña hasta abundantes latas, muchos comestibles, agua mineral y gaseosas y collares del Mercado Modelo para regalar a la chusma. A pesar del cansancio, del nerviosismo y de las condiciones atmosféricas tan desagradables, al encontrarse con el paisaje de Mangue Seco, el espectáculo de las altas dunas enfrentando la furia del océano, la inmensidad de la playa que se extiende de lado a

lado de la península, el cocotal que se prolonga en las márgenes del río hasta perderse de vista, se sintieron pequeños y consideraron que había valido la pena ir. El cielo cubierto amenazaba lluvia.

Una vez parados los motores, las lanchas permanecen a cierta distancia de la playa. Uno de los pasajeros se mete en el agua, que le llega hasta la cintura, camina, llega hasta un banco de arena y se dirige a las chozas de troncos y palmas, medio enterradas. Propone a Isaías que está ocupado remendando una vela que se rompió con el temporal de la otra noche:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Tú y los otros! —Los otros están muy ocupados en no hacer nada, conversan sentados en gran rueda, mascan tabaco, fuman en pipa—: vengan todos a ayudar a desembarcar unas cosas, rápido.

Isaías mira, no contesta. El viejo Jonás se levanta y pregunta:

—¿Son de la fábrica?

Casi arrastrado por el viento pero vanidoso de su condición, el orgulloso asiente y protesta:

—Somos de la Brastanio. ¿Qué se quedan haciendo ahí parados? Vamos, apúrense.

Jonás examina las dos lanchas ancladas cerca de la playa, son juguetes del mar embravecido, calcula el número de pasajeros, ¿cuántas mujeres habrá? La mujer es un peligro. El viejo pescador se rasca su barba rala. Recuerda otras ocasiones, cuando la policía todavía se atrevía. En general, con un gobierno nuevo, los políticos se las daban de honrados, andaban con la ley: ¡vamos a terminar con el contrabando! Hace tiempo que desistieron. ¿También, donde encontrar soldados o policías dispuestos a ir a Mangue Seco?

Hay un método que sólo es usado como último recurso, hace mucho que no lo ponen en práctica. No fue necesario. Los más jóvenes, sólo lo conocen de oídas, se van a divertir. A quien le gustaba era al mercachifle, participó en más de una expedición.

—Isaías, prepara los barcos. Daniel, reúne al pueblo. Budião, ve corriendo a avisar a doña Tieta, dile que llegaron. También habla con Cardo y con el ingeniero. No demores que el señor está apurado. —Se vuelve al emisario de los viajeros—: Vaya que en seguida estamos ahí.

Mientras observa al hombre de la Brastanio que marcha curvado contra el viento, agradece la ausencia del comandante, ocupado en Agreste. Es un amigazo el comandante Darío. Cierra los ojos ante las nocturnas y clandestinas incursiones, simula ignorar la presencia de veleros, cargueros y lanchas, el trasbordo de contrabando. Sin embargo, a pesar de la intransigente mala voluntad que demostró para con la fábrica de veneno y la amistad que dedica al pueblo de Mangue Seco, tal vez de cualquier manera se habría opuesto a la operación proyectada, lo cual hubiese creado un problema de los demonios.

No la practican desde lo sucedido con el sargento: la policía no volvió nunca más,

menos mal. Ahora se hace nuevamente indispensable, pero cuando lo decidieron, Jonás recomendó a todos el mayor cuidado. Tieta, el estudiante de cura y el ingeniero, se quedarán en la playa, no es cosa para ellos.

Ni siquiera para Tieta, tan dispuesta. Cuando Jonás era el más joven de los tres jefes, hacía muchos y muchos años, era una mocosa atrevida, pastora de cabras en los montes de Agreste. Tieta acostumbraba a aparecer en la playa, se subía a las dunas, siempre acompañada, era muy festejada; también, una belleza de ésas, tenía que serlo. En São Paulo se hizo más bonita, se arregló, se convirtió en bomba, un pedazo de mujer. Antes, andaba siempre en compañía de hombres hechos, mayores que ella, ahora está preparando al sobrino para hacer de él un buen cura, cumpliendo así con su obligación de tía.

Una vez, cuando iba a la playa a divertirse justo coincidió con una pelea brava entre dos soldados, unos policías y el delegado de Esplanada, quien quería la mercadería y meter preso al viejo encubridor que había venido de Estancia. El acompañante de Tieta, un niño bien, al saltar y toparse con la barahúnda perdió el ánimo y el color, quedó de tono cera, se frunció todo y corrió al bote, se escapó a todo correr, largando a la novia, ¡qué cosa más triste! A Tieta no le importó, miró y se rió, alzó el cayado de pastora y se unió a los pescadores, los ayudó a echar a la policía. Descargó el bastón sobre el delegado, sin respetar ni el revólver, ni el silbato con el que transmitía órdenes, una novedad; Tieta no había nacido en Mangue Seco pero merecería haberlo hecho. Quién sabe, tal vez Jonás tendría que llevarla para que cuide a las mujeres.

A excepción del fulano que fue a convocar a los changadores, los demás empleados de la Brastanio no llegaron a desembarcar. Formaban un grupo relativamente numeroso, unas veinte personas, entre las cuales había cuatro mujeres: una cartógrafa, dos secretarias y la esposa del jefe del equipo, robusta y romántica señora, celosísima, que se incorporó a la caravana para no dejar a su marido a merced de las secretarias, unas busconas que sólo querían tomar baños de mar en Mangue Seco. Deseo generalizado. Especialistas bien remunerados, técnicos competentes, todos venían con la dulce esperanza de unir lo útil a lo agradable: durante los recreos del trabajo, reposo en la playa cuya fama llegó a la Compañía llevada por los que estuvieron allí antes para los estudios preliminares. Pasado el susto del viaje por la barra se encuentran animados y alegres.

—Cuando salga el sol, ¡va a ser espléndido! —exclama, feliz, Katia, la esposa.

Jamás se vio personas tan asombradas. Al principio no se dan exactamente cuenta de lo que está pasando, la primera visión fue surrealista: de lejos, entre las palmeras, surge corriendo una mujer vestida con pantalón y capa de goma negra, ésas de marinero, en la mano tiene un largo cayado. No llegan a oír qué grita, debido al viento, pero perciben el bastón erguido en un gesto de amenaza. La siguen un cura y un tipo de barba. Después, los pescadores: viejos, jóvenes y niños. En seguida la sorpresa se transformó en miedo, susto sin tamaño.

En la playa, haciendo una estimación de las lanchas, Jonás al contar las cuatro mujeres, decide traer a Tieta.

—Venga con nosotros, doña Tieta. No tenga miedo.

—¿Ya no me conoce, Jonás?

—Discúlpeme, no lo dije por mal.

Ricardo va a seguir a la tía, el ingeniero también. Jonás lo impide:

—Ustedes dos, no. —Explica al ingeniero—: si lo llega a saber don Modesto, se va a poner muy enfadado, doctor Pedro. Es mejor que usted espere aquí, nosotros nos ocuparemos de todo. —Dice a Ricardo—: Lo que vamos a hacer no es del agrado de Dios, padrecito. —No propone, ordena; ni parece el mismo Jonás bonachón, que charlaba con el seminarista en el viaje a la aldea.

Pedro se aleja, está de acuerdo. Por amor a Marta y a los hijos quiere vivir en paz con el suegro. Pero Ricardo replica, su voz es tan firme como la de Jonás:

—¿Quién le dijo que no es del agrado de Dios? Dios lanza el rayo cuando es necesario. Yo voy.

Jonás se acaricia la barba:

—Entonces ven, pero no te quejes. Quién sabe si así no terminas siendo un buen cura.

Embarcan en los *saveiros*[43], algunos llevan rollos de cuerda. Se acercan a las lanchas, se meten en el agua, sujetan pasajeros y tripulación —dos marineros en cada lancha— con increíble rapidez para quien sólo los vio en la playa, indolentes, e ignora las travesías nocturnas. Se aprovechan de la sorpresa, no llega a haber lucha, tal es el susto y el miedo. Jonás asume el comando de una de las lanchas, Isaías el de la otra.

—¡Todas las mujeres en esta lancha! —Ordena—: Doña Tieta, no les saque el ojo de encima. Ricardo, ven conmigo.

Las cuerdas sirven para amarrar las muñecas de los hombres, atar unos a otros, en dos hileras, una en cada lancha. Aniquilados, los hombres de la Brastanio protestan, reclaman, exigen explicaciones. Preguntas sin respuestas, inútiles argumentos, razones y amenazas. Nadie parece oír. Sólo un joven técnico en electrónica, que anda atrás de una de las secretarias, intenta pasar de las palabras a los hechos, demostrar bravura para impresionar a la muchacha: se tira contra Isaías, Budião y el puntero Samu (pésimo en dribles pero dueño de un *shot* indefendible, un cañonazo); lo contienen y lo amarran con los otros. Los llevan a los pasadizos donde se quedan a cuidado de los más jóvenes. Necesitan sentir y ver de cerca. Jonás hace una señal de partida, lentamente las lanchas se ponen en movimiento, los *saveiros* las acompañan.

No toman el rumbo habitual de la barra, donde el oleaje, aún cuando es muy fuerte en días de mal tiempo como ése, no ofrece mayores peligros, además del susto. Apuntan en dirección a las grandes olas, en la zona del contrabando. Hacen ese camino en las noches de tráfico y también lo hicieron cuando condujeron a los policías de puños atados. Un sargento perdió la cabeza de tanto miedo: se soltó de las

manos que trataban de retenerlo y se tiró al agua, los tiburones lo despedazaron en un minuto; la sangre duró poco, las olas la barrieron. Por eso Jonás mandó atar a los hombres unos con otros en dos grupos, uno por lancha, y colocó a las cuatro mujeres a las órdenes del cayado de Tieta:

—No se muevan, cabritas, si no el palo va a cantar.

En las lanchas se oyen gritos, llantos, pedidos de socorro, piedad por amor de Dios. Indiferentes, los pescadores penetran por entre las olas descomunales, atraviesan un espacio mínimo donde se levantan inmensas y rompen furiosas contra las dunas. Empapados llegan donde sólo ellos son capaces de llegar, los nacidos y criados allí. Ellos y los tiburones.

Alzan los remos, silencian los motores, estacionan en la puerta de la muerte. Lanchas y *saveiros* se mueven, suben y bajan, amenazan con darse vuelta, virar, zozobrar, a duras penas los pescadores mantienen los timones y el precario equilibrio. Las olas tratan de tirar los barcos contra las montañas de arena. Están ante la muerte, de la muerte multiplicada, pues los bultos de color plomo se aproximan, sombras bajo el agua revuelta. De repente salta uno de ellos, no tiene tamaño de tan grande que es, salta en el aire, a dos metros de la lancha comandada por Isaías. Un grito al unísono y el llanto de las mujeres. Salen otros tres juntos y otros dos, y otros más, ¿cuántos serán? Sus monstruosas bocas están abiertas de hambre, exhiben los dientes puntiagudos, ávidos, siniestros. Jonás tiene un muñón en un brazo, no necesita contar cómo lo perdió, todos se dan cuenta.

Oyen y sienten el golpe de los tiburones contra el costado de las lanchas. ¿Cuánto tiempo se quedaron allí, ante la muerte, cara a cara? Tal vez sólo unos minutos, fue una eternidad, espacio y tiempo de pavor abismal e infinito.

Katia grita a su marido: quiero morir contigo y se desmaya en los brazos de Tieta. Varios vomitaron y por lo menos dos se cagaron. Hasta los más valientes entendieron.

Lanchas y *saveiros*, nuevamente en marcha, rompen las olas, rumbean hacia el lago, los tiburones los acompañan durante cierto trecho, todavía con esperanzas; después se van. La lluvia cae, comienza a lavar el cielo. Antes de devolver el comando de la lancha y embarcar en el *saveiro*, Jonás eleva su voz mansa y terminante de profeta pobre:

—No vuelvan nunca más y avisen a los otros.

La lluvia lavó completamente el cielo, amansó las olas, la noche se abre leve y cálida, noche para charlas sin compromiso, buenos recuerdos y festejos. Reunidos alrededor de las chozas, sentados en la arena, se dedican a la *cachaça*. No comentan lo sucedido, es como si nada hubiese pasado. Sólo el ingeniero se ríe solo, contento, fortalecido en su confianza en las masas; por un momento había dudado.

Daniel trae el acordeón, Budião es bueno con la pelota y bueno para bailar; se exhibe con Zilda, su prometida, en los pasos de *xaxado*. El ingeniero da vueltas con Marta. Es una lástima que el seminarista no pueda bailar, qué pavada, ¿no? Ricardo mira el cielo, limpio de nubes, adornado de estrellas: los caminos del mundo están

abiertos ante él, sabe del mal y del bien, atravesó la maldición y aprendió a desear. Al lado de Tieta, mientras está atento a la conversación con Jonás, siente el llamado que de ella se desprende y lo cerca, exigente. Tal vez por quedarle poco tiempo en Agreste, pues partirá después de la inauguración de la luz nueva, la tía lo quiere junto a ella, noche y día permanentemente.

Jonás y Tieta recuerdan tiempos pasados. Peleas con la policía, detalles, nombres, la valentía del mercachifle, ¿se acuerda de él, doña Tieta? Era un macho. En las sombras de las dunas, Tieta ve la figura del mercachifle, aspira en la marejada su fuerte olor a cebolla y ajo. Había muerto de bala, en la Villa de Santa Luzia, enfrentando a los soldados.

TERCER EPISODIO DE LA ESTADÍA DE ASCANIO TRINDADE EN LA CAPITAL, O DE LA FORMACIÓN DE UN DIRIGENTE AL SERVICIO DEL PROGRESO: ELECCIONES, TRIBUNAL, ENEMIGOS DEL BRASIL, AGENTES EXTRANJEROS, ARTE Y BETTY, *BEBÉ* PARA LOS ÍNTIMOS.

En la espectacular sede de la Brastanio, un piso entero en uno de esos modernos edificios de la Cidade Baixa, temperatura primaveral, vidrios *Ray-Ban* ahumados, una diosa de peluca en la mesa del teléfono, Ascanio Trindade renueva un antiguo conocimiento: Elisabeth Valadares, Bety para los amigos. Cuando la diosa griega, luego de anunciar su presencia, le indicó una silla, él no llegó a ocuparla pues inmediatamente surgió Bety de una de las puertas. Demostrando memoria y eficiencia, lo recibe con efusiva simpatía:

—¡Hola, amor! Me hace muy feliz verte aquí en nuestro modesto lugar de trabajo. Ven conmigo, el doctor te espera. ¿Y cómo anda el lindo?

—¿El lindo?

—El flacucho, aquél tan gracioso. Atrayente como él solo.

—¡Ah! Osnar. Se va a morir de envidia cuando sepa que estuve contigo.

—Dile que le mando un beso y que me muero de ganas de verlo.

Hizo una seña a Nilsa para ordenarle que esperara allí mismo.

Sobre una mesa de vidrio, en la sala del doctor Mirko Stefano, se extiende un gran dibujo en colores, Ascanio reconoce el paisaje de Mangue Seco, las dunas, la desembocadura del río y el cocotal. Había desaparecido parte del cocotal, fue substituido por un imponente conjunto industrial, importantes edificaciones, de las chimeneas se eleva un humo blancuzco. Entre la fábrica y las dunas, una cuantas residencias amplias, con terrazas y jardines para los administradores, ingenieros y técnicos. Del otro lado, en dirección a Agreste, una pequeña ciudad, centenas de casas alegres, alineadas de dos en dos, todas iguales, moradas para los trabajadores. Un embarcadero modernísimo, casi un puerto, con grandes lanchas de motor. Ascanio se deslumbra ante esa visión de futuro. La voz afectada del Magnífico Doctor lo trae de vuelta al presente:

—¿Ves esa casa separada de las demás, la que está más cerca de la playa? Es la mía. Allí iré a descansar cuando tenga tiempo. Me encanta Mangue Seco, es el lugar más lindo del mundo. Va a continuar siéndolo y, además, se va a convertir en un centro de riqueza. *C'est ça*.

Se sienta en su escritorio, señala una silla a Ascanio, en frente. Se refriega las manos, una contra otra, satisfecho:

—Te pedí que vinieras a Salvador para transmitirte personalmente la gran noticia, mi querido Ascanio. Y permíteme que te tutee, abandonemos la ceremonia.

—Cómo no, doctor Mirko.

—Nada de doctor ni señor. Mirko Stefano, tu amigo, tu admirador. Pero vayamos a la auspiciosa noticia: Brastanio decidió definitivamente que va a instalar en Sant'Ana do Agreste su industria de dióxido de titanio que, como sabes, es una de las más importantes entre las que fueron proyectadas y creadas en el país, en los últimos años. Desde el punto de vista del desarrollo nacional y de la economía de divisas. Una benemérita industria. ¡Benemérita!

La voz amanerada se torna categórica, la afirmación es una respuesta que termina con dudas y condenas.

—La decisión fue tomada en la reunión de directorio que terminó ayer a la tarde. Pero como yo sabía por anticipado cuál sería el resultado, me apuré a pedirte que vinieses para que conversáramos, sincronizáramos nuestros relojes, *c'est bien nécessaire*. Confío en que la espera no te haya resultado pesada.

—Al contrario, fue muy agradable. Sólo tengo que agradecerte.

—Bien, *mon cher*. Dentro de pocos días nuestra decisión será pública. Ni bien terminemos nuestros últimos trámites ante los poderes estaduales, de los cuales el doctor Lucena se ocupa, nos dirigiremos a la Municipalidad de Agreste para anunciar oficialmente nuestro proyecto y obtener la autorización necesaria. Debo agregar que he luchado por tu tierra, Agreste me gustó mucho, sobre todo la playa. Otros centros, dotados de mayor infraestructura, trataron de obtener nuestra preferencia, al ofrecer diversas ventajas, además de estar exentos de impuestos. No es lo que nos interesa. Como Brastanio es una empresa pionera, prefirió esa zona más alejada, hasta ahora desamparada, de la cual seremos palanca para el progreso. Como verás eso vendrá de perillas a Agreste: Brastanio será su redención. Nos cuesta más, pero sin embargo logramos nuestro mayor objetivo: servir.

Toca un timbre, que está encima de la mesa, se levanta, se dirige a Ascanio y le tiende la mano:

—En su calidad de alcalde o de representante del alcalde del municipio de Sant'Ana do Agreste, reciba mis calurosas felicitaciones.

Ascanio se pone de pie, el apretón de manos le parece insuficiente, lo abraza. Surge Bety, seguida por el botones: bandeja colorada de acrílico, copas de cristal, una botella oscura de champagne. Al ver sólo dos copas, el Magnífico ordena una tercera, el botones corre a buscarla. Mientras destapa la botella con sumo cuidado, casi con

devoción, el doctor Mirko, en su elemento, aclara:

—Dom Pérignon. Seguramente lo conoces…

Tuvo ganas de decir que sí, pero confiesa:

—No. Nunca bebí de eso. Una vez probé un champagne llamado… Viuda…

—Veuve Clicquot.

Salta el corcho con su festivo ruido habitual, el Magnífico sirve una copa para Bety.

—Ella y yo fuimos los primeros en pisar Agreste. Los descubridores.

—Hubo quien pensó que eran marcianos, gente del espacio —cuenta Ascanio.

Ríen, recuerdan el asombro del pueblo de Agreste. Bety tiene buena memoria:

—El lindo me preguntó si yo era marciana o polaca. ¡Qué gracioso!

—Buena gente. —Concluye el doctor Mirko Stefano, alzando su copa—: Bebo por la prosperidad de Agreste y del valeroso hombre que comanda su destino, mi amigo Ascanio Trindade. *Chin-chin*.

Las copas chocan al brindar, sonido de cristal. Así es la risa de Leonora. Ella estaría orgullosa sí estuviese allí en ese momento, y modularía el verso del poema renegado de Barbozinha: Ascanio Trindade, capitán de la aurora. Bety se acerca y lo besa en la mejilla: felicitaciones, amor. Luego se retira.

El doctor Mirko vuelve a servir, se sienta en el borde de la mesa, hace una seña para que Ascanio se acomode en la silla. Expone ideas y planes:

—Cuando lleguemos con nuestra propuesta, queremos que ya hayas sido elegido, si fuese posible. Tratamos de apurar la fecha de la elección, el doctor Bardi se interesó personalmente en el caso, el Tribunal Electoral le dio prioridad. Ayer el doctor Bardi habló por teléfono con unos amigos de São Paulo para asegurarse de que la resolución se tomara sin falta en la sesión de hoy —el Tribunal se reúne una vez por semana—. Estaba todo OK. Pero qué te cuento que el juez decidió tener un infarto hoy por la mañana y morir. Resultado: hoy no hay sesión, recién la semana que viene. Pero, quédate tranquilo: dentro de ocho días sabremos la fecha.

Nuevamente sirve con delicadeza; el champagne le merece respeto y estima. Realmente lo aprecia y conoce:

—Bebo whisky cuando estoy en compañía de amigos, en un bar, en una fiesta. Pero realmente lo que me gusta es el champagne. —Jamás pronunciaba champaña, le sonaba a palabrota grosera—: Como Rosalvo te adelantó, un equipo de técnicos ya fue a Mangue Seco. Al mismo tiempo, estamos preparando toda la documentación necesaria para requerir al Gobierno del Estado y luego a la Municipalidad de Agreste, la autorización para dar comienzo a las obras. Pensamos reclutar trabajadores de toda la región, inclusive de Sergipe. En breve, recibiremos los estudios para la rectificación y pavimentación de la ruta que une Agreste a Esplanada. Todo está en marcha, *mon vieux*. Pensativo, mira a través de la copa:

—Hay quien se rebela y protesta contra la instalación en el país de una industria de dióxido de titanio, creen que es contaminadora. Los motivos son varios; casi

siempre inconfesables, pero los agentes extranjeros que comandan esa campaña antinacional llegan a convencer y arrastrar a mucha gente honesta, que se alarma y se pone en contra. No voy a decirte que la industria de dióxido de titanio no contamina. Claro que lo hace, tanto como cualquier otra, tal vez un poco más. Sin embargo, nadie se pone contra una fábrica de tejidos o de aparatos domésticos. Pero, contra las industrias fundamentales, los interesados en que continuemos subdesarrollados, dependientes, inventan los más disparatados absurdos. Por ejemplo, dicen que vamos a destruir la fauna del río y del mar. Eso no es cierto. Tendremos tuberías submarinas que llevarán los desechos contaminadores para lanzarlos varios kilómetros más adelante, donde ya no ofrezcan ningún peligro. Mandé preparar un informe donde todo ese problema de la *soi-disant* terrible contaminación de la industria de dióxido de titanio, queda completamente aclarado en los debidos términos. Así, estarás preparado para desenmascarar a los embusteros y aclarar a los que se dejan engañar, a todos los que tratan de impedir el progreso y agitan el fantasma de la contaminación. São Paulo no pasaría de ser una vulgar capital de provincia si esa gente pudiese imponer su opinión. Ya viste el Centro Industrial de Aratu. Mi amigo: fue una batalla contra los imbéciles. Y por detrás de los imbéciles, manejando las cuerdas, los enemigos del Brasil. —No aclaró más, todavía no había tomado el pulso político de Ascanio. De esta manera, si fuese de derecha, pensaría en la Unión Soviética, si fuese de izquierda, en Estados Unidos.

Suena el teléfono, del otro lado está Bety. El Magnífico Doctor oye, corta:

—Tengo que ir al entierro del juez. No tengo salida, ¿ves a qué me obligas? —Ríe, cordial—: Mañana terminaremos esta conversación. En el hotel, en mi *suite*, donde nadie nos moleste.

Ascanio abre la boca como para hablar, vacila, el doctor Mirko lo anima:

—¿Qué pasa? Habla, no te lo guardes. —En el fondo de su alma tiene la esperanza de que le pida dinero.

Ascanio señala el dibujo que está sobre la mesa, maravillosa visión de futuro:

—Si yo pudiera llevar ese trabajo a Agreste, sería muy bueno. En el diario mural que puse en la Municipalidad hay un dibujo de Lindolfo, pero éste parece un cuadro, una obra de arte, ¡un monumento!

Llama a Bety por teléfono: ven con Rufo. Así Ascanio no sólo volvió a ver las mechas coloradas que ahora están azules, reencontró también al mancebo que tiene una cabellera que le cae hasta los hombros a la Jesucristo, autor del dibujo. Lo felicitó calurosamente, usted es un gran artista, y le agradeció en nombre de Agreste. El Magnífico Doctor le promete que al día siguiente recibirá, en el hotel, junto con la documentación, la obra maestra, debidamente acondicionada en un tubo adecuado.

Nilsa eligió un restaurante situado en el Solar do Unhão, bellísimo lugar, al lado del Museo de Arte Moderno, en el cual se realiza el concurrido *vernissage* de una exposición de fotos, grabados, cuadros, objetos; el patio está repleto de automóviles.

Cuando terminaron de comer, Nilsa lo acompañó a visitar la muestra, Ascanio

siente un *shock*, ¿qué es eso? Esperaba ver paisajes, desnudos artísticos, naturalezas muertas, pinturas bonitas, los ojos se le salen de las órbitas ante las fotos absurdas, inmorales, grabados que representan iglesias deformadas y unas locuras hechas con pedazos de objetos inútiles, más que otra cosa parece un *bric-a-brac*: hay hasta un inodoro usado por el artista. ¿Artista? Sí, confirma Nilsa, y de renombre, goza de gran prestigio no sólo en Bahía, sino en todo el país, seguramente él ya ha oído hablar de Juarez Paraiso.

Nilsa lo señala, está rodeado de gente que lo festeja, es un mulato alto, de barba, está frente al cartel de la exposición: la enorme foto de un inmenso traste de mujer, ¡qué cosa!

—Observa a aquel que está al lado de Celestino, el banquero. Es Carybé, vive concediendo entrevistas a los diarios para hablar contra la Brastanio, habla pestes. Pero es un viejo guapo, eso es lo que es. Sólo pinta negras.

Lo acompaña hasta el hotel, en la puerta desierta se cuelga del cuello de Ascanio, se despide con un histórico beso que parece aspirarlo.

—No me quedo porque no puedo llegar tarde a casa y ya pasaron las diez. Mis padres son muy severos, vivo con el Jesús en la boca.

Vivo con el Jesús en la boca. Los valores de las palabras son otros, Ascanio se da cuenta. Severidad, arte, noviazgo. Otros valores, otro mundo en cuya puerta se encuentra, está listo para cruzarla con el pie derecho. ¿Por qué será que persiste esa sensación molesta, ese sentimiento oscuro? Es como si no entrase por sus propios medios, como si lo estuvieran conduciendo. En el cuarto vacío, deplora la ausencia de Nilsa; en sus grandes senos encontraría seguridad. Suena el teléfono:

—¡Hola!

—¿Amor?

—Soy Ascanio Trindade.

—¿Por qué no viniste a saludarme en la exposición, amor?

Reconoce la voz desmayada de Bety, *Bebé* para los íntimos:

—No te vi, pido disculpas. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Claro que puedes, amor. Estoy hablando de la portería y voy a subir.

DEL IMPREVISTO HEREDERO Y DE LA NUEVA PETICIÓN DE POEMA AL VATE BARBOZINHA.

Aproximadamente a la misma hora en que los pescadores de Mangue Seco (con el apoyo de Tieta y Ricardo y el fundamento ideológico aportado por el ingeniero Pedro Palmeira), expulsaban a los técnicos de la Brastanio, en la notaría del doctor Franklin se reunían los interesados en los terrenos del cocotal. Encuentro éste promovido por el notario conforme a un pedido del doctor Baltazar Moreira, y postergado más de una vez debido a la ausencia del doctor Marcolino Pitombo que se encontraba haciendo sus tramoyas en Esplanada.

Después del almuerzo, en la sala de la notaría, se reunieron los tres abogados y sus clientes: el doctor Marcolino Pitombo, a su lado Jarde y Josafá Antunes, el viejo sentado, abatido; el joven de pie, alborozado; el doctor Baltazar Moreira, luego de ofrecer la mejor silla a doña Carlota Antunes Alves, cuchicheaba con Modesto Pires; el doctor Gustavo Galvão, excepcionalmente de saco y corbata, recomendaba calma a Canuto Tavares. Como la demora de Fidelio, quien también fue convocado por su condición de Antunes y supuesto heredero se prolonga demasiado resuelven empezar la reunión, aunque este extraño litigante esté ausente. Extraño por estar hasta ese momento sin un abogado que lo represente. Justamente para comentar tal procedimiento, Marcolino Pitombo inicia el debate:

—La jugada de ese joven no deja de ser inteligente. Está esperando que lleguemos a una solución para intervenir. Pueden tomar nota de lo que estoy diciendo.

Lápiz en mano, el robusto Bonaparte, invitado a hacer de secretario en la reunión y establecer el acta de los trabajos, se prepara para anotar la intervención en una hoja de papel oficio, pero el jurisconsulto se lo impide:

—No vale la pena poner eso en el acta, hijo.

Bonaparte obedece. A pesar de contradictorio, escriba lo que estoy diciendo, no ponga eso en el acta, el viejo es simpático y además suelta algunas monedas. Los otros, son unos tacaños.

—En ese caso, pregunto si vale la pena tratar algún tema sin su presencia —prosigue el doctor Marcolino, interesado en transferir la reunión para después de la vuelta del secretario de la Municipalidad; luego de haber conversado con él para obtener la información precisa sobre el lugar exacto donde la Brastanio levantará sus edificios.

—No veo por qué debemos quedar a su merced. Propongo que discutamos los problemas pendientes, sin esperar a ese joven que me parece un imprudente —declara el doctor Baltazar Moreina y sonríe sobradoramente ya para doña Carlota, ya para Modesto Pires.

—Ese muchacho es suplente en la justicia, oficial del registro civil. Como no tiene nada que hacer, se pasa el día en el bar cuando no se queda en su casa para oír ese barullo que los jóvenes de hoy llaman música. No creo que aparezca. Hace unos días lo mandé sondear para saber qué pensaba de los terrenos y ni me respondió. No digo que sea mala persona, pero es uno de ésos a quien nada le importa —informa el dueño de la curtiembre.

—Entonces empecemos —dice el doctor Franklin para ganar tiempo. Usted, doctor Baltazar, que fue quien propuso la reunión, abra el debate y diga cuál fue el motivo que lo llevó a tomar esa iniciativa.

El doctor Baltazar Moreira se aclara la garganta:

—Muy bien. Al detenerme en el estudio de este asunto tan complejo, llegué a la conclusión de que se impone un acuerdo entre las partes interesadas, o sea, entre todos los supuestos herederos, los descendientes de Manuel Bezerra Antunes, para

que podamos ir juntos a la justicia, sin problemas, sin discusiones entre nosotros.

—La idea me parece válida —apoya el doctor Galvão, al tanto de la proposición y desde la víspera de acuerdo con ella, cuando mantuvo una conversación reservada con el doctor Baltazar. Repite los argumentos usados entonces por el colega—: Al final de cuentas, ¿por qué a los herederos que se han desinteresado por completo de los terrenos durante todos estos años, se les ocurre ahora defender sus intereses para integrarse en la posesión de la herencia? Porque existe un comprador valioso para esas tierras y que como todo el mundo sabe es la Brastanio. ¿No es así?

El doctor Baltazar Moreira aprovecha para recuperar la palabra, al final la idea es suya, y ese muchachón, recién salido de la facultad, está brillando a costa de él. Apoyó y nada más:

—El doctor Gustavo tiene razón. Ante ese comprador nos tenemos que presentar unidos, totalmente de acuerdo. Si empezamos a luchar entre nosotros, tendremos pleito durante años y la Brastanio, que no puede esperar, buscará en otra parte una localización más fácil para su industria.

—Por eso mismo —interrumpe el doctor Marcolino Pitombo— no se gana nada con discutir sin la presencia de uno de los herederos. ¿Cómo saber su opinión? ¿Cómo conocer su pensamiento?

El comandante Darío de Queluz esta parado en la puerta de la notaría, oye sin que se den cuenta. De pronto eleva la voz:

—La van a saber ahora mismo, mis queridos señores. Buenas tardes, doctor Franklin, permítame tomar parte en el debate.

Todos se vuelven, el comandante que no es ni licenciado en Derecho ni Antunes, ¿qué está haciendo allí y por qué quiere participar en la discusión? El doctor Marcolino Pitombo sabe cuál es la posición del comandante en relación a la Brastanio: es un adversario militante de la instalación de la industria de dióxido de titanio en el municipio, se lo pasa exhibiendo por las calles el memorial de las Municipalidads de Ilhéus e Itabuna, publicado en los diarios del Sur. Por suerte no sabe quién lo redactó —y el abogado insinúa una sonrisa, cordial, sorprendida y perspicaz:

—Tendremos sumo placer en oírlo, comandante, pero antes permita que a mi vez le pregunte en calidad de qué usted desea tomar parte en el debate.

También en el rostro del doctor se esboza una sonrisa, él mismo había labrado el acta de opción de venta, no quería dejar en manos de Bonaparte un asunto tan urgente, ni en sus manos ni en su conocimiento, pues Bonaparte anda en relaciones muy amables con el doctor Pitombo y ha estado llegando tarde a casa, mala señal. Igualmente el comandante Darío de Queluz, sonríe:

—En calidad de heredero. Fidelio Dórea Antunes de Arroubas Filho me concedió una opción de venta sobre su parte en el cocotal, está registrada en la notaría… —se vuelve al doctor Franklin.

—Es cierto. Fue hoy por la mañana. —Confirma el notario.

—Y desde ya puedo comunicarles que, en lo que se refiere a mi parte no pienso vender los derechos, ni entrar en un acuerdo, ni hacer sociedad, ni nada. Tres veces nada. Ahora, que ya lo saben, permiso, tengo que volver a Mangue Seco. Mis queridos señores. Que lo pasen bien.

Va a buscar a doña Laura y a Leonora. En el camino para en el bar donde el grupo se reúne para oír, entre carcajadas y bravos, los detalles de lo sucedido en la reunión.

—Se deben de estar rompiendo la cabeza para encontrar una manera de desheredar a Fidelio. Pero Franklin me dijo, nos dijo, esta mañana, que de todos los herederos. Fidelio es el de línea más directa, él y Canuto Tavares. ¿No es así, mi querido Felicio?

Hasta Seixa, a pesar de la decepción que la noticia le causará al recaudador, quien pretende comprar el terreno, se divierte. También lo hace Barbozinha, que llega con novedades:

—Los diarios dicen que la fecha de las elecciones será fijada hoy.

El comandante ya lo sabía, doña Carmosina le había mostrado el nuevo artículo de *A Tarde* que confirmaba el interés de la Brastanio y la presión sobre el Tribunal. Se despide, volverá a comienzos de la semana que viene, en compañía de Tieta, si es que todo anda como él espera.

El poeta se sienta, pide un trago de *cachaça* con limón, no anda bien de la garganta, necesita darle una limpieza. Pregunta:

—¿Y qué me dicen de las elecciones?

—Tú eres mi candidato… —Responde Osnar.

—¿A alcalde? Dios me libre y guarde…

—No. A padrino de Peto en la ceremonia de pérdida de virginidad. Va a ser el sábado. Nosotros queremos pedirte que escribas un poema para la fiesta.

Barbozinha pone la cara larga: los amigos vuelven a burlarse por aquellos versos que dedicó a la Brastanio. ¡No es nada de eso, bardo! Sólo queremos que Peto tenga de lo mejor porque lo merece. Zuleika Cinderela, una comida sensacional, música y flores y unos versos que inmortalicen el acontecimiento. El rostro de Barbozinha vuelve a la normalidad: es un tema nuevo, un poco escabroso pero, de ser tratado con delicadeza, puede resultar un soneto en cuyos versos se unan malicia e inocencia, va a poner manos a la obra. Cobra derechos de autor por adelantado:

—Otro trago, Manu, a cuenta del soneto.

EPISODIO FINAL DE LA ESTADÍA DE ASCANIO TRINDADE EN LA CAPITAL, O DE LA FORMACIÓN DE UN DIRIGENTE AL SERVICIO DEL PROGRESO: EL ANILLO DE COMPROMISO.

La *suite* del doctor Mirko Stefano está reservada permanentemente para él, aunque se demore en el Sur. No se trata de un frío cuarto de hotel, habitación impersonal para estadías breves. En todas partes, en cada rincón se siente la presencia

del hombre cordial, civilizado —el *bon vivant*, como él mismo se califica.

Ascanio, puntualmente a las nueve, empuja la puerta semiabierta, oye el final de una frase en la voz amanerada del Magnífico:

—… culpa suya, yo le avisé que el hombre es difícil.

Con cara de preocupado, el director de relaciones públicas de la Brastanio, vestido sólo con una *robe de chambre* de seda negra y corte oriental, que recuerda un kimono de campeón de judo, conversa con el doctor Rosalvo Lucena delante de la bandeja con restos de café, mamón, jugo de *grape-fruit*. Los rostros serios se ablandan, se abren en sonrisas.

—Disculpen por haber entrado sin llamar, la puerta estaba abierta.

Hay un leve momento de indecisión, durante el cual Ascanio observa y compara a los dos mandamás de la Brastanio. El doctor Rosalvo Lucena, listo para empezar su mañana en la oficina, viste de sport, como lo exige su posición: pantalón gris, *blazer* azul, camisa y corbata, alegres y combinadas. Todavía no llegó a la seriedad de los trajes del doctor Bardi, a la condición de magnate. El doctor Mirko Stefano está a la qué me importa con su indumentaria japonesa, los pies descalzos; no parece un hombre de negocios y sí un maduro galán de televisión, de ésos por, los que las muchachitas se vuelven locas. Dos hombres de peso, según la opinión de Ascanio: simpatiza con Mirko, desea parecerse a Rosalvo.

—Hiciste muy bien en entrar, dejé la puerta abierta a propósito. —Mirko señala un sillón. Va a tener que llamar al orden al mozo para que cierre la puerta cada vez que entre o salga, el servicio de estos nuevos hoteles deja mucho que desear.

Rosalvo Lucena, antes de retirarse, vuelve a decir a Ascanio, quien bebe sus palabras, los argumentos usados en la víspera, sin resultado, en el almuerzo con una prestigiosa figura de la administración estadual. Toda la zona se beneficiaría con el establecimiento de la fábrica: asfalto, autopistas, mercado de trabajo, especialización de mano de obra, formación de nuevos técnicos, escuela para hijos de trabajadores, asistencia médica, villa para obreros, comercio, empleos bien remunerados para especialistas.

Todo eso sucedería en un área muerta, sólo utilizada para el ocio de unos pocos privilegiados, la transformarían en centro vital para la economía de la región. Suprimió, lógicamente, cualquier referencia a la candente cuestión de la cercanía de la capital, pues no era el caso, no hacía falta hablar con el representante de la lejana Agreste del punto neurálgico, factor de la inmutable intransigencia del ilustre compañero del almuerzo: ¡allí, jamás! En cambio, agregó el problema de la falta de infraestructura de la zona de Mangue Seco y de los gastos inmensos que acarrearía. La Brastanio se hará cargo por deber patriótico, con el corazón contento.

Deber patriótico, ¡un carajo! —piensa Rosalvo mientras recita su apurado texto a Ascanio, quien se babea de admiración. Si el Viejo Parlamentario no obtiene éxito en sus gestiones, lo cual podría llegar a suceder a pesar del optimismo del doctor Bardi; ellos se verán obligados a enfrentar los problemas provenientes de la localización en

Agreste, en materia de perspectiva, ¡puta que los parió! Sonríe a Ascanio.

—Ayer hablé de usted con una importante figura de la administración, un hombre de mucha fuerza política. Hice referencia a su valor.

Se despide, sabe que Ascanio va a viajar esa tarde:

—Creo que nos volveremos a ver en Agreste. Buen viaje y espero que gane las elecciones. Mirko, ¿ya fue fijada la fecha? —Pregunta al Magnífico.

—Recién la semana que viene. Ayer el juez estiró la pata. Fue un infarto fulminante. Estuve en el entierro.

La sonrisa cortés de Rosalvo Lucena crece hasta llegar a una carcajada burlona:

—Cada cual carga con su cruz, amigo mío.

Se ha vengado, saluda desde la puerta, la golpea con fuerza para cerrarla bien y recordar a Mirko que dejarla abierta es una imprudencia. Cada cual con sus liviandades y sus complejos.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta el Magnífico después de digerir el golpe de puerta.

—Recién tomé el desayuno, no quiero nada, no te molestes.

—Yo también acabo de desayunar. Ahora, para empezar bien el día, *nous allons prendre une goutte* de Napoleón, *une fine, man cher*, va verás.

Encima de una mesa hay una gran variedad de botellas.

Elige una de ellas. Qué, diablos será Napoleón, *une fine*, se pregunta Ascanio tiene mucho que aprender. Las copas grandes y panzonas lo aclaran: esto él lo sabe, son copas de cognac. Pero nunca imaginó que el líquido dorado, que está en el fondo, deba ser calentado con las manos. Por otra parte, con una de ellas, pues con la otra el Magnífico cubre la parte de arriba de la copa para evitar que se pierda el aroma de la bebida. El doctor destapa la copa, la acerca a la nariz, aspira el olor, *quelle délice*! Al imitarlo, Ascanio se atonta: las emanaciones del alcohol penetran por su nariz. Completa la *gaffe* cuando, al beber de un trago todo el contenido de la copa, se atraganta y tose; ¡qué fuerte es! Fuerte pero delicioso, mucho más que todo lo que le dieron para beber en esos días, incluyendo el champagne, prefiere el cognac. El doctor vuelve a servirle, no comenta nada ni se ríe, no vio ni oyó. Ahora Ascanio saborea en pequeños tragos como lo hace el maestro del buen vivir.

—Mira, Ascanio: las obligaciones de mi cargo me llevan a tratar con una infinidad de personas, unos malandrines bastante bravos. Me llevo bien con todo el mundo, es parte de mi carácter y de mi oficio. Pero, en medio de esa mafia, de vez en cuando me encuentro con alguien que me llama la atención por el talento, por la fuerza interior, por la calidad, por la fibra. Conozco a los hombres, no me engaño, aunque sea en una corta convivencia, sé distinguir los que valen la pena. Desde que hablamos por primera vez, en la Municipalidad de Agreste, me fijé en tu personalidad: éste es un hombre de verdad, un *vrai homme*, dije para mis adentros. En esa ocasión, todavía no habíamos decidido elegir a Agreste: al contrario, estábamos más inclinados por el sur del Estado, un área entre Ilhéus e Itabuna, en el río

Cachoeira: ruta, puerto, facilidades, las autoridades locales nos ofrecieron el oro y el moro. Tomé una decisión: si no nos instalamos en Agreste, le voy a proponer a ese joven que trabaje con nosotros, en la Brastanio. Tiene fibra y es competente.

Aspira el cognac: doble placer, gusto y olfato. Ascanio agradece modestamente:

—Es una generosidad de tu parte.

—Me dije a mi mismo: si él permanece aquí, en esta tierra decadente, se extinguirá su llama, se debilitará. No puedo permitir que eso suceda, lo voy a invitar a venir a colaborar con nosotros, donde estemos. Pero, como felizmente nos decidimos por Mangue Seco, creo que la Municipalidad de un municipio industrial, poderoso y rico, puede ser el primer paso para la brillante carrera de un joven hombre público.

Entre los efluvios del cognac, Ascanio se embala con las palabras inspiradoras, inicia la marcha. El Magnífico Doctor toma la botella, la hora no es la más propicia pero las circunstancias lo exigen. Continúa abriendo el camino, despertando la ambición. Carrera política o empresarial pues, si después de ejercer el cargo de alcalde de Agreste, Ascanio prefiere cambiar la administración pública por la empresa privada, la invitación que no llegó a ser hecha permanece en pie: siempre habrá un puesto para él en la Brastanio. Hombres trabajadores e inteligentes existen muchos; hombres capaces de dirigir, pocos.

Como le pareció que había llegado el momento, ofrece:

—Por eso mismo, quiero decirte que estoy, que estamos a tus órdenes. Si necesitas cualquier cosa, puedes decirlo, no tengas reservas, no te sientas intimidado, somos amigos.

—Me basta con la confianza que depositas en mí. Espero poder hacer honor a ella.

—¿Y las elecciones? ¿Y la campaña electoral? A la Brastanio le gustaría participar en los gastos de la campaña electoral.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. —Por fin encuentra algo de qué enorgullecerse—: No habrá campaña electoral. Seré el único candidato, eso ya está arreglado. Mi padrino, el coronel Artur de Figueiredo, ya lo decidió y el pueblo está de acuerdo. Sin vanidad puedo decirte: seré electo unánimemente. No necesito ayuda, muchas gracias. Y así es mejor, nadie va a poder decir que apoyo a la Brastanio por interés personal. Después, si todo sale bien, si se realiza mi sueño, tal vez necesite tu ayuda, por ahora, no.

Esa conversación, la última, la más larga e íntima, transpuso los límites de la industria y del municipio para entrar en la vida personal de Ascanio.

—Dijiste sueño. Me encanta soñar. ¿Cuál es tu sueño?

Poco habituado a la bebida, un tanto eufórico debido al cognac y a la estima y admiración demostradas por el Magnífíco Doctor, Ascanio le hace confidencias, da el nombre de Leonora, exalta su belleza, se refiere al daño moral que le causa su fortuna, obstáculo hasta ahora insalvable. Ahora, quién sabe, al ser alcalde del

municipio industrial y próspero, con el camino abierto, encontrará coraje para hablarle.

El doctor Mirko Stefano, llamado Mirkus, el Magnífico Doctor, parece conmovido, sirve una gota de la *fine* Napoleón para un brindis:

—Ascanio, mi queridísimo, además de todo, eres un hombre de bien. Vas a asumir un compromiso conmigo: cuando vuelvas a Agreste, lo primeo que tienes que hacer es pedir en casamiento la mano de esa joven. Pedir la mano es algo que ya no se usa. Simplemente le comunicas que ustedes se van a casar. ¿Por qué no el día que asumas? —Levanta la copa panzona, donde brilla el cognac—. Bebo por la felicidad de los novios.

Todavía beben, por la felicidad de los novios, cuando suena el teléfono. Atiende el doctor:

—Sigue en pie, claro. Dentro de cinco minutos, mando a que lo acompañen hasta ahí:

Cuelga, explica a Ascanio:

—Es un periodista amigo nuestro, el mismo que hizo aquella entrevista con el doctor Lucena; aquella que te gustó tanto. Él quisiera oírte hablar sobre Agreste y las perspectivas que la tan mentada instalación de la Brastanio abren para la región. Si no tienes inconveniente, nosotros no tenemos nada que decir. De esta manera, comienzas a proyectarte.

—No tengo ningún inconveniente, será un placer.

—Voy a hacerte acompañar a la redacción del diario. Cuando vuelvas, ve a buscarme a la piscina. Almorzaremos juntos.

Ascanio ya está por salir, cuando el Magnífico le recuerda:

—No dejes de repetir aquella frase de ayer, ¡fue genial! «¡Brastanio es la redención de Agreste!». Me dejaste con envidia, *mon vieux*.

En la redacción, el periodista, el mismo individuo bizco que el primer día quería obtener informaciones a todo trance, al oír la frase, pregunta:

—¿Quién se la sopló? Debe de haber sido Mirko, ¿no? Ascanio no se ofende, hasta se siente orgulloso:

—La frase es mía, pero él me dijo que le hubiera gustado que fuera de él.

—No hay quien pueda con Mirko, es la trampa en persona. El otro día anduvo con vueltas, conmigo y con otros colegas, para esconder la llegada del alemán, pero *A Tarde* siguió una pista y obtuvo la primicia. —Se encoge de hombros—: de cualquier manera ¿qué se hubiera ganado con que él me lo dijera? Hablaba con el tipo de ahí —señala la puerta de la sala, donde hay una placa: Dirección— y no salía nada. Quien puede, puede.

Todo eso era latín para Ascanio, no siguió la conversación. Un fotógrafo hizo sonar el click mientras conversaban. Respondió a dos o tres preguntas —en medio de una de ellas había soltado la frase—, el reportero se dio por satisfecho:

—Ya tengo suficiente, el resto déjalo por mi cuenta. Voy a aprovechar el auto

para espiar a las hembras que están en la piscina, voy a tomar un scotch con el sinvergüenza de Mirko.

En el auto, quiere información:

—Dime una cosa, ¿vale la pena el mujerío de esa playa que está en tu tierra? ¿Hay muchas paulistas por ahí? —En su único ojo sano brilla la codicia—: Las turistas de São Paulo, mi viejo, ni bien bajan del avión ya están bamboleando el traste.

Ascanio siente el impulso de darle una trompada:

—Que yo sepa, en cualquier lugar, existen mujeres decentes y otras que no lo son. Las paulistas que yo conozco son honestas y decentes.

El periodista se alarma por el tono de voz. Es como de pelea:

—¡No te pongas así, tío, no quise ofender a tu parentela! Me refiero a las zorras que andan regalándose por aquí. No lo tomes a mal.

Después del almuerzo, el Magnífico Doctor y Bety lo acompañan hasta la estación de ómnibus, en uno de los grandes autos negros. Ascanio dormirá en Esplanada, en lo de Canuto Tavares y, si la «marineti» de Jairo se comporta bien, al día siguiente, antes de la una, verá a Leonora y le dirá: te amo y quiero casarme contigo. Mientras van hasta el ómnibus, Bety le ofrece el brazo y se aprieta contra él, cariñosa. Parece que ha apreciado la noche pasada en su compañía, si bien todas las iniciativas corrieron por cuenta de ella. Al contrario de lo que piensa Osnar, no es necesario dormir con ninguna polaca para saber qué es una mujer.

Antes del abrazo de despedida, el doctor Mirko Stefano, director de relaciones públicas de la Compañía Brasileña de Titanio S. A., retira del bolsillo una bolsita de terciopelo negro, donde está impreso en letras doradas el nombre de la Casa Moreira, joyeros y anticuarios de fama y precio:

—Brastanio pide permiso para ofrecerte el anillo de compromiso que mañana pondrás en el dedo de tu novia, a quien respeto y espero tener el placer de conocer dentro de pocos días, cuando vaya a Agreste.

En el ómnibus, Ascanio no resiste, desata el nudo, abre la bolsita, retira un pequeño estuche que contiene un antiguo anillo de oro con roseta de diamantes, en cuya parte interna habían sido grabadas las letras L y A, trabajo fino, pieza de buen gusto y valor, digna de Leonora. Anillo de compromiso.

DE CÓMO LOS DIRECTORES DE LA BRASTANIO RECUERDAN UN PROVERBIO.

En las oficinas de la Brastanio, en el despacho del doctor Rosalvo Lucena, el jefe del equipo enviado a Mangue Seco, presenta un informe y la amenaza de dimitir. Conocido por Aprigio *el Imperturbable*, por la calma con que siempre enfrenta los más arduos problemas profesionales y los celos violentos de su mujer, admirado por la llaneza de su trato, ya no es el mismo hombre, perdió su famosa contención, le

tiemblan las manos y la voz al describir los hechos:

—Entre los que comandaban esa horda de asesinos, había una loca furiosa, amenazando con un bastón. Ella fue quien estuvo a cargo de las mujeres, en la lancha. Le juro, doctor Lucena, que pensé que nos iban a matar, estaba preparado para morir. Confié mi alma a Dios.

—¿Y cómo era esa bruja?

—No era fea pero corría gritando: ¡Fuera! ¡Fuera los envenenadores! Ella, el cura y el barbudo. El cura es un jovenzuelo, creo que todavía ni debe de dar misa. El barbudo me hizo acordar a un ingeniero que conozco, pero como se quedó en la playa, no me pude dar cuenta si era o no quien yo pensé. El resto, unos harapientos, una banda de criminales.

—¿Cuántos eran? ¿Muchos?

—¿Cuántos? No sé. Unos treinta o más, contando los niños. Parecía gente de la edad de piedra. Tuvimos que quedarnos de pie, en el pasadizo; fue horrible. Con sólo recordar, me enfermo de nuevo.

Unas de las secretarias, al borde de la piscina, que estaba con ocho días de licencia-permiso, se rehacía del susto, hace una confidencia al Magnífico:

—Había uno que hasta… El que sujetó a Mário José y le dio un empujón —se refería a Budião— era un encanto. No gané nada con hacerle sonrisitas, quería acabar con nosotros. Nos quería matar. —Al recordar se estremece—: La mujer apuntaba a los tiburones con el cayado. Cerré los ojos para no ver.

A pesar del traumatismo —jamás volvería a ser el mismo—, el jefe del equipo reconoce:

—Al final me di cuenta de que no querían matarnos. Sólo asustarnos. Pero dejaron claro que, otra vez, no van a quedarse en amenazas. Según mi opinión, doctor Lucena, no se puede construir, sea lo que fuere, en ese lugar. A no ser que antes se mande la policía… La policía, no… Fuerzas del ejército para que terminen con esos bandidos, con todos, sin dejar ninguno. Nos amenazaron con arrojamos a los tiburones. Katia se desmayó y todavía guarda cama, dice que nunca más se bañará en el mar.

La otra secretaria, pobrecita, es linda y vibrátil, pero está hecha una pila de nervios. Es un torbellino en la cama, se pasó tres noches despierta: se adormecía, volvía a ver los tiburones que saltaban alrededor de la lancha. De tan impresionada, adhirió a la religión de los Hare Krishna.

El jefe del equipo concluye:

—Si es para volver a Mangue Seco, prefiero presentar mi dimisión ahora mismo, doctor Lucena.

El doctor Rosalvo Lucena y el doctor Mirko Stefano escucharon el espantoso relato, los lamentos y los informes con presencia de ánimo, no era casualidad que ocupaban cargos directivos en una compañía de la grandeza de la Brastanio. Tales reacciones de desagrado no llegan a sorprenderlos, son las primeras pero no serán las

últimas, por cierto. Piden a los participantes de la atemorizante peripecia que hablen lo menos posible del caso, les recomiendan silencio, imponen secreto. Con todo, la noticia llegó a la Prensa.

En *A Tarde*, fue presentada bajo un ángulo simpático: colérica y vigorosa reacción popular contra la amenaza de contaminación de la playa de Mangue Seco que, por la belleza de su paisaje y amenidad del clima, es un patrimonio que va a ser preservado y defendido a toda costa. Era una nota redactada por el propio Giovanni Guimaraes. Como no le bastaba el comentario, envió un telegrama de felicitaciones al poeta Matos Barbosa. En otro diario, los hechos fueron señalados como prueba de la extensión y peligro de la red subversiva instalada en el país, bajo comando extranjero, y que actuaba en rincones distantes, para impedir el progreso de la patria.

Apareció como titular y editorial en un semanario trepador dirigido por un conocido caradura, el combativo Leonel Vieira. Se refirió a la importancia de la instalación de la industria de dióxido de titanio pero acentuó sus inconvenientes, el alto tenor de contaminación y prometió volver a ocuparse del asunto en el próximo número con nuevas informaciones provenientes directamente de Agreste. Ya había mandado al lugar a un reportero del vibrante semanario.

No fue necesario enviar un reportero a los confines del interior, pues el Magnífico Doctor dio al querido y simpático Leonel Vieira todas las informaciones necesarias sobre la industria del dióxido de titanio, incluyendo cheque, whisky y señoritas. Hasta colmó sus melindres ideológicos pues, como ya fue referido, para gasto y renta en ciertos círculos, el impávido Vieira es un izquierdista bastante radical. Volvió al asunto, conforme había prometido, y dio un magnífico ejemplo de honorabilidad periodística a sus (pocos) lectores. En posesión de las nuevas informaciones, tuvo el coraje de confesar públicamente el error cometido y repudiar la calumnia levantada contra la Brastanio, cuya instalación en el estado contribuiría al progreso, la independencia económica del Brasil y a la formación del proletariado bahiano.

Los doctores Mirko Stefano y Rosalvo Lucena, el Magnífico Doctor y el *Managerial Doctor*, establecen el balance de la situación. El Director Presidente Angelo Bardi informa, en repetidas llamadas telefónicas desde São Paulo, sobre los obstáculos que surgieron en Brasilia. Las resistencias provienen, sobre todo, de las autoridades bahianas, dispuestas a ceder complacientemente cuando se habla de Agreste y Mangue Seco, lejanías sin resonancia ni campeones, y son intransigentes respecto a Arembepe, cercana, visible, evidente, conflictual. Para defender a Agreste, además de Giovanni Guimaraes, se levantan sólo un poeta sin mayor renombre y media docena de pescadores. Pero en las trincheras de Arembepe toman posición de combate muchos artistas y escritores de proyección nacional, turistas y *hippies*; y, en la balanza de las influencias más que todo ese folklore pesa el prestigio de las empresas propietarias de vastos y valiosos loteamientos iniciados y la venta en la extensa área: cuando la Brastanio disemine sus gases venenosos, los altísimos precios de los terrenos bajarán a cero.

A pesar de tener confianza en los saludables efectos del nuevo subsidio puesto a disposición del Viejo Parlamentario, el director presidente alaba, en un llamado telefónico urgente, la precaución tomada en la última reunión, por proposición de Mirko. No sólo por el desvío de la atención de los diarios y del público, sino también porque deben encarar la posibilidad de que no les reste otra opción además de Mangue Seco. Por ese motivo recomienda el envío a Agreste de un abogado capaz, para que estudie la situación de las tierras donde se levantarán las fábricas, en caso de que no le quede otro remedio. Por lo visto, no se sabe a quién pertenece el cocotal, es hora de tener claro los detalles de ese asunto. Por las dudas.

El doctor Mirko Stefano, al tanto de la vida bahiana, le recuerda al doctor Lucena el nombre de un profesor de la Facultad de Derecho, no tanto por la cátedra o por el título sino por la sagacidad demostrada en casos igualmente confusos y difíciles, el doctor Hélio Colombo. Catedrático, jefe de un estudio jurídico importante, ¿aceptará ir a Agreste, hacer ese viaje aburrido y cansador? Rosalvo duda, no sea que mande un ayudante cualquiera. Mirko aclara las cosas: por dinero, el doctor Colombo va hasta la puta que lo parió, cuanto más a Agreste. Pondrá un auto a su disposición y, para darle cierto encanto al viaje, una secretaria que lo acompañe y tome notas, es decir para todo servicio. Al conversar de esta manera informal, los dos directores de la Brastanio se permiten cierta libertad de lenguaje. El Magnífico Doctor llega al extremo de dejar de lado las citas en varias lenguas para referir, a cuento de lo sucedido en Mangue Seco y de la repercusión en la prensa, un proverbio nacional (¿o portugués?), según su parecer, perfectamente aplicable: Mientras el vecino recibe leña, nuestras espaldas están de fiesta. Mientras se ocupan de Mangue Seco, olvidan la existencia de Arembepe.

En una cosa están de acuerdo, ellos, directores, y el asustado jefe del equipo —en caso de verse obligados a implantar la industria en Mangue Seco, antes que nada será necesario limpiar el área de la inmunda carroña que la ocupa, terminar de una vez con esa covacha de contrabandistas, antro de bandidos. Una operación rastrillo de la cual no se escape ni un solo marginado o subversivo, empezando por el padrecito: ¡la iglesia se está transformando en un antro de terroristas, don Mirko! Rosalva Lucena cierra el balance:

—Sin olvidar a los niños. Aprigio me contó que eran los peores, provocaban a los tiburones. Además, estaban desnudos, cada muchachón enorme, con todo a la vista. Como lombrices fue lo que dijo Aprigio.

El Magnífico Doctor sonrió de buena gana, amable y cordial:

—No se preocupe, mi querido Rosalvo, si nos instalamos en Mangue Seco, tiburones y niños van a durar poco, desaparecerán con las emanaciones.

DE CÓMO ASCANIO TRINDADE, MIENTRAS RECITA VERSOS DEL POETA BARBOZINHA, SE EMBARCA EN LA ESTELA DORADA DE UN COMETA, CAPÍTULO DE UN ROMANTICISMO MÁS QUE ATROZ, SILENCIOSO Y LÍVIDO.

La luna pasea por el otro lado del mundo o descansa en el fondo del mar: en la negrura de la noche, las dunas son blancos vestidos de novia adornados con estrellas reflejadas en el cielo de Mangue Seco; es lo que había escrito Barbozinha en uno de los Poemas de Agreste, al recordar su encuentro con Tieta. Límpido manto de arena, tu vestido de nupcias, guirnalda de estrellas, ¡oh! rosa deshojada, novia etérea, oculta luna negra —antiguos versos, para recitar en fiestas del ayer. Leonora los había leído en esos días de agonía en que Ascanio había quedado como loco y su sueño se vio amenazado por ruina y fracaso. Para ilustrar el poema de Matos Barbosa, Calasans Neto plantó una luna negra en el abismo del mar, dibujó para la bienamada las dunas en un camino de estrellas. Un sol azul, una luna negra, días y noches de Leonora.

En el río se oye el ruido del motor de popa del barco de Pirica:

—Es él, madrecita, me lo dice el corazón. —Leonora se levanta, se precipita hacia la puerta del Curral do Bode *Inácio*.

Había llegado el día anterior, con el comandante y dona Laura, a pedido de madrecita: ven a ayudar a arreglar la casa. A pesar de ser alérgica al olor a pintura fresca, Tieta, de tan apurada se mudó con las puertas verdes recién pintadas. Con orgullo exhibe cada ambiente: mi chocita es pequeña, pero ¿no es cierto que es un amor? Sala, dos cuartos y baño; es acogedora, tiene de todo, hasta heladera que funciona a kerosene. Tieta no se fijó en gastos, mandó buscar todo de lo mejor. El domingo vendrán algunas personas amigas a almorzar, luego iremos a la playa. Los ritos de la muerte, tan severos en Agreste, no permiten fiesta de inauguración: habían pasado unos pocos días desde el entierro de Zé Esteves, que Dios lo tenga en su gloria. ¿Dios o el diablo?

Tieta va hasta la puerta, toma a Eleonora por la cintura:

—Aprovecha la oportunidad. Yo voy a charlar con el comandante y doña Laura. Si realmente estás enamorada, como dices, sujeta a tu chivo por los cuernos y retuércete toda; falta poco para que nos tengamos que ir. Ten cuidado de no subir a la misma duna que Pedro y Marta, a esta hora deben estar allá arriba, muy en lo suyo. No pierden ni una noche.

Abandona a Leonora allí, parada, desaparece en la oscuridad en dirección a la Toca da Sogra donde brilla la luz de acetileno de las lámparas marinas del comandante. Se apoya en el cayado, no lo larga desde la muerte del *Viejo*. Ricardo se había ido a Agreste, dejándola *in albis*. Las noches de sábado pertenecen a Dios. Después de la confesión con Fray Timoteo, esa tarde en la aldea de Saco, abstinencia total, ni un beso como remedio. Sólo a la vuelta, el domingo, después de misa. Sin embargo, ese sábado él viajó antes de la hora habitual, se embarcó por la madrugada en la canoa de lonas. Debe llegar a Agreste justo a tiempo para asistir a la misa conmemorativa del cumpleaños de Peto, lleva regalos de Tieta y Leonora; además de haberse comprometido a ayudar al padre Mariano, ella no sabe en qué especie de ceremonia, no entiende nada de asuntos religiosos.

La sociedad establecida entre Tieta y la Santa Madre Iglesia para administrar el

empleo del tiempo de Cardo, bien común, comienza a afectarla. En el auge de la pasión, alucinada y posesiva, ella lo exige a cada instante, sobre todo porque sabe qué breve es el plazo que le queda junto a su niñito. Nunca sintió, en toda su vida, un capricho igual a ése, un entusiasmo tan fuerte de cabra vieja por su cabrito que todavía huele a leche. ¡Ah! ¡si la Senhora Sant'Ana aceptara cederlo en régimen de dedicación total, durante esos pocos días, menos de un mes, a cambio de cualquier beneficio para la Matriz! En la familia Esteves, como puede comprobarse, se hizo un hábito negociar con el cielo. Sin poseer los méritos de Perpetua, Tieta estaría dispuesta a pagar caro el derecho a esas últimas noches de sábado, a esas breves horas en que Ricardo cumple con sus obligaciones de diácono en el templo.

Los pasos de Tieta se alejan, se acercan los de Ascanio. Excitada y trémula, Leonora espera —silenciosa y lívida, tú me aguardabas, había escrito el vate Barbozinha en un verso dedicado a Tieta, ¡ah! ¡los poetas entienden de lo que se ve y de lo oculto! Si Ascanio la acepta como criada o amante, ella jamás partirá de Agreste, la madrecita volverá sin compañía. A pesar de ser puta, sabe cuidar una casa, es fanática de la limpieza, cocina razonablemente bien, desde pequeña lava su ropa, lavó y almidonó la de Cid Raposeira, le remendó los pantalones y las camisas. Rafa necesita descansar, el mismo Ascanio dice que la vieja ama de leche está caduca, se olvida de las cosas, se lo pasa dormitando el día entero. Entre las palmeras surge el bulto, en la mano tiene un enorme tubo:

—¡Nora!

—¡Ascanio, mi amor!

Se abrazan estrechamente, el beso ardiente no es más ese leve roce de labios tímidos, el tubo rueda por el suelo. Las estrellas ruedan en el cielo, las estrellas del vate Barbozinha que iluminan el camino hacia las dunas. Leonora ofrece el brazo a Ascanio, señala con los ojos la masa blancuzca de las dunas:

—¿Vamos?

—Espera que quiero guardar esto, después te lo muestro.

—Toma el tubo del suelo, se lo entrega a Leonora que lo lleva a la sala. Se besan nuevamente, antes de empezar a caminar entre las estrellas.

Ascanio había anunciado triunfante, unas horas antes, en la «marineti»:

—No falta mucho para que este camino infame sea mío de los mejores de Bahía y de Brasil. Dos pistas anchas, de asfalto, en cada dirección, en la práctica, una autopista.

Impresionados, los pasajeros piden detalles, él los da y bien precisos. La CBEP, la Compañía Bahiana de Ingeniería y Proyectos, la que asfaltó el Caminho da Lama, ¿saben cuál es no?, está ultimando los estudios para la aprobación final por parte de la Brastanio. Ascanio regresa de la capital trayendo el progreso en su portafolios negro de cuero, moderno y caro, y en el largo y grueso tubo de metal. El portafolios, regalo del doctor Rosalvo Lucena, fue depositado en la portería del hotel junto con una gentil tarjeta y allí guarda el material enviado por el Magnífico Doctor,

exhaustiva documentación. En el tubo, el dibujo de Rufo, el decorador, ese monumento. La voz de Ascanio adquirió vigor y claridad, las sílabas son bien pronunciadas, las palabras elegidas y correctas. Todos sienten la modificación ocurrida: el esforzado joven secretario de la Municipalidad, de pequeñas empresas e irrealizables sueños, se transformó en un ejecutivo realista y dinámico. Había madurado en la capital, a fuerza de tratar con hombres de gran capacidad y corazón.

Quién sabe, tal vez por no haberle agradado la noticia sobre la próxima pavimentación de la ruta, la «marineti» de Jairo, a quien algunos maldicientes han apodado *Mula del Pantano,* decidió no andar. Cuando por fin llegaron a Agreste, era la romántica hora del crepúsculo. En la puerta de lo de Perpetua, el seminarista Ricardo, de sotana, reloj pulsera, anillo de jade en el dedo, risueño, le informó que la prima Leonora estaba en Mangue Seco. Sin siquiera decir hasta luego, Ascanio corrió a buscar en qué irse.

Caminan en silencio por las dunas, de la mano, sonriendo el uno al otro. Al indagar en el rostro de Leonora que está envuelto en sombras, Ascanio intenta compararla con Pat, Nilsa, Bety. ¡Imposible! No sólo porque Leonora es infinitamente más bella, sino sobre todo por la inmensa distancia moral que la separa de estas pirañas. Pirañas, así es como el periodista Ismael Julião se refería al mujerío que estaba reunido en el borde de la piscina; ni parece que es el novio de una de ellas. Es un tipo repugnante, el doctor Lucena tiene razón.

El rostro de Leonora refleja pureza, hidalguía, sentimientos nobles. De inmediato se ve que es de familia de principios, de primorosa educación. Las otras, pobrecitas, qué pueden ser sino… pirañas, para no usar la palabra torpe y exacta. En ningún momento, en esos días y noches de tanto movimiento, Ascanio consideró que estaba traicionando a Leonora al ir a la cama con Pat, Nilsa y Bety. En Agreste, por lo menos dos veces por semana, comparece en la pensión de Zuleika Cinderela para descargar el cuerpo en una de esas zorras. No se traiciona a la amada, a aquella que se eligió para esposa, por acostarse con una mujerzuela. Mujerzuela, pitaña o puta, sinónimos. Amor y cama, son cosas diferentes, nada tiene que ver una con la otra; así como Leonora no tiene nada en común con aquellas descocadas de Bahía, esas tres conocidas y las demás, entre las cuales está Astrud. Astrud, sí, igual a Pat, Nilsa y Bety. Ahora ya ninguna Astrud puede engañarlo. Ascanio es otro, aprendió a distinguir.

Siempre de la mano y sonriendo, inician la subida de la duna más alta, los pies se entierran en la arena. Leonora tropieza con una hoja de palmera, vacila, cae, trata de levantarse, Ascanio la toma en los brazos, leve cuerpo alado, sílfide —los poetas siempre aciertan, nunca se equivocan—. La conduce en brazos. Leonora se apoya en su pecho, cara a cara, las respiraciones se cruzan y se confunden.

Al depositarla de pie en el suelo, en lo alto, se besan ante el abismo tenebroso y deslumbrante. Allí, en una noche de luna llena ella había rozado su mejilla con los labios, cuando Ascanio le contó lo de la traición de Astrud. En la noche sin luna el

paisaje es más denso y misterioso, inmenso y oscuro. Cuando se desprenden uno del otro, ella recuerda, con voz cristalina:

—Del lado de allá, está la costa de África. No me olvidé. Sólo que la luna que encargué para hoy no llegó, San Jorge[44] no es mi protector.

Se sientan delante del mar furioso que quiere penetrar en la tierra. La gran emoción se refleja en una pequeña y tímida sonrisa. Feliz, Ascanio enmudece; sin embargo, pensó en las frases, eligió cada palabra. Leonora pregunta:

—¿Anduvo todo bien?

—Muy bien. Después te cuento, detalle por detalle: —Se decide—: Ahora quiero hablarte de otra cosa, de nosotros…

Leonora lo interrumpe, de repente se siente afligida, mira el océano en la distancia, infinitamente triste, el cristal de su voz está roto:

—Ascanio, hay una cosa que quiero decirte, tengo que decírtela.

El le tapa la boca con la mano, rápidamente. Todo menos eso. Sabe lo que Leonora le quiere contar, no puede permitir que ella misma confiese lo sucedido. No quiere oír de su boca el relato, sería el peor de los sufrimientos. Si es necesario reabrir y revolver la llaga recién cerrada, el sacrificio debe ser de él.

—No digas nada, yo ya sé todo.

—¿Lo sabes? ¿Quién te lo contó?

—Doña Carmosina. Doña Antonieta se lo dijo a ella para que me pusiera al tanto. Para ver si yo desistía.

—¿Te contó todo? —Saltan las primeras lágrimas.

—Todo. Cómo te engañó el canalla de tu novio y abusó de tu inocencia. ¿Recuerdas el viaje que hice a Rocinha? Fue esa vez. Pero el plan no dio resultado. Lo que sucedió no tiene importancia para mí. Yo te considero tan pura como la Virgen Maria.

Las lágrimas corren por la cara de Leonora, llanto silencioso. Ascanio se las seca con besos y exige:

—Sólo te pido una cosa: nunca más hablaremos de eso, ni una palabra. ¿De acuerdo?

Afirma que sí con la cabeza. Iba a decirle otra cosa, contar la verdad, pero ahora, ante lo que acaba de oír, ¿de dónde sacar coraje para hablar? Rompe en sollozos, Ascanio la besa.

Oyen un sonido distante, ¿de dónde viene? ¿De la duna vecina? ¿Qué es lo que ve en la sombra? Apenas se ve pero se oye cada vez más nítidamente el dulce gemido y algunas frases que se parten en el viento: ay, mi Pedro, mi amor… Ascanio está atento, Leonora esboza una sonrisa, le sirve de pretexto para romper el confuso círculo de engaños:

—Es el ingeniero con la mujer. Madrecita me contó que están ahí todas las noches.

—Vale la pena estar casado… —Envidia Ascanio.

—Ascanio, pase lo que pase, nunca pienses que yo te quise engañar. Jamás tuve otro amor en mi vida. Antes de conocerte no sabía qué era amar.

Cuando él, agradecido, se inclina para besarla. Leonora lo encierra en sus brazos y, en un gesto inesperado, lo prende con las piernas, obligándolo a acostarse sobre su cuerpo. Agarra a tu chivo por los cuernos y retuércete toda, había aconsejado su madrecita. Ascanio trata de desprenderse, teme perder la cabeza y abusar de tanta inocencia y confianza, hacer por amor lo que el canalla había hecho por cálculo innoble. Pero ella lo mantiene sujeto, cuerpo a cuerpo, él siente los senos, las piernas, el vientre, le cuesta contenerse. Leonora murmura:

—Perdóname por no ser como pensaste. Ven, soy tuya. ¿O no me quieres? — Nuevamente corren lágrimas.

—¡Ay, si te quiero…!

Se intensifican los suspiros en la duna vecina. El viento, cómplice, levanta el vestido de Leonora, ella se abre. Ascanio la tuvo delante de la costa de África y, en lugar del perdido himen, tocó la estela dorada de un cometa. Por primera vez en la vida, Leonora se entregó por puro amor, sin mezcla de cualquier otro sentimiento, bueno o malo. Llora y ríe. Fue una cabrita destetada, chiva golpeada por la vida. En ese fin del mundo, frente a la costa de África, se hace mujer, completa y feliz como quien más lo es o lo ha sido. Posee un sol azul y una luna negra.

Se mezclan los suspiros de amor, y se pierden en las dunas. Manto nupcial de arena blanca, guirnalda de estrellas, novia etérea, rosa deshojada. A Leonora le faltan fuerzas. En el horizonte nace un sol azul, en el abismo del mar desaparece la luna negra, las lágrimas se borran, se enciende una sonrisa. Ay, amor, ahora sí puedo morir.

DONDE EL AUTOR SE DESMANDA CON UNA ALABANZA; CON SEGURIDAD HA DE TENER SUS MOTIVOS PARA HACERLA.

Mucho se ha hablado en este folletín de patriotismo y patriotas. Sobre el particular, se hace indispensable reparar una grave injusticia y debo corregirla con urgencia antes de introducir a los lectores en la animada (y única), pensión de mujeres de la vida situada en Agreste, cuya dirección a cargo de Zuleika Cinderela, su propietaria, asegura delicadeza y eficiencia.

Honróse con justicia el desprendimiento del comandante Darío de Queluz, que abandonó una gloriosa carrera en los buques de guerra de la Armada por amor a las bellezas, al clima y a la tranquilidad de Agreste. Se cantaron loas a los poemas dedicados por el aplaudido vate Gregório Eustáquio de Matos Barbosa al terruño natal, en cuyo paisaje se inspiró; se dio noticia de la importancia que tuvo su retorno para la ciudad, venido a menos por su enfermedad, pero portador de un inestimable patrimonio: el éxito, la fama, el recuerdo de ilustres amistades, los ejemplares de libros publicados. Se trazaron amplias consideraciones en tomo al apego de Ascanio

Trindade al municipio pobre y atrasado que él desea rico y progresista; muerto el padre, podría haber vuelto a la facultad y, después de recibirse, actuar en el sur —cualidades no le faltan, inclusive reconocidas por los directores de la Brastanio. Se recordaron nombres pertenecientes al pasado, hechos y méritos.

Sin embargo no se habló de la dedicación, de la devoción incondicional a Sant'Ana do Agreste de Zuleika Rosa do Carmo, Cinderela, a la que tanto deben la ciudad y el municipio. No sólo su nombre dejó de figurar entre el de los comprobados patriotas, sino también su presencia en las innumerables páginas de este folletín raramente aparece, casi siempre a colación de citas casuales. Una vez, fue vista en la iglesia, rodeada de «profesionales» la noche de Año Nuevo; los cuatro amigos bebieron a su salud en el bar, sólo faltaba Asterio por ausente y bien casado. Eso fue todo. He cometido una de las mayores injusticias y voy a tratar de remediarla.

Si ella no hubiese permanecido en Agreste y hubiera aceptado las diversas y ventajosas ofertas que le hicieron, no una o dos, muchas, ¿qué sería de la alegría de ese perdido pueblo? ¿Qué les quedaría a los jóvenes (y a los menos jóvenes) además de las cabras? Algunas putitas asquerosas que mendigan en el Beco de la Amargura, en Buraco Fundo, en las esquinas perdidas.

En la lista que hice de los centros culturales de Agreste, cité la pensión de Zuleika. Por haberlo hecho, merecí una crítica áspera de Fulvio D'Alambert, riguroso en cuanto a literatura y moralidad. Pero pregunto: ¿dónde toman contacto con la civilización de los grandes centros y se educan, los campesinos que vienen de las plantaciones y chacritas de Rocinha, los sábados, para la feria? ¿Dónde encontrar, permanentemente perfume y gracia, música y baile, galantería, tertulia, canto, recital, un tango de los floreados, además de la teoría y la práctica de la sexualidad, ciencia tan en boga en los tiempos actuales?

Los días y las noches de Agreste serían mucho más tristes y solitarios, sobre todo las noches, si Zuleika, tentada por la avidez de dinero, seducida por el fausto, hubiese partido en busca de fortuna y renombre nacional para lo que contaba con los atributos necesarios, físicos y morales. La vida cotidiana de Agreste no se caracterizaría por la buena convivencia, la discordia no hubiera esperado la llegada de la Brastanio para establecer su remo, Zuleika Cinderela promueve buenas relaciones y cordialidad entre el pueblo, inclusive es responsable por la armonía de varios matrimonios —si no fuese por las muchachas que trabajan en la pensión, muchos maridos hubieran desertado del hogar en busca de tierras más evolucionadas.

Zuleika desde temprano rechazó invitaciones, de madamas de Esplanada, Mata de São João, Caldas do Cipó, Dias D'Avila, Feira de Santana, Jequié, Itabuna, Aracajú y Salvador, que ofrecían buenas condiciones pues ella, era una tentación de mujer, un portento. La apodaron Cinderela por haber salido de la cocina de la hacienda Tapitanga, donde el coronel Artur había ejercido el derecho de pernada ates de que ella cumpliera catorce años. Cuando se hizo mujer, ya establecida en la pensión, no le faltaron propuestas lucrativas para trasladar a centros más poblados y adelantados su

capacidad de empresaria y administradora: podría haberse hecho rica.

Se reveló como una innegable patriota igual que el comandante, Barbozinha y Ascanio. Jamás admitió la idea de dejar Agreste, ya que se sabía querida e indispensable. ¿No le cabía casi siempre la delicada tarea de iniciar a los jovencitos de buena familia? Padres conscientes, atentos a la educación de los hijos varones, depositaban en manos de Zuleika Cinderela el futuro de los herederos, los ponían a su cuidado, por vía indirecta de parientes y amigos, suplicando que se ocupara de ellos para que fueran hombres íntegros. A veces también iniciaba gratis a algunos chicos, por bondad y deseo. De estatura pequeña y alma grande.

Cuando, a los once años, Osnar la fue a buscar, llevado por un primo, ella había cumplido veinte y ya tenía fama de especialista en la materia. Hoy, que puede decirse que pasó con garbo los cincuenta, si contara la cantidad de jovencitos que desvirgó en el curso de su existencia, alcanzaría un record. Ya no es dueña del vigor y la turbulencia juvenil; se hizo pausada, pero con igual desenvoltura y mayor gentileza conserva aquel cuerpo primoroso y bien hecho, esa irresistible sensualidad, las marcas de viruela casi desaparecidas de su rostro siempre en fiesta.

Si en el mundo hubiese justicia, si los ciudadanos de Agreste no estuvieran atados a la hipocresía de los prejuicios, Zuleika y su establecimiento modelo hubieran sido proclamados de utilidad pública desde hace mucho tiempo. Pero la vida es un almacenamiento de injusticias —repítase esta verdad aquí, para agregar otro lugar común a los tantos otros que se acumulan en las deslucidas páginas de este folletín.

DE LOS ESPONSALES DE PETO.

Nunca lo habían visto tan limpio, serio y elegante pero, por extraño que parezca, nadie hizo chistes ni le tomó el pelo, a no ser don Manuel:

—¡Epa, Peto! ¿Vas a tomar la primera comunión? Ya se te pasó la edad. ¿O te vas a casar?

Osnar interrumpió al portugués:

—Almirante, ¿no sabes que hoy es el cumpleaños del sargento? Por lo menos ofrécele una Coca-Cola.

—¿Cumpleaños? Pero claro que sí, felicitaciones. Ordena lo que quieras.

El siempre desprolijo Peto, estaba realmente desconocido. El pelo por una vez en la vida estaba asentado a fuerza de brillantina; gastó un frasco entero, el olor tan singular supera al de los cigarros y cigarrillos. Reloj pulsera, modesto recuerdo de la tía Antonieta, que te quiere, camisa nueva y novedosa: género estampado, colorado y azul, en ella se leen los nombres de las capitales y de las ciudades más importantes del mundo, con las felicitaciones y un beso de la prima Leonora —regalos traídos por su hermano, entregados a la hora del almuerzo de cumpleaños, zapatos lustrados y pantalón largo, el primero; menos mal que la madre se convenció. Cuando alienta al

tío Asterio que juega un partido amistoso contra Seixas, lo hace con cierta contención, se nota que no es la misma criatura irreflexiva.

Cuando la campana de la Matriz da las nueve y se apagan las luces, mientras don Manuel trata de encender las lámparas, Osnar hace una seña y Peto sale discretamente, va a esperar a la plaza. Si alguien se dio cuenta, se hizo el burro, la charla prosigue con animación; si el tío Asterio lo buscara, Aminthas le dirá que se fue a su casa.

Cuando lo va a buscar a la plaza, Osnar le da coraje:

—No tengas miedo, sargento.

—¿Quién dijo que tengo miedo? Estoy en lo mío.

Osnar sonríe en la oscuridad. Todos repiten lo mismo, él también había asegurado que estaba tranquilo cuando lo acompañó al primo Epaminondas, que Dios lo tenga en su gloria. Pero dentro del pecho, el corazón latía desacompasadamente.

Antes de tomar el sendero, avistan a las personas que salen del cine Tupy, único lugar iluminado de la ciudad después de la nueve y pico: tiene motor propio.

—Hoy el padre fue al cine —dice Osnar, al ver una sotana.

No es el padre. Es Ricardo. Fue con mamá. La película trata de religión. Debe de ser un bodrio.

Para poder estar con Osnar, Peto había faltado a una sesión de cine por primera vez en tres años. Si confía en los elogios que el padre Mariano, un anticuado, hizo durante el almuerzo, debe de ser para morirse de aburrimiento; según Peto para que una película valga, tiene que tener tiros e inmoralidad. De cualquier manera va a ir mañana, a la matiné. Marchan en dirección opuesta a la entrada de la ciudad, se encaminan hacia Jaqueira, donde, entre árboles que están en el centro del terreno, se localiza, discreta, la pensión de Zuleika Cinderela.

Dentro de lo que es la rutina de la pensión, el sábado es un día especial, el de mayor movimiento. Por la tarde, hasta el anochecer, es frecuentada por los feriantes. Entran a la sala, se sientan a esperar o elegir mujer, piden una cerveza o un cognac, cuentan y recuentan el dinero, a veces son billetes atados a la punta de un pañuelo. Algunos son clientes fijos de ésta o aquélla, otros prefieren variar. La clientela rural dura hasta las siete, nunca más allá de las siete y media. A partir de las nueve, nueve y media, después del cine, comienzan a llegar los jóvenes de la ciudad. El sábado es día festivo, noche de acostarse tarde, de tocadiscos y baile, de mucho consumo de bebidas. Entre las siete y media y las nueve y media hay un intermedio casi muerto; las «profesionales» cenan, descansan y algunas van al cine.

Cuando Osnar y Peto aparecen en la puerta, la sala está prácticamente vacía. En una de las mesas, dos mujeres conversan; en otra, Leléu charla bajito con una rubia teñida con quien anda en amores. Una jovencita, al salir, se cruza con ellos en la entrada:

—Buenas noches, don Osnar. Tú eres Peto, ¿no? Ya he oído hablar de ti.

—¿A dónde vas, Maria lnmaculada? —La pregunta incluye sorpresa y

reprobación.

—Vuelvo en seguida don Osnar. Cuente conmigo.

En la sala, Osnar se dirige a Neco Suruba, el mozo desde tiempos inmemoriales que empezó en el empleo siendo un chico y ya está lleno de canas.

—¿Dónde está Zu?

Una de las mujeres se apresura a responder:

—Doña Zuleika se está bañando, no va a tardar.

Tanto ella, como la colega sonríen a Peto y lo examinan. El olor de la brillantina se hace sentir, es familiar; los feriantes usan la misma marca, una que se vende en frascos pequeños. Barata y fuerte.

—¿Recibieron la encomienda? —Osnar se dirige a Neco.

—Está en la heladera. —Además del bar, sólo la residencia de Modesto Pires y la pensión de mujeres de la vida tienen heladeras (a kerosene) en la ciudad.

Ni bien se sientan a la mesa donde están las dos mujeres, Zuleika Cinderala entra en la sala y con ella un rico aroma a agua de colonia y jabón que suaviza el poderoso olor de la brillantina. Los zapatos de taco alto aumentan su estatura, tiene pelo de india, cuerpo bien torneado, incitante, anillo y pulsera de fantasía, un vestido azul hortensia, suelto y escotado con bolsillos blancos; todo en ella es limpieza y femineidad. Va directo hacia Peto, su sonrisa es un don del cielo y ella lo distribuye:

—Buenas noches y bienvenido, Peto. ¿Quieres tomar algo? Felicitaciones por tu cumpleaños. Tengo un regalo para ti. —Le guiña un ojo.

Como Peto no acepta ninguna bebida, ella le tiende la mano y lo invita con una leve señal hecha con la cabeza. Osnar y las dos mujeres siguen la escena, la rubia de Leléu se da vuelta para ver. Peto se levanta, siente la curiosidad a su alrededor. Osnar pide cerveza.

Una vez cerrada la puerta del cuarto, Zuleika para poder ver mejor, pone sobre la mesa de luz la lámpara que estaba colgada en la pared. Peto está de pie, con los ojos bajos. Los dos son casi de la misma altura.

—¡Tú sí que eres buen mozo! Ya te vi muchas veces, por la calle. Siempre pensaba: ¿cuándo me vendrá a ver? —Dulce y tierna—: Le pedí a Osnar que te trajera para festejar tu cumpleaños.

Abre la camisa nueva del jovencito:

—¡Cuántos nombres de ciudades! París, Roma. El Papa vive aquí. ¿Te la regalaron?

Peto hace un gesto afirmativo con la cabeza, casi dice: regalo de mi prima, pero se contiene a tiempo. Zuleika mete la mano por debajo de la camisa abierta, acaricia el pecho y las costillas; se acerca más y lo besa atrás de la oreja antes de hacerlo en la boca. Cuando lo suelta, Peto se arranca los zapatos, Cinderela le saca la camisa, lo ayuda a bajar los pantalones. Peto los sujeta para que no caigan al piso de ladrillos y se ensucien: pantalones largos, los primeros. Zuleika se libra de los zapatos, sacude los pies, se recuesta en Peto, baja la mano por el cuerpo del niño, le abre el

calzoncillo, toca sus atributos, juega con ellos:

—¡Qué palomita tan linda! —despaciosamente sube y baja la mano; al mismo tiempo le ofrece la boca.

Se aleja un poco y le da la espalda:

—Baja el cierre de mi vestido, amorcito.

Al bajar el cierre aparece el cuerpo desnudo ante los ojos de Peto. Con un movimiento de hombros, Zuleika se desprende del vestido, el niño puede verla toda, ¡qué bonita que es!

—¿Te parece que soy linda?

—Mucho.

—¿Tienes ganas?

—Ni me preguntes.

—Ven.

Se acuesta en la cama y deja un lugar para Peto. Se acomodan de costado y se miran. El extiende la mano, medio torpe, y le toca un pecho. Es más chico que el de la tía, más grande, que el de Leonora, no se parece a ninguno de los dos. Parece un pan casero recién salido del horno. Zuleika suspira al contacto: cada gesto tímido, cada avance, es un placer divino.

—¿Dime, es la primera vez?

—Con una mujer, sí.

—¿Se la diste a algún amigote?

—No, sólo a la cabra.

—A *Negra Flor*. ¿No es cierto?

—Sí, a ella.

Animal indecente, ordinario. Peto es el tercero entre los más recientes que le cuenta que anduvo con esa cabra. *Negra Flor* la precedió más de una vez.

—Con una mujer es diferente, ya vas a ver.

Cambia de posición, ahora está panza arriba, abre las piernas, los ojos de Peto se posan en la mata de pelos negros. La mano de Zuleika Cinderela va a buscarlo.

—Ven, mi macho, pon esa palomita linda en el nido de tu mujercita.

Lo besa tiernamente, lo acaricia, hace que él la monte, alza el vientre para facilitar el abrazo, mete la lengua dentro de la oreja de Peto y murmura:

—¡Ay! ¡Cómo me gusta! Tal vez hasta me enamore de ti…

Cruza las piernas alrededor de la cintura del niño:

—Mete, mete todo.

Lo sujeta entre las piernas, lo besa en la cara y en la boca, retuerce las caderas, le ofrece un seno. Tiene que conseguir que él aprenda y que le guste, que sepa lo que es bueno, que se haga macho entero e íntegro, para eso se lo confiaron. Al mismo tiempo, Zuleika, la vieja Cinderela, se embriaga de placer, saborea y degusta cada iniciación. En la vida o en la eternidad no puede haber placer que se compare a ése.

—Goza conmigo, que estoy gozando.

Otra vez ha obtenido una victoria: el debutante acaba junto con ella, en el mismo instante, en el mismo grito; renace en el momento de morir.

Cuando Peto, orgulloso y feliz, sale del cuarto y entra en la sala, es aplaudido frenéticamente. La casa está llena, todas las mesas ocupadas; el grupo del bar está presente, don Barbozinha, el árabe Chalita con una jovencita en las rodillas, el chico Sabino, socio de Peto en *Negra Flor*, a quien Zuleika había desvirgado, por placer, hacía una semana, sin que nadie le pagase por hacerlo. El que paga por Peto es Osnar y regiamente. Entre los otros, juntaron plata para la fiesta.

Las mujeres lo besan en la boca, una por una. La rubia teñida le dice bonito, otra, dulce de coco, la más joven, la que salió y volvió, cuñado; cada cual más loca y linda. Peto se sienta aliado de Aminthas, huele a brillantina y a hembra.

Osnar trata de destapar la botella de champagne —champagne nacional, es evidente, pues estamos en la pensión de Zuleika Cinderela, en Agreste y no en el «Refugio de los Lores», de Madame Antoinette en São Paulo. El poeta Matos Barbosa, carraspea para limpiar la voz, saca del bolsillo una hoja de papel y, en medio del más absoluto y respetuoso silencio, declama el *Soneto del Himeneo*, compuesto para esa ocasión, ¡una belleza! Neco Suruba trae la torta de cumpleaños y casamiento.

Zuleika Cinderela, que todavía está embriagada de placer, exige una copia del soneto, manda poner un tango en el tocadiscos y dando vueltas con su vestido azul sale a bailar con Barbozinha, mejilla a mejilla, las piernas se entrelazan en esos pasos floreados y difíciles. Peto, enamorado, acompaña los pasos de la pareja, muerto de celos.

DE CÓMO EL SEMINARISTA RICARDO, PONIENDO A PRUEBA (INTENSAMENTE) SU VOCACIÓN, COMETE UNA IMPRUDENCIA.

Al sacarse alba y estola, el domingo, después de misa, el padre Mariano observa a Ricardo que anda por la sacristía, transmite órdenes a Vavá Mariçoca y opina sobre el inventario encomendado por la Arquidiócesis:

—Ricardo, hoy no has comulgado, ¿por qué?

—Ayer a la noche he pecado, padre, y no tuve tiempo de confesarme. Discutí con don Modesto Pires; me dio mucha rabia y lo insulté…

—¿Insultaste a Modesto Pires? ¿Tú? —el reverendo balancea la cabeza boquiabierto e incrédulo.

Durante las vacaciones en Mangue Seco su protegido se trasformó. Cuando volvió de rendir examen todavía era un niño de físico aventajado, risueño y amable, sus preocupaciones eran la pesca y la pelota de fútbol, cuando no estaba estudiando en su casa o ayudando en la Matriz; de repente, se había convertido en un muchachote, continuaba risueño y amable, pero con otros modales y otro aire, se interesaba por problemas serios, vibraba indignado contra la instalación de la fábrica

de dióxido de titanio, se atrevía a discutir con Modesto Pires y a criticarlo. ¿Qué bicho le habrá picado?

—Le dije lo que pensaba de esa fábrica y de los que están a favor de su instalación. Cometí el pecado de la ira, padre.

Al responder, comete el pecado de la mentira. Había cambiado algunas palabras con Modesto Pires pero sin llegar al insulto. Ciertamente falta de respeto: menos por la agresiva charla en la calle que por la discreta actividad en el cine; al recordar se le ponen los pelos de punta. Hubo pecados, que impedían la comunión, pero de la carne, a la tarde y a la noche; en la torre de la iglesia, en la oscuridad del cine, a orillas del río. El padre siente la transformación pero no sabe hasta qué punto cambió la vida de su pupilo. Envuelto en un torbellino de hechos, Ricardo pone a prueba su vocación, atraviesa un camino de luz y tinieblas. ¡Ah! padre, no quiera saber qué bicho le picó…

—¿Te has confesado con el padre Timoteo? ¿Continúa siendo tu director espiritual?

—Sí, padre. Está pasando el verano en la aldea.

—¿Y cómo anda ese santo varón? ¿Sigue delicado de salud?

—Dice que la playa le está haciendo bien.

—Dios lo conserve. Es una luminaria de la iglesia.

El padre Mariano repite lo que oye decir en Aracajú y en Salvador. Todos alaban las virtudes y el saber del fraile, aunque no estén de acuerdo con sus tesis. Ricardo aprueba el elogio con entusiasmo, por saberlo merecido, Fray Timoteo le reveló la existencia de realidades y problemas sobre los cuales el padre Mariano nunca le había hablado, seguramente por no haber reflexionado jamás acerca de ellos. Le dio una nueva comprensión de los deberes del sacerdocio, cuyos límites no se restringen a las obligaciones del culto, cumplidas con rigor por el párroco de Agreste. Lo había acercado a Dios.

En el seminario, Ricardo concibió un Dios terrible y abstracto, apartado de la vida de los hombres, a quien se está obligado a servir para no pasar por las penas del infierno durante la eternidad. El Dios de Fray Timoteo participa de la vida, comprende los problemas de los hombres, es un ente familiar y concreto, digno de ser amado. Las palabras de las oraciones, repetidas en el seminario, sonaban huecas; ahora, con el franciscano aprendió su real significado. Por ejemplo, amantísimo corazón: Dios es amor y paz, le dijo el anciano fraile. Cuando Ricardo se creyó indigno de continuar aspirando al sacerdocio por haber pecado, el fraile le aconsejó:

—Todavía tienes tiempo de sobra para probar tu vocación antes de decidirte. Si el mundo se impone, elige otro oficio, sirve a Dios como un simple cristiano, no por no usar sotana ni decir misa, tu merecimiento será menor. En caso de que tu vocación continúe viva y la sientas como una exigencia interior, entonces prosigue de sotana, cumple tu destino y la ley de Dios. Pero nunca tengas miedo, no huyas, no te escondas ni te niegues. Amantísimo es el corazón de Dios.

Ricardo había hablado con Fray Timoteo del ingeniero Pedro, materialista y ateo, que disertaba sobre las injusticias sociales, los crímenes de la burguesía y del capitalismo, la necesidad de transformar la sociedad.

—Él también sirve a Dios, pues desea la justicia y la felicidad de los hombres. —El viejo sonríe—. Hasta los que dicen que no creen en Dios pueden servirlo, siempre que amen a los hombres y trabajen para ellos. ¿Por qué no traes a tu amigo aquí? Me gustaría conocerlo.

En la aldea de Saco, Ricardo vive horas exaltadas cuando presencia las charlas del ingeniero con el fraile. Pedro, impetuoso, sincero y entusiasta, niega la existencia de Dios y del alma, en un tempestuoso discurso. El franciscano había llegado del tumulto y del ansia del mundo para meditar en la celda del convento, diserta con voz calma y usa imágenes poéticas. Ricardo descubre en ellos un parecido y un parentesco, puntos de convergencia, un objetivo común: la preocupación por el ser humano. Busca paso entre las contradicciones y coincidencias, se dispone a sujetar su vocación a las pruebas necesarias, a no negarse a las discusiones y a los actos. En el momento justo, decidirá. No antes de elucidar todas sus dudas.

En la lancha, la noche de los tiburones y el miedo, al lado de Jonás, había sentido cuánto cuesta mandar, sobre todo si el precio del deber es la crueldad y la violencia. Jonás es un hombre bueno y jovial; sin embargo, en ese momento extremo, el rostro del pescador se puso sombrío e implacable. ¿Por dónde pasan los caminos que conducen a la alegría y a la justicia? Al ver a los hombres y a las mujeres llenos de pánico, los tiburones a flor de agua, al ver a la tía, a Jonás, a Daniel, a Isaías, a Budião, personas de comprobada bondad, que empuñaban la muerte para defender la vida, Ricardo sacudió los últimos frenos, tomó la rienda entre los dientes, decidido a galopar por cuenta propia, libre de obstáculos.

Acumula en el pecho, con apuro y confusión, palabras, ideas, sucesos. Todo empezó con la llegada de la tía, hace un mes y medio, como mucho. En la parada de la «marineti», Ricardo había esperado el desembarco de una anciana, más que tía una abuela, una viuda en llanto y luto. Rezó por su salud, con las rodillas sobre granos de maíz, para pagar la promesa. De la «marineti» había bajado una diosa. Al mismo tiempo, imagen de santa y cabra de poderosas ubres, según decía Osnar, el boca sucia. Santa y cabra, ¿cómo puede ser? Y sin embargo es así.

Habían sucedido muchas cosas desde entonces. Desde la primera noche en las dunas con Tieta, al subir al cielo y bajar al infierno, hasta aquella tarde de tempestad en medio de las olas y los tiburones, que amenazaban a los asustados funcionarios de la Brastanio, cuando cumplió con el duro deber de ciudadano, tremenda obligación. En el Te Deum, que abrió las puertas de Año Nuevo, bajo el peso de las miradas de las mujeres, distingue a María Imaculada. Se había roto un vínculo, se formó un nuevo eslabón, inicio de una cadena. Muchas cosas en poco tiempo, la exaltación de la vida, el horror de la muerte.

Otras experiencias son más fáciles, ¡ay, son deliciosas! El sendero de prueba pasa

entre mujeres. La tía encendió una fogata en su pecho, el incendio se propaga, ¿cómo apagarlo? No basta con Tieta, no basta con María Imaculada, pues la brasa quema y se inflama ni bien Ricardo percibe una mirada cargada de deseo, la insinuación de una sonrisa. No sabe negarse, ni piensa en negarse. ¿Por qué huir después de lo que le fue dado ver y hacer?

Llegó por la mañana de Mangue Seco debido al cumpleaños de Peto pero con la intención de tener la noche libre, entera para Maria Imaculada. Perpetua limitaba los festejos a un almuerzo, para el que había invitado sólo al padre Mariano, además de Elisa, Asterio y la madre Tonha. Se había quejado ante el padre por la ausencia de Tieta y Leonora, pero lo hizo de la boca para afuera. Si ellas estuviesen en Agreste, Perpetua estaría obligada a reunir en su casa a un mundo de gente, empezando por la antipática Carmosina; sería un gasto enorme. Así todo salió mejor. Tieta y Leonora no aparecieron pero mandaron regalos por intermedio de Ricardo. La tía rica nuevamente había dado prueba de generosidad y afecto para con los sobrinos: el reloj dado a Peto mereció elogios y consideraciones del párroco:

—Un regalo espléndido, doña Perpetua. Doña Antonieta es mano abierta y adora a sus sobrinos. Sus hijos tienen el futuro asegurado. No dudo de que llegarán a ser —bajó la voz pues llegaban Asterio y Elisa— herederos privilegiados.

Se iluminan los ojos de Perpetua, Dios lo oiga, padre, y bendiga sus palabras. Espera el regreso de la hermana para hablarle del futuro de los niños. Tieta no tiene herederos directos y, entre sobrinos e hijastros, tiene obligación, de preferir a aquéllos en cuyas venas corre sangre igual a la suya, sangre de los Esteves. El peligro es la pizpireta Leonora, madrecita de acá, madrecita de allá, más que hijastra, es casi una hija. Sin embargo, Perpetua confía en la ayuda del Señor, puntual pagador. Habían establecido un trato, llega el momento de que el señor cumpla con su parte.

Terminado el almuerzo, después de una breve charla, el padre se retira, Ricardo lo acompaña. No había mentido cuando le dijo a Tieta que tenía un compromiso con el Reverendo. Había prometido ayudarlo en el inventario de los bienes de la parroquia, exigido por la Arquidiócesis. El Cardenal está preocupado por sucesivos robos en las iglesias, extravíos de piezas valiosas de imaginería, de ricos objetos de culto; en ciertos casos, con la complicidad de padres y sacristanes, según murmuraciones y denuncias. El padre Mariano se pone colorado al recordar la madera carcomida de la imagen de Sant’Ana, no vendida, sino cambiada por un puñado de cruzeiros, al excomulgado pintor, fariseo que se fingía devoto. Ni siquiera por haber entregado a la Martiz todo el monto se siente limpio de culpa.

En la sacristía, el padre Mariano que, indiferente al calor, comió y bebió (vino gaucho) como un padre- superior digno de ese nombre, señala los cajones de las cómodas y dice el Ricardo:

—Ahí están los ornamentos, los trastos están en la torre. Nuestras estimadas y piadosas celadoras retirarán y separarán las piezas, tú las anotarás en esta hoja de papel. Ya hice la lista de los otros objetos. Yo voy a casa a terminar la lectura del

breviario y vuelvo dentro de poco.

Ricardo conoce esas lecturas del breviario, en la reposera, duran cinco minutos. Sin embargo, la siesta se puede prolongar hasta la hora del ángelus. En cuanto a Vavá Muriçoca, nadie puede contar con él un domingo a la tarde antes de misa. De las celadoras, sólo tres están presentes, acomodan cajones: doña Milita, doña Eulina y la sobrina de esta última, Cinira, que está al pie del cañón: en este caso con un pie en el aire, lista para erguirse y alcanzar. ¿Alcanzar qué? ¿Cómo qué?

Mientras las dos viejecitas retiran las piezas y las separan, Cinira, al ver a Ricardo esperando, le pregunta con mirada doliente si no quiere empezar por hacer la lista de los cachivaches, que están acumulados en la torre. Ella lo puede ayudar. Los trastos viejos, según la circular de la Arquidiócesis, son los bienes más preciados, merecen cuidado, atención y prioridad. Es una buena idea, doña Cinira.

—Sólo Cinira. No soy ninguna vieja para que me trates así.

—Entonces, vamos, Cinira.

Fueron. Ella adelante, él atrás con papel y lápiz. Los altos escalones de piedra conducen a la torre. Ricardo admira las piernas fuertes de Cinira revestidas de excitantes pelos azulados; anda más despacio para ver mejor. En el depósito, exiguo reducto, apenas se pueden mover. Cinira se curva para levantar una pieza, viejos candeleros, imágenes partidas, obularios en desuso, roza a Ricardo. Quieran o no, se tocan. A cada movimiento, se encuentran apretados uno contra otro y de repente —¿cómo sucedió?— se vieron abrazados con las bocas pegadas. Cinira suspira, se afloja, Ricardo la sostiene. Fue ella quien encaminó la mano del seminarista a las partes; levanta el pie y lo apoya sobre el obulario, para formar un ángulo propicio con la pierna. Tal como está habituada en el almacén de Plínio Xavier; sólo cuando gime y grita, mete el brazo bajo la sotana para pedir la bendición al padre.

Se separan en silencio, terminan de establecer la pequeña lista de objetos en desuso. En la escalera, ella vuelve a entregar la boca para un beso de despedida. Así comenzó la maratón.

Como tenía un rato libre antes de su encuentro con María Inmaculada, Ricardo acompaña a su madre al cine. Todo un acontecimiento esa ida de Perpetua al cine; sucede de tanto en tanto, cuando la película es recomendada por el Santo Oficio, como ésa, historia de una monja norteamericana, recientemente canonizada. Durante el almuerzo el padre Mariano había enfatizado:

—No se la pierdan. No deje de ir, doña Perpetua. Es un espectáculo digno, una lección de virtud. La vi en Salvador, con el canónigo Barbosa, de la Conceição da Praia.

Cuando entran, la sala está llena. Sólo quedan dos butacas vacías. Una a la derecha de Modesto Pires, habitualmente reservada, en la sesión de los sábados, a doña Aída. La otra, dos filas atrás, al lado izquierdo de Carol —a su derecha está la sirvienta, perro guardián— que casi siempre queda desocupada. Ninguna mujer digna de respeto la ocupará jamás, a los hombres les gustaría hacerlo, ¿pero de dónde sacar

coraje para enfrentar la furia del ricachón y las habladurías del pueblo?

Perpetua se acomoda cerca del dueño de la curtiembre, quien la recibe cortésmente y se para, para darle paso. Ricardo se sienta al lado de Carol cuya mirada se mantiene distante e indiferente. Modesto Pires observa de reojo: un seminarista no llega a ser un hombre, no hay peligro. Mucho peor es cuando aparece algún forastero y, al ver la butaca muerta de risa al lado de la gloriosa mulata en seguida la ocupa, con la peor de las intenciones.

Se apagan las luces. La sesión comienza con la proyección de un noticiero atrasado, de varios meses. Ricardo siente la punta de un zapato en su pie. El toque se repite, se afirma, los zapatos se apoyan uno en el otro. Después las piernas. Suave compresión, calor envolvente; todo hecho con miedo, con movimientos mínimos, una delicia. Con los ojos fijos en la pantalla, imperceptiblemente Carol se mueve en la butaca: las rodillas se unen. Termina la proyección de las Actualidades de la Semana, se encienden las luces, Modesto Pires espía, Carol está encogida en su lugar, al lado del acompañante, alejada al máximo del muchachote de sotana. Empieza la película y recomienza todo, poco a poco, despaciosamente, pie, pierna, rodilla. En cierto momento, por la mitad del film, Carol deja caer su abanico, se agacha y, al recogerlo, tímida y atrevida, desliza la mano bajo la sotana, acaricia la pierna de Ricardo a quien se le ponen los pelos de punta. Placer sin límite, deseo sin tamaño, emocionante novedad, delicadeza y contención, toques sutiles, temerosos, suavísimos. Con Cinira había sido violento, casi feroz.

Ni bien termina la película, Carol parte, seguida por su perro guardián. No mira a nadie. Mientras tanto Modesto Pires acompaña una cuadra a Perpetua y Ricardo. Se queja por estar solo en Agreste, lejos de la familia, ocupado con el asunto del cocotal que no termina nunca, se ha eternizado. Todavía no llegaron a un acuerdo, debido a las artimañas de ese abogado de Josafá, un zorro, y a la locura de ese imbécil de Fidelio que cedió sus derechos, ¿a quién? Al comandante.

—Es un absurdo, doña Perpetua: existen personas que están contra la instalación de una gran industria en nuestro municipio, a pesar de que nos traerá riqueza. El comandante es una de ellas, no parece un hombre de mundo.

Perpetua eleva los ojos al cielo, en mudo apoyo a las protestas del ilustre ciudadano, pero Ricardo, imprudente, se entremete en la conversación:

—¿Riqueza? Va a traer contaminación y miseria.

Modesto Pires, ante tanto atrevimiento, pone cara de pocos amigos. Responde con voz grave.

—No se meta en lo que no es de su competencia, jovencito.

Debido al ingeniero y a Carol, motivos diferentes pero ambos poderosos, Ricardo no tolera al dueño de la curtiembre:

—Si vienen a contaminar Mangue Seco, los mandamos mudar a puntapiés. —No interesa que ya lo hayan hecho, ni cómo; había prometido guardar secreto.

—¡Oh! —Modesto Pires casi se desmaya.

Perpetua llama la atención a su hijo:

—Ricardo, ¿qué es eso? Respeto con don Modesto.

—La tía…

—¡Cállate!

—Esta juventud, doña Perpetua, anda cada día peor. Hasta los seminaristas, nunca pensé… —Modesto Pires va a curar sus escrúpulos ofendidos en la cama de Carol.

Perpetua empieza a dar un café a Ricardo, pero él le explica, riéndose por dentro, que no hizo nada sino repetir palabras de la tía Antonieta, que está más furiosa que el comandante en contra de la fábrica. Colocada entre las dos riquezas, Perpetua resuelve mantenerse neutral, pero recomienda a su hijo que no discuta con personas de respeto debido a la edad y a la posición social. Hablando de la tía: ¿en ningún momento Tieta demostró intenciones de llevarlo a São Paulo? ¿La tía? Ya se le ocurrió. Ricardo no aclara cuándo lo hizo. Fue desnuda, en la cama, desfalleciente en sus brazos, la voz exánime: soy capaz de hacer una locura y llevarte conmigo a São Paulo, ¡mi cabrito!

Apenas Perpetua apaga la luz, Ricardo abre la ventana del cuarto, salta a la calle… Maria Inmaculada espera al lado de la *mangueira*:

—Tardaste mucho, mi amor. Pensé que ya no vendrías. Justo hoy que tengo apuro.

—¿Apuro?

—Tengo un compromiso en la pensión, obligatorio: doña Zuleika exige la presencia de todas las muchachas en una fiesta que da. Ya te lo deben de haber comentado. Ríe, con picardía: una fiesta de familia, mi amor. Si no fuese por tu sotana, serías quien más obligación tendría de estar allá. No puedo demorarme; no hay nada que hacerle, mi amor.

Ricardo había venido de Mangue Seco con la intención de pasar la noche con María Inmaculada. Una noche completamente libre, sin necesidad de volver corriendo junto a Tieta. Concibió un audaz plan: hacerla saltar por la ventana del cuarto, poseerla sin apuro en la misma cama ancha, sobre el blanco colchón de lana donde se deleita con la tía cuando están en Agreste. Quiere descubrir en la extrema juventud de su cuerpo, en la osadía del comportamiento de la joven, pícara, mimosa y atrevida, a aquella otra Tieta, pastora adolescente que corre cabras y hombres en los montes y barrancos; todavía hoy recordada por el pueblo a pesar del respeto que le deben por ser paulista rica, viuda de un comendador del Papa, con prestigio y dinero en abundancia. Petulante y ávida pastora que desafía prejuicios, que vive su vida sin obstáculos, sin riendas, sin miedo. Pensar que un día, fue zurrada y expulsada a palos.

Había pasado una semana soñando con el cuerpo de la niña, reveía en las exuberancias actuales de Tieta las formas apenas nacientes de María Imaculada. Había llegado de Mangue Seco con la intención de deleitarse con ella hasta el amanecer, y la encuentra ocupada, con la obligación de volver a la fiesta. ¡Maldita fiesta!

Debajo de los sauces, apenas tuvo tiempo de extenderse sobre Imaculada, de sentir sus senos recientes, sus caderas redondas, la curva de su vientre. Con el corazón pesado, sin alegría, con rabia contra la fiesta, contra los clientes de la pensión, con celos de aquel que la llevará a la cama. En ese sábado de festejos, los dos hijos de Perpetua, los dos sobrinos de Tieta, conocieron los celos, tuvieron ganas de morderse los puños, de reventar caras de hombres y cachetear mujeres, ganas de llorar. La tuvo con impaciencia y rabia, reteniendo lágrimas.

—Mi amor, hoy estás como nunca. Vas a matarme de placer. Se arregla la pollera y mientras huye riendo, propone:

—Si quieres, mañana puedo quedarme toda la noche. Ahora me tengo que ir.

Ricardo pierde la cabeza, arregla una cita para el día siguiente, a la misma hora, al apagarse las luces, bajo la *mangueira*. Es una locura ya que había prometido a la tía regresar a Mangue Seco ni bien terminara la misa del domingo. Tieta lo espera, indócil, actual dueña de cada minuto y de cada gesto suyo. Le quedan sólo las obligaciones de seminarista, los compromisos con la iglesia. Por suerte, el inventario todavía no está terminado. Falta muy poco, sirve como excusa.

Manda un recado por doña Carmosina. No puede dejar al padre Mariano en esa emergencia, solo con el enorme trabajo del inventario, tarea muy urgente, el Cardenal había puesto plazo. Pero, el lunes sin falta, bien tempranito irá por allí. Firmó: tu sobrino que te adora y te extraña, Cardo.

DEL PICANTE DIÁLOGO EN EL BARCO DE PIRICA ENTRE LA CARENTE Y LA MÁS CARENTE TODAVÍA.

En el puerto, sólo doña Carmosina y Elisa toman asiento en el barco de Pirica. Ricardo, pobrecito, siempre con sus deberes de seminarista, se quedó a ayudar al padre Mariano en el inventario. Los demás invitados irán más tarde con Asterio, en la lancha de Eliezer: Barbozinha, Osnar, Aminthas, Seixas y Fidelio, el benemérito Fidelio. ¡Qué gesto tan digno que tuvo ese muchacho, Elisa! También doña Milu, ocupada con un parto, sería de la partida si el bebé nace a tiempo. Asterio salió a la madrugada a Vista Alegre, el domingo es el día de las cuentas, se pasa la mañana en la plantación. Los demás, ¡ah! los demás, hijita, duermen, están cansados por la noche de farra. Monumental farra, ni me preguntes el motivo.

—¡Ah! ¡Cuéntame, Carmo!

¡Nadie puede con Carmo! Apenas son las nueve de la mañana y ya está en pleno conocimiento de lo sucedido en la víspera, por la noche; además de las pillerías ocurridas por la madrugada, los malos pasos de los bohemios. Mientras el barco parte y Pirica se entrega al control del motor y del timón, doña Carmosina describe a Elisa detalles picarescos de la fiesta de iniciación de Peto en la pensión de Zuleika Cinderela.

—¡Peto! Pero si ayer cumplió trece años, es una criatura… —Elisa no cree en lo

que oye.

—Exactamente. A los trece años, el ciudadano brasileño alcanza su mayoridad sexual, según opinión de Osnar. —Doña Carmosina ríe con gusto; ese Osnar, ¡ay! es único, ¡pero qué pena! no vale la pena suspirar por él. Aminthas pasó por casa para avisarme que irán en la lancha, llegarán justo a tiempo para el almuerzo. Recién volvía de la fiesta, imagínate, eran cerca de las seis y media. Me contó todo. Zuleika es especialista, fue ella quien inició a toda la muchachada de Agreste. —Pronuncia la palabra iniciar con envidia y gula.

Elisa anda triste, cabizbaja, doña Carmosina se esfuerza por hacerla sonreír, trata de interesarla en la vida de la ciudad. El picante asunto consigue despertar la atención de la bella y melancólica esposa de Asterio que aprovecha para satisfacer una antigua curiosidad.

—¿Asterio también?

—A todos, según parece.

—Asterio no es hombre de esas cosas. A veces cuenta anécdotas de los otros, cosas que oye en el billar. No pasa de eso. Te aseguro que nunca fue de frecuentar la pensión…

—¿Asterio? Entonces, ¿tú no sabes? —doña Carmosina pregunta y ella misma responde—. ¿Cómo ibas a saber si yo no te lo conté y ninguna otra iría a hacerlo? Tú marido fue el colmo, hijita, un famoso farrista.

—¿Farrista famoso, Asterio? No te creo, Carmosina.

—¿No? Pues trata de creerme. Famoso en la pensión y fuera de ella, hijita. Y además tenía sus características. ¿Sabes cuál era su sobrenombre cuando era soltero? ¿El de tu maridito?

—¿Cuál? Dime. —Por fin aparece una nota de vivacidad en la cara y la voz de Elisa, se quiebra la indiferencia y la amargura.

—No te vayas a enojar, ¿eh? Asterio era conocido por el nombre de Consuelo del Traser de las Solteronas. ¿No es sugestivo?

—¿Cómo es? —entre pasmada, y sonriente—. ¿Consuelo? ¿Por qué? Vamos, Carmo, explícame.

Suspicaz, doña Carmosina escruta con los pequeños ojitos la cara de su amiga y protegida. ¿Será posible que Elisa no esté al tanto del sobrenombre, de las inclinaciones y proezas de Asterio o se hace la inocente?

—No me digas que no sabes cuáles son las preferencias sexuales de tu marido. Al fin de cuentas, ya hace más de diez años que estás casada con él.

—¿Preferencias? Juro que no sé de qué estás hablando. Si te refieres a cosas que dicen, cosas que algunos hombres y mujeres hacen, te puedo asegurar que conmigo nunca fue así. Cuando sucede, es siempre igual, como para hacer un bebé. Creo que tiene un nombre…

—La de papá y mamá, es la posición clásica. Osnar dice que es la de los bobos. Ese Osnar… —Le gusta repetir el nombre, rima predilecta de sus versos.

En la voz de Elisa repunta una queja, una carencia:

—Aunque sea así, es cuando se le da la gana.

—Entonces, si no lo sabes, entérate, hijita, que tu marido era famoso por… —a pesar de que están solas, Pirica ocupado con el timón, acerca la boca al oído de Elisa para comunicarle las comentadas predilecciones de Asterio.

—¿Por el traste? ¡Dios mío! Nunca supe… —Vuelve la vivacidad por el impacto de la asombrosa revelación, súbito descubrimiento de navegante perdido al avistar una tierra lejana e ignota—. Nunca se me pasó por la cabeza. No lo creo.

En la cama, en las noches de fornicación, en el momento final, la mano del marido le roza las caderas, con miedo; sólo ahora Elisa entiende el significado y el valor del gesto titubeante. Doña Carmosina tiene ganas de revelarle que, cuando se puso de novio y se casó, la ciudad entera atribuyó el motivo de la desvariada pasión de Asterio a la forma suntuosa y exuberante de las ancas de Elisa. Pero se contuvo ya que su objetivo era animar a la amiga, hacerla revivir, superar la decepción sufrida y no darle nuevos motivos de disgusto y rencor contra Agreste. Vuelve a los detalles de la fiesta de Peto:

—Aminthas me contó que la fiesta fue un éxito. Barbozinha, viejo sinvergüenza, hizo un soneto alabando las cualidades de Zuleika, la iniciadora de los niños. Barbozinha es un poeta de verdad, enfrenta cualquier tema y con todos se luce. —Elogia con un dejo de envidia; la construcción de un verso cuesta esfuerzo y vigilia a doña Carmosina, mientras que Barbozinha, con la mayor facilidad, rima impudicia con malicia, desvirgar con fornicar, coloca la palomita (de Peto) en la caverna (de Zuleika).

Pero Elisa permanece en la sorpresa de la revelación de los despropósitos (o propósitos) del marido:

—Farrista y además tarado. En casa, es todo lo contrario.

—Tú eres su mujer: por esto Asterio te respeta. Es así como actúa un buen marido.

A doña Carmosina no se le escapa la mueca de desagrado que marca los labios de Elisa, demostración de desprecio y repudio a las costumbres del interior. Con lo que se convence: Asterio jamás usó a Elisa por atrás como seguramente le gustaría hacerlo. Más fuerte que el deseo, se imponía la ley no escrita pero grabada dentro de cada uno. Esposa es sinónimo de ama de casa, la madre de los hijos, aquélla con la que se cumplen los deberes matrimoniales con contención y respeto. Para el placer, las exquisiteces, los desvaríos, están las putas de la pensión de Zuleika. No es casualidad que Elisa se sienta frustrada y quiera mandarse mudar. En São Paulo, tierra civilizada, existen otras costumbres, no es el código feudal el que prevalece. Tal vez allá Asterio se daría cuenta de que una esposa es una mujer igual a cualquier otra, que en la cama desea incontinencia de macho y no respeto de marido. Si lo aprendiera, entonces…

Pero Tieta es sabia, adivina las intenciones más recónditas, y buena hermana,

buena cuñada, defiende el hogar y la tranquilidad de Elisa y de Asterio. Cabe a Elisa conformarse, buscar motivo de alegría en la nueva y confortable residencia, a la que se mudará al día siguiente, con la seguridad que las tierras y las cabras de Vista Alegre le proporcionan. No debe enterrarse en la disconformidad, tiene que reencontrar el equilibrio, si no, que se fije en el ejemplo de ella misma, Carmosina.

Sus motivos para sentirse carente, frustrada, amargada, con odio a los hombres ya la vida, son muchos más. Ni siquiera conoció el limitado placer concedido a las esposas por los maridos respetuosos. Ni marido, ni novio, ni festejante, ni amante. Virgen, incólume, total y completamente. No mereció palabras de amor ni osadías. Nadie la quiso, nadie le pidió ni le propuso nada. Sin embargo, no se desespera, supera la carencia, la soledad, ama la vida, tiene amigos, sabe reír. Elisa retorna del silencio y de la mueca:

—¿Cuál era el sobrenombre? Consuelo…

—… del Trasero de las Solteronas… Dicen que Asterio le dio al traste de una cantidad de santulonas. Atrás del mostrador de la tienda. Vivía consolando entre el mostrador y la casa de Zuleika.

A doña Carmosina no la había consolado, siempre la trataba con deferencia. Bien que pudo haberlo hecho, no había faltado ocasión. Caderas estrechas, nalgas flojas, traste caído. Carmosina, ay, no encendió su deseo. Ni el de él, ni el de los otros; dicen que Osnar es bueno de lengua, ella sólo lo sabe de oídas. Sin embargo, con tantas injusticias no perdió el gusto por la vida.

Consiguió que Elisa se riera, olvidara la decepción, volviera a las charlas intrascendentes, saliera del pozo en el que se había hundido. Pero ella, doña Carmosina, en el barco de Pirica, de pronto siente una inmensa soledad, la ausencia de cualquier esperanza. Esperanza de hombre, más que cualquier otra, Pero igualmente continuará defendiendo a Agreste contra la contaminación y consumirá noches con el cuaderno y el diccionario buscando nuevas rimas para deseo, furia, amar, Osnar.

Cambia de tema, trae otro apasionante:

—Fidelio se ha revelado como un hombre de bien. Gracias a él, los bandidos de la Brastanio no podrán comprar el cocotal. No le importó el dinero, rechazó ofertas, pasó la procuración al comandante. Es un muchacho que vale oro y, además, buen mozo.

DEL ASFALTO SOBRE LOS CANGREJOS.

Ricardo le había faltado en el momento en que más necesitaba cariño y consuelo, cuando el triunfo tuvo sabor de desastre y todo pareció perdido. Sólo en la voracidad y en la ternura del adolescente Tieta podría haber encontrado ánimo para la decepción del frustrado día, domingo de desilusiones y cosas malogradas —la sombra de la

Brastanio se proyectó sobre la inauguración del Curral do Bode *Inácio* y lo contaminó.

La muerte de Zé Esteves redujo la tan planeada fiesta a una discreta conmemoración, a un almuerzo con pocos invitados, los íntimos, un baño de mar y una charla amena. No por esto Tieta pensó que sería menos agradable y exaltante. Después de los días de tormenta, el sol iluminó el esplendor de Mangue Seco, jamás el paisaje estuvo tan bello, el aire tan puro, la paz tan completa. Durante todos aquellos años de exilio, Tieta había soñado poseer un pequeño pedazo de suelo en las dunas de Mangue Seco para levantar una cabaña donde poder descansar. La muerte de Felipe adelantó el proyecto. Llegó afligida en busca de sus comienzos, del reencuentro con la pastora de cabras, con la adolescente ardiente y feliz. En menos de dos meses recorrió todos los caminos y atajos, no le faltó una buena pelea con los pescadores ni la travesía de los tiburones, cara a cara con la muerte, el rechinar de dientes y los suspiros de amor en la exaltación de las noches en celo, de piernas entrelazadas sobre las dunas. No sólo había levantado la deseada choza: sino que lo había hecho con ternura y placer, amasó barro, arena y caricias, a cuatro manos. La fiesta de inauguración del Curral do Bode *Inácio*, marco del éxito del viaje, del victorioso retorno de la pequeña pastora expulsada en medio de maldiciones, símbolo de a paz reconquistada, ella desea una alegría simple y pura, pasar el día al calor de la amistad y la noche en el fuego de la pasión.

Existió muy poca alegría, la amistad se vio sujeta a duras pruebas y la noche fue ausencia. Sólo Leonora y Ascanio estaban realmente contentos.

Al regresar de las dunas, hecha un cascabel, Leonora cayó en los brazos de Tieta, riendo y llorando:

—¿Quieres ver a alguien feliz, madrecita? Mírame… Seguí tu consejo… No me importaría morir hoy.

—No seas tonta. ¿Cómo dice Barbozinha? De amor no se muere, se vive. Vuelve a Agreste con Ascanio, aprovecha las últimas noches. A orillas del río hay unos escondites de primera, pero ten cuidado. No olvides que soy una viuda honesta y tú, una hija de buena familia. Aprovecha todo lo que puedas, cabrita, acumula todo lo bueno que puedas. Tú no sabes lo bueno que es extrañar. Eso es lo que necesitas.

Leonora continuó alegre durante todo el domingo porque cuando Ascanio retiró el dibujo de Rufo del tubo de metal para exponerlo sobre la mesa, ella todavía dormía y no se enteró de la discusión con Tieta.

Ascanio también se acostó eufórico en la hamaca armada para Ricardo, en la terraza. Había, tardado en adormecerse, reflexionaba sobre lo que había sucedido en las dunas. La seguridad de ser amado por la más bella y perfecta de las mujeres lo hacía sentirse invencible, capaz de conquistar el mundo. Para ponerlo a los pies de Leonora. Se despertó al amanecer, cuando el sol empezaba a asomar, corrió a la playa, nadó, rió solo. Fue al pueblo a buscar noticias del equipo de técnico que, según había anunciado el doctor Lucena, había salido rumbo a Mangue Seco hacía algunos

días. Equipo tan numeroso no podía pasar inadvertido. Sin embargo, no obtuvo ninguna información. Jonás con su pipa de barro, señaló el mar con su muñón:

—Ha hecho un tiempo de perros. Por aquí no pasó nadie, perdieron el rumbo o desistieron.

—Tal vez estén en la aldea.

—Tal vez.

Al volver, ve a Tieta en la puerta del Curral. Cuenta con la buena voluntad de la madrastra de Leonora para sus proyectos matrimoniales. Hablará con ella cuando se inaugure la chapa de la calle Antonieta Esteves Cantarelli, en breve. Pero la adhesión de la millonaria a la causa de la Brastanio la puede obtener hoy mismo, esa misma mañana, con sólo mostrarle la obra de arte del decorador Rufo. Como habitante de São Paulo, viuda de un industrial, poseedora ella misma de acciones en las fábricas, doña Antonieta será sensible a aquella «deslumbrante visión de futuro», como una vez más calificaba al dibujo en colores.

El apoyo de la madrastra de Leonora es fundamental. Arrastrará a toda la población, doña Carmosina y el comandante se quedarán hablando solos. En cuanto al vate Barbozinha, ¿quién presta atención a los poetas? Recibe un *shock* con la inesperada reacción de Tieta:

—¿Cómo te atreves a mostrarme una porquería de ésas el día de la inauguración de mi choza en Mangue Seco? Esos proyectos y planos sólo sirven para engañar incautos. —Recorre con la vista el panorama de edificios, chimeneas, casas y rutas—. ¡Qué horror! Si realmente te gusta Agreste, como yo creo, Ascanio, larga ese asunto, da gracias a Dios por lo que tenemos, parece poco, pero es mucho.

—Me admira que diga eso, usted que obtuvo la conexión de la luz de la Hidroeléctrica…

—La luz es una cosa, contaminación otra. Tú eres inteligente, sabes que si esa industria encontrara otro lugar donde instalarse, no vendría a estos confines. Si esperas que yo te ayude en esos proyectos, entérate que estoy en contra. No cuentes conmigo.

Ascanio trata de argumentar, repite frases del Magnífico Doctor y de Rosalvo Lucena pero Tieta le corta la palabra:

—No gastes tu latín, no me vas a convencer. Simpatizo mucho contigo, pero antes está Agreste, me encanta Mangue Seco.

—Mi modo de amar a Agreste es otro, doña Antonieta —adopta el acento empresarial de Rosalvo Lucena—, soy un administrador, tengo responsabilidades públicas…

—Entonces quédate con tus responsabilidades, yo mantengo mi opinión. Y guarda esos cuadros y discursos para Agreste. Hoy es un día muy especial para mí, no quiero nada de peleas y discusiones, quiero mucha alegría. Ve a pasear con Leonora, ella todavía no ha ido a Saco, apenas conoce Mangue Seco. Muéstrale todo, aprovecha antes de que sea tarde, queda poco tiempo, Ascanio. —Piensa en Ricardo

y murmura. Muy poco…

Nuevamente se establece una tregua, la última. Sin embargo los rostros no se componen. Tieta conserva en la retina el paisaje de acero y hormigón que vio en el dibujo: los edificios de las fábricas, las chimeneas, las residencias de técnicos y administradores, las casas de los obreros y, más lejos, en las cercanías de las dunas, la suntuosa vivienda, reservada sin duda para los directores de la industria. El hormigón armado ocuparía el lugar de los cocoteros, desaparecería el manglar bajo el asfalto de la ruta que llegaría de Agreste. No habría más chozas, dejaría de existir la población, en lugar de las canoas habría embarcaciones cargadas de toneles. Se extinguirían cangrejos y pescadores.

Junto con la controvertida visión de futuro, Ascanio se guarda la euforia y suficiencia con que iniciara su pregón matinal sobre los méritos de la Brastanio. ¿Al referirse al poco tiempo que debe ser bien aprovechado, doña Antonieta hace alusión a la instalación de la fábrica, con cambios inevitables en el paisaje de Mangue Seco, o al inminente regreso de ella y la hijastra a São Paulo? Los postes de la Hidroeléctrica ya han alcanzado las tierras del municipio, doña Antonieta tiene razón, queda poco tiempo para todo lo que hay que hacer.

Tieta se ocupa del desayuno cuando oye el ruido del motor del barco de Pirica. Deja solo al huésped, sale corriendo a la playa al encuentro de Ricardo:

—Leonora ya está despierta, se ocupará de ti.

Doña Carmosina y Elisa bajan del barco. Ricardo no vino. Tieta recibe y lee el mensaje del «sobrino que te adora y te extraña», hace un bollo con el papel, lo tira en la arena. Se esfuerza para acompañar con buena cara el trasbordante alborozo de doña Carmosina, entregada al minucioso relato del sensacional acontecimiento de la víspera, la fiesta de cumpleaños de Peto en la pensión de Zuleika, la iniciación. En otra oportunidad, la noticia hubiera sido motivo de una larga conversación de comadre, entremezclada con carcajadas y malicia. Sólo merece un comentario casi indiferente:

—¿Desvirgaron al chico? Ya era hora. Se lo pasaba refregándose por las piernas de las mujeres.

Le interesa muy poco lo que le pasa a Peto. Lo que le importa es el otro niño, el que ella había iniciado en las dunas, el suyo, que en ese momento debía de estar en la sacristía de la Matriz anotando la cantidad de sotanas e imágenes que había. ¿Por qué no largó el inventario en manos del padre y de las beatas? ¿Cómo puede estar ausente el día de la inauguración del Corral, de la casa que habían construido juntos, amasando el barro de las paredes? ¿No sabe que la nueva cama, con el colchón de lana, espera para ser inaugurada? Tieta nunca había imaginado que pudiese llegar a tener celos de templos y altares, ceremonias y oraciones, ¡qué cosa tan ridícula! Doña Carmosina la arrastra a la Toca da Sogra, en busca del comandante.

En la cocina, doña Laura dirige la preparación del almuerzo. Elisa va a ayudarle. En la terraza, doña Carmosina y el comandante exigen el inmediato regreso de Tieta a

Agreste para colaborar en la recolección de firmas contra los proyectos de la Brastanio. El comandante, que está despierto desde las cinco de la mañana, había visto a Ascanio en el pueblo, supo que estuvo preguntando por una caravana de técnicos de la Brastanio que debía estar por llegar. Numerosa, según había dicho. Debe de ser el comienzo de la invasión.

—Le pedí a Ascanio y te lo pido a ti, que hoy eviten discutir sobre ese asunto. No quiero que se arruine mi fiesta.

—Está bien, prometemos no discutir, pero tú promete que volverás a Agreste. Te necesitamos allá —dice el comandante.

—Por lo menos concédanme unos días en mi choza. Me dio mucho trabajo y me costó un dineral.

—No podemos perder ni un minuto, Tieta. Si tú no nos apoyas, no vamos a obtener nada. Todo depende de ti.

—¿Qué es todo? Hacen que me sienta una criminal. ¿Al final de cuentas quién soy yo para impedir que instalen aquí esa maldita fábrica?

—¿Qué quién eres tú? Como dice Modesto Pires, tú eres la nueva patrona de Agreste. Después de Dios, el pueblo sólo confía en tí —sentencia doña Carmosina.

—Nadie adora a Mangue Seco más que yo. En el verano, casi no aparezco por Agreste. —Hay un reto de censura en la voz del comandante—. Pero, porque estoy completamente enloquecido con este lugar, estoy dispuesto a quedarme en la ciudad el tiempo que sea necesario. Es allá y no aquí donde se puede hacer algo en concreto.

—¿Quién se lo dijo, comandante? —Tieta considera a sus amigos en silencio, baja la voz—. Si se hizo algo capaz de surtir efecto, fue aquí, en Mangue Seco. No debería contarlo, lo prometí. Pero de cualquier manera, día más, día menos, se van a enterar.

—¿Qué es? —doña Carmosina se impacienta.

—Ese equipo de la Brastanio, ése que Ascanio anda buscando…

Oyen petrificados la espantosa aventura. Doña Carmosina se pone la mano sobre el pecho para contener su corazón:

—Hasta siento palpitaciones. No lo puedo creer.

El comandante Darío, hombre de ley y de orden, recomienda:

—Haz de cuenta que no me has dicho nada.

Tieta trata de sonreír pero no hay alegría en su sonrisa. Recuerda el dibujo expuesto sobre la mesa y la seguridad de la voz de Ascanio: ése es un asunto definitivamente resuelto, doña Antonieta. ¿Para qué va a ir a Agreste a luchar contra la Brastanio? Tieta sabe que no tiene cómo impedir el establecimiento de la industria de dióxido de titanio en el cocotal de Mangue Seco. Los problemas de esa relevancia son discutidos y decididos en altas esferas, entre los grandes, el resto no cuenta. ¿Cuántas veces Felipe consiguió, con maniobras, dinero y prestigio, pasar por encima de leyes y del interés de los demás, de la inmensa mayoría? En el «Refugio de los Lores», en la tranquilidad de las salas reservadas se realizaban encuentros donde eran

tratados y obtenidos proyectos de edificios, localización de fábricas, concesiones de patentes, de los más diversos favores, negociados de todo tipo. Ay, comandante, no se va a ganar nada con mandar noticias a los diarios, sonetos de maldición, protestas de los pobres diablos de Agreste. Ni los tiburones en el mar revuelto. Carmo ni ellos impedirán el fin de los cangrejos y de los pescadores, el fin de Mangue Seco. Sólo les resta aprovechar los últimos días, que son pocos. Llega a abrir la boca para decir todo esto, pero se contiene. ¿Para qué entristecer a los amigos, sobre todo en un día de fiesta? Promete ir a Agreste lo antes que pueda.

Osnar, Aminthas, Seixas y Fidelio desembarcan de la lancha de Eliezer a la hora del almuerzo, muertos de cansancio. Después, a la sombra de las palmeras, buscan sitio para dormir la siesta. El vate Barbozinha está más cansado: ya no tiene salud para pasarse noches sin dormir, bebiendo y bailando. Había traído los originales de los *Poemas de la maldición* pero ni los saca del bolsillo; no encuentra ambiente para recitar.

—¿Por qué no vino Ricardo? —pregunta Tieta a Asterio quien se acerca acompañado por Elisa. De todos los invitados es el único que está en forma, bien dormido, de buen humor, satisfecho de la vida.

—Estaba en la iglesia, con el padre y las celadoras. Ocupado en algo, no sé en qué. Pasé por ahí para saber si Perpetua venía, me dijo que no, pero me pidió que te avisara que un día de éstos va a venir con el padre Mariano para bendecir la casa. Hablando de casa, quería avisarte que mañana Elisa y yo nos mudamos.

Había decidido no esperar la conclusión de las obras encargadas en la residencia de doña Zulmira. La pintura y las terminaciones se llevarían a cabo con ellos dentro de la casa, apurando al maestro Liberato.

Una vez más agradece a la cuñada y bienhechora y pregunta:

—¿Quieres ocupar en seguida tus aposentos o vas a seguir hospedada con Perpetua?

—Me quedo allá. Tengo alergia a la pintura fresca. Ya ando con el estómago revuelto por el olor de la puerta y la ventana del corral, imagínate en un caserón como ése. Además, por los pocos días que me quedan en Agreste, no vale la pena mudarse. Otra vez que venga, me quedo con ustedes. —Si dejara la casa de Perpetua, ¿cómo haría para dormir con Ricardo las últimas noches, las postreras?

Con la cabeza gacha, callada, mientras garabatea la arena con un tallo de palmera, Elisa sigue el diálogo. El silencio de la hermana irrita a Tieta:

—¿No tienes nada que decir, Elisa? ¿No estás contenta?

Elisa se estremece:

—Claro que estoy contenta. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Entonces, ¿por qué pones esa cara de entierro?

—Pobrecita Elisa, anda así desde la muerte del *Viejo*. Todavía no se recuperó… —explica Asterio.

Tieta desvía la vista de su hermana y mira al cuñado; por segunda vez en ese

domingo está por abrir la boca, pero la cierra, arrepentida, sin nada para decir: simpatiza con el pobre desgraciado y la verdad casi siempre es cruel, hiere y lastima. Domingo de mala suerte. La fiesta parece un velorio.

A la hora del regreso, cuando los invitados se dirigen al embarcadero, al observar a Tieta parada en la playa con el rostro serio, Leonora larga el brazo de Ascanio y corre hacia ella:

—Me quedo contigo, madrecita, no voy a dejarte sola.

La respuesta es brusca:

—¿Por qué no? ¿Qué bicho me va a picar? —en seguida ablanda la voz, toca los rubios cabellos de la muchacha, húmedos de salitre—. No seas tonta, cabrita. Ve y aprovecha. No te preocupes por mí. Dentro de poco llega Ricardo, ni bien termine de ayudar al padre. Como compañía me basta con él.

También doña Laura y el comandante le despiden:

—Te espero en Agreste. Tieta. Ve pronto.

Las embarcaciones cortan las olas de la barra, se distancian del río. Las mujeres del poblado cargan cestas repletas de cangrejos y marchan por la orilla del río. La inmensa noche se avecina.

LA RIVAL DE DIOS.

La ausencia de Ricardo le dolía en todo el cuerpo, de la punta de los pies a los caracoles de sus cabellos, en cada músculo, por dentro y por fuera. Estaba vacía y necesitada, sin remedio.

Pensó que jamás volvería a sentir tamañas ansias, ese deseo que le roía la carne, esa aflicción que le destrozaba el pecho. Una vez le había sucedido, hacía muchos años, cuando Lucas huyó de Agreste, sin avisar ni dejar dirección. Al llegar, fogosa, para la fiesta en el lecho de doña Eufrosina y del finado doctor, en la cálida suavidad del colchón de lana, se encontró con la ventana del cuarto cerrada sobre el callejón y sobre su pasión de adolescente deslumbrada y ávida. Derrotada, perdida, se demoró espiando entre las hendijas de la ventana para ver si hallaba la sombra de un bulto; apoyó el oído para ver si percibía alguna respiración. ¿Cuántas horas había permanecido allí parada, en la calidez de la noche, junto a la ventana, antes de arrastrarse, enferma, hacia su primera soledad? Roída de deseo, quería tenerlo y no podía. No le había vuelto a suceder. Desde entonces, siempre fue ella la que no aparecía, la que faltaba a los encuentros, la que se ausentaba o cerraba puertas y ventanas. Las puertas del cuerpo y del corazón.

Blanca sábana de lino, colchón de lana venido de Estancia, ancho estrado propicio a los embates extremos, olor a pintura fresca, todo nuevo para la fiesta de inauguración. Insomne, Tieta se pasó la noche en vela, larga noche de no acabar, otra vez sola y sin remedio, en ese querer tener y no poder. En el placer de oraciones,

ceremonias, tareas de sacristía, Ricardo la olvida y abandona. Amante de tiempo dividido, de corazón dividido entre ella y Dios.

No imaginó que Ricardo pudiera estar durmiendo con otra mujer, no sabía nada de María Imaculada, había creído píamente en la excusa garabateada en el mensaje que le entregó doña Carmosina, en el inventario de bienes de la parroquia. Las mujeres andaban atrás del seminarista, es cierto, ella se había dado cuenta. Doña Edna, sin el menor pudor, ni siquiera se preocupaba por disimular, ninfómana, ¡puta de mierda! Sin embargo, cuando, se trata de cama, Tieta se siente segura.

Nunca ningún hombre, por más inconstante o mujeriego que fuera, la había dejado por otra. Lucas fue el único que tomó la iniciativa de romper. Ella había abandonado a todos los demás, sin excepción; ni bien sentía los primeros síntomas de cansancio, adiós; así evitaba el desfile de peleas, ruegos, acusaciones, mentiras y tristezas de final de romance. Abruptamente cortaba, apenas comprobaba la sensación de hastío. Lo hacía para conservar íntegro el recuerdo de la aventura, para sentir nostalgias, cuantas más, mejor. Pasiones, aventuras, amores fugaces o prolongados, románticos o lascivos, no son sino aventuras con final, lo que no impide que sea, cada una de ellas, en cierto momento, el amor exclusivo, único, definitivo e inmortal.

Ricardo es el amor único y exclusivo, definitivo e inmortal, nunca tuvo otro, ni lo tendrá. Lo necesita allí, en ese momento, inmediatamente y sin falta. El deseo le roe las carnes, el orgullo herido. Considera absurda la posibilidad de que esté con otra, pero no por eso Tieta se siente menos abandonada y ofendida. Vacía y necesitada, atravesó la noche más larga de su vida, aquella que debería haber sido la más alegre y plena.

Cuando por fin consiguió dormirse, tuvo una pesadilla atroz. Bajo un cielo negro, en el mar inmundo, cementerio de peces y cangrejos, flotaban destrozos del Curral do Bode *Inácio* y de las chozas de los pescadores. En la extinta línea del horizonte, vislumbró a Ricardo, glorioso arcángel, y le extendió los brazos, tratando de escapar de la muerte. Indiferente, él se alejó, en pos de Dios, dejándola debatirse, condenada. Donde había existido antes el esplendor paradisíaco de la playa de Mangue Seco, creció un paisaje paulista de fábricas, edificios de hormigón armado, hierro y acero, humo y muerte.

EPÍLOGO

DE LA CONTAMINACIÓN DEL PARAÍSO POR EL DIÓXIDO DE TITANIO O EL CAYADO DE LA PASTORA

CONTENIENDO MINUCIOSO, EMOCIONANTE Y CONMOVEDOR RELATO DE LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LAS PAULISTAS EN AGRESTE. CUANDO SE SABE DE LA AMBICIÓN HUMANA, DE LA SED DE PODER Y DE CÓMO EL PODER CORROMPE, CON REFERENCIA A LA CORRUPCIÓN REINANTE; DONDE CORREN LÁGRIMAS Y ESTALLAN RISAS, ALGUNAS AMARGAS; SE PLANTAN Y SE RECOGEN CUERNOS, EN ABUNDANTE COSECHA, Y SE PROCLAMAN LAS ALEGRÍAS Y TRISTEZAS DEL AMOR, LLEGÁNDOSE A DURAS PENAS AL FINAL DE LA HISTORIA, CON DERECHO A UN FANTÁSTICO VIAJE EN LA «MARINETI» DE JAIRO AL SON DE LA RADIO RUSA.

DE LA EGREGIA FIGURA.

Luego del paso por las calles de Agreste de la voluminosa y sudada imponencia del doctor Hélio Colombo, los acontecimientos se precipitaron, adquirieron vertiginoso ritmo, envolvieron el tranquilo pueblo en confusión y alboroto.

Sin embargo, la estadía de la egregia figura fue una de las más breves. Sólo se demoró unas horas, contados ciudadanos trabaron conocimiento con el gran jurisconsulto y supieron cuáles eran los motivos que lo habían llevado a esos lejanos confines. No por eso se puede quitar significado ni negar las consecuencias del histórico viaje, pues en el encuentro del doctor Colombo con Ascanio Trindade en la sala de despachos de la Municipalidad reside la explicación de todo atropello posterior, del apuro, la violencia, la desesperación. Días tumultuosos y de espanto: en menos de dos semanas, el pueblo asistió a diversos acontecimientos, que por numerosos y de tal calibre parecía que había llegado el fin del mundo. Con lo cual se cumpliría la profecía del beato Possidonio.

El ruido inusitado de un automóvil estacionado frente a la notaría, hizo salir al doctor Franklin a la puerta, justo a tiempo para ver y reconocer al glorioso maestro dedicado a la ruda tarea de extraer su vasto corpachón del asiento del auto y con ayuda del chofer. Al notario se le salían los ojos de las órbitas: bendito cocotal, ¡válgame Dios! Esta vez, quien se aventura en las precarias rutas del interior no es ningún vulgar abogaducho de Esplanada o Feira, ningún viejo truhán de las tierras del cacao. Ante el notario, se yergue la vasta humanidad del doctor Hélio Colombo, ciento y tantos kilos de astucia y saber. El doctor Franklin se adelanta, extiende la mano, efusivo e indagador:

—¡Bienvenido a Sant’Ana do Agreste, querido maestro! Soy el doctor Franklin Lins, notario, a sus órdenes. ¿A qué debemos la honra de tan ilustre visita?

El emérito catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Federal de Bahía, jefe del más grande estudio de derecho del Estado, corresponde al apretón de manos pero decepciona la curiosidad del amable conciudadano, no formula la sensacional declaración, digna de su fama, ni esboza ningún gesto capaz de caracterizar el rumbo de los acontecimientos que van a conmover a la ciudad y al municipio. Bufa y gime:

—Gracias, mi querido colega. Siento que después de este viaje jamás volveré a ser el mismo. Tengo el alma envuelta en polvo, para siempre.

Se sacude el saco, metros y metros del mejor casimir inglés, se limpia la cara inundada de sudor, mira a su alrededor con tristeza: los canallas de la Brastanio se lo pagarán caro. No se trata de una amenaza gratuita. Tareas de ese tipo no están incluidas en el acuerdo de consultoría jurídica. Fue el maldito Mirko, quien le exigió que fuese en persona a examinar el problema y a encontrarle solución, y a cambio le prometió una secretaria atrayente para amenizar el viaje, además de haber elogiado la belleza del lugar. La atrayente no apareció en el momento de partir, el lugar es una

tapera y la ruta, ¡una mierda! ¡Ah! este último pedazo… Cobrará cada metro, cada pozo, cada sacudida, la ausencia de la secretaria, el sudor, la polvareda, la sed, la pila de incomodidades. Después del apretón de manos, el doctor Franklin arriesga:

—¿Puedo preguntarle si su presencia se debe a las ventajas del clima o si vino a Agreste traído por intereses profesionales? Pero, por favor, entre.

—Antes, acláreme una cosa, mi querido colega: ¿existe por aquí cerveza helada? —parecía dudar—. Si por milagro existe, dígame dónde. Me estoy muriendo de sed.

—En el bar.

—Indíqueme el camino.

—Entre, siéntese, doctor. Le mando a buscar una cerveza.

Se da vuelta para llamar a Bonaparte, descubre al hijo atrás de la puerta, con el oído atento.

—Corre al bar, trae unas botellas de cerveza bien helada. En un abrir y cerrar de ojos. Volando.

Lento por naturaleza, el rotundo Bonaparte, en la aurora de los nuevos tiempos, se revela a la altura de la situación. Parte con paso acelerado, seguido por el chofer, vuelve largando los bofes por la boca. Actúa así no sólo por obediencia al padre sino sobre todo para no perderse ni un detalle de la visita del ínclito abogado, merecedor de tantas adulaciones. ¿Qué otro interés profesional podría traer a Agreste al famoso letrado, a no ser el cocotal de tantos herederos? ¿Quién podría ser el cliente del maestro Colombo sino la Brastanio? Bonaparte es un amigo leal, cómplice devoto: el doctor Marcolino colabora con admirable generosidad con los parcos vicios del joven notario —cigarrillos, copas, mujeres. Bonaparte tratará de corresponder a tales pruebas de consideración.

DE LAS PRECIOSAS RAREZAS.

Mientras la esposa se disculpa, por no servir un almuerzo digno del famoso comensal, el doctor Franklin siembra verde para recoger maduro:

—Evidentemente para usted no existen problemas difíciles, pero éste, el del cocotal, es una encrucijada de los mil demonios, ¿no cree? Si no fuese por la intransigencia de Fidelio, o mejor dicho, del comandante… ¿Ya se le ocurrió alguna salida, doctor?

El doctor Hélio Colombo levanta el tenedor:

—Mi querida señora, si este banquete es lo corriente en esta casa, ¿cómo será un almuerzo de fiesta? Es una delicia, mi señora.

De todo el viaje, ése fue el recuerdo que el abogado conservó: la mesa repleta de exquisiteces. Los *pitús*, la cazuela de pescado, los *guaiamus* fritos, el lomo de cabrito. Al llegar a los postres, el mal humor del gran hombre se había desvanecido; se había vuelto amable y miraba al matrimonio con simpatía (y al hijo del matrimonio, necio y

silencioso, cara de retardado pero respetable compañero). Sincero en los elogios y en los agradecimientos a la dueña de casa por el almuerzo, emplea mucha cautela en la respuesta al indiscreto anfitrión:

—El problema, hum… Ya tengo cierta opinión, pero es muy temprano para cualquier afirmación. Quiero reflexionar sobre algunos detalles antes de dar mi parecer.

El doctor Franklin no se deja engañar. El maestro le había pedido un relato minucioso, lo acribilló a preguntas, no dejó un solo hilo suelto, estudió los libros antiguos y examinó documentos recientes. Mientras sacudía la cabezota, había encargado algunos certificados a Bonaparte, quería llevarlos consigo. Por fin había sonreído, ladino, y el doctor Franklin estuvo seguro de que el maestro había encontrado la solución, pues existe una solución capaz de resolver el impasse que al mismo tiempo beneficia a la Brastanio y si él, pobre notario del interior, la había descubierto, ¿cómo escaparía a la experiencia del gran abogado? No le sorprende la reserva del invitado, ¿por qué habría de poner las cartulinas sobre la mesa y revelar sus triunfos?

El doctor Colombo suspira al probar la primera cucharada de ambrosía: ¡incomparable! Mientras se dedica al placer de la degustación, empieza a dirigir las preguntas en busca de informaciones sobre los próceres de Agreste:

—El candidato a alcalde, ¿qué tal es?

—Un joven honrado.

Una fugaz sombra de duda atraviesa los ojos del doctor Colombo, en seguida desaparece.

—Me refiero al que es candidato de la Brastanio, un tal… —retira un papel del bolsillo, lee la anotación— Ascanio Trindade. Recientemente estuvo en Salvador.

—Ese mismo. No sabía que era candidato de la Brastanio.

—Es una manera de decir. Me expresé así porque ese joven se revela como administrador visionario, demostró públicamente que estaba de acuerdo con la instalación de la Brastanio en el municipio. Es natural que la Brastanio vea su candidatura con simpatía. Nada más que eso.

La explicación no convence al doctor Franklin, cada vez más aprensivo: durante los últimos días había oído sorprendentes comentarios sobre Ascanio. Se decía que después del viaje a la capital, estaba muy cambiado, que hablaba haciéndose el importante, lleno de sí, que dictaba reglas. El doctor Marcolino Pitombo se había referido a lo de Leonora: realmente tal como había averiguado el doctor Franklin, Ascanio le arrastra el ala a la paulista rica, hijastra de doña Antonieta Cantarelli. ¿Qué habrá de cierto en todos esos chismes? Hablar de la vida ajena siempre fue la principal diversión del pueblo, pero con el debate sobre la industria del titanio, las alcahueterías se impregnan de maldad, dejan de ser risueñas o con ese toque de pimienta para convertirse en cínicas e impías. Tal vez Ascanio siga siendo el mismo de antes, un muchacho honesto y derecho, entusiasmado con la posibilidad de

grandes progresos para el municipio resultantes de la instalación de la fábrica. El notario juzgaba al joven como entusiasta y trabajador, tal vez porque había sido amigo del finado Leovigildo, padre de Ascanio. Cuando el coro de Artur da Tapitanga propuso su nombre para ocupar el puesto de alcalde, vacante por la muerte del doctor Mauritônio, Dantas, aplaudió la elección. No sólo él, toda la población. De repente, Ascanio surge como candidato de la Brastanio y el maestro Colombo parece tener motivos para poner en duda su honestidad.

Al repetir una abundante porción de ambrosía, el eminente catedrático indaga:

—Según tengo entendido, la elección de ese joven es un hecho pacífico, él se presenta solo, no surgieron otros candidatos, ¿no es así?

—Hasta el momento, es el único. Es cierto que no existe candidatura propiamente dicha, pues la fecha de elección todavía no fue fijada.

—Está equivocado, mi querido amigo. La fecha de las elecciones fue fijada en la reunión de ayer del Tribunal Electoral.

Un escalofrío recorre la columna del doctor Franklin. Había leído en un diario de la capital una referencia al interés de la Brastanio en las elecciones para la Municipalidad de Agreste. Presionaba al tribunal para fijar fecha. Antiguamente nadie se preocupaba por las elecciones del perdido municipio, feudo inmemorial del coronel Artur da Tapitanga. Ahora se levanta otra fuerza política, tan poderosa que está a punto de traer a Agreste, a su servicio, al propio profesor Hélio Colombo, invencible en los Tribunales y, por lo que se ve, en la mesa.

Bonaparte, derrotado, abandona la competencia, deja los cubiertos. El egregio maestro es único: impávido, ataca el *araça*, golosina muy rara actualmente, tan difícil de encontrar como un hombre honrado, mi querido notario.

DE LA NOTORIEDAD DE AGRESTE.

A la entrada de la Municipalidad, colgado en un lugar de honor, el vistoso dibujo de Rufo, la «deslumbrante visión de futuro», atrae curiosos. Sacuden la cabeza, unánimes en la admiración por las cualidades artísticas del decorador, divergentes en lo referente al contenido. ¡Formidable! apoyan algunos, con entusiasmo: Ascanio es un tipo de avanzada, va a levantar a Agreste, va a transformar la región. Otros, más prudentes, repiten argumentos del comandante y de doña Carmosina: si esa industria fuese tan benéfica, ¿por qué habría de instalarse en un área tan pobre y lejana, desprovista de recursos? Dicen que echa a perder el agua, envenena el aire. Está en los diarios. No la quieren en ninguna parte del mundo, la prohibieron en São Paulo y Río. Trataron de instalarla entre IIhéus e Itabuna, el pueblo se levantó. Ascanio, está siendo envuelto o…

¿O qué? Ascanio es un hombre íntegro, su vida es un libro abierto, ciudadano por encima de cualquier sospecha, de cualquier insinuación…

Nadie está insinuando nada, pero es de dominio público que él anda detrás de la paulista rica, heredera del comendador, hijastra de doña Antonieta. Un postulante pobre, en este caso, paupérrimo, a la mano de la millonaria, pierde la cabeza con facilidad y en estas grandes empresas corre dinero en abundancia. A Ascanio, la instalación de la fábrica en el municipio le viene como anillo al dedo, ¿quién puede negar la evidencia?

Se suceden las discusiones. Crece el número de lectores de los diarios de la capital, antes reducidos a los privilegiados suscriptores de *A Tarde*. Por encargo de Chalita, siempre dispuesto a aumentar sus fuentes de información, llegan en la «marineti» de Jairo, ejemplares de los diversos diarios de Salvador.

Si el dueño del cine tiene un juicio formado sobre el problema de la industria de titanio, no hace alarde. Sólo vende los pro y los contra para recoger la escasa ganancia. La polémica en tomo de la Brastanio se alimenta de noticias y chismes, de difamaciones y se difunde por todos lados.

Leyeron y comentaron la grandilocuente entrevista de Ascanio: «La Brastanio significa la redención de Agreste; riqueza y progreso para el litoral norte del Estado». Las muchachas admiraron su retrato a dos columnas, aparece con el dedo levantado, joven líder político de gran futuro, candidato del pueblo a la Municipalidad, según decía el reportero. También causó sensación el severo artículo en que la sección editorial de *A Tarde* comentó tales declaraciones. Bajo el título de «¿Candidato del pueblo o de la Brastanio?». Califica a Ascanio como «astuto play boy rural, huésped de la Brastanio en un hotel de lujo». En cuanto a la riqueza y al progreso anunciados por el «imprudente y gracioso personaje», no pasarían de contaminación y miseria en la opinión responsable de intelectuales sergipanos que firmaron un memorial de apoyo al telegrama del alcalde de Estancia, figuras relevantes: el pintor Jenner Augusto, el escritor Mario Cabral, el profesor José Calasans, el periodista Junot Silveira.

Las confusas noticias sobre la amenaza a la vida de los componentes de un equipo de técnicos de la Brastanio, imposibilitados de desembarcar en Mangue Seco, causó espanto e incredulidad, La población indignada se unió para defender el medio ambiente —aplaudía Giovanni Guimaraes. Fueron agentes internacionales de la subversión al servicio del comunismo ateo, comandados por una rusa que no era otra sino la bolchevique Alexandra Kolontai, cuya presencia en Brasil había sido señalada por servicios competentes— denunciaba el mismo diario donde había salido la entrevista a Ascanio.

Por fin, para culminar con el abundante noticiero, el pueblo tomó conocimiento de la fecha fijada para las elecciones. ¿Por qué tan próximas? —preguntaba el articulista de *A Tarde*. Porque la Brastanio tiene apuro— respondía él mismo. Pese a las divergencias, y reservada la opinión de cada uno sobre el problema de la industria de titanio, había un punto en torno del cual todos se habían puesto vanidosamente de acuerdo: Agreste jamás había merecido tantos comentarios de la prensa. No menos

vanidoso se sentía el Magnífico Doctor. Angelo Bardi lo había llamado por teléfono desde São Paulo para saludarlo.

DE LOS ESCRÚPULOS DE CONCIENCIA (APREMIANTES E IMPROCEDENTES).

Al oír al doctor Colombo, se apodera de Ascanio una sensación idéntica a la que había sentido en Bahía, la semana anterior. Inoportuno impedimento, como si no anduviera por sus propios pies, como si fuese conducido, sin opción, debiendo ejercitar decisiones tomadas por otros, sin su consentimiento. Pero la voluntad de oponerse, de exigir explicaciones, de no dejarse envolver, de averiguar el porqué de cada cosa, no llega a expresarse. Se siente incómodo, pero oye y calla.

Una vez más comprueba el poder de la Brastanio, al recibir en la Municipalidad de Agreste al egregio profesor Hélio Colombo, de quien no había llegado a ser alumno pero en cuyo estudio, igual que los demás colegas, había soñado con iniciarse cuando se recibiera. Allí estaba el doctor, en persona, recuperado después del almuerzo y la siesta, exponía y solucionaba el terrible problema del cocotal que había causado tanta preocupación a Ascanio. Portador de la auspiciosa noticia de la decisión del Tribunal sobre la fecha del pleito, antes de que el joven terminara de decirle cuánto lo admiraba, el eminente abogado comenzó a poner en claro la confusión causada por Fidelio, a sugerir el procedimiento de Ascanio.

Ascanio había bajado victorioso de la «marineti» de Jairo, empuñaba el tubo de metal y el portafolios de cuero, en el bolsillo estaba el anillo de compromiso y el pecho inflado de ambición y amor. La decisión de la Compañía Brasileña de Titanio, al elegir a Sant'Ana do Agreste para instalar allí sus fábricas, cambiaba el destino del municipio y la vida del futuro alcalde. Con los argumentos del doctor Lucena y el feérico dibujo de Rufo, esperaba conquistar la buena voluntad de la madrastra de Leonora. Sólo sobrarían los discursos del comandante, las censuras de doña Carmosina, los versos, en su mayoría inéditos de Barbozinha. Palabrería ruidosa e inconsecuente.

La euforia duró poco. En Mangue Seco, la firme negativa de Tieta fue un rudo golpe. Después, los motivos de aprensión y los disgustos se sucedieron: obstáculos e injusticias, inseguridades y sufrimiento.

En la agencia de Correos, doña Carmosina le tiró a la cara la opción concedida por Fidelio al comandante, con lo cual se vengó de aquella ofensa con que él se había despedido al embarcar en el jeep. Además se burló:

—Quiero ver cómo van a hacer tus amigos para, instalar la fábrica en el cocotal. Por suerte, todavía hay gente que vale en este mundo.

Ascanio no respondió, dejó a doña Carmosina hablando sola. Quería evitar discusiones capaces de terminar en una ruptura con la vieja amiga cada vez más exaltada. Pero la información, confirmada luego, demostraba que no todo era

palabrerío. No encontró respuesta a la pregunta de la agente del Correo: ¿cómo se las arreglaría la Brastanio para adquirir las tierras del cocotal? Los problemas de propiedad de tierras generalmente se arrastran interminables por los tribunales, duran años y años, y éste recién se inicia: el juez de Esplanada ni siquiera había dado curso a la escritura, requerida por el doctor Marcolino, en nombre de Jarde y Josafá Antunes.

El doctor Hélio Colombo salva el obstáculo y declara que para encontrar una solución ideal no hubiera sido necesario emprender ese pavoroso viaje, sólo amenizado por el almuerzo con que el notario lo había homenajeado —el doctor todavía se relame. En la sala, Bonaparte ronca tirado en un banco en la pesadez de la tarde. A su lado, los certificados y una lata de dulce de *araçá*, destinada al doctor. El doctor Colombo mira con simpatía al dormilón: sueño merecido, el joven había sacrificado la siesta para tener listos los certificados. Idiota, pero gentil. Ordena a Ascanio:

—Sea reservado en cuanto a lo referente a nuestra conversación. Mirko me dijo que puedo confiar en usted.

Es una solución simple y perfecta. Ascanio, ni bien sea elegido y haya tomado posesión, como medida de utilidad pública expropiará toda el área del cocotal. ¿De dónde sacar dinero para pagar la expropiación? Los terrenos expropiados serán vendidos a la Brastanio. La Municipalidad tendrá dinero para pagar y además embolsará un poco más con el lucro del negociado. Negocio limpio.

—¿Y si los herederos no aceptan?

—¿Cómo no van a aceptar? Todavía ni siquiera existen como herederos. La expropiación, a precio razonable, es un verdadero regalo para ellos.

—Pero el comandante no aceptará, a ningún precio.

—Él no puede impedir la expropiación por motivo de utilidad pública. Puede recurrir a la justicia, pero después. Perderá tiempo y dinero. No se preocupe por él y siga adelante. Yo me ocuparé de todo. El día en que usted asuma el cargo, mandaré en mano, por un colega, uno de mis auxiliares del estudio, el decreto de expropiación con los considerandos perfectamente fundamentados. Usted sólo deberá firmar.

Su único trabajo: firmar. Siente una sensación desagradable, incómoda. Mete la mano en el bolsillo, toca la pequeña cajita donde está el anillo de compromiso. ¿Cuándo lo pondrá en el dedo de Leonora? El tiempo urge. ¿Qué puede hacer sino seguir adelante? Además, al colaborar con la instalación de la Brastanio en Mangue Seco, sólo está sirviendo a los intereses del municipio y del pueblo. ¿Pensándolo bien, cuáles son los motivos para tener escrúpulos de conciencia?

MUESTRA DE LAS APRENSIONES DE UN CANDIDATO A LÍDER Y A MARIDO, O DEL CARÁCTER SUJETO A DURAS PRUEBAS.

Joven, sano, enérgico, enamorado. Enamorado es poco decir: loco de amor y

correspondido. Sin sombra de duda. Había recibido la indiscutible (y celestial) prueba que no fue sino la mayor de todas: su bienamada le había abierto las piernas, se entregó, sin pedir nada a cambio. Como él era pobre y ella rica, jamás había osado hablarle de casamiento, no hizo ni propuestas ni promesas. Ese gesto de Leonora en las dunas fue prueba de infinito amor.

Galán principal de la historia que se está contando, goza de envidiable salud, potencia sexual recientemente comprobada (y de sobra) en la capital del Estado. ¿Cómo explicar que ese joven gallardo y varonil, al tener a su disposición, sumisa y ardiente, a la más inaccesible de las mujeres, la mujer de su vida, no se aproveche, no sólo que no se aproveche sino que además trate de evitar (o por lo menos postergar) la repetición de la exaltante noche de amor? ¿Cuáles son los motivos de semejante demencia? ¿Será posible que exista, en los confines del mundo, o sea en Agreste, tamaño imbécil?

El domingo, al desembarcar de la lancha, Ascanio acompañó a Leonora hasta la puerta de la casa de Perpetua. Le tomó las manos y con la ternura a flor de piel, le dijo:

—Me voy a casa, me despido por hoy. Necesitas descansar, casi no has dormido, debes de estar cansada. Si me permites, mañana cuando vaya a la Municipalidad, paso para darte los buenos días.

Permitirá todo lo que Ascanio pida y desee, lo ideal sería que la deseara y la poseyera esa misma noche, en los recovecos del río. No está tan cansada, y si lo estuviese, ¿qué mejor lugar para descansar sino en los brazos de su amor, sin un ápice de tristeza? Sin embargo se calla. Nuevamente intimidada, a la espera de que Ascanio tome la iniciativa, se anime y proponga. Aprovecha, cabrita, haz tu reserva de recuerdos, el tiempo es corto, había recomendado su madrecita. Esa noche de domingo se desperdicia envuelta en prejuicios y escrúpulos.

Él se acerca para darle el beso de despedida. Leonora se atraca en su pescuezo, le apoya los senos prominentes. Los cuerpos se unen, las piernas se encuentran, un calor nace del largo y desesperado beso, de labios, lenguas y dientes. Ascanio se zafa y huye calle afuera, bajo la débil luz de los viejos postes.

Sus pasos, en lugar de llevarlo a su casa, lo conducen a la pensión de Zuleika Cinderela, donde María Inmaculada sonriente lo recibe:

—Don Ascanio… Hace tanto que lo espero… Me alegro de que haya venido.

El estar con la muchacha, inquieta y linda, no tranquiliza a Ascanio, sólo comprueba que el cuerpo de Leonora, y ningún otro, le puede dar esa sensación de plenitud que lo hace sentir invencible, dueño del mundo.

Pero para merecerla otra vez, debe esperar. El gesto de Leonora es prueba de infinito amor y de desmedida confianza. Ella es pura e íntegra, ni la dolorosa experiencia anterior la hizo dudar de los sentimientos y de la seriedad del nuevo pretendiente: se puso en sus manos por considerarlas limpias, honradas. El deseo consume al joven enamorado, pero él se controla, debe comportarse a la altura de la

confianza de Leonora.

En el bolsillo guarda un anillo de compromiso. Ni bien doña Antonieta vuelva de Agreste, él hablará franca y decididamente: amo a su hijastra y la quiero por esposa. Soy pobre, pero ambicioso. Confíe en mi, llegaré a ser alguien. Con el anillo en el dedo de Leonora y fijada la fecha del casamiento, tal vez quién sabe… Pero antes, sería un desleal abuso, un vil comportamiento.

Doña Antonieta le había negado su apoyo en la campaña de la instalación de la Brastanio. ¿Cómo reaccionará ante el pedido de casamiento? Parece ver el asunto con simpatía, tal vez por juzgarlo inconsecuente distracción de veraneo. Pero de ahí a casamiento la distancia es grande. ¿Cómo actuar, si la omnipotente madrastra se opone?

Ascanio no admite el pensamiento de no volver a tener en sus brazos, rendido y vibrante, el cuerpo de Leonora. Ahora que lo había conocido y tocado, ya no puede vivir sin poseerlo. Sin embargo es necesario esperar. No es fácil ser un hombre digno, acarrea esfuerzos.

DE LOS DÍAS VENTUROSOS.

Los días que siguieron al frustrado domingo de la inauguración del Curral do Bode *Inácio*, a la desesperante noche de los cuernos sagrados, fueron los más felices de las vacaciones de Tieta, casi los más felices de su vida.

Al proyectar su regreso a Mangue Seco, soñaba con reencontrar la belleza y la paz. La suertuda hasta obtuvo una pasión devoradora, insólita en su abundante colección de festejantes. Por primera vez dejó de ser chiva mañera requerida y conquistada, rendirse sumisa al llamado, a la codicia, a la seducción del macho. De repente, le era restituido el paisaje de su adolescencia, cabra de prominentes ubres, deseo con ansia irreprimible, sedujo y conquistó a un cabrito apenas destetado, lo derribó en las dunas y lo violentó. Además de la paz y la belleza, tuvo la timidez y la furia del mancebo. Como si no bastara esto, además sobrino y seminarista. Loca, absurda, incomparable aventura, disputando con Dios los preciosos minutos.

Días de plenitud, de pasión decantada un amor único e inmortal, cuando la existencia se hace inconcebible sin la presencia del ser amado. Serían perfectos si no estuviesen llegando a su término. Se le ocurre llevar a Ricardo a São Paulo. Sabe que no puede y que no debe hacerlo: antes o después se quebrará la magia y proyectará en el deseo la sombra del hastío y del tedio. Por eso mismo, no admite perder ni un solo instante de esa ventura sin par que ese amor inmenso y eterno le da. Una vez prohibidas las idas a Agreste, suspendidos los encargos del monaguillo, las obligaciones del diácono del templo, el seminarista se saca la sotana, y se exhibe casi desnudo en su traje de baño.

Tieta no piensa en cumplir las promesas hechas a doña Carmosina y al

comandante, está dispuesta a permanecer en Mangue Seco hasta el día de la fiesta de la luz, víspera del viaje de regreso. En la fiesta se despedirá de todo el mundo, adiós mi gente, hasta la próxima vez, los voy a extrañar, todo estuvo muy lindo.

No ve motivo para sacrificarse. Nada válido puede hacer para impedir la instalación de la fábrica, su presencia en Agreste sólo representará tiempo y esfuerzos perdidos. Alegre y libre, vive días incomparables, charla con pedro y Marta, con Jonás y los pescadores. Gime y ríe en los brazos de Ricardo, en lo alto de las dunas, a orillas del mar, en la hamaca, en la arena, en la espuma de las olas, en la canoa, de noche, de madrugada, al atardecer. La luna creciente se establece en las dunas y entra por la ventana del Curral.

Sería bueno quedarse para siempre, envejecer allí y esperar la muerte, sin preocupaciones ni compromisos. ¿Por qué ha de abandonar el paraíso? Urge regresar a São Paulo, ganar dinero y emplearlo bien. Además, dentro de muy poco tiempo, Mangue Seco, sólo será un triste paisaje de cemento, humo y detritos. Mejor no pensar en eso, aprovechar mientras todavía existen paz, belleza, amor.

La plenitud dura desde la mañana del lunes, cuando por fin llegó Ricardo y Tieta lo recibió con reprimendas:

—Si lo hiciste a propósito para aguar mi fiesta, lo conseguiste. ¿Por qué no viniste?

—Pero usted dijo que no habría fiesta.

—¿Desde cuando soy usted de nuevo? ¿Estamos rodeados de gente?

—Discúlpame, pero nunca te vi tan enojada, el padre Mariano me retuvo por el inventario. El cardenal…

—Quiero que el cardenal se pudra en el infierno. Él, el padre y toda su corte. ¿A qué hora terminó el inventario?

—Casi a la hora de misa.

—¿Y por qué te quedaste ahí y no viniste ayer mismo?

—Cuando terminó la misa, ya era de noche, no se me ocurrió —lo que no se le ocurre es una buena excusa—. Comí, recé un rosario con mamá y me fui a acostar. Soñé… —alza los ojos hacia Tieta— soñé contigo toda la noche. ¡Tuve cada sueño!

Justamente por no existir ninguna excusa, Tieta creyó en él:

—Si llegas a hacerme otra de ésas, vas a ver. De ahora en adelante, no sales más de aquí, ni para ir a misa ni para ninguna otra cosa. Hasta que yo me vaya, se acabó Dios. —La voz se endulza—. ¿Es cierto que soñaste conmigo?

—Soñé que eras jovencita como antes de irte. Eras igualita a como me contaste, igualita, sin poner ni sacar nada. —¿Acaso no era verdad? A María Inmaculada sólo le faltaba el cayado de pastora.

—Cuéntame cabrito, con puntos y comas.

DONDE FINALMENTE LA BELLA LEONORA CONOCE LOS RECOVECOS DEL RÍO.

Confusamente, Leonora se da cuenta de los sentimientos de Ascanio. En ningún trance de su vida se encontró con un hombre como él y tiene miedo de lastimarlo, desilusionarlo y perderlo. Se intimida y no tiene coraje para defender el poco tiempo que le resta.

Primero el joven la había creído virgen, casta hija de buena familia, de esmerada educación, riquísima, a la espera de un casamiento acorde con su situación social. Después, la madrecita le había inventado esa historia del novio canalla, desenmascarado antes de birlarle la plata, pero después de haberle robado el himen. Y esa historia fue inventada para convertir en audacia la timidez de Ascanio, para colocar a su alcance a la paulista evolucionada, sin prejuicios provincianos ni virginidad, y así transformar al platónico y deprimente festejo de *caboclo* en un exaltado romance, lírico y ardiente, agradable pasatiempo de vacaciones. La madrecita la había llevado consigo para curarle el pecho y el corazón. En el *sertão* vas a respirar aire puro y vas a apreciar el placer de un amor romántico, de esos que te dejan llena de recuerdos nostálgicos. ¿Sabes lo que es hacer el amor oyendo versos? Sólo en Agreste, cabrita. Aire puro para los pulmones debilitados por la contaminación de la metrópoli, sentimientos para el corazón herido por la aridez y la violencia. Carga de recuerdos para las horas de soledad.

La intriga de la madrecita obtuvo éxito, pero sólo parcialmente. Ascanio continuó imaginándola ingenua hija de buena familia, todavía más digna y necesitada de respeto por haber sido engañada y por haber sufrido tanto. Pero ¡ay! no era ninguna hija de buena familia, digna de respeto. El secreto no le pertenece, no puede abrir la boca y decir: llévame a la cama sin vacilar, no te pido nada, nada merezco, soy una mujer de la vida, una cualquiera. Una infeliz. Además de los clientes, que no cuentan, tuve otros hombres antes de ti; pero sólo ahora, aquí en Agreste, amé como se debe amar. Yo te amo, quiero ser tuya y quiero que seas mío. ¡No importa por cuánto tiempo!

No puede contarle la verdad, pero nada le impide extenderle los brazos y pedir: vamos a la orilla del río, derríbame en la oscuridad, a la sombra de los sauces. Agarra a tu chivo por los cuernos, le había enseñado la madrecita. En lo alto de las dunas, Leonora había seguido el consejo. Y todo salió bien.

Mientras andan despaciosamente por la vereda de la Plaza de la Matriz, recorrido habitual de los enamorados, entre tiernas miradas, fugaces apretones de mano, rápidos besos, y al ver que el tiempo pasa sin que Ascanio se decida, antes de encontrarse con otra noche perdida, Leonora vence el recelo, supera la inhibición y se atreve:

—Nunca hemos salido de aquí, de la Plaza. Tengo ganas de ir hasta la Bacia de Catarina. Es un lindo paseo.

—Es cierto, es lindo, iremos un día de éstos…

—¿Por qué no vamos hoy?

—No hay nadie para que nos acompañe.

—¿Compañía? ¿Para qué? Quiero ir contigo, los dos solos.

—¿Solos? —Le acaricia el rostro: —Agreste no es São Paulo, Nora, mañana tu nombre estaría en boca de todo el mundo.

Dando el asunto por terminado, Ascanio vuelve al tema de sus proyectos como administrador y a las perspectivas abiertas para el municipio con la llegada de la Brastanio.

Leonora escucha distraída, oye resonar a lo lejos la voz de la madrecita: agarra a tu chivo por los cuernos, cabrita. Interrumpe el paseo y el discurso:

—¿Tú me amas, Ascanio? ¿Me amas de verdad?

—¿Lo dudas? Yo…

—Entonces, ¿por qué huyes de mi? ¿O es que no te gusté?

—¿Yo huyo de ti? ¿No me gustaste? No digas eso nunca más. Yo te amo y no quiero que hablen mal de ti, ¿entiendes?

Leonora sonríe y prosigue, mansa y firme:

—Claro que entiendo, era lo que yo pensaba. Deja que hablen, no me importa, no me va ni me viene. —Lo toma de la mano—. Llévame, amor, a la orilla del río. Adonde tú quieras, mi señor.

Ascanio siente el sudor que invade todo su cuerpo, sus pensamientos se atropellan, es imposible ordenarlos.

DE CÓMO FUE PERTURBADA LA PAZ POR UN SANTO VARÓN.

Ricardo había salido a pescar en la canoa con el ingeniero y Budião. Tieta descansa en la hamaca y de pronto percibe un ruido de pasos en la arena. Se incorpora y ve a un forastero que se acerca. A pesar de no haberlo visto nunca, reconoce a Fray Timoteo, con su sombrero de paja, sonriente.

Tieta corre a ponerse un vestido sobre el traje de baño. Vuelve a tiempo para saludar al franciscano.

—¿Doña Antonieta Cantarelli? Todos hablan mucho de usted, no quise irme sin conocerla. Mucho gusto.

—Yo también quería conocerlo. Mi sobrino Ricardo dice que usted es un santo.

—¿Un santo? —ríe, le parece gracioso—. Soy un pobre pecador. ¿Por dónde anda Ricardo? No lo he visto en los últimos días.

—Estuvo en Agreste, ayudando al padre Mariano pero ya volvió. Se fue a pescar, no tardará en volver.

—Es un buen muchacho. Dios se encargará de indicarle el camino. Si usted me permite, voy a esperarlo para despedirme. Terminaron mis vacaciones, mañana estaré de nuevo en São Cristóvão.

—La casa es suya. Voy a buscar una silla.

El fraile no quiere silla, se sienta al lado de Tieta en la balaustrada de la terraza,

todavía tiene agilidad, a pesar de los cabellos blancos. Sus ojos están fijos en las dunas:

—São Cristóvão es una ciudad antigua, bonita, los hombres que la construyeron honraron al Señor…

—No la conozco, pero he oído hablar de ella.

—Sin embargo, nada se puede comparar a Mangue Seco. Esta región es privilegiada, es lindísima, es como un don de Dios a los hombres. Sé que usted ha hecho lo imposible para impedir el crimen que quieren cometer al instalar aquí una fábrica de dióxido de titanio.

Tieta se siente enrojecer. No merece elogios. El comandante reclama su presencia en Agreste y ella allí, disfrutando de la vida y deleitándose con el sobrino.

—No hice nada o casi nada. El comandante Darío vive pidiéndome que vaya a Agreste para darles una mano pero prefiero quedarme aquí para aprovechar esta maravilla mientras puedo. Carmosina me acusa de egoísta, pero dígame Fray Timoteo, ¿qué se ganaría con que yo fuera a Agreste para pedirle al pueblo que firme contra la fábrica y que proteste? La fábrica terminaría por instalarse igual, eso no depende de mí, ni de Carmo, ni del comandante. ¿No tengo razón?

—Creo que no, doña Tieta. Permítame que la trate así. Es muy difícil que las protestas del pueblo de Agreste, solas; puedan impedir la instalación de la fábrica, es cierto, pero pueden ayudar. De cualquier manera debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para impedir el crimen, sin preguntamos si vamos a obtener éxito o no. —Una breve pausa, antes de agregar—. Cuando usted se metió en la lancha, con Jonás y los pescadores, no preguntó si valía la pena.

Sorprendida, Tieta trata de explicar:

—Recordé mis tiempos de niña traviesa, me encantaban las peleas…

—No la estoy juzgando ni acusando, pero ¿de qué otra manera ellos podrían protestar? Pero usted puede ayudar, sin recurrir a la violencia. El pueblo de Agreste necesita enterarse de cómo son las cosas, una palabra suya es capaz de convencer a los indecisos. Dios nos confió el cuidado de estos bienes, nuestra obligación es defenderlos. Si no lo hacemos, somos cómplices de los criminales: los índices de contaminación de esa industria son terribles. Discúlpeme, doña Tieta, que hable de esta manera, pero usted me pidió mi opinión…

En la infinita paz de la tarde, la voz del fraile, tierna y fervorosa, la sonrisa tímida y apaciguante, perturban a Tieta. No llega a responder —¿responder qué?— debido a la aparición de Ricardo. Al avistar al fraile, el seminarista deja al ingeniero atrás y aparece corriendo:

—¿Por aquí, Fray Timoteo? ¡Qué sorpresa!

—Vine a despedirme, hijo, y tuve el placer de conocer y de conversar con doña Tieta. Mañana regreso al convento.

El ingeniero se acerca al grupo con una canasta llena de pescados:

—Marta y yo también tenemos las valijas hechas, sólo nos quedan dos días.

Volveremos dentro de un año, si es que para esa fecha no está todo arruinado por aquí. Cuando pienso en eso, se me revuelve todo…

—Estábamos hablando de eso, doña Tieta y yo. Están planeando un crimen, un gran crimen.

Ricardo acompaña al fraile hasta la canoa. Fray Timoteo comenta:

—¡Qué simpática que es tu tía! Sé cuánto la estimas, vas a sentir su ausencia. Cuando ella se haya ido, ven a pasar unos días conmigo, al convento.

En la cama, por la noche, Tieta comenta la visita:

—¿Te parece que sospecha algo de nosotros dos?

—Nunca lo dio a entender.

—Sabía lo de las lanchas, me lo dijo pero no me lo recriminó. Pucha con ese cura. Acabó con mi tranquilidad.

—¿Qué?

—Con esa historia de que tenemos obligaciones por cumplir. No quiero irme de aquí hasta el día de la fiesta y de la partida…

Felipe acostumbraba a decir que para vivir feliz antes que nada es necesario abolir la conciencia. Tú tienes problemas de conciencia, vas a terminar mal… prevenía al saberla preocupada por algunas de las muchachas del Refugio. Tieta abraza a Ricardo contra su pecho, y trata de olvidar las palabras del fraile, no percibe la vislumbre de esperanza que hay en los ojos del muchacho.

DEL MISTERIOSO CORRESPONSAL.

¿Cómo había podido suceder tal infidencia? El doctor Hélio Colombo no había hablado con nadie sobre la expropiación, a no ser con el propio candidato. Ascanio Trindade, a su vez, guardó absoluto silencio acerca de la conversación con el abogado. Sin embargo, a los pocos días, *A Tarde* publicaba una «Correspondencia de Agreste», donde se relataba la estadía del ilustre jurisconsulto, en calidad de defensor de la Brastanio. Se refería a la mañana que pasó en la notaría, inclinado sobre libros y documentos, y al encuentro, por la tarde, en el edificio de la Municipalidad con Ascanio Trindade, cuando había ordenado al candidato a alcalde que expropiara la inmensa área del cocotal, para revenderla, totalmente o en parte, a la Compañía Brasileña de Titanio S. A., y obtuvo inmediato acuerdo del obediente funcionario. La expropiación por utilidad pública fue la solución encontrada por el abogado para garantizar a su cliente la posesión del área, ante la intransigencia de algunos herederos, irreductibles en su disposición de abstenerse de cualquier negocio con la controvertida empresa, considerando que las emanaciones provenientes de la industria de titanio podrían causar irreparables daños a la región. El corresponsal usaba el verbo ordenar y el adjetivo obediente. Los ejemplares de la gaceta pasaron de mano en mano.

Jamás se supo quién fue el misterioso corresponsal. El doctor Hélio Colombo, al recordar su corta visita a Agreste, la pavorosa travesía de ida y vuelta, el camino de mulas, el polvo y la sed, la abundante mesa, el sabor y el tamaño de los *pitús*, el color dorado y el incomparable sabor de la ambrosía, reflexiona sobre las mañas y sabidurías de la gente del interior, campesinos, pajueranos. Parecen ingenuos y tontos. Pero como se ve, son sagaces, con su pachorra engañan a los sabihondos de las metrópolis. El doctor rememora la evidente curiosidad del escriba. No, las preguntas capciosas hechas durante el almuerzo. Pensó que lo había engañado. Vuelve a oír los ronquidos del simpático gorducho, su inexpresiva cara de luna llena, su aire de pavote, semimuerto en la sala de la Municipalidad, portador de los certificados y de la lata de dulce de araçá. ¡Padre e hijo, qué dúo!

DEL BRINDIS CON LICOR DE VIOLETAS.

Lo que aumenta la depresión de doña Carmosina es el hecho de que todos piensen en ella cuando tratan de identificar al anónimo e informado corresponsal. Aminthas va a felicitarla:

—Prima, eres un fenómeno. ¿Cómo descubriste la trama?

No había descubierto nada, no le cabe ningún mérito en la denuncia, ni siquiera se había enterado del paso por la ciudad del doctor Hélio Colombo, está completamente aparte de todo, apesadumbrada. Además de la conmoción causada por la noticia —el triunfo conquistado con el noble gesto de Fidelio se perdió—, se vio dejada al margen de los acontecimientos. Antes, en Agreste, no se movía ni una pajita de su lugar sin su conocimiento. Ahora, la tomaban de sorpresa, es un absurdo. Los pequeños ojos de doña Carmosina se opacan:

—Me enteré por el diario, como tú, y pensar que me reí en las narices de Ascanio… Ahora ya da lo mismo. Estoy desmoralizada.

El comandante se une a ellos, está deprimido, larga sobre el mostrador las hojas de papel con las firmas del memorial de protesta. Quien tiene razón es Tieta: memorial o nada, da lo mismo. El comandante llega de la notaría donde conversó con el doctor Franklin y obtuvo confirmación de la noticia. Aunque actúa en representación del presunto heredero, no podrá hacer nada para impedir el acto de expropiación por motivo de utilidad pública. Cualquier acción en la justicia tendrá que ser *a posteriori*, ¿para qué sirve? La cuestión del cocotal está liquidada. Un clima de desolación se extiende en la agencia de Correos. Sólo Aminthas no se deja abatir y, con sus moditos burlones, trata de levantar el ánimo de los amigos:

—El barco todavía no naufragó, comandante. ¿Dónde está ese ánimo, Carmo? Nunca vi a nadie que se entregara tan rápido. A pesar de todo, yo sigo pensando que esa fábrica no va a instalarse aquí…

—¿Qué no? Han mandado a Agreste a un abogado de la envergadura de Hélio

Colombo, llevan a Ascanio a la capital…

—*Playboy* provinciano… —se divierte Aminthas.

—… arreglan todo con él, fijan fecha para las elecciones ¿y tú todavía dudas de la intención que tienen?

—Estoy de acuerdo en que existen razones para creer. De cualquier manera, tenemos que actuar como si fuese cierto.

Repentinamente cambia de tema al ver acercarse unos curiosos que vienen del bar y de la tienda, interesados en la charla: Agreste anda con las orejas paradas y la noticia de la próxima expropiación de las tierras despertó un interés inusual. Chalita, el primero en llegar, se apoya en la puerta, se está hurgando los dientes con un palillo.

—Buen día, mis amigos.

—Buen día, pashá de los pobres. —Aminthas no se inmuta—: Como estaba diciendo, en mi opinión, los Beatles todavía no han sido superados… Después de almorzar paso por tu casa, Carmina, te llevo el disco, van a ver que tengo razón. Hasta luego, comandante.

En la puerta se cruza con Edmundo Ribeiro; el recaudador pregunta:

—¿Qué me dicen de la noticia? ¿Será cierto? Por la forma como marchan las cosas, dentro de dos años nadie va a reconocer a Agreste.

En lo de doña Carmosina, mientras doña Milu sirve dulce de cáscara de naranja, Aminthas asume posición de orador:

—Nobles correligionarios, respóndanme: Para poder decretar la expropiación del área, Ascanio tiene que ser elegido, ¿no es cierto?

—Ya fue fijada la fecha de las elecciones.

—Ya lo sé, leo los diarios y me llegan las habladurías. Pero, que yo sepa, nuestro *playboy* rural todavía no fue elegido.

—Falta poco. —Constata el comandante.

—Falta poco o falta mucho, todo depende.

—¿Depende de qué? ¿Por casualidad, tú dudas, de que él sea elegido?

La voz del comandante Darío refleja impotencia y desánimo, doña Carmosina oye en silencio.

—Claro que puedo dudar, ¿por qué no? Según las circunstancias, hasta puedo apostar a que no será elegido.

—¿Cómo no va a ser elegido? Es el único candidato, es el candidato del coronel Artur…

—Basta con que no sea candidato del coronel o, en último caso, que no sea el único…

—Estás queriendo decir… —interrumpe, interesada, doña Carmosina.

—Que basta con que aparezca otro candidato, capaz de destronar a Ascanio, ya sea en la preferencia del coronel, ya sea en las urnas…

—Ya me estaba dando cuenta de que querías llegar ahí. Pero no se puede. El coronel es padrino de Ascanio, confía en él, el día de entierro de Mauritônio, dijo que

Ascanio sería alcalde y todo el mundo estuvo de acuerdo. No veo por qué ha de cambiar de idea.

—Qué sé yo… El viejo está medio loco, nadie todavía trató de saber qué es lo que el cacique piensa sobre la instalación de la fábrica, si está a favor o en contra. Nada cuesta conversar, tratar de convencerlo. Pero si él mantiene su opinión respecto a Ascanio, entonces nosotros iremos a las urnas.

—¡Ascanio es invencible en las urnas!

—¿Invencible? Tal vez lo haya sido, Carmo, pero ya no lo es. Antes todo el mundo veía en él a un joven trabajador y honesto, no había duda en las opiniones sobre Ascanio y todos lo querían como alcalde. Hoy, justa o injustamente, se transformó en un hombre pagado por la Brastanio, interesado en el dinero de Leonora. Aquí, entre nosotros, yo creo que no pasa de un bobo alegre. Pero por ahí, lo menos que dicen es que él anda con pajaritos en la cabeza. ¿No te diste cuenta que se terminó la unanimidad, Carmo? Empezando por nosotros, los que estamos aquí. Antes, todos éramos electores de Ascanio, electores firmes. Hoy, mi voto no está con él.

—Ni el mío. —El comandante está de acuerdo.

—Asimismo no veo quién puede competir con él.

—Estás ciega del todo, prima.

—¿Quién? Dime.

—El eminente ciudadano, preclaro hijo de Agreste, oficial de nuestra gloriosa armada: ¡el comandante Darío de Queluz!

—Tú estás loco. No soy político ni quiero serlo.

—Exactamente. Los políticos andan por el suelo, quienes mandan actualmente en el país son los militares. ¿O no? ¡Comandante, asuma su puesto!

—¿Yo? ¡Jamás!

Aminthas no le presta atención:

—Va a ser duro, pero yo creo que podremos ganar si…

—¿Si?

—Si contamos con el apoyo de doña Antonieta. Con Santa Tieta do Agreste a nuestro favor, si ella pidiera votos para el comandante, está hecho.

—De ninguna manera voy a aceptar… —recomienza el comandante, y se yergue para corroborar su decisión.

Doña Carmosina se vuelve hacia él, nuevamente está al pie del cañón:

—¿Cómo no va a aceptar? El patriotismo se prueba en estos momentos, comandante.

Doña Milu trae copas, sirve licor de violetas. La ocasión impone un brindis. La vieja señora, en épocas remotas, fue un eficiente caudillo electoral:

—¡Salud, comandante! Voy a empezar a hacerle propaganda hoy mismo. Ya tengo una divisa para la campaña: «Abajo la podredumbre». —Doña Milu saborea el licor, se lame los labios.

CAPÍTULO DE MEMORABLES ACONTECIMIENTOS DURANTE LOS CUALES ASCANIO TRINDADE PERDIÓ LA ELOCUENCIA Y LA CARAMBOLA. PRIMERA PARTE: EL CASO DEL DISCURSO.

Entre la visita del doctor Hélio Colombo a Agreste y la publicación de la noticia en un diario de la capital, dos veces estuvo Ascanio a punto de perder la cabeza: en la primera, perdió el hilo del discurso; en la segunda la carambola.

Lo del discurso fue en una asamblea improvisada a raíz de la llegada de los postes de la Hidroeléctrica a las calles de la ciudad. Cuando el jefe de los ingenieros bajó del jeep y subió las escaleras de la Municipalidad, Ascanio Trindade, en la sala de despachos, solo, busca digerir recientes y embarazosas actitudes, tomadas en su contra, impuestas por terceros sin que le hubiesen permitido opinar o discutir sobre ellas. Sin embargo, eran satisfactorias.

Sin tener en cuenta los escrúpulos, pisoteando los prejuicios locales, el atraso pueblerino, Leonora lo transporta cada noche al paraíso, o sea a la Bacia de Catarina. Una vez solucionado el intrincado problema, el famoso abogado le ordenó expropiar las tierras del cocotal, ni bien asuma el cargo de alcalde. Había acatado las dos soluciones, ambas lo complacen; Pero todavía persiste en su interior un dejo de disconformidad, como si, al estar de acuerdo con tales iniciativas y participar de ellas, cometiese un acto reprobable. Al analizarlas, no encuentra en ellas nada sucio o deshonesto. ¿Por qué entonces ese miedo y esas dudas? Exclusivamente porque le falta pasta de líder. Está enredado en melindres, en resistencias y susceptibilidades provincianas, mentalidades estrechas, se asusta y vacila cuando la coyuntura exige firmeza y audacia. El doctor Colombo y Leonora representan la mentalidad abierta y avanzada de las grandes ciudades. Leonora es sorprendente, ¡tan frágil y tan dispuesta, tan discreta y tan atrevida!

La voz del ingeniero interrumpe sus cavilaciones:

—Vine a invitarlo para asistir a la colocación del primer poste de la ciudad. También me gustaría que estuviera esa ricachona, la que manda en el gobierno. Así, tendré el placer de conocerla.

Entusiasmado con la noticia, Ascanio salta de la silla, se pone el saco y:

—Ella está en Mangue Seco, la va a conocer el día de la fiesta. ¿Ya podemos fijar la fecha?

—Digamos… entonces… El primer domingo de aquí a quince días.

Ascanio hace cuentas, exactamente dentro de diecisiete días. Al fijar la fecha para el gran festejo, el ingeniero determina el día del regreso a São Paulo de las Cantarelli, la viuda y la heredera. Ascanio se estremece: ese poco tiempo del que tanto han hablado deja de ser una expresión vaga para transformarse en un plazo fatal. Dentro de dieciocho días, en la «marineti» de Jairo, la más bella y pura de las mujeres partirá de Agreste.

La noticia se extiende por la ciudad y la saca de su inercia. En las manos festivas de Vavá Muriçoca, la campana de la Matriz resuena anunciando augurios. El padre

Mariano surge en el atrio. Por obra y gracia de la devota feligresa, generosa oveja del rebaño del Señor, comendadora del Papa, llena de méritos, fue instalada una nueva red eléctrica en el templo, cuya fachada, recubierta de lámparas de colores, aguarda la luz de Paulo Manso. El padre Mariano acelera el paso para alcanzar a Ascanio y al jefe de los ingenieros.

Los obreros manejan palas y picos, cavan el pozo donde será instalado el primer poste, en el antiguo Caminho da Lama, futura calle Doña Antonieta Esteves Cantarelli. De los callejones y calles, va llegando gente. Los últimos escépticos se rinden ante la evidencia: dentro de dos semanas Agreste estará consumiendo luz y fuerza de la Hidroeléctrica de São Francisco. Energía capaz de mover industrias, luz fuerte y brillante, veinticuatro horas por día, se acabó la opaca y débil iluminación del motor, limitada a tres horas, cuando no hay fallas. La luz de Tieta. El nombre de la bienhechora pasa de boca en boca, entre alabanzas y admiración. Todos se sienten orgullosos de la riqueza e importancia, del prestigio y poderío de la coterránea, patrona de la ciudad y del municipio, hija pródiga y predilecta. Ese milagro se debe a ella y sólo a ella —ésta es la verdad proclamada por el propio jefe de los ingenieros.

Milagro increíble, como él mismo lo define subido al cajón de kerosene. Al ver a un montón de ciudadanos comprimidos alrededor de los ingenieros y obreros (todos comentan y están listos para aplaudir), Ascanio manda al chico Sabino en busca de un cajón; un momento tan solemne en la vida de Agreste no puede pasar así nomás. Improvisa una tribuna y una asamblea y para iniciarla, invita al jefe de los ingenieros, «comandante invicto de esa batalla épica del progreso, a quien manifestamos nuestra gratitud». Falto de dotes oratorias, el ingeniero se reduce a cuatro frases rápidas. Felicita al pueblo de la región pero rechaza agradecimientos, él y su equipo sólo cumplieron órdenes de la compañía, órdenes que desde el principio les parecieron absurdas pues la extensión de los cables eléctricos a Agreste fue un «auténtico e increíble milagro». Debían agradecer exclusivamente al poderoso personaje que lo había hecho posible y a quien no había tenido el placer de conocer todavía. Al bajar, es presentado a algunos familiares de ese poderoso personaje: la hermana Perpetua, el sobrino Peto, la hijastra Leonora, a quien desnuda con la mirada hambrienta y competente. Material de primerísima, cosa como la gente.

Leonora cree que Ascanio merece parte de los aplausos y de la gratitud pues se había batido con desesperada pertinacia; para poder obtener esa victoria hasta sumó humillaciones. Es cierto que no había conseguido nada, pero no por eso su esfuerzo debe ser olvidado.

Por otro lado no le regatean aplausos cuando sucede al ingeniero sobre el cajón. Sobre todo cuando se refiere a la situación de doña Antonieta Esteves Cantarelli, a quien el pueblo de Agreste estará eternamente agradecido. Si estuviese allí seguramente compartiría la gratitud expresada por los presentes a los responsables de los cables, postes, lámparas e iluminación. El error de Ascanio fue querer aprovechar la ocasión para hacer propaganda de la Brastanio. En un gesto imperativo señaló el

suelo y preguntó: ¿a quién se debe el asfalto sobre el cual estamos paradas, y que cubre para siempre el barro secular de la entrada de la ciudad? ¿Quién envió máquinas, técnicos, obreros? La Brastanio, cuya presencia en el municipio significa la redención de Agreste —dice y repite la frase de la entrevista. Aplausos y bravos se mezclan con silbidos y gritos, las opiniones están divididas.

—¡Abajo la contaminación! —grita doña Carmosina.

Ascanio no presta atención, prosigue entusiasta y elocuente pero en seguida una voz anónima, en falsete, evidentemente disfrazada, se alza en medio de la confusión:

—¡Cállate la boca, *playboy* rural! ¡Eres un vendido!

Ascanio se atraganta en el medio de una frase, no puede localizar al canalla —si eres hombre, aparece y repite lo que has dicho—, pierde la seguridad y la elocuencia, apura el discurso.

Al bajar del cajón, atruenan aplausos y vivas: dirigidos al poste que los obreros acaban de colocar, maravilla del siglo. Altísimo, de cemento, se bifurca en brazos, donde irán las lámparas, elegantísimo.

SEGUNDA PARTE DEL CAPÍTULO DE MEMORABLES ACONTECIMIENTOS DURANTE LOS CUALES ASCANIO TRINDADE PERDIÓ LA ELOCUENCIA Y LA CARAMBOLA. EL CASO DEL BILLAR.

El incidente del billar tuvo por escenario el Bar dos Açores, donde los partidos decisivos del torneo anual, finalmente se realizaron. Atrasados, pues el Taco de Oro debería haber sido proclamado en diciembre. En Agreste, últimamente, todo anda desacompasado y en discordia. La rutina y la armonía ceden lugar a lo imprevisto y a las contiendas. La desconfianza y la irritación se desparraman y a cada paso manifiestan un evidente espíritu bélicoso.

La presencia de la crema de la sociedad, señoras y señoritas, da un carácter festivo a la disputa. Hay un desfile de esmeradas *toilettes*, como si en la misma ocasión fuesen elegidos el Taco de Oro y la Reina de la Elegancia. Las damas comparecen para acompañar, para respirar la excitante atmósfera del boliche, sobre todo para exhibir los vestidos, cada cuál más pretencioso. En años anteriores, cuando ostentaba vestidos mandados por Tieta, modas del sur, Elisa se destacaba entre las demás. Tampoco Asterio había tenido dificultades para derrotar a sus compañeros. La pareja arrasaba con todos los aplausos: él, tricampeón; ella, ¡absoluta! Las cosas cambiaron. Asterio, muy ocupado con el criadero de cabras y la plantación de mandioca, descuida sus entrenamientos mientras Seixas y Fidelio se pasan horas y horas entrenándose. En cuanto a Elisa, encuentra una rival a la altura de su belleza y elegancia: Leonora Cantarelli, de vacaciones por la ciudad.

La primera partida fue ganada por Fidelio, perdida por Seixas. En puntaje y partidarios. Las primas de Seixas, habían reclutado colegas y amigas para aumentar la fila de las incentivadoras del primo. Fidelio, hosco, no reclutó a nadie, las *fans*

comparecieron *motu proprio*, numerosas. Inclusive, se verificaron deserciones en las filas de Seixas, en nítida prueba del deterioro de las costumbres locales. La fiebre de la traición alcanzó a una de las primas, la miope, la más linda. Al perder el control, la falsa aplaudió de pie una sensacional jugada del adversario. Una vergüenza.

Doña Edna, cuyos campeones, el fiel Terto (no por manso y cornudo y menos por buen marido) y el voluble Leléu, se encuentran descalificados desde hace mucho, no puede esconder el despecho por no poder competir con Elisa y Leonora. Galante y osada, no le faltan gracia y porte, buen gusto en el vestir; le falta dinero o una hermana generosa. Para compensar, donde quiera que sea, recorre con la vista a los hombres presentes, habla hasta por los codos, criticando a medio mundo. Tiene una lengua prolífica en más de mi arte, eximía en el de meterse en la vida ajena, destila veneno, llega a transformarse en arma mortal. Si la reprenden, explica: por más que saque el cuero a los otros, nunca podré cobrar todo lo que dicen de mí. Durante el torneo, ni Peto escapa a las miradas dulces y a la ácida malicia de doña Edna. Peto, hecho un hombrecito, con pantalones largos, zapatos lustrados y bien peinado.

—¿Qué ha pasado contigo, Peto? Estás hecho un hombre…

Ojos dolientes, seductores, la punta de la lengua roza los labios, para dejar al niño con el pito parado. Qué amoroso el chico, apesta a brillantina. Pero quien quita el sueño a doña Edna es el otro, el hermano, el padrecito que está tan a punto. De Peto, doña Edna pasa a Elisa, a quien critica solemnemente: la muy presuntuosa ahora vive en una de las mejores residencias de la ciudad sin pagar alquiler, lo cual la hace más insoportable todavía con ese aire complaciente y superior que exhibe permanentemente. Doña Edna vino dispuesta a sacarle el cuero y a molestar al mismo tiempo a la otra antipática, la hipócrita entrometida de Leonora. ¿Cuál de las dos es más detestable?

—¿Me permites, Elisa, que haga fuerza por tu rico maridito? No tengas miedo, no le voy a sacar un pedazo… —sonríe, desafiante.

No importa el motivo por el cual Asterio cuenta con el privilegio de doña Edna, la verdad exige que se diga que se debe a ella la victoria del tricampeón cuando, al considerarse derrotado, depositó el taco.

Al contrario de lo sucedido en la apasionante disputa entre Fidelio y Seixas en la cual se sucedieron brillantísimas jugadas, la partida entre Ascanio y Asterio se prolongó pesada y cansadoramente. Sin embargo, equilibrada en cuanto a errores y metidas de pata. Los adversarios demostraron falta de entrenamiento y nerviosismo. Al estar fuera de forma, decepcionaron al público y a los apostadores.

Durante el desarrollo de la monótona competencia, Elisa finge no entender las provocaciones de doña Edna —críticas a las elegantes de segunda mano, palabras cariñosas de incentivo a Asterio como si él fuese su marido o amante. Para no oírla, se concentra en la partida. No entiende mucho de billar, pero se da cuenta de la pésima actuación de Asterio. Si por casualidad consigue ganarle a Ascanio, igualmente malo, sin duda perderá contra Fidelio, cuya exhibición había despertado

entusiasmo general. Es gracioso lo sorprendente que son los hombres. Fidelio había vivido hasta entonces retraído en su rincón, no se oía ninguna referencia a su persona. De repente, debido al asunto del cocotal, se transformó en una de las personas más nombradas de la ciudad. Según dicen, su terquedad no pasa de prudencia y estupidez; un libertino encubierto. Sí, los hombres son imprevisibles: si doña Carmosina no le hubiese contado tantas historias de Fidelio, Elisa jamás hubiera creído que era un don Juan. ¿Y qué decir de Asterio, de sus gustos y preferencias? Por lo visto, la atorrante de Edna, con ese culo malhecho, está perdiendo el tiempo, no le llegará el turno.

En un gesto brusco, Osnar, al ver a Asterio tira lejos el cigarro de paja. Desperdiciar la única posibilidad de victoria —le había apostado fuente—. La última, porque la partida había terminado, a Asterio le faltaban tres tantos y a Ascanio sólo uno. La diferencia, para un tricampeón, dueño de varios records de carambolas, significaba poco, pues le tocaba jugar. Pero Asterio se aturdió, perdió la tacada y dejó la bola a medida para Ascanio: bastaría calcular con precisión la fuerza de la tacada para conseguir el tanto del triunfo. Asterio apoya el taco, ya no puede hacer nada, es un día negro para él. Siente una contorsión en el estómago, la primera después de comprar las tierras de Jarde; creyó que estaba curado.

Ascanio contempla la mesa de billar, sonríe victorioso a Leonora, pasa la tiza por el taco, se acerca sin apuro, se considera vencedor. Se hace silencio total en la sala. La estridente voz de doña Edna interrumpe:

—Osnar, tú que eres el presidente del club de la Bacia de Catarina, dime si es verdad lo que se está diciendo por ahí…

Ascanio se inclina sobre el borde del brunswick, coloca el taco, acomoda el brazo, listo para jugar.

—… que la orilla del río nunca estuvo tan frecuentada, que sólo se ven caras nuevas, caras de forasteros… que la forastera no pierde ni una noche…

El taco resbala, apenas mueve la bola, y la acomoda para Asterio. En el eco de la voz de Doña Edna, Ascanio pierde la carambola y el partido.

DE LA PRIMERA VICTORIA DEL CANDIDATO ECOLÓGICO, DONDE SE CONCEDE AL LECTOR EL PRIVILEGIO DE VER AL COMANDANTE DARÍO DE QUELUZ LUCIENDO SU UNIFORME DE GALA.

—Dios mío, ¿qué habrá sucedido? Míralo, Cardo… —Tieta señala al comandante Darío de Queluz, que está sentado en la proa de la embarcación anclada en la arena. Se pone medias y zapatos blancos antes de pisar la playa.

—Ni que hoy fuese Siete de Setiembre… —comenta el seminarista, no menos asombrado.

Una vez por año, el siete de setiembre, en homenaje a la fiesta de la independencia, el comandante Darío retira el uniforme del armario y de la naftalina, se mete en él y así engalanado asiste a la conmemoración en el Grupo Escolar.

Durante el resto del año, sólo usa pantalón y camisa sport en la ciudad, short y remera en la playa. ¿Por qué diablos aparece de uniforme, reluciendo al sol de Mangue Seco? Tieta jamás lo había visto así. Está diferente, soberbio y austero, parece otro, impone respeto. Debe de haber sucedido algo muy grave para que el comandante se haya puesto la casaca de gala y ostente la medalla al mérito naval. Tieta y Ricardo acuden a su encuentro:

—¿Dónde está Laura? ¿Está bien? —pregunta Tieta, preocupada.

—Está bien, mandó saludos. Se quedó en Agreste, vuelvo en seguida. Sólo vine para conversar contigo, Tieta. —La voz es severa—. Es un asunto serio y reservado.

Inquieto, Ricardo mira a la tía: ¿será algo relacionado con ellos dos? Se va alejando, el comandante lo retiene:

—No es necesario que te vayas, Ricardo, ya no eres un niño. Pero nada de lo que se diga aquí puede trascender. Es una conversación secreta.

El uniforme establece compostura y distancia, firmeza y arrogancia. Llegan al Curral, donde Tieta sirve agua de coco —una de las preferencias del comandante: ¡no existe diurético igual, mi querida amiga!, Tieta pone la olla al fuego para hacer un café.

—La fecha de las elecciones ya fue fijada, Tieta.

—Era previsible, ¿no? Carmo me contó que los diarios decían…

El comandante Darío relata la visita del doctor Hélio Colombo, profesor de derecho, abogado famosísimo, un cerebro, una capacidad, enviado a Agreste por la Brastanio. ¿Saben para qué? —pregunta, los ojos indignados, la voz fúnebre como si denunciase una monstruosa conspiración, una trama siniestra. Por otro lado, es lo que se está haciendo: están tratando de desenmascarar y derrotar una sombría maquinación, una abominable intriga. Ricardo escucha atento, con los ojos bien abiertos, indignado y solidario; Tieta todavía no entiende el motivo del uniforme y del énfasis, de la actitud heroica y dramática del comandante.

—¿Sabes, mi querida amiga, cuál será el primer paso de Ascanio después, de hacerse cargo de la Municipalidad? ¿No lo sabes? Voy a decírtelo: va a expropiar al área del cocotal para cederla a la Brastanio. Por eso estoy aquí, Tieta, vine a buscarte.

Todavía confundida, Tieta fuerza una sonrisa:

—¿Para eso se puso el uniforme? ¿O va a llevarme presa?

El comandante no se hace eco de la broma:

—No juegues con cosas serias, Tieta. La única manera de prevenir la catástrofe, de salvar a Agreste, es impedir la elección de Ascanio.

—¿Impedir? ¿Cómo?

—Eligiendo otro candidato.

—¿Quién? —una repentina sospecha le altera la voz—. No me vengas a decir que tú y la loca de Carmo me eligieron a mí…

—Ésa sería la solución ideal si tú no vinieses de São Paulo. —El comandante se quita la gorra, se seca el sudor, se rasca la cabeza—. Tú me conoces, Tieta, sabes que

no soy mentiroso. Dejé la Marina y volví a Agreste porque deseo vivir en paz el resto de mi vida, tranquilo, al lado de mi mujer, en este pedazo de paraíso. Tú bien sabes que no tengo otras ambiciones, así soy feliz. —Era como si se hubiese quitado el uniforme, nuevamente simple y cordial, sin pretenciones.

—¿Y quién no lo sabe? Yo también, en ciertos días, en São Paulo, tengo ganas de largar todo y volver a Agreste para siempre. Por eso compré el terreno y la casa. Un día voy a hacer lo mismo que usted.

—Con una fábrica de dióxido de titanio aquí, ni vale la pena pensar en eso, nuestro paraíso se va a transformar en tacho de basura, como sucedió en Italia. Enfrentamos una situación excepcional, Tieta. —La voz se compone, se hace más formal, el gesto firme, la mirada decidida—. Tan excepcional que estoy dispuesto a aceptar mi candidatura, propuesta por un grupo de amigos. De patriotas. Para que esa candidatura deje de ser sólo un gesto, para que tenga posibilidad de victoria, es necesario que estés dispuesta a ponerte al frente de la campaña. Todos opinan que el pueblo apoyará a tu candidato. Todo depende de ti. Vine a convocarte, en nombre del futuro de Agreste, para luchar por una causa sagrada.

Tieta escucha, sus ojos están fijos en el rostro crispado del amigo. Pobre comandante que comanda una batalla perdida. Fanático por el clima de Agreste, por la belleza salvaje de Mangue Seco, había largado su carrera, su uniforme, para esperar la muerte en esos lugares, para disfrutar por muchos y muy largos años de una vida sana y tranquila. Todo eso terminó, comandante. No se gana nada con sacar el uniforme del ropero y ponerse una medalla.

—¿Tú crees que nosotros, en Agreste, podemos influir para que la fábrica no se instale aquí? Yo no lo creo. Sé como suceden esas cosas. Son decisiones tomadas sin pensar en el pueblo, no nos piden opinión. Vas a tener que irte de tu dunas, vas a…

—Voy a cumplir con mi deber. Es nuestra obligación, la mía, la tuya, la de los que saben qué significa esa industria. Aunque tuviera que luchar solo… Yo ya te dije, no sé si te acuerdas, que haré todo cuanto esté a mi alcance para evitar la contaminación de Agreste.

—Me acuerdo…

Ricardo interviene, su voz sale a los borbotones:

—Discúlpame, tía, pero el comandante tiene razón. Fray Timoteo dijo que debemos actuar sin preguntarnos cómo será el resultado. Pedro piensa de la misma manera.

Tieta recuerda la figura del fraile, su fisonomía franca y simpática, vuelve a oír su tierna y ferviente voz de religioso y el acento vibrante y apasionado del ateo, uno y otro, al referirse al crimen y a la obligación; ambos perturbaron su *dolce far niente* y la hicieron sentir como la última de las ociosas, de las inútiles, de las inservibles. Ahora, aparece el comandante, de uniforme, solemne y le exige el cumplimiento del deber. Para vivir bien, repetía Felipe, hombre sabio, es necesario, antes que nada, abolir la conciencia. La mierda es que no siempre se consigue.

El agua hierve, Tieta hace el café, pone tazas en la mesa. Allí es donde Ascanio Trindade había extendido el dibujo en colores de Rufo, la deslumbrante visión de futuro. Nuevamente se oscurecen los ojos de Tieta al recordar el asfalto derramado, arruinado el manglar, las viviendas erguidas sobre los escombros del pueblo. Chozas, cangrejos, pescadores, sueños adolescentes, días de pasión, enterrados en la podredumbre del dióxido de titanio. Nunca más otra pastora de cabras volverá a subir las dunas, nunca más.

DE CÓMO PERPETUA, MADRE DEVOTA, CIERRA LOS OJOS PARA NO VER Y HACE DE TRIPAS CORAZÓN.

El inesperado regreso de Tieta, llevada por los deberes cívicos que interrumpen su paradisíaca temporada de playa —pasa cada cosa en este mundo que hasta Dios se pone a dudar—, fue ovacionado con vivo entusiasmo y abundantes adulaciones de Perpetua, quien estaba dispuesta a ir a Mangue Seco para mantener una conversación decisiva con la hermana sobre el futuro de los hijos, Cardo y Peto, en la cual se concretaran proyectos y se pusieran los puntos sobre las íes. Si fuese posible, en la notaría, con firma legalizada.

Recibe al hijo y a la hermana con una efusividad exagerada, cosa rara en ella:

—Dios te bendiga, hijo mío, y te mantenga en el buen camino para que continúes mereciendo la protección de la tía. —¡Ah! quien la vio y quien la ve: antes seca y distante, ahora abre los brazos a Tieta, calurosamente, casi servil—. Gracias a Dios que volviste, querida. Te extrañé mucho. Peto también, él te adora, vive hablando de ti, pregúntale a Leonora.

—Claro que sí, Peto fue un amor… —confirma Leonora, todavía sorprendida por el cambio de planes de Tieta.

—Tenemos mucho de qué hablar antes de tu viaje, querida. No quiero ni pensar en ese día. No se imaginan cuánto las voy a extrañar… —hace de tripas corazón, extiende la adulación a la hijastra de la hermana—. A ti también, Nora.

—No hable de cosas tristes, doña Perpetua.

Al oír el lamento de la impúdica, Perpetua, con un nuevo esfuerzo, sacude la cabeza en un gesto de lástima, su voz presunta una afectuosa reprimenda:

—Imagínate, Tieta, esta boba está loca por Ascanio… Linda y rica como es, podría elegir en São Paulo al novio que se le ocurriera y pierde el tiempo con ese pobretón de Agreste. No digo que sea mala persona, pero no tiene dónde caerse muerto. No es un buen partido para ella, ya se lo dije mil veces.

Está vibrando de interés por la felicidad de Nora. De tripas corazón, Perpetua se aguanta el deseo de bramar contra la falta de vergüenza de la muy caradura, que llega a horas inapropiadas todas las noches, excitada, con el vestido arrugado, sabrá Dios de dónde viene. ¿De dónde? De hacer porquerías a orillas del río, noche tras noche; todo el mundo lo comenta. Perpetua se traga la indignación, el asco, el futuro de los

hijos exige elogios, sonrisas, silencio, ella está pagando el precio. Cuando llegue el momento de ajustar cuentas, el Señor Todopoderoso, con quien estableció un trato, le acreditará todo lo que tuvo que aguantar, todas las veces que tuvo que hacer de tripas corazón. Como ahora, al recibir al hijo y a la hermana, llegados de Mangue Seco, quemados por el sol, oliendo a mar, respirando salud y satisfacción.

—Feliz de la joven que se case con Ascanio, doña Perpetua. Es un hombre maravilloso.

—Te juro que es un pobretón.

—Menos mal que te encuentro tan dispuesta, Perpetua, pues estoy pensando en prolongar un poco más mi estadía… Iba a irme al día siguiente de la fiesta, tal vez me quede un poco más…

Tieta va a su cuarto a arreglar sus cosas. Leonora la acompaña. Perpetua se vuelve hacia su hijo, antes de actuar debe hablar con él, saber si la tía había vuelto a decir algo sobre un posible viaje a São Paulo, si le había hecho promesas, cuáles y cuándo, si insinuó que podría llegar a adoptarlo. ¿Por qué si la fecha para viajar estaba fijada había decidido demorarse? Pero Ricardo, apurado, deja un paquete con ropas y libros, sale a la calle con el pretexto de ir a saludar al padre y ver al comandante.

—¿Al comandante? —Perpetua se espanta.

—Voy a trabajar con él en el tiempo que me queda de vacaciones.

—¿Qué historia es ésa?

—Después la tía te explica, mamá. Ahora no puedo, no tengo tiempo.

Se escapa, sin pedir permiso. Perpetua, atónita, reconoce el tono de voz, la mirada, la sonrisa, el atrevimiento: hace mucho que le son familiares. Tono de voz, miradla, sonrisa, atrevimiento —era ver a Tieta cuando niña, a la edad de Ricardo, ajena a las órdenes del padre, a la violencia, a los gritos y castigos, al cinto y al cayado. Rebelde, dueña de su voluntad.

—¡Válgame Dios! —gime Perpetua, mete la mano en el bolsillo de la pollera negra y toca las cuentas del rosario.

DE LOS BUITRES EN DESCOMPASADO BALLET.

Abogados y herederos, trotan por las calles de Agreste (pocas y solitarias) y se agrupan para cuchichear; hay acuerdos y desacuerdos, descompasado ballet. De la pensión de doña Amorzinho a la notaría, de la notaría a lo de Modesto Pires, en la curtiembre de allí a la Municipalidad. A veces juntos, solidaria patota, combatientes por la misma causa incierta, aliados en la decisión de obtener el máximo por los terrenos del cocotal, heredados de un vago tatarabuelo. A veces, cada uno por su lado, a escondidas, tratando de sacar provecho por sobre los demás, guerrilleros en patrañas y trampas, en el ansia de engullir el mejor bocado. Bandada de buitres en torno de la carroña, según la definición de Modesto Pires.

El doctor Marcolino Pitombo no se parece a un buitre, muy por el contrario. Está impecable con su traje blanco, sombrero panamá, bastón, y su sonrisa no demuestra irritación o espanto, cuando Josafá, a los gritos, exhibe el ejemplar de *A Tarde* con la noticia de la presencia del profesor Colombo y de la tramoya con Ascanio para la expropiación del cocotal. La controvertida solución dejó a los herederos perplejos y afligidos. El doctor Marcolino no pierde la flema:

—Es un golpe magistral, es justamente lo que yo haría si fuese abogado de la empresa. Me quito el sombrero ante el doctor Colombo, dio en el blanco. ¿Acaso yo no lo dije, Josafá, que ese joven, el candidato a alcalde, es un vendido a la Brastanio? Y además es un tonto. —Revela, con cierta satisfacción—. Yo ya estaba al tanto de esas noticias.

—¿Ya lo sabía? ¡Cómo!

—Lo supe el mismo día. Por nuestro insuperable Bonaparte. Le largué unas moneditas. ¿Se acuerda? Dinero bien empleado.

Durante esos días había analizado el problema, había trazado nuevo esquema de acción y se lo propone a sus clientes. En realidad sólo a uno, a Josafá. El viejo Jarde, encerrado en la pensión, no se interesa por nada de este mundo, Josafá escucha, de capa caída. Anda medio molesto con este asunto: la escritura se eterniza en manos del juez de Esplanada. El dinero obtenido con la venta de la plantación está desapareciendo, Josafá teme que la indemnización a pagar no llegue a cubrir la cantidad ya gastada. Había soñado con multiplicar ese dinero con un negocio espectacular y ahora sería feliz si llegara al final sin perjuicio.

—Debemos ser realistas. La maniobra del doctor Colombo nos reduce a una pequeña área de posibilidades…

El doctor Marcolino sólo ve una escapatoria capaz de proporcionar mejor precio por los terrenos y evitar al mismo tiempo, nuevos gastos: buscar un acuerdo directo con la Brastanio para ceder inmediatamente a la Compañía los derechos a la herencia del legendario Manuel Bezerra Antunes. Una vez transferidos los derechos, cabrá a la Brastanio seguir adelante con la escritura. Para eso, los herederos deberían actuar en conjunto. Ante la amenaza de expropiación, la propia intransigencia del joven Fidelio pierde su razón de ser.

Josafá aprueba la idea, seducido sobre todo por la perspectiva de liquidar la cuestión cuanto antes, terminar el capítulo de los gastos, incluyendo los honorarios y estadía del doctor Marcolino. Le hace justicia: es un enredador competente y honrado. Si fuera otro, trataría de prolongar al máximo estas vacaciones bien pagadas, dejaría que la causa se arrastrara por el tribunal mientras quedara: dinero de Jarde y Josafá.

¡Sí, adorables días, inolvidable temporada! En Agreste, el doctor Marcolino recuperó salud, engordó, se libró de los calambres en manos y brazos, que tanto lo asustaban, estableció amables relaciones con los habitantes de la ciudad. En el bar, conversa con Osnar y Aminthas, juega *gamão* con Chalita; en la agencia de Correos,

lee los diarios, cambia ideas con doña Carmosina, persona de mucha instrucción a quien no esconde su opinión sobre la industria de dióxido de titanio; en el atrio de la Matriz discute sobre religión con el padre Mariano, se revela francmasón; frecuenta la pensión de Zuleika Cinderela, donde acostumbra ir al anochecer —el clima de Agreste, como se sabe de sobra, realiza prodigios.

Mientras explica, el doctor Marcolino siente compasión y rabia —maldita fábrica, va a acabar con el milagroso clima y con la alegría de vivir:

—Don Josafá, le digo que todos nosotros somos cómplices de un crimen. Esta profesión es de lo más desgraciada…

—Ni piense que es un crimen, doctor. Todo esto no vale nada, el lugar se está acabando. Hasta puede ser que mejore con la fábrica…

DE LAS RAZONES DIFÍCILES DE EXPLICAR Y DE ENTENDER.

En el cuarto, a solas con Tieta, Leonora narra las alegrías y tristezas, exaltada:

—Madrecita, no sé cómo agradecerle por haberme traído. Ha sido todo tan lindo. ¿Es cierto que nos vamos a quedar un poco más?

Toma la mano de Tieta, la besa y apoya en ella su cabeza, agradecida y tierna.

—Es muy probable, algunas semanas más, todavía no se cuántas. Pero, cabrita, deja de pensar en la separación, déjalo para cuando estés en la «marineti». Hasta entonces aprovecha cuanto puedas, olvida que tienes que irte…

—Si pudiera…

—Ya te he dicho que tienes que hacerlo. ¿Y el río? Cuéntame.

—No puedes ni imaginar, madrecita, lo difícil que fue convencer a Ascanio. Ni quería hablar del tema, fue arrastrado por mí. Tiene miedo de que mi nombre esté en boca de todo el mundo, que hablen, que hablen de mí… Pobre, hasta me da remordimientos. El otro día, en el billar, perdió una partida contra Asterio porque creyó que doña Edna se estaba refiriendo a mí, en una conversación con Osnar.

—Quién sabe, a lo mejor sí se refería a ti, la muy puta y descarada.

—Para decirte la verdad, no lo sé. Nos cuidamos mucho. Ascanio es muy cauteloso. Madrecita, ¿sabes de qué tendría ganas? De dormir una noche entera con él, por lo menos una antes de irme. En una cama de verdad, sobre un colchón, los dos desnudos, sin apuro, sin sustos, sin tener que hablar despacio, Sólo que no sé dónde.

—¿No sabes? En la casa de él por lo que tengo entendido, vive solo.

—Solo no. Está Rafa.

—¿La criada? ¿Acaso no es una vieja gagá, sorda, casi ciega? ¿Entonces, cabrita? No sé cómo te arreglarías sin mí…

—¿Y él querrá? ¡Es tan escrupuloso! Ay, madrecita no me conformo cuando pienso que me tengo que ir. Me voy a morir lejos de él.

—Eso es amor. Nora, no mata, ayuda a vivir.

Leonora no se limita al relato de las cosas agradables, fugas nocturnas hacia los recovecos del río, poemas susurrados, suspiros contenidos. Se refiere también a episodios desagradables: Ascanio no tiene un minuto de sosiego por culpa de esa historia de la expropiación del cocotal. Lo más triste de todo fue la ruptura de sus relaciones con Carmosina. Ascanio hizo lo posible y lo imposible para evitarlo, incluso dejó de aparecer en la agencia de Correos para no oír provocaciones e indirectas. Pero, al saber de la visita de la cuentera a la hacienda Tapitanga, a donde había ido con el objetivo de hacerlo quedar mal con su padrino y protector, Ascanio no pudo contenerse. La muy pérfida habló pestes de la Brastanio, leyó recortes de diarios, criticó el apoyo de la Municipalidad a los planes de la compañía, dijo que era un abuso de confianza. El coronel, sorprendido, mandó llamar a su ahijado, exigió explicaciones, le preguntó qué había ido a hacer a Bahía, qué era ese asunto de la expropiación, Ascanio indignado y herido, sin atender a los ruegos de Leonora, había dirigido una carta, conmovedora, madrecita, hasta lloré cuando me la leyó, a la intrigante, por la cual rompía relaciones y ponía punto final a una amistad «que yo creía que estaba por sobre toda divergencia». No menos competente, doña Carmosina se mantuvo firme en sus acusaciones de calumnia e insidia, en una misiva de estilo y contenido igualmente dramáticos: «Has tirado mi amistad, probada en momentos cruciales, al tacho de basura de la Brastanio».

—¡Qué pelea horrible, madrecita! Antes todos estaban tan unidos… Me muero de pena porque quiero mucho a doña Carmosina.

Tieta acaricia la rubia cabellera de la joven:

—Todavía no sabes por qué volví a Mangue Seco.

—Me sorprendió. Pensé que vendrías el día de la fiesta.

—Ésa era mi intención. Si tú estás contenta aquí, mucho más lo estaba yo en Mangue Seco. Podía gozar de las delicias del paraíso cuidada por mi arcángel. Pero ya ves, largué todo y vine.

—¿Y por qué, madrecita?

—Porque no pude dejar de hacerlo. Traté de no venir, y aquí estoy. Lo peor es que yo sé que al final no se va a ganar nada. Y no es madrecita la que vino, sino Tieta, aquella niña de las cabras que peleaba contra la policía, del lado de los pescadores. No puedo explicártelo mejor, pero si no hubiese venido, creo que nunca más hubiera tenido coraje de poner los pies aquí.

Leonora no está muy segura de entender. Tieta se levanta, va hasta la ventana, mira hacia el callejón, ¡pobre Leonora!

—Vine para terminar con la candidatura de Ascanio. Para bien o para mal.

—¡Ay, madrecita! ¿Qué va a ser de mí?

—Eso no tiene nada que ver contigo. No te metas en nuestra pelea, tú no eres de aquí, estás sólo de paso, ése es un asunto que sólo interesa a quien es de Agreste. Trata de amparar a tu hombre, si es que lo quieres tanto como dices, lo va a necesitar.

Al borde de la apoplejía, Modesto Pires, grita, fuera de sí:

—¡Bandada de buitres!

Canuto Tavares (dos veces Antunes), enfrenta al dueño de la curtiembre:

—¡Y usted es el buitre más inmundo de todos!

Los doctores Baltazar Moreira y Gustavo Galvão, casi siempre de común acuerdo, intercambian insultos:

—¡Desleal! ¡Hipócrita! ¡Sinvergüenza!

—¡Ignorante! ¡Burro! ¡Analfabeto!

El doctor Franklin, en cuyo estudio sucede la riña, trata de apaciguarlos:

—Señores, mis queridos señores, cálmense…

Teme que pasen de los insultos a los sopapos. Doña Carlota, directora de colegio, habituada al respeto, casi se desmaya y el doctor Marcolino se vale de la histeria de la solterona para obtener calma y silencio:

—Vamos a oír lo que nos tiene que decir el doctor Baltazar. Ya que fue él quien tuvo la iniciativa de buscar a la Brastanio…

—La tuve y no tengo que pedir permiso a nadie para actuar en defensa de los intereses de mis clientes… Si quieren oír, los informaré, pero no tengo ninguna obligación de hacerlo…

La discusión comenzó cuando estaban reunidos en la notaría a pedido del doctor Marcolino y en medio de la explicación dada por él, el doctor Baltazar lo interrumpe y anuncia:

—A medida que el colega propone, yo ya tomé, por cuenta propia, otras decisiones. No vale la pena perder el tiempo para repetir lo mismo.

Por cuenta propia o sea por cuenta de doña Carlota y de Modesto Pires, a escondidas de los demás, por la espalda, traición, vil puñalada. La asamblea se hizo tumultuosa. Pero el doctor Marcolino, siempre sonriendo, logra calmarlos, lo cual decepciona al joven Bonaparte, aficionado a filmes de violencia: tenía fundadas esperanzas de asistir a una escena de ésas, entre Canuto y Modesto Pires, lo cotidiano de Agreste se está poniendo excitante. El doctor Marcolino propone que sean retirados los epítetos, de ambos lados; doña Carlota, atendida por el notario, vuelve en sí, todavía temblorosa.

Insultos, amenazas, desmayo, como si el doctor Baltazar hubiese acaparado para doña Carlota todo el dinero de la Brastanio. Sin embargo, conforme explica el abogado, los resultados de su contacto con la dirección de la empresa habían sido negativos. Para empezar, al saberlo padrino de un heredero del cocotal, lo mandaron al estudio del doctor Colombo, que fue lo que hizo. No se refirió a la larga y humillante espera en la antesala, al contrario, resaltó la cortesía con la que el doctor lo había tratado. Cordial pero categórico. Según dijo, el interés de la Brastanio por Agreste hasta ese momento era puramente teórico, pues el Gobierno del Estado

todavía no se había pronunciado sobre la localización de la industria. Es cierto que había posibilidades de que la fábrica se instalara en Agreste, pero antes de cualquier decisión de las autoridades competentes, la Brastanio estaba impedida de establecer acuerdos, discutir precios, adquirir terrenos. Allí o en cualquier otro lado. ¿Cómo pasar por encima del gobierno, adelantarse a una decisión oficial, todavía en estudio? Además, ¿cómo tratar con personas faltas de cualquier condición jurídica, seudos herederos, sin derechos garantizados? Antes de proponer acuerdos, deben tratar de hacer reconocer sus pretensiones, pues la compañía, en el caso de poder conversar y llegar a un acuerdo, sólo tratará con herederos proclamados como tales por la justicia. En cuanto a la alardeada expropiación, declaró que no sabía nada, no debe pasar de especulaciones de la Prensa:

—Pero, si el alcalde piensa en expropiar el área tratando de conseguir una futura valorización, eso es problema de él y no mío…

Con esa afirmación, evidentemente falsa, el doctor Colombo había despedido al colega tan apreciado. El doctor Baltazar termina afirmando, conciliatorio, que su intención siempre fue relatar todo a los demás herederos. Sigue un silencio de meditación, interrumpido por Canuto Tavares:

—Por lo visto estamos en un callejón sin salida.

No es ésa la opinión del doctor Marcolino, que trata de conseguir una reconciliación general ya que tiene en vista una actuación colectiva junto al futuro alcalde. Bien conducida, la expropiación podrá revelarse como una solución aceptable. No se gana nada con tratar de impedirla por ser una medida legítima; deben aprovecharla. ¿Qué piensan al respecto los queridos colegas?

Al calor de la tarde, salen por ahí, trotando por las calles de Agreste. En la notaría, el doctor Franklin se aprieta la nariz con los dedos y murmura:

—Qué mal huele…

Bonaparte se lamenta:

—Pensé que Canuto le iba a pegar a don Modesto. Hubiera sido sensacional… ¿Se imagina, padre?

—Ni quiero pensar.

DONDE EL LECTOR TOMA CONOCIMIENTO DE LA EXISTENCIA DE UN COMITÉ ELECTORAL TODAVÍA CLANDESTINO.

Apto para todo servicio, Ricardo se transforma en importante pieza del esforzado equipo que trabaja en secreto en el fondo del chalet del comandante, transformado en sede del comité electoral. Clandestino por ahora, pues la candidatura permanece secreta, sólo es conocida por algunos conspiradores. El comandante estuvo de acuerdo con un pedido de Tieta: no levantes la perdiz antes de que yo haya conversado con Ascanio y con el coronel Artur.

Ricardo ayuda en los trabajos de carpintería y pintura, y va a hacer compras a la

tienda del tío Asterio. Es un elemento de unión entre los cómplices, circula entre la agencia de Correos, el bar, la casa de doña Milu, sin olvidar las sagradas obligaciones para con la iglesia. En la iglesia reencuentra a Cinira, que se esfuerza por poder llegar a beata; saltan los escalones de la torre ella adelante, él atrás para contemplar.

En sus correrías por la ciudad, seguramente con la intención de acortar camino, se mete en callejones y desvíos, cae en los brazos de María Inmaculada, toda ella se deshace en mimos y quejas: pensé que no ibas a aparecer nunca más, mi amor. Por la noche, participa de la conferencia del Estado Mayor —doña Carmosina, Aminthas, el comandante—, vibra con los planes de la campaña, antes de recogerse en los senos de Tieta. En la furia de los diecisiete años, incansable y devoto, cumple con brillo los deberes de ciudadano y de hombre, apto para todo servicio.

Portador de una pieza de algodón, en el fondo de la casa, a la hora de la siesta, Ricardo oye un discreto siseo pero no ve a nadie. El llamado se repite más fuerte, proveniente del otro lado de la cerca.

El fondo del chalet limita con el fondo de la casa donde vive, sumisa pero no resignada, la codiciada Carol. Garantía de tranquilidad para Modesto Pires, a quien el destino injusto y el poder del dinero concedieron derechos exclusivos sobre la veldad en cautiverio; imposible mejores vecinos. La incurable monogamia del comandante es pública y notoria; el mismo Osnar perdió la esperanza de poder llevarlo algún día a la pensión de Zuleika. Además en Carol existe un profundo sentimiento de gratitud, que la hace devota de doña Laura. Las señoras de Agreste evitan cualquier contacto con la amante del ricachón. Todas, con excepción de doña Laura de Queluz, nacida y criada en el sur, liberal. También doña Milu le dirige la palabra y la trata como a un ser humano pero doña Milu no cuenta: es viuda, provecta y partera, está por encima de los cánones locales, está más allá del bien y del mal.

Una florida cerca de alambre donde trepan enredaderas azules y amarillas, separa los fondos. Por las hendijas de la cerca, Carol espía el jardín del vecino, casi siempre silencioso y tranquilo. Hasta cuando los dueños de casa están en la ciudad. A veces Gripa, la sirvienta, recoge limones. De mañana temprano, el comandante se dedica a hacer gimnasia que, sumada al mar de Mangue Seco, lo ayuda a mantener su forma atlética. Admirarlo es un placer platónico, sin consecuencias, por las razones ya expuestas. La integridad del comandante y la gratitud de la manceba reducen el espectáculo a una emoción puramente sintética.

Siendo así, imagínense la sorpresa de Carol al comprobar ese movimiento inhabitual del otro lado de la cerca. Se pone al acecho, al notar la existencia de un extraño material de trabajo. Tablas, géneros, cartulinas, pintura y la presencia de una «troupe». La participación de los galantes jóvenes del bar —Aminthas que le guiña el ojo y la saluda de lejos, Seixas, el de los profundos suspiros al pasar por debajo de su ventana, Fidelio, que es el más buen mozo de los cuatro, reservado y despierto, está esperando una oportunidad propicia, y el descarado de Osnar. De repente, acompañados por doña Carmosina, invadían el jardín, desenrollaban géneros y

cartulinas, golpeaban, con martillos, mezclaban pinturas, El comandante daba órdenes. Don Modesto dijo recientemente que el pueblo de Agreste anda medio enloquecido.

La excitación de la opípara y prohibida Carol llega al máximo cuando percibe, a través de las hojas de las enredaderas, el bulto inesperado y angélico del adolescente Ricardo, de piernas ágiles y peludas. Con él se adormece en las noches de agonía y desamparo, acariciando la almohada. Ahora allí lo tiene, al alcance de la mano. Don Modesto sabe lo que dice, Agreste repentinamente está ganando encanto.

Repite el siseo, Ricardo se adelanta, apoya la cara en la rendija; una corona de flores adorna su cabeza.

DEL BANZO, DIAGNOSTICADO POR OSNAR…

En la pensión de doña Amorzinho, vegeta el viejo Jarde Antunes, otrora laborioso agricultor, jovial criador de cabras. Se pasa la mayor parte del día tirado en la cama, somnoliento, no hay nada en el mundo que le interese. De vez en cuando, Josafá trata de reanimarlo:

—Padre, dentro de algunos días, cuando se venda el terreno y embolse unos cobres, nos vamos a Itabuna. Usted va a ver lo que es una tierra fértil, ganado gordo, hay cada res que se le llenan los ojos, va a conocer una plantación de cacao. Eso sí que vale la pena, no es como estos animales de aquí, secos, contrahechos. Tenga un poco de paciencia.

Los ojos del viejo continúan fijos en las vigas del techo, Josafá se gasta inútilmente:

—¿Se siente mal, padre? ¿Quiere que llame a un médico?

—No hace falta, no tengo nada.

Buen hijo, Josafá pierde tiempo al contarle detalles sobre la marcha de la demanda, las idas y venidas de los abogados, las astucias de Modesto Pires, las dudas sobre Ascanio, cuando no describe las opulencias del sur del Estado, la grandeza del cacao. Ni siquiera tiene seguridad sobre si el viejo lo escucha.

—¿Me oye, padre?

—Claro que sí, hijo.

Con el calor de la tarde aumenta el desgano, Jarde cierra los ojos, indiferente a todo. O a casi todo, pues sucede que, de tanto en tanto, se pone las alpargatas, sale del cuarto y de la pensión, cruza la calle en dirección a la tienda de Asterio. Va en busca de noticias de Vista Alegre, de las cabras, de *Seu Mé*. Las noticias son buenas, Jarde cobra aliento al oírlas, hasta llega a sonreír. No está de acuerdo con Asterio y Osnar sobre las costumbres de las cabras; no existe animal doméstico o salvaje que se pueda comparar con ellas. En cuanto a *Seu Mé*, ni el coronel Artur da Tapitanga posee un macho de tantas virtudes y altivez. Es un chivo como pocos, confirma Osnar.

Al despedirse, el viejo vuelve a desalentarse, se queda melancólico. Se pone de pie, lívido, cabizbajo, torpe, es piel y huesos. Asterio siente pena y lo invita a acompañarlo en su caminata matinal a la plantación. Jarde, se niega, con un gesto resignado, en un hilo de voz:

—¿Para qué? ¿Para ver lo que ya no me pertenece? Sólo pido que el Señor cuide de esos animalitos.

Se arrastra para cruzar la calle. Osnar diagnostica:

—Está con *banzo*.

—¿*Banzo*? —Asterio duda—. Nunca oí decir que alguien pudiera estar atacado de *banzo* por aquí. Eso era una enfermedad de esclavos.

—Claro que sí, se había terminado con el trece de mayo de 1886, cuando fue abolida la esclavitud en Brasil. Volvió con la fábrica. Capaz que se nos viene una epidemia.

DE LOS ÚLTIMOS RETOQUES EN LA FORMACIÓN DE UN LÍDER O DE COMO ASCANIO QUEDA CON LOS HUEVOS LLENOS.

Un líder se forja en el fragor de la batalla, venciendo adversidades —había leído Ascanio en el volumen *A Trajetória dos Líderes, de Tiradentes a Vargas*. Comprueba personalmente la verdad de la afirmación. En el fragor de la batalla, en medio de agravios y decepciones, insolencias y amenazas. Ascanio se modifica, madura, reformula su escala de valores, crece en ambición («un hombre sin ambición jamás saldrá victorioso», le había enseñado Rosalvo Lucena, el triunfador), se hace fuerte. Convencido del acierto de sus actitudes, dispuesto a seguir hasta el final. Según el autor de los esbozos biográficos, casi siempre una fuerza misteriosa sostiene al líder en el combate, una estrella guía sus pasos, un sol ilumina su camino. Correcto. En el caso del joven líder de Agreste, esa misteriosa fuerza proviene de Leonora Cantarelli, estrella y sol, inspiración y desiderátum.

Es en ella donde se alimenta el coraje y la disposición. Un líder debe soportar mucho si desea vencer y mandar. ¿Si no fuese por ese aliento de amor, renovado cada noche, cómo tolerar abogados y herederos? Tiene que aguantar juntos o a cada cual por su lado, a quienes suben y bajan las escaleras de la Municipalidad, para joderlo. Joder es un verbo crudo y grosero, nunca había sido empleado por el antes educado Ascanio, poco afecto a expresiones vulgares. Pero ahora, con los huevos llenos, se le escapan malas palabras a diestra y siniestra.

Solos o en grupo, aparecen siempre en su escritorio, hacen de su vida un infierno, le agotan la paciencia. Exigen definiciones, promesas, garantías. ¿Va a expropiar o no? ¿El área entera o sólo una parte? ¿Sobre qué bases será fijada la indemnización? ¿Peritos? ¿Quiénes? A pesar de haber abandonado la facultad de derecho en segundo año, Ascanio enfrenta los argumentos de los abogados, la presión de los herederos. De nada vale irritarse. No puede mandarlos a la puta que los parió como tanto

desearía hacerlo. Debe consideración a Modesto Pires, a doña Carlota, es amigo de Canuto Tavares y ahora necesita el apoyo de todos ellos, pues la elección puede dejar de ser un simple referéndum de la voluntad del coronel Artur da Tapitanga y del pueblo.

Aparentando no darse cuenta de las insinuaciones, de las medias palabras, de las advertencias, consigue apaciguarlos sin comprometerse. Tan rígido antes, aprende a ser maleable. Ante la intransigencia de Fidelio, no existe otra alternativa para el problema de los terrenos, además de la expropiación. Si existe, me gustaría conocerla, quién sabe tal vez ustedes… La expropiación, en consecuencia, beneficia a los herederos. La Municipalidad no desea perjudicar a nadie, la instalación de la fábrica debe ser motivo de riqueza para los ciudadanos del municipio, ésa es su forma de pensar. ¿Por qué no tratar de legalizar sus derechos? Así, en el momento preciso, si Fidelio no se vuelve atrás, podrán arreglar los detalles de la expropiación con la Municipalidad. Navega entre herederos y abogados, evita tener encontronazos con los cabecillas de su candidatura. A pesar de eso, tuvo una agarrada con el doctor Marcolino Pitombo, y ¡justamente con quién!

—Una sola palabra más, doctor y lo invito a retirarse de la sala. —Cuando es necesario y útil, un líder debe saber imponerse.

Una vez, en presencia de Josafá, el abogado, en medio de una conversación difícil, se refiere de repente a «compensaciones en el caso de que…». Insultado, Ascanio no le permite terminar la frase, se sienten en el aire indefinidas intenciones. ¿Tentativa de soborno? Ante la indignada reacción, el doctor Marcolino Pitombo no pierde la calma ni la sonrisa: este querido amigo anda con la susceptibilidad a flor de piel: sólo así se explica que dé sentido equivocado a las inocentes palabras —cálmese, por favor. Las explicaciones fueron aceptadas, lo dicho quedó como no dicho.

A la salida, Josafá recordó a su impulsivo patrocinante una conversación anterior:

—¿No le avisé que Ascanio es un hombre decente? Casi mete la pata…

—Confieso que me equivoqué, sí pero al afirmar que el joven es un tonto. Ni tonto ni honesto. Puede que lo haya sido, antes de verse en una de éstas. Mi querido Josafá, ya le dije que toda honestidad tiene su precio. El nuestro es bajo, no vale la pena, no se compara con el de la Brastanio. No se olvide que el doctor Colombo pasó por aquí antes que yo.

Ascanio no se enteró de este diálogo pero tomó conocimiento de variadas opiniones sobre los motivos determinantes de su posición. Su carácter y su honestidad son discutidos, apasionadamente —como siempre sucede con los líderes. Jamás había imaginado que la redención de Agreste («La presencia de la Brastanio significa la redención de Agreste» según proclama el titular del diario mural) le podría costar tanta vergüenza, tanta mortificación. A pesar de las excusas del doctor Marcolino, persisten en sus oídos las frases capciosas, la palabra «compensaciones» junto con el aparte insultante escupido en su cara en el improvisado mitin del primer

poste: «¡Enviado de la Brastanio! ¡Vendido!». No había conseguido nada negándose a la ayuda ofrecida por el doctor Mirko para las elecciones, exactamente para quedar a cubierto de cualquier sospecha: igualmente lo acusan.

En el transcurso de esos agitados días, se habitúa a las situaciones equívocas que al principio le parecían intolerables. Al oír el insulto, se había puesto como loco, desafió al cobarde a repetir la injuria. Durante el torneo del Taco de Oro perdió la cabeza, al oír a doña Edna aludir a la Bacia de Catarina. Terminó por no dar importancia a esos dimes y diretes, un líder debe colocarse por encima de tales mezquindades. Sobre todo cuando suceden hechos realmente graves, ante los cuales nada significan el insulto anónimo, la frase incompleta del abogado, las torpezas de doña Edna.

Doña Carmosina, fraternal amiga, en cuyo seno había encontrado consuelo en el fatal momento de la traición de Astrud, madrina de su noviazgo con Leonora, se había comportado de manera insólita, para no decir indigna. Trató de enemistarlo con el coronel Artur, a quien Ascanio debía empleo y candidatura. Y lo peor es que con buenos resultados.

Predispuesto contra la Brastanio, el hacendado lo mandó llamar. No quiero inmundicias en Agreste, le había dicho. Ascanio rebatió afirmaciones y argumentos de la agente de Correos, cuya posición tan efervescente se debía a la amistad que la unía a Giovanni Guimaraes. Repitió frases y conceptos de Mirko Stefano y Rosalvo Lucena, bramó en contra de los enemigos del progreso de la patria brasileña. El coronel, con los ojos semicerrados, el rostro cansado, oyó su cantinela pero no se dio por satisfecho, le leyó artículos publicados en el *O Estado de São Paulo*, la sentencia del juez italiano; *O Estado de São Paulo* no miente ni se equivoca. Levantó la vista:

—Yo fui quien promocionó tu candidatura cuando murió Mauritonio. Pero están diciendo por ahí que eres el candidato de esa fábrica.

—Todo lo que yo soy, se lo debo a usted, padrino. Pero no me importa que me señalen como el candidato de la Brastanio, no es una deshonra. Al contrario, pues tenemos el mismo ideal: el progreso de Agreste. Digan lo que digan, hagan lo que hagan, no me echaré atrás. Seguiré hasta el final. Le agradezco todo lo que usted ha hecho por mí, pero no me pida, padrino, que cambie de opinión. Un líder se forja en el fragor de la lucha.

Ni bien se repuso de la entrevista, difícil y dolorosa pues el padrino estaba cada vez más desmejorado, recibió otro golpe, el peor de todos. Al volver de Mangue Seco, la madrastra de Leonora, la benemérita ciudadana, la Juana de Arco del *sertão*, doña Antonieta Esteves Cantarelli le propone una conversación. Nosotros dos y nadie más. Se moría de susto pues pensaba que Tieta sabía lo que pasaba entre Leonora y él, a orillas del río; debía de haber llegado a sus oídos lo que se murmuraba en la ciudad. No lo negará; aprovechará la oportunidad para confesar su amor honesto y prohibido, su deseo de casarse. Es pobre, pero ambicioso y capaz, sabrá conquistar un lugar en la tierra. Así resolverá de una vez esa situación. En su bolsillo está el anillo

de compromiso. Sea cual fuere la reacción de doña Antonieta no piensa renunciar a Leonora. Se prepara para el encuentro.

El nombre de Leonora ni siquiera fue pronunciado durante la conversación. No hubo ninguna referencia al noviazgo. Doña Antonieta le informó que había regresado a Agreste debido al asunto de la Brastanio. Ella y algunos amigos tenían una opinión negativa sobre la instalación de la Brastanio en el municipio, como era de conocimiento de Ascanio, y estaban dispuestos a luchar para impedirla. Sin embargo, no querían actuar antes de oírlo, para eso es que ella solicitó esa entrevista. Lo estimaba, lo creía honrado. Honrado pero ingenuo, se dejó envolver por empresarios sin entrañas, ella conocía bien esa raza. Para Tieta y sus amigos, lo ideal sería dar un apoyo total a la candidatura de Ascanio. Para eso sería necesario que él cambiara de posición, debía oponerse a la industria de dióxido de titanio, mortalmente contaminadora. Si actuase así, todo estaría en paz. A Ascanio le cabe decidir, entre ellos y la Brastanio. No le pide una respuesta inmediata pero la desea a corto plazo, el tiempo apremia.

—Le agradezco que haya venido a hablar conmigo, antes de hacer cualquier cosa. Pero no se lo agradezco a los otros. En la ciudad, todo el mundo ya sabe que el comandante quiere ser candidato. Sobre Carmosina…

—Basta que tú me digas que sí y todos estaremos de tu lado. Vine a conversar contigo en nombre de todos. Piénsalo y después me respondes.

—No tengo nada que pensar, doña Antonieta. La última cosa que yo quiero es disgustarla. Pídame lo que quiera, que lo haré volando. Pero no me pida que cambie de opinión. Aunque tenga que quedarme solo para luchar por el progreso de Agreste, aunque usted no me lo perdone nunca más y se convierta en mi enemiga…

—¡Epa! ¡Calma! ¿Quién dijo algo de enemistad? No tengo nada que perdonarte. Tú piensas de una manera, yo pienso de otra, vamos a decidirlo en la elección, pero no somos enemigos. Tú eres demasiado joven todavía, te ahogas en un vaso de agua. Felipe era el adversario número uno del doctor Ademar, pero se llevaba muy bien con él. No hay que confundir las cosas.

Se separaron con expresiones de amistad, pero Ascanio sentía resentimiento y rencor. Esperaba que Tieta no se metiera en el asunto, que se mantuviera distante de la contienda, que se demorara en Mangue Seco, tal como había dicho, hasta el día de la fiesta. Ni siquiera le había dicho nada del homenaje, receloso de que ella lo tomara a mal, que viera en la placa de la calle una forma de soborno. Soborno, terrible palabra, andaba en el aire.

Después de comer, como de costumbre, Ascanio fue a buscar a Leonora a la puerta de la casa de Perpetua. Rondaron por la plaza mientras duró la cansada iluminación del motor, antes de tomar los atajos hacia la oscuridad de los sauces. Le contó a Leonora toda la conversación. Ella ya lo sabía, madrecita se lo había contado.

—¿Tú también vas a pedirme que cambie mis ideas y que me entregue? Después de mi padrino y de doña Antonieta, sólo quedas tú… —su acento encierra amargura.

—Sólo te pido que me ames, nada más. —Le besó la mano en ese gesto sumiso de ternura y devoción—. Madrecita me dijo: tú no eres de aquí, no te metas en esta pelea. Puede ser egoísmo mío, Ascanio, pero hasta me sentí contenta porque, con este lío, madrecita postergó el viaje a São Paulo. Debía ser al día siguiente de la fiesta, ahora va a quedarse más tiempo para ayudar al comandante. Mi abuela decía que todo en el mundo tiene su lado bueno.

No deja de ser cierto, reflexiona Ascanio. Si la conversación con doña Antonieta lo dejó fastidiado, el encuentro con el padrino lo asustó. El coronel estimaba a su ahijado, pensó darle a su hija en casamiento, lo nombró secretario de la Municipalidad, lo proclamó candidato cuando murió el doctor Dantas. No le retiró el apoyo, a pesar de la intriga de Carmosina, pero tampoco quedó convencido de las ventajas de la Brastanio. La candidatura del comandante va a irritar al coronel, lo hará olvidar exigencias sin sentido y todo su prestigio recaerá en la elección de Ascanio. El coronel Artur da Tapitanga no está acostumbrado a soportar oposición, inexistente en el municipio desde hace muchos y muchos años.

Menos mal, porque si no Ascanio estaría obligado a recurrir a la Brastanio para enfrentar los gastos de la campaña, pequeños pero obligatorios; él no tiene ni un cobre partido en dos. No desea pedir auxilio a los industriales: en esa oportunidad, su orgullo está en juego. Le había dicho al doctor Mirko: no necesito nada, estoy elegido. Sin embargo, más tarde, ¿quién sabe? Tal vez mañana, después del pleito, la posesión, la expropiación, cuando el complejo fabril erguido en Mangue Seco produzca riqueza y prestigio para Agreste, todos lo comprenderán, harán justicia al líder forjado en la lucha y en la adversidad. Hasta doña Carmosina y doña Antonieta. Una vez comprobado lo justo de su actitud, podrá aceptar cualquier oferta de ayuda que la Brastanio le proponga para las elecciones legislativas. El marido de Leonora Cantarelli no puede reducir sus aspiraciones al cargo de alcalde Municipal y el prestigio del coronel Artur de Figueiredo, aunque el cacique viva hasta ese entonces, no es suficiente para elegir a un diputado.

DE CÓMO UN VIEJO CAUDILLO, ARTUR DA PITANGA, QUEDÓ SIN CANDIDATO.

Sentado en un banco de madera en la terraza de la casa de su hacienda, solo, el coronel Artur de Figueiredo se calienta al sol. Las cabras pastorean en las inmediaciones, el corral está más adelante. Una fuerte voz de mujer pide permiso en la entrada, le corta la modorra. Qué problema que es la vejez: se debilitan las piernas, la comida pierde el sabor, los oídos se endurecen y los sonidos llegan débiles y distantes, las personas y cosas se mueven entre nubes ante los ojos. Tiene dificultad para reconocer a la visita que se acerca, que camina entre patos, gallinas y gansos.

—¿Quién anda por ahí?

—Es de paz, coronel.

La voz le suena familiar. Se pone de pie, se apoya en el bastón y fuerza la vista;

—¿Eres tú, Tieta? ¡Loado sea Dios! Casi te mando un mensaje, pero supe que andabas por Mangue Seco.

—Volví, coronel, y en seguida vine a verlo. No me olvidé de la promesa.

Al acercarse, Tieta constata lo mucho que había decaído el octogenario en poco más de quince días. Cuando la visitó, la noche de Año Nuevo, para darle el pésame por la muerte de Zé Esteves, era un anciano dispuesto y alegre, que desfilaba recuerdos; pícaro, malicioso, exigía su ida a la hacienda para que reconociera al chivo *Ferro-em-Brasa*, padre del rebaño, sin rival en la historia. Se había transformado en un anciano escuálido, encorvado sobre el bastón, su voz cascada, los ojos sin brillo, piel y huesos.

Sin embargo, parece conservar la fuerza del carácter, los antiguos hábitos y determinados intereses —públicos y privados. Al abrazar a Tieta, palpa con manos trémulas esas carnes abundantes, ¡ay en mis tiempos!

—Vamos a sentarnos, hijita, quiero que me expliques qué está sucediendo en Agreste.

Riendo, con picardía, Tieta se refiere al vacilante manoseo:

—El tiempo pasa, pero la mano del coronel no pierde tacto.

Cuando era niña, pastora de cabras, huía al verlo en el camino. Si la alcanzaba, le pasaba la mano por los pechos y por las piernas.

—Ya perdí el gusto por casi todo, sólo me queda el vicio de las mujeres. Soy como un chivo viejo, que ya no sirve para nada, pero que todavía va a oler el rabo de las cabras. —Golpea con el bastón en el suelo, llama: Merencia.

La criada, ser informe, jorobado, sin edad, de pelo blanco, espía desde la puerta, aguardando órdenes, reconoce a Tieta:

—¿Eres tú Tieta? ¿Te volviste rubia o te dio por usar peluca?

—Soy la misma, Merencia. Después voy adentro a charlar contigo.

—¿Qué edad tiene Merencia, coronel?

—Si no pasó los cien, debe estar llegando. Cuando yo nací, ella ya era una muchacha fogosa. Tieta, ahora dime qué está pasando. Nunca oí tantas locuras en mi vida.

—¿Qué, coronel?

—Ascanio, mi ahijado, mi brazo derecho en la Municipalidad, no parece el mismo joven sensato, anda metido en una industria que pretende instalarse en Agreste, cerca de Mangue Seco, según me dijo. Ascanio cree que con eso el municipio va a prosperar otra vez, que va a correr dinero. Estuvo en la capital, conversó con los capitalistas, pone las manos en el fuego por ellos. La primera vez que vino a hablarme, pensé que la limosna era demasiado grande, pero me callé la boca, porque estos tiempos modernos son medio raros, suceden cosas que ni el diablo las puede explicar… —hace una pausa, cambia de tema—: ¿Cómo conseguiste que dieran luz en Agreste? Aquí también levantaron un poste. Ni el diablo lo puede

explicar… —un resto de malicia se dibuja en los ojos sin brillo, en la voz acatarrada —. No se cómo puedes tener tanta influencia en esos políticos de São Paulo…

Tieta se ríe, mete leña en la hoguera del anciano;

—Tengo mis recursos, coronel, mis armas secretas…

—Eso ya lo sé. Desde jovencita que los tienes. —Los ojos se pasean del busto al traste de Tieta—. Bien servida de lechería y panadería. Que Dios te conserve los encantos que te dio. Tu finado debía ser un tipo acomodado, de buen genio… Era conde, ¿no?

—Comendador, coronel.

—Todo es lo mismo. Estos monarquistas son todos mansos. Raza de cornudos. Pero volviendo atrás: doña Carmosina, otra persona correcta, se aparece por aquí, cargada de diarios, las gacetas que yo recibo y que ella lee, y me recita artículos de *O Estado de São Paulo* y de *A Tarde*, dos diarios serios que dicen que esa fábrica es una desgracia, que sólo vienen a Agreste porque no la quieren en ninguna parte del mundo, acaba con todo. Empecé a pensar si no estarán engañando a Ascanio, él todavía es muy joven, fácil de engañar. Lo mandé llamar aquí, le comenté lo de los artículos, de la inmundicia, de esa historia de contaminación. Cuando el cargo quedó vacante, hablé con Ascanio: mantén la ciudad limpia, ya que no puedes traer nuevamente la animación de antaño. Entonces, ¿qué significa eso de instalar una fábrica que nadie quiere en ningún lugar? Me respondió que con la fábrica volvería el progreso, Agreste va a conocer de nuevo la prosperidad. Que esa historia de contaminación no pasa de ser un invento de unos sujetos que no quieren que Brasil progrese, están en contra del gobierno, fueron enviados de Rusia, como ese tal Giovanni, que anduvo por aquí y se hizo muy amigo de Carmosina. Pero yo le hice ver que también O Estado de São Paulo le daba con todo a esa industria y yo nunca supe que el Estado de São Paulo tuviese algo que ver con Rusia, el Estado no es un diario de inventar cosas. Él se sintió confundido, pero me pidió que no fuera receloso, que sólo desea el beneficio de Agreste. Y se lo creo, Ascanio es una buena persona. Pero puede que lo estén embaucando. Tú debes saber la verdad y vas a decírmela.

Tieta oye sin interrumpir. El viejo habla despacio, corta las frases por la mitad, su respiración es breve. Casi ni probó el café que sirvió Merencia. De tanto en tanto una cabra se dispara por el campo, el coronel levanta la vista.

—Vine para verlo a usted y para hablar de esas cosas, coronel. Ascanio también me gusta mucho, creo que es un joven correcto. Vive soñando con los tiempos pasados, los de su abuelo y los suyos, piensa que la Brastanio va a hacer volver ese movimiento y es ahí donde se engaña. Si fuera una fábrica de tejidos, todo el mundo estaría de acuerdo. Pero la Brastanio va a fabricar dióxido de titanio…

—¿Y qué diablos es ese dióxido de titanio?… Carmosina me lo explicó, pero ella es demasiado erudita para mi entendimiento…

—En realidad no sé bien qué es eso, coronel, no voy a mentirle. Pero sé que es la peor industria del mundo en lo referente a contaminación. Va a destruir nuestro clima

que es tan bueno, va a apestar el agua del río y del mar, va a acabar con los pescadores.

—¿Es verdad que envenena a los peces?

—Envenena todo, coronel, hasta a las cabras.

—¿A las cabras también?

—Es por eso, coronel, que estoy aquí, para decirle que, si Ascanio continúa apoyando la instalación de Brastanio, nosotros vamos a proclamar la candidatura del comandante Darío como alcalde.

El coronel Artur da Tapitanga se estremece, se indigna como si Tieta lo hubiese abofeteado. Hay un dejo de cólera en los ojos; la voz, en un esfuerzo supremo, se afirma violenta:

—¿Quiénes son «nosotros»? ¿Cómo se atreve nadie a hablar de candidatura sin consultarme?

—Nadie, coronel, no se altere. Todavía no hay ninguna candidatura, el comandante, Carmosina, yo y otros amigos queremos obtener su consentimiento, por eso estoy aquí. Usted es el padrino de Ascanio, patrocinador de su candidatura. Nosotros no estamos en contra de Ascanio, estamos en contra de la fábrica de dióxido de titanio. Si Ascanio dijera que no tiene nada que ver con la fábrica, que no está dispuesto a favorecerla, se acabó la pelea. Pero si él no acepta, no hay otra solución, coronel, porque no queremos que Agreste se convierta… como dice el diario… en un tacho de basura…

El viejo apoya el mentón en el cayado, ya no queda nada de la cólera, sus ojos están apagados y con voz lenta y baja repite:

—Un tacho de basura… eso mismo. Carmosina me lo leyó. ¿Ya te conté que hablé con Ascanio? Hace algunos días. ¿Sabes qué me respondió? Que a mucha honra era el candidato de la fábrica, y que de cualquier manera seguiría hasta el final. Que nadie podría impedir que él saque a Agreste de su inercia.

La mano descarnada busca la mano de Tieta, toca los dedos, repletos de anillos, de piedras preciosas:

—Oye, hijita: estás hablando con un chivo ya inútil, uno de esos que se sueltan en el campo para que muera. El infeliz piensa que todavía es el padre del rebaño, pero no lo es, hasta los cabritos jóvenes le faltan el respeto. El coronel Artur de Figueiredo, que mandaba y desmandaba, se acabó. No nombro a ningún candidato ni disputo la elección. ¿No te das cuenta? Por un lado, los capitalistas de la fábrica, que ni siquiera son de aquí. Del otro tú, Tieta, a quien yo conocí siendo una niña, descalza, arreando cabras, ahora cubierta de brillantes. Ya no cuento para nada. —En su voz hay cansancio y amargura.

Conmovida, Tieta le aprieta la mano cariñosamente:

—No diga eso, coronel. Si usted no apoyara a Ascanio, no habría fábrica que lo eligiera. Usted es el dueño de estas tierras, usted manda aquí. Y eso es cierto hasta tal punto que si me lo pidiera u ordenara, termino con la candidatura del comandante en

este mismo instante, ya. Contra usted no me levanto ni por salvar a las cabras.

Una sonrisa despunta en los labios marchitos del anciano:

—No creo que ese titanio mate cabras, Tieta, tú lo dices para convencerme. Pero no te pido ni te ordeno nada. No me meto más, que cada cual haga lo que quiera. Ascanio piensa que está actuando bien, él sabrá lo que hace. Carmosina, el comandante, tú, y no sé quién más, creen lo contrario. Si yo todavía tuviese ambiciones de dinero, sería capaz de apoyar a esa industria, me asociaría a los forasteros, por dinero se vende hasta el alma. Si todavía tuviese amor a la vida, los apoyaría a ustedes; el peor de los hombres puede tener un gesto noble. Pero yo ya no tengo nada que ganar o perder en este mundo, Tieta, hasta perdí el gusto de mandar. Pero te agradezco por lo que has dicho, la consideración que has tenido con un viejo. Tus palabras pusieron miel en mi boca, cerca de la hora de la muerte.

—Coronel, antes de irme, querría una cosa.

—Entonces ordena.

—Quiero conocer a *Ferro-em-Brasa*, aquel famoso chivo. Para compararlo con *Inácio*, uno que fue del *Viejo* Zé Esteves.

—Voy a mandar que te lleven al corral.

—¿No me acompaña? Vamos, déme el brazo, levántese… —toma el brazo del coronel y lo apoya contra su seno.

Bajan juntos los escalones de la terraza:

—Tú no eres un ser humano. Tú eres el diablo con cuerpo de mujer. —Suspira hondo—. Si yo tuviese diez años menos, si anduviese por los setenta y cinco, ¡ah! no ibas a continuar viuda porque no te dejaría.

DEL DESVELO CÍVICO Y DE LA JUSTICIA DIVINA.

El sábado, la ciudad amaneció en plena campaña electoral. VOTE CONTRA LA CONTAMINACIÓN VOTANDO AL COMANDANTE DARÍO DE QUELUZ, ésa es la recomendación escrita en grandes letreros colocados en puntos estratégicos, en los lugares de mayor circulación. Uno de ellos está frente a la Municipalidad. También invitan a la población a que comparezca en masa al día siguiente, domingo, a eso de las cinco de la tarde, después de la matiné y antes de misa, al gran mitin de lanzamiento de la candidatura del comandante Darío de Queluz. El candidato usará de la palabra y el poeta Matos Barbosa declamará los *Poemas de la maldición*.

Los letreros fueron fabricados en el fondo del bungalow del comandante, por el eficiente equipo cuyo desvelo cívico fue presenciado por la bella Carol, placentera y esperanzada. En casa de doña Milu, doña Carmosina y Aminthas, dos cráneos, redactaron una especie de manifiesto al pueblo, en el cual exponían las razones de la candidatura del comandante. Impreso en Esplanada, en papel amarillo, el volante se destina a ser distribuido en Agreste, sábado y domingo. Fueron días de agitación

subterránea, sábado de ocurrencias sensacionales.

¡Bendita agitación! En las idas y venidas, el polifacético Ricardo se las ingenia para hacer todo. Del otro lado del jardín, la oprimida manceba desfallece a la hora de la siesta. A través de las enredaderas, intercambian juramentos y promesas, hacen planes; el señor de esclavos pasará el fin de semana en Mangue Seco, con la esposa y los nietos. En la torre de la iglesia, al anochecer, Cinira mira el tranquilo paisaje del burgo, con un pie en un reclinatorio: el otro levantado (para facilitar). Por detrás de la *mangueira*, María Inmaculada es infalible a las nueve en punto, hora en que se apaga la luz. Las barrancas del río se adornan con la romántica circulación de innúmeras parejas. Rápido, rápido, muy rápido, que el tiempo es corto. Tieta espera en casa, impaciente. En cuanto a doña Edna, también aguarda. Al final de cuentas nadie es de hierro, ni siquiera un seminarista adolescente, ávido de acción, casi fanático.

El sábado, el silencio del motor no interrumpió las tareas de los devotos partidarios del comandante. Ricardo no corrió al encuentro de Maria lmaculada. Como lo supo con anticipación, la niña estuvo de acuerdo en sacrificar, por una vez, el medido momento de placer en aras de una causa loable. Fidelio, Seixas, Ricardo, Peto, Sabino, se pasaron la noche colocando carteles bajo el comando de Aminthas y la fiscalización de Osnar. Contrario a cualquier esfuerzo físico —reservo mi físico para los embates de amor—, Osnar dicta órdenes, establece reglas. El comandante supervisa los trabajos con el rostro grave, preocupado por la elaboración del discurso para el mitin, tremenda responsabilidad. *Bafo de Bode*, desde el principio concedió el apoyo de su presencia a los militantes el medio ambiente. Pero, ni bien consiguió substraer de los cuidados de Osnar una botella de pinga casi llena, desapareció.

Terminaron todos en la pensión de Zuleika, donde los aguardaba una cazuela de pescado preparada por encargo del benemérito Osnar. Todos, menos el comandante, por incorruptible, y Ricardo, por seminarista. Pero el joven no se apura en irse a dormir. Como la vigilia cívica coincide con la partida de Modesto Pires para el regazo de la familia, en la playa, sucede que hay una puerta apenas entreabierta en la soledad de Agreste, a la espera de un valiente justiciero.

Entre los sucesos de esos días agitados, prevaleció el desentendimiento, se dividieron las envenenadas opiniones. Pero cuando ciertos hechos fueron aclarados y los cuernos de Modesto Pires se hicieron públicos y aceptados, hubo un acuerdo unánime, no se oyó ni acusación ni crítica en contra de los autores de la hazaña.

Autores, ésa es la palabra, lo que no quita a Ricardo la gloria de haber sido el primero que venció las barreras aparentemente infranqueables del respeto a los poderosos, del miedo de la venganza de los prepotentes —y que hizo justicia—. Justicia divina, según el pueblo, cansado de esperar ese auspicioso evento desde que, hace aproximadamente seis años, el dueño de la curtiembre había importado de los confines de Sergipe las muchas virtudes de Carol, con las que enriqueció el patrimonio de Agreste. Sin embargo, limitó el valor del gesto con la práctica de mezquina y egoísta exclusividad.

Bafo de Bode, al volver con la esperanza de conseguir más *cachaça*, encuentra la plaza vacía. Se dirige hacia los escondites solitarios, distingue en el primer albor de la madrugada, la robusta sombra del buen samaritano al trasponer la puerta de la esclavitud para proclamar la abolición. Enemigo de tiranías y de la propiedad privada, *Bafo de Bode* exclama para el escaso auditorio de dos perros vagabundos y una perra:

—¡Que se haga la justicia de Dios! ¡Dale nomás, padrecito!

DE LA VUELTA DE LA ANIMACIÓN O DE CÓMO LLOVIERON PALOS.

Con la fábrica, va a volver la animación, había prometido Ascanio Trindade al coronel Artur de Figueiredo. Transcurridos algunos días, los acontecimientos le dieron la razón; ni siquiera fue necesario el establecimiento de la industria para que la feria de Agreste recuperara el movimiento y el entusiasmo dignos de los tan nombrados tiempos de antaño. El alborozo era de tal magnitud que el beato Possidônio, convencido de que había llegado el día del juicio final, abandonó las limosnas para entregarse por entero a la salvación de pecadores, blandiendo el cayado redentor.

El sábado, los puesteros de la feria arribaron a la mañana a la Plaza del Mercado (Plaza Coronel Francisco Trindade —Intendente Municipal, según la placa—; el pueblo, rebelde, no aprende) y se encontraron con algunas novedades, entre ellas, un cartel de género estirado entre dos varas enterradas en el suelo que proponía la candidatura del comandante y otro donde eran convocados para el mitin. Este último, junto a un poste ubicado en el centro de la plaza, donde se anunciaba una sensacional película de tiros para el fin de semana: «Puñetazos a montones», promete.

Al principio los carteles despertaron poco interés. La curiosidad de los pajueranos se volvía hacía novedades mayores y más vistosas: los nuevos postes de luz de la Hidroeléctrica del São Francisco, gigantescos, lindos, impresionantes. Dos de ellos ya estaban de pie; los concurrentes estiraban el pescuezo tratando de divisar las lámparas. Un tercero, extendido en el suelo, reunió un montón de curiosos que lo admiraban con exclamaciones de asombro.

Algunos, más cultos, deletreaban las palabras del cartel, la mayoría no sabía leer. Así, la feria comenzó normalmente y sólo ganó animación cuando Ricardo y Peto comenzaron a distribuir los volantes. Ahí fue un sálvese quien pueda.

Gumercindo Sarué pequeño productor de harina de mandioca, contemplaba los postes boquiabierto; casi no reparó en los carteles. Era hombrón con fama de valiente, afecto a peleas. Había sido detenido en domingo de borrachera. Armado con una hoz, se puso a correr a los dos hijos de doña Jesuína, viuda de pelo en pecho. La viuda no se quedó tranquila hasta que no vio a Sarué preso —la prisión de Agreste, casi permanentemente vacía, ocupa una de las salas del fondo de la Municipalidad, tiene

barrotes en la ventana. Ascanio, al tomar conocimiento del incidente, abandonó el billar, calmó a la madre ofendida, abrió la puerta del calabozo y dejó libre a Gumercindo. El gigante, agradecido, juró:

—Cuente conmigo, *seu* doctor, en la vida y en la muerte.

Como se verá de inmediato, no fueron palabras vanas pues Ricardo y Peto habían aparecido en la feria y comenzaron con la distribución de los panfletos redactados por la indignada doña Carmosina en colaboración con el Sardónico Aminthas. Mientras que los letreros y carteles se limitaban a anunciar la candidatura del comandante, breve referencia a la contaminación, el panfleto explicaba haciendo las razones de la campaña destinada a salvar a Agreste, paraíso amenazado por la podredumbre. Citaba párrafos de la crónica de Giovanni Guimaraes, le daba con todo a la Brastanio, «empresa multinacional destinada a llenar los bolsillos de los extranjeros a costa de la miseria del pueblo». Igualmente se refería a Ascanio: «al aprovecharse del puesto que ocupa, se presta al sucio juego de esos criminales que quieren transformar a Agreste en un tacho de basura». «Impedir la elección de ese *playboy* astuto, agente a sueldo de los empresarios de la muerte», era obligación de todos los ciudadanos del municipio.

Ricardo cumplía con el deber dictado por el más puro idealismo; Peto, trabajaba por el pago prometido por Osnar, uno de los financistas de la candidatura del comandante, pero los dos hermanos, el abnegado y el mercenario, cumplían conscientemente la tarea encomendada, iban, de persona en persona, puesteros y clientes, distribuyendo los volantes de mano en mano. Sabino, ocupado en el mostrador de la tienda, no tuvo participación al comienzo de la fiesta.

Ante las bolsas de harina de Gumercindo Sarué, Peto entregó un prospecto al vendedor, otro a la compradora, doña Jacinta Freire, beata de lo más entremetida: Gumercindo, pensando que se trataba de un anuncio cinematográfico, lo tiró al suelo. Sin embargo, doña Jacinta, interrumpió la compra, se dedicó a la lectura en voz alta; el puestero no tuvo otro remedio que oír. Al escuchar el nombre de Ascanio, se interesó y pidió explicaciones. Doña Jacinta satisfizo su curiosidad con placer. Le indicó el cartel que estaba en el centro de la plaza, releyó los insultos con la voz gorjeante, estaba encantada. Incrédulo, Gumercindo preguntó:

—¿Quieren sacar al doctor Ascanio de la Municipalidad?

—Para poner al comandante Darío. Se dice que Ascanio…

Hombre de acción, Sarué busca con los ojos al niño que distribuye ese papel inmundo y lo ve más adelante, descansando de la ardua tarea mientras chupetea un helado. Gumercindo se dirige a Peto, extiende las manos para sacarle los volantes, consigue algunos y los rompe con rabia, quiere el resto:

—Entrégame esas porquerías, muchacho.

Bueno, como se sabe Peto es único. Une la acción a la palabra, le mete un puntapié en la pierna e insulta a su madre.

—¿Qué es eso, compadre? —Nhô Batista, otro labriego de Rocinha, interviene al

ver al amigo ciego de odio que trata de agarrar al mocoso.

—¡Quieren sacar al doctor Ascanio de la Municipalidad!

La noticia corre como la pólvora, o sea, rápida y ponzoñozamente, conmueve a la feria. La mayoría de los vendedores, procedentes casi todos del distrito de Rocinha, estiman mucho a Ascanio. Los habitantes de las márgenes del río, proveedores de pescado, mariscos y *guaiamuns*[45], estaban del lado del comandante y aunque numéricamente eran minoría se habían hecho temer, pues algunos tenían fama de contrabandistas y tradición por sus luchas contra la Policía.

La caza de Peto a través de la feria produjo situaciones espectaculares. Hubo mucha mercadería por el suelo. Había comenzado el desorden. Peto se zafó, desató una piara de chanchos en las narices de Sarué y sus secuaces y fue al bar en busca de refuerzos; lo último que vio en medio de toda esa confusión, fue a Ricardo cuando un grupo lo prendía y los volantes se perdían con el viento. El bar estaba lleno y acudieron todos.

Jamás hubo feria tan animada. Desbancó a la del 4 de junio de 1938, en la cual el cabo Euclides, autor de muchas hazañas, trató de capar, ante la vista del pueblo, al *violeiro*[46] Ubaldo Capadócio porque había deshonrado su cama al fornicar con Adélia, su esposa. Capadócio escapó por milagro. Los que no escaparon fueron los carteles, los dos, pues el del cine que proféticamente anunciaba golpes, fue igualmente destruido. Sucedió que los pescadores, ignorantes del motivo del conflicto, tardaron en participar de la fiesta. Pero, cuando se dieron cuenta de la insolencia que se cometía contra el comandante, llovieron palos.

Hubo palos de todos lados, muchos ni supieron los motivos de la pelea, pero todos participaron. El perjuicio fue general: bolsas y bolsas de harina, de *feijão*, de arroz, de maíz, frutas y legumbres derramadas y pisadas, deshechas, cantidad de carne seca por el suelo, pescados usados como arma de combate y cangrejos sueltos entre los campeones. El profeta Possidonio, que había proclamado el fin del mundo más de una vez, bajó el cayado sobre unos y otros, indiferente a las posiciones políticas; todos eran condenados pecadores.

Ni Ascanio, que llegó de la Municipalidad a las corridas, pudo terminar con la pelea. Tampoco el comandante, a quien le fue robado tiempo para dedicar a su redacción. Ni siquiera el padre Mariano, cuya intervención sólo impidió que el comandante y Ascanio se agarraran.

Pero cuando Tieta, alertada por Sabino, apareció en la Plaza, empuñando el cayado del viejo Zé Esteves, semejando la Senhora Sant'Ana, se metió entre la multitud gritando: ¡paren de una vez! Todos le abrieron paso y se serenaron. Era demasiado tarde para salvar los carteles pero pudieron recoger los escombros de Ricardo. Justo a tiempo, porque ni bien lo levantó y lo llevó a la rastra (con esquimosis en la cara y en las piernas), en la Plaza aparecieron en son de guerra, la pequeña Maria Inmaculada; Cinira, la devota; Edna, la pretenciosa y Carol, la liberal. También Ricardo, el glorioso sobrino, tiene su electorado propio. Reducido, pero de

calidad.

DE TIETA TODA ADORNADA DE CUERNOS.

Los gritos de Tieta despertaron a Perpetua. Se pone la pollera negra sobre el camisón, toma el candelero, abre la puerta justo a tiempo para ver a Ricardo que huye por el corredor, mientras recibe golpes sin soltar un mu, desnudo, ay. ¡Señor Dios mío! En total desatino la tía manda al diablo contención, decoro y conveniencias, desprecia cualquier tipo de cautela y lo persigue hasta la puerta de calle; el cayado resuena en la espalda del sobrino. El cayado del viejo Zé Esteves, el mismo que se descargó sobre Tieta cuando el padre supo, por intermedio de Perpetua, lo del viajante.

Ricardo trata de volver a buscar un pantalón pero la furia del cayado, en el auge del dolor de cuernos, lo alcanza en la cara, esa cara angelical y pérfida, tal como Zé Esteves la había alcanzado en otra distante madrugada —ella también tenía cara de ángel—. Cierra la puerta del corredor, vibra el cayado, amenaza a las celestiales y traicioneras bolas del descarado, a la divina y falsa cachiporra. De un salto, Ricardo gana la calle, salva sus preciosos bienes. Todavía no repuesto de la sorpresa, medio trastornado, se ve en la Plaza, en cueros, vistiendo sólo el anillo de jade y la vergüenza, la puerta fue cerrada con violencia sobre la voz colérica que lo expulsa.

—¡Desaparece de mi vista!

Tieta adornada con cuernos. Ella misma los fue a recoger a la orilla del río. Cuando la luz del motor marcó la hora de la cita, estaba en su puesto: presenció el encuentro atrás de la *mangueira*, acompañó al maldito y a la joven hasta la oscuridad de la Bacia de Catarina. Sujetó su orgullo a dura prueba, y se escondió en un lugar donde pudiera oír mientras se llenaba de indignación, gota a gota sudaba celos. Abierta en llagas, humillada, cubierta de barro, abyecta, ridícula, cuerneada. Oyó las risas, perdió la cuenta de los suspiros, midió el silencio de los besos, aprendió los mil matices de la palabra amor, repetido refrán: bésame de nuevo, amor; muérdeme, amor; ahora, amor; no te vayas, amor; demora un poco más, amor; ay, amor.

Ni bien regresó de Mangue Seco empezó a sospechar la existencia de otro rival además de Dios: humano y hembra. Estuvo alerta, recogió informaciones, pero quiso estar segura, sacar sus propias conclusiones, de tan imposible que le parecía. Era verdad. Se había dejado engañar, ella, Tieta, vanidosa y segura de sí, como si fuera la más tonta y confiada de las mujeres.

Tal como lo hacía todas las noches, se desvistió y perfumó en su cuarto. Así lo esperó para que los últimos destellos de pasión se extinguiesen cuando él la tocara con las manos todavía tibias por el calor del cuerpo de la otra y quedaran sólo humillación y rabia.

Jamás le había pasado. Lucas huyó por temor a engancharse, no por otra. Tuvo

que volver a Agreste para que un hombre osara meterle los cuernos. ¿Un hombre? Un cabrito recién destetado, vestido con sotana, inocencia y miedo, un niño doncel, virginidad cuya flor ella recogió en las dunas, una noche de luna.

DEL DIÁLOGO DE LAS DOS HERMANAS SOBRE ASUNTOS DE FAMILIA, CAPÍTULO UN TANTO SÓRDIDO DONDE SE LAVA ROPA SUCIA Y SE PONE MIERDA EN EL VENTILADOR.

Desnuda, florecida de astas, recubierta de cuernos —y eso que no sabe ni la mitad —, Tieta enfrenta a la hermana. Se había desvestido para esperar al maldito, para saborear todos los condimentos de la traición, recorrer hasta el final la escala de la vileza, sentir la desesperación transformarse en odio en el momento en que pusiera su mano, todavía con el calor de la otra, sobre su cuerpo. Y así fue como sucedió.

Desnudez agresiva, bella y opulenta, el vigor de los senos arrogantes, de las largas piernas, del altanero traste bamboleante, de la negra y copiosa mata de pelos —además de los cuernos, sólo el cayado. Al verla de tal suerte, impúdica y colérica, Perpetua decide postergar la inevitable explicación, la difícil confrontación. Para hablar de sutilezas y medias palabras, de sobreentendidos, se necesita tranquilidad y ánimo sereno. Es desaconsejable hacerlo en momentos de rabia y orgullo herido. Al ajustar cuentas, Tieta puede decidir cobrar injurias del pasado.

Perpetua intenta cerrar la puerta del cuarto, acostarse, borrar de sus ojos lo que ha visto. Pero no puede completar la maniobra de huida. Tieta percibe el resplandor de la llama del candelero, adivina que la hermana ha estado espiando y la rabia culmina:

—¿Qué haces ahí, escondida y espiando?

Descubierta, Perpetua se muestra, avanza un paso:

—¿Qué pasó? ¿Qué significa esto?

La chillona no refleja escándalo y furor, sólo espanto. Todavía puede salvar la moralidad, mantener la decencia. Dispuesta a colaborar, Perpetua deja margen a cualquier explicación satisfactoria: Ricardo está muy desobediente, no cumple horarios, merece reprimendas y castigos. En cuanto a la desnudez de los personajes, puede explicarla por el calor del verano o mejor ni hablar del asunto, es un detalle secundario. Salvadas las apariencias, las negociaciones serán más fáciles. Pero Tieta, descontrolada, desprecia la oportunidad, pone mierda en el ventilador.

—Significa que el sinvergüenza de tu hijo se atrevió a meterme los cuernos con una putita descarada, cosa que ningún hombre me había hecho.

Perpetua ahoga un grito, con la mano. Avanza otro paso, se apoya en la pared:

—Quiere decir que tú y Cardo… ¡Qué horror, Dios mío! —repulsión y asombro se estampan en la severa cara, pero nuevamente la mano impide un lamento. En Agreste, el sueño de los vecinos es liviano: los que se han despertado por el estruendo, deben estar alerta.

Tieta arrasará el pesado fardo de la traición, la abundante cosecha de cuernos. Se

encamina a su cuarto, se sienta en la cama con las piernas dobladas en indecente postura. La indignación y la rabia prosiguen implacables, ahora en contra de la hermana:

—No vengas a hacerte la inocente, la que no sabe nada cuando en realidad estabas al tanto de todo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Estás loca! Te recibí en mi casa, con los brazos abiertos, pensé que habías cambiado. No cambiaste nada, eres la misma depravada de antes. Llevaste por mal camino a un niño inocente, temeroso de Dios, mancillaste su vida. Iba a ser cura, ahora está excomulgado… —ahoga un sollozo, es una madre empavorecida, aterrorizada—. Y tienes coraje de decir que yo lo sabía. ¡Vade retro! —Como no hay más remedio, sólo le resta enfrentar la situación, tomar la ofensiva.

—¡Claro que lo sabías, cínica! —Tieta desearía cachetear a la hipócrita, descargar el bastón en su espalda como hizo con el inmundo—. ¿Quién mandó a tu hijo de noche a Mangue Seco sabiendo que estaba perdida por él? Estabas atrás de mi dinero, ¿piensas que no me di cuenta? Pero te olvidaste de explicarle que no nací para ser cornuda. No sé como me aguanto para no pegarte.

Está en el corredor, ante la puerta del cuarto, con el candelero en la mano, encogida contra la pared, un sudor frío en la frente, Perpetua reacciona:

—Estás inventando calumnias para huir de la responsabilidad. —La voz agresiva, el dedo en un gesto acusador—. No puedes desviar a un niño inocente del sagrado camino del sacerdocio, cortar su carrera, sin…

—Sin pagar, ¿no? Tú sólo piensas en dinero. Antes, sólo pensabas en conseguir un hombre dispuesto a acostarse contigo, ¿no es cierto?

—Nunca tuve esos pensamientos, no soy igual a ti.

—¿Entonces por qué prometiste tu hijo a Dios? Para conseguir un hombre con quien fornicar. Tú no eres igual a mí, eres peor. Tramaste todo esto para sacarme dinero. Todo fue planeado. Cuando me cediste la alcoba y armaste la cama de él enfrente. Yo debí haber sospechado.

—¡Mentira! Ni se me pasaba por la cabeza…

—Después, cuando viste que me gustaba, armaste todo, ¿o no?

—No ganas nada inventando embustes. Quiero saber qué vas a hacer para recompensar a mi hijo. Y lo quiero saber ahora mismo.

—¿Recompensar a tu hijo? ¿De qué? Era un doncel, capaz de terminar siendo maricón, andando con cualquiera y en cambio hice de él un hombre. Como si tú creyeras que un cura debe ser virgen.

—Era un niño inmaculado, bien educado, respetuoso, sólo pensaba en sus deberes. Ahora ya no parece el mismo, tomó la sartén por el mango. Has hecho de él tu igual. ¡Es como tú, maldita! Abusaste de él. ¿Tienes coraje de negarlo?

—Lo que tú quieres es que pague el desvirgue de tu hijo, ¿no?

Se levanta, baja de la cama, su cuerpo es lascivo e ignominioso. Provocativa, se dirige al ropero, busca la valija donde guarda el dinero, levanta la tapa, la abre, separa

un montón de billetes y los tira en dirección a la hermana. Se desparraman por el suelo:

—Toma, yo pago lo que hice. Valió la pena, me encantó. Recoge el pago, zorra de mierda. Me das asco.

Perpetua deja el candelero, entra al cuarto, se agacha, recoge los billetes. La voz se eleva desde el piso, gangosa pero ablandada, conciliadora:

—Lo que deberías hacer sería adoptar a los dos…

—¿Adoptarlos? ¿Como hijos? —de nuevo sobre la cama, Tieta observa a Perpetua que está en cuatro patas, juntando y recogiendo billetes—. Es eso lo que quieres… Para que sean mis únicos herederos, ¿no? ¿No importa que yo pase a ser la madre de mi macho? Tú eres el colmo.

Al verla gateando, con el brazo extendido bajo la cama, en busca de otro billete extraviado, con los pechos marchitos, que se balancean bajo el camisón, con el rodete deshecho, el pelo que le tapa esa cara ácida de beata; la fealdad de bruja y los ojos encendidos, se apodera de Tieta un sentimiento, mezcla de amor y pena, que se une a la rabia —¡qué mujer ésta, es capaz de cualquier cosa por los hijos!

—Y pensar que tuviste un hombre que te quiso, que te deseó, que durmió contigo y que te hizo hijos. Si me lo hubieran contado, no lo habría creído.

Entonces recuerda una idea loca, la grotesca imagen que en cierta ocasión se atravesó en su pensamiento: imagina a Perpetua en esa misma cama, sobre el mullido colchón de lana, enroscada con el marido en el momento del festín, ¡espantosa visión! De golpe desaparece su rabia. Tieta comienza a reír:

—Si tú me dices una cosa, pero tiene que ser la verdad, yo te prometo que te pongo en mi testamento.

Perpetua alza la vista, interesada y desconfiada, ávida.

—Dime, en «ésos» momentos, ¿el mayor y tú se quedaban en lo tradicional o hacían porquerías? ¿Alguna vez probaste el sesenta y nueve?

Al pensar en la hermana tratando de hacer el «ipicilone» con el marido, Tieta es sacudida por un incontrolable ataque de risa. Quiere parar y no puede, la risa termina en una carcajada descomunal: ve a Perpetua aferrada al miembro del Mayor bien servido, a juzgar por el hijo—. Entre risas, desaparecieron los cuernos, todos, los que le fueron clavados por Maria Inmaculada a orillas del río y los otros, de los cuales nunca tuvo conocimiento.

—¡Respeta a los muertos, desgraciada! —Perpetua se levanta hecha una loca, sus manos se aferran a los billetes, los ojos se le salen de las órbitas al mirar el lecho, vuelve a sentir olores y ver gestos.

Ruido de llave en la puerta, pasos leves en el corredor. Perpetua trata de recomponerse mete el dinero en los bolsillos de la pollera para que la otra desvergonzada, al volver del pecado —cada noche llega más tarde—, no se entere de lo sucedido. Al percibir movimiento, luz y risas en la alcoba, Leonora se acerca:

—Buenas noches, doña Perpetua. ¿De qué se ríe tanto mi madrecita?

La madrecita no puede contener las carcajadas. ¡Qué imagen tan cómica! Al borrar la visión del Mayor, viril y apasionado, mientras se saca el pijama de rayas amarillas, Perpetua explica:

—Estábamos charlando. Tieta se tentó con una tontería que dije… —levanta el candelero—. Mañana la seguimos hermana.

Si Tieta cree que ha puesto punto final al asunto con esos billetes, está muy equivocada, no conoce a su hermana mayor. Perpetua quiere y está dispuesta a conseguir un papel salido de la notaría, con firma reconocida; no lo hará por menos. Sale, pero se vuelve, rápida, para recoger un billete que quedó al lado del ropero. Debe de haber otros. Mañana volverá, antes de que Araci barra el cuarto.

Tieta todavía ríe cuando Leonora comienza con voz desconsolada:

—¡Madrecita, ay, madrecita! Pobre Ascanio. El pobre está desesperado…

DE LA ALPARGATA DEL DIABLO, OJO Y LENGUA DE LA CIUDAD.

AL amanecer, *Bafo de Bode* abre los ojos en el mismo lodazal donde la *cachaça* lo había tumbado la noche anterior. Lodazal es una manera folletinesca de hablar — se había dormido en la puerta del cine Tupy, abrigado contra viento y lluvia. Al levantarse toma el camino de Buraco Fundo. Al cruzar la plaza de la Matriz, percibe movimiento en la puerta de la casa de Terto. Se detiene para identificar al apurado que sale tan temprano aunque tranquilamente podría demorarse más. A Terto, el abnegado marido, le encanta dormir hasta tarde en la hamaca que está colgada en la galería, duerme el sueño pesado y plácido de los buenos cornudos, satisfechos de su estado (aquellos que se asumen, como escribiría un joven escritor moderno).

Al encontrarlo deambulando por las calles y callejones de la ciudad, en horas tardías, viendo y comentando todo, Amélia Dantas (actualmente Régis), de sobrenombre Mel, ex Primera Dama del Municipio, había apodado al mendigo «Alpargata del Diablo». Según Barbozinha, *Bafo de Bode* es el ojo de la ciudad. El ojo que todo lo ve, agrega Aminthas. Vio tantas cosas que ya nada lo espanta. Sin embargo no puede esconder el asombro al reconocer que el ciudadano que está metido en un par de pantalones de Terto es el seminarista Ricardo. En camisón y colgada al cuello del muchacho, doña Edna se despide con un chupón de los bravos. Los pantalones de Terto, apretadísimos, le quedan mal, ¿por qué será que el padrecito los usa?

Cuando *Bafo de Bode* lo sorprendió acompañado por esa jovencita, inquilina de lo de Zuleika, andaba de sotana, se dirigía a las barrancas del río. Vestía *shorts* y camisa al atravesar la prohibida puerta de la casa de Carol; no habían pasado cuatro días desde entonces. También de sotana lo había visto en la víspera, cuando saltaba los escalones de la torre para consolar a la indócil solterona. Sin hablar… Cállate boca.

Al retomar la marcha, corifeo de la ciudad, *Bafo de Bode* revela y aconseja:

—¡Pueblo, vamos a resguardar nuestros culos en lugar seguro porque la Paloma de Dios está suelta en Agreste!

DE LA PASTORA Y DEL MACHO CABRÍO JOVEN.

Ricardo cruza el jardín de la plaza, los pantalones ajustados no le permiten correr. Golpea la puerta del fondo, Araci abre, se tienta: don Cardo está tan gracioso, ¡ay qué joven tan bonito! Un día se va a fijar en ella, si Dios quiere.

Entra, se pone la sotana, está terminando de hacer la valija cuando siente que alguien lo observa, levanta la vista. Con su vestimenta negra, el rosario en la mano, Perpetua está preparada para ir a la iglesia. Amenazante, lista para acusación y castigo, su rostro refleja indignación y asco, los ojos relampagueantes, la voz terrible —pero contenida para no despertar a las dos malditas:

—¿Qué estás haciendo, excomulgado?

—Dentro de un rato voy a tomar la «marineti» para ir a Esplanada.

—¿Tomar la «marineti»? ¿Con orden de quién?

—De nadie, mamá. En Esplanada, tomo el ómnibus a Aracajú y me bajo en la ruta que va a São Cristóvão.

—¿Pero qué te has creído?, ¿ya no tienes madre para obedecer? Guarda tus cosas y acuéstate. Más tarde tendrás que rendirme cuentas, prepárate.

—Voy a pasar unos días con fray Timoteo en el convento. Me invitó. Después que Tieta… que la tía se vaya, vuelvo.

—No vas a irte a ninguna parte. Haz lo que te dije.

Sabe que no va a ser obedecida, que nunca más podrá darle órdenes. La hermana mayor jamás pudo mandar a Tieta, jamás fue obedecida.

—Mamá, ya le dije que voy a São Cristóvão. No soy mayor de edad pero soy hombre, ¿no lo ve? No trate de impedirlo, no quiero ser un fugitivo. Quédese tranquila, volveré.

—Ya no pareces mi hijo. Estás igual a ella. Era nuestra vergüenza: de día con las cabras, de noche pecando. Tú quieres ocupar su lugar. ¿No tienes miedo al castigo de Dios?

Por primera vez desde la muerte del Mayor tiene ganas de llorar.

—También mi Dios ha cambiado, mamá. Ya no se parece al suyo. Mi Dios perdona en vez de castigar.

—Pero tú no puedes irte, así, antes de arreglar las cosas. Ella te llevó por mal camino, te pervirtió, acabó con mi promesa. Tiene que compensar el mal que cometió. Trajo el pecado a esta casa, la muy maldita, te echó a perder.

—No, mamá. Yo estaba ciego, ella me ayudó a ver. No sé si voy a ser cura o no, es muy pronto para saberlo. Pero esté segura de que si no me ordeno será porque Dios no lo quiere, cuando lo sepa, se lo diré. Pero voy a seguir estudiando, no se preocupe.

—¿Me juras que vas al convento?

—Ya se lo dije. Ahora, óigame: la tía fue requetebuena conmigo. Nunca podré pagarle lo que le debo.

Toma la valija y sonríe a su madre, sereno y tierno:

—Adiós, mamá.

—¡Ay, Dios mío! —la mártir eleva los ojos al cielo.

Al volverse en dirección a la salida, Ricardo ve a Tieta en la puerta de la alcoba, el cuerpo bienamado vestido con un reflejo de luz de la mañana naciente.

—Adiós, tía… ¡Tieta!

—Adiós, Cardo. Me puedes llamar tía. Dile a fray Timoteo que estoy en Agreste, que va a haber una pelea terrible.

Tras Ricardo la puerta de calle se cierra. Sin mirar a la hermana, Tieta vuelve a su cuarto. La pastora de cabras siente orgullo de su sobrino. Es igual a ella, sin poner ni sacar nada, Perpetua tiene razón. Es un chivo joven, sin mañas, está libre en los montes, va con la cabeza erguida; es el heredero de su rebeldía. Lo que pasó, pasó, fue un capricho loco, y la nostalgia va a ser tanta…

DE HECHOS Y RUMORES, CAPÍTULO DONDE EL ÁRABE CHALITA EXPRESA VAGA ESPERANZA.

Los diez días que sacudieron a Agreste, ésa fue la definición de Aminthas, lector de autores prohibidos (parafrasea a John Reed al referirse a ese breve y tumultuoso período). Él mismo contribuyó en ese clima de grotesca pesadilla: maniobró cuerdas invisibles, estuvo por detrás de algunos hechos graves. Si bien la mayor responsabilidad era atribuida a doña Carmosina.

—Fíjate lo que has conseguido, Carmosina —la acusa el recaudador Edmundo Ribeiro, mientras se sienta en una silla, en la agencia de Correos—. Cada día una novedad, una pelea, un escándalo, un lío…

—Cuando no son dos son tres. A veces ni terminamos de comentar un incidente, que ya empieza otro. Y cada plato tan suculento… —apoya Chalita, el árabe, sentado en el escalón de la puerta—. Todo el mundo perdió la cabeza, quisiera ver cómo va a terminar esto.

Doña Carmosina se desliga de toda responsabilidad:

—¿Yo? ¿Quién soy yo? Parece que van a terminar acusándome por haber inventado la fábrica de dióxido de titanio. Estábamos bien aquí, cada uno en lo suyo y en paz.

—Si tú no te lo pasaras leyendo y desparramando las noticias de los diarios… —el recaudador señala el diario mural, que ahora cubre la pared principal del recinto.

—… serían capaces de vender Agreste impunemente…

El tono y lenguaje de los diálogos cambió. Desaparecieron la cordialidad, el buen humor, los ritos de gentileza que hacían de la conversación —principal diversión de

la comunidad, gratuita, al alcance de todos— un motivo de placer. El tono se hizo áspero, la injuria reemplazó a la malicia.

—¡Basta con eso! —exclama Edmundo Ribeiro—. No estoy vendiendo nada.

—Porque no pudiste meter la mano en el cocotal, no por falta de ganas. Pero vives apoyando a esa banda de ladrones. ¿O te crees que no lo sabemos?

—¿Qué es lo que saben?

—Que firmaste la lista de contribuciones para la candidatura de Brastanio Trindade…

—¡Brastanio Trindade! Eso sí que estuvo bueno… el árabe ríe. Nada se compara a una charla con personas inteligentes como doña Carmosina, la muy pícara tiene cada salida… Hablando de eso, ¿qué fue a hacer a Esplanada?

—¿Ascanio viajó? —doña Carmosina se interesa, se preocupa—: ¿cuándo?

—Hoy. Me dijo que estaría de vuelta mañana.

La «marineti» de Jairo tiene su parada frente al cine, al lado de la casa de Chalita, presencia infalible en la partida (horario rígido) y en la llegada (horario imprevisible) del vehículo, para controlar a los viajeros.

—¿Qué chanchullo habrá ido a tramar? ¿Dijo que volvía mañana? Entonces fue sólo a Esplanada, no tendría tiempo de llegar a Salvador. Anda medio desorientado. Pensó que la elección era cosa hecha, se quedó de capa caída con el comicio.

—Pero yo todavía creo que él gana. —Considera el recaudador—. No niego el prestigio del comandante pero, ya se sabe cómo son esas cosas… Ascanio ya está en la Municipalidad y lo más importante de todo es que es hombre del coronel Artur… Porque en realidad el que tiene prestigio es el coronel.

—Fue hombre del coronel, ya no lo es. ¿Quién no sabe que el coronel se desentendió de la candidatura del «doctor Dióxido»?

—El doctor Dióxido, pero qué ingenio… —Chalita se retuerce de risa.

—Dígame una cosa, *seu* Edmundo: ¿fue por generosidad que Modesto Pires inauguró esa lista de contribuciones, esa que usted firmó? ¿O fue después de que el candidato volvió de Tapitanga, con la cola entre las piernas? ¿Sabe qué respondió el coronel cuando él le pidió dinero para la campaña? Que recurriera a la Brastanio. No venga a decirme que no lo supo.

—Sí, lo supe. Carmosina. Pero actualmente se dicen tantas cosas que no se puede creer así porque sí, sin más ni menos. Es muy posible que el coronel haya negado ayuda a Ascanio, el viejo está acabado, cada vez más decrépito. Pero también es verdad que no le ha dicho a nadie que no votara a Ascanio. ¿O estoy mintiendo? Si miento, corríjame.

—A los que fueron allá para saber, el coronel Artur les ha dicho que cada uno vote a quien quiera, de acuerdo con su conciencia. Él no tiene nada de acabado y no fue por avaricia que no contribuyó con dinero. Y es más: el coronel no apoya de frente a la candidatura del comandante porque tiene pena de su ahijado. Pero pregúntale a Vadeco Rosa qué es lo que ha oído en Tapitanga, y no olviden que

Vadeco es edil y tiene un montón de votos en Rocinha. Él mismo me lo contó. Fue a pedir instrucciones, y el coronel le dijo que apoyara a quien quisiera o a quien mejor le pareciera, que no tenía órdenes para dar, ni candidato para proponer, está retirado de la política.

—A pesar de eso, casi todos en Rocinha comen gracias a Ascanio, empezando por Vadeco.

—Comían, pero todo cambió. Después de conversar con Tieta, Vadeco quedó muy impresionado. En Rocinha estaban pensando que Ascanio, después de elegido, iba a comprar las tierras del municipio a precio de oro. Cuando vieron que él sólo quiere expropiar los terrenos del cocotal, se pusieron furiosos. ¿Usted sabe que Tieta va de casa en casa? Dentro de una semana vamos a hacer un comicio en Rocinha, ella va a hablar.

—No hay duda… —reconoce el recaudador—. Doña Antonieta es un gran triunfo, es la única que mete miedo. El comandante, como vemos, fue candidato a disgusto, por imposición y yo sé de quién…

—¿Mía, no es cierto? Pero esa acusación me honra mucho.

—Pobre, ni bien tiene un día libre se escapa a Mangue Seco. Ahora creo que está en la playa, ¿no?

—Para asegurarse los votos de los de allá. Pero volverá pronto.

—¿Los votos de Mangue Seco? No llegan a diez o doce… Pero Tieta puede desequilibrar la balanza, si se queda hasta el final… Qué gracioso: a pesar de combatir la candidatura de Ascanio, parece que ella no se opone al noviazgo de su hijastra. Por otro lado, Carmosina, en materia de noviazgos, ése es para sacarse el sombrero…

Doña Carmosina evita el tema, la vida particular de Ascanio no está en discusión, Leonora es un amor de criatura. Pero, ya que el recaudador desvió la conversación de los temas políticos, por lo menos le gustaría saber…

—¿Qué, Carmosina?

—Si es verdad lo que andan diciendo por ahí… Que Modesto Pires admitió un socio…

—¿En la curtiembre?

—No, *seu* Edmundo. En la cama de Carol.

Quien responde es Chalita, el árabe, mientras se alisa los bigotes:

—Uno solo no. Yo supe por lo menos de dos. —Un resplandor se asoma en sus ojos llenos de gula—. Estoy esperando que se transforme en sociedad anónima… Para comprar una acción.

DE LA CONVERSACIÓN FINAL SOBRE EL DESTINO DE LAS AGUAS, DE LOS PECES Y DE LOS HOMBRES, CUANDO LA BRASTANIO ELIGE NUEVO DIRECTOR, Y EN EL ELEGANTE AMBIENTE DEL «REFUGIO DE LOS LORES», SE SIRVE ¡HORROR! WHISKY CON GUARANÁ.

En el equipo elegido con esmero, se destaca, por la elegancia de porte, una joven espigada de piernas largas. Más que esbelta, es flaca, modelo en desfiles de *haute-couture*, bien al estilo del magnate Angelo Bardi. Fue convocada especialmente para él; la administración del «Refugio de los Lores», a la par del gusto de los clientes tradicionales (sustentáculos de la casa) trata de satisfacer sus caprichos. El doctor Mirko Stefano se alegra al comprobar la presencia de la pelirroja ondulante y pícara, parecida a Bety; en el encuentro anterior, Su Excelencia la confiscó y dejó al Magnífico un poco frustrado. El Viejo Parlamentario, no fue olvidado: es una muchachita con fisonomía y modos tan infantiles que en ciertas ocasiones la hacían pasar por virgen y con éxito. En atención al novato (para quien fue recomendada la mayor deferencia), la gerente, como no conocía sus antojos, le mostró tres muchachas, de tipos diferentes, pero todas excelentes, *il n'aura que l'embarras du choix*. Mientras sirven whisky a los poderosos señores, las seis bellas exhiben sus encantos —la más vestida usa bikini, la flaca agita un vaporoso velo que le realza los huesos. La gerente con su *tailleur* de medida, gordota y baja, parece directora de un internado de mujeres.

Mirando de reojo la desnudez de las muchachas, el ciudadano de postura rígida y pelo mota, (es la primera vez que se encuentra en tal ambiente), trata de vencer la timidez. En su juventud había frecuentado prostíbulos, en cierta ocasión festiva fue a una casa de citas, en Botafogo (Río de Janeiro); después se casó. No corre peligro de ser identificado, está de incógnito y así nomás, anónimo compañero que participa con los amigos de un programa alegre. Al ser servido por la pelirroja, desvía la mirada y anuncia:

—Quiero mi whisky con *guaraná*.

¡Con *guaraná*! Se hace un silencio de espanto. La flacucha, que está al lado de Bardi, contiene la risa. Whisky de esa marca poco común y preciosa, sólo se sirve en São Paulo: en el Jockey Club y en el «Refugio de los Lores». En Inglaterra, lo beben puro, sin hielo. Pero el Viejo Parlamentario, todo un lord, aclara con flema británica e impávida adulación:

—*Whisky and guaraná*, fórmula brasileña, está muy de moda. Para mí también.

«Hay gustos para todo», piensa la gerente. Al rehacerse del sacrilegio, vence la repugnancia y ordena:

—¡Rápido, *guaraná*!

El doctor Angelo Bardi desvía la atención de los presentes al pedir noticias de su querida amiga a quien no ve desde hace mucho tiempo:

—Nuestra querida madame Antoinette, ¿no vuelve más?

—Todavía está en Francia. Cuando iba a embarcarse, murió el padre, el general. Pobre, del corazón.

—¿General? —el del cabello rizado, que miraba de costado a las mujeres, superando el embarazo, demuestra repentino interés.

—Madame Antoinette es hija de un general francés con una nativa de La

Martinica… —la gerente repite la clásica información, pone aire de profesora de historia dando clase.

—¿Cómo? —el del cabbello rizado se espanta.

—Como la emperatriz Josefina, la de Napoleón Bonaparte —ilustra el Magnífico Doctor.

—¡Ah! ¡Figura histórica! Muy interesante. —Se siente más a gusto y se sirve *guaraná* en abundancia.

—¿Quieren alguna otra cosa? —Ante la respuesta negativa, la gerente manda—: ¡Vamos, niñas! —y marcha al frente del alegre pelotón.

El Viejo Parlamentario deja el vaso:

—Pues aquí estamos, victoriosos. Dio trabajo y requirió mucha habilidad, es un asunto explosivo. No lo digo por adulación, pero si no fuera por el parecer de nuestro amigo aquí presente… Los de la línea dura torcían la nariz y las autoridades bahianas se habían emperrado: en cualquier lugar menos en Arembepe, y de ahí nadie los sacaba. Pero, finalmente, cedieron, abandonaron la posición de intransigencia ante la argumentación presentada por nuestro prestigioso paraninfo.

—El desarrollo nacional es prioritario, contra él no pueden prevalecer razones sentimentales, mucho menos irrelevantes detalles de localización. Estuve allá, personalmente, comprobé lo absurdo de los alegatos, mi parecer se basó en un estudio directo del problema. Haré un rápido bosquejo para ponerlos al tanto de mis consideraciones y de mis conclusiones. —El prestigioso paraninfo se aclara la voz con un largo trago de whisky con *guaraná*.

No pidió anuencia, siguió adelante con el rápido bosquejo, en verdad casi una conferencia. Angelo Bardi oye con los ojos semicerrados, cada palabra vale oro. El Viejo Parlamentario parece beber las frases del conferenciante, está de acuerdo y aprueba con la cabeza. Atento, el Magnífico Doctor, asume una actitud de discreta reverencia: ¿qué pecado había cometido para soportar semejante castigo? Nadie osó interrumpir.

En Bahía, en ese mismo momento, Rosalvo Lucena, en el gabinete del secretario, recibe la buena noticia: nuevos estudios, realizados a alto nivel, llevaron a una reconsideración del problema. Poderosas razones de orden económico, social y político determinaron la localización de la industria de dióxido de titanio en Arembepe, el Gobierno Estatal cambia de idea, se somete y aprueba el pedido de la Brastanio. En el «Refugio de los Lores», al callarse la voz autoritaria y metálica, el magnate Bardi aprueba:

—Menos mal que tenemos estadistas de visión amplia, capaces de imponer las supremas razones de interés nacional, acabando con prejuicios, derrotando a la subversión. Mis felicitaciones, ilustre amigo.

El Viejo Parlamentario deja de lado el vaso de whisky con *guaraná*, horrenda mezcla:

—*Caro* Bardi, un último detalle antes de que nos separemos. ¿En qué fecha se

realizará la asamblea para la ampliación de la dirección de la Brastanio?

—Ya. Mañana estaremos en Salvador, haremos publicar inmediatamente los edictos de convocación. —Se vuelve al autor del informe que se deleita con un *whisky and guaraná*—. Para nosotros va a ser un gran placer incorporar a la dirección de la Brastanio al doctor Gildo Veríssimo, de cuya capacidad tenemos las mejores referencias…

—No es porque sea mi yerno… —concuerda el ilustre amigo— pero le sobra competencia. Tienen un excelente servidor.

—Está todo dicho. —Concluye el Viejo Parlamentario.

Angelo Bardi agita una pequeña campana de plata, la gerente se presenta comandando a las niñas. El de postura rígida y cabello rizado, prestigioso paraninfo, ilustre amigo, se curva al lado del Magnífico Doctor y pregunta en voz baja:

—¿Todos los gastos están pagos?

—Claro…

—¿Todos? Incluyendo…

—Incluyendo.

—Entonces, avísele a ella —ordena, señalando a la gerente, que yo quiero a aquella de pelo de fuego…

Y por segunda vez se le escapaba la pelirroja, contingencias de director de relaciones públicas, repleta de esos inconvenientes. Pero también gratificante, reflexiona Mirko. Saber que Agreste había desaparecido del mapa, que nunca más tendría que atravesar aquellos caminos para mulas y soportar el calor senegalesco, la polvareda, el barro, la incomodidad, la cerveza caliente, sin hablar de los bandidos y los tiburones de la costa desierta, miserias y peligros que lo rodeaban y amenazaban, merecía cualquier sacrificio —pelirroja o castaña, rubia o trigueña.

En ningún momento, mientras recordó a Agreste y Mangue Seco, pensó en Ascanio Trindade. Para el doctor Mirko Stefano, Agreste y su gente, pobre y fea, había acabado para siempre.

DONDE REAPARECE EL AUTOR CUANDO YA NOS IMAGINÁBAMOS LIBRES DE ESE PESADO.

Era mi intención no interrumpir el relato hasta llegar al epílogo de este monumental folletín (monumental, sí, basta con atenerse al número de páginas). Por ser neutral en la contienda trabada en Agreste, deseaba mantenerme al margen como simple espectador. Pero me veo obligado a abandonar mi propósito, una vez más tengo que defenderme de críticas imputadas contra la forma y contenido de mi trabajo por Fulvio D’Alambert, fraternal y áspero. Llego a suponer que un sentimiento menos digno, como puede ser la envidia, le dicta las restricciones, al comprobar que me aproximo al final de esta empresa literaria. Nunca creyó que la terminaría.

Ni pienso responder a una cantidad de reproches menores de orden gramatical o

estilístico, para no alargar mi intervención, sólo citaré uno de ellos, D'Alambert critica ásperamente la forma en que empleé el verbo «contemplar». Cuando Ricardo sube en compañía de Cinira la escalera que lleva a la torre de la iglesia, «ella va adelante, él detrás para contemplar». Contemplar, me enseña Fulvio, es un verbo transitivo, exige un objeto directo: quien contempla, contempla alguna cosa. Según él, escondí de los lectores el blanco de la jubilosa contemplación del seminarista.

Me defiendo preguntando si los lectores realmente necesitan de ese objeto directo para darse cuenta de cuál es el paisaje contemplado por el joven, ya que no existía otro en la estrecha y sombría escalera además de las piernas y el traste de la doncellota, Además, esos detalles de la anatomía de la beata, si bien excitaban al adolescente, no son de calidad como para merecer el interés de los lectores.

Una acusación más seria se refiere al atropello final del relato. Antes, las acciones se sucedían, pocas y lentas, diseminadas en hojas y hojas de papel con una notable falta de apuro, con lujo de detalles, continuamente se repetían minucias, hubo una total ausencia de economía literaria, durante cinco largos episodios de lectura cansadora. Abruptamente, en el epílogo se modifica el ritmo, se rompe la medida del tiempo y del espacio, se pierde la unidad del relato.

Según Fulvio, el autor se apuró tanto que dejó a los lectores en la ignorancia de hechos de mucho interés, reducidos a una simple referencia casual. Cita el mitin de la plaza de la Matriz y la cuestión de los socios de Modesto Pires a cuidado de Carol. Se sabe de Ricardo, ¿quiénes son los otros?

No me cabe culpa por la modificación del ritmo del relato, si es que existe. Los acontecimientos se precipitaron y se atropellaron sin que yo tuviera nada que ver. Fueron muchos en poco tiempo, para poder seguirlos tengo que dejar de lado aquellos que no me parecen fundamentales, aunque sean pomposos y divertidos.

Es el caso de la asamblea. Como se realizó al día siguiente del conflicto en la feria, atrajo numeroso público. El vate Barhozinha fue el primero en ocupar la tribuna y elevar la voz (el verbo en este caso debe ser interpretado en su sentido literal pues, como no había ni micrófono ni altoparlante, los oradores usan la fuerza de los pulmones). El bardo tiene sus incondicionales, sobre todo entre las solteronas —les encanta verlo recitar poemas de amor, con el brazo extendido, los ojos entornados hacia el cielo, la voz temblorosa al pronunciar las rimas ricas, deshilachando emociones románticas y sensuales de promesas y amores eternos. Las musas inspiradoras de Barbozinha habían sido, en su mayoría, putitas de las casas de citas de Salvador, festejos de su época de bohemio. En los *Poemas de la maldición*, sin embargo, como él mismo lo explicó, hizo vibrar las cuerdas del civismo y de la indignación, en una lira patriótica y acusadora. Obtuvo aplausos, pero al final, las fanáticas exigieron, a los gritos, que declamara unos versos famosos, ya recitados miles de veces en las fiestas locales: la *Balada del triste trovador*. Si no fuese por la enérgica oposición de doña Carmosina —¡esto es un comicio político, hombre!—, el poeta todavía estaría recitando la *Elegía oscura de la calle San Miguel*, o el *Poema*

de los labios de Luciana, el *Soneto escrito en los senos de Isidora* y otros por el estilo.

Doña Carmosina hizo buen papel en su primer mitin. Rápidamente sacó ventaja a Ascanio en el debate por lengua suelta y atrevida. La única interrupción que la perturbó, por poco pierde la compostura, que más bien fue un comentario y no una interrupción no provino de Ascanio. *Partió de Bafo de Bode*, tan borracho que no podía mantenerse de pie. Al oír que doña Carmosina hablaba «en nombre de las madres de familia preocupadas por el futuro de los hijos y maridos», el mendigo protestó:

—¡Ah! No, eso no puede ser… Una solterona de ley no puede hablar en nombre de mujeres casadas, no tiene experiencia de alcoba.

La protesta arrancó risas de la asistencia, compuesta en buena parte por oyentes más interesados en intercambiar acusaciones e injurias que en los graves asuntos a debatir, datos sobre el problema de contaminación y grado de peligro de las emanaciones de dióxido de titanio, manejados con evidente competencia por doña Carmosina. No porque ella sea aficionada a tramoyas y maquiavelismos le voy a negar capacidad y osadía.

La asamblea se transformó en fiesta ya que es una novedad para el pueblo, donde las elecciones prescindían de agitación y propaganda, donde bastaba la palabra del coronel Artur de Figueiredo para que el electorado tuviera todo en claro. Y con tanto éxito que, allí mismo, en la Plaza, Ascanio Trindade decidió realizar una el sábado siguiente, en la plaza del Mercado por llamarse, realmente, Plaza Coronel Francisco Trindade, en honor a su abuelo, el laborioso alcalde, y por asegurarle el apoyo de los puesteros. Necesitaba dinero para la asamblea, carteles, volantes, para enfrentar la campaña del comandante, pero le parecía que eso no constituía problema por ser candidato del coronel. El padrino nunca le había fallado. Esta vez, falló, como ya se sabe y se vio obligado a recurrir a la Brastanio. Fue a Esplanada para poder hablar por teléfono desde allí, al Magnífico Doctor.

El comandante terminó la asamblea presentando su plataforma electoral. No permitió interrupciones por miedo a perder el hilo de la improvisación aprendida a duras penas. Se pasó noches en blanco, declamando párrafos, bajo la vigilancia y el aplauso de doña Laura. Declaró que había abandonado la tranquilidad y el reposo que tanto merecía luego de una vida consagrada a la Patria (aplausos) para volver a vestir el uniforme de la Marina de Guerra (repetidos aplausos) y colocarse al servicio del pueblo de Agreste (muchos aplausos). Aunque en ese momento estuviera vestido así nomás, estaba moralmente de uniforme, preparado para la lucha en la trinchera (ruidosos aplausos; gritos de ¡Bravo! y ¡Muy bien!). Lo acusaban de enemigo del progreso, vil calumnia. Estaba en contra del falso progreso, en contra de aquello que no beneficia a la comunidad, lo que contamina, ensucia, apesta y llena los bolsillos de los industriales de la muerte (gritos de ¡A favor! y de ¡En contra! «Brastanio es la redención de Agreste»). Pero sí apoyaba con entusiasmo al verdadero progreso, aquel

que beneficia no sólo a un grupo de aprovechadores, sino a todo el pueblo, progreso simbolizado por los postes de la Hidroeléctrica del São Francisco (ruidosos aplausos), conquista que el pueblo debe a nuestra benemérita e influyente coterránea, doña Antonieta Esteves Cantarelli, nuestra querida Tieta… (aplausos, bravos, vivas, ¡Viva Tieta! ¡Viva! ¡Vivaaaaa!, en la ovación se pierden las últimas palabras del orador). Fue apoteósico.

En cuanto a los socios de Modesto Pires, socios de industria, sin capital, siendo el ricachón el único capitalista, exclusivamente en comandita —sobre ellos tengo poco para decir. ¿Se puede considerar al seminarista Ricardo un socio, en el sentido lato de la palabra? No lo creo. Abrió camino a la liberación de la empresa antes individual, cerrada y prohibida, y ahí terminó su participación. Si hubiese permanecido en Agreste, seguramente ocuparía un lugar importante en la firma, o sea, en la cama de Carol. Quién sabe, tal vez al volver…

En cuanto a los demás socios, sólo sé de Fidelio, el actual Taco de Oro. Sí, no lo puedo negar: el resultado del torneo de billar, acontecimiento de la mayor importancia, no fue consignado a su debido tiempo en las tumultuosas páginas de este folletín. No hay mucho que contar. Fidelio derrotó a Asterio en la partida final, disputada punto por punto, taco por taco. Asterio volvió a entrenarse, vendió caros derrota y título. Como de costumbre, una numerosa hinchada femenina apoyó al rebelde heredero del cocotal, a Asterio sólo le quedó el apoyo de una Elisa melancólica y casi indiferente al resultado de la disputa. Doña Edna no compareció, ya se sabe debido a qué o a quién. Tampoco Leonora. Como Ascanio estaba eliminado, ella no tenía nada que hacer en el bar donde circulaban cuchicheos e indirectas.

Varias admiradoras de Fidelio esperaban que el nuevo campeón les dedicase la victoria, tenían razones para ello. Sin embargo, él prefirió festejarla con Carol. Apenas tuvo que empujar la puerta mal cerrada, pues Modesto Pires continuaba en Mangue Seco. Por falta de dinero —¡ah! ¡la pobreza de Agreste!— el Taco de Oro no pasa de ser un título abstracto, no se concreta en trofeo, ni siquiera en diploma. Sin embargo, Carol con la sabiduría y la malicia de las amantes de ricos de pequeñas ciudades, concretó fácilmente la abstracción, el Taco de Oro tuvo forma, volumen y sabor. Así entregados a tan meritoria tarea los encontró el ricachón, cuando fue llamado urgentemente debido a las alarmantes noticias sobre la inesperada neutralidad del coronel; se desprendió de los brazos tiernos (e insulsos) de doña Aída y fue a la ciudad para enterarse qué estaba pasando. Supo, demasiado.

Como Modesto Pires es uno de los más irreductibles guardianes de la moral pública de Agreste y si tomamos en cuenta la naturaleza introvertida de Fidelio, se desconoce el tenor de la conversación de la cual nació la sociedad. Si empezó, como se comenta, turbulenta y agresiva, terminó en armonía y acuerdo pues Fidelio salió, según varios testigos, por la puerta de calle, calmo, decentemente vestido, con una sonrisa. Al contrario de lo que pensaron que iba a suceder, Carol no se embarcó en la

«marineti» de Jairo ni fue restituida a la región de Sergipe; en la tarde de ese mismo día hizo compras en la tienda, desparramó dinero. Cuernos caros, los de Modesto Pires, cuernos de oro, como compite a un ciudadano rico y virtuoso. Las acciones de la sociedad andan en alza, los candidatos para integrarla son varios pero no creo que las esperanzas de Chalita se puedan concretar. Sociedad limitada, sí. Anónima, seguro que no.

Modesto Pires, luego de analizar la coyuntura política, cumplió con un deber cívico y abrió con una cantidad módica una suscripción de ayuda a la campaña de Ascanio Trindade. Espera recuperar la inversión (con intereses) después del pleito.

Un detalle más y me voy, dispuesto a no volver. Fulvio D'Alambert, preocupado por la semejanza de los personajes, cree que a veces pierdo la medida al modelar el barro de esos humildes campesinos. Como ejemplo de irrealidad, señala la figura del seminarista. La actividad sexual de Ricardo, su competencia física, le parecen totalmente exageradas, al punto de que hasta *Bafo de Bode* se sorprende.

La restricción revela un desconocimiento de lo cotidiano de los pueblitos muertos, de la carencia y ansia de las mujeres condenadas al marasmo y a las novelas de radio, a la falta de hombres. Por otro lado, no sé cual era la capacidad de los queridos lectores a los dieciocho años. A mí, no me parecen anormales las actitudes del adolescente impetuoso, rebosante de vida, invencible guerrero. Además, como seguramente se habrán dado cuenta, los diáconos participan de la gloriosa naturaleza de los arcángeles.

DEL CONTAMINADO VÍA CRUCIS EN LA LARGA NOCHE DE AGRESTE. PRIMERA ESTACIÓN: EL MENOSPRECIO EN LOS CABLES TELEFÓNICOS.

La «marineti» se encuentra parada, es una tarde calurosa, los pasajeros sufren la expectativa del encendido del motor, el padre Mariano arrastra a Ascanio a la sombra del vehículo, el sudor cae por su sotana —no había adoptado la moda moderna de pantalón y camisa sport, tan en boga entre los curas de la capital:

—Me parece, Ascanio, que esta elección es una lotería. Si el coronel Artur se empeñara, sería una pelea entre gigantes, él de un lado, doña Antonieta del otro. Pero hasta eso consiguió nuestra comendadora: sacar al coronel de la lucha, un verdadero milagro —sacudió la cabeza, con mirada compasiva, sólo le falta decir que la candidatura de Ascanio ya no tenía posibilidades—. Conversando sobre la nueva instalación eléctrica de la Matriz, le dije al Obispo Auxiliar: apareció una santa en Agreste, en carne y hueso, hace milagros.

Ascanio traga en seco, no puede contestar, se trata de la madrastra de Leonora. ¿Santa? Es el diablo en persona, enemiga declarada de su candidatura a alcalde y de sus proyectos de noviazgo y casamiento. Siempre que se habla del asunto, Leonora cambia de tema, se evade, reticente. Es imposible dudar del amor de la muchacha, ella le había concedido las mayores pruebas. ¿Qué podía ser sino un desacuerdo

categórico de la madrastra, deseosa de un casamiento millonario, digno de la hijastra? Tieta se había convertido en la pesadilla de Ascanio, le complicaba la vida y a cada instante se cruzaba en su camino. Dos días antes, Vadeco Rosa, dueño de algunos votos, le dijo tímidamente mientras se rascaba la cabeza:

—Para mí, el candidato tiene que tener un aval de peso, como el coronel Artur o doña Antonieta. Trae el aval del coronel o el de Tieta y cuenta con mis votos.

Enemiga declarada, ángel de la maldad, pesadilla de Ascanio; comendadora, santa, aval del comandante. La conversación del padre Mariano aumenta las preocupaciones del candidato. Regresa de Esplanada desanimado e inquieto. Una vez ya se había sentido así: cuando fue a Paulo Afonso a luchar por la energía de la Hidroeléctrica para el municipio. Los mandamás lo trataron con desprecio, se rieron de él. Después, con dos simples telegramas, doña Antonieta resolvió el caso. Siempre ella.

Ahora, es peor todavía. No sólo vuelve cabizbajo sino más temeroso, carcomido por las sospechas. Nada en concreto, pero no le había gustado el trato que le dieron por teléfono los empleados de la Brastanio. Sobre todo lo había sorprendido Bety, amable y bromista en la víspera, cuando llamó por primera vez. Distante, seca y apurada cuando volvió a llamar. Se quedó con la sangre en el ojo.

Cuatro veces se había comunicado con Salvador, tratando de hablar con el Magnífico para exponerle la situación, la lucha electoral, la necesidad de ayuda de la Brastanio. Tal vez el doctor Mirko ya estaba al tanto, *A Tarde* anunció el lanzamiento de la candidatura del comandante. El doctor estaba ausente, le habían dicho el día anterior y lo pusieron en contacto con Bety esa misma noche. La secretaria ejecutiva confirmó la noticia, el Magnífico Doctor había ido a São Paulo pero volvería a Bahía esa misma noche. Propuso que volviese a llamar al día siguiente. Gentil, con voz amable, le decía amorcito y pedía noticias del lindo —el lindo era Osnar. Hasta ahí, ningún problema.

Al día siguiente, o sea esa mañana, Ascanio llamó primero al hotel y, luego de identificarse, supo que el doctor Stefano había regresado la noche anterior pero había salido temprano para su escritorio. Entonces llamó a la Brastanio —cada pedido de comunicación significaba una absurda manipulación, una interminable espera; por suerte la telefonista de Esplanada conocía a Canuto Tavares y tuvo la mejor voluntad. Al pedir por el doctor Mirko Stefano —soy Ascanio Trindade, de Sant'Ana do Agreste, estoy hablando de Esplanada—, le dijeron que iban a pasar la comunicación a la sala del doctor, un momentito. El momentito duró algunos minutos, Ascanio preocupado para que no se cortara. Por fin volvió la voz anónima. El doctor Stefano estaba ausente, había tenido que viajar, sin fecha de regreso. Ascanio quiso hablar con Bety, nueva demora antes de que la voz anunciara: la secretaria está ocupada, no podía atenderlo en ese momento. Media hora después, Ascanio insistió y luego de muchos ruegos pudo hablar con Bety, impaciente y brusca: el doctor Mirko estaba en São Paulo. ¿En el hotel le informaron que ya había llegado ayer a la noche? En la

oficina no sabían nada, no había andado por allí, ni lo esperaban. ¿Si valía la pena volver a llamar más tarde? Ese día, no. ¿Por qué no mandas una carta por correo? ¿El asunto es urgente e importante? Ella no puede hacer nada y va a cortar, no tiene tiempo para charlar. Trata de retenerla: oye, Bety, por favor… La muy apurada ni siquiera oyó la última frase, después el clic. Todo eso le había parecido raro, le causó una impresión desagradable, se sentía abatido. Escribió la carta, pedía respuesta urgente, la puso en el correo.

Esa misma tarde la «marineti» se paró tres veces. Jairo usó todo el repertorio: los más tiernos sobrenombres, las palabrotas más groseras. Llegaron a Agreste al anochecer, Chalita los recibió con una noticia triste, la muerte del Viejo Jarde Antunes: se acostó después de almorzar, cerró los ojos y no los abrió más.

—Cuando se dieron cuenta el cuerpo ya estaba frío. El velorio es allí mismo, en la pensión de Amorzinho.

DEL CONTAMINADO VÍA CRUCIS EN LA LARGA NOCHE DE AGRESTE. SEGUNDA ESTACIÓN: EL ANILLO DE COMPROMISO Y LA COPA DE HIEL.

Quiere darse un baño antes de ir al velorio. Sentado en el umbral de la puerta, con la pipa en la boca, Rafa dice:

—Hay gente.

—¿En casa? ¿Quién?

—Una tipa. Llegó y entró.

¿Leonora? ¿Quién sino ella?

Hace días que Leonora está tratando de convencerlo para que se encuentren en su casa, cansada por cierto de la imprudente e incómoda incursión nocturna por las barrancas del río. Pero Ascanio quiere que la bienamada transponga la puerta de la tradicional residencia de la familia en calidad de señora de Trindade, a pleno día, recién salida del altar, esposa. Quiere que ella se acueste en esa cama de jacarandá donde durmieron sus padres sólo cuando las leyes de los hombres y de Dios hayan consagrado sus relaciones.

Pero he aquí que Leonora lo pone ante un hecho consumado. Se levanta de la cama donde estaba tirada, se arroja a sus brazos y le ofrece la boca para un beso:

—El ómnibus andaba con demora, madrecita fue al velorio, vine a esperarte aquí. Si hice mal, perdóname. Te estaba extrañando mucho, amor.

—Yo también. No veía la hora de volver. Pero, tú no…

—¿Qué hay? —interrumpe la reprimenda con un beso.

Los besos se repiten, se hacen cada vez más largos y ardientes, Ascanio siente que el cuerpo de Leonora se estremece, pegado al suyo. Le gustaría darse un baño, librarse del polvo y del enojo del viaje, pero ella lo conduce a la cama, acaricia su rostro fatigado.

—Mi amor, estás triste. ¿No pudiste arreglar lo que querías?

Ascanio descansa la cabeza en el hombro de Leonora:

—No pude hablar con el doctor Mirko. No está en Bahía, por lo menos eso fue lo que me dijeron. Fue un asunto medio oscuro que me dejó de lo más irritado.

Más que irritado —ofendido, herido, con la moral por el suelo. Leonora cubre su cara de besos, trata de reanimarlo. Ascanio toma las manos de la muchacha:

—Sólo te tengo a ti en el mundo, Nora. A ti y a nadie más.

Al tocarle los dedos se acuerda del anillo de compromiso, obsequio de la Brastanio en aquellos días alegres de intimidad y confianza entre él y los directores de la compañía. Estaba en el bolsillo del otro saco, va a buscarlo:

—Quiero darte una cosa…

Había pensado ofrecérselo en una ceremonia festiva, en presencia de la madrastra y de algunos amigos, al pedir la mano de Leonora en casamiento, Resuelve desistir de la solemnidad y del protocolo. Para tener derecho a entrar a esa casa, por lo menos debe ser su novio oficial. Por otro lado, él merece una alegría que compense el menosprecio de los empleados de la Brastanio.

Pone el anillo en el dedo anular de la mano derecha de Leonora, es ése el que corresponde al anillo de noviazgo. Por segunda vez ejecuta el mismo gesto de amor y compromiso. La primera, depositó anillo y confianza, promesa y corazón en manos de una novia indigna. Había pagado caro su error, quedó destrozado por la traición y muerto para el amor. Pero un día sucedió lo imposible: de la «marineti» de Jairo bajó la más linda y pura de las mujeres, ésa que a partir de ahora es su prometida:

—Traje este anillo de Bahía para ti, un anillo de noviazgo. Era para entregártelo en un día especial, pero no encuentro el momento de poder hablar sobre el asunto con tu madrastra. Dime, Nora, ¿quieres casarte conmigo?

Los ojos de Leonora no se apartan del anillo, perfecto en su dedo, antigua alhaja. ¡Pobre Ascanio por creerla joven de buena familia! ¿Cuánto le habrá costado la alhaja? Con voz entrecortada le dice casi en un susurro:

—No hables de eso…

—¿De qué?

—De noviazgo, de casamiento. ¿No basta con que sea tuya? —Ascanio empalidece, su mano temblorosa se desprende de la mano de la joven:

—¿No aceptas? Debí saberlo. Rica como eres, ¿por qué habrías de querer casarte conmigo?

—Yo te amo, Ascanio. Tú eres todo para mí. Nunca amé a nadie antes. Con los otros, me engañé.

—Es lo que yo pensaba. Entonces, ¿por qué me rechazas?

—No puedo casarme contigo. Tengo motivos…

—¿Por estar débil? Con el clima de aquí, te curas en un instante.

—No, no estoy enferma, pero no puedo…

—Ya sé. Porque ella no lo consiente, ¿no? Siendo tan importante no puede permitir que la hijastra se case con un pobretón, que además quiere tener opinión

propia…

—Madrecita no se mete en esto.

—Entonces ¿por qué?

Leonora se cubre la cara con las manos para esconder las lágrimas. Ascanio se exalta, el rostro desfigurado, el corazón herido:

—Un pobre diablo del *sertão*, sin ningún futuro… Sirvo para una aventura de vacaciones pero nada más. Para casamiento los ricachones de São Paulo.

—No es así, amor, no seas injusto. Yo te amo, estoy loca por ti. ¿Quieres que sea tu amante o tu criada? Eso sí puedo ser. Tu esposa no.

—¿Pero por qué diablos?

—No te lo puedo contar, es un secreto sólo mío…

Ascanio vuelve a tomarle la mano, la acaricia y le besa los ojos húmedos:

—¿No tienes confianza en mi? ¿Ni eso? ¿No te probé ya cuánto te amo? Cuando supe lo que te pasó con el otro…

—Todo eso es mentira, mi amor. La verdad…

—Dime. Confía en mí.

—No soy rica, ni hija de comendador, ni hijastra de madrecita.

—¿Cómo? ¿Quién eres entonces?

Entre sollozos, cuenta todo. El barrio miserable, el conventillo, el hambre, la sordidez, la calle, el Refugio. Ascanio se va alejando, se levanta, la máscara de espanto y muerte, ¡cómo pudo ser tan imbécil! Oye fulminado, bebe la copa de hiel. Peor que la primera vez, cuando lo supo por carta. El lodo se desparrama por el cuarto, cubre la cama, crece en inmensas olas que lo ahogan. Aquella boca, que había imaginado pura, inocente, está llena de pus.

Al final, Leonora se calla. Eleva una mirada suplicante a Ascanio, lista para ofrecerse nuevamente como amante o criada. Pero un bramido lacerante, de animal herido de muerte, escapa de la boca de Ascanio. Leonora comprende que todo terminó, en la cara del amante sólo ve odio y asco. El dedo señala la calle:

—¡Fuera de aquí, puta! ¡Los machos se buscan en la calle!

Aunque no ha oído nada de lo hablado allí adentro, cuando Leonora pasa, presa de desvarío y llanto, y se pierde en la noche, Rafa escupe saliva negra:

—Tipa inmunda.

DEL CONTAMINADO VÍA CRUCIS EN LA LARGA NOCHE DE AGRESTE. TERCERA ESTACIÓN: LA SANTA DESPOJADA DE LA TÚNICA Y DEL ESPLENDOR.

Hay mucha gente en lo de Jarde pero falta la animación de los buenos velorios. A pesar de la calidad de los saladitos y las masas preparados por doña Amorzinho, de la cantidad de cachaça y cerveza que Josafá mandó traer del bar, el ambiente no está animado. En los diferentes grupos que están reunidos en la sala de adelante, donde reposa el cuerpo, no estallan risas. Los temas serios dominan las insípidas

conversaciones. Tieta dialoga con el padre Mariano, quien pide noticias de Ricardo: está en São Cristóvão, en el convento de los franciscanos, por invitación de Fray Timoteo. Su sobrino, mi queridísima doña Antonieta, va a ser una luminaria de la Iglesia. Con la ayuda de Dios, el ejemplo materno, las enseñanzas de fray Timoteo y la generosidad de la tía. El reverendo aprovecha para lisonjear a la benemérita, le coloca en la graciosa cabeza un resplandor de santa: figura de proa, pilar de la iglesia, símbolo de preciadas virtudes, Tieta, cubierta con la túnica de elogios, bosqueja una modesta sonrisa. ¡Ah! ¡Si el padre supiera cuáles son los ejemplos dados por la madre, las virtudes inculcadas por la tía! Menos mal que le quedan la ayuda de Dios y las enseñanzas de Fray Timoteo.

Osnar se esfuerza en animar la vigilia para honrar la memoria del difunto como es debido. Les cuenta al doctor Marcolino Pitombo y al gordo Bonaparte la conocidísima historia de la polaca. Inédita para el abogado, repetida a menudo a Bonaparte, que no se cansa de oírla, cada versión tiene nuevos detalles, el notario se deleita.

En el cajón, el cuerpo flaco de Jarde, la cara de cera. En una silla a su lado, Josafá recibe los pésames. Lauro Branco, capataz de la hacienda de Osnar, vecino de Vista Alegre, íntimo del finado, vino a despedirse del amigo.

—Vine por mí y por las cabras —dice a Josafá—. Ojalá que él encuentre un rebaño grande para cuidar en el cielo. Era lo único que le gustaba.

Se oyen las nueve campanadas, se apaga la luz de los postes, se calla el desacompasado ruido del motor. Termina el día de las familias, comienza la noche de los perdidos. Doña Amorzinho enciende las lámparas. Surge un bulto en la oscuridad, ¿está borracho, enfermo o loco?

Aunque esté oscuro, todos se dan cuenta del estado de desorden y confusión de Ascanio Trindade. Osnar interrumpe el relato:

—¿Qué pasa, capitán Ascanio?

El capitán de la aurora del poema de Barbozinha entra en la sala, desfigurado, con ojos de demente. Localiza a Tieta al lado del padre, estira el brazo para señalarla, grita las palabras que brotan con esfuerzo, con voz ronca, terrible, de ultratumba:

—¿Saben qué es ella? ¿Creen que es viuda, dueña de fábricas, madre de familia? No es más que una rufiana tiene una casa de citas en São Paulo, vive de eso. Me lo contó la otra. Pedí su mano en casamiento, me contestó: no puedo, soy puta. Hace la vida en lo de esta asquerosa que está ahí y pasa por santa. Dos rameras y un payaso.

DEL CONTAMINADO VÍA CRUCIS EN LA LARGA NOCHE DE AGRESTE. CUARTA ESTACIÓN: LA CONDENADA POR VIDA.

En la lancha de Eliezer, Tieta pide rapidez. La luna se refleja en las aguas del río, el cuerpo de Tieta se inclina hacia adelante como si así pudiera dar mayor velocidad al barco.

Peto, en la plaza, le había indicado el rumbo de Leonora. Casi sin poder hablar, deshecha en lágrimas, la prima lo había mandado buscar a Pirica, salió en el bote de motor, debería de estar por llegar a Mangue Seco.

Eliezer ve una luz en el río, un ruido distante, es el bote que está de vuelta. A una seña de Tieta, Pirica hace una maniobra y las dos embarcaciones quedan lado a lado.

—¿Dónde está Leonora?

—Se quedó allá. Le pregunté si quería que la esperara, dijo que no, que se quedaría unos días. ¿Qué pasó con ella? No para de llorar, se me partía el corazón.

En Mangue Seco, Eliezer encalla la lancha en la arena, acompaña a Tieta que desembarcó con el mayor apuro. A la luz de la luna ven a un grupo que está en el extremo de la playa, al lado de las inmensas dunas. La noche es infinitamente dulce y bella, las aguas están calmas. Tieta corre, seguida por Eliezer.

Jonás levanta la cabeza y dice:

—Se tiró desde arriba, subió cuando nadie la veía. La suerte que tuvo fue que Daniel y Budião habían salido a pescar. Oyeron el golpe del cuerpo, Budião la trajo a la canoa.

Extendida en la arena, sostenida por dos mujeres, Leonora se debate y suplica que la dejen morir. Tieta se curva sobre ella:

—¡Idiota!

Al reconocer la voz, Leonora vuelve la cabeza:

—Perdóname, madrecita. Diles que me suelten, quiero morir, nadie lo puede impedir.

Tieta se arrodilla, sostiene a Leonora por la espalda y la abofetea. La mano cae pesada, con rabia, en una y otra mejilla de la joven, los pescadores no intervienen, la dejan hacer. Tampoco Leonora reacciona. El comandante Darío se acerca corriendo, se acaba de enterar. Tieta suspende el castigo, trata de levantar a la protegida:

—Vámonos.

—¿Qué pasó, Tieta? —el comandante la ayuda a ponerse de pie.

—Nora se peleó con Ascanio, trató de ahogarse —extiende la mano para despedirse. Despídame de doña Laura, comandante.

—¿Despedida? ¿Por qué?

—Mañana vuelvo a São Paulo.

—¿Y la campaña, Tieta? ¿Nos vas a abandonar?

—Ya no puedo serle útil, comandante. Pero no se eche atrás, salve a los cangrejos, si puede.

En la lancha, Tieta advierte a Leonora:

—Si vuelves a hablar de morir, te reviento a golpes.

Mangue Seco se pierde en la distancia, aguas y arena envueltas por la luz de la luna. Tieta contempla con los ojos secos.

Por las hendijas de las ventanas, en la plaza, hay quien observa a las dos mujeres, llegadas del embarcadero. Doña Edna, por ejemplo. Pero, en lo de Perpetua, puertas y

ventanas están cerradas. En la vereda están tiradas las valijas, las bolsas y los paquetes de Tieta y Leonora.

DEL CONTAMINADO VÍA CRUCIS EN LA LARGA NOCHE DE AGRESTE — QUINTA ESTACIÓN: ENTRE LA CRUZ Y LA DILIGENCIA.

Doña Milu y doña Carmosina se ocuparon de Leonora, le cambiaron la ropa, la obligaron a acostarse. En la casa de la vieja partera crece el bullicio de tisanas y remedios —té de yuyos para calmar los nervios, yema de huevo para calentar el cuerpo y rehacer las fuerzas—. Sabino llega con las bolsas y maletines, las valijas más grandes fueron llevadas a la «marineti» que está en el garaje.

Tieta anuncia:

—Voy y vuelvo.

Doña Milu se preocupa:

—¿A dónde? ¿Qué vas a hacer?

—No tenga miedo, madre Milu, no voy a agredir a nadie.

En las casas aparentemente adormecidas, los moradores están despiertos, atentos. Haces de luz se escapan de las hendijas de las puertas, por las mirillas. Alguna que otra palabra, dicha en voz más alta, llega a la calle. Hasta el velorio de Jarde ganó en animación. Hay discusiones en el bar. La voz de Osnar denota un acento amargo:

—Esa fábrica del diablo, todavía no llegó y ya está pudriendo todo.

Al paso de Tieta se entreabren ventanas. Cruza la ciudad, entra en las callejuelas, va hasta las barrancas del río, no tiene apuro, tal vez se esté despidiendo. Despidiéndose e inspeccionando, no anda al tuntún. *Madame Antoinette, voilà*! tiene destino y objetivo.

DEL CONTAMINADO VÍA CRUCIS EN LA LARGA NOCHE DE AGRESTE — SEXTA ESTACIÓN: EL AYUNO Y EL ALELUYA.

—Dicen que su negocio consiste en una casa de putas.

—Asterio llega del bar, trastornado.

Elisa se levanta de la cama, los senos saltan del camisón corto y transparente, heredado de Tieta, medio traste a la vista. Asterio desvía la mirada. Noche de novedades funestas, propia para la aflicción y la ignominia, no caben en ella los honestos deberes matrimoniales, mucho menos los pensamientos depravados.

—¡Mentira! ¿Casa de putas?

—Eso mismo, un burdel, un prostíbulo.

—¿Qué otra cosa supiste?

—Las dos están en lo de Carmosina. Mañana se van a São Paulo.

—¿Cómo? ¿Tieta se va mañana a São Paulo?

Salta de la cama, se pone una *robe de chambre* también heredada, se calza las sandalias y se dirige resuelta hacia la puerta. Asterio primero se preocupa, después se conmueve: quiere despedirse de la hermana, aunque sea pasando por encima de todo; mucho le deben, los charlatanes que se embromen. Él también quiere decirle adiós a Tieta. No por ser lo que es deja de ser una buena hermana, una generosa pariente.

—¿Vas a verla? Yo también quiero ir.

Elisa se vuelve desde la puerta:

—Yo me voy con ella.

—¿Te vas con ella? ¿A São Paulo? —no comprende.

Elisa ni le responde, desaparece, la casa de doña Milu queda cerca. Cuando se da cuenta de que Asterio la sigue, apresura el paso, acelera la marcha. Corre, al ver a Tieta que llega de la calle, grita:

—¡Tieta! ¡Hermana!

Tieta espera en la puerta, inmóvil, la cara seria, la mirada fría, hierática. Elisa le extiende los brazos y suplica:

—Llévame contigo, hermana, no me abandones aquí…

—Ya te dije…

—Yo quiero ser puta en São Paulo. No me importa.

Asterio oye perplejo, siente una puntada en el estómago, un dolor agudo. Tieta desvía los ojos de la hermana y mira al cuñado, simpatiza con él, el muy bobo:

—Cuida a tu mujer Asterio, hazla marchar derecho, enséñale a respetarte. Ya te dije una vez lo que tenías que hacer. ¿Por qué no lo has hecho?

—Por el amor de Dios, no me dejes aquí. —Elisa se arrodilla en el piso, delante de Tieta.

—Llévatela y haz como yo te dije, Asterio. Es ahora o nunca. —Por un momento posa los ojos en la hermana y siente pena—. La casa queda para ustedes. Si necesitan algo, me avisan.

Elisa pierde por completo el decoro y la contención:

—Llévame, madrecita, quiero trabajar en tu casa de putas.

Tieta mira al cuñado: ¿entonces? A Asterio se le pasa la perplejidad, el dolor de estómago, el prejuicio, se arranca la venda de los ojos, y toma a su mujer del brazo con fuerza:

—¡Levántate! ¡Vamos!

—¡Suéltame!

—¡Levántate! ¿No me has oído?

Le estampa la mano en la cara. Tieta aprueba con la cabeza:

—Gracias, cuñada, por todo. Hasta más ver.

Empuja a Elisa, quien está atónita, en dirección a la casa, una de las mejores residencias de la ciudad, adquirida por Tieta, donde pretendía un día esperar la muerte, sin apuro y ahora puesta a disposición de la hermana y del cuñado, en usufructo.

Empujón tras empujón, llegan al cuarto. Elisa trata de escapar:

—No me toques.

Una bofetada la derriba sobre la cama. El camisón se le enrolla en el pescuezo; las nalgas crecen ante la vista turbia de Asterio.

—Quieres ser puta, ¿no? Pues va a ser ahora mismo —extiende la mano, le arranca el trapo de nylon, el trasero aparece por entero, después de tanto tiempo de ayuno—. ¡Para empezar te la voy a dar por atrás!

Un estremecimiento recorre el cuerpo de Elisa. Se le salen los ojos. ¿Repulsión, miedo, espanto, curiosidad, expectativa? Heroína de novela de radio, agitada por emociones contradictorias.

¡Ay, por amor de Dios! Esposa sometida; en la espalda, sobre sus hombros, soporta el peso del leño —entrañas de fuego y miel, vergajo abriendo en flor, Elisa rompe en aleluyas en la noche de Agreste. ¡Ay, el Taco de Oro!

DEL CONTAMINADO VÍA CRUCIS EN LA LARGA NOCHE DE AGRESTE. SÉPTIMA ESTACIÓN: EL CIRENEO BARBOZINHA SE OFRECE EN HOLOCAUSTO.

Tieta acaba de acostarse cuando, despavorido, el vate Barbozinha golpea la puerta de la casa de doña Milu y anuncia:

—Es de paz.

De paz y de amistad. Tieta viene del cuarto de huéspedes donde Leonora se durmió a fuerza de calmantes. Barbozinha le toma la mano y se la lleva a los labios. Está patético. La voz marcada por la embolia, está más emocionada que nunca:

—Supe que te vas. ¿Es cierto?

—Sí, mañana me voy a São Paulo.

—¿Es por lo que andan diciendo por ahí? Si quieres, vete. Si quieres quedarte y hacerme el honor…

—¿Qué honor, Barbozinha?

—De ser la señora de Matos Barbosa…

—¿Me estás proponiendo casamiento? ¿Para sacarme del barro?

—Sé que ya no soy el de aquellos tiempos, la carcasa anda medio arruinada, pero tengo un nombre honrado…

—… y todavía bailas el tango como nadie.

Tieta ríe, una risa alegre, de pura alegría, una risa que le llena los ojos de agua.

—Ahora ya es tarde, poeta. Yo te aprecio mucho y no quiero verte lleno de cuernos, a ti tampoco te gustaría. Cuando sea viejecita, vuelvo y ahí sí que nos casamos. Hasta entonces, cuida la carcasa y escribe muchos versos para mi.

Lo besa en la mejilla y finalmente deja que las lágrimas corran.

DE LA NOTICIA Y DE LA RESPIRACIÓN.

—¡Qué aparato increíble! —se enorgullece el árabe—. Pasan los años y ni se nota.

Se refiere a la radio rusa, en la mañana recién empezada. Frente al cine, con la ayuda de Sabino, Jairo ajusta el motor de la «marineti», mientras espera a los pasajeros: el horario de salida es estricto. Ufano por los elogios, se pavonea:

—Ya me ofrecieron cambiarla por una nueva, japonesa. Me negué.

El locutor del *Grande Jornal da Manhã*, de una popular emisora de la capital, pide a los oyentes que presten atención a una noticia importante que será difundida después de los avisos comerciales. Es una transmisión límpida, sin intermitencias, ratifica las alabanzas de Chalita. Toalla al hombro, el doctor Franklin Lins se une al grupo. Diariamente a esa hora, antes de la partida de la «marineti», el notario va a tomar un baño al río.

La voz impostada del locutor reafirma el suspenso: ¡*Atención a esta noticia*! *En la tarde de ayer fue concedida oficialmente la autorización gubernamental a la Compañía Brasileña de Titanio S. A., Brastanio, para establecer en Arembepe dos fábricas interrelacionadas que producirán dióxido de titanio. Teniendo por fin el funcionamiento dentro del plazo más breve posible del grande y discutido proyecto industrial, las obras para su concreción se iniciarán inmediatamente, en una vasta área adquirida con anterioridad por la compañía*. La noticia es recibida con una serie de violentas descargas. Si se tiene en cuenta el origen del venerado aparato, se diría que se trata de una protesta.

—¿Oyeron lo que yo oí? —pregunta el doctor Franklin.

—Es la fábrica que Ascanio quería traer a Mangue Seco, ¿no? —los ojos del árabe se iluminan. Como si no bastaran los acontecimientos de la víspera, surge esta novedad. El día promete ser exaltante.

—¿Quiere decir que la fábrica no se va a instalar aquí? —Jairo suspende el examen del motor de la «marineti».

—Se va a instalar en Arembepe, cerquita de la capital, ¿no oíste? Era uno de los posibles lugares —explica el notario.

—¡Mierda!

El doctor Franklin Lins toma coraje, se arregla la toalla en el hombro:

—Ahora podremos respirar de nuevo… —enciende un cigarro de paja, se encamina hacia el río. Tiene un aire de beatitud.

DONDE TIETA HACE ADIÓS CON LA MANO.

Día flojo, pocos pasajeros. Tieta se despide de doña Carmosina:

—Discúlpame por mis malos modos, Carmo.

Con la cabeza baja, el pañuelo en la mano, todo mojado de lágrimas, Leonora se esconde en el interior de la «marineti», desanimada. Peto aparece a las corridas, viene

de la plaza de la Matriz, trae el cayado del Viejo Zé Esteves, herencia de Tieta:

—Te olvidaste el cayado, tía. —Baja la voz y agrega—. Te voy a extrañar.

Va a perder el gratísimo panorama de senos y piernas. Sube a despedirse de Leonora, provoca ahogados sollozos. Adiós, prima.

Peto sale rumbo a su casa, y deja un inolvidable recuerdo de la sencilla gentileza y el perfume fuerte de la brillantina barata.

Tieta, pastora de cabras, empuña el cayado y se sienta al lado de Leonora. La deja llorar, todavía es temprano para tocar el tema. Jairo cobra el precio de los boletos, pasajero por pasajero. Tieta paga tres:

—Nosotras dos y la cabrita de atrás.

Señala a Maria Inmaculada que en un asiento del fondo, sostiene el baúl. Jairo se sienta al volante, coloca la llave del motor, todavía faltan cuatro minutos para salir. Tieta lo apura:

—Mete el pie en el acelerador, Jairo, vamos a ver si esta cafetera es capaz de llevamos a Esplanada.

Jairo consulta el reloj:

—Si quieren, podemos ir directo hasta São Paulo, para la Emperatriz de los Caminos no existen distancias, y además se puede oír música…

Sintoniza la radio rusa. Tieta hace un adiós con la mano a doña Carmosina que está de pie en la acera. La «marineti» avanza tan lentamente que parece más bien una aeronave. Liberada de piedras y pozos, se eleva sobre, el camino de mulas, cruza el cielo de Agreste.

Y aquí termina la historia del regreso de la hija pródiga a la tierra donde nació y de los sucesos allí ocurridos durante su corta estadía.

DE LAS PLACAS, NOTA DEL AUTOR.

Ahí está, mal o bien, llegué al final, escribo la palabra fin. En los folletines coronados por el éxito, me critica Fulvio D’Alambert, el autor acostumbra a dar noticias de los diversos personajes, cuenta qué les sucedió después. Ni pienso hacerlo. Dejo por cuenta de la imaginación y de la conciencia de los lectores, el destino posterior de los personajes y la moraleja de la historia.

En todo caso, para atender a la crítica y con la esperanza de conquistar su buena voluntad, agregaré que Agreste convalece lentamente. Luego de quitarse el uniforme de candidato, el comandante Darío de Queluz aprovecha cada minuto del verano en Mangue Seco para compensar los días perdidos en la contaminación de la política. En cuanto a Ascanio Trindade, todos lo vieron llorando en el hombro de doña Carmosina.

La inauguración de la luz proveniente de la Usina de Paulo Afonso fue una gran fiesta. Al antiguo Caminho da Lama, en la entrada a la ciudad, le pusieron el nombre

del entonces Director-presidente de la Hidroeléctrica del San Francisco: Las autoridades presentes descubrieron una esmaltada placa azul, hecha con mucho cuidado, a pesar del apuro, en un taller de la capital: RUA DIPUTADO… ¿cómo era el nombre?

La placa azul duró poco, desapareció durante la noche. En lugar de ella, clavaron una de madera, confeccionada por una mano artesanal y anónima: RUA DA LUZ DE TIETA.

Mano artesanal y anónima. Mano del pueblo.

Bahía, Londres, Bahía - 1976-1977

JORGE AMADO (Itabuna, 10 de agosto de 1912 - Salvador de Bahía, 6 de agosto de 2001) fue un escritor brasileño.

Nació en la Hacienda de Auricídia, en el municipio de Itabuna, al sur del estado de Bahía. Su padre era dueño de una hacienda. Cuando tenía un año su familia se estableció en la población de Ilhéus, en el litoral de Bahía, donde Jorge pasó su infancia. Hizo los estudios secundarios en la ciudad de Salvador, capital del estado. En este periodo comenzó a trabajar en periódicos y a participar de la vida literaria y fue uno de los fundadores de la llamada Academia de los Rebeldes.

Jorge publicó su primera novela, llamada *El País del Carnaval*, en 1931, a los 18 años. Se casó con Matilde García Rosa dos años después, y con ella tuvo una hija, Lila, que nació en 1933, año en que publicó su segunda novela, *Cacao*.

Se graduó en la Facultad Nacional de Derecho en Río de Janeiro en 1935. Militante comunista, fue obligado a exiliarse en Argentina y Uruguay entre los años de 1941 y 1942, período en que hizo un viaje por América Latina. Al regresar a Brasil se separó de Matilde García Rosa.

En 1945 fue electo miembro de la Asamblea Nacional Constituyente por el Partido Comunista Brasileño (PCB), siendo el diputado más votado del estado de São Paulo. Como diputado fue autor de la ley que asegura la libertad de culto religioso. En este mismo año se casa con la también escritora Zélia Gattai.

En 1947, año en que nació João Jorge, su primer hijo con Zélia, el partido fue

declarado ilegal y sus miembros fueron perseguidos y apresados. Jorge tuvo que exiliarse en Francia, donde se quedó hasta 1950. Su primera hija, Lila, murió en 1949. Desde 1950 hasta 1952 Amado residió en Checoslovaquia, donde nació su hija Paloma.

Al volver a Brasil en 1955 Jorge Amado se distanció de la militancia política, pero sin dejar el Partido Comunista. Se dedicó desde entonces integralmente a la literatura. Fue electo el 6 de abril de 1961 a la Academia Brasileña de Letras y recibió el título de Doctor Honoris Causa por diversas universidades.

Su obra ha sido adaptada al cine, al teatro y a la televisión, y también ha sido tema de varios trabajos de escuelas de samba en el Carnaval brasileño. Sus libros están traducidos a 49 idiomas y publicados en 55 países.

En 1987 se inauguró en el Largo do Pelourinho, en la ciudad de Salvador de Bahía, la Fundación Casa de Jorge Amado, que abriga y preserva su acervo para investigadores. La fundación también ayuda el desarrollo de actividades culturales en el estado de Bahía.

Jorge Amado murió en la ciudad de Salvador el 6 de agosto de 2001. Fue cremado y sus cenizas fueron enterradas en el jardín de su casa el día 10 de agosto, cuando cumpliría 89 años.

Notas

[1] *Arraial*: Pequeña aldea, por lo general de pescadores. En Brasil, el término forma parte integrante del nombre de muchas de ellas, como en el caso del aquí mencionado Arraial do Saco. <<

[2] *Mangue*: Denominación vulgar de diversas plantas que crecen generalmente en terrenos cenagosos, en las márgenes de las lagunas, ríos y desagües. Por extensión, cualquier lodazal. Popularmente, zona poblada de rameras. <<

[3] Cachaça. Típica bebida alcohólica brasileña, parecida al aguardiente. <<

[4] Zé: Apócope de José. <<

[5] Feijão: Especie de judía seca, parecida al frijol, que constituye, junto con el arroz, la comida básica del pueblo brasileño. <<

[6] Jagunços: Se llama así a los *sertanejos* (habitantes del sertón nordestino) que formaban el equipo de guardaespaldas de los *fazendeiros*. <<

[7] Pirão: Plato tradicional de la comida brasileña hecho en base a harina de yuca. <<

[8] Caboclas: Indígenas brasileñas, mestizas de blanco e indio. <<

[9] Capanga: Igual que *jagunço*. Valentón asalariado, guardaespaldas de los dueños de haciendas en el Nordeste del Brasil. <<

[10] À toa: Significa inútil, refiriéndose a persona que no trabaja. Aminthas hizo un juego de palabras. <<

[11] Araças: Fruta pequeña y redonda de un arbusto que crece entre Bahía y Río Grande do Sul. Sirven para preparar jaleas y jugos. <<

[12] Sapotí: Fruto del sapotizeiro; es una baya dulce y carnosa de color pardo con las que se preparan jaleas y jugos. <<

[13] Coqueiral: Conjunto extenso de cocoteros. <<

[14] Cuatrocentista: Se llama así a las familias de clase alta, cuyo linaje asciende a la época de la fundación de Sao Paulo, en el siglo XVI. <<

[15] Gauchos: Llámase a los naturales de Rio Grande do Sul. <<

[16] Aipim: Mandioca. Planta tuberosa originaria del Brasil y tercera mayor fuente de carbohidratos en las zonas tropicales después del arroz y el maiz. <<

[17] Pitanga: En Brasil arbusto silvestre cuyo fruto es de una pulpa roja muy jugosa y dulce. <<

[18] Can: Uno de los nombres popularmente dados al diablo, en Brasil. <<

[19] Cabras: En Brasil, se llaman *cabras* a los mestizos, y *cabritas* a las mestizas muy jóvenes. <<

[20] Goiabeira: Árbol del país, que da el fruto llamado *goiaba*. <<

[21] Jenipapo: Fruta tropical amazónica de la que se preparan compotas y licores. <<

[22] Pitús: Camarón de agua dulce. <<

[23] Petrobrás. Organismo oficial responsable de la extracción y proceso del petróleo en el Brasil. <<

[24] Guía: Espíritu que encarna en determinado momento, en los adeptos de la *macumba*. <<

[25] Folheto de cordel: Cuaderno de pequeñas dimensiones, donde se imprimen los versos de los «cantadores» del Nordeste, adornados con dibujos de gran expresividad. Llámase a este género «literatura de cordel», porque los «cantadores» los colocan en tiras de cordeles paralelos entre sí, para venderlos en las ferias. <<

[26] Caldo de caña: Jugo extraído de la caña de azúcar. <<

[27] Casa grande: Casa donde vivían los antiguos señores de los ingenios azucareros. <<

[28] Mel: Miel. <<

[29] Gíria: Lenguaje popular urbano de los bajos fondos, en Brasil. Equivalente al «argot» francés. <<

[30] Bacia: Juego de palabras del autor con tres sentidos de «bacia»: cuenca de río, palangana y parte del cuerpo humano entre la cintura y los muslos. <<

[31] Golpe do bau: Expresión local referida a conseguir un buen partido con jugosa dote. <<

[32] Sertão. En su amplia acepción, interior, campo, bosque, todo terreno que está alejado de la zona cultivada y es selvático. En su acepción más restringida, es la formación fitogeográfica característica del «polígono das secas», equivalente al término *caatinga*, que designa con más propiedad la vegetación raquítica, espinosa, de árboles tortuosos, cardos y plantas bromeliáceas. <<

[33] Lampiao: Líder guerrillero, que fue muy popular en el Nordeste. <<

[34] Bode: Macho cabrío. <<

[35] Sertanejo: Habitante del *sertão* nordestino. <<

[36] Mataburros: Pequeños y débiles puentes de madera. <<

[37] Recôncavo: Región oriental del Estado de Bahía. <<

[38] Gamão: Juego parecido al de las damas, pero que se juega con dados. <<

[39] Carapinha: Cabello lanoso y rizado de los negros. <<

[40] Seu: Contracción de señor, que se antepone al nombre de la persona, y sólo se usa familiarmente. <<

[41] Quibe: Plato de la cocina siria, hecho de carne molida, trigo integral y otros condimentos. <<

[42] Yemanjá: Diosa del Mar, de las aguas. <<

[43] Saveiros: Embarcación estrecha y larga típica del Noroeste, generalmente usada en los grandes ríos. <<

[44] San Jorge: En Brasil, existe la leyenda de que san Jorge habita en la Luna. <<

[45] Guaiamun: Cangrejo del sudeste del Brasil que vive en terrenos arenosos y húmedos. <<

[46] Violeiro: Músico ambulante que recorre los pueblos con su guitarra. <<